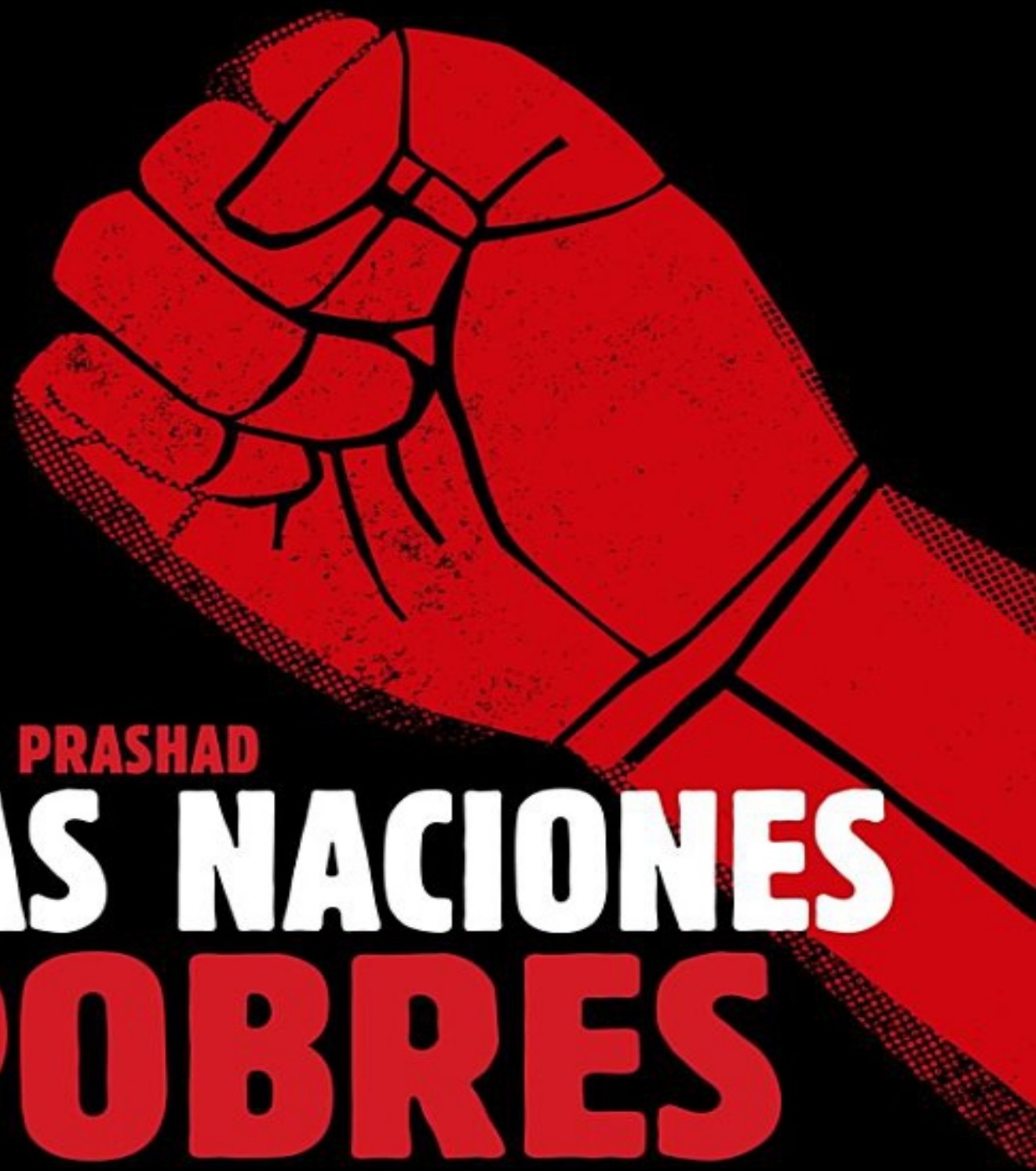




VIJAY PRASHAD

LAS NACIONES POBRES

UNA POSIBLE HISTORIA GLOBAL DEL SUR

«Lúcido y perfectamente informado» **Noam Chomsky**

Prefacio de Boutros Boutros-Ghali

Península
Atalaya

Índice

PORTADA	
DEDICATORIA	
PRÓLOGO	
INTRODUCCIÓN	
1. LA DEFUNCIÓN DEL LIBERALISMO DEL ATLÁNTICO NORTE	
2. LAS ENCRUCIJADAS DEL SUR	
3. LAS LOCOMOTORAS DEL SUR	
4. UNA HISTORIA DE ENSUEÑO DEL SUR DEL PLANETA	
AGRADECIMIENTOS	
NOTAS	
CRÉDITOS	

Para Lisa Armstrong, porque sí.

Para Zalia y Rosa Maya, el para qué.

Para Soni Prashad y Rosi Samuel, por el consentimiento previo.

PRÓLOGO

Este libro importantísimo, fácil de leer e interesante debería ser muy bien recibido en los entornos políticos y académicos; en especial en los países en vías de desarrollo, pero también en todo el mundo, y se debería felicitar al autor por haberse propuesto escribir sobre un período esencial de la historia del Sur.

Su autor ha conseguido confeccionar un estudio único y excepcional que entrelaza diferentes acontecimientos, procesos y trayectorias en una perspectiva general integral y exhaustiva de la batalla que sostienen los países en vías de desarrollo para transformar el orden económico mundial y situar su desarrollo en el corazón de los debates mundiales. El autor también analiza los esfuerzos que realizan esos países para organizar su acción colectiva con el fin de promover estos objetivos en el ámbito internacional y propone ideas relevantes para la frustrante dinámica del diálogo y la negociación entre el Sur y el Norte, en la que los países desarrollados recurren con demasiada frecuencia a tácticas obstruccionistas o evasivas.

Este libro representa una aportación fundamental para la historia institucional del Sur, y ha sido elaborado por alguien del Sur para quien significan mucho la causa de los países en vías de desarrollo y la situación en que se encuentran. Resalta la necesidad crucial de que los estudios sobre la *problématique* Sur-Sur y Norte-Sur sea abordada por autores del Sur. Además, sucede a menudo que muchos análisis, pese a su intención de ser «objetivos» y de trazar una línea clara entre las posiciones del Norte y del Sur, fracasan en la tentativa de ponerse de parte de la causa del desarrollo y de los elementos más débiles de esta danza global. El enfoque fiel que Vijay Prashad hace de la causa y los argumentos del Sur resulta reconfortante y recomendable.

Debería agradecerse al autor la tarea de rememorar parte del entusiasmo inicial que caracterizó al movimiento de defensa del denominado Tercer Mundo. Es preciso recordar y esclarecer esa imagen histórica. Vijay Prashad ha contribuido a ensanchar la perspectiva sobre los sucesos complejos y conexos que precedieron a la situación y al punto muerto en que hoy día nos encontramos. Muchos de sus comentarios y conclusiones no son necesariamente favorables al Sur, pues señalan que la debilidad objetiva de los países en vías de desarrollo supuso la pérdida de algunas oportunidades o desembocó en esfuerzos inadecuados. En ese sentido, el estudio podría resultar útil para futuras tentativas de promover y revitalizar su acción colectiva en el escenario mundial.

Esperemos que este tipo de análisis contribuya a renovar el interés por el desarrollo y por muchos de los valiosos objetivos e ideas que han quedado marginados u olvidados durante el reciente devenir multilateral, descrito con tanto acierto por el autor. Este libro debería ser lectura obligatoria en las universidades del Sur y para todos aquellos que se proponen ingresar, o trabajan ya de hecho, en la administración y servicios públicos de los países en vías de desarrollo. Cuando se desconoce la historia y el propio pasado, es imposible vislumbrar la senda que conduce al futuro. El Norte está bien pertrechado, cuenta con su propia versión de la historia y pretende que se acepte universalmente. Tiene claro lo que quiere y qué es lo que defiende. Los países del Sur no están adecuadamente equipados. Han acabado siendo bastante dependientes del Norte desde el punto de vista intelectual: de sus análisis, de la información que proporciona y de las evaluaciones y soluciones que propone tanto en lo referente a cuestiones globales como a las situaciones y objetivos nacionales de cada país en particular. El estudio del profesor Prashad constituye una aportación a la emancipación intelectual y política de los países en vías de desarrollo y a su capacitación mediante una mayor independencia y confianza en sus recursos intelectuales y analíticos, esto es, a su liberación intelectual del dominio del Norte.

BOUTROS BOUTROS-GHALI

*Ex secretario general de Naciones Unidas y expresidente de la
organización intergubernamental Centro del Sur*

INTRODUCCIÓN

EL PROYECTO DEL TERCER MUNDO¹

El Tercer Mundo está ahora frente a Europa como una masa colosal cuyo proyecto debe ser tratar de resolver el problema al que esa Europa no ha sido capaz de encontrar soluciones.

FRANTZ FANON, 1961²

La inmensa oleada de movimientos anticolonialistas que se inauguró con la Revolución de Haití (1791-1804) y adquirió carta de naturaleza propia en el último cuarto del siglo XIX quebró la legitimidad de la dominación colonial. Ya no se podía decir que el destino manifiesto de una potencia extranjera fuera gobernar a otros pueblos. Cuando se evaluaron las aventuras coloniales de esa naturaleza, fueron reprobadas por inmorales.

En 1928, los dirigentes anticolonialistas se dieron cita en Bruselas para celebrar una reunión de la Liga contra el Imperialismo. Fue la primera tentativa de crear una plataforma global para unificar las visiones de los movimientos anticolonialistas de África, Asia y América Latina. Algunas cuestiones oportunistas y las posteriores convulsiones propias de la Segunda Guerra Mundial impidieron a una plataforma de estas características realizar progreso alguno. Sería necesario esperar hasta 1955, en Bandung, Indonesia, para que una reducida cifra de países africanos y asiáticos recién independizados o casi independientes enviaran a sus dirigentes para deliberar acerca de un programa de trabajo a escala planetaria. La animada reunión de Bandung inauguró el proyecto del Tercer Mundo, un conjunto de demandas en apariencia deshilachadas que, en realidad, habían sido elaboradas

cuidadosamente a través de instituciones de las Naciones Unidas y de lo que en 1961 acabaría convirtiéndose en el Movimiento de Países No Alineados (MPNA o, en adelante, NOAL).

El concepto central para estas naciones nuevas era el de Tercer Mundo. El Tercer Mundo no era un lugar, era un proyecto. Impulsados por movimientos de masas y por los fracasos del maldesarrollo capitalista, los dirigentes de las naciones oscuras se dieron cita para confeccionar un programa distinto. Desde el punto de vista político, aspiraban a una mayor democracia planetaria. Querían que jamás volviera a haber siervos de amos coloniales, pretendían tener voz y poder en la escena mundial. ¿Qué decía esa voz? Hablaba de tres temas fundamentales:

- a. *Paz*. A mediados de la década de 1950 y principios de la de 1960 ya había quedado claro que la guerra fría entre los dos bloques y las superpotencias dominantes era catastrófica para el planeta. No solo la confrontación alimentada por la escalada nuclear podía desembocar en un Armagedón, sino que el mero despilfarro de recursos sociales en la carrera armamentista distorsionaba toda posibilidad de desarrollo humano. A principios de la década de 1950, Estados Unidos destinaba el 10% de su producto interior bruto a los gastos de defensa, una deriva que despertaba la ira del presidente Eisenhower, quien a finales de esa misma década se lamentaba del crecimiento del «complejo militar-industrial». Ese complejo no se detenía ante las fronteras de Estados Unidos. Albergaba ambiciones para el planeta entero, pues pretendía vender armamento a todos los países e introducir complejas cuestiones de seguridad en el programa social del proyecto del Tercer Mundo. No debe extrañarnos que la primera tarea concreta tras la creación del Movimiento de Países No Alineados en Belgrado fuera enviar a Moscú al presidente Nehru, de la India, y a Nkrumah, de Ghana, y a Washington a Sukarno, de Indonesia, y a Keita, de Mali, para trasladar allí el llamamiento a la paz que hacía el NOAL. Kennedy y Jruschov les prodigaron los habituales parabienes, pero no invirtieron el signo de unas tensiones que acabaron intensificándose con la construcción del muro de Berlín y la acumulación de tanques apostados en el *Checkpoint*

Charlie. El proyecto del Tercer Mundo mantenía su fe en el comunicado de Bandung, que reclamaba «la regulación, limitación, control y reducción de todas las fuerzas armadas y armamentos, incluyendo la prohibición de la producción, la experimentación y el uso de todas las armas de destrucción masiva, y la instauración de controles internacionales eficaces a tal fin».³ El Organismo Internacional de la Energía Atómica de 1957 (OIEA) era hijo de Bandung y fue una piedra angular del proyecto del Tercer Mundo.

- b. *Pan*. Las nuevas naciones de África y Asia y los renovados programas nacionales de América Latina reconocían explícitamente que los países que habían heredado estaban empobrecidos. Cualquier paso adelante tendría que plantar cara al legado de la economía colonial, según el cual las potencias atlánticas obtenían los beneficios y establecían normas comerciales para favorecer aún más esa ventaja histórica incomparable. Economistas como el argentino Raúl Prebisch, que acabaría convirtiéndose en el primer secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), cuestionaban las instituciones atlánticas como el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) y el FMI, a las que Prebisch calificaba de «conspiración contra las leyes del mercado». Cuando Prebisch se puso al timón de la UNCTAD, la rama económica del proyecto del Tercer Mundo proclamó la necesidad de que se instaurara «un nuevo orden en la economía internacional [...] para que el mercado funcione apropiadamente no solo para los grandes países, sino también para los países en vías de desarrollo en sus relaciones con los desarrollados».⁴ Fue en este contexto general donde el Tercer Mundo luchó para que se revisara la agenda del «libre comercio», para que se mejoraran los precios de las mercancías, para que se regularan los cárteles de bienes del sector primario (de los que nació la OPEP) y para que se estableciera una política más generosa en lo referente a la transferencia de inversiones y tecnología desde el Norte hacia el Sur. Obstaculizado en cada paso que daba por las potencias atlánticas, el

Tercer Mundo se refugió en la Asamblea General de Naciones Unidas con la resolución del Nuevo Orden Económico Internacional de 1973. Fue el momento culminante del proyecto del Tercer Mundo.

- c. *Justicia*. El NOAL, fundado en 1961, había sido concebido como una secretaría del proyecto del Tercer Mundo, en cuyo nombre y representación actuaría ante Naciones Unidas el Grupo de los 77 (1964). Los fundadores del NOAL (Nehru, de la India; Nasser, de Egipto; Sukarno, de Indonesia; y Tito, de Yugoslavia) reconocían que muy pocos elementos de su programa lograrían avanzar sin una estructura internacional más democrática. Naciones Unidas estaba secuestrada por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. El FMI y el Banco Mundial estaban prisioneros de las potencias atlánticas, y el GATT había sido concebido para desbaratar toda tentativa de las naciones nuevas de revisar el orden económico internacional. Se esperaba que el NOAL y el Grupo de los 77 presionaran tanto en Occidente como en el Este para generar un espacio político para las nuevas naciones. No iba a ser así. El ministro de asuntos exteriores de Nigeria, Jaja Wachuku, compareció ante Naciones Unidas el 30 de septiembre de 1963 y expuso el problema con claridad: «¿Quiere esta organización que los Estados africanos sean meros vocales, sin derecho alguno a manifestar su opinión acerca de ningún asunto en los órganos relevantes de Naciones Unidas [?] ¿Vamos a seguir siendo invitados a la galería?»⁵ El resultado fue que los Estados del NOAL serían observadores desde la galería, mientras que los cinco miembros permanentes controlaban los debates que se mantenían en la ONU.

Ese era el proyecto del Tercer Mundo: paz, pan y justicia. Nació a la escena mundial en un terreno pantanoso. En el interior de las naciones nuevas no había orden. Vivían constreñidas por unos universos políticos carentes de democracia, a lo que se sumaba la mala gestión de los recursos económicos y una reconstrucción muy superficial del paisaje social. Las viejas clases sociales titubearon ante los movimientos de masas anticolonialistas, pero a medida que esas masas se fueron desmovilizando las antiguas élites fueron

recurriendo a generales o a políticos populistas de derechas para que pusieran orden en todo aquel desconcierto. El proyecto se vio obstaculizado por estas lacras, pero no fueron estas limitaciones las que lo liquidaron.

Lo que lo liquidó fue el proyecto atlántico.

EL PROYECTO ATLÁNTICO

Nada importante viene del Sur. El eje de la historia comienza en Moscú, pasa por Bonn, llega a Washington y sigue hacia Tokio. Lo que pueda pasar en el Sur carece de importancia.

HENRY KISSINGER, 1969⁶

En 1975, los siete dirigentes de los principales países industriales avanzados se reunieron en el Palacio de Rambouillet para decidir sobre los destinos del planeta. Eran el Grupo de los 7: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Japón y Canadá. La reunión de Rambouillet fue su primer encuentro formal. Los líderes del G-7 se entretuvieron con cuatro hechos. Tres de ellos eran estorbos de los que deseaban deshacerse:

1. El *programa socialdemócrata* del que muchos de ellos procedían se había vuelto ahora muy costoso (no solo en lo referente a los gastos sociales que debía sufragar, sino también a las reivindicaciones salariales de los trabajadores descontentos).
2. El *programa comunista*, que se había vuelto más complaciente, pero todavía era capaz de ofrecer una alternativa a los trabajadores descontentos.
3. El *proyecto del Tercer Mundo*, cuyas ejemplificaciones habían supuesto una auténtica conmoción: el arma del petróleo en 1973, acompañada por la demanda de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI).

Era necesario abandonar esos tres horizontes. El cuarto problema era más general y acabó siendo la solución a los otros tres fastidios: la nueva geografía de la producción.

Gerald Ford abrió las conversaciones de Rambouillet con la petición de que el impulso fundamental se encaminara a que los líderes «garanticen que la situación económica mundial actual no se perciba como una crisis del sistema democrático o capitalista».⁷ El G-7 tenía que impedir que la crisis capitalista desembocara en una crisis política; se debía gestionar como un problema económico técnico. A juicio de las personas más realistas de la sala, la idea estaba muy bien como ejercicio retórico, pero no representaba bálsamo alguno.

Helmut Schmidt, el canciller socialista de Alemania Occidental, salió a la palestra:

Señor Harold [Wilson], del Reino Unido, usted ha hablado de la viabilidad de la industria y ha indicado que ese criterio excluía a las empresas sin futuro. Ha puesto como ejemplo las empresas textiles. Soy muy amigo del presidente del sindicato del sector textil de Alemania. Es un sindicato de una industria en declive. Espero que esto no salga de esta sala. Dado el elevado nivel de los salarios de Europa, no puedo evitar suponer que a largo plazo las industrias textiles de aquí tendrán que desaparecer. No podemos defendernos frente a la competencia más barata del extranjero. Es una pena porque es viable; el capital invertido en un puesto de trabajo de la industria textil de Alemania es tan elevado como el invertido en los de las fundiciones del país. Pero los salarios del este asiático son muy bajos comparados con los nuestros. La industria textil alemana es viable, pero desaparecerá en un plazo de diez o doce años.⁸

Previsión, connivencia... poco importa. Lo que importa es la aparición de la nueva geografía de la producción, a saber: la desarticulación del fordismo del Norte, la aparición de la tecnología vía satélite y del cable submarino, la «contenedorización» de los buques y otras transformaciones tecnológicas que permitieron que las empresas se aprovecharan de las diferencias salariales. En el caso de Schmidt, de los salarios del este asiático.

Es una cantinela que ya conocemos. Se suele considerar el suelo idóneo para la aparición del neoliberalismo. Si prestamos atención al valioso manual de David Harvey, tenemos la impresión de que primero se experimentó con el neoliberalismo durante la crisis municipal de Nueva York y, a continuación, se exportó al resto del planeta a través del FMI y sus *élèves*.^{*} Pero no acaba aquí la historia. Lo que Harvey no relaciona con la aparición del neoliberalismo es la necesidad de la desaparición del proyecto del Tercer

Mundo y, por tanto, la apertura de los países del Sur a la nueva geografía de la producción. Las resistencias a las corporaciones transnacionales habían sido bastante contundentes hasta finales de la década de 1970, cuando el proyecto del Tercer Mundo entró en barrena asesinado por la crisis de la deuda forzosa. Sin ir más lejos, durante tres décadas el Centro de las Naciones Unidas de Empresas Transnacionales dedicó sus energías a definir un código de buena conducta para las compañías multinacionales. En lo sustancial, el centro quedó disuelto en 1992 y se convirtió más bien en un mediador y negociador entre empresas y no tanto en un organismo regulador de sus prácticas empresariales.

El neoliberalismo vivió una fase de recuperación policéntrica; por supuesto, en el G-7, pero también en las capitales de la Cuenca del Pacífico y en las «locomotoras del Sur» emergentes (Brasil, India, Sudáfrica y China). Las clases sociales dominantes en esos países, al igual que sus primas hermanas europeas y norteamericanas, llevaban esperando mucho tiempo para abandonar los rigores culturales del viejo nacionalismo: las exigencias del Estado de bienestar socialdemócrata en la región atlántica y los requerimientos del Estado anticolonial del Tercer Mundo en los continentes africano y asiático y en América Latina. Había pequeñas bolsas de opinión de ciertas élites que albergaban resentimientos hacia el legado anticolonial. De esas bolsas nacieron nuevos programas intelectuales, entre los que se encontraba la recuperación de la corriente de pensamiento liberalista de Hayek, que sostenía que siempre que fuera posible se debía excluir de la actividad económica al Estado. En los medios de comunicación corporativos se ensalzaban las ideas culturales del individualismo y la empresa a costa de las ideas socialistas de bien común y liberación nacional. Las élites impacientes querían deshacerse de toda obligación hacia los Estados poscoloniales. Como escribió el poeta hindú Nissim Ezekiel, querían vivir

en merendonas chabacanas,
cocinando en una estufa humeante,
ahuyentando a los mendigos de la puerta de atrás.⁹

A las élites les venía bien que los nuevos Estados poscoloniales hubieran fracasado en tantísimos aspectos; los fracasos se utilizaban como diagnóstico para impulsar su propio programa. Esas élites confeccionaron un neoliberalismo propio en respuesta a la misma crisis de la deuda que había cedido sus países a las fábricas del Norte.

Antes de la década de 1980, el fortalecido bloque atlántico contraatacaba con agresividad para devolver el golpe al NOAL y todo el discurso del Nuevo Orden Económico Internacional. En la reunión celebrada en Cancún en 1981 para analizar el desventurado Informe Brandt, Ronald Reagan y Margaret Thatcher dieron un paso al frente para arrojar el guante. Reagan se burló de las medidas propuestas, sobre todo de aquellas que «confunden compasión con desarrollo y afirman que la transferencia de riqueza masiva servirá para conseguir, no se sabe cómo, milagrosamente, un nuevo bienestar». El diálogo Norte-Sur quedó clausurado de forma efectiva.

Los pasillos del FMI y el Banco Mundial quedaron bien restregados y limpios de viejos economistas keynesianos y desarrollistas. Solo los pensadores marginalistas y neoliberales eran bien acogidos por la nueva dirección. Las cuestiones de historia y sociología carecían de trascendencia. El PIB era la única variable que importaba. En el FMI, H. Johannes Witteveen dejó paso a Jacques de Larosiére y en el Banco Mundial, Tom Clausen y Anna Krueger limpiaron las manchas que dejó Robert McNamara. Se acompañó a la puerta al liberalismo.

También había que limpiar Naciones Unidas. Cuando Henry Kissinger informó a Daniel Moynihan para que asumiera su nuevo puesto en la ONU, le dijo lo siguiente: «Nos hace falta una estrategia. Para empezar, creo que deberíamos trasladar los debates de la Asamblea General al Consejo de Seguridad. Es importante apreciar que mantenemos la confianza y la sangre fría». Quería que Estados Unidos «controlara las agencias especializadas», como la UNCTAD o la UNESCO, y las convirtiera a la «civilización de los negocios» del Norte.

Una vez extirpadas del proyecto atlántico las amenazas institucionales, el G-7 se dispuso a utilizar en beneficio propio la crisis de la deuda de la década de 1980 promoviendo un nuevo régimen de propiedad intelectual y de comercio con el fin de consolidar lo obtenido por el Norte frente al Sur.

Cuando el NOAL se reunió en Nueva Delhi en 1983, ya era palpable el agotamiento del proyecto del Tercer Mundo ante la feroz acometida del Norte. No se iba a planificar ninguna estrategia política eficaz para afrontar la crisis de la deuda. Por necesidad política, los países del Sur estaban dispuestos a reunirse uno por uno con el Club de París y el Club de Londres, donde se les informaría de cuáles eran los requisitos de ajuste estructural si querían ampliar sus líneas de crédito. Otras voces más radicales reclamaban una huelga de deudores, pero cayó en oídos sordos. El problema no era la deuda en sí misma. El problema residía en la asimetría de poder, según la cual los países favorecidos podían refinanciar su deuda a los tipos de interés favorables que les ofrecían los cárteles financieros y con la asignación de unas primas de riesgo más bajas que otros países. El Norte sabía comandar a los bancos.

En lugar de un Nuevo Orden Económico Internacional liderado por el Sur, el mundo tenía que vivir en el Nuevo Orden de la Propiedad Internacional gestionado por el Norte. La Ronda Uruguay del GATT modificó el régimen de propiedad intelectual de tal manera que la ingeniería inversa o las transferencias de tecnología pasaran a ser ilegales. El Norte y sus empresas podían deslocalizar la producción de mercancías en el Sur, pero la inmensa mayoría de los beneficios obtenidos por las ventas quedarían a buen recaudo en forma de rentas de la propiedad intelectual (este fue el proceso que dio lugar al «crecimiento sin empleo» del Norte y desembocó en el consumismo alimentado con deuda consentido por sus masas; un desequilibrio social que ahora ha estallado; primero a través del mercado de la vivienda y, poco después, a través del mercado del crédito personal).

En 1981, el nuevo secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, calificó la brecha existente entre el Norte y el Sur como «una grieta en el derecho humano más fundamental» y pidió que las Naciones Unidas trabajaran para cerrarla. Situada ya bajo la tutela atlántica, la Organización de Naciones Unidas no hizo nada que se le pareciera.

EL PROYECTO DEL SUR

En la *Chronique des années de braise* (1975), de Mohammed Lakhdar-Hamina, un profeta loco sale a las puertas de la ciudad para recibir a una horda de campesinos desaliñados. Extiende los brazos y les grita: «Antes erais pobres y libres. ¡Ahora sois solo pobres!».

En 1989, los pobres de los asentamientos de las colinas circundantes de Caracas, en Venezuela, se levantaron para protestar contra el aumento del precio del transporte en autobús, espoleado por el incremento del precio del petróleo. Fue el más espectacular de los disturbios contra el FMI, también denominado «disturbios por el pan». Otras muchas protestas y rebeliones similares conformaban la vida social en todos los continentes, hoy día cada vez más también en el entorno atlántico (como veremos con las convulsiones sociales de los países de Europa meridional y con los movimientos del Tea Party y del movimiento Occupy en Estados Unidos). Las protestas estaban configuradas por al menos cinco procesos:

1. Los gobiernos que imponen la austeridad, impulsada primero en África, Asia y América Latina con el nombre de programas de ajuste estructural y, después, más recientemente, en el entorno atlántico con el nombre de equilibrio presupuestario y responsabilidad fiscal.
2. El predominio del sector FIRE (por las siglas en inglés de finanzas, seguros y propiedades inmobiliarias: Finance, Insurance and Real Estate), cuya liquidación de activos en aras de la privatización ha disparado las tasas de desempleo y acrecentado los niveles de desigualdad social.
3. El desempleo catastrófico en determinadas bolsas de población, sobre todo en las zonas rurales, donde la agricultura mecanizada ha eliminado la cualificación de la mano de obra mediante la utilización de activos tecnológicos caros e insostenibles. El desempleo global asciende a unos niveles espectacularmente altos y, según el *Informe sobre el trabajo en el mundo 2012* de la Organización Internacional del Trabajo, augura un futuro de desempleo «alarmante». Los jóvenes en paro casi triplican la cifra de adultos en idéntica condición. Se estima que 6,4 millones de jóvenes han abandonado toda esperanza de encontrar un empleo.

4. Las elevadas tasas de desempleo surgidas en el contexto del colapso de las redes asistenciales estatales, de un tejido social debilitado y de unos precios de los alimentos y los combustibles vergonzosamente altos, derivados en su mayoría de la especulación con estas mercancías en los mercados. Desde Roma, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) informa de que el número de personas que pasa hambre en el mundo ha superado los mil millones. Desde el año 2008, los disturbios por comida han golpeado África, Asia y América Latina, dejando las orillas europea y estadounidense más proclives ahora a las protestas por la inflación. El Índice de Descontento Social muestra que 57 países, de un total de 106 analizados, corrían riesgo de que se incrementaran los disturbios y protestas. El FMI reconoció que uno de los acicates de las primaveras árabes del año 2012 fue el aumento del precio del pan como consecuencia del fin de la «democracia del pan» (*dimuqratiyyat al-khubz*).¹⁰
5. La desigualdad y las privaciones no encajan con las ideas al uso de imparcialidad y de justicia. Los poderosos lo saben. Su forma de distribuir los presupuestos nacionales de sus respectivos países demuestra cuáles son sus valores. Se destina más al ejército, la policía y las cárceles que a las escuelas; más al *Mukhabarat* [los servicios de inteligencia] que al ministerio de Sanidad, más a las armas que al pan. Dadas las consecuencias sociales del neoliberalismo, para ese 1% de la población es mucho más eficaz y más lógico erigir un aparato de seguridad, enjaular a las personas en ciudades devastadas o retenerlas en prisiones de alta seguridad congestionadas. El complejo industrial-penitenciario no tiene nada de irracional; desde una perspectiva neoliberal, es absolutamente razonable. El neoliberalismo siempre se adquirió con puño de hierro, rara vez con guante de terciopelo.
6. Ya es bastante malo que alguien se vea reducido al plano de la mera subsistencia, pero resulta aún peor si esta condición no está generalizada a la población. La tasa de desigualdad social alcanza unas cifras récord de la era moderna. «Algunos observadores han previsto que habrá convergencia —señalaba el PNUD en 1999—. Pero en el último decenio hemos presenciado un aumento de la concentración del ingreso, los

recursos y la riqueza entre gente, empresas y países»¹¹ Desde 1999 esas brechas se han acrecentado de forma exponencial. Un informe de la ONU del año 2008 nos muestra que el 1% de las personas adultas más ricas del planeta es propietaria del 40% de la riqueza global, mientras que el 10% más rico posee el 85% de los bienes.¹²

Hay una palabra que aglutina las múltiples y variadas protestas por todo el planeta: ¡No! Desde el movimiento Occupy Wall Street hasta la plaza Tahrir, pasando por los disturbios de Kennedy Road en Durbán y los de las aldeas rurales de Haryana, las políticas del neoliberalismo han sido estrepitosamente rechazadas. Lo que ha aflorado desde la década de 1990 ha sido la resistencia, la desactivación de la energía de las políticas neoliberales emanadas de las instituciones nacionales e internacionales. El «Sur del planeta» ha acabado por remitir a esta concatenación de protestas contra el expolio de lo común, contra el robo de la dignidad y los derechos humanos, contra el debilitamiento de las instituciones democráticas y las promesas de la modernidad. El Sur del planeta es lo que viene: un mundo de protesta, un remolino de actividad creadora. Estas protestas han dado lugar a una apertura sin una orientación política fácil de definir. Algunas de esas modalidades de protesta se repliegan y retroceden para refugiarse en unidades imaginarias del pasado o en el ámbito de lo divino. Otras son meramente defensivas y buscan sobrevivir en el presente. Pero otras consideran que el presente es intolerable y nos empujan hacia el futuro.

¿Cómo ha reaccionado el NOAL ante estos acontecimientos? ¿Ha sido capaz de huir de la actitud defensiva que le ha caracterizado desde la década de 1980? En la cumbre del NOAL celebrada en La Habana en 2006, Hugo Chávez, anterior presidente de Venezuela, requirió la creación de una nueva comisión que estudiara la situación actual y propusiera un programa «que no se lleve el viento». Se refería a la Comisión del Sur, cuya labor en la década de 1980 puso en marcha la teoría de «las locomotoras del Sur»; aunque se ha leído muy poco el informe a que dio lugar, *El reto Sur*, publicado el mismo día de 1990 en que Iraq invadió Kuwait.

La Comisión del Sur avanzó con grandes dificultades en el ambiente desfavorable creado por la década de 1980. Rechazada por el Norte, la comisión hizo de la necesidad, virtud: reclamaba cooperación Sur-Sur y su secretario general, Manmohan Singh, aportaba la perspectiva de que «hay que buscar las nuevas locomotoras dentro del propio Sur». Fue una idea similar la que alimentó los cálculos para la creación, primero, del Grupo de los 15 (en la cumbre del NOAL de 1989), después del Grupo IBSA (India, Brasil y Sudáfrica) en 2003 y, finalmente, del BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) en 2009. A estos grupos se les consideró las locomotoras del Sur.

El informe del FMI del año 2011 auguraba que en 2016 Estados Unidos ya no sería la economía más importante del mundo.¹³ En palabras del historiador Fernand Braudel, se trata del «anuncio del otoño» para la hegemonía atlántica.¹⁴ Las señales del declive se aprecian en los frágiles cimientos económicos de los Estados atlánticos, donde la luz roja de alerta destella con intensidad ante el predominio de las finanzas y el incremento del gasto militar en la economía. Desde el año 2011, Estados Unidos en solitario ha gastado 7,6 billones de dólares en sus guerras y su aparato de seguridad nacional. Esta tendencia ha venido acompañada de recortes ingentes en el gasto social y de alivios fiscales para los ricos (en 2011, el 1 % más rico de la población estadounidense se benefició de un recorte fiscal medio superior al de la renta media del 99 % restante). Cuando en 1925 quedó patente que se aproximaba el otoño para el Reino Unido, Winston Churchill proclamó: «Preferiría ver menos orgulloso al sector financiero y más contenta a la industria». ¹⁵ Estas palabras serían de aplicación al predominio de las bolsas de Wall Street, de la City londinense y de otros lugares del mundo frente a la savia de la economía social.

Si bien parece que, según las proyecciones del FMI, China será la economía más importante del mundo en el año 2016, no se muestra muy dispuesta a afirmarse en solitario. China parece darse por satisfecha con compartir la escena con los Estados que integran el BRICS y promover la multipolaridad y la diversidad económica. Pero la plataforma del BRICS tiene varias limitaciones:

1. Las políticas nacionales de los Estados del BRICS siguen el tenor general de lo que se podría denominar neoliberalismo al estilo del Sur, donde la venta de bienes de consumo y los bajos salarios de los trabajadores acompañan a un superávit reciclado que se devuelve al Norte en forma de crédito, mientras las condiciones de vida de sus propios ciudadanos continúan inalteradas. La India, por ejemplo, padece niveles muy elevados de pobreza y hambre y, sin embargo, su tasa de crecimiento es moderadamente alta. En lugar de convertir la riqueza social en pago de transferencias o en la creación de coberturas sociales más sólidas, el país parece seguir el consejo de Robert Zoellick, el presidente del Banco Mundial, e invertir su superávit en «ayudar a la economía global a recuperarse de la crisis». Hay cierta obscenidad en obligar a las «locomotoras del Sur» a tirar de los vagones del Norte (en especial, dadas las reticencias del propio Norte a permitir que se estableciera un mecanismo nuevo de reciclaje del superávit durante la crisis de la deuda de la década de 1980).
2. La alianza de los países del BRICS no ha sido capaz de generar un nuevo cimiento institucional para su autoridad emergente. Sigue suplicando que Naciones Unidas sea más democrática y que haya más democracia en el FMI y el Banco Mundial. Las súplicas han reportado pocos avances. En el momento culminante de la crisis financiera, el G-8 prometió disolverse y ceder su papel al G-20; la idea ya está olvidada. Los escuálidos incrementos en la cuota de voto del Sur en el FMI fueron insuficientes en 2011 para permitir que prosperara una candidatura conjunta que pasara a formar parte de su ejecutiva.
3. La creación del BRICS no ha respaldado una alternativa ideológica al neoliberalismo. Existen muchas propuestas para la creación de un orden económico más sostenible, pero quedan marginadas. La fórmula de Río de Janeiro que propone un «trato independiente y diferenciado» permite que el Sur exponga solicitudes de exención a políticas globales que el Norte se niega a suscribir (una de ellas nada irrelevante guarda relación con el cambio climático). Se trata de una actitud defensiva. Hasta la fecha, no se ha promovido ninguna alternativa positiva. Quizá nazca de

las convulsiones desde abajo, donde es nulo el deseo de hacer pequeños retoques a un sistema que la mayoría de la gente considera esencialmente quebrado.

4. Por último, el proyecto del BRICS no tiene ninguna capacidad para aislar el predominio militar de Estados Unidos y la OTAN. Cuando Naciones Unidas vota que se permita que «los Estados miembros utilicen todas las medidas necesarias» contra algún país, como hizo en su Resolución 1973 sobre Libia, en esencia están dando carta blanca al mundo atlántico para que actúe con todo su poderío militar. No existe ninguna alternativa regional con capacidad para operar. La proyección militar de Estados Unidos sigue siendo planetaria: cuenta con bases en todos los continentes y tiene capacidad para atacar casi en cualquier lugar del mundo. Los mecanismos regionales de pacificación y resolución de conflictos están debilitados por esta presencia global de la OTAN y de Estados Unidos. La fuerza militar avasalladora se traduce en poder político.

Si nos asomamos a las entrañas del sistema, descubrimos que las soluciones no residen en su interior. Sus problemas no son técnicos, ni culturales. Se trata de problemas sociales que requieren soluciones políticas. Es preciso revisar a fondo el orden social de la propiedad, las normas y el poder. No cabe duda. La cuestión es cuál debe ser la estrategia, la táctica, el modo de avanzar hacia un lugar que no es el mismo en el que ahora nos encontramos. El Sur es un espacio de lucha intensa, de tácticas y estrategias diversas experimentadas en las calles y en los salones gubernamentales. Es una historia inconclusa; una historia que debe tener un buen final.

LAS NACIONES POBRES

El libro que el lector tiene en sus manos narra esta historia en cuatro capítulos. Arranca en el momento culminante del proyecto del Tercer Mundo, cuando puso sobre la mesa el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) ante el Norte global. Para desbaratar el NOEI, los países del Atlántico Norte constituyeron el G-7, que ha sido el órgano ejecutivo de las ambiciones del

Norte. Fue desde la posición privilegiada del G-7 desde donde los políticos del Atlántico Norte barrieron el liberalismo atlántico y dieron la bienvenida a la dinámica que conocemos como neoliberalismo. Para referir este episodio en el capítulo 1 presento a la Comisión Brandt, cuyas deliberaciones sobre la brecha existente entre el Norte y el Sur nos llevan hasta el momento culminante del liberalismo atlántico. Su desmoronamiento, junto con el del proyecto del Tercer Mundo, marca el comienzo del neoliberalismo como lógica definitoria de los años transcurridos desde mediados de la década de 1970 hasta principios de la de 2010.

Atribulados por el tsunami del neoliberalismo, un grupo de intelectuales políticos del Sur se reunió bajo la dirección del antiguo primer ministro de Tanzania, Julius Nyerere, con la intención de dar a luz nuevos conceptos y nuevas iniciativas legislativas que permitieran al Sur escapar de lo que había empezado a parecer su condición de sumisión permanente. Cuando la crisis de la deuda y la Ronda del GATT se apoderaron del orden mundial, Nyerere y su Comisión del Sur se reunieron para buscar una salida. Su solución descansa sobre la idea de «cooperación Sur-Sur» y su teoría de las «locomotoras del Sur». Este fue el mapa intelectual que daría lugar a la formación del BRICS.

Un análisis minucioso de los debates mantenidos en el seno de la Comisión del Sur es lo que da forma al capítulo 2, que trata de las posibilidades teóricas que tiene el Sur en las condiciones de abyecta servidumbre política y económica en las que se encuentra.

Liberados de los imperativos del proyecto del Tercer Mundo, atascados en los baches de la crisis de la deuda y, ahora, impulsados a convertirse en «locomotoras del Sur», Brasil, India, China y, posteriormente, Sudáfrica, países todos ellos inmensos desde el punto de vista demográfico, desarrollaron su propia variante del neoliberalismo con rasgos meridionales. El capítulo 3 contiene una historia concisa de la aparición del BRICS. El grupo no promete transformación revolucionaria alguna del orden mundial; tienen ambiciones más modestas. Sin embargo, constituye la primera formación en treinta años para poner en cuestión la ortodoxia establecida por el Norte. Lo que el BRICS ha permitido es la creación de cierto espacio, que entre un soplo de aire que oxigene el estancado mundo del imperialismo

neoliberal. Los Estados que conforman el BRICS mantienen sus propios compromisos con las medidas neoliberales, pero ya no están dispuestos a inclinarse ante el poder imperial. En la brecha existente entre política neoliberal y poder imperial es donde se presenta una oportunidad para el bloque del Sur. En la XIII reunión de la UNCTAD, celebrada en 2012, el Sur esgrimió esa oportunidad para hacer frente al Norte. Esto constituye un retoño en medio de la aridez del desierto.

La transformación no se producirá mediante iniciativas tomadas «desde arriba» en el Sur. La esperanza reside en el «Sur desde abajo», en esto consiste el tema central del capítulo 4. Dicho capítulo examina el potencial del internacionalismo del Sur entre los movimientos sociales que se reúnen en torno al Foro Social Mundial, así como en otras formaciones sociales estructuradas por sectores (como La Vía Campesina). Este tipo de movimientos tiene claro que las políticas neoliberales no cuentan con ninguna legitimidad. Pero ni el neoliberalismo, ni la lógica capitalista que lo rige han sido desplazados, al menos por dos razones. En primer lugar, el neoliberalismo sigue ejerciendo mucho poder institucional a través de los bancos centrales y las instituciones financieras multilaterales. Su preocupación principal es la inflación, no los puestos de trabajo, ni los medios de vida de la gente corriente. Hay poco espacio político para que los administradores del BRICS y los partidos de izquierda se afanen en otros sueños, otras imaginaciones. En segundo lugar, una de las tendencias a largo plazo del sistema capitalista es la de las medidas que aplican quienes controlan el capital para sustituir la mano de obra por maquinaria. El capitalismo es un sistema de desplazamiento masivo de mano de obra. El problema de los trabajadores actuales es que están descontentos y son caros. Las máquinas son poco exigentes y más baratas. Las máquinas podrían acabar siendo devastadoras desde el punto de vista ecológico, pero eso no es relevante para el capitalismo. Las máquinas también podrían acabar siendo maravillosas desde el punto de vista social, puesto que liberan tiempo que se puede destinar al ocio; pero eso solo sucedería si de los frutos de la mecanización no se apropiaran solo los pocos escogidos que poseen o controlan la riqueza social.

Lo que sabemos con certeza es que la época del Estado neoliberal, de los gobiernos de lo posible, ya se ha terminado. Aun cuando esos Estados perduren, su legitimidad se ha visto erosionada. La época de lo imposible ha hecho su aparición. Este es el mensaje de *Las naciones pobres*.

LA DEFUNCIÓN DEL LIBERALISMO DEL ATLÁNTICO NORTE

Hoy día, la política es principalmente economía.

EDWARD TOMKINS,
embajador británico en Francia,
25 de noviembre de 1975¹

En 1977, Willy Brandt, excanciller de Alemania Occidental, reunió a una comisión de expertos para que realizara un estudio sobre la creciente desigualdad entre los ricos y los pobres del mundo, así como entre los Estados más ricos y los más pobres. Brandt fue un socialdemócrata y líder de la Internacional Socialista que acrecentó su prestigio con las medidas de la *Ostpolitik*; el acercamiento entre Alemania Occidental y Oriental y, como es lógico, en términos más generales, entre los bloques comunista y capitalista avanzado. La idea de Brandt de «cambio mediante acercamiento» sedujo a Robert McNamara, que llevaba el timón del Banco Mundial. McNamara llegó al Banco Mundial procedente del Pentágono y, anteriormente, de la empresa automovilística Ford. Tenía un asiento de primera fila en el poder empresarial y militar estadounidense. Con él llegó la niebla del liberalismo estadounidense, impaciente por erradicar la pobreza sin comprometerse en absoluto con ningún cambio estructural profundo. McNamara tendió la mano a Brandt para pedirle que formara una comisión bajo los auspicios del Banco Mundial para afrontar la nueva brecha entre el Norte y el Sur. Brandt aceptó. No buscaba la aprobación del Banco Mundial, pero se tomó la idea en serio. Los comisionados de Brandt se reunieron entre 1977 y 1979. Fue un proceso

erizado de problemas; no se alcanzó ningún acuerdo. Pero en 1980 la comisión publicó su primer informe: *Diálogo Norte-Sur: Informe de la Comisión Brandt* (editado también bajo el título *Norte-Sur: Un diálogo para la supervivencia*).

El informe causó mucho alboroto. La mayoría de sus recomendaciones eran propuestas para el diálogo Norte-Sur originarias de la década de 1960: revisar las condiciones del comercio, reconsiderar el poder de las empresas multinacionales, repensar el sistema monetario internacional y solucionar la barrera que alzaban los subsidios agrícolas del Norte y la inestabilidad de los precios de las mercancías en el Sur. La tarea inmediata que proponía el informe era diseñar un programa de emergencia de 4.000 millones de dólares destinado a poner fin a la pobreza en los países menos desarrollados. Las principales potencias acudieron en 1981 a Cancún para discutirlo. Sus deliberaciones no llegaron a nada. Como escribió Brandt en su autobiografía, «nuestras propuestas recibieron grandes dosis de atención pero muy poca reacción favorable por parte del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial».² No solo el Banco Mundial y el FMI, sino todas las principales potencias atlánticas rechazaron las recomendaciones del informe. Se ahogó antes de poder nadar. Tres años más tarde, la Comisión Brandt elaboró un segundo informe, muy poco difundido: *Common Crisis North-South: Cooperation for World Recovery* [«La crisis Norte-Sur: Cooperación para una recuperación mundial»]. En esta ocasión, el equipo responsable escribía: «la Cumbre Norte-Sur de Cancún celebrada en México en otoño de 1981, que propusimos en nuestro informe, quedó muy por debajo de nuestras expectativas. No arrojó ninguna orientación, ni concitó ningún impulso claro para futuras negociaciones. Ni siquiera se acercó a lanzar la idea de un programa de recuperación económica mundial».³ El de esta comisión fue el último de una serie de informes de eminencias que intentaron ofrecer un enfoque humanista para el bienestar planetario.⁴ Definió el alcance del liberalismo atlántico, y esta fue su última boqueada.

La Comisión Brandt se gestó en un momento crucial del siglo xx. Durante la década de 1970 se libró una cruda batalla no solo entre el Este y Occidente, cuya guerra fría había ido calentándose a lo largo de la década, sino, lo que es más importante, también entre los Estados capitalistas

avanzados, encabezados por Estados Unidos, y el Tercer Mundo. Esta última batalla tuvo mucha mayor repercusión para crear el contexto en que se produjeron las deliberaciones de la Comisión Brandt. A principios de esa década, Estados Unidos había decidido desvincular el dólar del patrón oro. Como no quería pagar a sus acreedores con oro, decidió que su patrón sería el dólar; quienes tuvieran dólares no podrían intercambiarlos por oro y tendrían que quedárselos (no como sustituto del oro). Aquello permitía a Estados Unidos emitir moneda cuando tenía que pagar a sus acreedores y buscar nuevos acreedores apoyándose en el valor sólido y estable del Tesoro estadounidense (en lugar de en sus reservas de oro). La maniobra moldeó la economía mundial en torno a las necesidades de Estados Unidos y su feudo atlántico. No es de extrañar que este sistema se conozca como «señoreaje del dólar»: la capacidad del gobierno estadounidense de gestionar un déficit por cuenta corriente inmenso con la seguridad absoluta de que sus acreedores no pueden agotar los suministros de oro de Fort Knox, ni intentar derribar de forma efectiva el dólar (en el que atesoran su propia riqueza).⁵

Unos cuantos años más tarde, en 1973, el proyecto del Tercer Mundo lanzó su principal ataque contra el neocolonialismo cuando el precio del petróleo se multiplicó por cuatro y su demanda de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) llegaba a la Asamblea General de la ONU. Ciertamente, se estaba gestando un nuevo orden. En la década de 1970 no estaba claro qué forma iba a adoptar, pues los países más decididos del Tercer Mundo hicieron avanzar su coherente agenda a pesar de las muchas diferencias existentes entre los Estados que adoptaron el proyecto como propio. Pero a medida que la década fue desarrollándose, y sin duda antes de principios de la de 1980, estaba ya claro que el vencedor sería el que posteriormente se llamaría el Norte. El NOEI del Tercer Mundo se tambaleaba, como también le sucedía al liberalismo atlántico. El espacio abandonado por ambos fue ocupado por una filosofía que descendía del aire viciado de Mont Pélerin, en Suiza, donde Friedrich Hayek, Milton Friedman, Ludwig von Mises y sus camaradas habían incubado la teoría del neoliberalismo en la década de 1940. De las cenizas del liberalismo atlántico y el proyecto del Tercer Mundo se alzó el neoliberalismo global.

LOS PETRODÓLARES

El 15 de agosto de 1971, el gobierno de Estados Unidos rompió las ataduras con el patrón oro en el comercio.⁶ Al igual que con otras muchas decisiones importantes tomadas por Estados Unidos, el Reino Unido le siguió y, a continuación, lo hicieron los países de la Europa continental. El patrón oro concluyó su larga andadura. Ahora las monedas fluctuarían entre sí. Conscientes de la inestabilidad resultante a corto plazo, los diferentes bancos centrales autorizaron la emisión de más moneda para incrementar sus reservas. El dólar perdió parte de su valor, como también les pasó con su riqueza a los ricos del mundo, que desde hacía mucho las habían depositado en dólares.⁷ Entre ellos estaban los Estados petroleros, cuyos superávits prosperaron en dólares, ya estuvieran depositados en Nueva York o en Londres. Los Estados pertenecientes a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se irritaron ante la depreciación de su riqueza. Amenazaron abiertamente con aumentar el precio del petróleo. Un informe de 1971 del Departamento de Estado estadounidense lo exponía con claridad: «El mundo está viviendo hoy día en lo que muy probablemente será su último y efímero mercado de compradores de petróleo convencional. En 1975, y seguramente antes, habremos ingresado en un mercado permanente de vendedores, en el que uno de los diversos grandes productores podrá crear una crisis de suministro recortando el abastecimiento de petróleo».⁸

El caos monetario impulsó a los inversores a buscar refugios más seguros. En el plazo de los dos años siguientes, los precios de las mercancías subieron a medida que los inversores depositaron su capital en bienes tangibles, y no en ese nuevo mundo del dinero sin oro. Las oscilaciones bruscas de las tasas de cambio confundieron a los inversores. Desde enero de 1973 hasta junio de 1975, el dólar se depreció frente al marco alemán en un 36 %, pero se revalorizó en un 11 % durante el último trimestre de 1973. Los comerciantes de divisas todavía no habían aprendido su oficio. Los inversores se volcaron en las mercancías con el ánimo de parapetarse frente a la inflación. Los precios empezaron a aumentar en 1972, cuando el cobre, el café, el azúcar, la carne y los cereales alcanzaron sus máximos en mayo de 1974 (un aumento de un 115 % en dos años), mientras que los productos

industriales alcanzaron su máximo en abril de 1974 (un aumento de un 127 % en dos años). El precio del oro también sufrió un incremento acusado, que le hizo pasar de los 35 dólares por onza (en marzo de 1968) a los 200 dólares por onza (en enero de 1975).⁹ Aquellos fueron los precios máximos; a partir de entonces empezarían a descender de forma paulatina, sobre todo cuando comenzó a despertarse la confianza en el dinero sin respaldo en el oro.

Los Estados desarrollados avanzados se apropiaron de los beneficios del estallido de las mercancías. Los precios de las mercancías producidas y exportadas por Estados Unidos, Australia, Canadá y Sudáfrica aumentaron en un 85 %, mientras que los de las naciones del Sur subieron solo en la mucho más modesta proporción de un 30 %. Solo los países que exportaban petróleo lograron percibir beneficios mucho más contundentes.¹⁰ La producción industrial masiva de trigo y cereales en Estados Unidos supuso una ventaja decisiva. En 1972, una Unión Soviética desesperada compró un cuarto de la producción de trigo estadounidense (aquello acabó conociéndose como «el gran robo de granos»), lo que disparó el precio del trigo. Los precios de los cereales se cuadruplicaron, una circunstancia que golpeó con fuerza a los países importadores de alimentos, situados sobre todo en África, Asia y América Latina.¹¹

En el contexto de este mercado de bienes sobrecalentado, los mandarineros de la OPEP se arremolinaron formando corro y respondieron con un aumento de precios equivalente. Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y 1967, el precio del petróleo había ido aumentando a la moderada tasa de un 2 % anual. El 16 de octubre de 1973, la OPEP arrojó el guante y subió el precio del petróleo un 70 %, lo que cuadruplicaba el precio del petróleo para hacerlo saltar desde 3 hasta 12 dólares por barril. El contexto político inmediato de aquel aumento de precio fue la Guerra del Yom Kippur entre Israel y Egipto, que arrastró a otros Estados árabes. La rama árabe de la OPEP promovió un embargo a los Estados que apoyaran a Israel, y el mero anuncio de la suspensión puso en duros aprietos a los defensores de Israel, especialmente Estados Unidos y los Países Bajos.¹² La cuestión de Israel no fue la razón del aumento del precio del petróleo; ya se veía venir, de cualquier modo, impulsada sobre todo por la ruptura con el patrón oro y el consiguiente incremento general de los precios de las mercancías. Como dijo

Belaid Abdessalam, el ministro de petróleo de Argelia, después de la reunión de la OPEP de junio de 1974, la Guerra del Yom Kippur «desempeñó como mucho el papel de catalizador en la toma de una decisión que ya estaba muy avanzada y bien justificada en el plano económico».¹³ El hecho de que el precio de los cereales se cuadruplicara en un mercado de alimentos dominado por Estados Unidos también fue un acicate ya que, como señaló el por otra parte acomodaticio Shah de Irán en 1973, fueron Estados Unidos y sus aliados del Atlántico Norte quienes «incrementaron en un 300 % el precio del trigo que nos venden, lo mismo que hicieron con el azúcar y el cemento». Además, como Estados Unidos y sus aliados controlaban la industria petrolera, las grandes multinacionales del sector ahogaron las economías de los territorios que disponían de él («Nos compran el crudo y nos lo venden, refinado en productos petroquímicos, a un precio cien veces superior al que nos lo han pagado»).14

El intento fallido por parte de Arabia Saudí de restar importancia a las medidas de embargo y al aumento del precio tuvo como contrapartida la exaltación de Libia y Siria del «arma del petróleo». Sin duda, los Estados árabes trataron de acrecentar su poder político con el barril de petróleo, pero no estaban solos dentro de la OPEP. Los venezolanos debían afrontar otros asuntos menos polémicos que el inabordable conflicto árabe-israelí. La guerra de Yom Kippur no era decisiva para ellos. El empuje general para fundar cárteles eficaces orientó la política, pero fue un aspecto que se vio favorecido por su utilidad en la coyuntura política inmediata (es decir, la de utilizar el embargo como mecanismo para aislar a Israel; una estratagema fallida en relación con Estados Unidos, pero exitosa de forma colateral en relación con Japón y Europa).

Los factores estructurales (la necesidad de preservar y aumentar la riqueza) desempeñaron un papel fundamental en el aumento del precio del petróleo.¹⁵ Eso hizo también el proyecto del Tercer Mundo. En el corazón del proyecto residía la negociación de la catastrófica situación económica en el mundo en vías de desarrollo. La mayoría de los países que se unieron al NOAL tenían su economía deteriorada por una historia colonial que los había convertido en monoprodutores (ya fuera de frutos del interior de la tierra o cultivados en su superficie). Las ventajas del valor añadido a las materias

primas no llegaban a los países «periféricos», a los que se pedía que se dieran por satisfechos con las rentas o los precios que se pagaban por sus recursos. Las principales multinacionales asumieron entonces la situación procesando las materias primas para convertirlas en mercancías con un valor añadido muy superior. Todo esto irritaba a los nuevos Estados del NOAL, que aspiraban a cobrar por aquellos recursos precios y rentas superiores y a aprovechar su riqueza social para fortalecer sus economías nacionales. Entre la abultada batería de medidas políticas con la que contaba para hacerlo, se encontraba la reforma agraria, la industrialización como sustitución de importaciones, la creación de cárteles de productores y los *stocks* de contingencia, reguladores o amortiguadores para estabilizar el precio de las mercancías. La OPEP fue el primer cártel importante nacido de esta dinámica. Le seguiría muy pronto el cártel del cobre (Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre) y el de la bauxita (Asociación Internacional de la Bauxita). Ninguno de estos últimos tuvo la capacidad de influencia que alcanzó el del petróleo. La política de la OPEP nacía del proyecto del Tercer Mundo, al igual que en los primeros tiempos su cultura de la solidaridad. Era una prueba de la asombrosa disciplina de los vendedores, donde nadie estaba dispuesto a vender por debajo de los precios fijados para obtener beneficios a corto plazo.¹⁶

Siguiendo el compás del proyecto del Tercer Mundo, Houari Boumédiène, dirigente de Argelia, expuso en febrero de 1974 sus argumentos en favor del aumento del precio del petróleo:

No nos parece que el petróleo sea demasiado caro. Para nosotros es la maquinaria, los técnicos, el coste del conocimiento, los estudios y el dinero los que son demasiado caros. El hombre que tiene hambre, que va en burro o quiere aprender a leer, no tiene las mismas preocupaciones que el que sale a dar un paseo en coche los domingos; y para este el precio del trigo es más importante que el precio del asfalto. El precio del trigo se ha multiplicado por cinco. El precio del hierro no se ha alterado desde hace mucho tiempo, pero ¿cuánto ha aumentado el precio de un tractor? El problema al que se enfrenta el mundo es mucho más amplio que el del petróleo en exclusiva, ni siquiera el de las materias primas en solitario: en todos los ámbitos tiene que ver con la relación entre los países desarrollados y los demás países. Este es el núcleo de la cuestión.¹⁷

Según la lógica del proyecto del Tercer Mundo, los beneficios obtenidos por los cárteles debían tener una finalidad social. Claro que el capital se utilizaría para diversificar las diferentes economías centradas en un solo cultivo o explotación; no solo desarrollando otros sectores de la producción, sino también mejorando las infraestructuras para crear mercados interiores (e impidiendo que el país se limitara a ser una plataforma para la extracción y el subsiguiente transporte a las metrópolis). Aparte de eso, había cierta idea de utilizar el dinero extra para financiar alguna clase de «Banco del Sur», que luego prestaría dinero en condiciones favorables o mejoradas a regiones del Sur que no gozaban del beneficio de disponer de alguna mercancía lucrativa.¹⁸ En el mundo árabe se crearon de hecho algunas plataformas para utilizar los beneficios excedentes, y dieron como resultado instituciones modestamente beneficiosas: el Fondo Saudí para el Desarrollo, el Fondo Kuwaití para el Desarrollo Económico Árabe, el Banco Islámico de Desarrollo, el Fondo Árabe para el Desarrollo Económico y Social, el Fondo Árabe de Ayuda Especial a África, el Fondo Árabe de Asistencia Técnica en África y el Fondo de Abu Dhabi para el Desarrollo. No disponían de las sumas de dinero previstas por el proyecto, ni la mayoría de ellos recibió tampoco el apoyo suficiente. La esperanza de un gran cártel no resultó como se esperaba.¹⁹

Los beneficios se destinaron a otros usos. En 1972, los miembros de la OPEP declararon unas ventas cifradas en 24.000 millones de dólares.²⁰ Estas ingentes cantidades tenían dos usos principales. Aproximadamente la mitad del dinero reportaba a los Estados de la OPEP bienes procedentes del exterior, entre los que había artículos de lujo, alimentos y armamento. Las facturas por cada tipo de cargamento acabaron siendo asombrosamente similares. Las tentativas de diversificar la base económica se quedaron a la mitad de camino, pues los diversos gobiernos, desde el del Shah de Irán hasta el de la oligarquía venezolana, optaron por engrandecerse antes que por conferir seguridad y bienestar a los seres humanos. El resto del dinero se destinó a la adquisición de activos financieros extranjeros, sobre todo atlánticos. Las discusiones sobre este asunto ya habían hecho detenerse a los principales intelectuales del entorno atlántico en la reunión anual del Club Bilderberg de mayo de 1973. Fue el objeto del acuerdo establecido entre el Secretario del

Tesoro estadounidense, William Simon, y la Autoridad Monetaria de Arabia Saudí, así como en la creación de la Comisión Conjunta de Cooperación Económica Saudí-Estados Unidos, fundada en junio de 1974.²¹ El aumento del precio del petróleo desencadenó el déficit en Europa occidental y Estados Unidos. Pero el mastodóntico excedente petrolero de los países de la OPEP produjo un problema de sobreabundancia en los países miembros. El pacto quedó firmado, bajo un horizonte de amenaza militar estadounidense contra los saudíes, cuando los países de la OPEP compraron la deuda de Europa occidental y Estados Unidos.²²

La población de a pie de Europa y Estados Unidos padecía las consecuencias del aumento del precio del petróleo y lo pagaba muy caro en la gasolinera. Las empresas petroleras y los ministros de finanzas de la OPEP recogían los beneficios y los depositaban en bancos del Norte. Ese capital formaba ahora parte sustancial de lo que contribuía a expandir los sectores financieros del Norte, en cuyo corazón residía esta industria del petrodólar. En el Norte, una tasa de ahorro muy baja impedía que los bancos recolectaran dinero de los bolsillos de la población. Los altísimos precios del petróleo se abrían paso en sus bolsillos y, a través de las empresas petroleras, depositaban los «ahorros» de las personas en los bancos del Norte. Estos petrodólares cubrían los déficit de los gobiernos del Norte, suministraban a los bancos capital para invertir en futuros beneficios y protegían el dólar de la depreciación a pesar de las necesidades de la economía estadounidense. Representaba una escalera real para los ricos.

En enero de 1974, el director del FMI, H. Johannes Witteveen, formuló dos propuestas. La primera consistía en que el FMI se hiciera cargo del mercado de petrodólares, convirtiéndose en el agente público para su desembolso. Los gobiernos europeos respaldaron la idea de Witteveen. A Witteveen le preocupaba que la inmensa cuantía de capital flotante indujera a los bancos a caer en una espiral improductiva que les concediera un poder sin precedentes sobre el sistema mundial. Lo mejor sería que el FMI comandara el funcionamiento. La segunda propuesta, formulada en 1974, se derivaba de la primera, es decir, el FMI desembolsaría después teniendo en cuenta la tasa de retorno, sin duda, pero también con cierta dosis de equidad. El fondo de petrodólares contribuiría a la actividad del desarrollo.

Witteveen, sufí de toda la vida, había sido ministro de Finanzas del gobierno holandés y era además miembro de un partido político con tendencia al *laissez-faire*, el Partido Popular por la Libertad y la Democracia. A esta decisión no le impulsaba algún tipo de culpabilidad liberal por las antiguas colonias, ni ninguna fidelidad a las posiciones del NOEI. Witteveen pensaba que el entorno atlántico padecía de una «demanda excesiva», lo que quiere decir que los trabajadores se llevaban demasiado dinero a casa en los sobres que contenían su salario. Había que bajarles un poco los humos. La mayor liquidez en los mercados atlánticos alimentaba una «demanda excesiva» y fomentaba lo que él denominaba una «psicología inflacionaria». Para contener esa «demanda excesiva» en el entorno atlántico, Witteveen propuso la austeridad anticipada: «El sacrificio necesario para combatir la inflación se vuelve mayor cuanto más enquistada esté la inflación».²³ La redistribución no iría de los ricos a los pobres, ni del Norte al Sur. Witteveen pretendía desplazar una modesta suma de los ingresos de los trabajadores del Norte a los gobiernos del Sur. Mejor que el FMI gestionara los petrodólares y los canalizara desde los Estados atlánticos hacia los Estados del NOAL. A Witteveen se le ocurrió esta propuesta en ausencia de la resaca ideológica de la supremacía atlántica, y su idea de un Fondo, por tanto, flaqueó bajo la presión estadounidense.²⁴

En diciembre de 1974, Estados Unidos suprimió sus controles de entrada y salida de capital financiero. El 1 de mayo de 1975, Estados Unidos eliminó las vallas que cercaban la Bolsa de Nueva York para crear un mercado global de acciones y valores. En lugar de permitir que un FMI dominado por Europa se hiciera cargo del mercado del petrodólar, Estados Unidos prefirió dejar que los bancos del Atlántico Norte dirigieran el espectáculo, sobre todo si eso significaba que la ciudad de Nueva York se convirtiera en la ciudad global preponderante. En 1981, el gobierno de Reagan y la Reserva Federal estadounidense convirtieron Wall Street en su propio complejo exterior mediante una provisión denominada «International Banking Facilities» [«líneas de financiación internacionales»].²⁵ Wall Street se convirtió en el eje del nuevo orden. De su constelación formarían parte la City londinense y la Finanzplatz de Fráncfort.²⁶ El nuevo mercado financiero hizo que los manuales de microeconomía se volvieran arcaicos. Unos cuantos agentes

descomunales (como Goldman Sachs) dominaban la prestación y venta de servicios de inversión, dando lugar a lo que Peter Gowan llamó un «cártel deliberado».²⁷ El cártel financiero del Atlántico Norte ganó un dineral en las décadas posteriores, con lo que perpetuó un proceso de acumulación mediante manipulación.

El proyecto estadounidense venció y el FMI retrocedió. El 80 % de los ingresos de la OPEP una vez descontados los impuestos en 1974 llegó a los países que circundaba el Atlántico Norte, principalmente a Estados Unidos. Los bancos de esta región se convirtieron en las empresas transportadoras de los petrodólares hacia el sistema mundial. El Secretario del Tesoro de Nixon, John Connolly, lo dijo claramente en 1971: «Tal vez el dólar sea nuestra moneda, pero ahora es su problema».²⁸ El patrón dólar suplantó al patrón oro: los países que no eran Estados Unidos empezaron a acumular dólares como instrumento de riqueza, comprando letras del Tesoro que en última instancia suministraban a Estados Unidos el lastre contra cualquier preocupación acerca de su propio déficit en el gasto. La superabundancia inflacionaria de dólares impulsó a muchos Estados a realizar revaluaciones de moneda, convirtiendo sus valiosas exportaciones en algo cada vez menos competitivo. Abarrotados de petrodólares, los Estados del Atlántico Norte se convirtieron en el centro en torno al cual el resto del mundo ocupaba su lugar de forma radial.

EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL

En 1949, el economista Raúl Prebisch presentó un artículo importante a la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina y el Caribe en su reunión de La Habana. Bajo el título de «El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas», pero también conocido como «Manifiesto de La Habana», el documento contenía una crítica virulenta del orden mundial conformado en la época colonial y aportaba un conjunto de alternativas coherentes que serían más democráticas desde el punto de vista institucional y más igualitarias desde el punto de vista económico. La mayoría de las reglas del orden mundial habían sido establecidas en la época en que la mayoría de la humanidad luchaba bajo la

dominación colonial o semi-colonial. Los representantes de los pueblos del mundo no tuvieron la menor influencia real en la conferencia de Bretton Woods de 1944. Los delegados que acudieron desde muy lejos a Bretton Woods, en New Hampshire, entraron en la Sala de Oro (Gold Room) del majestuoso Hotel Mount Washington para exponer sus impresiones en el comunicado final. Ese fue su papel, y apenas más. No era de extrañar, por tanto, que las dos principales instituciones nacidas de Bretton Woods —el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial— tuvieran que estar dirigidas por un europeo y un estadounidense, respectivamente. Nadie más tendría esa oportunidad. John Maynard Keynes, que llevó la iniciativa en la conferencia, no necesitaba a casi nadie más. Los venidos de las colonias y las pseudo-colonias «no tenían nada que aportar y no hacían más que estorbar», escribió al Tesoro británico. A juicio de Keynes, Bretton Woods iba a ser «la más monstruosa jaula de grillos reunida en años».²⁹ No era precisamente la actitud conveniente para sembrar una solución auténticamente internacional a la crisis económica.

Había otros que compartían el desdén de Keynes hacia quienes no eran como él, y fue eso lo que les llevó a privar al mundo del derecho al voto en la gobernanza del FMI y el Banco Mundial (la mayoría de los votos de sus directorios ejecutivos estaban en manos de Europa y Estados Unidos). «Una de las deficiencias llamativas de la teoría económica general desde el punto de vista de la periferia —escribió Prebisch—, es su falso sentido de universalidad».³⁰

Una discriminación muy similar dejó a la mayor parte del mundo sin control alguno sobre un Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que, de nuevo contra el espíritu de la carta fundacional de la ONU, empezó a actuar como directorio ejecutivo de la Asamblea General. El silencio de los países colonizados y pseudocolonizados significaba que las nuevas medidas económicas y políticas favorecerían a quienes ya se habían apropiado de la riqueza del mundo, y esas medidas para la desigualdad quedaban ahora grabadas en piedra. La mayoría vivía en países que todavía no eran independientes y, por tanto, se les discriminó negativamente mediante su ausencia en las deliberaciones. Cuando llegó la descolonización, esos países situarían la cuestión de la democracia internacional en la cúspide de su

programa. Fue eso lo que en las décadas de 1950 y 1960 aglutinó a tantos de los, por lo demás, muy dispares países que unieron sus fuerzas en el proyecto del Tercer Mundo.

Escarmentados por la guerra económica de las décadas de 1920 y 1930, que no solo desembocó en las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial, sino que también contribuyó a la prolongación de la Gran Depresión, las potencias atlánticas establecían ahora un régimen monetario que fuera menos volátil y un régimen político que resultara menos contencioso. El Banco Mundial se creó para contribuir a gestionar la reconstrucción de Europa y Japón, devastadas por la guerra (pero no el resto de Asia, ni África, ambas también deterioradas por las ambiciones europeas). El FMI nació como una institución concebida para ayudar a los países que tuvieran problemas de liquidez a corto plazo o cuyas balanzas de pagos atravesaran dificultades. Solo se formuló un mandato muy limitado o indeciso sobre la reducción de la pobreza o la erradicación de las inmensas desigualdades sociales que caracterizaron el fin de la época colonial. El FMI y el Banco Mundial eran instituciones para el mantenimiento de la dominación colonial por otros medios... o así se percibía desde Santiago, Dar es Salaam, El Cairo y Nueva Delhi.

Por esa razón, los países que habían sido excluidos de la creación del FMI y el Banco Mundial, así como de la arquitectura de la ONU, erigieron su propio proyecto y sus propias instituciones. Su proyecto del Tercer Mundo bebía en las ricas tradiciones del igualitarismo, se refugiaba en la promesa de la ONU y su carta fundacional y desarrollaba una tradición intelectual en cuyo seno articulaba un conjunto de medidas coherentes para sacar al planeta del miserable presente en que vivía. Una organización esencial para el proyecto fue la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), creada en 1964 y de la que Prebisch fue el primer secretario general. En las diversas reuniones de la UNCTAD y en otros foros, los países de África, Asia y América Latina, con aliados del bloque socialista (de vez en cuando, la URSS), Yugoslavia (en un principio, al margen del bloque socialista, pero simpatizante con él desde el punto de vista programático) y algunos países europeos (de forma destacada, los países escandinavos), elaboraron una perspectiva alternativa que se agudizaría a

principios de la década de 1970. La perspectiva adquirida desde la UNCTAD perfiló el programa del Movimiento de Países No Alineados, el principal bloque que, con diferentes grados de entusiasmo, asumió el proyecto del Tercer Mundo.

En las Naciones Unidas, los países que pertenecían al NOAL o que guardaban fidelidad al proyecto del Tercer Mundo constituyeron en 1964 un bloque negociador llamado «G-77» (hoy día lo componen 132 miembros, pero conserva su nombre de «Grupo de los 77»).

³¹ El G-77 asumió el programa concebido por la UNCTAD y otras agencias de la ONU similares, donde los países del NOAL lograron utilizar su fuerza demográfica en su favor. El poder de la mera cifra de cuerpos humanos no ejercía idéntica influencia en el FMI, el Banco Mundial, el Consejo de Seguridad de la ONU u otros organismos donde las antiguas potencias coloniales mantenían un dominio similar. La URSS y el Bloque del Este consideraban que el NOAL y el G-77 eran sus aliados, pero como el Este no se fiaba de la ONU y sus agencias, su lealtad discurría en paralelo al NOAL, en lugar de rendirse a él directamente.

Uno de los rasgos más llamativos de este período es que, a pesar de su mayoría demográfica, los Estados del proyecto del Tercer Mundo elevaban peticiones a los organismos de ámbito mundial, mientras que el Norte simplemente actuaba. No cabe mejor ejemplo de la desigual geometría del imperialismo que el tono de las deliberaciones internacionales. Los deseos del Norte se multiplican; las súplicas del Sur, a veces, se suman, pero casi siempre se restan.

El embargo de petróleo de 1967 avivó el apetito de la OPEP y del NOAL. Mostraba que los países del proyecto del Tercer Mundo tenían algún peso político. En la tercera conferencia del NOAL celebrada en 1970 en Lusaka, Zambia, los principales dirigentes políticos intentaron fortalecer el grupo desde el punto de vista institucional y matizar su desafío ideológico al bloque atlántico. Una vez más, subrayaban la necesidad de introducir la democracia en las relaciones internacionales, lo que suponía reducir el poder de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y reforzar la autoridad de la Asamblea General. El embargo de petróleo había demostrado que los cárteles de productores operaban con eficacia y que

lograrían mitigar el poder asimétrico de las empresas transnacionales y sus países de origen. Los países del NOAL querían asegurar que sus afanes proporcionaban «una oportunidad para introducir cambios estructurales en el sistema económico mundial con el fin de satisfacer las acuciantes necesidades de las naciones pobres, de fortalecer su independencia y de suministrar una expansión más rápida y equilibrada de la economía mundial». No solo las naciones establecieron los fines y objetivos (cooperación internacional y desarrollo equitativo); también exponían un montón de medidas concretas para alcanzar dichos objetivos. Reproducimos aquí algunas de esas medidas:

- Finanzas: aliviar el problema de la deuda, incrementar el flujo neto de transferencias económicas desde las naciones desarrolladas a los países en vías de desarrollo, diferenciar entre inversión para el desarrollo e inversión para el comercio.
- Tecnología: transferir tecnología a países con déficit en este ámbito, ampliar las oportunidades para la investigación y mejorar los sistemas educativos.
- Producción: proteger el precio de las materias primas, crear sistemas para procesar materias primas y obtener los beneficios de la venta de valor añadido, crear mecanismos preferenciales para productos procedentes de países en vías de desarrollo, diversificar la economía de estos países (incluida la promoción de un sector industrial).

Se pueden encontrar retazos de la declaración de Lusaka en los diferentes comunicados y documentos de la UNCTAD, en las primeras reuniones del NOAL, en diferentes foros de la ONU y en acontecimientos tan dispares como las reuniones de los economistas del desarrollo y los políticos revolucionarios. En 1970, estas ideas habían conformado una alternativa coherente al orden liberal dominante. Este orden liberal causó estragos en los sueños de los nuevos Estados, cuya lucha contra el colonialismo y el imperialismo había empujado a buscar alternativas. Como señaló el economista chileno Osvaldo Sunkel, el orden liberal pretendía que los nuevos Estados se integraran en la economía mundial y desintegraran las economías nacionales.³² En Lusaka germinaron las nuevas ideas, pero el lenguaje seguía

siendo dubitativo. Los dirigentes formulaban sus peticiones con timidez; todavía con un tono más propio de quienes son inferiores pero se muestran impetuosos, sin estar seguros de si sus súplicas, por correctas que fueran, tendrían el empaque adecuado en los salones de las altas jerarquías.

Entonces llegó el *annus mirabilis*, 1973. La acción concertada de la OPEP proporcionó a los Estados del NOAL la demostración perfecta de que no eran tan desgraciados como en ocasiones se sentían. En Bandung, en 1955, los dirigentes se consolaron con la opinión de que, aun cuando no tuvieran fuerza desde el punto de vista militar, disponían de la fuerza moral. Sea como fuere, el episodio del petróleo demostró que, al menos una parte de los Estados del NOAL tenía poder económico. Houari Boumédiène, el presidente de Argelia que, junto con Muamar el Gadafi, de Libia, se había esforzado por imprimir una orientación radical en la OPEP, ocupó el estrado en el sexto período extraordinario de sesiones de la ONU celebrada en abril de 1974 para subrayar precisamente este aspecto.

La OPEP —dijo— es en realidad el primer ejemplo y, al mismo tiempo, el más concreto y más espectacular de la importancia del precio de las materias primas para nuestros países, de la necesidad vital de que los países productores manejen las palancas del control de precios y, por último, de las grandes posibilidades que ofrece la unión de países productores de materias primas. Los países en vías de desarrollo deberían considerar este acto como un ejemplo y una fuente de esperanza.³³

El «poder de las mercancías» ejercido por la OPEP reafirmaba unos cuantos puntales del proyecto del Tercer Mundo, pero ahora no solo en la teoría; la acción unilateral de la OPEP mostró la certidumbre y la legitimidad del proyecto en su conjunto (desde la nacionalización de las industrias de un país hasta la organización de Estados en cárteles). Las acciones de la OPEP hicieron que la idea de mendigar ayuda exterior y asentir a las condiciones establecidas por los Estados avanzados se volviera pintoresca. El Informe Pearson (1969), que reclamaba más ayuda de los países desarrollados a los países en vías de desarrollo y exhibía un entusiasmo sin límites por el desarrollo mediante la benevolencia del mundo atlántico, parecía desfasado.³⁴ Las acciones de la OPEP dotaban de significado al proyecto del Tercer Mundo.

Poco después de 1973, hubo otra apertura política que estimuló la dinámica del NOEI. Una serie de movimientos de liberación nacional alcanzaron la independencia frente a las potencias coloniales (sobre todo, las portuguesas) y los agentes del imperialismo más implacables. En el suroeste de Europa, la dictadura portuguesa de António de Oliveira Salazar se vino abajo en 1974, tras lo cual su imperio perdió Guinea-Bissau, Mozambique, Cabo Verde y Angola. El año siguiente, Camboya y Laos abrazaron diferentes ramas del comunismo y el Frente de Liberación Nacional de Vietnam expulsó de Saigón a Estados Unidos y sus aliados. Un general despiadado borró a Chile de la columna del haber de la historia, pero el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende no hizo más que reforzar la sensación de que para abrirse paso el imperialismo tenía que recurrir a la violencia. El guante de terciopelo de la hegemonía estaba hecho jirones y dejaba ver con claridad el puño de hierro de la dominación. Las cosas parecían establecidas desde el punto de vista de los pobres del mundo.

Un NOAL boyante convocó una sesión especial de la Asamblea General de la ONU para reflexionar sobre lo que quedaba del NOEI. Dos meses después de la convocatoria, la Asamblea General se reunió en abril de 1974 en su sexto período extraordinario de sesiones. El NOAL remitió un borrador de la Declaración sobre el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. Boumediène reclamó a toda prisa el inicio de la sesión con la intención de que fuera un modo de aventajar alguna maniobra diplomática del Secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger. Con mucha inteligencia, Kissinger recurrió a una vieja treta colonial: divide y vencerás. Cuando el precio del petróleo aumentó, Kissinger se dirigió a los Estados no productores de petróleo del NOAL, que habían empezado a sentir las estrecheces propias de los países importadores de petróleo. Calificando a estos Estados como «Países Menos Desarrollados» (PMD), Kissinger trató de romper su unidad con la OPEP. También exigió favores a miembros de la OPEP como Arabia Saudí, cuyo papel en la Organización de Países Exportadores de Petróleo era central. Para debilitar a Kissinger, Boumédiène solicitó la reunión de la sesión de la ONU con el fin de obligar a todo el bloque del NOAL a proseguir con el documento en favor del NOEI.

La reunión de Nueva York no careció de incidentes. Los chinos enviaron a su vicepresidente, Deng Xiaoping, quien atacó a los soviéticos porque eran un «Estado imperialista». El Ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromyko, descalificó la «palabrería hueca» de los chinos. Kurt Waldheim, Secretario General de la ONU, intentó mantenerse al margen de la refriega preocupándose por la «emergencia global», pidiendo a las naciones miembros que «asegaran el uso óptimo de los recursos naturales del mundo con el objetivo básico de garantizar mejores condiciones de justicia social en todo el planeta». Su tentativa de mediación no aproximó a las dos partes. Como portavoz del NOAL, Boumédiène entendía que se trataba de una lucha en la que «los países productores de materias primas insisten en ser los amos de sus casas». El mundo atlántico, por otra parte, deseaba centrar la disputa en la necesidad de estabilidad, en lugar de la equidad. «Las relaciones comerciales, las condiciones monetarias y el desarrollo de los países se han visto gravemente alterados —dijo el Ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental—. Todo esto en su conjunto ha supuesto un terremoto que no ha dejado nada indemne». Kissinger coincidía: «La fundamental cuestión del desarrollo ya no se puede percibir con realismo en términos de confrontación entre quienes tienen y quienes no tienen». Pero así era precisamente como lo veían los Estados del NOAL.

El NOEI compareció antes de la Asamblea General, donde se aprobó sin disenso.³⁵ Estados Unidos secundó el NOEI, en buena medida porque se había quedado rezagado y, al mismo tiempo, porque no quería enzarzarse en la Asamblea General con los países del NOAL. Parece que la corriente se movía a su favor y varios países europeos (sobre todo, los Estados escandinavos), Nueva Zelanda, Australia y Canadá favorecieron gran parte de su programa. Estados Unidos buscó otras vías para aplastar el NOEI, sobre todo cuando en las trastiendas de otros organismos la declaración avanzaba hacia su implantación. El proceso es muy complejo; los detalles acerca de cómo funciona suelen estar claros solo para los viejos peones de la ONU. El resultado final fue que los países del NOAL tenían mayoría en casi todos los organismos de la ONU. Se intentó introducir elementos del programa del NOEI a través de diferentes suborganismos de la ONU. Pero la auténtica demostración de fuerza se produjo en la Asamblea General. Quedó claro que

Estados Unidos y sus aliados más próximos no eran capaces de influir en la Asamblea General. Acabó siendo un engorro. La primera prueba para Estados Unidos y sus aliados se produjo cuando la Asamblea General asumió en otoño de 1974 la Carta de Derechos y Obligaciones Económicas de los Estados (un documento enmarcado en el seno de la UNCTAD desde 1972). El documento se presentó ante la Asamblea setenta y nueve veces antes de que se aprobara por ciento veinte votos a favor, seis en contra y diez abstenciones. Los seis que votaron contra la Carta fueron Bélgica, Dinamarca, Luxemburgo, Reino Unido, Estados Unidos y Alemania Occidental. No habían cedido.

Francia se sumó a los abstencionistas y buscó una solución de compromiso. En octubre de 1974, el presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing, propuso la celebración de una conferencia internacional de la energía que abordara la guerra de precios de la OPEP y sirviera para buscar una posición común sobre el asunto de las mercancías. Antes de que se celebrara la conferencia propuesta por Giscard, los Estados del NOAL organizaron en Dakar, Senegal, una Conferencia sobre Materias Primas de Países en Vías de Desarrollo (del 4 al 8 de febrero de 1975). Su unidad se vio reforzada por la participación de 110 Estados. El bloque estadounidense trató de separar de los demás a los Estados de la OPEP, negociando con estos últimos el precio del petróleo y recurriendo con los primeros al mecanismo de la ayuda exterior (siguiendo las sugerencias del Informe Pearson de 1969). La Conferencia sobre Materias Primas iba a evitar una escisión entre sus filas. El presidente de Senegal, Leopold Senghor, dirigió las siguientes palabras a los jefes de gobierno asistentes: «En el Tercer Mundo tenemos que utilizar los recursos naturales para romper la pauta tradicional del comercio mundial».³⁶ La resolución de Dakar subrayaba que el proceso de París tenía que ocuparse de las materias primas en general, no solo del petróleo. La reivindicación de Dakar encontró respaldo cuando los países de la OPEP se reunieron en Argelia en marzo de 1975 e hicieron pública una «Declaración solemne» para mantener sobre la mesa el debate sobre todas las mercancías (y encontrar mecanismos que sirvieran para ayudar a los países en vías de desarrollo no exportadores de petróleo a gestionar el incremento del precio del carburante).³⁷

En abril de 1975, Giscard recibió a varios países clave para iniciar el proceso de París. Del NOAL y la OPEP asistieron Argelia, Brasil, la India, Irán, Arabia Saudí, Venezuela y Zaire. Estaban encabezados por Venezuela, que era miembro tanto de la OPEP como del NOAL. Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea, Canadá y Japón ocupaban el otro extremo de la mesa. Canadá acompañó a Venezuela como copresidente de la reunión y del proceso. Se abrió la brecha. Estados Unidos quería un énfasis exclusivo en el precio del petróleo. Los Estados del NOAL y la OPEP querían unir la discusión sobre el precio del petróleo con la de las demás mercancías. El abismo entre ambos bandos parecía insalvable. Los franceses y otros Estados intentaron congraciar a ambas partes, pero parecía un esfuerzo baldío. La conferencia de París, pese a prolongarse dos años, hasta mediados de 1977 se encaminaba a ninguna parte.

Henry Kissinger, Secretario de Estado estadounidense, asistió a la IV conferencia de la UNCTAD celebrada en Nairobi en mayo de 1976 con indicaciones de conciliación. Los Estados del G-77 habían presionado a la UNCTAD para que adoptara una innovación política, un Programa Integrado para Mercancías. La fluctuación de los precios de las mercancías lesionaba a los países productores, que no podían planificar su presupuesto si sus exportaciones aumentaban o disminuían. Lo que ellos querían era un programa que permitiera que los productores pudieran suscribir mejores acuerdos en sus negociaciones con las corporaciones transnacionales y los países atlánticos. También buscaban instaurar un mecanismo que garantizara que la venta de materias primas no se viera sometida a las oscilaciones de las demandas del mercado. La propuesta del G-77 trataba de eliminar la asimetría de poder en el mercado global de las mercancías; que es la razón por la que el G-77 pretendía fundar un Cártel de Productores para, al menos, diecisiete productos fundamentales (que abarcaba, con la excepción del petróleo, tres cuartas partes de las exportaciones de los Estados del G-77). En términos generales hablaba de un «nuevo acuerdo de cooperación internacional». En su discurso había calado parte del lenguaje de la Secretaría de la UNCTAD, como el relacionado con los *stocks* de contingencia y los fondos para evitar la fluctuación de precios. Pero Kissinger eludió la cuestión política. En lugar de abordar el asunto del poder en las relaciones

económicas, propuso la creación de un modesto Banco Internacional de Recursos que diera lugar a un mercado de bonos que sirviera como anticipo y garantía para la venta de mercancías. Los británicos, los franceses y los canadienses agradecieron la aportación de Kissinger; pero el G-77 estaba furioso. El documento de la ONG «Cosmos» presentó el mejor análisis de la táctica maquiavélica aplicada por Kissinger: «El doctor Kissinger [se había] replegado hacia el cada vez más reducido terreno fortificado del libre comercio, reunió sus municiones y desafió a todos aquellos que pensaran de otro modo a que hicieran lo que tuvieran que hacer [y se prepararan para las consecuencias]». ³⁸ Seguramente se utilizó de forma deliberada el lenguaje de la Sudáfrica del apartheid. La auténtica razón de que Kissinger acudiera a África era la de desempeñar el papel de emisario para el recalcitrante gobierno del apartheid de Sudáfrica, en una época en que el país está envuelto en sus guerras con Angola y Namibia y en la periferia de Mozambique. ³⁹ El comunicado final de la UNCTAD IV fue tibio.

Entre mayo y junio de 1977, el bloque del NOAL y la OPEP plantó cara en París a lo que parecía ser la frágil unidad de los Estados atlánticos. Estados Unidos había cimentado su posición. Quería quebrar la posición de primacía de la OPEP sobre los Estados del NOAL. El gobierno de Carter entendía que las propuestas de la UNCTAD eran «extremas» y se quejó de que no les dejaba «prácticamente ningún margen para negociar». ⁴⁰ Los franceses fueron menos contumaces. Giscard quería que la ronda de París consiguiera un avance y, por tanto, se mostraba dispuesto a presionar para obtener alguna concesión. El desacuerdo Norte-Sur acabó enredado con un altercado abierto entre Francia y Estados Unidos en torno a la OTAN, el papel del dólar y, ahora, la política energética. ⁴¹ Una valoración británica confidencial de 1975 señalaba que los franceses opinaban de la política del dólar «casi lo mismo que piensan de la estructura integrada de la OTAN bajo el mando supremo estadounidense: el prejuicio contra ambos es idéntico». ⁴² Giscard estaba irritado por lo que percibía como dominación estadounidense. ⁴³ Quería mantener un diálogo abierto con los Estados del NOAL no solo sobre el petróleo sino también sobre otras mercancías. Estados Unidos estaba indignado ante semejante concesión. En una cumbre de los Estados atlánticos celebrada en Rambouillet en 1975, Kissinger expuso la posición

estadounidense sin tapujos: «Estamos de acuerdo en que es necesario cooperar con los productores. Con cooperación podemos separar en el seno de la OPEP a los países moderados de los radicales, aislar a los PMD de los de la OPEP, e impedir muchas otras “OPEs” [cárteles de mercancías similares a la OPEP]». ⁴⁴ Y puso a Giscard de mal humor.

Los diversos integrantes del G-77 mantenían una unión endeble bajo la idea del programa de mercancías de la UNCTAD. Los Estados latinoamericanos no querían una confrontación que perturbara sus acuerdos ganados a pulso sobre el café y otros productos. La fuerza inicial de la OPEP fue menguando. Los saudíes y sus satélites del Golfo Pérsico no estaban dispuestos a secundar a argelinos y libios. ⁴⁵ Además, las empresas petroleras todavía controlaban el curso del «río del Petróleo», desde la perforación hasta la gasolinera, y su cártel presionaba a los Estados petroleros. Los más conservadores se replegaron. ⁴⁶

París acabó hecho jirones. Los Estados del NOAL y la OPEP se lamentaron del colapso que sufrieron, pues la conferencia «adoleció de los objetivos concebidos por un programa de acción global y equitativo» para un NOEI. «Con pesar —señalaban en una declaración conjunta— la mayoría de las propuestas de cambio estructural en el sistema económico internacional» y «determinadas medidas de acción urgente sobre problemas acuciantes» habían sido rechazadas por las potencias atlánticas, que a su vez estaban decepcionadas porque no se pudieron desarrollar «algunas áreas de diálogo importantes, como determinados aspectos de la cooperación energética». ⁴⁷

Las reuniones de París quedaron deslucidas. En palabras del embajador iraní, Jahangir Amuzegar, «no hubo ningún escándalo altisonante en los pasillos; ninguna declaración espectacular; ningún plan grandioso; ni siquiera demasiadas perogrulladas diplomáticas hipócritas». ⁴⁸ La conferencia no fue lo bastante atrevida; las partes sencillamente afianzaron sus posiciones. El «poder de las mercancías», eslogan del NOAL y la OPEP, no se pudo sembrar en suelo parisino y se quedó a medio camino. Cualesquiera que fuesen las «concesiones» que se realizaran a los Estados del NOAL, ya habían sido anunciadas antes de la reunión (ayuda al estilo de Pearson y un fondo y un programa de acción especial muy modestos). El programa de acción especial iba a recibir un desembolso «urgente» de mil millones de

dólares, pero solo la quinta parte llegaría pronto.⁴⁹ El programa de mercancías también era un escaparate. La propuesta inicial para crear un fondo de 6.000 millones de dólares quedó reducida hasta los 470 millones.

Un grupo de economistas de Estados Unidos, Japón y Europa había anunciado el fracaso del poder de las mercancías antes del proceso de París. En octubre de 1974 escribieron lo siguiente: «El elemento crucial [...] es que el número de mercancías sobre las que sería viable o efectiva la connivencia es reducido, el impacto económico es posible que sea limitado y aislado, en lugar de omnipresente como en el caso del petróleo, y las perspectivas de éxito sostenido a medio plazo, por no hablar del largo plazo, son poco halagüeñas».⁵⁰ París demostró que tenían razón. Estados Unidos, además, se sintió reivindicado. En marzo de 1975, Daniel Patrick Moynihan había dejado claro que «la economía del mundo no está tan mal como para justificar las medidas propuestas [por el NOEI], y sin embargo está mucho peor de lo debido como consecuencia de las medidas que ya han tomado [el NOAL, la UNCTAD y la OPEP]».⁵¹ Mejor hacer retroceder la acometida de la OPEP y desestimar el NOEI. En 1976, en la clausura del séptimo período especial de sesiones de la Asamblea General de la ONU, los representantes estadounidenses dijeron sin rodeos que su país «no puede aceptar y no acepta ninguna implicación en la que el mundo está ahora embarcado sobre el establecimiento de algo denominado “nuevo orden económico internacional”».⁵² Esa fue la posición estadounidense... y se hizo realidad.

EL G-7

Pero cuando los pobres empiezan a vociferar agresivamente a sus benefactores reales o potenciales, cuando empiezan a vilipendiarlos reclamándoles como un derecho lo que no tienen derecho a demandar... el sentido del respeto que uno tenga por sí mismo puede prevalecer sobre las obligaciones humanitarias que nos hayamos impuesto.

IRVING KIRSTOL, 1975⁵³

El 17 de agosto de 1974, Henry Kissinger se reunió con el presidente Gerald Ford en el Despacho Oval. Las notas de la reunión dan comienzo con un comentario directo de Kissinger: «Sobre la situación energética, tenemos que encontrar un modo de romper el cártel. No podemos hacerlo sin la cooperación de los demás consumidores».⁵⁴ Los saudíes son aliados poco fiables. Son «los más irresponsables y cobardes de todos los árabes», dijo Kissinger, que se lamentaba de la incapacidad de los saudíes para enfrentarse a los radicales del ala árabe de la OPEP: los argelinos y los libios. En cambio, Kissinger elogiaba al Shah de Irán («un tipo tozudo, genial»), que había mantenido a Irán al margen del embargo de petróleo; y aun así le preocupaba la falta de autoridad del Shah sobre la OPEP y sus reservas de petróleo relativamente reducidas. La estrategia no se podía basar en la capacidad de autodestrucción de la unidad de la OPEP. No iba a ser fácil.

Era mucho más fácil cimentar la unidad de los consumidores: las potencias del Atlántico Norte. «Estamos organizando a los consumidores. Además, estamos organizando comisiones bilaterales para vincular al máximo sus economías a la nuestra. Así que nosotros tenemos la influencia y los europeos no saben simplemente moverse en una crisis. Queremos inmovilizar su capital». En febrero de 1974, Estados Unidos organizó la Conferencia de la Energía de Washington. Era una tentativa de ganarse a los países del mundo Atlántico para reducir su dependencia energética (mediante el ahorro y las nuevas tecnologías), compartir sus reservas en épocas de emergencia y forjar una unidad política. En noviembre de 1974, los países europeos y norteamericanos constituyeron la Agencia Internacional de la Energía, una plataforma que se integraría en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Era uno de los puntales básico del plan de Kissinger.

El otro era vincular una Europa obstinada en sus reticencias con Estados Unidos a través de la supremacía del dólar. Ninguno de los Estados importantes de Europa occidental quería que el dólar sustituyera al patrón oro. Habría sido intolerable para su espíritu de independencia. El patrón dólar concedía a Estados Unidos una ventaja enorme. Primero estaba la ventaja evidente del señoreaje; lo que equivale a decir que si al Tesoro estadounidense le costaba un dólar emitir un billete de 100 dólares, y si esos

100 dólares se ponían en circulación para cubrir las compras de petróleo de Mali a Arabia Saudí, Estados Unidos ganaría 99 dólares con el simple acto de exportar ese pedazo de papel. Pero había otras ventajas mucho más relevantes; sobre todo, que el tesoro público estadounidense podía financiar sus déficit poniendo más dinero en circulación, en lugar de elevando los impuestos o poniendo bonos a la venta.⁵⁵ Con la aparición del dólar como moneda de la riqueza del planeta se desató el ansia por los billetes del tesoro estadounidense y en el exterior de Estados Unidos surgieron nuevos mercados para los dólares (como el mercado del eurodólar). El dólar se convirtió en la moneda mundial efectiva, lo que otorgó al país «la capacidad de modificar a discreción el precio del dólar internacionalmente, con grandes consecuencias económicas para el resto del mundo, mientras que estas quedan amortiguadas en Estados Unidos».⁵⁶ Estos mecanismos permitieron al Tesoro y a la Reserva Federal estadounidenses realizar una política monetaria con consecuencias efectivas para todo el planeta, sin que el resto del mundo tuviera voz siquiera sobre las manipulaciones del dólar. La acción independiente del resto del mundo se veía constreñida por la de Washington.

Estos mecanismos amarraban los intereses de los consumidores, pero no constituían un instrumento político para promover los intereses del entorno del Atlántico Norte. De hecho, se temía que la unidad de Europa, Estados Unidos y Japón se quebrara en medio del altercado.⁵⁷ Kissinger recordó a Ford que él y George Schultz habían dedicado mucho esfuerzo a crear un foro semejante. «Tenemos que utilizar el Grupo de la Biblioteca —señaló—, un grupo financiero importante que se reúne el 7 de septiembre para plantear el problema del precio del petróleo y trabajar por la creación de una estructura sólida capaz de afrontarlo».⁵⁸ El Grupo de la Biblioteca fue obra de Schultz cuando era Secretario del Tesoro estadounidense. En marzo de 1973, Schultz invitó a sus homólogos de economía de Francia (Valéry Giscard d'Estaing), Alemania Occidental (Helmut Schmidt) y Reino Unido (Anthony Barber) a la Biblioteca de la Casa Blanca para mantener una sosegada discusión sobre el nuevo sistema de intercambio fluctuante (y el lugar que ocupaba el dólar) y para establecer un proceso destinado a coordinar la política de los aliados atlánticos. De la reunión de la biblioteca no salió ningún acuerdo inmediato. En Nairobi, al margen de la reunión anual

del FMI de septiembre de 1973, el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Kiichi Aichi, invitó al Grupo de la Biblioteca a cenar y a tomar sake y, a base de insistencia, logró incorporar a Japón al grupo.⁵⁹ Al cabo de dos años, el grupo acogió a Italia y a Canadá. Se dieron el nombre de «Grupo de los 7» (G-7). Su objetivo era crear «una cierta profilaxis contra las presiones políticas netamente nacionales», según dijo Paul Volcker, construir un foro en el que compartir información con franqueza con el fin de «comprender las intenciones y reacciones probables de los demás» para así garantizar que los gobiernos atlánticos «minimizan las sorpresas desagradables y evitan fricciones innecesarias».⁶⁰

Esta unidad no se iba a construir como un baluarte contra la amenaza soviética. La URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia no habían sido capaces de poner en cuestión de forma efectiva los fundamentos económicos del mundo del Atlántico Norte. Tras la Segunda Guerra Mundial, el nivel de vida de la URSS se elevó de forma bastante espectacular con el aumento del acceso a alimentos y una salud y educación públicas más asequibles. Los resultados de estas medidas permitieron al economista Gur Ofer sugerir que se había producido «un cambio radical en la calidad de vida de la Unión Soviética».⁶¹ La devastación de la guerra y las privaciones padecidas en los últimos años suponían que, pese a los modestos beneficios de las décadas de 1950 y 1960, los niveles de consumo de la Unión Soviética fueran mucho menores que los del mundo del Atlántico Norte.⁶² La Unión Soviética no planteaba ninguna amenaza al mundo atlántico. No era una alternativa modular al deslumbrante ejemplo de Estados Unidos y la Europa septentrional, abarrotados de bienes de consumo. La amenaza soviética era esencialmente militar y, en parte, ideológica. Para eso estaban la OTAN y, por supuesto, la abrumadora superioridad militar de las fuerzas armadas estadounidenses.

El G-7 plantó cara a la OPEP y a los Estados del NOAL. Que un puñado de Estados ricos en petróleo mantuvieran secuestradas a las potencias del Atlántico Norte irritaba a los fundadores del G-7. Para ellos, el NOEI era sencillamente irracional y había que ponerle freno. Parte de la labor intelectual para establecer la relación del G-7 con el conglomerado OPEP-NOAL-NOEI fue realizada por la Comisión Trilateral.⁶³ En julio de 1972,

David Rockefeller, del Chase Manhattan Bank, en calidad de presidente del Consejo de Relaciones Exteriores, hizo arrancar a la Comisión Trilateral. Rockefeller quería aglutinar a las potencias de Europa, Japón y Estados Unidos. Uno de los ímpetus de la Comisión Trilateral se volcó en afianzar la titubeante hegemonía de Estados Unidos,⁶⁴ pero su propósito mucho más evidente era obtener la fuerza combinada del «Norte» contra el «Sur». Zbigniew Brzezinski, que fue el arquitecto intelectual de la Comisión Trilateral y, posteriormente, *consigliere* del presidente Jimmy Carter, propuso este tipo de alianza combinada contra el Sur precisamente para contener «la contagiosa amenaza de la anarquía global».⁶⁵ Rockefeller estaba indignado por el proyecto del Tercer Mundo. En 1975, en una conferencia pronunciada en Manchester, Rockefeller arremetió contra la «nueva demonología» que se había adueñado de la Asamblea General de la ONU. El siguiente aguijón fue para el NOEI y su insistencia en regular el comportamiento en el exterior de las corporaciones, a las que Rockefeller consideraba «los instrumentos más importantes de la expansión sin precedentes que se ha producido en el comercio mundial». Rockefeller se ocupó a continuación del NOEI y de sus creadores, «la izquierda revolucionaria y los políticos radicales» que habían reclamado «con la máxima persistencia unos impuestos punitivos y una regulación paralizadora de las multinacionales».⁶⁶ A un grupo de intelectuales de la Comisión Trilateral les preocupaba que el NOEI «degenerara en el rechazo a una economía mundial integrada».⁶⁷ Desde este punto de vista, había que desdeñar hasta la visión liberal socialdemócrata del Club de Roma. Ese organismo, fundado en 1968 por un industrial italiano (Aurelio Peccei) y por un científico escocés (Alexander King), sostenía que la brecha entre los más ricos y los más pobres del mundo debía reducirse de una proporción de 13 a 1 a otra de 3 a 1.⁶⁸ A la Comisión Trilateral le parecía que todo esto quedaba «más allá del ámbito de lo práctico» y se apresuró a pedir a los Estados que la integraban que «asumieran la dirección del sistema».⁶⁹ La Comisión Trilateral quería sintonizar «a quienes mandan en el mundo», como dijo en 1975 el canciller alemán socialdemócrata Helmut Schmidt, en una política conjunta contra el caos de la periferia.⁷⁰ Había que poner a la periferia en su sitio.

Bajo el liderazgo de Estados Unidos, el G-7 intentó ensanchar las fisuras existentes entre el NOAL y la OPEP, así como las grietas presentes en el seno de los propios estados del NOAL. Kissinger consideraba desde hacía mucho que la unidad entre el NOAL y la OPEP era endeble; pero eran aún más frágiles las brechas existentes entre los países más y menos sostenibles económicamente del NOAL. Con esta idea en mente Kissinger invocó en su alocución de la Conferencia de París de 1975 al «cuarto mundo» (aquellos que necesitaban «ayuda inmediata» y el suministro de «ayuda a largo plazo» e incluso «disposiciones especiales»).⁷¹ Separar a los menos desarrollados (PMD) del resto de los países del NOAL diseñando una estrategia para conseguirles cierta ayuda, sin que el sistema internacional sufriera ninguna alteración fundamental, podría recabar la lealtad de los países peor parados para con los Estados atlánticos. Al menos, esa era la esperanza. «Deberíamos intentar —señaló Kissinger— romper la nefasta alianza entre los PMD y la OPEP».⁷² A los primeros había que informarles de que, si se alineaban con la OPEP, corría peligro su salvavidas con el FMI, el Banco Mundial y los bancos comerciales. Lo de Kissinger era francamente un chanchullo.

Los jefes de gobierno del G-7 planificaron reunirse entre el 15 y el 17 de noviembre de 1975 en la residencia de verano del presidente francés, el Palacio de Rambouillet. Ese castillo medieval no tenía muy buena prensa para la reina María Antonieta, que lo calificaba de *gothique crapaudière* («un cuchitril gótico detestable»). La propia conferencia sufrió incómodas apreturas. Giscard no tenía la menor intención de admitir a los italianos ni a los canadienses, pero se los impusieron *à contre coeur*, según manifestaba en su despacho el embajador británico en Francia, sir Edward Tomkins. Tomkins describía Rambouillet con elocuencia, diciendo «que no era lo bastante grande para todos». Había «ciertas dificultades» para «preservar el ambiente festivo». Los miembros de la seguridad estadounidense, conectados todos ellos con audífonos, abarrotaban los pasillos. Gorilas armados hasta los dientes merodeaban por el aparcamiento entre las hojas de otoño arrancadas de los árboles por el vendaval producido por los helicópteros. Los mandamases estaban más apretados que apartados. La delegación británica trabajaba en el cuarto de baño de Napoleón. Jean Sauvagnargues [ministro de

Asuntos Exteriores], que parecía curiosamente desorientado, se había visto obligado a utilizar una mesa en mitad de un pasillo.⁷³ Finalmente, Canadá no acudió.

Giscard quería que la reunión de Rambouillet inaugurara un nuevo sistema de Bretton Woods. Los franceses no estaban satisfechos con el conglomerado dólar-Wall Street. «Por tanto, los franceses piensan de este sistema monetario dominado por el dólar —escribió el embajador británico Tomkins— casi lo mismo que de la estructura integrada de la OTAN bajo el mando supremo estadounidense: el prejuicio contra ambos es idéntico». Los franceses no querían que el franco francés estuviera ligado a la voluntad del dólar. Su principal objetivo era alcanzar un acuerdo más pragmático que dejara libertad a las autoridades monetarias francesas para controlar su propia moneda. El ministro de Finanzas francés no logró convencer al Tesoro estadounidense de que aceptara límites más firmes a las fluctuaciones de la moneda. Giscard tuvo que abandonar. «Era el resultado de unas negociaciones duras y secretas entre los franceses con las autoridades del Tesoro estadounidense —apuntó Tomkins—. concluido en los rincones del palacio durante todo el fin de semana». El gaullismo francés se desvanecía ante el nuevo atlantismo: un término elegante para el establecimiento del programa del Atlántico Norte por parte del gobierno estadounidense.

Una vez que quedó al margen esta batalla, se podía acometer la verdadera tarea de la conferencia. El programa tenía dos vertientes: proteger el sistema capitalista de los desafíos políticos y desbaratar el Nuevo Orden Económico Internacional y la OPEP. Las discusiones monetarias sobrevolaron las sesiones, pero no las definieron. Más preocupante aún fue la constante interrupción durante los tres días con noticias económicas lúgubres procedentes del Atlántico Norte. El día que se estaba puliendo la Declaración de Rambouillet llegó la noticia de que los franceses habían cruzado lo que Tomkins calificaba como un umbral «traumático»: un millón de desempleados. «La economía sigue siendo frágil —apuntaba—, tanto aquí como en todas partes». Gran Bretaña ya había superado esa barrera añadiendo decenas de miles de personas a las listas de parados. Empeñados en aplicar políticas deflacionistas, los gobiernos asistentes a Rambouillet disponían de pocas herramientas políticas para afrontar la avalancha de

desempleados y la fractura social. La preocupación principal era que esta parálisis abriera la puerta al cuestionamiento político del capitalismo; y que ese desafío pudiera verse exacerbado por la presión ejercida por el precio de la energía y de otras mercancías procedentes del Sur. Había que frenar en seco ambos fenómenos.

A finales de la década de 1960, el descontento de trabajadores, estudiantes, movimientos contra el racismo y feministas perturbó el equilibrio de la cohesión política en todos y cada uno de los Estados del G-7. La militancia sindical se animaba a medida que las bases sindicales de Estados Unidos y algunas regiones de Europa Occidental expulsaban a muchos de los iconos del sindicalismo empresarial. Durante el «otoño caliente» de 1969 estallaron huelgas salvajes en las factorías de automóviles del norte de Italia, lo que llevó lenta y dolorosamente a los dirigentes del G-7 hasta el «invierno de descontento» de 1979.⁷⁴ Desde la Universidad de Tokio hasta la Sorbona, los estudiantes mostraban su negativa a aceptar las condiciones establecidas por las clases dominantes. Las protestas contra el precio de las matrículas y tasas universitarias se intensificaron hasta reclamar cambios en el orden ciudadano, desde la denuncia abierta al imperialismo estadounidense hasta la condena absoluta al sistema. Como decían los estudiantes franceses: *Soyez realistes, demandez l'impossible!* («Seamos realistas ¡Pidamos lo imposible!»). La contracultura estudiantil tomó forma y profundizó en sus ideales mediante las luchas por la dignidad de las comunidades oprimidas, como las minorías étnicas y las mujeres. La lucha por la igualdad de derechos conmocionó la cohesión cultural del sistema. Las demandas de redistribución y reconocimiento, por utilizar los términos de Nancy Fraser, eran igualmente poderosas en aquella época.⁷⁵ La élite acomodada se sentía gravemente amenazada por las turbulencias. Tenía que encontrar un modo de comprarlas, o de eliminarlas.

En este contexto, el presidente Ford inauguró las conversaciones de Rambouillet con un llamamiento a los dirigentes para que «garanticen que la situación económica mundial actual no se perciba como una crisis del sistema democrático o capitalista».⁷⁶ Un resumen británico realizado después de la conferencia apuntaba que sería necesario emplear la astucia necesaria para engañar a la opinión pública sobre la fortaleza de estos dirigentes y de un

sistema al que estaban entregados todos por igual. «Para convencer a una opinión pública escéptica», la conferencia de Rambouillet «tenía que triunfar en dos planos: el cosmético y el sustantivo. Los participantes eran conscientes de que tenían que realizar un gesto de solidaridad convincente y demostrativo. Por otra parte, este objetivo solo se podía alcanzar si las diferencias manifiestas entre los participantes quedaban sepultadas bajo una comunidad de intereses fijada con claridad en la propia reunión».⁷⁷ El G-7 tenía que mantenerse unido, disimulando las diferencias en una declaración farragosa pero, en lo esencial, vacía de significado. Esa era la tarea política fundamental.

A pesar de las presiones negativas ejercidas sobre cada una de las economías nacionales, no se podía permitir que nadie buscara la salida corriendo, erigiera barreras comerciales y protegiera al máximo su economía nacional. Recorrer ese camino envalentonaría a quienes les parecía que la economía emergente «global» estaba aquejada de problemas graves. La única excepción era la agricultura porque, como dijo el presidente Ford, «en Estados Unidos se reconoce que los programas de agricultura nacional son un problema político delicado en otros países, como también lo son en Estados Unidos». Hay una nota espeluznante en las discusiones, sobre todo cuando el canciller Helmut Schmidt empieza a hablar sobre el proceso de desindustrialización y reconversión industrial que debe llevarse a cabo en todos los Estados del G-7:

Harold [Wilson, del Reino Unido], usted ha hablado de la viabilidad de la industria y ha indicado que ese criterio excluía a las empresas sin futuro. Ha puesto como ejemplo a las empresas textiles. Soy muy amigo del presidente del sindicato del sector textil de Alemania. Es un sindicato de una industria en declive. Espero que esto no salga de esta sala. Dado el elevado nivel de los salarios de Europa, no puedo evitar suponer que a largo plazo las industrias textiles de aquí tendrán que desaparecer. No podemos defendernos frente a la competencia más barata del extranjero. Es una pena porque es viable; el capital invertido en un puesto de trabajo de la industria textil de Alemania es tan elevado como el invertido en los de las fundiciones alemanas. Pero los salarios del este asiático son muy bajos comparados con los nuestros. La industria textil alemana es viable, pero desaparecerá en un plazo de diez o doce años.⁷⁸

El fatalismo de estos jefes de gobierno («es una pena porque es viable») ante la todopoderosa influencia del capital resulta casi tan extraordinario como el cinismo de esos mismos dirigentes («Espero que esto no salga de esta sala»). Los dirigentes actuarían en connivencia para permitir la desindustrialización y el consiguiente incremento del poder de las finanzas sobre la industria. Se trasluce muy poca simpatía por los trabajadores de sus respectivos países.⁷⁹ De las chimeneas industriales no saldría más humo; el hueco para el humo lo ocuparían los vencejos, que imitarían al humo cuando las bandadas levantarán el vuelo desde su nuevo hogar.

La discusión repuntó con cierto vigor cuando los dirigentes del G-7 pasaron a ocuparse del NOEI, la OPEP y los Estados del NOAL. Tenían que abalanzarse sobre ellos con la misma espada que blandieron ante los trabajadores alemanes del sector textil. El canciller Schmidt lo expuso con llaneza: «Es deseable afirmar explícitamente ante la opinión pública que la actual recesión mundial no es una ocasión particularmente favorable para diseñar un nuevo orden económico en torno a las propuestas de determinados documentos de la ONU». Schmidt, que gozaba de cierta reputación por la firmeza de sus acciones, persistía en su determinación para evitar el «*dirigisme* internacional» (el *dirigisme* es la doctrina del crecimiento económico dirigido por el Estado). Había que poner freno al NOEI, no solo por sus políticas económicas, sino también por la presunción de sus defensores, que pensaban que podían tomar decisiones de aplicación en todo el mundo. Schmidt creía que «no es una buena idea» dejar las decisiones sobre la economía mundial «a autoridades de algún lugar de África o de alguna capital asiática». Más bien, lo importante era que la decisión tenía que ser tomada, como apuntó Harold Wilson, por «el tipo de personas que está sentada en torno a esta mesa». El G-7 tenía que ejercer el control; todos los demás debían ser dirigidos.

La forma de quebrar la dinámica de la OPEP consistió en dividir a la coalición del NOAL. Eso estaba claro para todos los dirigentes, igual que lo estuvo para los intelectuales de la Comisión Trilateral. Harold Wilson, del Partido Laborista británico, marcó aquí el calendario. En el sexto período especial de sesiones de las Naciones Unidas, los Estados del NOAL estaban unidos con fuerza. Antes de que comenzara el séptimo empezaron a aflorar

algunas grietas en el seno de la OPEP y entre los Estados del NOAL. Wilson se aprovechó de ellas porque «nos hemos ganado un margen para respirar. La iniciativa sobre estos asuntos ha sido transferida, al menos parcialmente, a las personas que estamos sentadas en torno a esta mesa». Ahora la pregunta era cómo conservar la iniciativa. Wilson señalaba que no había duda de que «[l]as condiciones de los países en vías de desarrollo han empeorado, mientras que sus expectativas han aumentado». Repitió esta valoración en varias ocasiones incorporándole la lista de dificultades, desde el deterioro de las condiciones del comercio hasta el elevado coste del petróleo y la caída de los precios de las exportaciones: «Si alguno de nosotros importáramos petróleo y otras mercancías y padeciéramos sequía y tuviéramos necesidad de importar alimentos a los precios actuales, también sentiríamos una amargura extrema. Encabezados por la OPEP y otras “OPEs”, presionarán a la UNCTAD IV, y antes en el CIEC [el proceso de París]; las necesidades de algunos de ellos son de una urgencia vital».

Era necesario prestar alguna ayuda cosmética antes de que las reuniones de París llegaran a unas conclusiones contrarias a los intereses del G-7, y antes de que se estableciera el calendario para la reunión de la UNCTAD IV en Nairobi, en mayo de 1976. El gesto simbólico más fácil era incrementar unos programas de ayuda exterior miserablemente bajos. Se debía pedir al FMI que fuera más flexible, sobre todo incrementando la cuota de los préstamos, propuso el primer ministro japonés Takeo Miki, un dirigente bastante anodino del Partido Demócrata Liberal. Las propuestas no impresionaron demasiado. Los dirigentes reconocían los problemas reales de África, Asia y América Latina; pero lo que les preocupaba más que el sufrimiento y, por tanto, encabezaba el programa, eran las consecuencias políticas adversas para el G-7.

En lugar de abordar las dos cuestiones acuciantes —los precios de las mercancías y el desempleo— los dirigentes del Norte dedicaron la mayor parte de sus conversaciones a preguntarse cómo romper la alianza del Sur. El éxito de la OPEP en 1973 ponía nervioso al Norte; no se podía permitir que cundiera el ejemplo. Wilson, de Gran Bretaña, señaló que el Norte tenía que

«enfrentarse al hecho de que el síndrome de la OPEP se imponía: ya había “OPEs” de la bauxita, de los plátanos y de otras cosas».⁸⁰ Había que desinfectar el «síndrome de la OPEP».

«¿Cómo apartar a los países en vías de desarrollo de su alianza con la OPEP?», preguntó Helmut Schmidt. Esa era la pregunta central. Para lo que a estos hombres les importaba, el lazo débil era el de los PMD. El concepto de PMD (países menos desarrollados) apareció entre 1968 (la Estrategia de Desarrollo Internacional de la ONU) y 1971 (cuando la Asamblea General de la ONU adoptó el término). Fue acuñado por la secretaría de la UNCTAD para poder realizar labores de análisis específico de políticas de desarrollo para países con tasas de alfabetización, producción de manufacturas y renta per cápita del PIB bajas. La definición no tenía tinte político alguno: se trataba enteramente de precisar en cuestiones de política del desarrollo. El Norte veía ahora en esta nueva distinción una oportunidad política. Los PMD con frecuencia dependían de la exportación de una única mercancía, pero tenían que importar muchas (incluida, especialmente, la energía). Este desequilibrio operaba en contra de los PMD, que habían empezado a mendigar a los productores de petróleo que rebajaran el precio. Fue eso lo que dio pie al análisis de Helmut Schmidt:

Muchos [de los países en vías de desarrollo] tienen que depender de un único cultivo. Debemos encontrar un modo de quebrar la nefasta alianza entre los PMD y la OPEP. Pero no podemos decirlo con tantas palabras. Debemos hacerlo en el CIEC [el proceso de París] analizando los problemas de la balanza de pagos de los PMD y mostrando el daño que están sufriendo con esta situación. Podemos señalar que los países recién enriquecidos tienen que participar en la nueva ayuda al desarrollo en consonancia con sus recién adquiridas riquezas. También tendremos que convencer a los PMD de que tenemos un interés genuino por su bienestar, por ayudarles en el ámbito de las materias primas.

«Nuestro objeto —dijo Schmidt— debería ser amputar [los PMD de] la OPEP». Esto es lo que Schmidt denominaba «estrategia de diálogo». En la sala también estaba el Secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger. Cuando se le invitó a dar su opinión, realizó una declaración igualmente franca: «Estamos de acuerdo en la necesidad de cooperar con los productores. Con cooperación podemos separar a los moderados de los radicales en el

seno de la OPEP, a los PMD de los países de la OPEP, e impedir que surjan otras muchas “OPEs”». Si los Estados del NOAL persistían y no aceptaban la oferta del G-7, entonces «pagarán un alto precio en asuntos de cooperación o exportaciones militares».

El palo a los PMD vino acompañado de una zanahoria para los que posteriormente recibirían el nombre de «locomotoras del Sur»: las economías más grandes a las que podría arrastrarse hacia la sombra del G-7. Como exponía una publicación de 1976 de la Comisión Trilateral, «la historia ha demostrado a menudo que los mayores peligros para la estabilidad internacional suelen proceder de las naciones cuyo poder real tiene un reflejo inadecuado tanto en la participación efectiva en el establecimiento conjunto de acuerdos internacionales relevantes como en los símbolos de prestigio que ostentan en ellos». A juicio de la Comisión Trilateral el problema residía en los criterios de selección de sus aliados. Por una parte, estaba el asunto de la democracia. En Helsinki, la Conferencia de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa de 1973 se aglutinó en torno a la marca «democracia» como mecanismo ideal para poner en evidencia a la URSS.⁸¹ Los países más fiables, sin embargo, no eran en modo alguno democráticos. La publicación de la Comisión Trilateral apuntaba que Brasil (entonces, bajo un gobierno militar), México (en ese momento, bajo un régimen endémico de un partido único), Irán y Arabia Saudí (ambos gobernados por monarquías autocráticas) eran los países a los que se debería sacar de la tercera clase para darles la bienvenida en la primera. Poco importaba que los gobiernos «democráticos» de esos países llevaran uniforme militar o feudal. La contradicción no incomodaba a la Comisión Trilateral, ni al G-7.

El G-7 buscó en el Sur nuevos aliados que contribuyeran a menoscabar la unidad que desembocó en el NOEI. «Buena parte del actual llamamiento a un nuevo orden económico internacional nace directamente de esta preocupación» porque los dejen fuera del sistema, sugerían los intelectuales de la Comisión Trilateral. «De hecho, solo mediante la integración en la gestión de los acuerdos internacionales tienen esos países posibilidad de asumir los intereses sistemáticos necesarios para la formulación constructiva de sus políticas económicas exteriores».⁸² Esas formulaciones iban a generar

la «nueva clase media internacional», a la que aguardaba el futuro de Japón, que en otro tiempo había sido una de las naciones oscuras, pero que desde 1962 era miembro de la OCDE y desde 1975, del G-7. Si Japón podía entrar en el club, ¿por qué no Irán, Arabia Saudí o, incluso, Brasil?

En un lugar prioritario del programa del G-7 se encontraba la tarea de quebrar la unidad entre el NOAL y la OPEP. Asimismo, el G-7 se esforzó por socavar el papel de la ONU, en particular allá donde actuaba en nombre del proyecto del Tercer Mundo. El G-77 había sido capaz de movilizar una serie de elementos de su programa a través de los diversos organismos de la ONU; el NOAL expuso sus planes para redactar una legislación internacional en una serie de encuentros internacionales importantes, pero todavía sin un carácter central. Bajo la dirección de Estados Unidos, el G-7 pretendía sortear de forma definitiva las diversas agencias de la ONU optando por el compromiso bilateral antes que por el trabajo en esas organizaciones. Mofarse en el seno del sistema de la ONU de las afirmaciones realizadas por los Estados del NOAL pasó a ser en una cuestión *de rigueur* para los intelectuales de la política estadounidenses. En marzo de 1975, Daniel Patrick Moynihan publicó infinidad de páginas contra el papel que desempeñaban los Estados del Tercer Mundo en la ONU. «Los extremistas del Tercer Mundo» se habían apoderado de las Naciones Unidas, sugería Moynihan, en buena medida porque Estados Unidos se había retirado. Había llegado el momento de regresar al combate. Moynihan se había labrado parte de su reputación en Estados Unidos en la lucha contra las prestaciones sociales para la población indigente, centrándose sobre todo en los afroamericanos, que solo desde hacía muy poco habían adquirido el derecho a ser perceptores de ayudas idénticas a los demás.⁸³ Moynihan proponía que la familia negra «disfuncional» haría bien enviando a sus hijos al ejército para que aprendieran disciplina. Para la «disfuncionalidad» del Tercer Mundo estaba indicada una actitud igual de severa.

El célebre artículo de Moynihan contra las familias negras se publicó en el diario neoconservador estadounidense *Commentary*. Fue en ese mismo foro donde reapareció con su análisis de la ONU. Si la familia negra no estaba dispuesta a asumir «responsabilidad personal» por sus sonoros fracasos, los Estados del Tercer Mundo eran más o menos igual de culpables.

Tanto la familia negra como el Tercer Mundo había buscado adquirir la condición de víctima, sostenía Moynihan, y no conseguía ver que su pobreza (refiriéndose aquí al Tercer Mundo) «es obra enteramente suya y de nadie más y, en consecuencia, no cabe reclamar nada a nadie». El movimiento en favor de la reparación y el NOEI eran síntomas de este fracaso suyo a la hora de afrontar sus propias limitaciones. Moynihan aducía que Estados Unidos debía poner fin a una política de «apaciguamiento tan profundo que parece absolutamente normal».⁸⁴ El artículo publicado en *Commentary* impresionó a la Casa Blanca. Cuando Kissinger y Ford convocaron a Moynihan para darle las instrucciones pertinentes como próximo embajador ante la ONU (1975-1976), Kissinger dijo: «Ese artículo de *Commentary* es uno de los más importantes desde hace mucho tiempo. Esa es la razón por la que es esencial enviarle a la ONU».⁸⁵ El Tercer Mundo era el problema. Era una amenaza para Israel y Sudáfrica. «Tenemos que seguir combatiéndolo; de lo contrario, el Grupo de los 77 decidirá quién puede pertenecer a la ONU».

Durante todo el mandato de Moynihan ante la ONU, los Estados del G-77 sacaron adelante la Resolución 3379 de la ONU, que equiparaba al sionismo con el racismo (noviembre de 1975). Fue una resolución marginal que no se situó en el núcleo central del trabajo de la ONU.⁸⁶ En todo caso, Estados Unidos concentraba su atención sobre esto casi en exclusiva para demostrar que la ONU había quedado destruida por el papel rector que el Tercer Mundo desempeñaba en su seno. La misión de Moynihan consistía en aplastar esta dinámica (sus memorias de 1978 sobre los años pasados en la ONU se titulan *A Dangerous Place* [«Un lugar peligroso»]). Dentro de la ONU no se alentó ninguna iniciativa más del Tercer Mundo.

Fue en este período, entre 1975 y los primeros años de la década de 1980, cuando Estados Unidos hizo caso omiso de los tratados internacionales más razonables. En 1982, Estados Unidos (con Venezuela, Turquía e Israel) votaron contra la nueva Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho al Mar; en 1984 Estados Unidos intentó sabotear la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo. En ambos foros, Estados Unidos se posicionó contra el *dirigisme* exponiendo los intereses de las corporaciones transnacionales: abrir los lechos marinos a las prospecciones comerciales e impedir las estrategias de control de la población, puesto que el crecimiento

demográfico era «neutro» y los gobiernos no deberían intervenir para contenerlo.⁸⁷ Los delegados estaban espantados... pero se podía hacer muy poco. Las cuestiones concretas que se sometían a debate parecían menos importantes para las autoridades del Departamento de Estado estadounidense. Habían acudido para ejercer su autoridad y para echar por tierra el valor de las instituciones multilaterales. En ausencia de Estados Unidos, el líder del G-7, los tratados negociados tendrían poco valor. Esos tratados serían centinelas de una civilización desaparecida, como los *moai* de la isla de Pascua, que oteaban el mar sin propósito aparente.

Kissinger promovió la consolidación del G-7 como cortafuegos contra el NOEI utilizando la OPEP como su principal artillería. Fue el arquitecto intelectual fundamental de las nuevas alianzas. Había que castrar a la OPEP. Arabia Saudí y los Estados del Golfo Pérsico eran las palancas evidentes para debilitar la OPEP. «La acción militar, por supuesto, sería inapropiada —dijo Kissinger en Rambouillet—, pero sería posible desarrollar la idea de que los incrementos del precio del petróleo no fueron “libres” en términos generales, económicos o políticos».⁸⁸ Si fuera necesario, el Atlántico Norte tendría que elevar los costes de la confrontación, y solo en el arsenal de Estados Unidos y Europa residía su superioridad militar. Esta arma solo se podría desenvainar después de la desintegración de la Unión Soviética (en 1991, con la Primera Guerra del Golfo).

En ausencia de estrategia militar, la unidad en el seno del G-7 era un imperativo. Cualquier debilidad permitiría que volviera a introducirse el proyecto del Tercer Mundo. «Sería suicida entablar el diálogo consumidor-productor sin una estrategia común», señaló Kissinger. A Giscard y a Schmidt les preocupaba que la confrontación descrita por Kissinger fuera peligrosa. Sin embargo, ninguno de los dos negó el hecho de que, como dijo Schmidt, «si llegaba el peligro era importante que el convoy de consumidores reaccionara como una piña [...] Se debe lograr solidaridad para el regateo».⁸⁹ A Miki, de Japón, le preocupaba que la confrontación entre el Norte y el Sur acabara siendo contraproducente. «El diálogo era indispensable y se podía lograr», dijo, pero esta era ya una opinión minoritaria. Listo para el combate, el G-7 había nacido con las conspiraciones de Kissinger en su núcleo, y abandonando toda precaución.

LA DEUDA Y LA NUEVA COSMOLOGÍA

A principios de la década de 1980 había empezado a emerger un nuevo orden mundial. No era el NOEI, ni tampoco estaba dirigido por los Estados del Tercer Mundo... si bien estaba financiado en parte por la OPEP. El G-7 se independizó mostrando al mundo que podía resistir con aplomo la Segunda Crisis del Petróleo de 1979. El estancamiento económico no se interpuso en su camino. Más bien, ese estancamiento, que persistía desde finales de la década de 1960 se convirtió en uno de los pretextos fundamentales para la penetración de la nueva ideología del G-7: el neoliberalismo. Después de haber dejado claro que aspiraba a dirigir los asuntos planetarios, el G-7 promovía ahora su teoría del gobierno de los Estados, desde México hasta Mali. Las instituciones de esta arremetida fueron las fundadas en Bretton Woods, pero cuyo ámbito cambiaría espectacularmente en estos años. El FMI y el Banco Mundial se convertirían en afilados estoques que se clavarían en el corazón del proyecto del Tercer Mundo, cuya más alta expresión, el NOEI, quedó muerto al borde del camino.

Lo que sucedía al amparo del liberalismo no era tanto una doctrina económica coherente como una campaña abierta y sin dobleces llevada a cabo por las clases propietarias para mantener o restablecer su posición de dominio.⁹⁰ La presión ejercida contra los propietarios procedía de dos frentes; el primero, la productividad industrial del Norte, se ralentizó de forma gradual; el segundo, las luchas sindicales en Europa y Estados Unidos, además de la defensa del NOEI, hicieron aumentar los costes de la mano de obra. Las clases propietarias reafirmaron su posición. Había que preservar sus riquezas. Las técnicas del conglomerado dólar-Wall Street les permitieron acaparar riqueza. Después de que se impidiera que los mercados financieros desempeñaran un papel activo en el sistema monetario internacional, acabaron siendo socios igualitarios de los gobiernos de los Estados atlánticos. Las instituciones financieras privadas actuaron de acuerdo con los bancos centrales y los ministerios de economía para garantizar la «estabilidad» de la moneda frente a las demandas sociales de la población. Esta idea de «estabilidad de la moneda» suministró la cobertura económica necesaria para

la acometida política del conglomerado dólar-Wall Street. Permitía que los banqueros y los políticos ocultaran la decisión política de proteger a las clases propietarias bajo un montón de argumentos técnicos.⁹¹

Si el dólar sufría una caída, los demás bancos centrales y la banca privada se comprometían a ofrecer respaldo con sus reservas para mantener su posición de autoridad. Si la recuperación de la riqueza no era suficiente, como no lo fue, y dado que la productividad del sector industrial no era como antes, los propietarios iban en busca de aquellos sectores de la vida que habían quedado en parte protegidos del motor del lucro: eran los que recibían el nombre de «sector público» o «bienes comunes», pero muy pronto se convertirían en coto de caza de los ricos. La liquidación de empresas públicas convertiría a toda prisa a los millonarios en multimillonarios, el vaciado enriquecería al inversor depredador y la utilización de los bienes comunes (como el agua o los recursos energéticos) a bajo coste generaría una nueva oligarquía del sector energético o los bienes comunes. Esta «acumulación mediante desposesión» o «acumulación por usurpación» acabaría siendo uno de los medios principales para el aún mayor enriquecimiento de los ricos.⁹² Para la clase trabajadora, el campesinado, los pequeños productores y los comerciantes, así como para los funcionarios, la palabra de moda no era «venta reducida», sino «austeridad». Los economistas prácticos, los políticos renegados y una nueva camada de autoridades del FMI dispensarían la palabra «austeridad» como una medicina amarga. Para ellos, sacrificio y austeridad eran conceptos orientados a restablecer la «estabilidad», pese a que los sacrificios de las poblaciones marginadas solo darían como resultado en realidad la restauración del poder de la clase propietaria y su enriquecimiento.

Ante el neoliberalismo, los Estados del Tercer Mundo permanecerían pasivos. A principios de la década de 1970, el desarrollo en los Estados del proyecto del Tercer Mundo habían alcanzado un punto muerto; no se podía hacer nada más sin una transformación internacional importante. El NOEI iba a hacer posible esa nueva etapa. El único país de la órbita del Tercer Mundo que logró sobrevivir a la defunción del NOEI fue China, y se debía en buena medida a que en la década de 1940 se había desvinculado de la economía mundial. China se entregó a una modalidad de industrialización con mano de

obra intensiva donde una parte de los beneficios se destinaba a la instauración de prestaciones sociales (como la educación y la sanidad gratuitas).⁹³ Una política así requería un cambio radical de las relaciones sociales en el seno del país; una iniciativa imposible en la mayoría de los Estados del Tercer Mundo, pues estaban dominados por diferentes sectores de las clases terratenientes, la burguesía industrial y una pequeña burguesía dependiente del Estado. Esas clases se habían aprovechado de unos gobiernos partidarios de una industrialización que sustituyera a las importaciones, cosa habitual en todos los Estados del Tercer Mundo: los aranceles y subsidios para sus industrias privadas y las grandes explotaciones agrarias permitieron que las economías de los antiguos Estados coloniales crecieran modestamente y mantuvieran alejadas a las empresas del Norte, mejor financiadas y equipadas. Ahora, esas mismas clases habían dejado su impronta y querían «volverse globales». No iban a aceptar el nivel de gasto chino en necesidades esenciales y educación. Esas clases querían acceder a los mercados globales y a los codiciados dólares. El NOEI era un modo de conseguirlo, pero suponía un enfrentamiento con el Norte. La alternativa era la conciliación; y ese acabaría siendo el enfoque de las élites del Sur, conscientes del conflicto. Pero esa segunda vía solo se abriría en la década de 1980, con la salvedad de lo ocurrido en la Cuenca del Pacífico, donde los países recién industrializados (por sus siglas en inglés, NIC, Newly Industrialized Countries) eran la excepción por su temprana «integración» en los circuitos de Norteamérica. Para el resto de los países, el NOEI representaba la única opción para incrementar su renta nacional y, por consiguiente, de inyectar fondos y financiación en la gestación de potencial social (y en sus propias arcas). Cuando el NOEI fracasó, esos Estados entraron en caída libre.

Ahora abatidos, los Estados del Tercer Mundo recurrieron a los mercados de capital privado para financiar sus diversas iniciativas. La tasa de la ayuda exterior no se había mantenido a la par de la inflación, ni de las cada vez mayores necesidades de los Estados del Tercer Mundo. El Informe Pearson pedía que los países industrializados avanzados elevaran su aportación de ayuda exterior al 0,7 por ciento de su producto interior bruto. Ningún país salvo los escandinavos llegaron jamás a este modesto objetivo.⁹⁴ La ayuda que sí atravesaba las fronteras llevaba decididamente aparejadas

ciertas retahílas. Algunas estaban condicionadas a que los fondos se utilizaran para financiar obras realizadas por empresas del país que concedía la ayuda (en realidad, una forma de subvencionar a esas empresas). Las empresas de los países industrializados avanzados solían tener gastos generales muy elevados y, por tanto, eran mucho más caras que las empresas de los países receptores de la ayuda. Todo eso importaba muy poco, y cualquier cantidad que se entregara contaba como ayuda. Esto no siempre atraía al Sur.⁹⁵ Mejor recurrir a los mercados privados que depender de semejante ayuda condicionada.

Las ramificaciones en el extranjero de los grandes bancos atlánticos estaban preparadas. Actuaban sin normativas y había muy pocos activos que quedaran inutilizados como reservas.⁹⁶ Habían acumulado sumas de eurodólares inmensas (sobre todo, beneficios del petróleo), gran cantidad de las cuales ponían ahora al servicio de los países de África, Asia y América Latina. Bancos como el Manufacturers Hanover Trust prestaban dinero aplicando la tasa interbancaria londinense (LIBOR), un tipo de interés variable (si bien los actuales escándalos en torno al LIBOR revelan que los bancos privados controlaban la «variabilidad» de sus beneficios). El LIBOR parecía una apuesta razonable a mediados de la década de 1970, cuando sus niveles parecían fáciles de asumir. El capital llegaba sin las condiciones que se requerían en el caso de los fondos del FMI. Además, el dinero fluía sin que nadie se preocupara por la solvencia del prestatario. Era el mercado internacional de las *sub-prime*, que en la década de 1980 alcanzó la colosal suma de 1,5 billones de dólares.

Todos esos miles de millones de dólares fueron a cubrir lagunas presupuestarias muy necesitadas. Los Estados necesitaban el dinero para suministrar a su población bienes de consumo a corto plazo, o para realizar inversiones en infraestructura a largo plazo y con pocos retornos. Necesitaban el dinero para realizar pagos en «moneda fuerte» a sus acreedores internacionales: los que suministraban petróleo principalmente en las orillas de los Estados hambrientos de energía, pero también a los traficantes de armas que contribuían a engordar los ejércitos que los Estados solían apostar frente a los demás en unas fronteras en disputa. Los senderos del desarrollo de muchos de estos Estados acabaron por depender de una combinación de

ayuda exterior y capital privado. En octubre de 1977, H. Johannes Witteveen, presidente del FMI, advirtió a las autoridades de la ONU que muchos de los Estados del Tercer Mundo «habían acelerado en exceso sus economías y, como consecuencia de ello, se habían endeudado por encima del 12 % de su renta nacional. Semejante tasa de endeudamiento era insostenible y hacía falta realizar ajustes urgentes para evitar dificultades más graves para atender a la deuda, que tendrían repercusiones graves sobre la totalidad del sistema financiero internacional».⁹⁷ Ese era un mensaje privado. El mensaje transmitido en público por el FMI, el G-7 y las ramas de la banca atlántica en el exterior era que la deuda era beneficiosa si significaba que los países podían cubrir sus desequilibrios, y que los petrodólares se estaban reciclando de forma efectiva.⁹⁸

El cable-trampa se tensó en 1979, cuando el banco central estadounidense elevó sus tipos de interés. La causa inmediata fue el aletargamiento prolongado de la economía estadounidense y, según manifestó Paul Volcker, presidente del banco de la Reserva Federal, la necesidad de «dar muerte al dragón inflacionario».⁹⁹ Las tasas de crecimiento lento registradas desde mediados de la década de 1960 eran consecuencia de varios factores. El elevado precio del petróleo estrangulaba la actividad económica de una civilización dependiente del carbón. La sobreproducción de las fábricas, desde Kyushu, en Japón, hasta Gary, en Indiana, ejercía presión sobre la línea de flotación de las empresas. La rentabilidad empresarial descendió desde el 4,7 % del período 1954-1959 hasta el -5,3 % de los años 1980-1989. Philip O'hara señala que este descenso se debe entender en términos de crisis de sobreproducción. «La sobreproducción de mercancías y la inadecuación de la demanda son las principales anomalías empresariales que inhiben el rendimiento en la economía global».¹⁰⁰ La anarquía de la competitividad conduce a dos resultados conexos: el incremento del impulso por desarrollar nuevas tecnologías para producir más, más deprisa y más barato y, a continuación, el consiguiente movimiento para desplazar mano de obra utilizando esas máquinas, y con ello incrementar el desempleo general. Las fábricas se volvieron muy eficientes desde el punto de vista tecnológico. Al incorporar más maquinaria a sus factorías, las empresas podían eliminar mano de obra al tiempo que producían más bienes. Una cantidad de bienes

cada vez mayor ingresaba en el mercado, cuyos consumidores tenían muy poco en el bolsillo a causa del desempleo. La «demanda efectiva» era baja como consecuencia del desempleo y de la ausencia de crédito disponible para una mano de obra cuya pérdida de puestos de trabajo iba en aumento. Esta es la principal contradicción del capitalismo, que hace su aparición en los momentos bajos del «ciclo empresarial». La década de 1970 supuso un bajón particularmente pronunciado.

Para restablecer la rentabilidad, el gobierno estadounidense autorizó un ataque frontal contra su propia economía con el fin de remodelarla para que se ajustara al axioma del sociólogo alemán Werner Sombart, según el cual «de la destrucción surge un nuevo espíritu de creación».¹⁰¹ La teoría general consistía en que, una vez que el exceso de capacidad productiva sumía a la industria en una gran contracción, de las mentes de las empresas más inventivas y de sus intelectuales surgirían otras innovaciones. Inspirándose en la obra de Sombart, el economista Joseph Schumpeter denominó este proceso «destrucción creativa».¹⁰² Es esta teoría la que anima el tipo de política monetaria seguida por Estados Unidos a finales de la década de 1970. Una contracción pronunciada de la economía en una época de exceso de capacidad productiva puede ejercer el necesario impacto inofensivo. Volcker diseñó el ajuste más severo del crédito de toda una generación, elevando los tipos de interés de tal modo que los intereses de todos los préstamos estadounidenses subieran un 21 % en los primeros años de la década de 1980. En octubre de 1979, Volcker compareció ante el Congreso de Estados Unidos con un anuncio espectacular: «El nivel de vida del estadounidense medio debe descender. No creo que podamos librarnos de eso». El presidente Jimmy Carter se apresuró a dirigirse al Pay Advisory Committee para reclamar «cierto espíritu de colaboración» entre las empresas y la mano de obra, con la esperanza de que las primeras no utilizaran esa época para «preservar sus intereses en primera instancia, a veces a costa de sus vecinos».¹⁰³ Semejante pacto social era ilusorio. Las viejas sedes de las manufacturas en Estados Unidos se vinieron abajo y jamás se recuperaron.¹⁰⁴

En los primeros años del gobierno de Reagan, la administración acosó a los sindicatos manteniendo los salarios bajos y promoviendo la reducción del gasto social. El monetarismo ortodoxo inutilizaba todo pacto social vigente

en Estados Unidos. El ataque contra la mano de obra comenzó con una lucha simbólica contra los controladores aéreos: el único sindicato que respaldó a Reagan en su campaña presidencial. En 1990, Volcker señaló que la acción más importante del gobierno de Reagan «para contribuir a la lucha contra la inflación fue acabar con la huelga de controladores aéreos. [Volcker] pensaba que esta acción había tenido un efecto muy profundo y, desde su punto de vista muy constructivo, sobre el clima de relaciones entre empresarios y trabajadores, aun cuando en esa época no hubiera de por medio una cuestión salarial».¹⁰⁵ La liquidación de activos, el arbitraje, la desindustrialización de Estados Unidos... todo eso vendría después, como también llegaría el descenso del nivel de vida para una parte de la población. Regiones enteras de Estados Unidos antes industrializadas acabaron siendo un «desierto fabril» cuando departamentos industriales enteros cerraron y abandonaron a una mano de obra otrora disciplinada y leal, pero ahora llena de rencor.¹⁰⁶ Una vez que el proceso había eliminado las empresas improductivas y productivas (pero no «viables»), con un coste humano elevadísimo, «el gobierno de Reagan, que había accedido al cargo presentando un programa para equilibrar el presupuesto, puso en marcha lo que resultó ser la experiencia más importante del keynesianismo de la historia del mundo. El programa complementario que acompañaba al monetarismo en Estados Unidos — sostiene el historiador Robert Brenner—, realzado con unos recortes fiscales de récord, en efecto consiguió transferir enormes sumas de dinero a manos de capitalistas y ricos desde los bolsillos de casi todos los demás».¹⁰⁷ El capital que se había marchado a ultramar volvía ahora a afluir a Estados Unidos para formar una burbuja tras otra (la de la deuda del crédito personal, cuando en los bolsillos de unos consumidores que ahora tenían un empleo marginal crecieron como hongos las tarjetas de crédito; la de la deuda inmobiliaria, cuando los precios de la vivienda empezaron a subir). De forma lenta, pero segura, Wall Street incrementó su poder sobre el Estado y la sociedad.

Cuando la Reserva Federal estadounidense elevó los tipos de interés, el LIBOR se descontroló. El impacto sobre los Estados del Tercer Mundo fue catastrófico. No hubo demasiada creatividad en este aspecto. En 1973, los Estados del Tercer Mundo no pertenecientes a la OPEP tenían una deuda externa que ascendía a 130.000 millones de dólares. La deuda inicial podría

haberse visto aliviada si el FMI, bajo el mandato de Witteveen, hubiera seguido adelante con su plan de crear un servicio de crédito provisional para facilitar el pago del petróleo. La historia oficial del FMI señala que la acción de Witteveen «catapultó al liderazgo al Fondo Monetario Internacional a la hora de ayudar a sus miembros a afrontar la nueva crisis». Pero no cuajó. Tanto el Tesoro estadounidense como el banco central alemán se opusieron a la idea. El Tesoro estadounidense, bajo la dirección de George Schultz, quería que el precio subiera para hacer daño a los Estados del Tercer Mundo no pertenecientes a la OPEP e impulsarlos a presionar a la OPEP para que bajara el precio.¹⁰⁸ Los precios no cayeron y las deudas inducidas por el petróleo se incrementaron. El LIBOR encajaría esas deudas y les daría relieve. En 1982, esa deuda se había disparado hasta los 612.000 millones de dólares. Las cifras de deuda del Banco Mundial son hirientes. En los años 1979 y 1980, el total de las cuentas de capital de los Estados del Tercer Mundo experimentó un aumento de 85.700 millones de dólares. Entre 1981 y 1984, los Estados quedaron sumidos en un déficit de 54.800 millones de dólares. El déficit contable vigente aumentó hasta los 233.000 millones de dólares en 1984, y luego se disparó más allá de lo imaginable. Las cifras aumentaban cada vez más. El resultado final fue que los Estados del Tercer Mundo habían caído en una trampa al aceptar los préstamos comerciales vinculados al LIBOR; cuando la Reserva Federal estadounidense actuó, el LIBOR pasó de registrar un interés casi negativo a alcanzar unas tasas de usura, y el cepo apretaba cada vez más. Los Estados del Tercer Mundo no tenían ninguna libertad de movimiento; estaban cautivos.

Los bancos comerciales no se entregaron a su festín de préstamo sin prevenciones. Los préstamos que recalaban en México, Costa de Marfil u otros lugares llegaban como préstamos sindicados, según lo cual los bancos unían sus fuerzas en un fondo común para concederlos y, luego, lo que era más importante, para recuperarlos. Si el Club de París era el cártel de prestamistas oficiales, los clubes de Londres y de Nueva York funcionaban como cártel de banqueros ante sus deudores. Los bancos aborrecían la idea del proyecto del Tercer Mundo de que hubiera una Comisión Internacional de la Deuda, sobre todo porque no querían permitir que los Estados del Tercer Mundo trataran la deuda como algo *político*.¹⁰⁹ El sindicato bancario quería

tratar la deuda de cada país caso por caso. No querían tener que enfrentarse a una agencia común del Sur, como la Comisión Internacional de la Deuda, que negociaría la cartera entera de la deuda soportada por el Sur en un paquete único.¹¹⁰ El enfoque caso por caso inhabilitaba a los países que temían por su solvencia a largo plazo.¹¹¹ El reproche de «riesgo moral» se arrojó contra los Estados endeudados, a los que se decía que si se les perdonaba la deuda, no aprenderían nunca. No hubo reprimenda semejante para los bancos, a los que se ofrecía cobertura política por su responsabilidad moral. Los prestatarios debían pagar sus deudas, y ese dinero fluía en grandes cantidades desde los Estados del Tercer Mundo a las ramificaciones de los bancos atlánticos en el exterior y a sus sedes en Nueva York, Londres y otras ciudades. En 1981, el flujo de capital neto hacia los Estados del Tercer Mundo se mantuvo en los 35.200 millones de dólares. Seis años después, la dirección del flujo de capital había cambiado: de los Estados del Tercer Mundo salían rumbo a los bancos 30.700 millones de dólares. Era el pago de un tributo.

Los europeos y los japoneses observaban aterrados mientras los tipos de interés estadounidenses sembraban el caos; primero en América Latina y después, en todas partes. En 1980, los japoneses se dirigieron al gobierno de Reagan para manifestarle su preocupación. «Expusimos que los elevados tipos de interés estaban exacerbando sin duda el problema de la deuda del Tercer Mundo y calculamos que si los tipos de interés estadounidenses descendieran un punto, la carga de la deuda de América Latina se reduciría en 4.000 millones de dólares anuales», reflexionaba Toyoo Gyohten, del ministerio de Finanzas japonés. «No recibimos respuesta alguna de Washington y en aquel momento sentimos que todo lo que decíamos caía en saco roto».¹¹² A Tokio, la obstinación de Washington le parecía una penalización.

Había incluso sectores del FMI que no podían tolerar el castigo que se imponía a los Estados del Tercer Mundo. El Grupo de los 24 —el sector de Estados miembros del FMI que también formaban parte del Tercer Mundo— celebró una reunión el 6 de marzo de 1979 en la que señalaron que «es preciso [que el FMI haga] una distinción más clara entre los factores causales atribuibles a las políticas interiores de los países en vías de desarrollo y los elementos externos que quedan fuera de su control».¹¹³ El informe anual del

FMI de 1979 coincidía al señalar que los déficit de la balanza de pagos de los Estados del Tercer Mundo no pertenecientes a la OPEP no se podían achacar principalmente a factores internos (como el *dirigisme* o el desarrollo estatal). Más bien, el FMI sostenía que la inestabilidad financiera era consecuencia del deterioro de las condiciones del comercio (la caída de los precios de las materias primas en relación con los de las manufacturas industriales) y del aumento del pago de intereses por la deuda contraída por los Estados del NOAL.¹¹⁴ Sidney Dell, un veterano economista de Naciones Unidas, reflexionaba sobre este análisis del FMI: «Ambos acontecimientos [detectados por el FMI] eran consecuencia de fuerzas que escapaban al control de los países en vías de desarrollo afectados, incluido el repunte de los precios de las exportaciones de los países industriales y exportadores de petróleo y el aumento de los tipos de interés asociados a los esfuerzos de los países industrializados para frenar la inflación mediante restricciones monetarias».¹¹⁵ Había que crucificar a los Estados del Tercer Mundo por unos delitos que no habían cometido.

En ausencia del NOEI, y ahora con muy poca autoridad en la escena mundial, los Estados del Tercer Mundo acudieron a mendigar a los bancos y al FMI. La idea de que la crisis era exógena, y no endógena, encontró muy pocos partidarios entre «quienes mandaban», ya se tratara de los guardianes del Banco de Pagos Internacionales, del FMI o de los gabinetes de los países del G-7. El Norte unido se quedaba mirando impávido al Sur mendicante. Volcker, que había accionado el pequeño interruptor que puso en marcha el proceso, percibió la oportunidad del momento. «La agonía de la deuda de la crisis —escribió— proporciona a los dirigentes latinoamericanos el sobresalto necesario para que reconsideren su enfoque anterior y se pongan a trabajar en otras direcciones mucho más halagüeñas».¹¹⁶ Se acabó el *desarrollo hacia dentro*:* la industrialización sustitutiva de las importaciones promovida por Prebisch; ahora la región debía regresar al *desarrollo hacia fuera*,* el desarrollo mediante la exportación de materias primas. Con un leve toque, había que invertir el sentido de las agujas del reloj en la idea de que el crecimiento también llegaría de la mano de las manufacturas guiadas por unas exportaciones que dependieran principalmente del bajo precio de la mano de obra, más que de la productividad derivada de la tecnología. En

México se llamaría a estas fábricas *maquiladoras*.^{* 117} La única salida para la crisis de la deuda del Sur era obtener divisa extranjera mediante el incremento neto de las exportaciones: la venta de materias primas, de productos manufacturados a base de trabajo intensivo y del sector público a inversores extranjeros. No quedaba otra salida.

El momento escogido para imprimir este cambio fue un hallazgo fortuito.¹¹⁸ Una serie de desarrollos tecnológicos hicieron posible el cambio al modo *maquila*.^{*} El sistema de producción japonés del «justo a tiempo» se puso a la orden del día. Las telecomunicaciones (los satélites y los cables submarinos seguros) unieron el archipiélago de las ciudades globales con las sedes de producción del interior. En Estados Unidos, los pedidos de ropa al por menor llegaban a Asia a tiempo. Los ubicuos ordenadores permitían gestionar inventarios a través de continentes. Los contenedores que podían transportarse directamente desde los cargueros hasta las vías de comunicación de larga distancia o las terminales ferroviarias permitían desplazar los artículos mucho más deprisa desde el lugar de producción hasta el punto de venta. Todo eso hizo posible que la producción para los mercados estadounidense y europeo llegara mucho más lejos: hasta la frontera de México y Estados Unidos, hasta el Caribe, o hasta Asia y África. En esos lugares, las empresas deslocalizadas no tenían el menor interés en verse comprometidas con la mano de obra nacional y la normativa de seguridad laboral; esos estorbos tenían que desaparecer. Tom Clausen, del Bank of America, anhelaba «una corporación internacional que se haya deshecho de toda identidad nacional». Carl Gerstacker, de Dow Chemical, tuvo la audacia de decir lo siguiente en la Conferencia de la Casa Blanca sobre Industrial World Ahead «el entorno industrial que se avecina» celebrada el 7 de febrero de 1972: «Llevo mucho tiempo soñando con comprar una isla que no sea propiedad de ninguna nación y situar el Cuartel General Mundial de Dow Company en el suelo auténticamente neutral de una isla así, que no pertenezca a ninguna nación, ni a ninguna sociedad».¹¹⁹ Clausen y Gerstacker no eran ilusos. Expresaban lo que ya podían hacer las empresas deslocalizadas, cuyas instancias de producción solían estar subcontratadas y cuya actividad principal era el tránsito de pulsos electrónicos que les mostraban cómo viajaba su dinero de un sitio a otro.

Las instituciones de Bretton Woods tuvieron que remangarse y ponerse a trabajar. Las voces liberales debían desaparecer. Witteveen no asumió un segundo mandato en el FMI. Su puesto fue ocupado en 1978 por Jacques de Larosière, un antiguo tipo duro a las órdenes del secretario de asuntos monetarios del Directeur du Trésor y presidente del Banco de Francia. De Larosière no tenía tiempo para la igualdad y el NOEI. Estaba entregado a la concepción monetarista de que la estabilidad era la principal exigencia (y de que para alcanzarla era necesario también reducir los salarios de los trabajadores).¹²⁰ Como él mismo decía en 1981 firmemente agarrado a la montura del FMI, había llegado el momento de que «todos hagamos sacrificios: la financiación internacional no servirá de nada si se destina al consumo como si el día de mañana no existiera». ¹²¹ Ese «todos» era cuestionable: no incluía a los ricos, cuyos hábitos de consumo no se veían amenazados del mismo modo. Pero las clases bajas tenían que apretarse el cinturón.

También había que llamar al orden al Banco Mundial. Robert McNamara, con su detestable tufo a liberalismo, abandonó el banco en 1981. Su lugar lo ocupó Tom Clausen, descendido directamente de su pedestal en el Bank of America (el mismo hombre que quería que las empresas se liberaran de la soberanía nacional). Clausen cumplía los requisitos, realizando incluso declaraciones estereotipadas sobre la pobreza, insistiendo en que el mundo industrializado no había hecho lo bastante para acabar con ella. Pero el camino que le esperaba no era igual que el de McNamara. Clausen quería que el capital privado llegara a las manos de los pobres, pero sin ningún mecanismo de regulación, ni a través de las agencias de desarrollo. Él se inclinaba por el «todos contra todos»; el mismo tipo de préstamo comercial que ya había enfangado a los Estados del NOAL (como dijo en 1976, «hoy día unos préstamos “arriesgados” similares están ayudando a los agricultores a desarrollar los recursos que alimentarán a las generaciones del mañana»; las comillas de «arriesgado» inducen a pensar que Clausen no los consideraba tales).¹²² Junto con Clausen llegó gente como Anne Krueger (economista jefe del Banco Mundial desde 1982 hasta 1986), que sustituyó al liberal

inquebrantable Hollis Chenery (editor de la influyente obra de 1974 *Redistribución con crecimiento*) y puso en funcionamiento su propia variante ortodoxa de economía del *laissez-faire*.¹²³

Una vez eliminados los liberales del FMI y el Banco Mundial, el G-7 presionó a ambas instituciones para que modificaran su funcionamiento. Hasta la década de 1970, la labor del FMI se desarrollaba principalmente en los Estados industriales avanzados, donde actuaba como ventanilla de emergencia para cubrir el déficit de la balanza de pagos. El FMI tenía limitadas las operaciones en el resto del planeta, evitando el cometido del desarrollo llevado a cabo por el Banco Mundial. Era el Banco Mundial el que se encargaba de la financiación relacionada con los proyectos. El Banco Mundial se guiaba por una teoría de la modernización bastante rígida, que pretendía cambiar la sociedad del mundo descolonizado mediante la creación de enormes proyectos de infraestructura y brindando apoyo a la Revolución Verde (la política agrícola basada en insumos muy caros, como los fertilizantes o los pesticidas, pero que ni por asomo se planteaban transformaciones tan elementales como la reforma agraria). El FMI tendía a mantenerse al margen de la transformación social; el Banco Mundial se lanzaba a ella pero, por lo general, en calidad de ayudante para el cambio social, y no tanto como su autor. Tanto el Banco Mundial como el Fondo Monetario Internacional cambiarían de actitud en las décadas de 1970 y 1980. Los Estados atenazados por la deuda volvían la mirada hacia Washington D.C., a la sede de las dos instituciones, en busca de ayuda a corto plazo para resolver la situación adversa de su balanza de pagos. El Fondo Monetario Internacional sonreía y les prometía dinero... pero solo si el país afectado accedía a introducir cambios importantes en su legislación nacional.

El FMI y el Banco Mundial abrieron una hilera de ventanillas nuevas para cubrir préstamos a corto y medio plazo: el Servicio de Ajuste Estructural, el Servicio Reforzado de Ajuste Estructural, el High Impact Adjustment Lending [«préstamo para ajustes de alto impacto»], el Servicio para el Crecimiento y la Lucha contra la Pobreza y los Programas de Ajuste Estructural. El concepto de moda era la «condicionalidad», según la cual los préstamos, líneas de crédito y consiguientes garantías del FMI solo llegaban

en caso de que el país afectado aceptara un conjunto de condiciones restrictivas, como la deflación, la privatización de empresas públicas, la desregulación de servicios públicos, la sangría en la prestación de servicios sociales (sanidad, educación y subsidios agrarios), la liberalización financiera y las reformas de la administración pública. Michel Camdessus, que dirigió el FMI desde 1987 hasta 2000, dijo con franqueza en una reunión celebrada en 1990 en las Naciones Unidas que a su organización no le preocupaba nada más que el crecimiento. «Nuestro principal objetivo es el crecimiento. Desde mi punto de vista, ya no hay ninguna ambigüedad a este respecto. Es al crecimiento a lo que están dirigidos nuestros programas y su condicionalidad. Es pensando en el crecimiento como acometemos nuestra especial responsabilidad de contribuir a corregir los desequilibrios de las balanzas de pagos».¹²⁴ En los años de la condicionalidad el lema del FMI era crecimiento *über alles*.

La categoría de «crecimiento» es engañosa. No quiere decir que una economía nacional deba ser fuerte, sino más bien que sus exportaciones sean considerables. Dicho de otro modo: en el léxico del FMI, «crecimiento» solía referirse al valor obtenido con las exportaciones, y no al bienestar de la población; es decir, los indicadores sociales de ese bienestar como la ingesta media de calorías, la vivienda y la educación. Aumentar el «crecimiento» de una sociedad significaba que fuera capaz de vender sus productos en los mercados exteriores. La teoría de la UNCTAD era que las reglas del comercio internacional impedían que los países del NOAL lograran aprovechar sus recursos. Por ejemplo, los aranceles y los regímenes de subsidios de los Estados atlánticos no eran justos con las industrias del sector textil de África, Asia y América Latina. Como escribió Joseph Stiglitz, ex economista jefe del Banco Mundial, «sin subsidios, a los estadounidenses no les compensaría producir demasiado algodón; con ellos, Estados Unidos es el mayor exportador de algodón del mundo. Hay unos 25.000 agricultores algodoneros estadounidenses ricos que se reparten entre tres y cuatro mil millones de dólares en subsidios; un dinero cuya inmensa mayor parte va a parar solo a una pequeña proporción de los destinatarios. El incremento de la oferta deprime el precio del algodón y perjudica solo en el África subsahariana a unos diez millones de agricultores».¹²⁵

En 1975, en Rambouillet, Helmut Schmidt fue bastante sincero cuando se refirió a las restricciones comerciales.

En Estados Unidos y la Comunidad Europea deberíamos reconocer el hecho, por partes iguales, de que nuestros sectores agrícolas presentan ciertos rasgos indeseables. Deberíamos prepararnos mutuamente para discutir cuestiones agrícolas en el sector industrializado. Este asunto no se puede resolver hoy y no se debería tratar en público. Pero Estados Unidos y la Comunidad Europea son socios comerciales importantes. La credibilidad de nuestro enfoque liberal del comercio mundial estaría en peligro si los ministros de agricultura minaran el ambiente general.

Harold Wilson, el primer ministro británico, coincidía; pero defendió los subsidios que estimulaban calladamente el comercio textil atlántico en particular: «Nuestro sector textil es recuperable; no es una chatarra. Pero vamos a realizar esfuerzos para subvencionar el textil en zonas que ya reciben ayudas ofreciéndoles una ayuda razonable». Los subsidios estadounidenses al algodón, por ejemplo, tenían un impacto adverso en el sector textil de África occidental.¹²⁶ Toda alusión a la «ventaja comparativa» desaparecía cuando entraban en la discusión los subsidios atlánticos a la agricultura. Esa cuestión «no se trataba en público».

En 1973, los Estados de todo el mundo participaron en la Ronda Tokio del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). Cuando en 1948 las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial no consiguieron crear una Organización Internacional del Comercio que constituyera la tercera pata de las instituciones de Bretton Woods (las finanzas en el FMI, el desarrollo en el Banco Mundial y el comercio en la OIC), consensuaron consultarse y negociar mediante un marco institucional al que denominaron con las siglas GATT. La ronda Tokio fue la séptima ronda del GATT y, al igual que las anteriores, abordó la cuestión de la reducción de los aranceles. En su sesión de apertura, el objetivo de la Ronda Tokio incluía el deseo de «garantizar beneficios adicionales al comercio internacional de los países en vías de desarrollo» y «tener en cuenta los problemas comerciales específicos de los países en vías de desarrollo». Fue la ronda más concurrida del GATT hasta la fecha, en torno a cuya mesa se sentaron ciento dos países (a las reuniones anteriores habían asistido entre

trece y sesenta y dos países). No era de extrañar que el programa más representativo del NOEI apareciera sobre la mesa. Pero cuando el GATT concluyó su trabajo en 1977, la idea de la reducción de aranceles en el mundo atlántico había desaparecido. Olivier Long, director general del GATT en aquella época, escribió lo siguiente en el informe resultante: «En lo que se refiere a los aranceles a que deben hacer frente los países en vías de desarrollo, el promedio de la reducción sobre los artículos industriales en las Naciones Más Favorecidas (NMF) fue menos acusado que el recorte general». Los aranceles sobre los productos textiles, la ropa y el calzado seguían siendo «bastante altos», señalaba.¹²⁷ No mucho después, en el Tercer Acuerdo Multifibras (1981), la Comunidad Europea promovió ese aspecto, sobornó con unos acuerdos preferenciales a determinados países (como Tailandia) y sabotó la tentativa de derrocar el régimen arancelario del Norte.¹²⁸

El efecto concreto de estas lamentables evoluciones ha sido que en grandes extensiones de África, Asia y América Latina la agricultura ha sentido el agudo filo del margen de beneficios. Los conglomerados agrícolas de Estados Unidos y Europa arrasaron a los pequeños productores (los verdaderos agricultores), a quienes sustituyeron por explotaciones fabriles que empleaban una tecnología inmensamente superior (incluidas semillas transgénicas, pesticidas y fertilizantes asombrosos y, como es natural, maquinaria como las cosechadoras).¹²⁹ La producción total de cereales para la alimentación se incrementó, pero la diversidad de productos agrícolas y el número de agricultores disminuyó. La agricultura industrial estaba a la orden del día. Los subsidios para el entorno agrícola atlántico (en los precios del agua y la energía, o en las ayudas a los precios), así como la habitual fijación de precios por parte de los conglomerados agrícolas europeos, estadounidenses y japoneses, les concedió una gran ventaja en este mercado global de alimentos.¹³⁰ La suerte estaba echada en favor de los conglomerados agrícolas. Mediante los acuerdos de libre comercio (como el NAFTA, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, entrado en vigor en 1994), las ventajas del Norte derrotaron a los pequeños productores de lugares tan dispersos como México, la India, Ghana o Bangladesh.¹³¹ En las zonas rurales de los Estados del Tercer Mundo, las penurias se volvieron

norma. Fue a partir de este momento cuando comenzaron las grandes migraciones que desembocaron en los inmensos suburbios de un mundo cada vez más urbanizado. Y fue en las afueras de esos suburbios, que ahora albergan a uno de cada cinco habitantes del planeta, donde los gobiernos desesperados por conseguir dólares del comercio exterior establecen las Zonas de Procesamiento de Exportaciones (ZPE) y las Zonas Económicas Especiales (ZEE), que se nutren de las calamidades del campo.

En la época inmediatamente anterior a la neoliberal, quienes producían la riqueza social se presentaban de forma bastante deliberada como clase trabajadora. En China se les conocía como *gongren* (proletariado), un término de género neutro que se empleó en la época maoista para generar cierto espíritu de poderío y de orgullo entre la clase trabajadora. Como ha señalado el sociólogo Pun Ngai, este término se dejó de lado en la década de 1980. Quienes acudían a trabajar a la ZEE de Shenzhen no iban en calidad de trabajadores en general (*gongren*), sino de quienes van a trabajar para un jefe (*dagongmei* o *dagongzai*), y en su mayoría eran mujeres procedentes de zonas rurales. Las jornadas laborales prolongadas y las duras condiciones de trabajo impedían que muchas de esas mujeres siguieran allí más de cuatro o cinco años. Ellas lo consideraban una oportunidad de ganar algún dinero en efectivo para sus afanosas familias de las zonas rurales, así como para acumular unos modestos ahorros cuando empezaban a labrarse su propia vida. Pocas se consideraban pertenecientes a una clase trabajadora que se esforzara por reordenar su posición social y económica en la sociedad.¹³² A los centros de trabajo de los obreros de Shenzhen, en China, y Ciudad Juárez, en México) les unen grandes semejanzas (salvo, tal vez, la violencia declarada contra las mujeres en las fronteras entre México y Estados Unidos).¹³³ Son estos trabajadores (en su mayoría, mujeres) quienes abandonan el fracaso del campo en busca de la resplandeciente ZEE, donde entregan su juventud a una maquinaria de superproducción que luego derrama sus artículos en unos comercios del mundo atlántico atestados de productos, donde otro consumidor plagado de deudas intenta seguir el ritmo de sus deseos fabricados. Es un ciclo incansable y cruel.

El Sur, encandilado, empezó a justificar el recurso a las ZPE señalando que le suministraría los motores del crecimiento. En México, sin embargo, el sector de las *maquilas** contrataba a muchos menos trabajadores que las fábricas ya cerradas y antes gestionadas por mexicanos y las explotaciones que vendían más barato (el sector maicero en México queda ahora superado por el maíz producido en las fábricas y explotaciones del medio oeste estadounidense).¹³⁴ La razón precisa de la popularidad de la *maquila* no es su capacidad para crear puestos de trabajo. Es popular entre los agentes financieros internacionales y las corporaciones multinacionales porque se puede gestionar al margen del dominio de la normativa y la legislación laboral y medioambiental vigente; y se hace caso omiso de los quebrantamientos porque se consideran responsabilidad de los muy maltratados propietarios locales de las fábricas, y no de las sofisticadas empresas que comercializan los productos bajo sus resplandecientes y bien protegidas marcas.

El nuevo y agresivo FMI se alzó como un faro de esperanza en el cielo, rondando por ahí, tomando medidas y, luego, abatiéndose para sofocar toda esperanza de liberación, toda esperanza de libertad. Si es así como parecía, no es raro que un tercio de los niños tailandeses entrevistados por el Instituto Rajabhat de Bangkok pensara que el FMI era un objeto volador no identificado. Un sinnúmero de acrónimos (FMI, GATT, FDI), cada cuál más extraño que el anterior: un montón de burócratas y técnicos anónimos, una tribu llamada los Chicago Boys, un fantasma conocido como el Efecto Sachs, las academias de los OVNIS llamadas Wharton y Harvard... todos esos extraterrestres se daban cita para crear un índice de razón, una racionalidad, que recordaba a un libro de contabilidad. La razón del FMI pasaba por alto el bienestar de la inmensa mayoría de las personas y el motivo de la deuda odiosa, y más bien pedía a unas poblaciones ya marginadas que soportaran todo el castigo de la austeridad. Hasta a *The Wall Street Journal* le preocupaba que el FMI «no se hubiera dedicado a combatir los incendios financieros, sino a rociarlos con gasolina». ¹³⁵ El PNUD estudió los efectos de la labor del FMI e informó de lo siguiente: «El FMI ha ejercido una poderosa influencia en los países en vías de desarrollo imponiendo condiciones duras a los préstamos que ofrece. Esta condicionalidad ha sido

por lo general monetarista y deflacionista y obliga a los gobiernos a disminuir la demanda de importaciones recortando la demanda global; reduciendo tanto el gasto público como el privado. Los recortes a menudo han restringido el consumo, la inversión y el empleo... y han estrangulado el crecimiento económico». ¹³⁶ Un economista veterano del FMI estudió el archivo de medidas de estabilización impuestas por el FMI desde 1973 hasta 1978 y descubrió que las tasas de crecimiento eran «significativamente reducidas en los países sujetos al programa en comparación con la de los países no incluidos en el programa». ¹³⁷ Los trabajadores pobres no tenían nada que perder, pero aun así lo perdieron todo.

Las consecuencias políticas del neoliberalismo asustaron a las élites políticas y a sus aliados empresariales de Estados Unidos y toda Europa. El canciller Dennis Healey, comunista durante un breve período a finales de la década de 1930 y, luego, militante del fabianismo, se unió a «los que mandan». En Rambouillet, en 1975, Healey advirtió a sus nuevos colegas lo descontenta que quedaría su electorado cuando se desplegaran las medidas neoliberales:

El presidente Ford dijo con razón que lo más asombroso ha sido que el impacto político del creciente desempleo haya sido menor de lo esperado. Pero el problema crucial es el gran número de trabajadores desempleados durante un largo período de tiempo; en especial, en las bolsas regionales con elevada tasa de desempleo, población de color y jóvenes procedentes del fracaso escolar. Podría haber consecuencias políticas muy graves. Todavía no debemos sentir alivio frente a este problema [...]. El crecimiento del PIB no ayudará gran cosa a afrontar el desempleo.

Su líder, Harold Wilson, se había licenciado en Oxford y a finales de la década de 1930 había trabajado en los acuciantes temas del desempleo y los ciclos comerciales. Wilson sabía un par de cosas acerca de lo que señalaba Healey. «El canciller Healey tiene razón —reconoció Wilson—. Podríamos tener crecimiento con un descenso minúsculo del desempleo». Y de este modo el sistema se vería sacudido por los disturbios y las protestas. ¹³⁸

Los disturbios ya habían estallado, y se intensificarían a lo largo de la década. La Gran Bretaña de Healey se vio sacudida por «disturbios raciales»: desde los disturbios de St. Paul de 1980 hasta los de Brixton de 1981,

salpicados entre uno y otro con los de Birmingham y Leeds. La Alemania de Schmidt tenía sus propios problemas con el *Ausländerfreindlichkeit*: el odio a los inmigrantes extranjeros, en su mayoría turcos (*Türken, raus!*, era la consigna generalizada). Los inmigrantes fueron los más afectados por la ira de los trabajadores ante la pérdida de puestos de trabajo producida por la desindustrialización de la zona atlántica. Esta furia callejera vinculaba a Lima con Londres. Más de la mitad de los países sudamericanos padecían algún tipo de descontento social o político importante. Desde Lima (1976) hasta Kingston (1979) y desde La Paz (1983) hasta Caracas (1989), el continente estaba invadido por las protestas. Los «disturbios del FMI», que es como acabaron llamándose, producían escalofríos por todo el cuerpo a los diferentes gobiernos de los Estados del NOAL, de la dirección del G-7, de los gobernadores de las instituciones de Bretton Woods y de los magnates de las finanzas. Tom Clause, del Bank of America y, muy pronto, del Banco Mundial, reconocían el empuje de la rebelión y ofrecía una razón para realizar reformas moderadas: «Cuando la gente se desespera, hay revoluciones. En nuestro propio interés redunda entender que no se vean obligados a ello. Se debe mantener vivo al paciente, pues de lo contrario no se puede aplicar el tratamiento».¹³⁹

La Comisión Brandt reconoció los peligrosos efectos sociales de la austeridad sobre la clase trabajadora y los pobres, y de las políticas de ajuste sobre las sociedades del Sur:

En muchos casos —escribieron los comisionados— estas medidas reducen el consumo interior sin mejorar las inversiones; a veces, la capacidad productiva se hunde aún más que el consumo. Esto se debe a que muchos países en vías de desarrollo con déficit sufren escasez de comida o no tienen las necesidades esenciales satisfechas. En realidad, la insistencia del FMI en aplicar medidas drásticas, a menudo en un marco temporal de solo un año, ha manifestado la tendencia a imponer cargas políticas innecesarias e inaceptables a los más pobres, lo que en ocasiones han desembocado en los «disturbios del FMI» e incluso en la caída de gobiernos.¹⁴⁰

La deuda y la nueva cosmología, el neoliberalismo, moldearon el mundo que la Comisión Brandt pretendía arreglar. Las contradicciones les perturbaban y trataron de crear un orden sin contar con ellas.

LA SÜDPOLITIK DE BRANDT

La mayor parte de lo que dijimos hace tres años guarda hoy más relación aún con el asunto. La comunidad internacional ha realizado pocos progresos en la resolución de las cuestiones más arduas; en muchos aspectos, la situación se ha deteriorado de un modo que no habíamos previsto; y en aquel entonces muchos nos criticaban porque sembrábamos el pánico.

WILLY BRANDT, presidente de la Comisión Norte-Sur,
9 de febrero de 1983¹⁴¹

En septiembre de 1972, Robert McNamara pronunció su alocución anual ante el consejo de gobernadores del Banco Mundial. No se durmió en los laureles del voluminoso trabajo de la organización, con grandes embalses e inmensas ambiciones para la Revolución Verde. Más bien, McNamara preguntó a sus colegas qué pensaban de los acuciantes problemas que afligían a los pobres. Los gobiernos de todo el mundo, dijo, «deben estar dispuestos a dar mayor prioridad a sus objetivos de crecimiento en términos de las necesidades humanas esenciales: comida, vivienda, salubridad, educación elemental y empleo, aunque esto se haga a costa de reducir el ritmo del avance de los pequeños sectores muy privilegiados que beneficia a muy pocos». Según los enterados, McNamara se había quedado un tanto maravillado con los datos procedentes de China.¹⁴² Una sociedad profundamente desgarrada por la guerra y las hambrunas, por la monarquía y la colonización, había demostrado a principios de la década de 1970 que el énfasis del gobierno comunista en las «necesidades esenciales» de la educación, la vivienda, la alimentación y el trabajo había causado un notable impacto social. Era difícil decir algo positivo de China antes de que Nixon visitara el país en enero de 1972. Con la apertura de Nixon, McNamara y los demás podían hablar ahora con moderada confianza acerca de sus logros. La redistribución mediante el comunismo era una amenaza. El Banco Mundial tenía que fomentar políticas que produjeran los mismos resultados con medios más «occidentales». El

crecimiento ya no podía ser el único indicador importante del mundo. Según expresó Hollis Cherney, adjunto de McNamara, el objetivo debía ser crecimiento con redistribución.¹⁴³

McNamara advirtió a los gobernadores de que el aumento de la brecha entre el Norte y el Sur tenía consecuencias políticas que no se debían ignorar: «Cuando los muy privilegiados son pocos y los desesperadamente pobres son muchos, y cuando la brecha entre ambos se agranda en lugar de reducirse, solo es cuestión de tiempo para que haya que optar entre los costes políticos de la reforma y los riesgos políticos de la rebelión». Fue debido a esos riesgos por lo que las reformas eran «prescripciones no solo de principios, sino también recomendadas por la prudencia. La justicia social no es un mero imperativo moral. Es también un imperativo político». McNamara debía de saberlo. El empobrecido campesinado vietnamita había tomado las armas y había doblegado a los estadounidenses. En los suburbios de América Latina, que se habían enclavado en las inmediaciones de las haciendas urbanas de las élites, se apreciaba aún mayor capacidad de resistencia.

Cuando McNamara aterrizó en el Banco Mundial recurrió a un grupo de asesores liberales. La guerra había fracasado; ahora quería probar los otros métodos, menos beligerantes. Llegó al Banco Mundial en 1969 y se marchó en 1981. Fue la década de la lucha por la remodelación de las relaciones políticas y económicas entre el Norte y el Sur. El NOEI había madurado mientras McNamara tomaba las riendas del inmenso complejo de la H Street de Washington, y cuando se marchó del Banco Mundial la totalidad del proyecto liberal y el NOEI se habían quedado al borde del camino. Cuando McNamara llegó al Banco Mundial, pidió a un ex primer ministro canadiense que presidiera una comisión de investigación sobre la situación del desarrollo en el mundo. Lester Pearson seleccionó a sus comisionados con meticulosidad. Todos tenían los pies firmemente apoyados en el mundo atlántico (incluido sir Arthur Lewis, de Santa Lucía, y Roberto de Oliveira Campos, de Brasil). El informe que presentaron en 1969, *El desarrollo, empresa común*, recomendaba que el total de la ayuda de los Estados industriales avanzados ascendiera al 1% del PIB, de la que al menos el 0,7% procedería de las arcas públicas. El informe se guardó de inmediato en el archivo. Las recomendaciones no se tomaron en serio. Ocho años más tarde,

McNamara percibió la necesidad de convocar otro Gran Encuentro. Las fútiles negociaciones de París acerca de las mercancías conformaban el telón de fondo de la convocatoria de McNamara. En una reunión del World Affairs Council de Boston, McNamara nombró presidente al excanciller de Alemania Occidental, Willy Brandt. Al cabo de unas cuantas semanas, el 28 de septiembre, Brandt asumió el cargo en la ciudad de Nueva York.

A diferencia de Pearson, Brandt escogió a muchos de sus comisionados en lo que lord Oliver Franks llamó el «Sur», sobre todo Argelia, Chile, Colombia, Guyana, la India, Indonesia, Kuwait, Malasia, Tanzania y Alto Volta. Los comisionados de esas regiones se habían formado en las destrezas del NOEI, en especial algunas personas como Shridath Ramphal, Amir Jamal o Layachi Yaker. No todos eran radicales; algunos procedían abiertamente de la extrema derecha, como el dirigente demócrata cristiano chileno Eduardo Frei Montalva, que había colaborado en el golpe de Estado contra el presidente socialista Salvador Allende. Los comisionados del Norte también constituían un grupo heterogéneo, compuesto desde la socialdemocracia, como el antiguo primer ministro de Suecia, Olof Palme, hasta por la amiga íntima de McNamara y editora de *The Washington Post*, Katherin Graham. El comisario escogido para la Comisión fue la única persona procedente de Europa del Este, y del Este en general: Dragoslav Avramovic. Este llegaba a su nuevo puesto procedente del Banco Mundial, donde había sido economista principal para América Latina y el Caribe.¹⁴⁴ Había advertido de la crisis de la deuda con toda claridad y auguraba con la mayor clarividencia lo que vendría después. Avramovic recibió la ayuda de otro importante miembro del equipo, el socialista holandés Jan Pronk. Pronk llegó de la mano de Brandt después de haber sido durante algún tiempo ayudante de investigación de Jan Tinbergen en el Club de Roma y ministro de cooperación para el desarrollo del gobierno holandés. Avramovic y Pronk desempeñaron un papel fundamental proporcionando el marco conceptual para el trabajo de Brandt.

El cometido de la Comisión era ya familiar en ese momento. Tenía por tarea «estudiar los graves asuntos globales derivados de las disparidades económicas y sociales de la comunidad mundial y proponer mecanismos para promover las soluciones adecuadas a los problemas implicados en el desarrollo y en la lucha contra la pobreza absoluta».¹⁴⁵ Eran unas

instrucciones similares a las que aparecían en *Reestructuración del orden internacional* (1977), del Club de Roma, *El futuro de la economía mundial* (1977), de la ONU, y decenas de estudios de similar corte. Esos cometidos fueron adoptados en Alemania el 11 de diciembre de 1977, en una reunión informal de ministros de asuntos exteriores de la Comunidad Europea. La comisión se reunió al menos diez veces más (en lugares tan diversos como Mali o Estados Unidos) y el conjunto del personal que la integraba y unos cuantos comisionados se reunieron en varias ocasiones en distintos lugares, como China o Jordania. Era una empresa vasta. El dinero procedía de diferentes países y el Banco Mundial no brindó a la comisión nada más que su bendición.

La sesión de clausura se celebró a mediados de diciembre de 1979: dos años después de que se iniciaran las deliberaciones. Fue un curioso proceso en el que hubo mucho debate y pocos acuerdos. Brandt hacía gala de un estilo fluido que no requería conclusiones.¹⁴⁶ Parecía imposible redactar un borrador final. Había demasiadas discrepancias en las posiciones que habían impedido alcanzar un acuerdo en la Conferencia de París. Se acercaba el límite definitivo que había marcado Brandt. Dos días antes, encomendó a cuatro de sus comisionados (Peter Peterson, de Estados Unidos; Abdlatif al-Hamad, de Kuwait; Shridath Ramphal, de Guyana; y Olof Palme, de Suecia) que llegaran a un acuerdo. Regresaron con un borrador, cuyo resultado era el siguiente: el Norte transferiría al Sur una suma de fondos considerable y adoptaría un mecanismo nuevo para compartir el poder, mientras que el Sur prometería garantizar el suministro de petróleo al Norte y asegurar que los aumentos de precio se mantendrían dentro de un orden. Pero, como recordaba Anthony Sampson, asesor periodístico de la comisión, «había quienes no podían estar de acuerdo: los discursos se prolongaron, se superó la fecha límite y la reunión se disolvió en un clima de pesimismo sin haber alcanzado ningún consenso».¹⁴⁷ Edward Heath (ex primer ministro conservador de Gran Bretaña) y Ramphal, que no coincidían en casi nada, se recluyeron en Marlborough House, la sede de la secretaría de la Commonwealth, de la que Ramphal era el secretario general. Dos meses después tenían el texto y se había llegado a un acuerdo. «En el centro se encontraba el tema prohibido del petróleo», escribió Sampson, pero también había demasiados elementos del

aparato del NOEI. Se abrieron paso en el informe de la comisión, publicado en febrero de 1980. El informe no temía reconocer con franqueza los problemas que asolaban el mundo:

Las tendencias actuales apuntan a un futuro sombrío para la economía mundial y las relaciones internacionales. Una perspectiva dolorosa para los países pobres, que no verán un final a la pobreza y el hambre; estancamiento mundial sostenido unido a inflación; trastornos monetarios; aumento de las deudas y el déficit; proteccionismo; tensiones importantes entre países que compiten por la energía, el alimento y las materias primas; crecimiento de la población mundial y mayor desempleo en el Norte y el Sur; amenazas cada vez mayores para el medio ambiente y el patrimonio común internacional como consecuencia de la deforestación, la desertización, el abuso de las extracciones pesqueras y el pastoreo y la contaminación del aire y el agua. Y, sobrevolándolo todo, la amenaza de la carrera armamentista.¹⁴⁸

En este catálogo de tragedias faltan muy pocos elementos. Casi se pueden oír los cascos de los caballos del Apocalipsis. Los riesgos están nítidamente subrayados de tal modo que quede claro que ni el Norte ni el Sur serán inmunes a la catástrofe que se avecinará si se ignora la crisis. Brandt había dejado patente que no tenía interés en las argumentaciones esgrimidas desde la moral, ni desde el egoísmo. La tradición de Bandung, o el proyecto del Tercer Mundo, hundía sus raíces en la moral. Los años transcurridos entre 1955 y 1980 habían empañado el brillo de la idea de Bandung de que había que tomarse en serio a las instituciones del Tercer Mundo porque adoptaban una posición moral sobre las cuestiones. «¿Adónde nos ha llevado el imperativo moral después de la Segunda Guerra Mundial —preguntaba en 1980 Sonny Ramphal al periodista pakistaní Altaf Gauhar— y, en particular, en el período durante el cual hemos estado negociando el NOEI?». ¹⁴⁹ Los argumentos elaborados a partir del egoísmo también habían fracasado, puesto que habían dejado al mundo en un punto muerto en el que estaban, por un lado, el G-7 y, por otro, el Sur. No había espacio para el diálogo. Las argumentaciones desde el egoísmo, señalaba el Informe Brandt, impedían tanto tomar conciencia del «idéntico riesgo» de catástrofe que afrontaban el Norte y el Sur, como brindar una oportunidad al Norte y al Sur de tomarse en serio sus respectivos puntos de vista.¹⁵⁰

Si ni el marco de la moral ni el del egoísmo eran útiles para fundamentar el diálogo, las nuevas condiciones deberían ser los intereses y la consideración mutuas: «El Sur no puede crecer sin el Norte. El Norte no puede prosperar ni mejorar su situación a menos que haya más progreso en el Sur».¹⁵¹ Era una posición que se oía de vez en cuando dentro del G-7, como en el comentario de Harold Wilson en Rambouillet: «Ayudar [a los PMD] no es simple caridad; la recuperación de su poder adquisitivo servirá de estímulo para la recuperación económica mundial, de la que nos beneficiaremos todos».¹⁵² Los comisionados de Brandt intentaron apelar al egoísmo del Norte, por muy aquejado que estuviera de estanflación y malestar. La posición agresiva de los Estados del NOAL en el proceso del NOEI y en París no era del gusto del liberalismo del Atlántico Norte.

La posición del Informe Brandt se calificó precipitadamente como keynesianismo global.¹⁵³ Brandt extraía buena parte de su pensamiento de la teoría de Keynes de que la reducción de la demanda conjunta de la clase trabajadora produciría una crisis mayor. El remedio adecuado para este problema consistía en estimular la demanda de las masas mediante diversas formas de intervención del gobierno. Brandt quería sacar las aportaciones de la política keynesiana del marco del estado-nación para introducirlas en el ámbito internacional. Ahora la cuestión consistía en encontrar un modo de suministrar al Sur transferencias de riqueza masivas, que se utilizarían para adquirir productos al Norte y devolver la vida a las economías septentrionales: «La capacidad industrial del Norte está infrautilizada, lo que ha ocasionado en los últimos años un desempleo sin precedentes, mientras que el Sur necesita urgentemente bienes que el Norte podría proporcionarle».¹⁵⁴ En la teoría, todo estaba bastante claro.

Para transferir esa riqueza, la Comisión Brandt recomendaba que se aumentaran los niveles de ayuda, que el FMI eliminara parte de sus grilletes (por ejemplo, que vendiera más oro) y que se creara un Fondo Mundial de Desarrollo. Las dos primeras recomendaciones se habían convertido en mantras y no significaban nada nuevo. La tercera, creación de Avramovic,¹⁵⁵ evocaba un Estado de Bienestar a escala planetaria. Había que instaurar un impuesto progresivo sobre el PIB de los diferentes Estados, un impuesto sobre el comercio internacional, un impuesto sobre el gasto militar y otro

impuesto sobre la explotación de los lechos marinos internacionales: de ahí obtendría su capital el Fondo Mundial de Desarrollo. Luego, el dinero se pondría en circulación sin condiciones. Para endulzarle la propuesta al Norte, se pidió al Sur que descargara el arma del petróleo: había que estabilizar los precios del petróleo. Era una concesión inmensa, pues se producía tras el segundo aumento del precio del crudo, que tuvo lugar en 1979.

El keynesianismo global de Brand tenía una apariencia de estar herido. El propio marco se basaba en lo que se podría considerar una historia incorrecta. La estimulación de la demanda no triunfaría en los países industriales avanzados hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando el gasto militar sacó a los países de la depresión y la recesión.¹⁵⁶ El *New Deal* de Estados Unidos, por ejemplo, llevó a cabo una «operación salvaje» para resolver un problema importante en el sector atlántico de la economía mundial. El gasto del *New Deal* era incapaz de actuar como estímulo pleno; había poderosos intereses que se negaban a permitir que el gobierno acomodaticio de Roosevelt incrementara el consumo y la inversión civiles del gobierno en más de un 15 % del producto interior bruto. Era una decisión política. Todo gasto superior en esos sectores habría supuesto el fundamento social para la solidaridad entre la población. Era mucho más seguro canalizar el estímulo a través del gasto militar; el mismo bombeo keynesiano del gasto se volvía a producir, pero en esta ocasión sin la amenaza política. La fe de Brandt en el keynesianismo global no encajaba bien con su desdén por el gasto militar. Dicho de otro modo: su programa hablaba el lenguaje de los «intereses mutuos», pero para que funcionara habría que reorganizar las relaciones de poder entre los estados-nación y en el interior de cada uno de ellos. Ese era parte del espíritu del NOEI, razón por la cual Brandt le brindaba su respaldo;¹⁵⁷ pero no se iba a resucitar el Informe Brandt, que si hubiera empujado con tanta fuerza como aquel, habría nacido muerto.

Brandt no solo tenía una concepción en exceso caritativa del keynesianismo, sino que su Comisión quizás había interpretado erróneamente también los importantes cambios tramados en la década de 1970. Sin duda, había un problema de insuficiencia de demanda, pero podría ser solo el síntoma de una causa más profunda. A los largo de, al menos, los cincuenta años anteriores, la maquinaria industrial del núcleo atlántico había aumentado

a pasos agigantados: gozaba de una capacidad productiva muy superior, lo que arrojaba muchísimos bienes con alto valor añadido. Los viejos sectores se habían debilitado,¹⁵⁸ mientras que los nuevos no habían surgido aún, en buena medida, por falta de inversión. Las fianzas eran reacias a verse atadas a largo plazo a modernizar fábricas viejas o a asumir los riesgos de la construcción de nuevas fábricas con nueva tecnología; y los gobiernos carecían del capital disponible para patrocinar la transición. Tampoco el capital estaba listo para arriesgar inversiones en una mano de obra descontenta y capaz de imponer un salario decente. Los inversores pensaban que era mucho mejor entrar en el mercado de valores y en el mundo de las finanzas, donde se podían esperar beneficios en una escala temporal mucho más reducida. Las burbujas de activos inauguradas en el mundo de las finanzas por las medidas liberales absorbieron el capital susceptible de ser invertido. «Los ricos no harán progresos en una economía mundial caracterizada por la incertidumbre, los desórdenes y las tasas de crecimiento bajas —señalaba el Informe Brandt—; es igualmente cierto que los ricos no pueden prosperar sin que los pobres progresen».¹⁵⁹ Como se vio después, ese no era el caso, sin duda. Ya había quedado claro incluso en 1980 que la incertidumbre social y el caos político inducían las maquinaciones del sector financiero, que prosperaba con fuerza sobre las turbulencias de las especulaciones monetarias y los beneficios obtenidos a través de la venta corta. La devastación causada por los tumultos financieros empobrecía a los pequeños propietarios rurales y a los trabajadores sin tierra, así como a los obreros industriales, que solían estar sindicados. El capital rural desplazado emigraría al sector industrial de las *maquilas* del llamado «cinturón de sol», los estados del sur y el suroeste de Estados Unidos, cuya tasa de retorno no era igual a la de las burbujas de activos del mercado de valores, pero se le acercaba. Los trabajadores industriales eliminados se quedarían en el «cinturón de herrumbre» del Sur del planeta para convertirse a las ideologías sociales del resentimiento y la amargura.

El informe de Brandt parecía anticuado, aun cuando acabara de aparecer, y sin embargo era una de las únicas declaraciones del liberalismo atlántico que introducía en el debate el bienestar de los pobres emergentes del planeta. Brandt adoptó la idea de «necesidades esenciales» de McNamara. El Banco

Mundial, por su parte, había adoptado esta idea tomándola de una literatura clandestina que circulaba en el seno de la comunidad de Naciones Unidas. La Conferencia Internacional del Trabajo de 1976 celebrada al amparo de la Organización Internacional del Trabajo exponía los principales elementos del enfoque de las necesidades esenciales (vestido, educación, alimentación, vivienda y transporte público) e instaba a que fueran financiadas no solo por unas tasas de crecimiento mayores, o mediante la redistribución inmediata de la riqueza, sino por medio de la fórmula de redistribución a través del crecimiento: por ejemplo, garantizar que las futuras rentas de unas tasas de crecimiento más elevadas se distribuyeran de forma más equitativa.¹⁶⁰ El marco de las «necesidades esenciales» solo funcionaría si se integraba en una perspectiva macroeconómica de cambio estructural. Había que incorporar a la ecuación la *política* de la disparidad. No había nada de esa insistencia en Brandt, que se mostraba proclive al tipo de caridad apolítica veinte años más tarde que paralizaría los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Los países estaban obligados a alcanzar una serie de objetivos individuales en áreas como la alfabetización o la nutrición, pero todas esas áreas estaban atomizadas; se las trataba como si fueran una prueba individual que se pudiera realizar para valorar la salud de una nación. No se tenían en cuenta en absoluto las limitaciones sobre la vida de las personas, ni las impuestas por el gobierno para la gestión, ni importaba lo más mínimo elaborar un enfoque holístico del desarrollo en lugar de reformas poco sistemáticas gestionadas por fases. El concepto de necesidades esenciales también ofrecía una vía para distraer la atención del viejo orden liberal y del orden neoliberal emergente, con el fin de concentrarla en los problemas del interior de cada Estado. Eso fue lo que el Sur denominó «incremento de artilugios»: nuevas técnicas políticas que parecían aplicarse en beneficio de la población del Sur, pero que casualmente distraían la atención de las desigualdades de poder y riqueza orientándola hacia la inexcusable mala gestión de los gobiernos de esos países.¹⁶¹ Brandt no podía criticar abiertamente la organización interna de los gobiernos; eso no se había explicitado en su cometido. Aquello limitaba el abanico de estrategias de la comisión, por lo que tuvo que conformarse con insinuarlo.¹⁶²

Brandt no tuvo pelos en la lengua cuando habló sobre las cuestiones de la guerra y la agricultura. La guerra suministraba el andamiaje para el informe: era el inmenso gasto en guerras reales o potenciales lo que paralizaba la capacidad de la humanidad para aprovechar al máximo los avances hacia la civilización. La guerra desencadena hambre, escribía Brandt en el prefacio, pero añadía también: «[Nosotros] somos menos conscientes de que la pobreza generalizada puede desembocar en la guerra o terminar en el caos».¹⁶³ Para expresar sus ideas, Brandt se inspiraba en la labor intelectual de la Conferencia Mundial sobre Reforma Agraria y Desarrollo Rural de 1979, así como en las muchas declaraciones del Consejo Mundial de Alimentos de la ONU y la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Era la época de la Revolución Verde, cuando la esperanza de que unos insumos técnicos muy caros, como las semillas de alto rendimiento, los fertilizantes, los pesticidas y la canalización de agua, lograrían incrementar la productividad sin recurrir a la reforma agraria. La teoría decía que una Revolución Verde debilitaría la Revolución Roja. Recurriendo a una formulación típica, el Informe Brandt expresaba el deseo de aprovechar lo máximo de ambas y, por inconmensurables que pudieran ser, defender ambas al mismo tiempo. Brandt reclamaba la redistribución de los bienes terrenales de la Revolución Verde y «la reforma agraria y la promoción de las organizaciones de agricultores y trabajadores». Además, Brandt pretendía ofrecer alivio inmediato para la pobreza de las zonas rurales mediante «la creación de programas de empleo especiales a través de las obras públicas», como proyectos de conservación del suelo, reforestación, canalización de agua y control de inundaciones y construcción de carreteras.¹⁶⁴ La reconstrucción agrícola sería «una tarea del Sur» que serviría de lecho firme sobre el que se pudiera erigir una política comercial internacional sensata.¹⁶⁵ El comercio justo no tenía sentido si no había mercados socialmente justos que pagaran precios justos por los artículos de los pequeños productores. Aquí Brandt se dirigía al Sur, pero solo durante un 1 % de su texto (tres páginas).

En su empeño por defender el enfoque del interés mutuo, el Informe Brandt basculaba continuamente entre los intereses de las masas del Sur y los de sus clases dominantes (que, a veces, pero no siempre, tienen el control

absoluto de los gobiernos del Sur). El debate desarrollado durante la estructuración y redacción del informe ha sobrevivido al producto acabado. Incapaz de encontrar el consenso, el documento final de Brandt reflejaba todas las contradicciones. Los comisionados no lograban delimitar el problema principal: de quiénes eran los intereses que debían fijar el programa. La idea de «interés mutuo» implicaba que se podía dejar a un lado la divergencia de intereses en diferentes regiones. Este problema reaparecía en cada reunión de la Comisión Brandt, y pervive en el informe que se publicó.

Los pobres del Sur requerirían artículos que pudieran permitirse comprar con sus bajos salarios y que no fueran producidos en las fábricas del Norte, pues los salarios allí eran altos. La insuficiencia de la capacidad industrial del Sur significaba que todavía no podía producir suficientes bienes a bajo coste para las masas. Los fondos para estimular la demanda serían bienvenidos, pero en un principio los recibirían las clases dominantes del Sur, que los absorberían para sus ambiciones de modernizar sus Estados. Eso no necesariamente haría realidad el sueño liberal de crear una Escandinavia en los trópicos. Las clases dominantes del Sur desviarían los fondos más bien hacia la creación de una América con un sector inmensamente acomodado que viviera en zonas protegidas, aislados del resto de la población por *cordons sanitaires* bien anudados. No había nada que ligara al Sur con el socialismo democrático, sobre todo cuando esa concepción ya había fallado en Europa, había sido excluida en Estados Unidos y empezaba a resquebrajarse en el bloque del Este. No había ningún incentivo para el igualitarismo, y muy pocas esperanzas de que la inversión regenerara el cinturón industrial del Ruhr y el medio oeste estadounidense. Los pobres del mundo no podían permitirse adquirir los productos del Norte industrial.

El Informe Brandt tomaba muy buena nota de la geografía de la pobreza. Sin duda, el informe en su totalidad se basaba en la división axial entre el Norte y el Sur. Pero, lo que era aún más importante, reconocía que había una serie de «cinturones de pobreza» que se extendían desde el norte de México, bajando por la columna vertebral de América del Sur hasta los suburbios de Santiago de Chile; desde los inmensos distritos de África meridional hasta la ciudad de los panteones de El Cairo; desde los miserables tugurios de

Bombay hasta las chozas siempre inundadas de Dacca.¹⁶⁶ Las disparidades entre el Norte y el Sur eran extremas. En 1979, el Banco Mundial informaba de que 700 millones de personas vivían en la pobreza absoluta: una espantosa situación inimaginable para quienes leemos el Informe Brandt sentados en un sillón.¹⁶⁷ La inversión extranjera, incluso la ayuda exterior, servía de muy poco para estos centenares de millones de personas. En 1975, las tres cuartas partes de la inversión extranjera directa fueron para el Norte; no se interesaban en el Sur, ni en su potencial. De la cuarta parte que sí recaló en el Sur, la mayoría fue a parar a las zonas denominadas «países recientemente industrializados» (NIC, por sus siglas en inglés, Newly Industrialized Countries): Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán).¹⁶⁸ Los NIC y los países como México o Filipinas son la patria de factorías de estilo *maquila*:* lugares donde la producción se ha deslocalizado y está supervisada por empresas multinacionales estadounidenses, europeas y japonesas. Sus productos no van destinados a los mercados del Sur, sino a los del Norte, donde los antiguos trabajadores se convierten en clientes que alimentan su consumo mediante una abultada deuda personal inducida para mantener en funcionamiento este sistema inadaptado. Brandt recomendaba con cautela en el Norte ralentizar el crecimiento orientado al consumo, posible gracias a la producción de los NIC, donde los salarios eran bajos. Este modelo ignoraba a la inmensa mayoría del planeta, donde miles de millones de habitantes permanecían como espectadores pasivos. El resplandor del rápido desarrollo de los NIC alimentó la falsa esperanza de que los demás podían imitarles. Apenas se reconocía que la senda simbiótica de la producción exprimida en las *maquilas* de los NIC y el consumo alimentado por la deuda en el Norte no era ni sostenible, ni equitativo. La idea del informe de que el crecimiento era una «necesidad política» extinguía el derecho a la oportunidad de cuestionar los problemas del modelo simbiótico impulsado por el crecimiento del Norte y los NIC. Promover el crecimiento en el seno de esta nueva cosmología dificultó que Brandt reclamara un ajuste de las relaciones a escala planetaria.¹⁶⁹ Era mucho más fácil pedir al Sur que se adaptara al modelo de los NIC.

En octubre de 1979, el mundo conmemoró el quincuagésimo aniversario de la quiebra de Wall Street en 1929. El miedo a la inflación y al colapso económico seguía vivo. Con la subida del LIBOR, la proporción de los intereses en los préstamos comerciales suscritos por el Sur en la década de 1970 se disparó. Los impagos eran inevitables. El Informe Brandt no aportó demasiado al debate sobre la crisis de la deuda a corto plazo.¹⁷⁰ El Sur tendría que suscribir nuevos préstamos para satisfacer el pago de los intereses de los antiguos, pero no había dinero. En el FMI no se abrió ninguna ventanilla de préstamos nueva. El Comité de los 20, que representaba al Sur dentro del FMI, trató de reclamar más liquidez, pero el G-7 desbarató su iniciativa.¹⁷¹ No había nada inevitable en las condiciones de la deuda, ni en la obstinación del FMI y los bancos para ralentizar el calendario de pagos, o siquiera para mejorar las consecuencias sociales de la deuda. Todo esto estaba sobre la mesa. Las decisiones conscientes del G-7 condenaron al Sur a sufrir las réplicas de la contracción fiscal a la hora de enfrentarse a la deuda.

Volviendo la vista atrás, a la comisión y su informe, Brandt reconocía: «La comisión no se identificó con la demanda maximalista y de conjunto de una “nueva economía mundial”, ideas como las consideradas por Naciones Unidas en 1974 y 1975; como si las resoluciones aprobadas en su palacio de cristal de Nueva York pudieran tener consecuencias revolucionarias en todo el mundo».¹⁷² La comisión tenía un ámbito limitado: propugnar una revisión del programa neoliberal que ya se había dejado sentir en las deliberaciones del G-7, en el programa nacional del Reino Unido, en la campaña presidencial de Ronald Reagan e, incluso, en el marco de trabajo propuesto por el Norte para reorganizar el desarrollo; ahora reaparecía a través del crecimiento de la producción deslocalizada facilitado por la creación de nuevas reservas de mano de obra, liberadas de la evidente desincentivación del bienestar social. Lo máximo para Brandt era que el desarrollo podría ser impulsado por la ayuda, la beneficencia y la inversión extranjera privada directa; pero sin duda no adoptaría la forma concebida por el NOEI. Brandt quería volver a colocar el liberalismo sobre la mesa, ahora con el disfraz de keynesianismo global. «Las recomendaciones de la comisión —escribió— no llamaban la atención por su radicalismo, y menos aún en cuestiones de dinero y finanzas».¹⁷³ Por supuesto que no.

Lo que destaca del informe y del liberalismo atlántico en general es la incapacidad para reconocer el papel del poder subyacente a las ideas. Las ideas correctas nunca son suficientes; no se creen ni se ejecutan simplemente porque sean correctas. Se convierten en las ideas de la época únicamente cuando son esgrimidas por quienes tienen una creencia sólida en el poder que ellos mismos ostentan, que la utilizan en batallas ideológicas e institucionales que, a su vez, consolidan su autoridad social. Los representantes del populacho, los Estados del Tercer Mundo, tenían poca autoridad; incluso cuando acudieron a la ONU con un baúl abarrotado de las mejores ideas. Llegaron con el poder de los movimientos anticoloniales masivos a sus espaldas; pero en la década de 1970 esos movimientos ya se habían disuelto. El NOEI fue el punto culminante de la dinámica del Tercer Mundo. Brandt intentó rescatar algunas de sus ideas, pero sin el acompañamiento del contexto político adecuado. Su idea era que las gentes se unieran, apelar a lo mejor de la naturaleza humana; pero no era suficiente. De hecho, constituía toda una ilusión que el mundo se fuera a reformar sin un golpe fuerte desde abajo: las luchas de base que construyen poder contra quienes se habían afianzado en él y conquistan un mundo nuevo para sí mismos.¹⁷⁴

CANCÚN Y EL ORIGEN DEL NEOLIBERALISMO

Pese a sus limitaciones, el Informe Brandt fue muy bien recibido tanto entre los socialdemócratas del Norte como en los pasillos de la política del Sur. El Sur reclamó «negociaciones globales» apelando al informe, cosa que en un principio suscitó muy pocas reacciones.¹⁷⁵ No se podía esperar nada más. En 1978, Brandt señaló: «Hay ciertos paralelismos entre la forma en que actúan los países industrializados hoy día y el modo en que los capitalistas de antes gestionaban su relación con la mano de obra. Digo esto en relación con las tentativas de dividir a los países en vías de desarrollo, pero también porque a menudo esperan demasiado y hacen concesiones solo cuando no queda otra salida».¹⁷⁶ Parecía improbable que saliera gran cosa de la iniciativa. El informe instaba a celebrar una reunión para discutir la agenda. Esa petición habría quedado desoída si el jefe saliente de la ONU, Kurt Waldheim, no hubiera presionado al primer ministro austríaco, Bruno Kreisky, quien a su

vez se sumó al mexicano José López Portillo para invitar a los países del mundo a una reunión en México. Waldheim, Kreisky y López Portillo apenas compartían afinidades ideológicas. A finales de 1981 había quedado claro que la tentativa de Waldheim de emprender un segundo mandato en la ONU había tropezado con la amenaza del veto chino. Kreisky, amigo tanto de Waldheim como de Brandt, estaba dispuesto a complacerlos.¹⁷⁷ López Portillo estaba profundamente desgastado por el sexenio* —la crisis financiera de 1976 que había inaugurado su presidencia— y en 1981 estaba sumido en medio de una vorágine económica que culminaría con la quiebra de México en 1982. Estaba impaciente por que se celebrara un Gran Encuentro que sacara de apuros a México y al Sur en general.¹⁷⁸

El G-7 rezongaba por medio de la OCDE. Reagan, recién elegido presidente de Estados Unidos en ese momento, no quería participar en el proceso. Thatcher le llamó y le instó a asistir. «Opinaba que, cualesquiera que fueran nuestras dudas respecto a la ocasión debíamos asistir, tanto para defender nuestras posturas como para anticiparnos a posibles críticas en el sentido de que no nos interesaba el mundo en vías de desarrollo —reflexionaba Thatcher—. El propio concepto de diálogo Norte-Sur, que la Comisión Brandt había convertido en el tema de moda en la comunidad internacional, me parecía testarudo».¹⁷⁹ Thatcher tenía que mantener unido al G-7. Una reunión de la Commonwealth precedió a la de Cancún. «Nuestros colegas australianos están entusiasmados con que se haga una declaración solemne sobre los derechos de los países del Tercer Mundo —escribió a Reagan en agosto de 1981—. Estamos intentando atenuarla porque sería un error levantar falsas esperanzas».¹⁸⁰ Thatcher era el principal azote del G-7, que llevó a los descarriados australianos al redil y endureció la determinación de Reagan para plantarse y pelear, en lugar de mofarse desde la lejanía.

Reagan accedió a la petición de Thatcher, pero planteó sus propias exigencias. No se debía permitir a Cuba asistir a la conferencia; eso era innegociable. Reagan tenía en juego sus propios planes en América Central y el Caribe y no quería compartir mesa con Fidel, por quien sentía algo peor que desprecio.¹⁸¹ Además, la conferencia no debía tener programa ni elaborar ningún comunicado conjunto.¹⁸² Después de décadas de

negociaciones sobre las condiciones del desarrollo, Reagan dejaba claro ahora que el de las deliberaciones no iba a ser el principal procedimiento; las decisiones se tomarían en privado, por decreto.

En el mes de agosto, dos aviones F-14 estadounidenses derribaron dos aparatos libios SU-22S cerca del Golfo de Sidra. La provocación fue un ejercicio militar estadounidense en aguas en disputa.¹⁸³ Gadafi despotricaba, pero no tenía nada que hacer. El poder militar y la autoridad política de que gozaba en el G-7 confirió a Estados Unidos pleno control del proceso. El episodio libio anunciaba la nueva actitud de Estados Unidos hacia los asuntos mundiales.

En septiembre de 1981, un mes antes de Cancún, Brandt y Ramphal escribieron una carta a los jefes de gobierno que iban a acudir a la reunión en la que exponían los principales aspectos del Informe Brandt. La carta instaba a celebrar una nueva ronda global de negociaciones que tuviera lugar en una sesión especial de la Asamblea General de Naciones Unidas. El programa de esa sesión especial incluiría acciones de emergencia en zonas calientes, sobre todo para aliviar el hambre endémica y poner límites a la autoridad de las finanzas internacionales. La carta concluía con una mezcla de emoción y esperanza descorazonada; con cierta conciencia de que aquello no llegaría a ninguna parte y, sin embargo, con el deseo persistente de extraer algún fruto de la reunión. «Cancún es en cierto sentido una medida de último recurso ante los graves fracasos del diálogo sobre el desarrollo», escribían. Pero como lo que estaba en la balanza era el destino del planeta, decían también: «Cancún no es un final, sino un principio».¹⁸⁴ En realidad, fue más un final que un principio: la clausura de la era de liberalismo atlántico.

A finales de octubre de 1981 acudieron a Cancún veintidós Estados para asistir a la Reunión Internacional sobre Cooperación y Desarrollo. En consonancia con su perspectiva de que los problemas del Sur eran consecuencia del colonialismo, la URSS no asistió, y correspondía a Occidente responder de su historia ante el Tercer Mundo. Cuando Waldheim pidió al ministro de Asuntos Exteriores soviético que tuviera en cuenta que la de Cancún era una reunión especial, Andrei Gromyko respondió: «Les corresponde a ellos compensar lo que han hecho a los países del Tercer Mundo. No asistiremos porque no deseamos que se nos incluya en la misma

categoría que las potencias occidentales». La ayuda que los soviéticos ofrecieran la aportarían de forma bilateral, y no en el marco de un Gran Encuentro.¹⁸⁵ Esa era la versión oficial. La no oficial decía que la URSS tenía sus propias dificultades económicas y, aparte de los compromisos con Cuba y Vietnam, atravesaba apuros y debía descargarse de obligaciones planetarias. Afganistán era otra espina que tenía clavada y comprometía su libertad de maniobras. Tampoco asistieron los tigres asiáticos (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán), lo cual no representó una sorpresa. Se habían liberado del mundo del desarrollo y ahora conformaban la punta de lanza de los NIC, los países recientemente industrializados. El informe de la Comisión Brandt celebraba sus logros, pero no les ofrecía nada tangible aparte de los elogios. No encontraban ninguna razón para sentarse a la mesa.

Reagan declaró que la conferencia no debía tener ningún programa, pero cada vez que tenía oportunidad hacía gala de una posición firme: la conquista neoliberal del espacio otrora dominado por el NOEI. El día que partía hacia Cancún, de pie ante el Pórtico Sur de la Casa Blanca, Reagan informó a la prensa de que los problemas del hambre y la pobreza «no se pueden resolver de la noche a la mañana, ni tampoco la transferencia masiva de riqueza puede producir bienestar de la noche a la mañana, como por un milagro». Dicho de otro modo: el edificio completo del programa Brandt fue derribado de un plumazo. En su lugar, Reagan ofrecía la idea de que «la senda hacia la prosperidad y la satisfacción humanas está iluminada por la libertad económica y los incentivos individuales». Al día siguiente, en el Sheraton de Cancún, Reagan comentó que Estados Unidos «propondrá un programa compuesto de liberalización comercial, desarrollo de recursos energéticos y alimentarios y mejora del clima para la inversiones». Unos cuantos meses más tarde, en la reunión de la Organización de Estados Americanos del 24 de febrero de 1982, Reagan dio cuerpo a su programa con mucha mayor concisión. El programa estadounidense de libre comercio ayuda al sector privado (y no a los gobiernos) y asistencia técnica e inversión generaría las condiciones bajo las cuales «puedan florecer la creatividad, el espíritu emprendedor privado y la autoayuda». «Hay quien confunde la compasión con el desarrollo y afirma que las transferencias masivas de riqueza producirán no se sabe cómo, por un milagro, nuevo bienestar», dijo

repitiendo las expresiones que tanto había utilizado en Cancún. Con su habitual sonrisa, Reagan señaló que eso «confunde la esencia real del desarrollo». Había que favorecer al sector privado, era necesario retirar la ayuda a la industria de la beneficencia y el libre comercio y los sistemas financieros liberalizados debían ser el motor del desarrollo. Ese era el programa de desarrollo neoliberal.

Como es natural, significaba que el NOEI (impulsado por la idea que el Sur tenía de su fuerza) y el programa Brandt (impulsado por el egoísmo del Norte en cuestiones de desarrollo) quedarían a un lado. Muy pocas ideas de Brandt se expusieron para la discusión, y casi nada del NOEI; ambos fueron objeto de ásperas burlas. A su regreso de Cancún, Reagan declaró lo siguiente a los periodistas presentes en la base aérea de Andrews: «No hemos perdido el tiempo con retórica poco realista ni con objetivos inalcanzables». Reagan y su equipo repetían machaconamente el mensaje: el NOEI era una plataforma de agitadores y el programa de Brandt era, en palabras de Alexander Haig, «sencillamente poco realista». Mejor ser «pragmático» y «realista».¹⁸⁶

Una ofensiva importante del pragmatismo fue la que consistió en que el FMI y el Banco Mundial no fueran siquiera rozados por el NOAL, ni por el clamor de la Asamblea General de Naciones Unidas. Una de las razones por las que Thatcher había instado a Reagan a acudir a Cancún era para que los dos, juntos, lograran resistir «la presión [...] para situar al FMI y al Banco Mundial bajo el control directo de las Naciones Unidas».¹⁸⁷ La idea estaba sobre la mesa, pero el G-7 y los financieros encontraban aborrecible que el FMI y el Banco Mundial tuvieran que responder ante el Sur. A un FMI dirigido por el Sur se le podría presionar para que incrementara el suministro global de dinero, apartara el dólar de su posición dominante y contuviera la pavorosa inflación. En julio de 1981, en la cumbre de Ottawa de la OCDE, el G-7 prometió «mantener un compromiso sólido con las instituciones financieras internacionales». Reagan recogió la idea en la sesión plenaria de apertura de Cancún, insistiendo en que las conversaciones deberían «respetar la competencia, las funciones y los poderes de las agencias internacionales especializadas, de las que todos dependemos, entendiéndose que las decisiones alcanzadas por dichas agencias en sus respectivas áreas de

competencia son concluyentes. No deberíamos tratar de crear instituciones nuevas». ¹⁸⁸ En otras palabras, no habría ningún Fondo Mundial de Desarrollo que enturbiara el suministro de dinero con unos emolumentos cada vez mayores por las ventas de oro y ofertas de Derechos Especiales de Giro. Ante las preguntas formuladas en esa dirección en una conferencia de prensa, Reagan masculló: «Bueno, estamos pensando en algunas de las organizaciones que ya existen en Naciones Unidas, en concentrar nuestros esfuerzos y los suyos de manera más específica para que hagan las cosas que tienen que hacer; por ejemplo, instancias como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, otras organizaciones de la ONU que se están orientando para prestar ayuda; y que aprendiendo los detalles de todo esto, podamos ponernos a trabajar con ellas para que sean más efectivas». Era Reagan en estado puro. No quería que «la gigantesca burocracia internacional tomara el mando». Mejor sería dejar que se hicieran cargo de la situación los financieros, el G-7 y los capitanes de las inmensas corporaciones internacionales. Ellos eran mucho mejores en la tarea de ganar dinero.

Cuando el «viejo orden» intentaba afirmarse, Reagan hacía caso omiso. Indira Gandhi, de la India, habló de la necesidad de los subsidios agrarios; pero no estaba plenamente convencida de la cuestión. Desde principios de la década de 1970 Gandhi había dudado entre la senda al socialismo y la del FMI. ¹⁸⁹ Fue su bolsa de voto en las zonas rurales de la India lo que la llevó a ganar las elecciones de 1980, votantes que en su mayoría eran grandes y medianos agricultores cuyo bienestar se sustentaba en los subsidios oficiales. Reagan le cortó el paso. «Eso es hacer trampa —dijo—. Subvencionar la agricultura es hacer trampa». Julius Nyerere, de Tanzania, estaba presente en la reunión y se mostró abiertamente confuso. Interrumpió a Reagan, lo cual era un suceso inusual: «Pero, presidente Reagan, tengo aquí las cifras de los subsidios que usted ofrece», dijo refiriéndose a las considerables ayudas oficiales estadounidenses a su sector agrario. Nyerere leyó las cifras. Reagan consultó con su equipo. Al cabo de un rato, respondió: «Pero los subsidios los implantó Carter». ¹⁹⁰ No se volvió a hablar más de semejante herejía.

El equipo de Brandt estaba desolado. La delegación argelina había acudido bajo la promesa de que el propio Brandt no asistiría. Era una condición curiosa, derivada en parte de la ira de los argelinos ante el hecho de

que Brandt se hubiera apropiado la primicia del NOEI y, por supuesto, de que hubiera intentado agotar no solo el poder del petróleo, sino también el poder de las mercancías. El embajador de Argelia ante Naciones Unidas y presidente del grupo del Tercer Mundo, Mohammed Bedjaoui, solicitó la celebración de una conferencia de la ONU sobre negociaciones globales que diera comienzo el 3 de mayo de 1982.¹⁹¹ Querían recuperar la fuerza y el impulso del NOEI. Pero la iniciativa cayó en saco roto; y al simposio del Club de Roma, celebrado en marzo de 1982, no le fue mucho mejor.

En su discurso de apertura de Cancún, Reagan manifestó su confianza en que, con independencia de lo que allí sucediera, «[e]l diálogo continuará. Los lazos de nuestra común determinación no desaparecerán con la estela que dejen nuestros aviones».¹⁹² Reagan quedó satisfecho con el trabajo realizado en Cancún. Sus tres maniobras habían triunfado. En primer lugar, los Estados del Tercer Mundo preferían llevar a la Asamblea General de la ONU la discusión del diálogo y su «un país, un voto», en lugar de a otros organismos, como el GATT o el FMI, donde los votos se ponderaban en función de la aportación económica realizada. Como señaló López Portillo, el FMI y el GATT tendían a «convertirse en meras cajas de resonancia» de los «países que controlan el voto».¹⁹³ No consiguieron cambiar la sede del diálogo. Estados Unidos insistía en que la «competencia» era más importante que la democracia. En segundo lugar, los Estados del Tercer Mundo querían mantener un diálogo mucho más amplio y específico sobre el desarrollo en el que participaran todos los países. El Ministro de Asuntos Exteriores de Brasil, Ramiro Saraiva Guerreiro, declaró: «El FMI, el Banco Mundial y el GATT jamás se han enfrentado de forma integrada y global a los problemas específicos de los países en vías de desarrollo». El enfoque caso por caso estaba bien para los países ricos, pero «las naciones pobres salen perdiendo cuando se da rienda suelta a la oferta y la demanda».¹⁹⁴ Estados Unidos prefería celebrar las conversaciones de forma bilateral. En tercer lugar, los Estados del Tercer Mundo pretendían obtener ayuda financiera para desbrozar el camino de salida de los problemas de su deuda, así como para recibir una inversión económica que contribuyera a promover un programa de desarrollo estancado desde hacía mucho tiempo. A esto respondió Estados

Unidos diciendo que el tema de la ayuda no era el que estaba sobre la mesa. Más bien, Estados Unidos animaba a actuar a los mercados y a la iniciativa privada.

Brandt estaba abatido por el fracaso de Cancún. Su equipo se reunió para informar de su misión en Kuwait el 7 y 8 de enero de 1982; y luego se puso a trabajar en su legado póstumo. El libro resultante se publicó en 1983 con el título de *Common Crisis North-South: Cooperation for World Recovery*. Nadie le prestó la menor atención. Las cosas habían salido tan mal desde el punto de vista intelectual que cuando ese mismo año el Banco Mundial publicó su Informe Berg sobre la pobreza en el África subsahariana echó la culpa sobre todo al «rápido incremento de la población».¹⁹⁵ Representaba un lamentable colapso de la imaginación, muy alejado del tipo de reflexiones aparecidas en los documentos de la UNCTAD sobre el NOEI, e incluso del liberalismo atlántico de Brandt.

Más tarde, Brandt escribiría las siguientes palabras: «La cumbre Norte-Sur de Cancún no llevó a ninguna parte».¹⁹⁶ Se equivocaba. Llevó a bendecir lo que hoy día llamamos neoliberalismo.

La necesidad de tender un puente entre el Norte y el Sur no se desvaneció. El 15 de diciembre de 1981, el nuevo secretario general de la ONU, el peruano Javier Pérez de Cuéllar, expresó el prudente comentario de que las brechas de renta y riqueza entre el Norte y el Sur constituían «una violación del derecho humano más fundamental». Si nadie más asumía el reto, la ONU «impulsaría» la transferencia de riqueza de los ricos a los pobres.¹⁹⁷ La ONU, ahora cada vez más sometida a la autoridad de Estados Unidos, no haría nada que se le pareciera. La iniciativa del impulso regresó al Sur. Desde allí llegaría la siguiente fase de la conversación con la creación de la Comisión Sur.

LAS ENCRUCIJADAS DEL SUR

El Sur es esencialmente un proyecto, una idea en construcción.

Grupo de Trabajo sobre la Cooperación Sur-Sur,
Comisión del Sur, 1988¹

Si Zeus hubiera lanzado sus águilas en el siglo xx para que localizaran con exactitud el centro del mundo, seguramente se habrían ido a dar en Suiza, sobre la hermosa ciudad de Mont Pèlerin. Para ser una ciudad tan pequeña y con un nombre tan humilde (Monte Peregrino), tiene una curiosa historia. El nacimiento institucional del neoliberalismo tuvo lugar allí, en 1947, con la creación de la Sociedad Mont Pèlerin. Intentando reanimar el keynesianismo en un entorno hostil, la Comisión Brandt celebró en ella su segunda reunión. Y después, en 1987, el último estertor del proyecto del Tercer Mundo inicia su trabajo en este reducto montañoso en lo alto de las colinas de Montreux. Mont Pèlerin fue la Delfos del siglo pasado.

El 3 de octubre de 1987, una reunión de personas procedentes de África, Asia, Europa y América Latina llenó una sala de conferencias de un hotel de Mont Pèlerin con muy buenas instalaciones. El objeto de sus conversaciones era la suerte del planeta. Estaba en crisis. La deuda de sus diferentes países había sellado el destino de la humanidad. El crecimiento económico per cápita se reducía a un pésimo 2,3 %, por debajo del 2,8 % del año anterior. Todas las tendencias apuntaban a la baja. Solo en 1987, el Sur remitió al Norte en concepto de pago de deuda 30.000 millones de dólares más de los que recibió en dinero nuevo. La sangría de riqueza era atroz. No hacía falta

recordar estas cifras a los participantes en la reunión; las llevaban tatuadas en el lóbulo frontal. Estaban en plena «década perdida» y no se vislumbraba ninguna salida.

Dos semanas después de la reunión, las bolsas de valores del mundo atlántico entraban en caída libre. El 19 de octubre acabó llamándose «Lunes negro». Al Grupo de los 33 —unos economistas prestigiosos que se reunieron en el Instituto Peterson (también conocido como Instituto para la Economía Internacional), de Washington D.C.— le preocupaba que «los años siguientes pudieran ser los más turbulentos desde la década de 1930».² Querían que se abordaran «las reglas económicas básicas subyacentes»: un asunto planteado por el G-7 en febrero de 1987, y por la OCDE a finales de ese mismo año. Aquí lo principal era recortar el déficit presupuestario de Estados Unidos y reducir el papel de los gobiernos en el resto de los países atlánticos (como se dijo en el Acuerdo del Louvre del G-7, los gobiernos buscaban reformas estructurales como «desregular las empresas privadas para incrementar la eficiencia y privatizar las empresas públicas con el fin de fortalecer su dependencia de los empresarios privados y de las fuerzas del mercado»).³ Preocupaba mucho la crisis de deuda del Sur, pero el remedio propuesto era sencillo: esos países tenían que reorientar su economía y conseguir más exportaciones para hacer desaparecer su monumental deuda. Dicho de otro modo, exportar la salida de la crisis.

El Acuerdo del Louvre encajaba con las ideas de la Sociedad Mont Pèlerin, los herederos de la conferencia de 1947 organizada por Friedrich Hayek. Después de haberse visto en peligro por el auge del predominio de Estados fuertes, Hayek y sus amigos propusieron prepararse para la batalla de promover «la fe en la propiedad privada y la competitividad del mercado». Cuatro décadas después, Hayek distaba mucho de ser un personaje marginal. Las concepciones de Hayek —premio Nobel de economía en 1974— habían llegado con contundencia al centro del mundo atlántico en 1987. Hayek y su círculo cautivaron la imaginación de los legisladores desde Washington hasta Tokio, pasando por Londres. Esa concepción permitía que el G-7 consolidara su poder y acumulara los máximos beneficios de la historia... que en este contexto eran las ventajas de la conquista colonial y sus consecuencias. Durante las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el avance

del socialismo, la socialdemocracia y el proyecto del Tercer Mundo habían acorralado a los pensadores de Mont Pèlerin. Encontraron muy pocos partidarios en los legisladores de todo el mundo. Pero la situación cambió en la década de 1970, cuando la crisis social, económica y política les brindó la oportunidad de poner fin a su exilio del poder. Hayek y Milton Friedman se convirtieron en los intelectuales de la corte. Sedujeron al G-7... y el G-7 les sedujo.⁴

En los primeros años de la década de 1980, los países del Sur parecían arrasados por la crisis de la deuda y por los, agresivos desde hacía muy poco tiempo, FMI y Banco Mundial. Aprovechándose de la situación de la deuda, el Norte no tuvo la menor consideración con el programa de desarrollo de los Estados del Sur. El Sur no era capaz de promover un programa en la escena mundial. La división política conmocionó al Movimiento de Países No Alineados. En la ONU, el G-7 redujo mucho el margen de actuación del G-77. Los diversos organismos de la ONU ya no ofrecían al G-77 ni a los Estados que lo componían la plataforma adecuada para debatir los asuntos de máxima importancia. La UNCTAD, que había operado como una especie de secretariado del Sur, había sufrido los ataques del Norte y muy pronto se vería atada de pies y manos. La UNCTAD VI, celebrada en Belgrado en junio de 1983, presentó un análisis muy preciso de los problemas que aquejaban al Sur, pero no logró poner en marcha ninguna agenda concreta. Sencillamente, reiteró las demandas de la UNCTAD V (Manila, 1979), que eran versiones reelaboradas a partir del programa de la UNCTAD IV (Nairobi, 1976). En Belgrado, el informe final de la UNCTAD reclamaba «un conjunto de políticas integrado, que incluyera medidas a corto plazo en áreas de importancia esencial para los países en vías de desarrollo y cambios relevantes a largo plazo para el establecimiento de un nuevo orden económico internacional».⁵ En la década de 1980, las orientaciones generales de la UNCTAD se irían transformando a medida que los marcos políticos neoliberales fueron acorralando al programa del NOEI. Hasta el liberalismo atlántico carecía ya de valor, como había demostrado el descarrilamiento de la Comisión Brandt. Ni la UNCTAD, ni Brandt lograron confeccionar una orientación política nueva ante las nuevas realidades. La recién diseñada geografía de la producción nacida de los últimos desarrollos tecnológicos

desconcertaba a quienes estaban familiarizados con el proyecto de construcción de una economía nacional. La presión del Norte hacía que nada que no fuera «el mercado» resultara inteligible como política.

La secretaría de la UNCTAD había desempeñado un papel relevante en la producción de material técnico provechoso para el Sur. A diferencia del Norte, la mayoría de los países de África, Asia y América Latina no disponían de los monumentales departamentos técnicos necesarios para confeccionar nuevas agendas políticas, ni siquiera para decodificar y negociar los principales tratados comerciales y de diversa índole. Los países individuales del Norte no solo contaban con grandes burocracias que les ofrecieran asistencia técnica, sino que también disponían de la OCDE y, ahora, de los absolutamente neoliberales FMI, Banco Mundial y GATT. Las naciones del Sur deseaban desde hacía mucho tiempo crear algo parecido a un Secretariado del Sur. La idea había surgido de los debates sobre la parálisis del Sur, del deseo de fortalecer la dinámica del NOEI y de la necesidad de contar con algo parecido a una Secretaría del Sur semejante a lo que había anunciado Mahathir Mohamad, el primer ministro de Malasia, cuando en septiembre de 1986 proclamó la creación de una Comisión del Sur en la Cumbre del NOAL de Harare, en Zimbabue.⁶ Aparte de las preocupaciones habituales, el objetivo principal era «evaluar la situación del Sur» y «contribuir a la movilización de la opinión pública de los países del Sur en relación con los retos a los que se enfrentan dichos países». La confusión sembrada por los nuevos cambios políticos y económicos había atrofiado al programa del Tercer Mundo. Hacía falta algo nuevo.

La búsqueda de ese algo nuevo era ya evidente en la Segunda Cumbre de Estadistas y Especialistas en el Tercer Mundo, celebrada en mayo de 1986. Los debates no se dedicaron a procesos como la quiebra del régimen fabril en todo el mundo (el posfordismo), la aparición de nuevas infraestructuras tecnológicas (ordenadores, satélites) o la atracción magnética de toda la riqueza del planeta hacia los todopoderosos centros financieros del Norte (la financiarización). Fue la ausencia de discusiones sobre estos cambios profundos lo que provocó que el jamaicano Michael Manley aspirara a crear un foro «para desarrollar un nuevo marco de análisis».⁷

Mahathir y el venezolano Carlos Andrés Pérez habían debatido sobre la creación de una Comisión del Sur independiente. Las experiencias de las comisiones Brandt y Brundtland eran dispares. Habían quedado tan paralizadas por las disputas, promovidas sobre todo por los miembros del Norte, que a menudo eran incapaces de comprender los retos que planteaba el Sur. Defendieron la creación de una comisión compuesta por miembros del Sur en exclusiva. Mahathir y Pérez querían que la presidiera el expresidente tanzano Julius Nyerere. Mahathir tomó un avión con rumbo a Dar es Salam para hablar con Nyerere, que en un principio no se mostró muy entusiasta con la idea. Nyerere quería viajar y valorar si había interés y, al mismo tiempo, necesidad de crear semejante comisión. Cuando el NOAL dio su beneplácito a la idea en Harare, Nyerere aceptó por fin el puesto.⁸

En Tanzania y en el NOAL se conocía a Nyerere como *Mwalimu* o «maestro»; no solo porque esa había sido su profesión antes de ingresar en política, sino sobre todo por su temperamento y su actitud. Sus colegas le veneraban, aun cuando en ocasiones discreparan de sus puntos de vista. Nyerere ejerció de profesor y de médico exponiendo sus planteamientos a través de un diagnóstico del maltrecho mundo en vías de desarrollo y el lánguido proyecto del Tercer Mundo. En 1982, Nyerere recibió en Delhi el premio del Tercer Mundo. Arrojó el guante en nombre del Sur: «En realidad, está quedando cada vez más claro que hay un sistema económico internacional injusto y explotador que está en vías de quebrarse, y que no se vislumbra ningún acuerdo para que sea reemplazado de forma ordenada. Vuelve la Ley de la Selva».⁹ Nyerere percibía el problema y agarraba el toro por los cuernos. Pero tres años después, cuando la Comisión del Sur difundió su veredicto, este dejaba mucho que desear. El punto de vista que adoptaba el documento, *El reto del Sur* (1990), no marcaba el camino para la nueva política del NOAL, ni para una nueva política para el Sur. Era una denuncia del nuevo orden y su ley de la jungla, pero no concretaba por qué otra cosa debía sustituirse.

Las propuestas de la comisión eran al mismo tiempo audaces y modestas. La esquizofrenia era atribuible a la falta de acuerdo acerca de la estrategia para el desarrollo del Sur. La orientación dominante propuesta por la Comisión del Sur era que los países más grandes, las locomotoras, tiraran

de los Estados más pequeños y peor preparados. Ya no se podía depender de que el Norte fuera la máquina; concretamente, la obstinación con la crisis de la deuda y la propiedad intelectual lo convertían, en el mejor de los casos, en un aliado renuente y, en el peor, en el principal adversario. Era necesario encontrar un método para generar unas tasas de crecimiento lo bastante altas en algunos países del Sur; y si eran necesarias prescripciones neoliberales, pues habría que implantarlas. Solo el crecimiento de las locomotoras lograría infundir entusiasmo en el resto del Sur y arrancarlo de su estado de letargo.

Una minoría de la Comisión del Sur presentó un enfoque alternativo. Propuso que el Sur eludiera el proyecto de «lo primero es el crecimiento»: era mucho mejor aprovechar la energía de la gente y crear una estrategia de desarrollo que antepusiera los intereses de la inmensa masa del pueblo. Aquí las propuestas abarcaban desde la planificación demográfica hasta la industrialización para el consumo popular; y que esa industrialización no estuviera financiada a base de deuda personal, sino con salarios lo suficientemente elevados. Esta orientación popular tenía alguna que otra intersección con el programa socialista, si bien no se comprometía con el socialismo en toda su extensión.

Aunque hoy día casi todo el mundo ha olvidado el documento a que dio lugar, *El reto del Sur*, todavía vale la pena leerlo. Lo que mayor utilidad tiene para nuestro propósito aquí es reconstruir los debates de la comisión, pues los diferentes miembros aspiraban a establecer un nuevo paradigma para el Sur. De hecho, esa narración podría ser incluso la parte más valiosa del legado de la Comisión.¹⁰

EL CLAVO REBELDE

Durante los años de rápida urbanización de la República Popular China, había personas que se negaban a permitir que los constructores derribaran sus viejas viviendas. Esas casas recibían el nombre de *dingzihu*, o «clavos rebeldes». Como clavos bien hundidos en la madera e imposibles de extraer con facilidad, esas casas ocupaban enclaves privilegiados en determinados solares, retrasaban las labores de construcción y se negaban a dejar paso libre.

Nyerere era un clavo rebelde. Cuando el NOEI andaba a trompicones y el G-7 inició su inexorable marcha, los dirigentes de los Estados del NOAL traslucían un aire de derrota. Sus reuniones eran el esqueleto de lo que habían sido otrora, los discursos estaban gastados: eran una mezcla de estereotipos del pasado con llamamientos al pragmatismo y a adaptarse al G-7. Algunos movimientos nacidos desde abajo germinaron en protestas contra los recortes para la agricultura, el aumento de los precios y la reducción del gasto social. El objetivo ahora era tanto el FMI como los gobiernos del NOAL. El pueblo había empezado a perder la paciencia con sus líderes de la etapa poscolonial. En 1984, hasta Nyerere se vio obligado a comprometer al ministro de Finanzas de Tanzania con el FMI, dejando el puesto expuesto a una batalla descarnada entre sus sucesores.¹¹ No era un ejemplo edificante.

Nyerere no se inmutó por los fracasos de la construcción del Estado y el desarrollo social. Había sufrido un revés importante en la propia Tanzania, donde sus diferentes experimentos con el socialismo africano no habían reportado al país ni al continente el adelanto que tanto necesitaban. La política se había vuelto burocrática y tanto el descontento popular como la disensión política no lograban encontrar vías legítimas en un país cada vez más ahogado.¹² Resultaba descorazonador para Nyerere. Sin embargo, el maestro continuó enseñando, promoviendo un programa para alcanzar la libertad y la igualdad absolutas que estaba en contradicción con el régimen neoliberal. En Londres, en 1975, en una reunión sobre desarrollo, Nyerere estalló:

Estoy diciendo que no está bien que la inmensa mayoría de la población del mundo se vea obligada a mendigar, a perder la dignidad. En el mundo, igual que en cualquier Estado, cuando yo soy rico porque tú eres pobre, y yo soy pobre porque tú eres rico, la transferencia de riqueza de los ricos a los pobres es una cuestión de derechos; es una cuestión de caridad. El objetivo debe ser la erradicación de la pobreza y el establecimiento de un nivel de vida mínimo para todas las personas. Esto comporta, a la inversa, un techo de riqueza para los individuos y las naciones, así como una acción deliberada para transferir recursos de los ricos a los pobres dentro de las fronteras de los países y a través de ellas.¹³

Semejante actitud moral se había vuelto manifiestamente impopular en las capitales de los países del G-7, y de hecho había acabado siendo cada vez más indecorosa en los salones de las élites acomodadas del Sur. No muchas personas con autoridad coincidían con lo que cada vez les sonaba más a una arenga desde el púlpito.

Tal vez Nyerere no estuviera tan aislado como él podría haber dado a entender. El sueño del cambio sistemático no había desaparecido por completo entre las *éminences* del Sur. A principios de 1979, el G-77 volvió otra vez a la ONU con una propuesta audaz, en esta ocasión denominada «Nueva Estrategia Internacional para el Desarrollo» (NEID). Era heredera de los aspectos sustanciales del NOEI, pero apelaba a la industrialización (inspirándose en las ideas de la segunda reunión de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, celebrada en 1975 en Lima, Perú), al crecimiento agrícola equilibrado (inspirándose en las ideas desarrolladas en la Conferencia Mundial sobre la Alimentación de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación de 1974) y a unas mejores condiciones para el comercio, las transferencias de tecnología, un sistema monetario más receptivo, y demás.¹⁴ En 1981, la NEID se abreviaría con el cómico nombre de Nuevo Programa Sustancial de Acción (NPSA) de la Tercera Década de Naciones Unidas para el Desarrollo. En lugar de una propuesta de transformación de las relaciones Norte-Sur, la NEID acabó siendo un mecanismo para canalizar ayuda hacia los Países Menos Desarrollados (PMD)... siempre que esos países llevaran a cabo la liberalización económica, acabaran con la corrupción y suscribieran la transparencia. Era un menú que se había vuelto familiar hasta la extenuación. En la década de 1980, la «fatiga del donante» dejó al margen incluso esta estrategia absolutamente fagocitada por el *statu quo*.

Durante la década de 1980, Nyerere intentó extraer una concepción partiendo de su posición moral. Entre la conferencia que pronunció en Delhi en 1982, cuando recogió el Premio del Tercer Mundo, y su alocución de 1989 en Belgrado en la Conferencia Cumbre de Países No Alineados, había cambiado muy poco. En ambas reuniones, Nyerere partía de la premisa de

que los países del Sur gozaban de independencia jurídica, pero de muy poca libertad de maniobra política o económica real. En Belgrado, Nyerere esbozó la economía política del planeta en términos severos:

No podemos fingir que el Norte no existe. Existe. Es poderoso y toma decisiones que afectan al Sur. Los países con economía de mercado del Norte incrementan su fuerza, ya grande, reuniéndose de forma regular y antes de cualquier conferencia internacional importante; coordinan sus actividades y planifican su cooperación; se organizan en la OCDE y otras instituciones. En sus relaciones con el Sur acatan la disciplina de la solidaridad y utilizan para abrirse paso la estrategia del «divide y vencerás». Por consiguiente, dominan la economía mundial y utilizan sus instituciones para promover sus intereses.¹⁵

Durante toda esa década, el principal interés de Nyerere consistió en promover una «estrategia de solidaridad» entre los países del Sur. Estaba interesado personalmente en los nuevos movimientos sociales, pero estos no dejaron su huella en la Comisión. Las personas que escogió para que le acompañaran en la comisión no tenían una predisposición tan favorable hacia esos movimientos; una debilidad que afloraría con crudeza en sus deliberaciones. En la reunión del NOAL, Nyerere suplicó a los delegados que se tomaran en serio su pronóstico, pues «un Sur confiado y desunido está descubriendo ahora que el Norte le utiliza para instaurar otro Nuevo Orden Económico Internacional que sirva a sus intereses de manera aún más eficaz que el actual». En un comentario manuscrito añadido a las notas que llevaba preparadas, Nyerere apuntaba: «No aspiramos a que la unidad sea un instrumento de dominación sobre los demás. Pretendemos que la unidad sea un instrumento de liberación para nosotros y para resistir frente a quienes nos dominan. Camarada Presidente, el Movimiento de Países No Alineados no se puede permitir olvidar que el imperialismo no ha muerto».

Partiendo de este diagnóstico de la vigencia del imperialismo y de la necesidad de la solidaridad entre los países del Sur, Nyerere expuso dos posibles vías que se abrían ante el Sur. La primera consistía en imitar al Norte, pero era imposible desde el punto de vista económico e insostenible desde el punto de vista ecológico. Dada su inmensa población, el Sur no sería capaz de emular, por ejemplo, a Estados Unidos, cuya capacidad para absorber los excedentes del mundo no se podía reproducir: en ese país vivía

el 6 % de la población mundial y, sin embargo, consumía el 40% de las materias primas y la producción energética mundial. Esa senda era impracticable. Además, la vía del Norte solo produciría «un sector “moderno” al que apuntamos como signo de desarrollo. Pero se da en un océano de pobreza, ignorancia y enfermedad».¹⁶ Nyerere pronunció este discurso en Delhi, no muy lejos de los barrios más exclusivos del distrito de Delhi Sur; unas zonas residenciales y lujosas similares a las de las afueras de Dar es Salaam como Ada Estate, las de Masaki u Oyster Bay. Había muy pocas cosas que diferenciaban del Norte a estas zonas; y sin embargo todo aquello no era más que confort frío para la inmensa mayoría de la población de la India y Tanzania.

Nyerere prefería la segunda vía; un camino comprometido con los «objetivos elementales» de poner fin a la indigencia, el hambre, la ignorancia y las enfermedades evitables. Una corriente de pensamiento del entorno de la ONU había acabado defendiendo el concepto de «necesidades esenciales», de modo que Nyerere lo convirtió en la piedra angular de su teoría del desarrollo.

El desarrollo en este sentido requiere un incremento del consumo —y, por tanto, un necesario incremento de la producción— de alimento, ropa y cobijo. Requiere la disponibilidad pública de agua corriente, de conocimientos elementales y de un servicio de salud básico. Y significa que todos los recursos se dedican al gasto o la inversión capaces de demostrar que contribuyen directa o indirectamente a la satisfacción de estas necesidades esenciales de todas las personas.¹⁷

Tanto los medios como los fines deberían contribuir a este «desarrollo orientado hacia las personas». La tecnología y las inversiones que llegaran al Sur no debían incorporarse al proyecto quimérico de «alcanzar al Norte»; debían impulsar a la población hacia los fines de este otro tipo de desarrollo. La visión de Nyerere tiene algo de profundamente gandhiano; de ella decía que necesitaba «un compromiso deliberado». No bastaba simplemente con hacer un gesto de asentimiento ante este tipo de orientación sin actuar para hacerla realidad.¹⁸

El clavo rebelde asumió con aplomo el encargo de su Comisión del Sur. Nyerere realizó una gira mundial para reunir a sus comisionados y a los miembros de su equipo. En cada escala hablaba con personas a las que respetaba, pidiéndoles que sugirieran nombres y le señalaran orientaciones interesantes. El motivo de su viaje fue expuesto por el economista uruguayo Enrique V. Iglesias: «El Sur es consciente del Norte y el Norte es consciente del Sur, pero el Sur no tiene conciencia de sí mismo».¹⁹ Era para alumbrar esta conciencia para lo que Nyerere emprendió su gira. En marzo de 1987 viajó al Caribe y a América del Sur. Desde Cuba hasta Argentina, pasando por Perú y Brasil, Nyerere visitó palacios presidenciales y barrios obreros como Villa El Salvador, uno de los *pueblos jóvenes** de Lima, en Perú. En El Salvador, 300.000 personas habían sido capaces de convertir un desierto social en «un hábitat vibrante de vida».²⁰ En Lima y en El Salvador, especialmente, quedaron de manifiesto las contradicciones extremas de la vida económica, social y política del Sur. Dejando al margen la desigualdad en cuanto a la distribución de la riqueza, la crisis política de Perú ocupaba la escena central. Su dinámico presidente, Alan García (en aquel entonces, presidente de la Internacional Socialista), ejercía su mandato en medio de una hiperinflación de proporciones astronómicas y una campaña militar en apariencia permanente contra Sendero Luminoso. La violencia de Sendero Luminoso fue combatida y superada por la del Estado (en 1986, García envió a las fuerzas armadas a la prisión El Frontón, donde ejecutaron a 200 internos que simpatizaban con Sendero Luminoso).

Nyerere no hablaba abiertamente de estas cuestiones, pero en El Salvador sí se refugió en personas como María Elena Moyano, la vicealcaldesa de una villa miseria. Moyano habría sido una excelente comisionada para la Comisión del Sur. Procedía de los suburbios, planteaba una crítica feroz de su realidad cotidiana y habría propuesto un modo de avanzar sin parangón. Su compromiso absoluto con los «objetivos básicos», como su labor pionera con la campaña del vaso de leche (cuyo objetivo era que todos los niños tomaran un vaso de leche al día), la hacía sintonizar a la perfección con Nyerere.²¹ Este habló para la prensa en Lima: «El propósito de la Comisión del Sur consiste esencialmente en que sirva como instrumento para movilizar ideas para el desarrollo del Tercer Mundo con mecanismos

más efectivos y con más imaginación». ²² Nyerere recurrió a otras figuras de prestigio para que se integraran en su comisión. Quería personas que ya estuvieran versadas en las condiciones del diálogo Norte-Sur. Este criterio limitaba su mirada. En 1992, María Elena Moyano fue asesinada por Sendero Luminoso, que quería introducirse en su barrio. ²³

En la comisión de Nyerere ingresaron economistas, políticos y científicos. Había algunos miembros cuya participación resultaba evidente, pues parecía que habían estado en todas las comisiones internacionales importantes creadas en el siglo. Sonny Ramphal perteneció a las comisiones de Brandt, Palme, Aga Khan, Hassan Bin Talal y Brundtland. Ramphal, un prodigio, había salido directamente de la universidad para ser un fiscal general muy joven de su Guyana natal, de la que posteriormente fue también ministro de Asuntos Exteriores. En 1975, Ramphal fue nombrado secretario general de la Commonwealth. Mantenía un compromiso firme con la no alineación y el enfoque del Tercer Mundo, y le indignaba que el programa de Brandt hubiera quedado olvidado. «La tragedia de Cancún —subrayó— fue que Occidente creó a Reagan y a Thatcher». ²⁴ Cuando evocaba la década que desembocó en Cancún, Ramphal señalaba: «Creo que fuimos imprudentes al radicalizar en exceso el NOEI». Cauteloso ante un posible retorno al radicalismo, ahora pretendía introducir cambios a un ritmo más lento, a un ritmo doloroso, aceptando que habría «gran sufrimiento en el mundo debido a la lentitud». ²⁵ Temeroso de la senda radical, pero disgustado todavía por las condiciones del momento, Ramphal se refugió en la idea de que una mayor educación de las élites podría animarlas a dar un empujón a la historia para aliviar el sufrimiento. Como es natural, eso no significaba una derrota ante el liberalismo, sino en realidad una retirada ordenada ante él.

En la Comisión, Ramphal tenía muchos aliados que compartían idéntica concepción; a algunos les preocupaban los niveles de sufrimiento mucho menos que a él. Uno era Abdlatif al-Hamad, que formó parte de la Comisión Brandt. Al-Hamad procedía de una de las familias más ricas de Kuwait. Había sido ministro de Finanzas en Kuwait antes de asumir el cargo de jefe del Fondo Árabe para el Desarrollo Económico y Social (ostentaba el cargo desde 1985). Al igual que muchos otros con sus antecedentes, el político en ciernes Al-Hamad se había forjado en la oposición al nacionalismo y el

comunismo árabes. Creía que el poder del dinero del petróleo lograría debilitar esas tendencias radicales y compensar el sufrimiento del mundo mediante la creación de una civilización de los negocios. Le atraía la no alineación, razón por la cual, el Fondo Kuwaití para el Desarrollo Económico Árabe y el Fondo Árabe para el Desarrollo Económico y Social invirtieron dinero bajo su auspicio en África y Asia; incluida la República Popular China desde la década de 1970.²⁶

Otro aliado estrecho fue Gamani Corea, de Sri Lanka. Corea había sido secretario general de la UNCTAD entre 1974 y 1984 y presidió el desmembramiento del diálogo Norte-Sur. En la UNCTAD IV (1976), celebrada en Nairobi, Corea había tenido que conformarse con el Programa Integrado para Mercancías. Un observador señaló que, en Nairobi, Corea «pasó por el tumulto como un general disolviendo a su ejército».²⁷ Ramphal, Al-Hamad y Corea ingresaron en la Comisión del Sur con una disposición mental complaciente. Para ellos no representaba un enfrentamiento contra el mundo atlántico, ni un ataque feroz contra las estructuras del capitalismo de finales del siglo xx. Ramphal recurrió además a personas como Aboubakar Diaby Ouattara, de Costa de Marfil, o Ghazali Shafie, de Malasia, con la intención de que impulsaran en la comisión la concepción de la civilización de los negocios. Los políticos exhaustos que habían luchado por poner freno al fracaso social de sus sociedades (sobre todo, el venezolano Carlos Andrés Pérez) se entregaron al marco concesivo de Ramphal; si no por instinto, sin duda sí por una derrota programática.

Otros veteranos, como el jamaicano Michael Manley o el cubano Carlos Rafael Rodríguez, impugnaron la acomodación de Corea a los planes del G-7. Economistas como Ismail Sabri Abdalla, de Egipto (que había presidido el Foro del Tercer Mundo), Carlos Furtado (que había iniciado su carrera en la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina y el Caribe, Raúl Prebisch) o Devaki Jain (miembro fundador de la red Alternativas de Desarrollo con las Mujeres para una Nueva Era —DAWN, por sus siglas en inglés—) estuvieron a la par de los economistas de mentalidad más neoliberal de la comisión. Eran los principales aliados de los poquísimos representantes que había en la comisión de los diferentes movimientos sociales que habían empezado a afirmarse en el Sur, como Simba Makoni, de Zimbabue (un

político con mucha intuición para la lucha popular) o Marie-Angélique Savané, de Senegal (de la Asociación de Mujeres Africanas para la Investigación y el Desarrollo).

Nyerere escogió de forma deliberada a personas de gran disparidad de ideología y de actitud. En 1979 reflexionó sobre los problemas de desunión del Sur:

Si ahora definimos el objetivo económico de forma demasiado estrecha, la consiguiente disputa no servirá nada más que para dividir al grupo [...]. Tenemos que mantenerlos a todos unidos. Los puristas lo considerarán difícil de aceptar. Pero en los tiempos de la liberación siempre he combatido la «pureza». Existen grados de pureza. En el plano internacional, la pureza en determinada fase de la lucha puede resultar espantosamente divisiva. Cada país debe avanzar según sus propias intuiciones. Si se exige que todo el mundo se adapte a una prescripción política rígida, nos estaremos debilitando.²⁸

No había ninguna duda de que en medio de las ruinas del NOEI eran necesarias nuevas preguntas y nuevas respuestas. La poderosa arremetida del Norte que irrumpió en el terreno de la deuda y los derechos de propiedad intelectual aplastó la capacidad de los intelectuales del Sur para mantener un debate libre y abierto sobre los apuros que atravesaban y su posible futuro. Los dilemas del presente absorbieron las energías de los intelectuales. No podía tener lugar el necesario debate enérgico para discutir las posibles vías hacia el desarrollo. Se impuso una falsa unidad contra la avalancha del Norte. Era una unidad defensiva. Operaba en beneficio de los neoliberales del Sur presentes en la sala, que mantenían diferencias sustanciales con el Norte sobre la deuda y el derecho de propiedad intelectual, pero con quienes estaban de acuerdo con el énfasis neoliberal en el crecimiento por encima de la equidad. En todo caso, los intelectuales que discrepaban de la estrategia de «lo primero es el crecimiento» unieron sus fuerzas a los neoliberales para rechazar las catástrofes de la deuda y la propiedad intelectual. Por consiguiente, la Comisión del Sur dedicó sus tres años de existencia a responder a la presión del Norte —con lo que le resultó fácil mantener la unidad del Sur— y, a continuación, a hacer un llamamiento genérico en favor de las transacciones Sur-Sur, que atraían a todas las corrientes del seno de la Comisión y al entorno del Sur en general.²⁹

Nyerere, su secretaria Joan Wicken, Mammohan Singh (secretario general de la Comisión) y el resto del equipo permanente de la comisión (entre quienes se encontraban Branislav Gosovic y Carlos Fortín) desempeñaron un papel esencial en la redacción de los borradores y los informes, conteniendo una u otra tendencia. Nyerere intentó equilibrar el punto de vista acomodaticio de Ramphal con el de Mammohan Singh, que se aferraba a un punto medio para reclamar una posición de compromiso. Incluso cuando Nyerere viajaba a Butiama, en la zona rural de Tanzania, mantenía contacto estrecho con Mammohan Singh. Fueron el corazón de la Comisión del Sur.³⁰

En Mont Pèlerin, Nyerere se dirigió a su variopinta tripulación para fijar el programa de la comisión: «La finalidad última de la Comisión del Sur es permitir que los países en vías de desarrollo evalúen su situación a la luz de la actual crisis de desarrollo y los fundamentales cambios tecnológicos y políticos que se están produciendo, así como su posible efecto sobre la economía mundial en los años venideros y en el siglo XXI». ³¹ Había que deshacerse a toda costa de las ilusiones. El G-77 no era poderoso; la UNCTAD había sido aplastada. «No solo el Sur se encuentra a la deriva y en buena medida desmoralizado —señalaba Nyerere—, sino que el entorno global en el que va a la deriva está a su vez sufriendo cambios importantes, algunos poco propicios para el desarrollo económico en el sentido adecuado. Es necesario que el Sur haga un balance de dónde se encuentra, de hacia dónde va si no se toma ninguna medida, y de adónde quiere ir». La tarea de la Comisión consistía en satisfacer esa necesidad.

TIEMPO DE CENIZAS³²

En 1984 explotó en Bhopal, en la India, una fábrica de Union Carbide. El estallido y los vertidos químicos mataron a millares de personas. Dos años más tarde explotó el reactor nº 4 de la central nuclear de Chernóbil. Centenares de miles de personas se vieron afectadas por la nube radiactiva. Estas catástrofes tenían un origen palpable y víctimas inmediatas. Nadie reconocía la culpa y no hubo ninguna compensación a las víctimas.

Otra catástrofe producida dos años antes de la de Bhopal inauguró el largo tiempo de cenizas: el ministro de economía de México, Jesús Silva Herzog, anunció que su país no podía hacer frente a sus obligaciones financieras. Fue una conmoción para el sistema mundial, sobre todo para los países prácticamente insolventes del Sur. En 1987, la deuda en el Sur ascendía al 47 % de su producto interior bruto. La cuarta parte de los beneficios de las exportaciones debían devolverse a los bancos del Norte para atender una deuda exorbitante.³³ No mucho después de que la crisis de la deuda hubiera llevado a la quiebra a la mayor parte del Sur, los países del Norte promovieron un programa que amenazaba con condenar al Sur a la penuria perpetua. En septiembre de 1986, en Punta del Este, Uruguay, el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) inició su octava ronda. Parte de los asuntos expuestos por el Norte se parecían mucho a los de las siete rondas anteriores (reducción de aranceles de diversas mercancías). Los desacuerdos giraron en torno a tres conjuntos de cuestiones: el comercio de servicios, la liberalización de las inversiones y los derechos de propiedad intelectual. En lugar de ampliar y proteger el patrimonio científico común, las empresas del Norte trataban de preservar sus activos propietarios sobre los inventos y descubrimientos. La transferencia de conocimiento y tecnología en aras del desarrollo humano quedaría subordinada a la batalla contra la piratería. El ministro de Asuntos Exteriores indio, V. P. Singh, consideró que la ronda era «insostenible» y contraatacó denunciando que esa propuesta invertía el sentido de «la larga lucha contra el dominio colonial».³⁴ Las diatribas no disuadieron al Norte. El G-77 no tenía prestigio alguno en el GATT, por lo que no había bloque del Sur. Los países tenían que reunirse de manera informal. Singapur y Brasil iniciaron un diálogo sosegado con el Norte; otros se quedaron en las márgenes, aterrorizados por las consecuencias de las decisiones que se estaban tomando.³⁵

Formular las preguntas difíciles es sencillo; es mucho más difícil concentrarse cuando la crisis está a las puertas. Los comisionados de Mont Pèlerin no podían sumirse en las grandes preguntas para establecer un nuevo programa para el Sur. Mucho más acuciantes eran las consecuencias de la deuda y las estratagemas de Punta del Este. La *idée fixe* de la realidad se apoderó de la agenda de trabajo. En las primeras fases del trabajo de la

comisión, Michael Manley advirtió de la distracción que suponía la crisis. «La crisis absorbe a los mejores cerebros —escribió en un informe de diciembre de 1987— despojando al paisaje de la planificación estratégica». ³⁶ Eso es precisamente lo que sucedió en la propia Comisión. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Una cantidad considerable de energía fue a parar a los dos principales desastres de aquella década: la crisis de la deuda y la amenaza del nuevo régimen de propiedad intelectual.

La deuda de Sísifo

Nyerere quería que un economista del sur de Asia fuera secretario general de la Comisión. Mahbub ul Haq no podía acudir, pues el gobierno de Pakistán no le liberaría de su cargo de ministro de Finanzas. ³⁷ Nyerere pidió a Rajiv Gandhi, de la India, que propusiera a otra persona. Le propuso a Manmohan Singh, vicepresidente de la Comisión de Planificación. Gandhi tenía ciertas diferencias con Singh; al primer ministro le parecía que Singh estaba anticuado, interesado en una modalidad de desarrollo que incluyera a los pobres, entre otras aberraciones. Gandhi calificó a Singh y a sus colegas de la Comisión de Planificación «hatajo de bromistas» e insistía en que incorporaran a su proyecto para la India un plan de «construcción de autopistas, aeropuertos, trenes de alta velocidad, grandes centros comerciales y de entretenimiento de primera línea, grandes complejos de viviendas y hospitales y centros de salud modernos». Gandhi quería que la India se desarrollara siguiendo la pauta de las zonas residenciales estadounidenses. ³⁸ La rectitud y la inteligencia de Singh venían acompañadas de cierto sentido de la obligación de quienes ostentan el poder. No tenía el temperamento de un radical, si bien su sentido del deber hacia ideas como la de la justicia solían interponerse en su propensión para complacer a quienes ejercían la autoridad. Nyerere estaba contento de tener a Singh, a quien se reconocía como un economista de prestigio y un gestor honesto y esforzado. ³⁹ Pero Singh no compartía el ánimo esperanzado de Nyerere por obtener un resultado socialista. ⁴⁰ Singh simpatizaba ahora más con Ramphal y su grupo.

En todo caso, Nyerere y Singh coincidían en señalar la gravedad de la crisis de la deuda; es lo que les unió. La crisis de la deuda condenaba al Sur a carecer de recursos para mejorar su tasa de crecimiento. Ni la concepción de Singh, ni la de Nyerere tendrían sentido a menos que se eliminara el exceso de deuda. Singh se dirigió a su amiga Chandra Hardy, del Banco Mundial, para que elaborara un documento especial para la Comisión del Sur. El documento de Hardy establecía los términos de la discusión y nos muestra que en el seno de la comisión había acuerdo sobre esta materia.

Hardy entregó su informe en enero de 1989. Bajo el título de «The Debt Problem in 1988» [«El problema de la deuda en 1988»], recogía los antecedentes empíricos básicos. Hardy ya había escrito dos artículos sobre el panorama de la deuda en México y en África.⁴¹ Conocía bien la materia. La deuda africana, afirmaba Hardy, era «insostenible», pero también lo era la deuda soportada por América Latina. Las instituciones internacionales y los banqueros se mostraban reacios a «reconocer públicamente la insostenibilidad de la carga de la deuda de América Latina por miedo a que semejante reconocimiento bastara para provocar una crisis bancaria internacional».⁴² No se podía culpar de la crisis de la deuda, señalaba Hardy con franqueza, a los países deudores. Habían sido estafados por los bancos del Norte, que se abalanzaron sobre ellos con «condiciones inapropiadas» y sin la menor supervisión. La población del Sur se veía ahora obligada a devolver esa deuda odiosa. Los pagos eran tan elevados que para pagar los intereses de la deuda los países tenían que recortar en los medios de vida elementales de su población y renunciar a cualquier esperanza de crecimiento orientado al desarrollo.⁴³ «Los países en vías de desarrollo se veían obligados a soportar no solo la carga de unos programas de austeridad impuestos desde el exterior —escribía—, sino también el peso de impedir una crisis bancaria internacional. No se ha dejado caer a ningún banco importante; ningún accionista de un banco importante ha perdido sus dividendos; ningún presidente de ningún banco importante ha dimitido. En realidad, no se ha impuesto ningún coste importante a ningún banco».⁴⁴ Los banqueros tenían poder para eludir el pecado propio de su disciplina: la bancarrota.

Es inusual que un economista experto del Banco Mundial o el FMI preste atención a la dolorosa evidencia de la realidad latinoamericana o africana. Hardy pertenecía a esa clase de economistas del Banco Mundial que había desembarcado en la institución antes de las purgas de Clausen en la Calle 19 de Washington. En las obras que había publicado defendía la cancelación de la deuda de África, así como de la de varios países latinoamericanos.⁴⁵ En su estudio para la Comisión del Sur, Hardy señalaba que «si no es políticamente viable una cancelación sustancial de la deuda, la totalidad de la misma se debería reestructurar en condiciones de exención».⁴⁶ Presentaba muchas propuestas: cancelación absoluta, extensión del período de devolución de los préstamos, revisión anual del calendario de pagos, mejora de la calidad de la ayuda suministrada con el fin de que no se desviara hacia el pago de la deuda y adjudicación de más derechos especiales de giro del FMI (de tal manera que sustituyeran la deuda). Nada de aquello formaba parte del programa del G-7, ni del Club de París. Tenían la misma preocupación de siempre: conseguir para sus banqueros un lugar privilegiado en la cola de acreedores de la deuda, aunque al mismo tiempo hablaban de incentivos y de riesgos morales. «Se está dando un nombre nuevo a las soluciones de siempre», señalaba Hardy con mordacidad.⁴⁷

El 23 y 24 de enero de 1988, Manmohan Singh convocó una reunión informal sobre la deuda. Para elaborar un borrador definitivo que presentar a los comisionados en su segunda reunión en Kuala Lumpur, Singh había escrito «Elements for a South Commission Statement on the Debt Issue» [«Elementos para una declaración de la Comisión del Sur sobre la cuestión de la deuda»]. En muchos aspectos, esos «elementos» de Singh siguen la estela del análisis de Hardy: la deuda debilitaba; no había modo de escapar de ella; los banqueros diferían las soluciones:

Dada la gran amenaza e influencia de los acreedores en la gestión del mecanismo de crédito internacional y la contundente tendencia ideológica de las políticas económicas de los principales países acreedores, el fracaso de la política de los países en vías de desarrollo fue señalado como la causa más importante del creciente deterioro de la situación de la deuda y, por tanto, el énfasis se depositaba en que la ruta correctora

prioritaria era el ajuste interno [...] Así, se diseñaron políticas macroeconómicas para reducir el gasto de manera que quedaran más recursos disponibles para atender la deuda.⁴⁸

Ganaron los banqueros; perdieron los deudores. Era así de sencillo; y lo era enteramente porque los banqueros tenían todas las cartas políticas y los Estados deudores no tenían ninguna. «Somos conscientes del hecho de que las relaciones económicas internacionales son, en última instancia, relaciones de poder —escribió Singh—, y de que los acreedores ocupan siempre una posición más fuerte que los deudores».⁴⁹ No es que los acreedores —los bancos y el G-7— ocuparan simplemente una posición de fuerza: se habían trabajado esa posición. Los acreedores «han organizado en la práctica un cártel que cuenta con el respaldo de países industrializados poderosos y del FMI». Los acreedores disponen de su propia organización, pero los deudores no tienen ninguna organización. «Ha llegado el momento de empezar a poner fin a esta asimetría —escribía Singh—; un mecanismo importante para articular las preocupaciones comunes de los países en vías de desarrollo podría ser la cooperación entre los deudores y los países en vías de desarrollo en general. Los deudores deberían informarse y consultarse mutuamente en el curso de las medidas adoptadas para intervenir en la gestión de la deuda».⁵⁰

Sin embargo, no iba a crearse semejante foro de deudores. En otro artículo elaborado para la Comisión del Sur, a Jorge Eduardo Navarrete, economista y embajador de México en el Reino Unido, se le ocurrió otro comentario de advertencia: «tanto la experiencia del pasado como la situación actual subrayan el hecho de que, por deseable que pueda resultar sobre el papel, un alejamiento radical [del enfoque básico de cooperación] no es en modo alguno viable».⁵¹ Navarrete se refería a Brasil, que bajo el mandato del ministro de Finanzas Luis Carlos Bresser-Pereira había intentado adoptar una posición dura frente a los bancos. Entre los meses de abril y diciembre de 1987, Bresser Pereira había presionado para que el gobierno del presidente José Sarney propusiera soluciones creativas al problema de la deuda. Quería una moratoria en el pago de la deuda y proponía que se convirtiera en bonos y venderlos en el mercado secundario. Sarney no quería incomodar al FMI, ni al mercado de bonos; la solvencia era más importante que el desarrollo. La deuda era imposible de pagar, reflexionaba después Bresser-Pereira, y sin

embargo «la mayoría de las élites de los países deudores sigue dispuesta a intentar pagarla por numerosas razones». Una era que temían las represalias de los bancos y el mercado de bonos. Otra que, como las élites no padecían la crisis de la deuda ni la austeridad, no sometían demasiada compasión con quienes soportaban sus costes sociales (de hecho, la deuda permitía que los rentistas y los financieros de las élites ganaran dinero con su miseria). Por último, las élites del Sur querían ser aceptadas en el «Primer Mundo» y que sus economías «se integraran con las de los países capitalistas avanzados». Pero la integración con el Primer Mundo, escribía Bresser-Pereira, «no se conseguía con buenos modales, sino más bien con crecimiento económico y estabilidad de precios».⁵² Estos dos objetivos se veían obstaculizados por una deuda descomunal.

La indecisión de las élites detectada por Bresser-Pereira frenó el análisis de Manmohan Singh. Él no llegaba hasta el extremo de Hardy. La deuda africana se debía cancelar o reprogramar, eso estaba claro. Pero la deuda de África, en términos absolutos, no era muy abultada. A finales de la década de 1980 los problemas estaban en otra parte: en América Latina y en algunas regiones de Asia. Para esas regiones, Singh no estaba dispuesto a defender la condonación en general. Al igual que Bresser-Pereira, Singh quería que la deuda se convirtiera en bonos y luego fuera negociada a un interés más bajo. Así, las deudas no se anulaban, pero tampoco eran imposibles de cobrar.⁵³ Los bancos recuperarían parte de su dinero y el Sur lograría avanzar hacia un programa de crecimiento. En el marco del acuerdo, el Sur tendría que pasar a un régimen de austeridad. Eso es lo que Hardy no quería, pero fue lo que Singh aceptó. «La austeridad —incluso la austeridad más severa— se puede justificar como respuesta a la crisis —escribió—. Pero se debe ver la luz al final del túnel [...] Los países en vías de desarrollo sí aceptan la necesidad de realizar reformas estructurales. Pero las dichas reformas no pueden tener como objetivo el pago de la deuda. Su principal foco de atención debe situarse en el crecimiento con equidad».⁵⁴

Crecimiento con equidad era el eslogan de Nyerere. Aparecería en varias ocasiones en el informe final de la Comisión del Sur, *El reto del Sur* (1990), así como en los discursos pronunciados por él en los últimos años de la década de 1980. En la interpretación que hacía Manmohan Singh de la

austeridad al servicio del crecimiento con equidad se aprecia una señal clara de la divergencia de opiniones en la Comisión del Sur. Su lista de «reformas estructurales» nos ofrece una de las primeras ventanas para asomarse a la paulatina adaptación de un sector de la Comisión del Sur a las concepciones neoliberales:

En principio, no se puede objetar nada a la condicionalidad concebida para garantizar que los fondos suministrados en el ámbito internacional se utilicen para promover el auténtico desarrollo [...]. También somos firmes partidarios de realizar reformas estructurales para mejorar la solidez y la elasticidad de los sistemas fiscales, fortalecer [el] rendimiento del sector público y su capacidad de generación de recursos, proporcionar un entorno estable para la regulación del sector privado que le permita desempeñar el papel asignado en sintonía con las prioridades nacionales y eliminar los obstáculos para incrementar la producción agrícola y alimentaria, sobre todo por parte de los pequeños y medianos agricultores. También reconocemos la necesidad de establecer un marco político eficiente que fomente las exportaciones y gestione la balanza de pagos.⁵⁵

Este párrafo, redactado en un tono muy precavido, señala en todo caso la validación del programa neoliberal. Esta es la traducción que yo hago:

- El ajuste estructural es aceptable si se orienta al crecimiento, no al empobrecimiento.
- Son necesarias reformas fiscales para garantizar la mínima penalización al crecimiento.
- Se deben vender las esferas productivas del sector público para obtener recursos.
- Se debe incentivar el sector privado, de modo que se deberían reducir cualesquiera barreras que se le presenten.
- Hay que suprimir los subsidios agrícolas y alimentarios para que el capital privado ingrese en el sector y acreciente su producción con más entradas de capital.
- La sustitución de importaciones debe dejar paso al fomento de la exportación.
- La solvencia de la balanza de pagos es más importante que cualquier otra cosa.

La batería de ideas no sentó bien a algunos comisionados. Se resistían a hincar la rodilla tan deprisa ante la nueva ortodoxia del G-7. Pero el texto de Singh se discutió de forma apresurada en la segunda reunión de la Comisión en Kuala Lumpur y fue adoptado. Los desacuerdos acerca de la senda para avanzar se disimularon con el acuerdo sobre el diagnóstico.⁵⁶ El afiladísimo ataque de Singh contra los bancos y el llamamiento para que se creara un cártel de deudores aplacó a quienes sentían desconcierto ante la superestructura del liberalismo que parecía envolver estos gestos radicales.⁵⁷ Era un presagio de gran parte del trabajo de la Comisión y, de hecho, de la parálisis que aquejó a los intelectuales del Sur durante toda esa década.

El 24 de junio de 1989, Nyerere escribió una carta al presidente George H. W. Bush. Comenzaba con un párrafo lacerante y concluía con una pregunta dolorosa. «Me dirijo a usted para referirle un tema que sin duda habrá discutido *ad nauseam*. Es el problema de la deuda». En el transcurso de la década de 1980, Estados Unidos había hecho todo lo posible por impedir que se condonara la deuda. Ni el Plan Baker (1985), ni el Plan Brady (1989) habían dejado margen para ideas como las que alimentaba la Comisión del Sur. Baker, en esencia, pedía a los japoneses que liberaran parte de su superávit presupuestario para ayudar a los países de renta media y con una deuda alta; Brady iba al grano del Programa de Ajuste Estructural del FMI, sugiriendo que se podía facilitar el alivio de la deuda a los países que instauraran «reformas» importantes en su sistema económico.⁵⁸ En 1988, en la cumbre económica del G-7 celebrada en Toronto, se discutió otra vez sobre el alivio de la deuda refinanciándola y reestructurándola. No se dijo una palabra sobre condonar la deuda; ni siquiera en el caso de los países más pobres. «El acuerdo de Toronto —escribió Nyerere—, al igual que los demás planes para otros grupos de deudores, era un repertorio de propuestas técnicas. Pero la solución a esta tragedia no se puede encontrar en el plano técnico: tiene que ser resultado de una acción política audaz». El G-7 no estaba dispuesto a emprender semejante acción y no tendió la mano al Sur. Esta fue la razón por la que Nyerere concluía su carta con una pregunta moral: «¿Cómo puede haber paz sin justicia?». ⁵⁹

Un nuevo orden de la propiedad internacional

En septiembre de 1986 se reunieron en Punta del Este, Uruguay, los Estados miembros del GATT para iniciar la octava ronda de conversaciones sobre cuestiones comerciales. Las siete rondas anteriores preocupaban sobre todo a los Estados atlánticos y a Japón, puesto que eran los mayores productores de bienes industriales, y el GATT había sido hasta entonces foro de discusión sobre la reducción de barreras arancelarias. La agricultura seguía al margen del GATT y los países del Sur producían muy pocos bienes industriales como para ser agentes relevantes en las rondas del GATT. La Ronda Uruguay tenía ambiciones mucho más audaces. El Cuarteto (Estados Unidos, Europa, Canadá y Japón) acudió a la ronda para defender las ventajas comparativas de su región económica: preservar al máximo la protección de la agricultura, proteger sus ventajas tecnológicas y científicas (mediante un régimen de propiedad intelectual) y salvaguardar el bienestar de los proveedores de servicios del Norte que pretendían extender su influencia al resto del mundo. A cambio de que el GATT adoptara ese programa, el Cuarteto indicó que introduciría cierta apertura en sus mercados agrícola y de manufacturas con mano de obra intensiva procedente del Sur. En su condición de brazo del G-7 y la OCDE, el Cuarteto provocaba al Sur diciendo que si hacía concesiones en su agenda, entonces se podría considerar anulado el Acuerdo Multifibras que imponía cuotas sobre las importaciones del Norte procedentes del Sur. Era un acuerdo pésimo.

La India y Brasil forjaron a toda prisa un acuerdo contra la estrategia inicial del Norte. Crearon un grupo (el G-10) que incluía a Argentina, Cuba, Egipto, Nicaragua, Nigeria, Perú, Tanzania y Yugoslavia. Su respuesta al GATT fue frontal: se oponían al régimen de propiedad intelectual porque, por ejemplo, interfería con la legislación nacional y condenaba al Sur a la dependencia tecnológica y científica. La propiedad intelectual siempre había sido un asunto delicado. El régimen que gobernaba las patentes, el Convenio de París de 1883, se había negociado y aprobado de forma injusta.⁶⁰ Era bastante malo. El nuevo borrador, conocido como ADPIC (Acuerdos sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio; por sus siglas en inglés, TRIPS) era aún peor. El G-10 quería que

la discusión sobre la propiedad intelectual se mantuviera en el ámbito de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual de la ONU (OMPI) o de la UNCTAD.⁶¹ El Norte no estaba satisfecho con la propuesta. El GATT era su territorio; la OMPI parecía más inclinada hacia el lado del Sur y tenía pocos mecanismos de imposición de la ley. El ADPIC tenía que ser sólido y valioso: era esencial para los planes del nuevo programa del Norte para el crecimiento.

Cuando la Comisión del Sur dirigió su atención a la Ronda Uruguay, el G-10 se echó a temblar. Estados Unidos se mostró implacable e hizo valer una disposición poco conocida de su Ley de Comercio de 1974 (la Sección 301). En 1988 el Congreso de Estados Unidos aprobó una nueva ley comercial con una Sección 301 aún más dura, que autorizaba expresamente la aplicación de sanciones contra todo aquel Estado cuya legislación sobre propiedad intelectual fuera inadecuada. La nueva sección 301 autorizaba las represalias *prescriptivas*, no discrecionales, por parte de Estados Unidos. Aquello presionaba a los países con sectores industriales incipientes que tuvieran la mirada puesta en los mercados estadounidense y europeo. Hasta los dirigentes del G-10 perdieron las ganas de pelear. Este fue el contexto de la participación de la Comisión del Sur en la Ronda Uruguay.

Un grupo de la Comisión se unió a varios embajadores del Sur ante la ONU en Ginebra para dotar a la totalidad de la comisión de un borrador antes de junio de 1988. El borrador reiteraba la posición del G-10, según la cual el Norte estaba utilizando todo su poder para imponer un nuevo programa, y lo estaba haciendo sin que en el Sur hubiera la preparación técnica adecuada para abordar la imponente infraestructura legal que se estaba erigiendo para instaurar un nuevo orden de la propiedad internacional. El Sur debía «asignar una prioridad muy elevada en sus políticas» a la Ronda Uruguay, señalaba el borrador, puesto que «solo una respuesta colectiva del Sur puede afrontar con alguna esperanza la bien organizada estrategia de los países desarrollados, que están tratando de erigir, pieza por pieza, la estructura de un nuevo sistema que corresponde esencialmente a su visión del mundo y sus intereses».⁶² El Sur acudió a las negociaciones sin la preparación técnica adecuada. Uno de los problemas habituales era que el Norte disponía de una secretaría inmensa y muy bien preparada (en los diversos departamentos del

tesoro y jurídicos, en la secretaría de la OCDE, en el G-7 y demás), mientras que el Sur andaba muy escaso de dotación de personal.⁶³ Esta era la razón por la que desde hacía mucho tiempo era muy necesaria una Secretaría del Sur. La creación del Centro del Sur, la Secretaría del Sur, sería uno de los principales frutos positivos de la Comisión del Sur.

El borrador de la Comisión del Sur del mes de julio y la declaración final del mes de agosto sobre propiedad intelectual son sus documentos más poderosos y claros. Las transformaciones de la geografía de la producción y la naturaleza del crecimiento económico pusieron nerviosos a los gobiernos del Norte.⁶⁴ Les preocupaba que el traslado de las instalaciones productivas al extranjero pusiera en peligro su poderío económico. ¿Cuál sería el motor del crecimiento del núcleo del Atlántico Norte si la producción industrial se desplazaba a zonas de clima más cálido? Había que modificar el sistema internacional para proteger el crecimiento de sus diversos sectores industriales: financieros, farmacéuticos, de tecnologías de la información, agroquímicos y del ocio. No eran industrias nacionales, por supuesto, sino sectores industriales dominados por un puñado de grandes empresas transnacionales. Basándose en esta perspectiva, la Comisión señalaba:

La fuerza motriz de esta evolución reciente reside indudablemente en la aceleración sin precedentes del progreso técnico en esferas tan importantes como la información y las comunicaciones. Los cuantiosos presupuestos de investigación y desarrollo que constituyan la base del cambio tecnológico, las considerables economías de escala que permiten los nuevos productos y procedimientos y las economías que hacen posible los progresos en las tecnologías de gestión de empresas y gestión financiera para las corporaciones de empresas, han representado un poderoso incentivo para la globalización de los procesos económicos. En este contexto, los agentes económicos transnacionales consideran que las regulaciones que aplican los países huéspedes constituyen una interferencia injustificada en sus objetivos empresariales.⁶⁵

En resumen, lo que la Comisión del Sur señalaba era que la Ronda Uruguay era una variante de ajuste estructural aplicada al orden internacional y a las políticas nacionales. Mientras que las rondas anteriores del GATT se habían limitado a impedir que los Estados actuaran de determinada manera (sobre todo, imponiendo aranceles), el nuevo programa del GATT adoptaba un cariz de acción positiva: obligaba a los gobiernos a someter sus leyes nacionales a

los deseos de las nuevas normas del GATT. Como las normas del GATT se habían elaborado pensando en la ventaja comparativa del Norte y de las empresas transnacionales radicadas en el Norte, esta nueva legislación nacional facilitaría sus intereses por encima de los de las poblaciones del Sur.⁶⁶

El Sur se encontraría en una enorme desventaja. Al adoptar un conjunto de procedimientos que protegía a los monopolios intelectuales del Norte, las nuevas reglas del GATT reducirían el desarrollo tecnológico y científico del Sur. Las patentes dejarían de afectar ya a los procesos (lo que permitía que las empresas del Sur encontraran otros nuevos para obtener determinado producto): ahora estarían en los propios productos. La Alianza Internacional de la Propiedad Intelectual, que incluía a Pfizer, Du Pont y Monsanto, presionó al G-7 para que garantizara que se convertiría en un principio rector del GATT.⁶⁷ Eso equivalía al estancamiento tecnológico: ya no se permitiría la ingeniería inversa. Abdus Salam, de la Comisión del Sur (de Pakistán y radicado en el Centro Internacional de Física Teórica de Trieste) había elaborado una serie de documentos para la Comisión acerca de la importancia de la formación científica y tecnológica. Por diversas razones, mostraba Salam, el Sur destinaba a la formación y promoción científica y tecnológica una suma de dinero insuficiente. Solo en China destacaba el incremento de la mano de obra científica (500 investigadores en 1949; más de 300.000 en 1988).⁶⁸ El Sur no era titular más que del 1 % de las 3,5 millones de patentes reconocidas por las agencias internacionales. Los Estados atlánticos y sus empresas transnacionales a todas luces eran titulares de la inmensa mayoría de las patentes del mundo y de las diversas tecnologías avanzadas que ya se habían vuelto esenciales para el crecimiento económico; por otra parte, Daniel Querol y otros habían mostrado que más del 80 % de los recursos genéticos del planeta se encontraban en el Sur.⁶⁹ No solo la historia del Sur durante los últimos cuarenta años, en lo relativo a construcción de instituciones y de su propio arsenal tecnológico, era deficitaria, sino que además estaban poco preparados para los nuevos desarrollos de «las comunicaciones, la microelectrónica y, lo más importante para el siglo

venidero, la biotecnología».⁷⁰ Por desastroso que pudiera haber sido el pasado, el futuro sería ciertamente desolador con las nuevas restricciones impuestas a la transferencia de ciencia y tecnología.

La ruptura colonial ocultaba la historia de la ciencia común; esa que vinculaba el cero posicional de la era védica con el sabio persa Musa al-Juarismi, y al matemático lombardo Girolamo Cardano con los números imaginarios, pues esos bienes intelectuales viajaban a través de una geografía real. «Occidente» se presentó como creador de ellos en exclusiva y la «globalización» pretendía ser el primer vínculo profundo de todos los imaginarios sociales y culturales del planeta. El rechazo de los vínculos más antiguos reforzaba el sentimiento de inferioridad impuesto por la fuerza de las armas coloniales. También producía cierto deseo de imitar los frutos de la ciencia: los productos finales de la ciencia, y no sus peldaños culturales.⁷¹ Fue con la intención de devolver este legado por lo que muchos escritores del Sur desempolvaban sus historias de la ciencia. La tarea de científicos como Abdus Salam consistió en insistir no solo en la transferencia de tecnología (que a menudo es un acto pasivo), sino en la transferencia o recuperación de la ciencia y el espíritu científico. Fue este último acto el que parecía restringido por las rigideces de la propiedad intelectual y el tratamiento de la ciencia misma como propietarios.

El modelo de la «transferencia de tecnología» trataba este aspecto como algo neutro desde el punto de vista cultural, y consideraba que su ingreso en el Sur consistía en elaborar proyectos prefabricados para utilizar la mano de obra (barata) de esos países. Así pues, los sistemas tecnológicos se injertaban en contextos sociales y culturales a los que eran ajenos o de los que, al menos, se diferenciaban. La tecnología se importaría con fines instrumentales; para facilitar que se acelerara el trabajo de unas personas a quienes, en primera instancia, no se permitiría comprender cómo funcionaban las máquinas. Tenían que verse reducidos a ser «obreros» y sus mentes se dejaban a un lado.

El Sur no solo se encontraba en desventaja en lo relativo a la distribución del conocimiento científico; también andaba rezagado en lo que afectaba a su tentativa de ingresar en el mercado mundial de bienes y servicios tecnológicamente sofisticados. Los intentos de facilitar su ingreso

mediante la revisión de las barreras comerciales habían desembocado en discusiones inconclusas en torno al Código Internacional de Conducta en la Transferencia de Tecnología y al Código de Conducta para Empresas Transnacionales. No llegaron a ninguna parte «debido a la oposición de los países desarrollados».⁷² Estos códigos versaban sobre la cuestión de la transferencia de ciencia y tecnología; la Ronda Uruguay parecía más interesada en bloquear el acceso a los conocimientos nuevos. En lugar de permitir al Sur la posibilidad de dar un gran salto de varias etapas en el desarrollo tecnológico, las corporaciones transnacionales tendrían la oportunidad de remodelar las legislaciones nacionales y la normativa internacional en beneficio propio, y no en aras del desarrollo de las poblaciones del Sur.⁷³

El ADPIC no estaba solo. Venía acompañado del Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (GATS) y el Acuerdo sobre las Medidas en materia de Inversiones relacionadas con el Comercio (MIC; por sus siglas en inglés, TRIMS). Ambas presionaban a los países del Sur para que abrieran el sector servicios a la participación privada y para que dieran rienda suelta relativamente a las inversiones comerciales. El último de los dos hacía sonar un acorde negativo entre mucha gente del Sur, sobre todo por la preocupación de que la inversión financiera ya no pareciera acudir en busca de desarrollo a largo plazo, sino solo de beneficios especulativos a corto plazo («dinero caliente»)⁷⁴ El problema de los servicios también irritó a la Comisión, que se preguntaba por qué el GATT consideraba que el suministro de servicios al Sur era aceptable y formaba parte del MIC, pero no la migración de personas desde el Sur hacia el Norte: «Es esencial para los países en desarrollo la eliminación de esas asimetrías y la inclusión de los servicios relacionados con la mano de obra en las negociaciones sobre los servicios para que estas sean equilibradas. Por consiguiente, en las negociaciones se debe prestar la atención necesaria a barreras como las leyes sobre la inmigración y las prácticas consulares que impiden la exportación de servicios prestados por la mano de obra de los países en desarrollo».⁷⁵ Habría dado lo mismo que hubieran formulado la propuesta en idioma kamasiano.

Entre el borrador y la declaración final no cambiaron muchas cosas. La única alteración importante fue la relacionado con el énfasis y el tono. En el borrador, los comisionados denunciaban con mucha mayor claridad y contundencia el papel de Estados Unidos para restar protagonismo al Sur; tanto desde su inicio del programa como en el ejercicio de su liderazgo.⁷⁶ Los miembros de la Comisión del Sur no querían enfrentarse directamente al puntal que se ocultaba bajo la OCDE, sobre todo cuando los países del Sur empezaban a agachar la cabeza en las diferentes negociaciones de la Ronda. No había muchos ánimos para una pelea. Había fundamentos objetivos para convocar una huelga de recursos, pero no había la menor voluntad política de hacerla.

LA PERESTROIKA GLOBAL

El 18 de julio de 1988, Manmohan Singh ofreció una conferencia de prensa en Ginebra. El tema principal era el fracaso de las negociaciones sobre la deuda. Las viejas costumbres habían «agotado su utilidad», señalaba, y no había «ninguna presión» sobre el Norte y sus instituciones para que hicieran «algo distinto». «Esta es la cruda realidad y, a menos que nos organicemos públicamente, a menos que las visiones colectivas del Tercer Mundo se puedan exponer en un diálogo con sentido, las soluciones meramente técnicas, por numerosas que sean, no resolverán el problema de la deuda». Esta era la cuestión pura y dura, ya expuesta en muchas conferencias de prensa convocadas por la Comisión del Sur. Pero a continuación, Singh introdujo una señal diferente: «Lo que necesitamos en el Tercer Mundo es una perestroika global que reestructure las relaciones económicas internacionales y, además, contemple las legítimas aspiraciones de las cuatro quintas partes de la humanidad que vive en el Tercer Mundo, para mejorar la vida de sus pueblos».⁷⁷ La petición de una «perestroika global» era atrevida, incluso descarada. En junio de 1987, el dirigente soviético Mijail Gorbachov expuso su idea de *perestroika* al Comité Central del Partido Comunista. El término significa «reestructuración» y aludía a la transformación de los sistemas políticos y económicos de la Unión Soviética. Era inconcebible que

una idea tan trascendental que podía nacer en la URSS, una de las dos superpotencias, no pudiera encontrar espacio para el caso de las relaciones entre Estados, concretamente entre los del Norte y los del Sur.

A finales de la década de 1970, las discusiones en la UNCTAD y la ONU habían pasado a ser secundarias con respecto al poderío de las armas. Cuatro revoluciones de izquierda habían llevado a Estados Unidos a adoptar una postura militar mucho más agresiva: Angola (1975), Afganistán (1978), Irán (1979) y Nicaragua (1979). En América Central, Estados Unidos se unió a los elementos más reaccionarios de los terratenientes y el ejército para erradicar el florecimiento de una segunda oleada de movimientos revolucionarios. Utilizando Honduras como base, Estados Unidos suministró armas, apoyo logístico y estímulo a los paramilitares de derecha de El Salvador y Nicaragua, convirtiendo al mismo tiempo a Honduras y Guatemala en sus campamentos militares.⁷⁸ En el Caribe, la violencia apoyada por Estados Unidos culminaría en la invasión de Granada en 1983 y la de Panamá en 1989. Burdamente incapaz de avenirse a una regresión en la ecuación de poder de Oriente Próximo (sobre todo, después de la Revolución Iraní), Estados Unidos, acompañado de Israel, se entregó al enfoque militarista con sus ataques contra Libia (1981, 1986), el despliegue de tropas en el Sinaí (1982), la invasión israelí del Líbano que desembocó en una invasión del país por marines estadounidenses (1982) y (con el respaldo saudí y pakistaní) el suministro de armas a los *muyaidin* en las montañas del sur de Afganistán. Estados Unidos respaldó a los elementos más reaccionarios del macizo montañoso asiático Hindu Kush, a quienes se encomendó desestabilizar el gobierno marxista ya de por sí espinoso de Kabul.⁷⁹ En el sur de África, las guerras del apartheid de Sudáfrica contra las organizaciones de movimientos de liberación de inspiración marxista en Angola, África del Sudoeste y Mozambique eran atroces. La CIA y el Pentágono trabajaban codo a codo con los generales de Pretoria. Era parte de la nueva estrategia emanada de Washington D.C., denominada «reducción» [en inglés, «rollback»], que abandonaba la idea de la mera «contención» del comunismo en aras de la utilización de la fuerza militar para contrarrestar su empeño; aun cuando contaran con el respaldo de un apoyo popular masivo. Disfrazados de combatientes por la libertad y financiados por el largo brazo de Washington,

la Contra, la UNITA y los *muyaidin* intentaron causar estragos en regiones del mundo en donde reforma y revolución habían aparecido sobre la mesa tras largos períodos de represión.

Desde las solitarias y llanas nieves de Moscú, el vacilante Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética pretendía extender su influencia a acontecimientos que empezaban a escapar a su control. En febrero de 1981, el Ministro de Asuntos Exteriores soviético puso palabras a la parálisis: «Si los estadounidenses invaden Nicaragua, ¿qué vamos a hacer? Nada».⁸⁰ En el sur de África era Cuba quien tomaba la iniciativa; a veces con el apoyo soviético (como en su intervención en Etiopía), pero sobre todo sin la participación soviética (como en el caso de la entrada cubana en Angola, de la que ni siquiera los soviéticos fueron informados con antelación).⁸¹ En marzo de 1979, los principales miembros del Politburó dedicaron varios días a discutir sobre el fiasco afgano. Los dirigentes marxistas de Kabul se llevaban como el perro y el gato y su enérgica posición frente a sus adversarios liberales y radicales había convertido en enemigos a sus potenciales aliados. Cuando los reaccionarios apoyados por Estados Unidos e Irán saltaron al terreno de juego en Herat y el sur de Afganistán, los marxistas de Kabul estaban desesperados. Querían que la Unión Soviética interviniera. Los dirigentes soviéticos estaban paralizados, indecisos acerca de qué es lo que se pediría que llevara a cabo el Ejército Rojo.⁸² Eran conscientes de que cualquier intervención sería ilegal (puesto que, como dijo Andrei Gromyko, «Afganistán no ha sido objeto de ninguna agresión. Se trata de un asunto interno, un conflicto revolucionario interno, una batalla de un grupo de la población contra otro. Los afganos, por cierto, no se han dirigido a nosotros oficialmente para pedirnos tropas»).⁸³ Gromyko resaltaba una de las principales razones para no intervenir: «Todos los países no alineados se opondrán a nosotros». La dirección de la URSS, ya aislada políticamente y entregada a una ardua batalla económica, no quería romper los lazos todavía existentes entre el Este y el Sur. A finales del verano de 1979, un grupo del Politburó decidió elevar la apuesta y en el mes de diciembre el Ejército Rojo cruzó el río Amu Daria para entrar en Afganistán.⁸⁴ Fue una decisión nefasta.

La entrada de los soviéticos en Afganistán dividió a los Estados del NOAL. Fragmentó el bloque en la ONU, donde dieciocho países (encabezados por Argelia, la India e Iraq) se negaron a respaldar la resolución estadounidense que pedía la retirada de los soviéticos. En el NOAL, los soviéticos presionaron a sus aliados para que pidieran la expulsión de Pakistán, puesto que era miembro activo del proyecto estadounidense en Afganistán. Fidel Castro, como presidente del NOAL desde 1979 hasta 1983, no encontraba modo de utilizar su influencia en Moscú y en las capitales de los Estados del NOAL para intermediar (los soviéticos temían que Fidel propugnara un acercamiento entre Islamabad y Kabul, sacando a Moscú de la fotografía).⁸⁵ Entre tanta desgracia, quedó patente con claridad la delicadísima unidad política del NOAL, y del Sur en general. Los frutos de semejante caos favorecían a Estados Unidos y sus socios atlánticos. Estrecharon su abrazo a la derecha islamista en Afganistán y Pakistán, a los terratenientes militares de América Central y al régimen de apartheid sudafricano. (En 1986, el congresista Dick Cheney votó en contra de una resolución que reclamaba la liberación de Nelson Mandela, a quien Cheney calificó de «terrorista». Este es el orgulloso alarde que se puede hacer en la actualidad desde el Partido Republicano: haber apoyado al apartheid de Sudáfrica justo hasta su desaparición.)

Envalentonado, el Norte actuó en contra de las instituciones de la ONU hasta el punto de volverlas casi irrelevantes. En abril de 1975, Ford, Kissinger y Daniel Patrick Moynihan, el embajador estadounidense ante la ONU, se reunieron en la Casa Blanca. Moynihan se quejaba: «Un error que hemos cometido es actuar como si la Asamblea General tuviera competencias pseudolegislativas».⁸⁶ Kissinger coincidía: «Nos hace falta una estrategia. Para empezar, creo que deberíamos sacar las cuestiones de la Asamblea General y llevarlas al Consejo de Seguridad. Es importante que se vea que tenemos confianza y temperamento». Una década más tarde, eso es lo que sucedía. En 1987, cuando la Comisión del Sur se reunió por primera vez, la mayoría de sus 159 Estados votaban en la Asamblea General a favor de Estados Unidos en el 18,5 % de las ocasiones.⁸⁷ Esto presagiaba un desplazamiento del poder en la ONU desde la Asamblea General (donde el G-77 tenía influencia) hacia el Consejo de Seguridad (donde ostentaban

derecho de veto los cinco miembros permanentes: Estados Unidos, la URSS, Reino Unido, Francia y China). El gobierno de Reagan puso entre la espada y la pared al Secretario General de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar. Como no quería distanciarse de Estados Unidos, Pérez de Cuéllar intentó llevar muchas decisiones importantes al Consejo de Seguridad y, acaso sin darse cuenta, ejecutó la tarea concebida por Kissinger de amortajar a la Asamblea General.⁸⁸ Cuando Boutros Boutros-Ghali accedió al cargo de Secretario General de Naciones Unidas, Estados Unidos prometió compensar los errores cometidos. Por razones políticas, no había pagado sus cuotas (fijadas en una cuarta parte del presupuesto de la ONU). Ahora decía que lo haría (es preciso señalar que el 50% del personal de la ONU eran ciudadanos estadounidenses, de manera que no es que Estados Unidos pagara el salario de ciudadanos extranjeros).⁸⁹

Kissinger también quería que Estados Unidos «se apoderara de las agencias especializadas». Las primeras eran aquellos organismos de la ONU que tenían el desarrollo como principal objeto. La UNCTAD, muy magullada, era su principal objetivo. En septiembre de 1984, Estados Unidos defendió que la UNCTAD se convirtiera en un espacio de intercambio de información, en lugar de ser una instancia donde negociar acuerdos (un papel que pasaría al GATT, dominado por el G-7).⁹⁰ La presión sobre la organización persistió. A su reunión de 1987 en Ginebra, el Sur acudió sin ningún borrador elaborado. No se adoptó ninguna resolución: solo una declaración final inofensiva. En 1989, el nuevo secretario de la UNCTAD, Kenneth Dadzie, instó al Sur a «aprender la dura realidad del mercado internacional». ⁹¹ En febrero de 1992, la misión de la UNCTAD quedaría desdibujada en la del GATT y la «civilización empresarial» del Norte.⁹² El secretariado del Sur capituló. En este lamentable contexto fue donde la Comisión del Sur llevó a cabo sus deliberaciones.

En 1988 la comisión convocó su segunda reunión, en Kuala Lumpur. «El papel del poder económico puro y duro y su ejercicio impertérrito unido al poder militar —descubrió la comisión— ha acrecentado las dudas acerca de la validez de algunas de las premisas fundamentales sobre las que se ha erigido la totalidad del edificio de Naciones Unidas y de la cooperación después de la Segunda Guerra Mundial». ⁹³ No eran solo los comisionados

quienes entendían que «el espíritu del multilateralismo se ha debilitado y el sistema de la ONU ha sido socavado de forma deliberada».⁹⁴ El Despacho Oval se hacía eco de las estridencias emanadas de la Fundación Heritage. El Sur pretendía resucitar las organizaciones de la ONU y trasladar la toma de decisiones a los espacios en donde el Sur ejerciera tanta influencia como el Norte. El tono de las discusiones indicaba que esta razonable propuesta no encontraría interesados entre quienes ostentaban el poder real en el mundo.

El Banco Mundial y el FMI necesitaban una revisión a fondo, pero «parece improbable que se pueda realizar algún cambio significativo en un futuro a corto plazo». Sin embargo, a la comisión le parecía imperativo que «la crítica de las estructuras existentes se reiterara en algún punto».⁹⁵ El catálogo de mendacidad del Norte no dejaba de aumentar cada vez más: «El G-7 considera que la gestión de la economía mundial es competencia suya; las iniciativas y decisiones bilaterales sustituyen cada vez más a las multilaterales, reemplazando incluso a foros en los que el Norte detenta el control, como el GATT, el FMI y el Banco Mundial. Las estructuras de Naciones Unidas tienden a ser absolutamente ignoradas. El norte ha abandonado por completo el diálogo Norte-Sur».⁹⁶ La tragedia se agravó cuando el lenguaje mismo de la «reforma» fue secuestrado por el proyecto de la derecha estadounidense: «en parte, la “reforma” se había inspirado en la tendencia general hacia una menor influencia del gobierno y, por tanto, menor organización internacional en las relaciones internacionales».⁹⁷

Dado el desolador retrato que la comisión hacía de la situación, reflejada en su informe final de 1990, es de destacar que una de las grandes distracciones de la tarea de la comisión giraba en torno a la cuestión del imperialismo y el neocolonialismo. En la quinta reunión de la comisión, celebrada en Maputo, Mozambique, se informó a los miembros de la discrepancia que mantenían en lo referente al tono a adoptar. «Algunos miembros han aconsejado cautela en el uso de términos como “neocolonialismo” a la hora de describir la situación de las relaciones Norte-Sur».⁹⁸ La Secretaría de la Commonwealth padecía casi todos los problemas. El señor B. Persaud, de su División de Asuntos Económicos, escribió lo siguiente a Manmohan Singh después de leer el primer borrador del Capítulo 1 del informe de la comisión: «El capítulo exagera la interpretación de que

los problemas del Sur son problemas de dominación y opresión del Norte. Este material debería ser más equilibrado y se podría redactar de forma más convincente y persuasiva».⁹⁹ Pocos días después, el comisionado Ramphal, alto cargo también de la Secretaría de la Commonwealth, escribió un comentario más extenso y específico. Aceptaba que el término «neocolonialismo» era una buena «analogía», pero decía que su utilización no era «prudente». «Por lo que a la prudencia se refiere, creo que confiere al capítulo la apariencia de exponer ideas de ayer expresadas en un lenguaje de ayer. Por tanto, podría ser un “revulsivo”... y no solo para los lectores del Norte».¹⁰⁰ Lo que Ramphal quería era que la Comisión del Sur «se deshiciera de la exposición al estilo del NOEI».¹⁰¹

Nyerere, por otra parte, ponía reparos a la supresión de texto.¹⁰² «Capítulo 1: Comments of Chairman and J. E. Wicken», ACS Carlos Rafael Rodríguez, Ismail Abdalla, Devaki Jain y otros ofrecieron una valoración más contundente de por qué era importante contar con un informe final más tajante. Para ellos no servía emplear un lenguaje poco amenazador que resultara agradable para el Norte. Querían algo más fuerte. Tanto Rafael Rodríguez como Abdalla escribieron largos comentarios sobre el primer borrador, y realizaban análisis similares. Ambos pensaban que el informe tenía que ser directo. En la farragosa terminología de Abdalla, «por consiguiente, no debemos esforzarnos en edulcorar las palabras» (edulcorar = endulzar).¹⁰³ En ausencia del concepto de imperialismo, ¿cómo se iba a explicar la crisis de la deuda sin culpar al Sur de una mala gestión económica y de tener un sector público abotargado? Esa era de hecho la posición del comisionado Ghazali Shafie, que apuntaba que los países del Sur «no deben culpar siempre por conveniencia a los países del Norte de todos los males de la situación actual de su economía».¹⁰⁴ Estas discrepancias tan importantes asolaron a la Comisión en sus últimos años, cuando los comisionados se esforzaban por concertar su posición ante el Norte y elaborar algún tipo de programa a partir de sus deliberaciones. En pocas palabras: el Norte estaba unido y el Sur estaba dividido.

EL RETO DEL SUR

Como solía suceder en este tipo de comisiones, los comisionados formaban diferentes grupos de trabajo para abordar los diversos aspectos del problema. Contrataban a asesores externos para que les ayudaran y elaboraran documentos de trabajo que sirvieran para plantear la discusión en sus reuniones. A finales de 1988, para la elaboración de un borrador del informe final, la comisión encargó los documentos de trabajo a distintos miembros. Nyerere y Joan Wicken redactaron el primer borrador del capítulo 1. Era el más polémico, pues Ramphal y Nyerere habían mantenido un mano a mano durante la reunión de la comisión en Delhi. Fue ahí cuando Ramphal se enfadó por «la presentación al estilo del NOEI». El capítulo 2 fue redactado por Manmohan Singh y Carlos Fortin, al que se incorporaron aportaciones de la secretaría de la UNCTAD (sobre todo, de sus estadísticos). El economista mexicano Jaime Ros redactó el capítulo 3, sobre el desarrollo nacional. Y el capítulo 4, sobre la cooperación Sur-Sur, fue confeccionado por Branislav Gosovic y el economista de Bangladesh Rehman Sobhan. Carlos Fortin escribió el capítulo 5, sobre las relaciones Norte-Sur, y Manmohan Singh fue responsable del capítulo 6. Cuando se aproximaba el final del proceso, Nyerere se encerró en su habitación de hotel, convaleciente aún de una operación quirúrgica de próstata. Manmohan Singh estaba en Londres, descansando tras haberse sometido a una operación cardiovascular en la que le implantaron un *bypass*. Aquello no les detuvo. En la cama, Manmohan Singh redactó un borrador manuscrito (su método de trabajo predilecto, según muchos miembros de la secretaría de la Comisión).

A principios de 1989, los comisionados presentaron sus versiones del borrador. No mucho después, llegaron los informes con sus opiniones al respecto. El cubano Carlos Rafael Rodríguez escribió un comentario implacable a mediados de 1989: «En nuestros Objetivos y Preliminares nos proponíamos intentar “moldear una estrategia y un programa de acción bien fundamentados, realistas y prácticos para el Tercer Mundo”. Creo que el lector encontrará una estrategia bien fundamentada, realista y práctica para el Sur, pero no el programa que está buscando. Todavía le debemos la redacción de ese programa».¹⁰⁵ No cabía duda de que el borrador no contenía demasiados elementos para constituir un programa bien elaborado; si había o no estrategia era otra cuestión. El borrador intentaba salvar una brecha

ideológica fundamental entre los comisionados y, para hacerlo, debía sacrificar su carácter de estrategia clara y programa definitivo. Las divisiones de la Comisión representaban divisiones claramente perfiladas en los salones de los gobiernos del Sur, cuando no también en parte de sus calles. La izquierda arrió el hombro para cerrar la puerta al neoliberalismo, pero los «pragmatistas» hicieron todo lo posible por abrirla de par en par.

LAS CONSECUENCIAS SOCIALES DE LA ECONOMÍA

En las primeras fases del trabajo de la comisión quedó claro que había una ancha franja que separaba a los comisionados. Un día en Mont Pèlerin, Devaki Jain preguntó a Sonny Ramphal qué periódico leía por la mañana. «El londinense *The Times*», respondió. Ella leía *The Hindustan Times*. «¿Lo ves? Ese es el problema —recordaba haber dicho Jain—. Tú tienes una visión del Sur muy distinta».¹⁰⁶ Jain, Rodríguez, Abdalla, Savané, Makoni y otros cuantos compartían una concepción del Sur que al mismo tiempo censuraba la nostalgia por los tiempos pasados y se impacientaba por diseñar una nueva senda de desarrollo fundada en la participación del pueblo. No les interesaban nada la política burocrática y la economía instrumental, despreocupadas de las consecuencias sociales y culturales.¹⁰⁷ Tenían otras perspectivas para el Sur.

Devaki Jain diferenciaba entre estas dos líneas y entre los dos tipos de personas que las promovían. Unos eran las palomas, que propugnaban un desarrollo centrado en el pueblo, y otros los halcones, que buscaban un desarrollo promovido por el crecimiento. Las palomas «proponen una forma de crecimiento más dispersa, un crecimiento que quizá no se deje ver en las estadísticas comerciales». «Hacen hincapié en que la producción de salud y de alimento y la prestación de educación básica son requisitos imprescindibles para el crecimiento económico y el aumento de las capacidades humanas». Los halcones, por su parte, «empujan y arrastran a las economías y las sociedades de los países pobres hacia unas tasas de crecimiento elevadas acompañadas de la manufactura de productos

industriales y exportaciones». ¹⁰⁸ El dios de los halcones era el mercado del Atlántico Norte. Las palomas volcaban su fe en la voz y la actividad de las bases.

En el núcleo de la concepción de las palomas residía la participación popular. Los movimientos sociales habían inundado el Sur, y diversos tipos de redes del Tercer Mundo habían intentado establecer vínculos entre esos movimientos, así como entre los movimientos y sus no tan receptivos gobiernos. ¹⁰⁹ ¿Qué tiene el Sur?, preguntó Abdalla en 1988. «La respuesta es evidente, pero se suele pasar por alto: *la energía del pueblo*. Por tanto, antes que cualquier otra cosa, la independencia es dependencia del pueblo». ¹¹⁰ El Sur era rico en recursos naturales, pero su verdadera fuerza residía en su pueblo. El pueblo aludido aquí eran las masas, claro está; pero no solo las masas en un bloque indiferenciado. A medida que las viejas formaciones sociopolíticas, como los obreros industriales, eran desplazadas por la nueva geografía de la producción, fueron emergiendo otras nuevas. Los sindicatos de la época fordista encontraban muchas más dificultades para conducir a sus trabajadores y, por tanto, no eran tan capaces de presionar a las empresas transnacionales, que gozaban de mucho mayor dinamismo; la subcontratación dificultó influir en los grandes gigantes, que se ocultaban tras subcontratistas de usar y tirar que contrataban a trabajadores igualmente desechables. El sector de la economía sumergida eclipsó al sector formal no solo desde el punto de vista numérico, sino también en importancia. El proletariado de épocas anteriores dejó paso al proletariado precario, el «precariado», cuyas vidas estaban gobernadas por un entorno social sin garantías: empleos temporales y a tiempo parcial, puestos de trabajo desregulados y no sindicados... y, por supuesto, la población sin empleo que vivía al margen de los datos oficiales, ganando algo cuando podía y viviendo de su ingenio. En palabras de Guy Standing, la precariedad «lleva implícita una falta de identidad firme basada en el trabajo». ¹¹¹ Las nuevas formaciones sociopolíticas fueron adquiriendo significado a medida que la idea históricamente sólida del trabajador fue dejando paso a la del asalariado precario. Se pueden ver ejemplos significativos de ello en el movimiento de las mujeres, el movimiento indigenista o el movimiento de las chabolas y suburbios, entre otros.

Mujeres. La creciente dependencia del capital con respecto a las mujeres trabajadoras, ya fuera en el sector rural o industrial, presionó a las redes de mujeres para que se tomaran en serio la nueva transformación y organizaran esta nueva clase trabajadora internacional. Este tipo de discusiones apareció fugazmente en la Conferencia del Año Internacional de la Mujer celebrada en 1975 (Ciudad de México) y en la Conferencia Mundial sobre la Mujer de 1980 (Copenhague), a mediados de la década de la mujer. Después de la de Ciudad de México, la ONU creó en 1976 UNIFEM y ONU MUJERES, el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer, que se haría cargo del desembolso de fondos en todo lo referente a las cuestiones de género y desarrollo («se prestará especial atención a aquellos [proyectos] que benefician a las mujeres de las zonas rurales, a las mujeres pobres de las zonas urbanas y a otros grupos marginales de mujeres, en especial las más desfavorecidas»).¹¹²

La solidaridad no iba a ser fácil. En 1982, la Asociación de Mujeres Africanas para la Investigación y el Desarrollo (junto con la Fundación Dag Hammarskjöld) celebró un seminario en Dakar, Senegal. Estuvo coordinado por la presidenta de la asociación, Marie-Angélique Savané, que posteriormente formaría parte de la Comisión del Sur. Reunió a pensadoras destacadas de todo el Sur para debatir la idea de «otro desarrollo para las mujeres». En sus comentarios, Savané señalaba las brechas que se habían ensanchado entre las mujeres del Norte y las del Sur: «La deriva de sectores industriales como el textil y el electrónico hacia el Sur acentúa los conflictos entre las mujeres del Norte y las del Sur, y erige un obstáculo formidable para las tentativas de constituir una política de solidaridad entre las trabajadoras del Norte y del Sur». ¹¹³ El seminario mantuvo un «animado debate» sobre la solidaridad en torno al eje Norte-Sur. Los términos del debate eran claros, aun cuando Savané tiende a trazar las líneas con demasiada contundencia y sin muchos matices:

En Europa, las mujeres han concentrado sus esfuerzos principalmente en problemas como la igualdad entre los sexos, la organización del trabajo doméstico y la atención a los niños y el derecho a tener hijos o no. En el Tercer Mundo, las demandas de las mujeres han sido más explícitamente políticas, donde el trabajo, la educación y la salud eran temas fundamentales *per se*, y no necesariamente tan vinculados a su

impacto concreto sobre las mujeres. Además, las mujeres del Tercer Mundo perciben que el imperialismo es el principal enemigo de sus continentes y, en especial, de las mujeres; algo que raras veces se comprende en todo su alcance en el Norte.¹¹⁴

Desde 1985 hasta 1995, el proceso de la ONU zozobró en los escollos de estos puentes maltrechos. Sin embargo, permitió que las activistas del Sur se reunieran e intentaran construir una plataforma contra la nueva dispensa; con frecuencia, aunque no siempre, con aliados del Norte.

En la Conferencia Mundial para el Examen y la Evaluación de los Logros de la Década de las Naciones Unidas para la Mujer: Igualdad, Desarrollo y Paz, celebrada en Nairobi en 1985, afloró un poderoso sentimiento de que no se debía considerar a las mujeres meras ayudantes de la respuesta sociopolítica ofrecida a las nuevas condiciones, sino un elemento central. La secretaria general de la conferencia de Nairobi, la filipina Leticia Shahani, señaló «la paradoja existente entre el compromiso internacional con la promoción de las mujeres y el desequilibrio cada vez mayor de la economía global».¹¹⁵ Los «derechos de las mujeres» habían adquirido un aura sagrada; todo el mundo estaba a favor de ellos. Pero no todo el mundo estaba dispuesto a reconocer que la modificación a escala planetaria de las relaciones económicas y sociales afectara de forma negativa y desproporcionada a la vida de las mujeres. Las nuevas realidades económicas y sociales impulsaban a las delegaciones nacionales de mujeres y a las diferentes organizaciones no gubernamentales del Sur (en lo que se conoció como «Foro 85») a explorar las consecuencias de la crisis para la vida de las mujeres en sus respectivos países. Tanto la transformación estructural de la economía mundial, que asediaba especialmente a las mujeres en su doble condición de trabajadoras y agentes sociales y familiares, como la evolución política de la década, intensificó y radicalizó el trabajo de las organizaciones de mujeres.

Como señaló la socióloga senegalesa Fatou Sow, las actividades de la década concedieron a las mujeres del Sur el «derecho a hablar y el derecho a ser escuchadas» (*le droit à parole*).¹¹⁶ En reconocimiento de esta evolución, Gita Sen y Caren Grown, de la red Alternativas de Desarrollo con las Mujeres para una Nueva Era (por sus siglas en inglés, DAWN, Development Alternatives with Women for a New era) señaló en septiembre de 1986 que

las mujeres de todo el mundo habían conseguido «forjar unos movimientos de base y redes mundiales de mujeres que jamás habían existido antes».¹¹⁷ Devaki Jain, una de los fundadoras de DAWN, y Savané llevaron a la Comisión su relación con este nuevo movimiento. Jain informaba a DAWN en sus diversas reuniones y fue incluso calificada en una publicación del DAWN como «su representante ante la Comisión del Sur».¹¹⁸ Como productoras y como ciudadanas, las mujeres debían estar en el corazón de la nueva senda concebida por la Comisión del Sur.¹¹⁹ Ese era uno de los objetivos de Jain y Savané, pero no se iba a hacer realidad por entero. Como señaló la feminista y asesora finlandesa de la ONU Hilikka Pietilä en su comentario sobre el informe de la comisión, pervivía la tendencia encaminada «hacia la igualdad de las mujeres y los hombres solo sobre la base de las condiciones existentes, es decir, masculinas». No lograba sacudir los cimientos del desarrollo y ofrecer un marco de trabajo alternativo, centrado en los pueblos.¹²⁰

El Cuarto Mundo. En 1974, líderes indígenas de América, Australia y Nueva Zelanda celebraron una conferencia para constituir el Consejo Mundial de Pueblos Indígenas (CMPI). Uno de los fundadores del CMPI fue el jefe indio George Manuel, que acababa de escribir un libro titulado *The Fourth World: An Indian Reality*.¹²¹ Una de las camaradas de Manuel, Marie Smallface, había pasado unos cuantos años en Zambia, donde conoció y se casó con Jake Marule, un activista del Congreso Nacional Africano (CNA). En una reunión organizada por ellos en Ottawa, Manuel mantuvo una conversación con el diplomático tanzano Mbuto Milando, quien acuñó la expresión «cuarto mundo». Aquello le permitió a Manuel agrupar a los indígenas o los pueblos autóctonos bajo un concepto unificado: «Cuando los pueblos indígenas vivan a su manera, según sus propias culturas y tradiciones, eso será el Cuarto Mundo».¹²² El CMPI dedicó su primera década de existencia a forjar alianzas con pueblos indígenas de todo el planeta.¹²³ Fue un acuerdo rápido, pues los grupos encontraron un hogar receptivo en el CMPI. Las afirmaciones morales realizadas por el CMPI estimularon a la ONU para que en 1977 auspiciara una conferencia bajo el epígrafe de «Discriminación contra los Pueblos Indígenas de América», de la que surgió el proceso que en

1982 condujo a la creación del Grupo de Trabajo de la ONU sobre Pueblos Indígenas. Muy pronto, en respuesta a las luchas contra la apropiación de tierras y el expolio de recursos, el CMPI y el Grupo de Trabajo de la ONU empezaron a articular una política de conservación y uso de los recursos, en lugar de la vieja política basada en cuestiones morales.¹²⁴ Las concesiones de explotaciones mineras y madereras empezaron a abrirse paso en regiones controladas por pueblos indígenas, a menudo con la aquiescencia de estos y, sin duda, sin que obtuvieran con ello demasiados beneficios. Esta práctica se convirtió en el motivo central de descontento, desde Ecuador hasta Indonesia. Sería la base para que, como dijo el jefe Manuel, los pueblos indígenas se independizaran. En julio de 1989, el movimiento dio un paso más allá cuando las mujeres indígenas pasaron a un primer plano en el Foro Internacional de Mujeres Indígenas. Aquí las activistas reconocían que las mujeres, en sus comunidades, desarrollaban y participaban en la inmensa mayoría de las luchas contra la invasión de sus tierras.

Los pueblos indígenas y el indigenismo no ingresaron en el vocabulario de la Comisión del Sur, pero los temas generales del movimiento del Cuarto Mundo sí aparecieron en las discusiones. El comentario hecho por Abdalla en 1989 apuntaba en esa dirección con su evaluación de la virulenta capacidad de destrucción del medio ambiente.¹²⁵ Pero ni siquiera allí el gesto apuntaba hacia los movimientos indígenas que combatían la construcción de grandes presas, la explotación de minas de hierro, la deforestación y demás. Por trágico que resultara, las acciones de los indígenas encontraban tanta resistencia en los gobiernos nacionales del Sur como en las empresas transnacionales que trataban sus tierras como *terra nullius*. El jefe Manuel viajó a Tanzania en 1971, se reunió con Nyerere y discutió la idea de *ujamaa* (familia), de la que posteriormente dijo que influyó en sus ideas sobre el Cuarto Mundo. Pero la consideración que Nyerere sentía por este dirigente indígena canadiense no llegaba a extenderse a la que pudiera experimentar hacia los Barabaig, un clan del pueblo Datoga dedicado al pastoreo que recorría Tanzania a su antojo. En 1968, el gobierno de Nyerere expulsó a los Barabaig de sus territorios originarios.¹²⁶ Ese fue el tipo de desplazamiento que se había vuelto habitual en el Sur, y es precisamente lo que alentó a los grupos políticos independientes a organizarse para abrazar la categoría de lo

indígena, unirse al CMPI y trabajar a través de los cauces abiertos por la ONU. No obstante, la Comisión del Sur, consciente de los temas planteados tanto por estos movimientos de lucha como por los nuevos actores sociales nacidos de ellas, no los consideró esenciales para el nuevo proyecto.

Los habitantes de suburbios. En la década de 1970 estallaron una serie de disturbios del FMI en ciudades de África y América Latina. Se les solía llamar también «disturbios por el pan», porque la gente que tomaba las calles estaba furiosa por la incapacidad de sus Estados para controlar el precio de alimentos básicos. Entre 1976 y 1982 se produjeron al menos 150 de estos disturbios. Se han calificado como «acciones colectivas a gran escala que incluyen manifestaciones políticas, huelgas generales y disturbios, que están animados por quejas contra las políticas estatales de liberalización económica instauradas para responder a la crisis de la deuda y por las reformas del mercado promovidas por las agencias internacionales».¹²⁷ Esas acciones iban dirigidas no solo contra las políticas impulsadas por el FMI, sino también contra las medidas de planificación urbanística de las élites nacionales, ahora más confiadas. Los programas de desalojo de suburbios eran frecuentes, ya fuera para recuperar la ciudad en aras de la expansión de la élite nacional o para celebrar grandes eventos (exposiciones, acontecimientos deportivos, cumbres internacionales). Las palas mecánicas y las armas llegaban allí para demoler viviendas obreras y para desplazar a los trabajadores a las afueras de las ciudades. La combinación de desalojo de suburbios urbanos y el aumento de los precios de los alimentos básicos crearon las condiciones para la aparición de la política de los suburbios, según la cual los trabajadores de la economía oficial y la economía sumergida hacían causa común y forjaban nuevas identidades sociales de protesta.

En 1978, como consecuencia directa de la crisis de la vida en las ciudades, la ONU creó HABITAT, una agencia intergubernamental destinada a abordar el problema de la explosión de las ciudades y megaciudades, el carácter central de los pobres en las grandes urbes y la inestabilidad ocasionada por la falta de una política urbana democrática y social. Dos años antes, la ONU auspició una conferencia en Vancouver, Canadá, sobre «Asentamientos Urbanos», en la que Barbara Ward reunió a un grupo de

personas entre las que se encontraba el arquitecto Richard Buckminster Fuller. Reflexionando sobre el trabajo de la conferencia, Buckminster Fuller señalaba la explosión de los asentamientos ocupados, o los suburbios, y cómo «las personas que llegan a ocupar algo son muy ingeniosas en su forma de emplear los limitados materiales disponibles para proporcionarse cobijo». Basándose en este análisis, y rechazando el miedo a los suburbios y sus habitantes, el Comité Ward instaba a los gobiernos del mundo a «decretar que toda la tierra que fuera ocupada por ellos se calificara como suelo público en el que se permitiera quedarse a las personas».¹²⁸ Los «okupas» acababan de ingresar en la historia del mundo como actores políticos, pero nadie parecía dispuesto a darles la bienvenida.

A finales de febrero de 1989, el gobierno de Venezuela presidido por Carlos Andrés Pérez aumentó el precio del petróleo un cien por cien. Como es natural, los autobuses tuvieron que elevar el precio del billete. Sucedió una semana después de que el gobierno anunciara que el FMI había tomado las riendas de la situación. El 27 de febrero los estudiantes de la ciudad iniciaron una sentada a la que se unió la población en general. Caracas fue la principal sede de las protestas, pero las hubo simultáneamente en otras ciudades. Los *marginales** afluyeron a la ciudad y se hicieron cargo del espacio público.¹²⁹ A las seis de la tarde del 28 de febrero, el presidente Pérez apareció en televisión y en las emisoras de radio y, acompañado de su gabinete, anunció la suspensión de las garantías constitucionales e impuso la ley marcial. El presidente parecía abatido y avejentado.

La policía salió a la calle y corrió la sangre. Como sostiene Margarita López Maya, «el exceso de reacción represiva, con la violación importante de los derechos humanos, formaba parte en realidad de [una] debilidad institucional [generalizada]». La incapacidad para abordar la profunda crisis política y económica dio lugar a un Estado incapaz de hacer frente a sus consecuencias sociales: «La ausencia de actuación al comienzo de las protestas ha desembocado en la atroz represión de los días posteriores, lo que pone de manifiesto la incompetencia de las instituciones públicas en general».¹³⁰ Pérez, uno de los socios fundamentales de Nyerere en la Comisión del Sur, había quedado manifiestamente desacreditado por el *Caracazo*. No tenía ningún plan para sacar a Venezuela de sus apuros.

Enfermo, postrado en el lecho de un campamento militar, el teniente Hugo Chávez tuvo noticia del levantamiento. Cuando al cabo de pocos días regresó a sus obligaciones, la guardia presidencial se quejaba de que desde hacía mucho querían disparar a los civiles. Querían otra dispensa para hacerlo.¹³¹ No fue así como el presidente interpretaba los hechos. Pérez consideraba que el *Caracazo* era obra de fanáticos, de unos agentes antisociales fabulosos. No tenía el menor control sobre los acontecimientos de Caracas. No comprendía lo más mínimo la nueva identidad social, la política de los pobres de las ciudades. Otros miembros de la comisión sí tenían cierta idea de lo que significaba este movimiento, pero esa idea no moldeó sus debates. Los pobres de las ciudades no eran sus aliados; eran simplemente un síntoma del problema.

Las mujeres, el Cuarto Mundo y los habitantes de los suburbios sacaron a la luz problemas de las privaciones y el colapso medioambiental, de la desigualdad de recursos y las enfermedades sociales. Fue este recrudecimiento de la situación lo que permitió decir a Abdalla, de la Comisión del Sur, que las personas deben recuperar «su legítimo lugar en el desarrollo, tanto en su condición de agentes como de beneficiarios». Situar a las personas en el centro no debía ser una mera cuestión retórica; tenía que encontrar asidero en la realidad. Los agentes eran esos, pero habían desaparecido de la narración.

En lugar de dirigirse a los activistas y las organizaciones de aquel levantamiento, los comisionados recurrieron a Poona Wignaraja, una profesora universitaria de Sri Lanka que trabajaba en la Universidad de Naciones Unidas y anteriormente había dirigido la Sociedad para el Desarrollo Internacional. Si había que permanecer en el marco de Brandt, señalaba Wignaraja, «no es necesario buscar demasiadas ideas nuevas».¹³² La expresión de Brandt era sencilla: «Redistribución con crecimiento», una modalidad de keynesianismo internacional con un programa tan viejo como el de la década de 1930. Una propuesta alternativa optaría por «las energías creadoras del pueblo, los recursos y el conocimiento locales». Si las personas formaba sus propias organizaciones, serían capaces de erigir un contrapoder que «condujera a una democracia más sana». Wignaraja presentaba varios

ejemplos concretos de dos tipos distintos. Uno adoptaba la forma de la ocupación de tierras que constituía el equivalente rural de las rebeliones de los suburbios. En la década de 1970, campesinos sin tierra se apropiaron de fincas privadas en lugares como Anta (Perú) y Attock (Pakistán). La apropiación de la tierra iba seguida de su utilización creativa y de experimentos novedosos de gobierno local. Los partidos de izquierda formaron parte de estas batallas y tenían cierta base en la labor catalizadora de las masas de las organizaciones de campesinos afiliados. El otro tipo de ejemplo procedía de las organizaciones voluntarias dirigidas por líderes carismáticos, como la Deedar Comprehensive Village Development Cooperative Society, fundada en 1960 en Bangladesh por un destacado ex propietario de un puesto de té, Mohammed Yeasin. Fue una precursora del Grameen Bank de Muhammad Yusuf, fundado en 1976.¹³³ Wignaraja señalaba estos y otros sucesos, pero no los analizaba en su totalidad en función de sus orígenes (como frutos de un movimiento de masas, de la labor realizada por dirigentes carismáticos o de levantamientos espontáneos). La fe que Wignaraja depositaba en el «pueblo», entendido como una abstracción, inundaba su análisis y, sin embargo, había algo muy poderoso en la idea de que, si se observaba con detenimiento los cambios, se podían ver las semillas de un nuevo paradigma. Cuando los desposeídos presionaron para que sus opiniones fueran incluidas en los programas, se encontraron con los límites del sistema vigente y tuvieron que forcejear políticamente con esos límites. En ese sentido, la participación era «una necesidad básica».¹³⁴

Una de las razones por las que la idea que Wignaraja tenía del «pueblo» incurrió enseguida en su variante más abstracta fue que la mayoría de los comisionados desconfiaban del recién promovido sector no gubernamental. A partir de la década de 1970, el Banco Mundial ofreció un antídoto populista a su crítica del Estado ineficiente del Tercer Mundo: el sector popular, que se canalizaría a través de organizaciones no gubernamentales (ONG). Desde mediados de la década de 1970 hasta finales de la de 1980, el sector de las ONG proporcionó al liberalismo su rostro más comunitario. El lenguaje de la capacitación, de las bases sociales y del poder popular disfrazaba las argumentaciones sobre la desmembración de las economías nacionales y los planes de bienestar gestionados por el Estado. Las ONG acabaron

convirtiéndose a menudo en meros cauces para hacer llegar la ayuda exterior oficial (gubernamental) y no oficial (de donantes privados), que con frecuencia se canalizaba gracias a los intereses del donante en cuestión, y no de las necesidades reales de la zona en la que operaba la ONG.¹³⁵ No era raro que los comisionados se preocuparan por la insinuación de que se establecían programas y calendarios nefandos en nombre del pueblo. Por otra parte, si hubieran entendido que «pueblo» significaba concretamente aquellos que se encontraban en medio de una lucha esencial de los movimientos de masas para preservar sus medios de vida o para garantizar que su vida cotidiana no quedaba comprometida por el consumismo y la avaricia, habrían sido capaces de ser mucho menos ambiguos en sus formulaciones. Wignaraja daba por perdidos tanto el movimiento de las ONG (Grameen) como los movimientos campesinos de masas (Anta y Attock). Los primeros eran una parodia de la bandera de la rendición ante las motivaciones imperialistas, mientras que los últimos suscitaban pánico en el corazón de una estrategia de desarrollo nacional esencialmente burguesa que se resistía propiamente a compartir el expolio con el campesinado. Era más fácil interpretar que «el pueblo» era un ideal abstracto, y no verlo en su realidad.

El Grupo de Trabajo sobre Desarrollo Nacional asumió las cuestiones planteadas por las palomas: «Mediante la devolución efectiva y la descentralización, la planificación del desarrollo puede y debe basarse en las reservas de conocimiento acumuladas y en la experiencia de las bases y los ámbitos locales».¹³⁶ Cuando no se incorpora a la gente a los procesos de desarrollo y planificación, el Estado adopta una actitud paternalista. Esta situación se traduce en «las actitudes de apatía generalizada que, en última instancia, han debilitado la capacidad del propio Estado para afrontar las labores del desarrollo».¹³⁷ Un enfoque «de abajo a arriba» favorece un consenso amplio sobre los diferentes senderos que quizá se deban tomar, aun cuando parte de ellos deban necesariamente afectar al bienestar a corto plazo de algunos sectores de la población. Si las nuevas tecnologías entran en el sector rural, desplazarán a las personas; si es necesaria la producción a gran escala para absorber a los desempleados, ese modelo de producción ocupará tierras; si se desarrollan empresas comunitarias a pequeña escala, recortarán los beneficios de la producción artesanal independiente. Todo eso es seguro

que sucederá. Como señaló Manley, «a menos que se alcance un consenso [sobre] materias de este tipo, sobre todo en una sociedad plural, las reacciones ante semejante modernización podrían perfectamente perturbar el proceso de desarrollo».¹³⁸ Pero esa participación popular no solo tenía por finalidad alcanzar un consenso entre las masas. También había que reconocer que las grandes masas tenían que beneficiarse de las transformaciones realizadas durante el proceso. Y que quizá también quisieran participar en el diseño de las políticas.

Para abordar las cuestiones relacionadas con la pobreza y el desempleo, la alternativa por defecto había acabado siendo la de buscar el crecimiento en el sector de las exportaciones, lo que significaba conectarse con la nueva geografía de la producción (*maquiladoras*,* zonas económicas especiales, etc.), en las que la mano de obra barata del Sur ofrecía a los propios países del Sur las condiciones para obtener algunos ingresos, unos beneficios modestos por la transferencia de tecnología y cierta esperanza de un despegue industrial que se parecía a lo que el Banco Mundial decía que había sucedido en los países recién industrializados (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán). En este escenario, las corporaciones transnacionales se introdujeron en el Sur y los Estados tuvieron que «someter su desarrollo local a la estrategia global» de las corporaciones transnacionales.¹³⁹ Si no se tomaba en serio el contexto en que se daba la industrialización, entonces se corría el riesgo de que la promoción de la industria beneficiara sencillamente a las corporaciones transnacionales (y a la acumulación de capital), en lugar de mejorar el bienestar del pueblo.

Como la Comisión en su conjunto no adoptó este enfoque orientado hacia el pueblo, en el documento final solo hace alguna que otra aparición esporádica.¹⁴⁰ Por esa razón, el enfoque en sí no se desarrolla en su plenitud, aunque sí aparecen algunos de sus elementos en las diversas intervenciones realizadas por miembros concretos de la Comisión.¹⁴¹ Ni siquiera en la literatura general sobre desarrollo se expone por completo este enfoque. A veces aparece de tal forma que se pueda considerar enormemente romántico, pero en su mayor parte se presenta poco a poco, fragmentada. En aquella

época no había ninguna elaboración sistemática de esta posición, como tampoco la hay hoy día. Pero existen cuatro elementos fundamentales en esta posición:

Necesidades esenciales. Ante una penuria tan acusada en tantas regiones del mundo, era inconcebible que una estrategia centrada en el pueblo evitara la cuestión de las «necesidades esenciales».¹⁴² Era imperativo apoyar los movimientos sociales y políticos que buscaban modificar el carácter de clase del Estado, para así establecer medidas que satisficieran las necesidades esenciales de la población.¹⁴³ Había que presionar al Estado para que suministrara prestaciones sociales, como atención sanitaria, asignaciones mínimas de alimentos, educación y seguridad frente a la violencia masculina. Este tipo de beneficios no solo mejoraría la calidad de vida de la población, sino que también brindaría un mecanismo para generar demanda desde abajo.¹⁴⁴ Y esto, a su vez, representaría un estímulo inmenso y socialmente beneficioso para la economía.

Producción para el consumo interior. El problema de la clase trabajadora, el campesinado y los trabajadores del sector informal era que la riqueza que producían se escapaba enseguida de sus localidades y ponía rumbo hacia sus compatriotas ricos y con propiedades y, en última instancia, hacia las «ciudades globales» (Nueva York, Londres, Fráncfort, Singapur, Hong Kong). El proyecto desde abajo tenía que esforzarse por mantener el excedente de los pobres en sus propias manos. Para impulsar los hechos en esta dirección, Devaki Jain propuso que se organizara la producción para el consumo interno. En lugar de apoyar el desarrollo industrial para la exportación, Jain, Abdalla y Rodríguez esperaban forjar una nueva estrategia de producción que fomentara el consumo entre los propios productores. «Las pequeñas industrias (ya sean urbanas o rurales) —escribió Abdalla en 1989— son por definición generadoras de más empleo (o mano de obra intensiva) que muchas grandes industrias, puesto que sus tecnologías son lineales. Es más, por este motivo se pueden reproducir en cualquier lugar sin que pierdan demasiada eficiencia. En consecuencia, hacen más por ampliar la base de las artes tecnológicas que las industrias a escala gigantesca».¹⁴⁵ Por supuesto,

había sitio para producción a muy gran escala, pero no se debía vincular toda la energía para el desarrollo a las industrias gigantescas. El ámbito de la producción para el consumo interior emplea a un amplio número de trabajadoras autónomas y de la economía sumergida, cuyo bienestar raras veces aparece en el radar de los planificadores del desarrollo.¹⁴⁶

Planificación centrada en el pueblo. No tenía ningún sentido satisfacer necesidades esenciales, ni diseñar la producción para el consumo interior, si la totalidad del proceso de desarrollo se organizaba de nuevo desde arriba hacia abajo. Para generar una actitud y un espíritu adecuado de abajo arriba, era necesario fomentar el proceso de planificación participativa o centrada en el pueblo. Este aspecto acabaría siendo central para las administraciones locales del Partido de los Trabajadores brasileño en São Paulo y Santo André, así como en los experimentos de gobierno del Frente Democrático de Izquierdas con la planificación regional en Kerala.¹⁴⁷ En esta fase era una idea embrionaria.

Solidaridad. El llamamiento a la participación popular no es un llamamiento al localismo provinciano. Abdalla proponía que los Estados del Sur establecieran vínculos regionales para aprovecharse de todo aquello que pudieran compartir y, al mismo tiempo, crear bloques de solidaridad capaces de resistir la presión del Norte. Los Estados pequeños, debilitados y con élites que no estaban dispuestas a plantarse ante el G-7 se verían fortalecidos con esa solidaridad.¹⁴⁸

En palabras de Abdalla, las palomas de la Comisión querían dejar que el pueblo escogiera «su legítimo lugar en el desarrollo, tanto en su condición de agentes como de beneficiarios». Era este doble papel el que diferenciaba la arremetida de las palomas. Pero no iba a suceder: la falta de claridad de este enfoque permitió que los halcones secuestraran el lenguaje de «desarrollo centrado en el pueblo». En respuesta al informe de la Comisión del Sur, Michel Camdessus, director del FMI, escribió celebrando la idea y, a continuación, la definía: «La introducción de una mejor gestión de la economía y una mayor transparencia en la política, la eliminación de complejos procedimientos normativos, la creciente responsabilidad de las

instituciones públicas y la difusión entre el público de la información adecuada sobre la situación económica». ¹⁴⁹ Para Camdessus, el pueblo no se componía de actores, sino de espectadores: observaban al gobierno, pero no hacían que sucediera así. El desarrollo centrado en el pueblo había quedado sometido a la agenda neoliberal, cuyos principales pilares eran la desregulación y el buen gobierno.

LA COOPERACIÓN SUR-SUR

Las discrepancias entre los comisionados en la reunión de Nueva Delhi de noviembre de 1989 casi desbarataron el proceso. La diestra mediación de Nyerere mantuvo las cosas en su sitio. Cuando empezó a circular el borrador del informe final, los comisionados favorables a la participación popular expusieron sus objeciones, mientras que los demás adoptaron un aire despectivo. No tenían tiempo para semejantes frivolidades. Los desacuerdos entre los comisionados habían sido frecuentes, pero ahora, cuando trabajaban en el borrador, las fisuras se ensancharon. Sonny Ramphal ya había dejado su sello en las primeras reuniones. «Al reflexionar sobre la cooperación funcional Sur-Sur —escribió a Manmohan Singh en 1987— debemos ir más allá de las preocupaciones tradicionales. ¿De qué formas, por ejemplo, se podría ayudar al sector privado y a otras modalidades de cooperación no gubernamental?». ¹⁵⁰ Ramphal se llevó el borrador a Londres, donde su Secretaría de la Commonwealth trabajó en él. ¹⁵¹ Manmohan Singh y su Secretaría también trabajaron en el documento. De vez en cuando, el informe final evoca el lenguaje de la participación popular, pero el marco es muy distinto del que esperaban las palomas. El informe se fundamentaba en una teoría del desarrollo por fases: primero, el Estado poscolonial debe abandonar la economía agraria para aproximarse a la industrial, y solo entonces se plantearían de forma genuina las cuestiones de la equidad. Si se lograba dejar a un lado la excesiva deuda y las rigideces de la propiedad intelectual, entonces las economías del Sur serían capaces de crecer. Si las economías lograban crecer, entonces llegaría la equidad; no crecimiento y equidad (el lema de Nyerere), sino primero crecimiento y después, equidad.

El carácter central del crecimiento aflora en la mayor parte de los documentos de trabajo, pero en ninguno con tanta fuerza como en el del Grupo de Trabajo sobre el Papel del Sector Empresarial. «El informe de la Comisión —señala el artículo— no debería dar la impresión de que estamos contra el crecimiento. De hecho, sin un crecimiento fuerte no puede haber solución sensata a los problemas sociales y económicos del Tercer Mundo». Los comisionados sostenían que el crecimiento debía ser la tarea primordial, pero que no debería producirse sin una preocupación por las consecuencias sociales del mal desarrollo.¹⁵² Por tanto, «si no se prestaba la suficiente atención, el crecimiento podría ser potencialmente muy perturbador. El mensaje que debemos transmitir es que se trata de una condición necesaria, pero no suficiente, para el desarrollo equitativo sostenido».¹⁵³ El secretario del grupo de trabajo era Ghazali Shafie, un antiguo ministro de Asuntos Exteriores y del Interior de Malasia. Tenía interés por el crecimiento y las empresas (en 1971 diseñó la Nueva Política Económica de Malasia, que presentaba la promoción del crecimiento como la senda para la igualdad étnica y de clase).¹⁵⁴ La petición de sostenibilidad e igualdad parecía falsa viniendo de un magnate de los bosques madereros de Papúa Nueva Guinea.

Así pues, no era ninguna sorpresa que el documento final contuviera una conclusión con un «subtítulo» («Development: First Things First»; «Desarrollo: Lo primero es lo primero»), que señalaba que la primera prioridad era incrementar la tasa de crecimiento, sin tener en cuenta en absoluto la equidad. «La mayoría de los países en vías de desarrollo tendrán que expandir sus economías a un ritmo bastante rápido para satisfacer las legítimas aspiraciones de su pueblo», proclamaba *El reto del Sur*. «Para proporcionar un medio de vida decente a todos aquellos que ingresan en el mercado laboral, el Sur necesita crecimiento económico fuerte, incluyendo avances tanto en la agricultura como en la industria. Este proceso de crecimiento comportará un incremento significativo del uso de recursos naturales, al que la comunidad internacional tendrá que ajustarse si el Sur debe alcanzar sus objetivos de desarrollo sin dañar la estabilidad ecológica global».¹⁵⁵ La cuestión del equilibrio ecológico no debía ser objeto de mofa. Procedía directamente de la Comisión Mundial de la ONU sobre Medio Ambiente y Desarrollo de Brundtland (1987). El Informe Brundtland

consideraba que la pobreza era la causa principal de degradación medioambiental (no el desarrollo capitalista), de manera que pedía a los países que alcanzaran «su pleno potencial de crecimiento» mediante «elevados niveles de actividad productiva».¹⁵⁶ Las preocupaciones por las actividades ilícitas y la contaminación industrial quedaron relegadas a las estrategias de supervivencia de los pobres. Bhopal no estaba sin duda en el primer plano.¹⁵⁷ No iba a haber ninguna alternativa a las estrategias de crecimiento del Atlántico Norte, que el Sur sencillamente debía imitar. El problema no era la estrategia de crecimiento en sí, sino la incapacidad del Sur para adoptarla.

La estrategia de crecimiento del Sur se vio obstaculizada por el G-7, que ni permitiría que la deuda desapareciera, ni reorientaría las normas del GATT en beneficio del Sur. Lo que Ramphal y su cohorte proponían era que el Norte eliminara esas barreras de tal modo que el Sur pudiera implantar de forma adecuada las restricciones del neoliberalismo. Resultaba llamativamente ingenuo que estos defensores e intelectuales avezados creyeran que el Norte realizaría estas concesiones cuando había reorganizado su propia estrategia de acumulación en torno a las finanzas y la propiedad intelectual. Los principios generales del programa neoliberal inspiraban el informe final. Aparte de la suave sugerencia de reducir el papel del Estado en la vida económica, aparece la contundente propuesta de que la senda hacia el desarrollo debe basarse en el crecimiento orientado a la exportación y no en el aumento del consumo interior: «La importancia del rendimiento de las exportaciones para la recuperación económica y la industrialización se ha vuelto más visible cuando la escasez de moneda extranjera se ha convertido en el principal obstáculo para el crecimiento económico».¹⁵⁸ La exportación como salida para la pobreza debió de ser la consigna para la elaboración del informe final, pero eso no iba a hacer posible que se redactara un documento de consenso. Las recomendaciones tenían que aparecer endulzadas.¹⁵⁹ Había que evitar la ideología: hacía falta introducir el neoliberalismo disfrazado de pragmatismo.

La narración sobre los orígenes del neoliberalismo formulada por especialistas como David Harvey deja al margen el papel de la desaparición del proyecto del Tercer Mundo, así como el compromiso entusiasta con la

ideología por parte de las élites emergentes de las «ciudades globales» de África, Asia y América Latina. El FMI no les impuso estas ideas por la fuerza; acudieron a ellas voluntariamente. En algunos casos, las élites se ampararon en el FMI, que les permitió que le culparan de unas medidas que, de otro modo, habrían sido políticamente indeseables si hubieran venido de unos partidos políticos ya debilitados. El atractivo del neoliberalismo es que parece un discurso de igualdad de oportunidades (la innovación y el emprendimiento de cualquiera frente a la autoridad reglamentada del Estado), pero que por supuesto tiene efectos muy divergentes porque tiene que operar en unas condiciones sociales enormemente desiguales. Las élites del Sur lucharon contra la expectativa nacionalista de que mantuvieran un compromiso patriótico y social con la clase trabajadora y el campesinado, cuyas batallas habían conquistado la libertad de sus países hacía una generación. El mérito avasalló al patriotismo. Haciéndose eco de Margaret Thatcher, para las élites del Sur la cuestión era: no había ninguna nación, solo familias.¹⁶⁰

El Norte no tendría ni mérito ni patriotismo. Quería que le pagaran las deudas y quería proteger su control sobre los avances tecnológicos. Cuando Oxford University Press entregó a los correctores las pruebas de *El reto del Sur* para que las revisaran, uno de ellos se sintió agraviado por las veces que aparecía el término «neocolonialismo» y por la idea clave del análisis de la crisis de la deuda y la Ronda Uruguay: «Es una simplificación que en relación con esto el Informe Sur hable de “neocolonialismo”. Es evidente que la crisis de desarrollo es en primera instancia resultado de unas políticas interiores erróneas en el Sur».¹⁶¹ Las perspectivas del lector se ampliarían cuando se hiciera público el informe; y el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas lo debatió en julio de 1991. El comentario de Suiza es representativo. Se oponía a «los puntos de vista hostiles y excesivamente inflexibles acerca de las relaciones económicas internacionales» y le disgustaba «la tendencia a citar determinados defectos de la economía de mercado para justificar propuestas de mayor intervención estatal, que socavarían las reformas que se habían propugnado». Al igual que el lector de Oxford University Press, los suizos señalaban «la responsabilidad de los propios países en vías de desarrollo en la gestión de su economía».¹⁶² Reino

Unido deseaba que el Sur trabajara con el Norte para completar la Ronda Uruguay, lo que «se traducirá en una mayor liberalización del comercio» y permitirá «que los más competitivos obtengan su recompensa. El Norte puede ayudar al Sur invirtiendo dinero y tecnología en la región, pero antes de hacerlo los países del Sur deben comprometerse a respetar la propiedad intelectual y racionalizar sus actualmente ineficaces economías. Este último punto está siendo aceptado de forma generalizada al menos por los países desarrollados».¹⁶³ Por desgracia, la opinión del Norte encontró reflejo en K. K. S. Dadzie, Secretario General de la UNCTAD, la abolladura del escudo protector: «El Sur debería aceptar la responsabilidad primordial sobre su propio destino».¹⁶⁴

El comentario de Dadzie apuntaba en dirección a la principal propuesta de la Comisión del Sur: incrementar la cooperación Sur-Sur. Tal vez el Norte no fuera un socio activo, pero el Sur podía aprovechar sus propios recursos y sus mutuas interacciones. No obstante, el tipo de cooperación Sur-Sur a la que se aludía se parecía muy poco a las economías de solidaridad del proyecto del Tercer Mundo, al trueque de un petróleo rebajado a cambio de bienes de consumo, o de bauxita por hierro. «Quizá también haya llegado el momento de buscar más allá de las formas y mecanismos tradicionales de cooperación Sur-Sur —señalaba Dadzie—. Hay otras posibilidades. Por ejemplo, se podría favorecer la cooperación mutua entre países en vías de desarrollo no en términos de acuerdos exclusivos pensando en el interior de cada país, sino como medio de mejorar la eficiencia y la competitividad generales de los sectores productivos de cada país y de elevar el nivel de las exportaciones a todos los destinos».¹⁶⁵ Había que utilizar las «sinergias» del Sur para crear una estrategia de desarrollo nacional orientada a la exportación. En lugar de preocuparse por las necesidades de su población, los gestores del Estado tenían ahora la responsabilidad de administrar que su población satisficiera las necesidades de la Gran Cadena de las Mercancías. Eso es precisamente lo que el informe quería decir cuando defendía la cooperación Sur-Sur.

Había que industrializar el Sur. La directriz que la Comisión proponía se orientaba a la industria pesada: bienes de equipo, fertilizantes, petroquímicas, farmacéuticas, acero y energía.¹⁶⁶ Como no se iba a promover el sector

público, el informe señalaba la existencia de «multinacionales del Tercer Mundo» que habían demostrado «su buena disposición para aceptar una cuota de participación mucho más baja comparada con la de las multinacionales de los países desarrollados. Por tanto, hay mucho menos temor a que estos países ejerzan control político y económico sobre los recursos naturales de los países en vías de desarrollo anfitriones».¹⁶⁷ La comisión no daba ejemplos, pero a muchos les vino a la cabeza la década de 1980. Están las expansivas empresas surcoreanas que salieron de su península rumbo al resto de Asia: Samsung, Goldstar y Hyundai. Otras empresas radicadas en Taiwán, Singapur y Hong Kong se apresuraron igualmente a salir de sus islas hacia tierras lejanas, sobre todo Malasia e Indonesia. Las empresas hindus, como Birlas y Tatas, dejaron su huella en África y en el sudeste asiático. Embraer, de Brasil y el Grupo Bimbo y Vitro, de México, manufacturaban y vendían aviones, pan y vidrio en toda América Latina.¹⁶⁸ Para hacer posibles las actividades de estas multinacionales del Tercer Mundo, se pidió a los Estados del Sur que crearan un montón de instituciones, entre las que se encontraba un Banco del Sur, una Asociación de Bancos Centrales del Tercer Mundo, una Cámara de Comercio del Sur (a imagen y semejanza de la Cámara de Comercio de ASEAN), un Instituto de Investigación sobre el Desarrollo del Tercer Mundo y un Centro de Promoción de la Cooperación Sur-Sur. La comisión también quería revitalizar los bloques de cooperación económica regional (como la Comunidad Andina, el Acuerdo de Bangkok, el Consejo de la Unidad Económica Árabe y la Comunidad del Caribe o CARICOM).¹⁶⁹ Para hacer posible que el Sur sorteara la resistencia del Norte en este camino, y para realizar los preparativos técnicos para el diálogo Norte-Sur, la comisión subrayaba que era necesario crear una secretaría permanente: el Secretariado del Sur, que acabaría convirtiéndose en el Centro del Sur.

En uno de los primeros documentos, quienes propugnaban la vía empresarial (como Aldo Ferrer, Diaby Ouattara, Ghazali Shafie o Papic) querían que la Comisión reconociera que «los países recientemente industrializados (NIC) cuentan con el potencial necesario para imprimir dinamismo a la cooperación internacional, y que el Sur debería hacer uso de su experiencia y sus recursos en campos como el del desarrollo de recursos

humanos, la inversión, la tecnología y el acceso a los mercados».¹⁷⁰ Todos los ojos se volvieron hacia «el Milagro del Este Asiático». Si la Cuenca del Pacífico lograba despegar, ¿por qué no iba a hacerlo el resto del Sur? La senda de Corea del Sur y de Taiwán era difícil de defender; no porque el suyo fuera un capitalismo de Estado autoritario, sino porque esos países habían actuado bajo el paraguas político y militar de Estados Unidos. Resultaría difícil vender semejante ruta en el NOAL, donde la desconfianza hacia el poder de Estados Unidos se había intensificado durante la década de 1980. Cuando a finales de esa década la China socialista recurrió al mismo tipo de ruta, la alternativa quedó validada ante personas como Nyerere, la conciencia del Sur.

En 1989, Nyerere visitó China. Joan Wicken escribió después a Mnmohan Singh describiendo la fascinación que había sentido Nyerere:

Durante la visita al sur de China (la Zona de Economía Especial de Shenzhen y la provincia de Guangdong, esto es, la región que se conocía como Cantón), hemos vistos cambios muy impresionantes, tanto en el ámbito de la autonomía como en el de la «propiedad conjunta». Gran parte de esta última está circunscrita a la producción para la exportación; y en unos cuantos casos hacen poco más que introducir valor añadido a materiales importados antes de volver a venderlos en el exterior. En casi todos los demás casos (la empresa de piensos animales era la única excepción que reconocían) decían que los acuerdos constitutivos de la fábrica muy raras veces permitían que se vendiera más del 20% de la producción en el interior de China, y a veces ni eso.¹⁷¹

China solo aparece unas pocas veces en el informe (al comisionado de China, Jiadong Qian, un veterano diplomático de ese país, no se le erizó nunca el vello ni aportó demasiado a los documentos de la Comisión); pero cuando se la menciona es en tono ejemplar, calificándola de país capaz de «alcanzar un crecimiento económico rápido [...] apoyado por reformas de éxito en [su] sistema de planificación del desarrollo».¹⁷² Los países recientemente industrializados (NIC) y China eran los modelos, y para lo que servían como modelo era para esto: defender las tasas de crecimiento elevadas a cualquier coste; y después, cuando se había producido riqueza social, establecer mecanismos de redistribución social: crecimiento y, luego, equidad.

«Se menciona a las microempresas —escribió Devaki Jain a Manmohan Singh—, pero no en el contexto en el que yo las presento Me preocupa que no se haya hecho la mención adecuada de la perspectiva que expuse de que los trabajadores, el empleo y el autoempleo de los empresarios, en el caso de los pobres, son un lastre y un ascensor para modificar el énfasis excesivo depositado en las redes de Empresas Privadas de las Cámaras de Comercio entendidas como un club de ricos. El enfoque de la equidad queda por tanto debilitado». ¹⁷³ El compromiso era tan frágil, reconocía posteriormente Devaki Jain, que «nunca nos molestamos en leer el borrador final porque no podíamos hacer nada para cambiarlo». ¹⁷⁴

EL REGALO DE SADDAM HUSSEIN

El 2 de agosto de 1990, cuando la Comisión del Sur se disponía a hacer público su informe final en Caracas, el ejército de Saddam Hussein invadió Kuwait. Fue un suceso inesperado, y sus efectos fueron dramáticos. Allanó el camino para que Estados Unidos se expandiera militarmente por los territorios petroleros. Cuando cayó el palacio de Dasman y se filtraron las noticias de la invasión, Nyerere se despertaba en su habitación de hotel de Caracas. Supo de inmediato que esos seis años de trabajo quedarían en nada. Ahora, los medios de comunicación de todo el mundo se preocuparían por Kuwait e Iraq. Dos meses más tarde, el último acto formal de la Comisión del Sur consistió en hacer pública una declaración sobre la crisis iraquí. Presentaba al Sur como un elemento olvidado pero esencial para las relaciones entre Estados: «La Crisis del Golfo también subraya la fundamental importancia de que los países del Tercer Mundo elaboren acuerdos regionales efectivos, subregionales e interregionales duraderos para resolver sus conflictos de manera pacífica». ¹⁷⁵ Este regionalismo policéntrico sería un elemento crucial de las demandas del Sur en los años subsiguientes. El 2 de agosto, era lo que más lejos estaba de la mente de Nyerere. Apenas recuperada del *Caracazo*, Caracas no revestía ninguna relevancia. Nadie le prestaría atención. Era un síntoma del declive del programa del propio Sur. El Sur aparecería; pero solo como problema, nunca más como una posibilidad.

Los Estados del G-7 ridiculizaron el informe. La respuesta del gobierno austríaco en la ONU fue bastante directa: «Es lamentable que el informe no contenga un compromiso claro con la economía de mercado, que es obviamente la mejor garantía del éxito para la estrategia de desarrollo que recomienda».¹⁷⁶ La Comunidad Europea reconocía la crisis de la deuda, pero señalaba acto seguido que «la necesidad urgente de adoptar medidas para el alivio de la deuda no significa que todos los esfuerzos deban venir de la comunidad internacional». Más bien, «los propios países en vías de desarrollo deben permanecer en el centro de cualquier estrategia sobre la deuda».

Nyerere viajó a La Habana para hacer la presentación de la edición en español de *El reto del Sur*. Fidel Castro recibió un ejemplar la noche anterior. A la mañana siguiente, Castro se dirigió a Nyerere. «No acepto esto», dijo enfadado. Lo que más irritaba a Castro era el capítulo que defendía que el mercado era un distribuidor eficiente de los recursos. La desaparición inminente de la Unión Soviética amenazaba el futuro de la Revolución Cubana. Muy pronto tendría que fomentar la inversión exterior directa para ayudar a los sectores agrícola y turístico. Estaban escasos de inversiones y de *matériel* a causa de las sanciones. Cuba tendría que depender del mundo exterior y del «mercado». Pero lo que Castro más menospreciaba era la idea de que el mercado fuera una institución natural, y no social. Cuba disponía de menos recursos, de manera que tendría que depender del exterior para las inversiones; pero no podía permitir que las decisiones sobre el reparto se dejaran al «mercado», lo que, en ausencia de autoridad legal, significaba los caprichos de plutócratas y financieros. El «mercado» no tomaba decisiones; las decisiones las tomaban instituciones poderosas que se ocultaban bajo el anonimato del «mercado».¹⁷⁷ Si el informe hubiera aparecido quince años antes, dijo Nyerere, «seguramente yo me habría conducido igual que Fidel con respecto al mercado. No lo sé. Pero hace treinta años este informe me hubiera causado unos cuantos problemas».¹⁷⁷ Los tiempos habían cambiado.

Puede parecer extraño que la Comisión del Sur diera por terminada su búsqueda de una nueva vía a las puertas del neoliberalismo; o, para ser exactos, del neoliberalismo con rasgos meridionales. Sin duda, no se imitaba el programa emanado de Washington, Londres, Fráncfort o París. Las

cuestiones de la deuda y la propiedad intelectual, que habían ocupado la mayor parte de la atención de la Comisión, seguían siendo un obstáculo entre el Sur y el Norte. Poco dispuesta a que el Norte le golpeara en su dignidad, la Comisión promovió la idea de cooperación Sur-Sur. No llegaba a ser tanto como el desarrollo impulsado por el pueblo, aquel anhelo de las palomas de la Comisión. Lo que le animaba era la creencia de que el Sur tenía que agruparse, utilizar sus recursos, emular a los países recientemente industrializados y a China y permitir que su crecimiento económico desembocara finalmente en la equidad. Algunos comisionados apuntaban en esta dirección por iniciativa propia, otros por resignación, algunos por pragmatismo. No les unía una percepción común de un fallo humano; lo que les unía era la esperanza de que el Sur también existiera:

*Con su fe veterana
el Sur también existe.**

LAS LOCOMOTORAS DEL SUR

La Comisión del Sur está convencida de que los países desarrollados no pueden desempeñar el papel de motor del crecimiento del Sur. Hay que buscar las nuevas fuerzas motrices en el seno del propio Sur. Por consiguiente, la cooperación Sur-Sur es crucial.

MANMOHAN SINGH, mayo de 1989¹

En marzo de 1989, Manmohan Singh escribió su discurso inaugural para una conferencia del Banco Mundial sobre economía del desarrollo. Remitió su intervención de cuarenta y cuatro páginas a los organizadores, quienes se apresuraron a responderle pidiéndole que redujera su extensión. La extensión era un problema. Pero les preocupaba aún más el tono.

Como puede imaginar, en su artículo se realizan una serie de afirmaciones que probablemente susciten reacciones firmes entre los asistentes. Esto es enteramente aceptable y está en consonancia con la naturaleza específica del ciclo de conferencias, que confiamos pueda tender puentes entre la investigación para el desarrollo y las comunidades políticas del desarrollo. Precisamente por este motivo, esperamos también que el debate sobre las cuestiones que usted plantea y, en términos más generales, durante el resto de la conferencia, se desarrolle en el marco de los datos y los hechos sin que se hagan excesivas concesiones a la ideología.²

Singh acudió a Washington en abril y pronunció un discurso más breve, pero no menos incisivo.³ Singh atacaba a los Estados atlánticos por el papel que habían desempeñado en la crisis de la deuda (en su origen y su duración). La crisis de la deuda había perjudicado al Sur. Un «mercado deterioro» de la exportación de capitales hacia el Sur, ya fueran públicos o privados, ponía en

peligro el éxito del Sur ante nuevos desafíos fiscales. Los organismos internacionales, como el Banco Mundial o el FMI, no estaban a la altura de la tarea de reparar semejante caos. Singh señalaba con el dedo la «tendenciosa» invasión llevada a cabo por las instituciones financieras internacionales «en los principales países desarrollados con su poderosa ideología proclive al sector privado». Estas ideas viciadas no reconocían dos consecuencias graves para el Sur: en primer lugar, el incremento de las medidas proteccionistas en el Norte, que frenaban la capacidad del Sur para salir de la crisis mediante las exportaciones; y en segundo lugar el apartheid tecnológico derivado de las restricciones de la propiedad intelectual.⁴ La respuesta a cada uno de los problemas analizados por el Banco Mundial y el FMI era la misma: menos intervención estatal y más iniciativa privada.

El discurso de Singh se desprendía casi en su totalidad del trabajo de la Comisión del Sur y, por supuesto, de su dilatada trayectoria como economista oficial (en primer lugar, como director del Banco de Reserva de la India y, después, como jefe de la Comisión de Planificación de la India). Países como la India arrastraban una ratio de deuda muy elevada con respecto al PIB, según la cual no se vislumbraba a corto plazo el final de la devolución. Esto supuso una burla de la economía neoclásica ortodoxa. Completaba la fotografía la nueva ferocidad del ajuste estructural que había causado estragos en América del Sur y el Caribe: las medidas para el desarrollo no podían ser eficaces si los mandos para activarlas seguían estando en los Estados del Atlántico Norte. Los hechos eran amargos; bastaba con enumerarlos.

En otros lugares quedaban pocas opciones. Los problemas crónicos del legado colonial habían vuelto a los Estados africanos vulnerables a la crisis aguda ocasionada por la deuda. El producto interior bruto del continente cayó del 17,6 % del PIB mundial en 1975 al 10,5 % en 1999. Se debía sobre todo a la catastrófica urgencia con la que, con muy pocas resistencias, el FMI y el Banco Mundial habían implantado el Consenso de Washington en todo el continente.⁵ América Latina se arrastraba por su *década perdida*,* con todas las implicaciones de perdición en la expresión. Los espectaculares éxitos económicos de Japón ya habían empezado a deshacerse, y en 1991 ingresaría en su propia década perdida (*Ushinawareta junen*). Los únicos éxitos efervescentes en lo relativo al PIB se daban en los países recientemente

industrializados (NIC), entre los que se encontraban los «Cuatro Tigres» (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán)... y en este ejemplo era donde se miraban las clases dominantes del Sur.⁶ Manmohan Singh no se detenía demasiado en ninguno de estos detalles. Su análisis venía determinado por la realidad, en función de la cual presentaba un calendario de reformas con propuestas «a medida de las exigencias específicas de cada país».⁷ Nada de un único plan inspirado en el Consenso de Washington que se endosara a cada país con independencia de su historia y su dinámica social.⁸ Singh se centraba primero en el interior de la región, en la necesidad de reformar los Estados del Sur. Siguiendo el ejemplo de los NIC, Singh señalaba que los Estados seguirían desempeñando un «papel altamente intervencionista».⁹ Sin embargo, había que eliminar o suavizar las barreras para el comercio (los controles de la importación y las autorizaciones industriales) y el aparato estatal requería ciertas dosis de modernización (reforma del sector público, reforma del sistema fiscal, fortalecimiento del Estado de derecho y una reforma política «concebida para promover aproximaciones al desarrollo participativo y centrado en el pueblo»).¹⁰ Todas estas reformas quedarían malogradas si no había programa alguno para mejorar el crecimiento económico. La opinión generalizada consistía en buscar la demanda del Norte, que es en lo que se apoyaban los NIC, y permitir que esa demanda tirara de las exportaciones del Sur, lo que desembocaría en el crecimiento. «Pero, ¿seguirá habiendo mercados si todos los países que han desplegado estrategias de desarrollo hacia dentro pasan a adoptar estrategias orientadas a la exportación basándose en manufacturas de trabajo intensivo?».¹¹ Si era el Norte quien debía ser el comprador de último recurso, entonces la respuesta a la pregunta era «no»; si eran el Norte y las élites del Sur, la respuesta seguía siendo «no».¹² En el mes de mayo, en Finlandia, Manmohan Singh amplió el panorama: la demanda hacia un Sur recién transformado tenía que venir principalmente del propio Sur. Eso era lo que la Comisión del Sur había llamado «Cooperación Sur-Sur». «Hay que buscar las nuevas fuerzas motrices —decía— dentro del propio Sur».

Había que suprimir las medidas de ajuste estructural del Consenso de Washington. Y también la política de industrialización por sustitución de importaciones del Proyecto del Tercer Mundo. Inspirándose en los NIC y en

Japón, así como en el trabajo de la Comisión del Sur, intelectuales como Manmohan Singh empezaron a hacer sonar una nueva sirena: el neoliberalismo con rasgos del Sur para la política interior y la Cooperación Sur-Sur como política internacional. No era una capitulación ante el Norte, sino la creación de un nuevo enfoque.

EL CALLEJÓN SIN SALIDA DE TOKIO

El ascenso de Japón como potencia económica tiene consecuencias trascendentales y los países en vías de desarrollo deben prestar cada vez más atención al posible papel del capital japonés, la tecnología japonesa y el mercado japonés para ampliar las posibilidades de desarrollo que se les abren.

MANMOHAN SINGH, 1989¹³

En 1945, Japón había quedado devastado. Cuatro años después, bajo la sombra de la ocupación estadounidense, el gobierno japonés creó el ministerio de Comercio e Industria Internacional (por sus siglas en inglés, MITI), cuya directriz de 1950, «Medidas relativas a la racionalización industrial», abrió el camino para la recuperación de Japón.¹⁴ El Estado marcaba el camino a las grandes empresas, las *zaibatsu* o *keiretsu* (por ejemplo, Mitsui, Mitsubishi o Sumitomo) para que orientaran la utilización de sus recursos a un conjunto de fines muy concreto, sobre todo a la industrialización para crear un mercado interior y para la exportación. El primer ministro, Hayato Ikeda, presionaba a los bancos para que inyectaran dinero a los conglomerados y, ocasionalmente, mediante alguna medida estatal generalizada, reordenaba las cimas más prominentes de la economía. El Producto Interior Bruto (PIB) de Japón se disparó en 1965 hasta quedar justo por debajo del billón de dólares. La contabilidad creativa y la orientación administrativa por parte del Estado permitieron que las *keiretsu* obtuvieran grandes beneficios y establecieran con los trabajadores un pacto que contemplara salarios razonables y empleo fijo para toda la vida.¹⁵ No era el paraíso, pero tampoco eran las ruinas de Hiroshima.

A principios de la década de 1970, el repunte de la inflación y los impactos del petróleo habían alterado a la clase política.¹⁶ Japón dependía por entero de la importación de petróleo y disponía de pocas reservas de otras fuentes de energía. La mayor parte del petróleo procedía del Golfo Pérsico. La arremetida de la OPEP de 1973 atemorizó a Japón. El gobierno japonés temía que una relación demasiado estrecha con Estados Unidos redujera sus opciones. En el MITI, el gobierno creó una Agencia para la Energía y los Recursos Naturales. La agencia publicó en 1973 un Libro Blanco en el que advertía de calamidades que se avecinaban para Japón. El ministro del MITI, Yasuhiro Nakasone, que posteriormente llegó a ser primer ministro, señaló lo siguiente: «Es inevitable que Japón siga competitivamente su propia dirección independiente»: a saber, una vía independiente de Estados Unidos. «La era del seguimiento ciego [a Estados Unidos] ha llegado a su fin». En junio de 1973, Nakasone quiso que su gobierno diseñara una nueva política de recursos «poniéndose del lado de los países productores [de petróleo]». ¹⁷ En noviembre, el secretario del gabinete, Susumu Nakaido, diseñó una «nueva política árabe», en la que especificaba que se debían reconocer los derechos de los palestinos. Equivalía casi a una amenaza tanto para Washington como para su aliado, Israel.

Japón vivió su propia rebelión, pero enseguida volvió a portarse bien. La élite política y económica dominante temía a su peligroso vecindario. Un avión de reconocimiento soviético, el Tokyo Express, volaba diariamente a Japón. Los comunistas japoneses y la izquierda en general (sobre todo, la estudiantil) protestaron tras los levantamientos sociales de 1968.¹⁸ Con la República Popular China y Corea del Norte en la imagen, la élite gobernante japonesa tenía mucho por lo que preocuparse. En igual medida que la ocupación, estas amenazas constituyeron el fundamento para la alianza estratégica estadounidense-japonesa, que por tanto era difícil de debilitar. Bastaba un leve gesto a Washington sobre tal o cual asunto; nada podía llegar más lejos. Por ese motivo, en septiembre de 1973 el Ministro de Asuntos Exteriores japonés, Kiichi Aichi, invitó al Grupo de la Biblioteca a tomar una copa en Nairobi y contribuyó a que Japón obtuviera un sillón en lo que acabó siendo el G-7. El año siguiente, Gerald Ford acabó siendo el primer presidente estadounidense que visitaba Japón.

La respuesta del G-7 a la crisis de la deuda consternó a algunos sectores del ministerio de Finanzas japonés. Algunos rasgos del Consenso de Washington parecían poco realistas, incluso sádicos. En los primeros años del gobierno de Reagan, el gobierno japonés solicitó que se revisara el enfoque de la crisis de la deuda. «Expusimos que los elevados tipos de interés estaban exacerbando sin duda el problema de la deuda del Tercer Mundo y calculamos que si los tipos de interés estadounidenses descendieran un punto, la carga de atender la deuda de América Latina se reduciría en 4.000 millones de dólares al año», reflexionaba Toyoo Gyohten, del ministerio de Finanzas japonés. «No recibimos respuesta alguna de Washington y en aquel momento nos pareció que hacían oídos sordos».¹⁹ La sordera persistió, lo que frustró a Japón.

Japón tenía desde hacía mucho tiempo la sospecha de que el Banco Mundial parecía favorecer los intereses europeos y estadounidenses antes que los de Japón. Por ese motivo, en 1966 el gobierno japonés apoyó con decisión la creación del Banco Asiático de Desarrollo (BAD).²⁰ El BAD no era hostil a las disposiciones del Atlántico Norte. Su primer presidente, Takeshi Watanabe, era el secretario de la sección japonesa de la Comisión Trilateral y, con anterioridad, había prestado servicios tanto en el FMI como en el Banco Mundial, donde había sido protegido del presidente Eugene Black (el padre de Watanabe fue miembro del consejo asesor del Gobierno y su abuelo había sido ministro de Finanzas; llegaba con unas impecables credenciales de la clase dominante). Pero, aun cuando Japón depositara su prestigio y su capital excedentario en el BAD, fue incapaz de influir en la campaña estadounidense para situar la sede del nuevo banco en Manila, en lugar de Tokio.²¹ En todo caso, Japón sigue ejerciendo el liderazgo en el BAD (todos sus presidentes son japoneses), al que utilizó para promover su concepción del desarrollo. Esa concepción se encerraba en la teoría del «ganso volador» creada en la década de 1930 por Kaname Akamatsu y desarrollada posteriormente por Kiyoshi Kojima.²² En su versión aplicada a varios países, la teoría sostenía que un país —el ganso en cabeza de la bandada— aprovecha su privilegio para dirigirla. A medida que avanza y va desarrollando nueva actividad económica, transfiere las líneas de producción anteriores a los gansos que le siguen, y así sucesivamente. Japón era el ganso

que iba a la cabeza, y tras él iban los NIC y los Estados del ASEAN (Malasia, Tailandia, Filipinas e Indonesia). Orientar el préstamo del BAD siguiendo las líneas del desarrollo interior de Japón y de la teoría del «ganso volador» haría posible el desarrollo en toda la cuenca del Pacífico. Manmohan Singh confiaba en que el BAD «desempeñara un papel esencial» en el desarrollo social. En el contexto del trabajo del BAD, «se espera que Japón utilice su monumental influencia y posición como potencia económica de primer orden en el mundo para poner en marcha y concretar algunos pensamientos y acciones constructivos entre los países desarrollados sobre el asunto de potenciar los flujos de recursos hacia los países en vías de desarrollo».²³

El «modelo» del BAD y de Japón era anatema en Washington. A principios de la década de 1980 Washington, quiso clausurar el Fondo de Desarrollo Asiático del BAD y reclamó que los préstamos se concedieran con la condición de realizar privatizaciones y adherirse a los principios del libre mercado. En otras palabras: Washington quería que el BAD se dotara de los instrumentos del FMI y el Banco Mundial. Utilizando sus votos en el BAD, Washington presionó mucho contra la dirección de Masao Fujioka, apodado «el Sogún» (presidente desde 1981). Contra Fujioka estaba el director ejecutivo estadounidense del BAD, Joe Rogers, a quien muchos consideraban «un ideólogo sin experiencia y con poco conocimiento de Asia que trataba de utilizar sus “conocimientos de manual” para ayudar a desarrollarse a Asia».²⁴ Rogers se quejaba de que Fujioka era «una vergüenza».²⁵ La disputa fue feroz entre 1983 y 1984, y culminó con una confrontación abierta en la reunión anual del BAD de 1985. A puerta cerrada, Fujioka transigió. Estados Unidos influía demasiado en el devenir de Japón; Japón tuvo que recurrir a métodos más ladinos. Aparentaba plegarse a Estados Unidos con algunos «programas muy publicitados, pero escogidos», al tiempo que calladamente proseguía con sus estrategias de préstamo.²⁶

En 1989, Japón representaba el 14 % del PIB mundial, inmediatamente después del de Estados Unidos, que ascendía al 25,4 %. Japón pasaría a ser enseguida el segundo mayor accionista del FMI y de la Corporación Financiera Internacional, institución del Grupo del Banco Mundial. El yen japonés sustituyó al dólar como moneda predominante para contabilizar la deuda externa asiática. «Aunque ahora es un recuerdo vago —señala Herman

Swartz—, 1989 fue testigo de especulaciones muy serias de que el yen o las monedas europeas podrían sustituir al dólar» en la escena mundial.²⁷ Los nombres de las empresas japonesas pasaron a ser familiares: Canon, Casio, Fuji, Honda, Mazda, Mitsubishi, Nikon, Nintendo, Nissan, Olympus, Pioneer, Sony, Toshiba y Toyota. En 1991, Japón era el principal exportador de automóviles del mundo y, lo que resultaba aún más amenazador para Estados Unidos, gracias a la inversión orientada desde el MITI era uno de los mayores exportadores de equipos informáticos.²⁸

Desde una posición de relativa seguridad, la *intelligentsia* japonesa empezó a hablar provisionalmente de «Japón S.A.» (*kigyo kokka*): el Estado empresarial, un modelo para el desarrollo en otros lugares.²⁹ En 1981, Malasia inauguró su política de «Mirar a Oriente», concebida para apartarse del viejo amo colonial (Gran Bretaña) y seguir hacia el aparente dinamismo de los NIC bajo lo que parecía ser la tutela de Japón. Un yen inflado impulsaba a los conglomerados industriales japoneses a desplazar la producción al exterior, en torno a la cuenca del Pacífico, con el fin de crear un «archipiélago capitalista» con las islas del este y el sudeste de Asia en un océano de intercambios horizontales.³⁰ En 1987, el MITI publicó *The New Asian Industries Development Plan* [«Nuevo Plan de Desarrollo Industrial Asiático»]: un proyecto para las iniciativas del capital japonés en el sudeste de Asia. No se iba a utilizar la ayuda de forma caritativa; se vincularía a los imperativos del capital japonés. Como dijeron las autoridades del MITI, «Japón utilizará cada vez más la ayuda [...] y sembrará dinero para atraer a fabricantes japoneses u otras empresas industriales con un entorno de inversión atractivo».³¹ En este período, Japón se planteó la posibilidad de unirse al Grupo Económico del Este Asiático (por sus siglas en inglés, EAEC) patrocinado por Malasia, lo que representaba un enfrentamiento directo con el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico, auspiciado por Estados Unidos (el EAEC acabó integrándose en la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático —ASEAN— y quedó desarmado).

En 1988, el gobierno japonés convocó, bajo los auspicios del Centro de Desarrollo de Asia y el Pacífico de Tokio, un simposio dedicado al papel de Japón y la cuenca del Pacífico. Naoyuki Shinohara, Ministerio de Finanzas (y posteriormente subdirector gerente del FMI) propuso que, bajo el liderazgo

de Japón, la cuenca del Pacífico fuera un centro de dinamismo importante del planeta. El profesor Harry T. Oshima propuso que Japón limitara la cuenca a las islas principales y que no extendiera sus ambiciones hasta el continente llegando a China y la India. El veterano economista y alto cargo japonés Saburo Okita estaba de acuerdo con el empuje generalizado de este triunfalismo, pero advertía que los excedentes en el Norte y la deuda del Sur habían creado un desequilibrio peligroso. Era necesario transferir los excedentes del Norte al Sur. Manmohan Singh coincidía con Okita y esperaba que «el tremendo peso e influencia de que goza hoy día Japón como potencia económica mundial de primer orden se utilice para fomentar en los países desarrollados ideas nuevas sobre el problema de los flujos de recursos hacia el mundo en vías de desarrollo». Pero a Singh no le agradaba la perspectiva restringida de Oshima.

Deseo señalar que en el contexto de una economía mundial deprimida, un crecimiento lento de los países de la OCDE y un descenso acusado de la tasa de crecimiento del comercio mundial desde los primeros años de la década de 1980 comparado con las del período 1950-1973, el sueño de una era del Pacífico asiático no puede hacerse realidad a menos que se lleven a cabo esfuerzos enérgicos para elevar la productividad de la ingente población de millones de habitantes de China y la India. Someto a su consideración el pronóstico de que la tasa de crecimiento de Japón, el ASEAN y los NIC experimentará un estímulo nuevo y poderoso mediante la mejora acusada del poder adquisitivo y la capacidad importadora de la población de China, la India y otros países del sur de Asia. En un mundo en el que la interdependencia es cada vez mayor, está claramente fuera de lugar una actitud de «provincianismo próspero», y espero que nuestros amigos japoneses se den cuenta.³²

A finales de la década de 1980, la mayor aspiración de los intelectuales del Sur era alinearse con Japón S.A. e imitarlo. Esa era su mayor esperanza, aun cuando en Tokio hubiera cierta reticencia a proponerse a sí misma para desempeñar ese papel.

La cautelosa impaciencia de Japón para promover su modelo rival del Consenso de Washington introdujo el debate en las oficinas del Banco Mundial. En junio de 1989, el gobierno japonés designó a Masaki Shiratori como representante de Japón en el Banco Mundial. Unos cuantos meses después, en septiembre, Moeen Qureshi, vicepresidente primero del Banco

Mundial, escribió una carta al Fondo de Cooperación Económica Exterior de Japón. Qureshi instaba a los japoneses a reconsiderar el subsidio de «préstamos políticos a los países en vías de desarrollo». Este tipo de préstamos eran contrarios a la panacea del libre mercado, tan de moda en Washington. Al Banco Mundial le preocupaba que esos préstamos «tuvieran un impacto adverso sobre el desarrollo del sector financiero» y «crearan distorsiones innecesarias y retrasaran las reformas financieras». Shiratori leyó la carta y pensó que el argumento de Qureshi «no era aceptable para nosotros, tanto por motivos prácticos como a la luz de la experiencia de posguerra de Japón con el desarrollo económico».³³ En el seno del Banco Mundial y entre Tokio y el Banco Mundial se desataría un combate. «Muchos directores ejecutivos del Banco Mundial de países en vías de desarrollo coincidían con la posición japonesa, pero no les sirvió de nada», informaba Robert Wade, que fue economista del Banco Mundial desde 1984 hasta 1988.³⁴

Al igual que Shiratori, Isao Kubota, del ministerio de Finanzas, estaba indignado. Ambos eran gestores públicos muy comprometidos con el modelo japonés; Kubota había hecho que su ministerio redactara un artículo sobre la visión japonesa del ajuste estructural. Apareció en octubre de 1991 bajo el título «Issues Related to the World Bank's Approach to Structural Adjustment» [«Asuntos relacionados con el enfoque del ajuste estructural del Banco Mundial»]. El informe criticaba el análisis y las prescripciones neoliberales del Banco Mundial y presentaba como alternativa el modelo japonés: una estrategia industrial explícita orientada por el crédito dirigido y subsidiado.³⁵ Kubota estaba furioso con Estados Unidos. «Es auténticamente increíble —señalaba—. Creen que su marco económico es perfecto. Yo creo que se equivocan».³⁶ Un académico muy prestigioso, Shimada Haruo, señaló que habían pasado «seis años desde que Estados Unidos se convirtiera en un país deudor. Parece que los estadounidenses piensan que el problema [del déficit estadounidense] es un mero “virus ocasional”, pero podría tratarse de un caso de SIDA».³⁷ El consumismo impulsado por la deuda y la regulación en nombre de las finanzas no constituían la respuesta, insistía Shimada. El modelo japonés parecía más prudente. La política industrial del MITI, apuntaba, «no adopta la forma de puro control gubernamental, ni opera como mero ajuste industrial. En cierto sentido, es parecida a la que se produce en la

economía planificada de un país socialista. Este tipo de sistemas capitalistas al estilo japonés jamás se han visto sometidos hasta la fecha a un análisis que comporte un estudio y examen meticuloso de ventajas y desventajas».³⁸

La «vía japonesa» despertaba sonrisillas en el Banco Mundial, cuyo nuevo economista jefe (desde 1991), Lawrence Summers, tenía una opinión muy pobre de los economistas japoneses, a quienes calificaba como “de segunda categoría”». ³⁹ El Banco Mundial se sentía cómodo con sus prejuicios. Cuando Shiratori pidió al organismo que elaborara un informe sobre la concepción japonesa del desarrollo, el Banco Mundial se puso nervioso. La influencia económica de Japón no otorgaba peso político en modo alguno.

En realidad, en 1991 el Banco Mundial ya tenía un problema interno al que enfrentarse. Uno de sus economistas más respetados, Sanjay Lall, había redactado un informe sobre la industrialización en Corea, la India e Indonesia, que mostraba un viraje peligrosamente próximo hacia la posición del MITI. Fue rechazado. El vicepresidente del Banco Mundial escribió al presidente del Comité de Auditoría diciendo que el informe de Lall «discrepa de lo que conocemos como prácticas más adecuadas y, por consiguiente, sería muy contraproducente para los diálogos del país». Si el Banco Mundial permitía que se publicara el informe, los gobiernos «señalarían que el departamento de evaluación del propio Banco Mundial ha concluido que su actual enfoque es incorrecto». ⁴⁰ La mayor parte de aquel informe de sesenta y seis páginas seguía las orientaciones neoliberales y elogiaba la labor del Banco Mundial a la hora de impulsar en el Sur la industrialización orientada a la exportación. Contenía una modesta crítica de la inadecuada atención que el organismo prestaba al apoyo institucional y la capacitación, palabras clave para referirse a la intervención gubernamental en la política industrial. Si Japón no hubiera presionado para que se publicara, tal vez todavía estaría en un armario. Se publicó en 1992. ⁴¹

Fue en esta batalla donde Manmohan se internó en marzo de 1989. Algunos departamentos del Banco Mundial habían empezado a perder la confianza en el enfoque del ajuste estructural y en la política predilecta de la institución: la «desregulación» financiera (en contraposición al enfoque japonés de la industrialización a través del crédito dirigido). Cuando el Banco

Mundial defendía la «desregulación», no quería decir que no hubiera ninguna regulación: a lo que se refería era a remodelar las reglas para beneficiar al sector financiero. Los gobiernos resaltaban la capacidad de los bancos privados y las empresas inversoras para imponer la disciplina a los prestatarios del Sur y a los prestatarios del Norte financiados con deuda privada. Las empresas de inversión eran «demasiado grandes para fracasar», pero no tanto los países endeudados del Sur, ni las familias endeudadas del Norte: había que resignarse a su quiebra, había que pagar por sus responsabilidades. Más de tres cuartas partes de los economistas del Banco Mundial se formaron en los departamentos económicos estadounidenses, donde la ortodoxia de la década de 1980 utilizaba destrezas técnicas (por ejemplo, la econometría) para enmascarar su adhesión a los principios neoliberales.⁴² Las reticencias del Banco Mundial a reconocer la argumentación japonesa se derivaba de su lealtad ideológica a sus economistas, pero también de otros factores más prosaicos. Al igual que la mayor parte del mundo empresarial, tenía que doblar la rodilla ante el dominio institucional de las finanzas. Como escribió Wade, «la capacidad del Banco Mundial para prestar dinero a las mejores tasas de interés y de actuar como una agencia de calificación de países depende del prestigio de que goza entre los capitalistas financieros, que a su vez depende de su compromiso manifiesto con su versión de lo que son las políticas públicas “acertadas”».⁴³

La presión de los japoneses obligó finalmente al Banco Mundial a que iniciara un estudio de su modelo, que realizó a regañadientes. Al vicepresidente regional para el Sudeste de Asia, Gautam Kaji (un licenciado de Wharton), no le habían hablado del estudio. Cuando lo descubrió, estaba horrorizado. El economista jefe de su división, Vinod Thomas (un licenciado en económicas por la Universidad de Chicago) estaba terminando en ese momento un libro que describía el ejemplo del Este de Asia como un triunfo de las políticas neoliberales y el Consenso de Washington.⁴⁴ El libro tenía un coautor, Ramgopal Agarwala (un licenciado por la Universidad de Manchester), que se había fogueado en la sección de África. Agarwala había mostrado que a finales de la década de 1980 «habían empezado a aflorar algunas dudas sobre la eficacia del ajuste en África». «Estaba quedando claro que “los precios y los mercados no podían cumplir con su cometido” sin una

sólida base institucional interior para el gobierno y la gestión del desarrollo». ⁴⁵ Estas ideas para reconstruir el neoliberalismo (con más reforma política que económica) no se filtraron al trabajo sobre la Cuenca del Pacífico. Era preciso acordonar África. Thomas había dirigido la publicación del *Informe sobre Desarrollo Mundial 1991*, cuyo subtítulo aludía provocativamente al informe de la Comisión del Sur (era *The Challenge of Development* [«El reto del desarrollo»], en contraposición a *The Challenge to the South* [El reto del Sur]). Thomas adoptó la expresión de Larry Summers, «market-friendly» [«favorable al mercado» o «de mercado»] y propuso que el Banco Mundial buscara un desarrollo «favorable al mercado». Se alejaba bastante del marco del MITI. «Al igual que el Vaticano —señala Robert Wade con ironía— y por idénticas razones, [el Banco Mundial] no puede permitirse reconocer la falibilidad». ⁴⁶

John Page, alumno en Stanford de Anne Krueger, antigua economista jefe del Banco Mundial, dirigió el equipo al que se encomendó la elaboración del informe promovido por los japoneses. Encontraron un «camino intermedio»: «Es posible que parte de estas medidas no ortodoxas sirvieran durante algún tiempo pero, con algunas excepciones, no podemos demostrarlo». ⁴⁷ En 1993, y como fruto de este proceso, el Banco Mundial publicó *El milagro del Este Asiático*. «Las pruebas de que disponemos nos llevan a concluir que los programas de crédito dirigidos a la exportación arrojaron elevados beneficios sociales y, en los casos de Japón y Corea, otros programas de crédito dirigidos quizás hayan incrementado también la inversión y generado importantes efectos indirectos». ⁴⁸ Este tono indeciso le bastaba al MITI, que lo consideró una salva inaugural. No les importó el prefacio anodino del presidente del Banco Mundial, Lewis Preston, en el que reflexionaba: «Los autores concluyen que el crecimiento rápido de una economía concreta se debe principalmente a la aplicación de un conjunto de políticas económicas corrientes y favorables al mercado». ⁴⁹ Preston llegó al Banco Mundial procedente de la banca J. P. Morgan y llevaba consigo todos los prejuicios asociados con los magnates de Wall Street.

A principios de diciembre de 1993, un seminario conjunto celebrado por el Banco Mundial y el gobierno japonés en Tokio volvía sobre el informe para censurarlo. Masaki Shiratori sostenía que la teoría de la ventaja

comparativa no se debía considerar al margen de la historia: «Muchos países en vías de desarrollo necesitan desesperadamente librarse del monocultivo de productos como el café, el cacao, el cobre o el estaño, que resultaban una ventaja comparativa poco dinámica».⁵⁰ Shiratori señalaba además: «Un recién llegado a la industrialización no puede permitirse dejarlo todo a los mecanismos del mercado. La estrategia de ensayo y error implícita en la industrialización impulsada por el mercado es demasiado arriesgada y cara teniendo en cuenta la escasez de recursos». Toru Yanagihara, un licenciado de Yale que había firmado en octubre de 1991 la crítica de la política del Banco Mundial, era más categórico: «¿Dónde está el problema?», preguntaba antes de lanzarse a criticar la metodología de «caja negra» que se ocultaba tras el informe.⁵¹ Shiratori también seguía la pista a los problemas técnicos del informe.⁵² Estaba especialmente furioso ante la falta de atención prestada a la tesis de la «industria en mantillas», según la cual el gobierno japonés había utilizado sus recursos para promover la creación de la industria japonesa: «El gobierno intervino activamente para desarrollar sectores industriales concretos con un potencial de crecimiento elevado. Seleccionamos a los ganadores, como el acero, los astilleros, las fibras sintéticas, el sector petroquímico, los automóviles, la maquinaria y los componentes, los aparatos eléctricos y la electrónica, y así sucesivamente, la mayoría de los cuales eran en aquel momento en Japón sectores industriales aún en mantillas. Discrepo totalmente de la afirmación del informe de que “hay muchas industrias en mantillas que no han crecido nunca”».⁵³

Shiratori justificaba la ira en la concordancia con los datos históricos. Japón y el noroeste de Asia no habían seguido el tipo de desarrollo impulsado por inversión exterior directa y empresas multinacionales, que fue más habitual en Hong Kong y Singapur. En cambio, las reformas agrarias de finales de las décadas de 1940 y 1950 habían ido acompañadas de la protección estatal de cruciales sectores industriales en mantillas que se habían orientado hacia la exportación. Los expertos denominaban a esta fórmula «protección efectiva condicionada a la promoción de las exportaciones» (por sus siglas en inglés, EpconEP). Como señala el economista malayo K. S. Jomo, este tipo de estrategia «difícilmente se puede equiparar a la

liberalización del comercio». ⁵⁴ En la historia japonesa se había injertado una historia imaginaria que se vendía al resto del Sur como si fuera realidad. Aquello irritaba a Shiratori.

Isao Kubota coincidía con sus colegas, pero era más optimista: «Tal vez la mejor enseñanza que se puede sacar sea que los legisladores y los asesores políticos, incluidos los del Banco Mundial, no debieran ser dogmáticos sino pragmáticos. Para ese fin son fundamentales la modestia, y no la arrogancia, y una actitud honesta de búsqueda de las medidas políticas correctas». ⁵⁵ La cantidad de 1,2 millones de dólares que concedió Japón para la elaboración de este estudio reportó unos dividendos muy limitados.

La disputa entre el neoliberalismo y el MITI tuvo lugar cuando el modelo de Japón empezaba a deshilacharse. Un pequeño cataclismo golpeó a Kabutocho cuando se produjo el estallido de la burbuja inducido por la bolsa en 1990; tras él vino al año siguiente el estallido de la burbuja inmobiliaria. El yen era una moneda en peligro, encadenada al dólar. El Acuerdo del Plaza Accord (1985) permitió que el dólar se devaluara frente al yen (para reducir el déficit por cuenta corriente estadounidense) y luego, en 1995, Washington presionó a Japón para que devaluara el yen. La economía japonesa entró en caída libre y la población de a pie retiró su dinero para guardarlo debajo del colchón (la tasa de ahorro aumentó un 32 %). Los bancos japoneses volvieron a inflar nuevas burbujas de activos en toda la Cuenca del Pacífico. ⁵⁶ Fue el preludio de la crisis asiática de 1997-1998, que finalmente sepultó la confianza de Tokio. Poco importaba que no se pudiera culpar de la anterior crisis al MITI; la desregulación de los mercados financieros de principios de la década de 1990 estaba en las raíces de la crisis crediticia. La desregulación financiera atrajo dinero caliente a las bolsas de Indonesia, Corea del Sur y Tailandia, pero cuando a finales de 1990 la Reserva Federal estadounidense elevó los tipos de interés para sortear la inflación, el capital huyó de la Cuenca del Pacífico en busca del dólar. ⁵⁷ El FMI eludía la culpabilidad, como hizo también la Reserva Federal. Incapaz de convertir sus reservas y su poder en una alternativa ideológica e institucional a Estados Unidos, Japón tuvo que regresar a su posición subordinada.

La crisis que golpeó con fuerza a Japón a finales de la década de 1990 atrajo las represalias de los economistas neoliberales del interior del país que había ridiculizado la idea de que la intervención estatal fuera algo bueno. Noguchi Yukio pidió que se liberara al mercado del Estado desarrollista. La suya era la versión más corriente del neoliberalismo, sin ningún rasgo cultural adherido a la economía. Mientras tanto, Ishihara Shintaro también pedía un repliegue del Estado, pero en esta ocasión desde el punto de vista del nacionalismo cultural: había que poner fin a las injerencias extranjeras y Japón debía afirmar una viril dureza en su política económica y hacia sus vecinos asiáticos. Las opiniones de Ishihara rigieron el gobierno de dos primeros ministros japoneses —Junichiro Koizumi (2001-2006) y Shinzo Abe (2006-2007)— que arrastraron a Japón con decisión hacia los fundamentos neoliberales de lo que ellos pensaban que sería el crecimiento, pero que resultó ser estancamiento a largo plazo.⁵⁸

Los intelectuales del este de Asia que no eran de Japón iniciaron una especie de hibernación cultural. Un confucianismo remodelado tonificó a los intelectuales y políticos de Singapur (Kishore Mahbubani y Lee Kuan Yew) y Pekín (Tu Wei-ming y Ye Suanping Li). No era tanto una exhibición ofensiva de una senda alternativa como una protección defensiva frente a la actuación de la Cuenca del Pacífico, tratando de mantener alejada toda la influencia del Consenso de Washington.⁵⁹ El neoconfucianismo explicaba el crecimiento de la Cuenca del Pacífico como una consecuencia de factores culturales. El giro imprimido por Japón hacia la política neoliberal eclipsó su capacidad de apostar por una vía alternativa hacia el desarrollo. O había un componente cultural en Japón S.A. —en cuyo caso no se podía exportar más allá de las fronteras del confucianismo—, o en realidad no existía ningún Japón S.A., en cuyo caso la cuestión era discutible. En cualquiera de los dos supuestos, significó el fin de la Ruta de Tokio.⁶⁰

UNA BARANDILLA ANTE EL ABISMO

En 1989, cuando Manmohan Singh pronunció su conferencia en el Banco Mundial, la Comisión del Sur y el NOAL aprendieron a no buscar inspiración y liderazgo en el Norte. A principios de la década de 1990 también se había

desvanecido un breve interludio de esperanza en Japón. Los Estados del NOAL tenían que buscar en otro sitio. Se volvieron hacia los países más grandes de su formación: aquellos con mayor confianza para encontrar una solución a sus desafíos políticos y económicos hasta convertirse en los motores principales de sus respectivas regiones. Los países recientemente industrializados (NIC), al igual que los Cuatro Tigres (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán), habían sacado a sus sociedades de la pobreza absoluta para conducirlos a una relativa prosperidad. El índice de pobreza en Corea del Sur, por ejemplo, había descendido del 23,4 % en 1970 hasta el 4,5 % de 1998. Pero el ejemplo de Corea del Sur, al igual que el de otros NIC, no se podía reproducir. Gran parte de las labores previas al despegue de las décadas de 1970 y 1980 hundía sus raíces en las reformas sociales acometidas en la generación anterior (reformas agrarias, redistribución y educación). En 1989, la población de Corea del Sur era solo de 42,4 millones, muy inferior a la de los gigantes del Sur.⁶¹ Su singular historia de desarrollo y su reducida envergadura hacían pensar que su senda no se podía seguir de forma automática y que no tendría capacidad para sacar de la penuria al resto del Sur. Además, los NIC como Corea del Sur no tenían la osadía política para actuar como locomotoras del Sur; buscaban mercados y estabilidad económica en el Norte, sin volver tanto la vista atrás hacia los demás países del Sur. Los NIC también dependían del Norte para obtener seguridad militar. Lo que necesitaban los intelectuales era tener en cuenta el potencial de sus grandes Estados (India, Brasil, China, Indonesia), que disponían de la población y los recursos para convertirse en dínamos regionales.

En la Cumbre del NOAL celebrada en 1989 en Belgrado, el presidente peruano, Alan García, invitó a desayunar a los delegados de las dos formaciones que habían empezado a reunirse al margen del NOAL: la Iniciativa de París (Egipto, la India, Senegal y Venezuela) y el Grupo de Perú (Argelia, Argentina, Indonesia, Jamaica, Malasia, Nigeria, Perú, Yugoslavia y Zimbabue). Dos Estados no miembros del NOAL (Brasil y México) fueron invitados a sumarse a la reunión.⁶² García propuso que crearan un grupo para celebrar cumbres del Sur, un equivalente al G-7. Ese grupo interactuaría y negociaría con el G-7 en representación del Sur. Rajiv Gandhi, de la India, había propuesto también fundar un grupo semejante, pero su intención era

que, en lugar de mirar al Norte, fuera una plataforma para la cooperación Sur-Sur. Se ha dicho a menudo que Gandhi adoptó esta posición para neutralizar los esfuerzos de Alan García, que ahora era más contestatario. En todo caso, el reducido grupo acordó formar el Grupo de los Quince (G-15). Se redactó una declaración y Nyerere, en su condición de presidente de la Comisión del Sur, la leyó en una conferencia de prensa.

Esos dirigentes reconocían que las formaciones que habían heredado habían seguido su curso. La UNCTAD se había visto constreñida por las presiones del G-7. El secretariado del G-77 solo estaba formado por dos personas, mientras que el maltrecho NOAL había sido incapaz de elaborar una política coherente.⁶³ Naciones Unidas se había visto superada en lo sustancial por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. En febrero de 1993, Boutros Boutros-Ghali, secretario general de Naciones Unidas, comió con el secretario de Estado estadounidense, Warren Christopher, y con la embajadora estadounidense ante la ONU, Madeleine Albright. Boutros-Ghali les pidió que concedieran a la ONU cierta libertad: «Por favor, permítanme diferir públicamente de la política estadounidense de vez en cuando». Boutros-Ghali recuerda que Christopher y Albright «se miraron como si el pescado que les hubieran servido estuviera estropeado». No dijeron nada. Boutros-Ghali recordó otra declaración que había hecho la primera ministra israelí, Golda Meir: «Si están conmigo al 99 %, entonces no están conmigo».⁶⁴ Si el Secretario General de la ONU se sentía aprisionado, no había esperanza para el G-77 y el NOAL, ni para el Sur en general. Esos países con cierta dosis de seguridad económica y política decidieron dar un paso adelante como ejecutiva no electa del Sur. Ante el Sur se abría el abismo; el G-15 era la barandilla que impedía que se precipitaran en caída libre.⁶⁵

El profesor malayo Mahathir Mohamad suscribió la idea del G-15 durante la reunión del NOAL celebrada en 1989 en Kuala Lumpur. No estaba claro que los quince países fueran los motores de los Estados del NOAL, pero tenían la audacia de pensar que podrían serlo. Mahathir, primer ministro de Malasia desde 1981, albergaba grandes ambiciones para su país. En los primeros años, Mahathir trabajó por forjar un «reino de los NIC», por seguir el ejemplo de los Cuatro Tigres (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y

Taiwán), cuyo capitalismo de Estado acabó revestido de la retórica de los «valores asiáticos», que tanto atraía a las élites malayas. Mahathir promovió un cambio cultural en su país en consonancia con las reformas económicas que había proclamado. El islamismo iba acompañado de un llamamiento a la población para que se convirtiera en «una nación de adictos al trabajo».⁶⁶ Financiada por capital de la Cuenca de Asia y el tesoro público malayo, una inmensa expansión de la inversión estatal se dio cita con un descomunal programa de privatizaciones para favorecer la afluencia de capitales a Malasia. A finales de la década de 1980, los sueños sobre la ruta de los NIC y de Japón S.A. se habían tambaleado. Un descenso en el precio de las mercancías mostraba el hecho de que el esfuerzo malayo se había sufragado con la exportación de materias primas. Las turbulencias financieras acrecentaron la carga de una deuda exterior insoluble y detuvieron la marea de inversión financiera. Mahathir reajustó los instrumentos de medida, avanzó hacia un modelo de Estado más autoritario que no dejara espacio para la disidencia y ofreciera un mayor impulso a la industrialización (con el fin de reducir la dependencia de Malasia de la exportación de materias primas y la manufactura de componentes). En sintonía con su política de «Mirar al Oriente», Mahathir adoptó la idea de la cooperación Sur-Sur. Gran parte de ese mismo pensamiento pervivía en Lima y en Delhi, en Lagos y en Argelia.

El diálogo Norte-Sur concluyó en Cancún, y no había la menor esperanza de reabrirlo. Mahathir esperaba que los canadienses o los franceses recogieran el testigo, pero ninguno de los dos parecía interesado. Canadá no era una buena opción. Estados Unidos había acorralado tanto a Canadá como a México en los debates sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), que culminaron en su aprobación en 1994. Francia era una alternativa mejor, exceptuando el hecho de que el gobierno de François Mitterrand tenía más interés en que soplara el «viento del sur» procedente del África francófona, antes que desde el Sur en su conjunto.⁶⁷ La Conferencia de París de la década de 1970 le había explotado en las manos a Francia; no quería volver a prolongarla. Además, la atención de Europa se distraía en el Este de su continente. El Muro de Berlín cayó en agosto de 1989 y en el plazo de unos meses se produciría la unificación de Alemania. Jeffrey Sachs, de Harvard, hizo el equipaje en Bolivia y partió hacia Polonia, donde inoculó

en el ya cansado país una poderosa dosis de «terapia de choque», que puso en marcha una liquidación de activos por toda Europa del Este y Rusia. Sachs y su colega David Lipton referían la historia como «el intenso deseo [del Este] de reunirse con las economías de Europa Occidental».⁶⁸ El nerviosismo por la participación de Europa en la dinámica de la Unión Europea y su extensión hacia el corazón de un comunismo abatido era bastante real. Al Sur le preocupaba con razón que el gastado diálogo Norte-Sur se sacrificara por la comunión Este-Oeste.

En la primera reunión del G-15, celebrada en Kuala Lumpur en junio de 1990, el comunicado confiaba con optimismo en que el acercamiento Este-Oeste generara «oportunidades de dar un impulso renovado a la cooperación internacional para el desarrollo».⁶⁹ Al mes siguiente, en un seminario de embajadores del Sur celebrado en Ginebra, a Manmohan Singh le preocupaba que el ingreso de Europa del Este en el bloque capitalista deteriorara los «intereses exportadores del Tercer Mundo». La feroz competitividad por los mercados de Occidente iba a repuntar, mientras que los acuerdos comerciales preferenciales con los países del Este ya habían empezado a reducirse. «Si no se quiere dañar los intereses del Tercer Mundo —dijo Singh—, tanto los países de la OCDE como la URSS y Europa del Este tendrán que diseñar mecanismos efectivos para garantizar que se facilite progresivamente el acceso a sus mercados por parte de los países en vías de desarrollo».⁷⁰ Las esperanzas quedaron hechas trizas enseguida. En la segunda reunión del G-15, celebrada en Caracas en noviembre de 1991, las «oportunidades» se habían convertido en «retos para la estabilidad política y económica internacional».⁷¹ La ayuda pública ya había descendido hasta mínimos históricos y la inversión extranjera directa de fuentes privadas se mostraba reacia a dirigirse al Sur en medio de la agonía de la crisis de la deuda y sin las garantías adecuadas para la inversión. El G-15 pronosticó correctamente el cese absoluto del interés del Norte por el desarrollo del Sur.

Los países grandes, sobre los que descansaban las esperanzas del Sur, no estaban en condiciones de hacer ningún gran esfuerzo. Brasil no acababa más que de librarse de una dictadura, pero su gobierno, bajo el mandato presidencial de José Sarney, sumió al país en la marmita de la austeridad del FMI. La situación fiscal de la India, además de otras tribulaciones políticas,

había dejado al país paralizado, sin apenas indicaciones de qué es lo que podría despuntar en una u otra dirección. Indonesia se encontraba bajo la ineptitud autoritaria del gobierno de Suharto, y Sudáfrica seguía bajo el gobierno racista del apartheid. Era impensable que ninguno de ellos saliera de su parálisis institucional y forjara una nueva senda para librarse de las restricciones impuestas por el Norte.

Con la desaparición del bloque soviético, Estados Unidos empezó a urdir su «dominio de todo el espectro» del planeta. La primera demostración de su poderío armamentista se produjo en Panamá (1989) y, luego, en Iraq (1991). Hacía mucho tiempo que Estados Unidos consideraba que América Central era su patio trasero y las intervenciones militares en la región se habían vuelto frecuentes. El ataque contra Iraq tenía una magnitud distinta. Armado y financiado tanto por Estados Unidos como por Arabia Saudí, Iraq había sido en la década de 1980 el baluarte contra la tentativa de Irán de reconsiderar el equilibrio de fuerzas en Oriente Próximo.⁷² En 1990, en quiebra económica y socialmente exhausto por la larga guerra contra Irán, Iraq pretendía ajustar al alza el precio del petróleo para evitar verse sumida en el caos. Kuwait se negó y, a continuación, reclamó la devolución de sus préstamos y, según Iraq, empezó a perforar campos petroleros iraquíes de Rumaila. Los comentarios ambiguos del embajador estadounidense en Bagdad hicieron que Saddam Hussein creyera en la fantasía de que se le permitiría castigar a su vecino (el embajador había dicho: «Queremos que el petróleo fluya sin obstáculos, pero nunca hemos adoptado posiciones sustanciales sobre disputas internas de la OPEP o sobre las fronteras árabes»).⁷³ Cuando Saddam invadió Kuwait el 2 de agosto, Estados Unidos se subió por las paredes. Las tropas estadounidenses entraron en Arabia Saudí, los diplomáticos estadounidenses rondaron los salones de la ONU en busca de una resolución contra la acción de Iraq y los tambores de guerra sonaron sin descanso. El gabinete de guerra de Saddam Hussein se inquietó. La campaña aérea de Estados Unidos comenzó en enero, mientras Bagdad esperaba que la intervención diplomática soviética impidiera una campaña terrestre. Fue en una de las sesiones que se prolongaron durante toda la noche en Bagdad cuando el ministro de Cultura de Saddam, Hamid Hammadi, identificó el asunto que había en juego. No era la agresión de Iraq de 1990,

por mayúscula que fuera; ni tampoco era el papel desempeñado por Iraq en Oriente Próximo (un problema que sí preocupaba a los distintos jeques del Golfo Pérsico). La escalada bélica tenía que ver con otra cosa: «Todas estas acciones no pretenden solo destruir Iraq, sino suprimir el papel de la Unión Soviética para que Estados Unidos pueda controlar los destinos de toda la humanidad». ⁷⁴

A finales de 1989 estaba claro que la URSS estaba en franca decadencia. Cuando salió a la palestra la unificación de Alemania, los soviéticos intentaron ralentizar el proceso, aun cuando solo fuera para impedir que la Alemania unificada formara parte de la OTAN. Bush reaccionó en febrero de 1990: «¡Al demonio con todo eso! Nos hemos impuesto, ellos no. No podemos dejar que los soviéticos intenten arrebatarnos la victoria de las fauces de la derrota». ⁷⁵ Estados Unidos ya no necesitaba hacer política. El pistolero estaba desatado. Como sostenían Boutros-Ghali y Gosovic, «era una versión imperialista del liderazgo global, encabezada por una única superpotencia y ampliamente respaldada en todo el mundo por legiones de partidarios. Se guiaba por sus objetivos geopolíticos, sus objetivos nacionales subyacentes, la política de grupos nacionales y de presión y los programas empresariales, y bebía en las fuentes de la inspiración y la orientación intelectual de una escuela concreta de pensamiento político y económico»: a saber, el neoliberalismo. ⁷⁶

De manera que no era ninguna sorpresa que el G-15 estuviera aquejado de una moral pésima. La asistencia a sus cumbres anuales había caído por los suelos. La cumbre de 1993 celebrada en Nueva Delhi tuvo que ser suspendida por falta de quórum (solo acudieron tres jefes de gobierno; los de Indonesia, Malasia y Zimbabue). A la cumbre pospuesta, en marzo de 1994, no le fue mucho mejor: solo llegaron seis de los quince jefes de gobierno. El G-15 había creado un conjunto de programas valiosos, como el Centro del Sur para la Inversión, el Comercio y el Intercambio de Información y Tecnología (SITTDEC, South Investment, Trade and Technology Data Exchange Centre) o el Banco de Recursos Genéticos de Plantas Medicinales y Aromáticas (GEBMPAP, Gene Banks for Medicinal and Aromatic Plants). Estaban hechos pedazos por falta de fondos. El fracaso más llamativo se produjo en Marrakech, donde la Ronda Uruguay del GATT llegó a término. En su

cumbre de Dakar celebrada en 1992, el G-15 había sugerido que adoptar una posición común sería un paso importante para «la conclusión exitosa y equilibrada de la Ronda Uruguay».⁷⁷ El G-15 no alcanzó esa posición común (en parte debido al fracaso de la reunión de Delhi, que supuso que el G-15 se reuniera en marzo, tan solo unas semanas antes de la firma en abril de 1994 del acuerdo del GATT en Marrakech).

La cuestión de la deuda seguía presente en el calendario, y también la de la propiedad intelectual. La deuda total ascendía ahora a 1,32 billones de dólares y los Estados del G-15 eran deudores de la mitad de esa suma. Eran los países más grandes, pero seguían siendo tan vulnerables como los países menos desarrollados (PMD). Todo aquello les unía; pero lo que les dividía y, por consiguiente, se tradujo en una falta de iniciativa y una moral muy baja, eran sus desacuerdos sobre política internacional. Los Estados de América Latina encabezaban el viaje a la conciliación con los Estados del Atlántico Norte, si no a la manifiesta servidumbre. México estaba comprometida con las negociaciones en curso del NAFTA; su presidente, Carlos Salinas de Gortari, había accedido al poder tras unas elecciones poco claras en 1988, y a partir de entonces gobernó México desde la derecha (invirtió la vía de 1982 hacia la nacionalización de la banca, estrechó lazos con Estados Unidos y orquestó la liquidación de activos estatales, muchos de ellos en favor de su socio, Carlos Slim).⁷⁸ Argentina y Chile estaban paralizadas en su inactividad debido a su frágil situación económica. Para combatir la hiperinflación, el peso argentino se vinculó al dólar, de modo que el viejo luchador peronista Carlos Menem no tenía margen de maniobra. En Chile, el gobierno estaba en manos de los demócrata-cristianos, cuyo dirigente, Eduardo Frei, dijo en la 5ª Cumbre del G-15 celebrada en Buenos Aires en 1995 que debían elaborar una propuesta «viable y creíble» para los Estados del Atlántico Norte. «Es preciso superar todo espíritu de confrontación y se debe generar un clima de confianza y solidaridad».⁷⁹ Por solidaridad, Frei entendía afabilidad con el Norte. Dado el historial de Washington y de otras capitales atlánticas, eso quería decir que el Sur tenía que ponerse de rodillas.

Semejante postura no atraía a los demás miembros del G-15. Sin duda, el errático dirigente de Malasia no podía digerirla; ni el combativo Robert Mugabe, de Zimbabue. Tanto Mahathir como Mugabe eran insólitos

defensores del emblema del Tercer Mundo. Mahathir ascendió desde las filas de la clase media-baja para ser médico y, después, ingresó en política a través de la Organización Nacional Malaya Unida (su padre, según parece, no es malayo, sino de origen indio). Lo que impulsó toda su carrera política fue la firme determinación de dar la vuelta a la subordinación de Malasia. Eso era también lo que había empujado a Mugabe, que tenía unos antecedentes similares a los de Mahathir (su padre, un carpintero, abandonó a la familia muy pronto). Tanto Mugabe como Mahathir tuvieron la suerte de que su aguda inteligencia y su ambición fueran detectadas por adultos benefactores; abandonaron sus países de origen para estudiar en diferentes entornos políticos, uno en la universidad de Fort Hare (Sudáfrica) y el otro en la escuela de medicina Rey Eduardo VII (Singapur). A diferencia de Mahathir, Mugabe pasó por la crudeza de la guerra de guerrillas contra el gobierno racista de Ian Smith. Tanto Mahathir como Mugabe reforzaron su posición como dirigentes autoritarios de sus partidos políticos, y ninguno de los dos sentía una afinidad profunda por la democracia. Se consideraban libertadores cuya dirección no se debía poner en duda. Fue ese poder autoritario lo que les permitió rebelarse contra el rumbo imperante en el mundo y plantarse ante el Atlántico Norte; ya habían sido vilipendiados y tenían poco que perder. Pero eso no quiere decir que no tuvieran que aceptar todos los modos de negociación: en 1980, Mugabe acudió a mendigar dinero al FMI. Mahathir, por otra parte, rechazó un paquete del FMI en 1997.⁸⁰

Mahathir y Mugabe eran parias a los ojos del Atlántico Norte. La imagen tenía poco que ver con su autoritarismo en sus respectivos países, si bien suministró al G-7 carnaza para la burla. Otros con una tendencia autoritaria aún mayor (como la familia real saudí o el autoritarismo neoliberal de Mubarak en Egipto) tenían el paso libre. Lo que indignaba a Washington —y a Londres— era la negativa de Estados como Malasia y Zimbabue a suscribir la nueva geometría del poder. Desde Washington se propagaba la idea de los «Estados canallas», que se aplicaba a lugares como Cuba, Irán, Iraq, Libia y Corea del Norte (seguidas no muy de lejos por Malasia y Zimbabue), según la cual, como dijo Madeleine Albright, Secretaria de Estado estadounidense, «no tienen parte en el sistema internacional, sino que su mera existencia comporta quedarse al margen y, literalmente, arrojar

granadas de mano al interior con el fin de destruirlo».⁸¹ Según este hiperbólico análisis, los Estados canallas planteaban una amenaza existencial a la supremacía estadounidense. La retórica procedente de Washington se fue calentando a medida que fue avanzando la década de 1990, hasta que William Perry, Secretario de Defensa con el gobierno de Clinton, reclamó poner fin a la disuasión. Los «Estados canallas», sostenía Perry en 1996, son «incorregibles [...] están más locos que la MAD [Destrucción Mutua Asegurada]». ^{*82} La fuerza militar era la única opción existente contra ellos. No es de extrañar que Mahathir y Mugabe fueran obstinados: no tenían nada que perder. Querían que el G-15 desempeñara un papel mucho más ambicioso, que sirviera de contrapeso al dominio de Washington.

Mahathir y Mugabe encontraron un aliado sorprendente en P. V. Narasimha Rao, de la India, quien en la 5ª Cumbre de 1995 dijo que el Norte no ayudaría al Sur, sino que por el contrario le cargaría con «condicionalidades mal disimuladas basadas en algún principio altanero, como la denominada “cláusula social”». ⁸³ Bajo el mandato de Rao, la India había empezado a liberalizar su economía y a volverse hacia los viejos contratos sociales del legado defendido por Mugabe y Mahathir. Fue una curiosa colaboración, pero también tenía sentido. Lo que les unía era el sencillo problema de cómo abordar la crisis de la deuda, así como la humillación que suponían las condiciones que el Norte imponía al Sur para recibir los escasos fondos con que cubrir el déficit. En la década de 1990, los Estados latinoamericanos no querían enfrentarse al Norte, mientras que los africanos y los asiáticos tenían mejor disposición para el combate. La situación cambiaría al cabo de pocos años, cuando una nueva marea política en América Latina derrocaría a los viejos gobiernos y haría mella en las cautelas de las élites dominantes.

Las fisuras del G-15 lo volvieron en buena medida irrelevante. No obstante, una parte de él sigue manteniendo cierto dinamismo. Desde sus primeras reuniones, en los márgenes, los dirigentes empresariales del Sur ocuparon posiciones. Se creó un Foro de Negocios e inversiones y esos «empresarios destacados» se convirtieron en el cauce para la cooperación Sur-Sur. ⁸⁴ Fueron sus intereses los que acabaron siendo primordiales. Cuando en 1994 apareció en la agenda la conversación sobre un salario

mínimo universal, Mahathir lo echó abajo. Los bajos costes laborales de los Estados tropicales les proporcionaban una ventaja comparativa frente a los Estados moderados. La clase trabajadora y los pobres de sus sociedades se habían convertido en externalidades.

EL NEOLIBERALISMO CON RASGOS DEL SUR

Luego, están los gigantes del Tercer Mundo: la India, Indonesia y Brasil. Si estos tres países, que albergan unos 900 millones de habitantes, se separaran de los demás países del Tercer Mundo y hablaran con una sola voz, todavía no serían capaces de librarse de la realidad de la dominación de los países desarrollados; en el mejor de los casos, podrían recibir concesiones marginales y provisionales. Porque lo cierto es que ni siquiera la unidad de los subgrupos más poderosos del Tercer Mundo basta para permitir a sus miembros convertirse en actores plenos, en lugar de tener que verse limitados a reaccionar en el sistema económico mundial.

JULIUS NYERERE, 1979⁸⁵

En diciembre de 1990, el asediado gobierno indio de Chandra Shekhar invitó a Manmohan Singh a dejar la Comisión del Sur y regresar a la India como asesor.⁸⁶ Singh dejó la Comisión del Sur y acudió a la India. Le esperaban malas noticias. El cuadro macroeconómico era desalentador: no solo la tasa de inflación se situaba en el 17 %, sino que la proporción del gasto correspondiente al pago de la deuda había ascendido al 32 % del PIB. Un tercio de cada rupia que obtenía el tesoro público se destinaba a pagar la deuda externa (que se cifraba en 70.000 millones de dólares). El gobierno se desmoronaba y se convocaron elecciones. Durante la campaña fue asesinado el candidato del Partido del Congreso, Rajiv Gandhi. Comprensiblemente derrumbado, el Partido del Congreso abordó las elecciones de 1991 con su responsable más anciano, P. V. Narasimha Rao. Rao recurrió a Singh para que se hiciera cargo del ministerio de Finanzas.⁸⁷ La situación fiscal descendía en picado; las reservas disminuyeron hasta los 1.200 millones de

dólares, lo que equivalía a tan solo dos semanas de importaciones. India parecía al borde de desplomarse como México en 1982. Era una situación peligrosa.

El gobierno indio transportó por vía aérea cuarenta y siete toneladas de oro a Londres como garantía para un préstamo a corto plazo de 400 millones de dólares del Banco de Londres. India se dirigió al FMI. En noviembre de 1991, Manmohan Singh dijo: «Las negociaciones con el FMI fueron difíciles porque el mundo ha cambiado. La India no es inmune. La India tiene que sobrevivir y prosperar en un mundo que no podemos moldear a nuestro antojo. Las relaciones económicas son relaciones de poder. No vivimos en un cuento moral».⁸⁸ El FMI afirmó posteriormente que no se había impuesto a la India ninguna condición. Había muchas opciones sobre la mesa y las reformas acometidas por el gobierno de Rao, bajo la gestión de Singh, habían sido adoptadas por iniciativa propia.⁸⁹ El Banco Mundial asesoró al gobierno de las opciones que se le presentaban: «Las únicas alternativas reales son si el ajuste se realiza en el contexto de un programa ordenado y orientado al crecimiento con apoyo financiero externo, o mediante un proceso desordenado y doloroso que dejará al país apartado de los mercados de capital internacional durante años y reducirá significativamente su crecimiento».⁹⁰ Si esa era la realidad, entonces Singh solo tenía una alternativa, que consistía en instaurar un programa de austeridad dirigido. La ideología quedó sepultada con rapidez bajo la aritmética. La reforma no era una respuesta a los males presupuestarios; procedía de compromisos políticos y fuentes ideológicas más profundas, de temores y esperanzas arraigados en entornos distintos y ajenos a la gestión de la crisis.⁹¹

La rupia se devaluó frente al dólar en un 22 % y a la moneda se la hizo entrar de algún modo en la vereda del régimen del dólar y Wall Street. El sector público estaba escaso de financiación y hubo que vender al sector privado la quinta parte de las empresas públicas. Los subsidios al sector agrario (fertilizantes y azúcar) se desplomaron y se retiraron las autorizaciones a la totalidad de la industria, con la excepción de dieciocho sectores industriales centrales. Las importaciones se volvieron más libres y se permitió que los inversores extranjeros adquirieran una mayoría del 51 % como accionistas en empresas indias. El mantra de Singh era buscar el

comercio, no la ayuda; y para comerciar tenía que expandir el sector privado. Aunque mostraba cautela ante estas ideas cuando dirigió el Banco de la Reserva de la India y formaba parte de la Comisión de Planificación, los sucesos de la década de 1980 le habían cambiado. Como publicó *The Financial Times*, «no obstante, lo que en realidad parece haber cambiado su perspectiva fue haber sido Secretario General de la Comisión del Sur en 1987, cuando visitó Corea del Sur y Taiwán. Quedó impresionado por el ritmo del crecimiento económico bajo las medidas orientadas a la exportación. Aunque ahora tiene una imagen clara de hacia dónde quiere que vaya la India, también es pragmático en lo que respecta a adaptarse a las presiones políticas del momento».⁹² El objetivo era formar parte del «reino de los NIC», donde el Estado se pusiera en movimiento para construir enclaves industriales diseñados para la exportación.

Singh estaba al tanto de la historia de la expansión de la Cuenca del Pacífico. Sin las reformas agrarias, la redistribución parcial y el gasto en educación e infraestructuras, los éxitos de la Cuenca del Pacífico se habrían malogrado. La coalición gobernante en la India no contaba con respaldo para realizar este tipo de gasto: su base social de terratenientes se oponía a las reformas agrarias (de hecho, buscaba y consiguió que se retiraran de las muy ligeras reformas realizadas en el norte de la India) y su base social urbana desconfiaba de todo pago de prestaciones sociales a las zonas rurales, donde la inmensa mayoría del gasto social habría ido a parar a imitar el experimento de los NIC. El FMI no tenía voluntad de realizar semejante gasto y, por otra parte, no había nada en el tesoro público que permitiera que el gobierno emprendiera esta política por su cuenta y riesgo. En cambio, sí había cierta urgencia por seguir la ruta de la Rusia post-soviética: liquidar los elementos provechosos y no provechosos del sector público para recaudar fondos. El bloque comunista del parlamento se reunió en torno a un surtido de socialistas (algunos procedentes del Partido del Congreso) con el ánimo de contener el ritmo de las privatizaciones (e impedir una liquidación de bienes productivos al estilo ruso). También impidieron el desmantelamiento generalizado de los fondos de pensiones y seguros. El sector financiero estaba impaciente por echar mano a esos fondos, convertirlos en bonos y venderlos no solo en la bolsa de Bombay sino, si el parlamento le hubiera

autorizado, en las bolsas del Norte. La izquierda impidió que se dieran estos pasos radicales. El «ritmo lento» de las reformas enfureció al FMI, cuyo director, Michel Camdessus, señaló que si el gobierno no aminoraba el gasto, aumentaría la inflación. La India necesitaba «un control financiero más rígido», lo que significaba tipos de interés más bajo y menos gasto en prestaciones sociales (el FMI no decía que el gasto militar indio había aumentado un 20 % en el presupuesto para 1994-1995). Pero Camdessus reconocía el factor democracia: «La India es una gran democracia del mundo y en una democracia se debe dedicar tiempo a que la gente te acompañe. El gobierno está dedicándose a eso ahora».⁹³ Ejercer presión para romper la «coalición de la distribución» y fortalecer la «coalición del crecimiento» había pasado a ser uno de los principales objetivos del gobierno.⁹⁴ En el transcurso de la década de 1990, la mayor parte del bloque socialista abandonó su determinación dejando a los comunistas del parlamento que lucharan en solitario para mantener la «coalición de la distribución».

Más o menos idéntico proceso se desarrollaba en Brasil y Sudáfrica. Ambos emergieron de su particular tipo de dictadura para caer en brazos de un espectro amplio de nacionalistas (desde liberales hasta izquierdistas). Los gobiernos tuvieron que afrontar espinosos retos financieros, de los cuales no eran el menos importante las organizaciones financieras internacionales, que con su aliento de fuego ansiaban tomar cartas en el asunto y dispensar la medicina más amarga. Los manuales que se leían en Brasilia y Pretoria no eran los del proyecto del Tercer Mundo; procedían del Banco Mundial y el FMI, así como de sus homólogos de la órbita del G-15. Los dirigentes no hablaban de «neoliberalismo», sino de «modernización». Hombres como Marcilio Marques Moreira (ministro de Finanzas de Brasil), Fernando Henrique Cardoso (ministro de Finanzas de Brasil), Pedro Malan (ministro de Finanzas de Brasil), Henrique Meirelles (presidente del Banco Central de Brasil), Trevor Manuel (ministro de Finanzas de Sudáfrica), Alec Erwin (ministro de Comercio e Industria de Sudáfrica) o Tito Mboweni (gobernador del Banco de la Reserva de Sudáfrica) adoptaban prudencia en el tono, pero no en las medidas que aplicaban. Utilizaban cualquier influencia política que pudieran aprovechar para impulsar «reformas» que complacieran a los mercados de bonos y a las instituciones del Atlántico Norte. El sector

financiero los tenía bajo control. Cuando el dirigente sindical Luiz Inácio Lula da Silva se presentó a las elecciones brasileñas de 2002, los banqueros se pusieron en huelga en la bolsa. Eso obligó a Lula a escribir en el mes de junio una «Carta al pueblo brasileño» (ridiculizada y calificada de «Carta para tranquilizar a los banqueros»), en la que decía que su gobierno seguiría pagando la deuda y haría cumplir el programa del FMI (que renovaría en 2003). Lula ganó las elecciones, pero «sus concesiones marcaron límites muy estrechos al nuevo gobierno».⁹⁵

Las luchas de liberación y por la democracia en Brasil y Sudáfrica llevaban en la mano bazas políticas. Tenían ante sí ejemplos de fracaso: los países del proyecto del Tercer Mundo que habían dilapidado sus bienes en el transcurso de la generación anterior. No era necesario repetir esos errores. Los nuevos sindicatos, los nuevos movimientos de trabajadores del campo, los nuevos movimientos de los suburbios... todos estaban junto al quicio de la puerta, dispuestos a ser utilizados como socios de una formación política que se plantara de inmediato ante las finanzas internacionales, dispuestos a movilizar recursos internos para un auténtico desarrollo social. Lo que los gobiernos hicieron no fue solo abrir su propio camino en solitario. Podrían haber dado un giro hacia la izquierda organizada que le era favorable; en Sudáfrica, al Congreso Nacional Africano (CNA) y, en Brasil, al Partido de los Trabajadores (PT). Durante la larga lucha contra el autoritarismo en estos países, se formó una amplia coalición que incluía a partidos comunistas, sindicatos, organizaciones campesinas y nuevos movimientos sociales. Este tipo de unidad no había sido posible en la India, por ejemplo, donde la izquierda se había fracturado. La izquierda brasileña y sudafricana no albergaban expectativas irracionales. Reconocían que el ritmo del cambio sería lento, pero que la aguja de la política pública debía seguir apuntando a la izquierda y no derivar hacia la derecha. Ese era el mínimo que exigían. Por esa razón, el Partido Comunista de Sudáfrica (por sus siglas en inglés, SACP) y el Congreso de Sindicatos de Sudáfrica (por sus siglas en inglés, COSATU) formaron una alianza con el CNA, y el Movimento dos Trabalhadores Sem Terra (MST) y sus aliados siguieron a Lula hasta Brasilia.⁹⁶

Ni el gobierno sudafricano ni el brasileño recorrerían el camino de sus aliados de izquierda. Más bien, los tomaron por algo seguro y, a falta de otras opciones, esos aliados en todo caso siguieron ligados al CNA y el PT. La posición correcta para la izquierda estaba a todas luces clara (ampliar la coalición de la distribución y defender que la clase trabajadora y el campesinado ocuparan el primer plano de la política legislativa). Pero la estrategia correcta para alcanzar este objetivo estaba mucho menos clara: ¿era capaz la alianza con el gobierno de acallar a la derecha, proteger sectores de la sociedad de la acometida del Norte y construir unas cuantas plataformas para que creciera la coalición de la distribución? Muy pocos en la izquierda trabajaban bajo la ilusión de que el PT o el CNA estuvieran conduciendo a sus sociedades hacia el socialismo. Por ejemplo, dos años después de la nueva Sudáfrica, el SACP empezó a hablar del «Proyecto de la Generación de 1996»: la modernización de Sudáfrica en nombre de las élites y el escalón más alto de la clase media. El Proyecto de la Generación del gobierno no solo era económico, sostenía el SACP, sino también «una estrategia deliberada para marginar al SACP y al COSATU y, tal vez, provocar incluso que [el SACP y el COSATU] abandonaran la alianza». Cuatro años más tarde, al COSATU le preocupaba que el estilo de gobierno empresarial del CNA desembocara en «una democracia de baja intensidad, donde el pueblo se vea reducido a elegir a los dirigentes cada cinco años más o menos».⁹⁷ El macabro entorno internacional, en el que Estados Unidos pugnaba desafortunadamente por la supremacía, y el asfixiante terreno nacional, donde el CNA y el PT hacían gestos retóricos de liberalismo de izquierda, paralizaron a la izquierda.

Las concesiones del PT, el CNA y el Congreso Nacional Indio generaron un alejamiento esencial de los objetivos declarados por los gobiernos de Brasil, la India y Sudáfrica. Los líderes de cada uno de esos países defendían un conjunto de políticas con tres orientaciones fundamentales:

1. Complacer al mercado de bonos y a los intereses financieros internacionales saneando la política fiscal y monetaria. Había que recortar el déficit de manera salvaje, había que revaluar la moneda en el

seno del régimen del dólar y había que disponer las reglas financieras de tal modo que generaran entre los financieros la confianza de que si invertían en el país, sus beneficios nunca se demorarían, ni serían confiscados (la norma fue, pues, reducir impuestos). El objetivo político de estas reformas era atraer la inversión extranjera directa, y no conseguir ayudas públicas condicionadas. Los bancos instaron al FMI y al Banco Mundial a no financiar el sector público: llevaban a esos Estados que carecían de inversiones hacia la privatización de las empresas gestionadas por el Estado.

2. Para complacer a las corporaciones multinacionales era esencial suscribir por entero los nuevos regímenes de propiedad intelectual, así como reducir la carga fiscal sobre las operaciones de las multinacionales en el país. Como el Atlántico Norte se negaba a entablar ninguna discusión sobre transferencia de ciencia o tecnología, el instinto de los nuevos gobiernos se volcó en buscar tecnología a través de las multinacionales. Como dijo en 1991 Singh, de la India, «la tecnología moderna que queremos no está en el gobierno, sino en las corporaciones multinacionales».⁹⁸ El sudafricano Trevor Manuel estaba de acuerdo con esta perspectiva y la amplió a la prestación de servicios, insistiendo en que «la inversión extranjera en empresas de propiedad estatal permite acceder a tecnologías punteras y acrecienta la efectividad con la que estas entidades pueden proporcionar el despliegue de los servicios esenciales».⁹⁹
3. Para imponer a los trabajadores el nuevo régimen de producción «puntual» y los hábitos laborales orientados a la exportación, recortaron el gasto en el sector público y las redes de protección social. Si había que gastar dinero en los trabajadores, debería dirigirse a la educación y la formación profesional, no al bienestar social ni a las «escudillas de arroz de hierro».* Como afirmó el brasileño Cardoso, «la mano de obra barata y los recursos naturales abundantes ya no constituyen ventajas comparativas en el nuevo modelo internacional de producción». Lo que hacía falta no eran solo trabajadores mejor formados, sino «relaciones flexibles entre patronos y trabajadores» (sindicatos más débiles) y

menos «gravámenes sociales» (como las pensiones) para las empresas pequeñas.¹⁰⁰ Los bancos exigían «equilibrio fiscal», que era un modo educado de decir «condiciones de austeridad para el pueblo».

Unos parlamentos acomodaticios no ofrecían resistencia alguna a estos cambios. El canto de sirenas de la época era «el fin de la historia» y, salvo los socialdemócratas más curtidos y los comunistas, pocos se agarraban con fuerza a alguna alternativa distinta de la democracia liberal. El dios del crecimiento se imponía sobre todo lo demás.

En 1991, el Banco Mundial hizo una advertencia al gobierno indio: «La estabilización será necesariamente dolorosa, aun cuando se puedan minimizar los costes y se logre proteger a los pobres. Las reformas afectarán a los destinos de diversos grupos de la sociedad, algunos de ellos políticamente poderosos. La implantación exitosa de un programa de estabilización y reforma adecuado requerirá una gestión política experta, además de tecnocrática».¹⁰¹ Los industriales privados fueron los primeros en ponerse a jugar. Vijay Kalantri, presidente de la Organización de Fabricantes de la India (AIMO, All-India Manufacturer's Organization), pensaba que la alfombra roja que se extendía a las multinacionales representaba «la explotación. No necesitamos Coca-Cola, palomitas de maíz y chicles», dijo en agosto de 1993.¹⁰² Un año después, el ministro de Finanzas de Sudáfrica se dirigía a los industriales de su país: «Lo peor que le puede suceder a esta economía es que entregue nuestras industrias a los caprichos de la competitividad rápidamente y así destruya la inversión y los puestos de trabajo».¹⁰³ No obstante, muchos de los capitalistas autóctonos más importantes y confiados percibieron con rapidez las ventajas que les reportaría a largo plazo y subieron a bordo. En 1993, S. K. Birla, el patriarca del Grupo Birla de la India, instaba al gobierno a continuar: «Debemos imitar las historias de éxito de otros países asiáticos e invitar a los inversores extranjeros a construir puertos adicionales y mejorar otras infraestructuras del país». Trevor Manuel presidió una nueva estrategia en 1996, el «empujón central [del cual la] política comercial e industrial» era «la creación de empleo que genera la competitividad internacional».

Las multinacionales se impacientaban por ingresar en lo que un financiero de Wall Street apodó inicialmente «mercados emergentes».¹⁰⁴ El capital del Norte no estaba dispuesto a invertir en el sector manufacturero del Atlántico Norte, que estaba siendo prácticamente desmantelado. Buscaba nuevos destinos en los instrumentos financieros diseñados por Wall Street y la City londinense, sobre todo vendiendo bonos y acciones en una cascada de burbujas de activos. El capital «excedente» también buscaba otros lugares en países elegidos del Sur. Esta inversión extranjera directa (por sus siglas en inglés, FDI, Foreign Direct Investment) reportaba una liquidez muy selectiva, pues escogía a los países en función de las garantías que estuvieran dispuestos a darle con el fin de obtener tasas de beneficio y seguridad (no querían perniciosas confiscaciones desencadenadas por consideraciones políticas). A finales de la década de 1990, tres cuartas partes de la FDI iba a parar al este de Asia y a América Latina (principalmente, a Brasil).¹⁰⁵ El capital de cartera llegó a las bolsas, ansioso de beneficios a corto plazo («dinero caliente»).

Parte de la FDI recalaba en sectores de capital intensivo pero altamente rentables (extraer riquezas subterráneas, como petróleo o metales preciosos). Este sector es lucrativo, pero suele distorsionar el desarrollo social general. Al ser de capital intensivo, atrae la inversión extranjera, lo que puede elevar la tasa de cambio del país anfitrión, lo que a su vez desemboca en una contracción de la economía nacional (el llamado «mal holandés»). La «maldición de los recursos» permite que el país obtenga divisa extranjera, pero a expensas de renunciar al desarrollo. Estos sectores suelen ser de trabajo no intensivo, por tanto se crean pocos puestos de trabajo. Como están dominados por las multinacionales, no hay apenas diversificación de la línea de producción: se bombea el petróleo, que abandona el país para que lo refinan en otro sitio. Es la gran tragedia de la riqueza de recursos.¹⁰⁶

El capital con compromisos a plazo más largo también hizo su entrada en el este de Asia y algunas zonas de América Latina. La fragmentación de las cadenas de producción volvió cada vez más atractivos los espacios «emergentes». Las multinacionales temían ingresar en el ámbito del proyecto del Tercer Mundo, temerosos de que su inversión a largo plazo quedara atrapada por gobiernos que se volvieran contra ellos (siempre hubo miedo a

las nacionalizaciones). Con la desarticulación de la producción, el miedo se desvaneció. La inversión se dispersaba a lo largo de toda la cadena de producción en una serie de países distintos; no estaba encerrada en un Estado. Cada Estado tenía que concentrarse en su negocio principal y, por tanto, se veía obligado a interactuar con otro grupo de Estados de la cadena de producción. En el caso de la industria ligera y la prestación de servicios, las multinacionales ni siquiera tenían que invertir demasiado, pues acabaron recurriendo a empresas locales subcontratadas que eran las más afectadas por los riesgos económicos y políticos. Las multinacionales controlaban el diseño de los productos y su etiquetado: las inversiones protegidas por los regímenes de propiedad intelectual negociadas a través del GATT. Este proceso no promovió un desarrollo general u horizontal en el territorio gobernado por un Estado, pero representaba un gran avance específico y vertical para algunos fragmentos de la cadena de producción.

Las razones del «auge del Sur» eran muchas y estaban interconectadas.¹⁰⁷ Un auge de las mercancías impulsado por la compra masiva por parte de China contribuyó a elevar la tasa de crecimiento de gran parte del Sur.¹⁰⁸ La mejora de la situación de la deuda en América Latina mediante la reestructuración de carteras y el diestro uso de los beneficios de las mercancías para amortizar la deuda redujo la exorbitante deuda desde el 50 % del PIB en el año 2000 al 35 % del PIB en 2007. Los tipos de interés bajos y la laxitud de la normativa sobre apalancamiento financiero en el Atlántico Norte permitieron que las instituciones financieras extrajeran unas sumas de dinero inmensas que viajaban en dos direcciones, ambas fundamentales para levantar las tasas de crecimiento de determinadas regiones del Sur: en primer lugar, inflaban el crédito, el consumo y las burbujas inmobiliarias de Estados Unidos y Europa, que había que alimentar con importaciones de bienes manufacturados producidos en el Sur (sobre todo en el este de Asia) y, en segundo lugar, permitían que grandes sumas de FDI recorrieran un planeta cada vez más liberalizado en busca de oportunidades de inversión. Fue esta demanda desatada del Norte la que alimentó los inmensos e insostenibles índices de crecimiento del Sur. Era un crecimiento no autárquico, sino que dependía del consumo del Norte impulsado por la deuda.

Los índices de crecimiento aumentaron, el déficit presupuestario disminuyó. Parecía que la reforma había funcionado. Las industrias nacionales parecían florecer y el nuevo sector servicios también prosperaba. Era impensable que Brasil, la India y Sudáfrica fueran capaces de exportar servicios, pero eso es precisamente lo que ha ocurrido. Pero las reformas tuvieron efectos desiguales en dos aspectos diferentes: un pequeño sector, el de los ricos, se benefició mucho más que la inmensa mayoría, y quienes se beneficiaron lo hicieron a expensas de los pobres.¹⁰⁹ En el caso del crecimiento de estos tres países, las regiones que sí experimentaron el crecimiento lo hicieron debido a las penalizaciones impuestas al resto, cuyos medios de vida se volvieron mucho más precarios. El crecimiento general no procedía solo de sectores dinámicos como el de las tecnologías de la información (un porcentaje muy pequeño del PIB), sino significativamente de la actividad económica caníbal (privatización, apropiación de terrenos para la especulación inmobiliaria).¹¹⁰ El crecimiento también procedía de los elevados precios de las mercancías globales en una década de reformas y de construcción de un mercado nacional vigoroso (a la medida de la clase media emergente). La voraz economía china absorbía las materias primas de todo el planeta, con lo que inflaba los precios de las mercancías. Esto era esencial para el índice de crecimiento de países como Brasil, la India y Sudáfrica.¹¹¹

Una estrategia habitual para aumentar la industrialización impulsada por las exportaciones consistía en crear enclaves económicos como Zonas de Procesamiento de Exportaciones (ZPE). En un escrito dirigido al Servicio de Asesoría sobre Inversión Extranjera del Banco Mundial, Xiaolun Sun señalaba que esos enclaves plantean problemas graves:

Dado el amplio abanico de exenciones y privilegios especiales que se concede a las inversiones realizadas en las ZPE, hacen gala de una vinculación muy reducida con las economías locales en su conjunto. Concretamente, el bajo coste de la mano de obra y la inexistencia de normativa y reglamentos ordinarios suelen ser las principales ventajas que busca la FDI en este tipo de enclaves, que también tienden a ser libérrimas y ofrecer pocos incentivos para transferir destrezas o tecnologías. En consecuencia, aun cuando los beneficios de la exportación inmediata y el empleo son innegables, la sostenibilidad a largo plazo y el impacto económico de estas zonas son menos ciertos.¹¹²

La naturaleza del índice de crecimiento liberaba y ampliaba la clase media, pero al mismo tiempo incrementaba el de desigualdad en el seno de la sociedad. La trayectoria no era esperanzadora.¹¹³

La desigualdad entre clases sociales y entre regiones aumentó. Los salarios agrícolas se estancaron o descendieron. En 1993, el Banco de la Reserva de la India fusionó los bancos rurales regionales gestionados por el gobierno con los comerciales. Después, cuando se avecinaban las elecciones, el gobierno indio utilizaba el clientelismo ofreciendo crédito rural a través de planes como las tarjetas de crédito Kisan, o con planes de microcréditos... todo lo cual ataba a los agricultores a unas entidades privadas que no querían compartir el inmenso riesgo de la agricultura.¹¹⁴ Aquello sentó las bases de la epidemia de suicidios de agricultores que hubo por toda la India a partir de la década de 1990. El desempleo urbano aumentó entre la clase trabajadora y la pobreza absoluta también creció. Los sindicatos y la protección laboral quedaron casi destruidos. El debilitamiento de la mano de obra y las demandas de flexibilidad a los trabajadores desembocaron en esos países en un espectacular incremento del sector «informal» o de economía sumergida. Es difícil elaborar estadísticas sobre economía sumergida. Una proporción comprendida entre una quinta parte (Brasil, Sudáfrica) y casi el 90 % (la India) de la mano de obra trabaja en la economía sumergida.¹¹⁵ Las inmensas brechas sociales abiertas en los tres países se acrecentaron debido al aumento de la desigualdad; regiones condenadas a la desolación (Bihar, en la India, o Bahía, en Brasil) no tenían esperanza alguna de parecerse a las resplandecientes ciudades globales (Bombay, en la India, o Río de Janeiro, en Brasil), y dentro de esas ciudades resplandecientes las desigualdades agudas eliminaban oportunidades para la mayoría de la población. Los viejos ejes de la división social se volvieron más profundos, entre ellos la casta y la raza.¹¹⁶ El crecimiento que emergió no generó el suficiente empleo en el sector formal. Era el ejemplo clásico de crecimiento sin empleo para la multitud.

La pobreza y las desigualdades no quedaban fuera de la pantalla de radar de los legisladores. Quizá no estuvieran de acuerdo con que el aumento de la desigualdad fuera consecuencia de sus políticas de crecimiento alto, pero no siempre negaban su existencia.¹¹⁷ En 1994, en el Foro Económico Mundial de Davos, el primer ministro de la India, Rao, dijo a la comunidad de

empresarios: «Ante el recién descubierto entusiasmo por el cambio, los gobiernos no deberían pasarse de la raya y sepultar en la miseria generalizada a grandes sectores de su pueblo. No tienen derecho a hacerlo. Yo no tengo ningún derecho a añadir la miseria generalizada a la que ya existe. Esa es la razón por la que el conjunto del programa en la India tiene rostro humano». Mientras le daban la bienvenida infinidad de desempleados y de protestas sociales a principios de ese mismo año, en febrero de 1994 Singh, de la India, manifestaba su compromiso con las viejas ideas: «La filosofía que ha presidido la vida de nuestros dirigentes en aquella época hundía sus raíces muy profundamente tanto en el liberalismo como en el fabianismo. Estos objetivos básicos siguen guiando nuestra política». En el otro extremo del Océano Índico, el nuevo gobierno de la Sudáfrica posterior al apartheid prometía gobernar según el marco establecido en su Programa de Reconstrucción y Desarrollo (PRD). Hacía falta construir viviendas para los pobres; era necesario suministrar electricidad, agua y saneamiento; había que establecer el derecho a la atención sanitaria y los cuidados infantiles; era imperativo implantar la educación gratuita y obligatoria. Ese era el «rostro humano» del desarrollo. El PRD solo duró dos años. Fue desmantelado en 1996 y para sustituirlo llegó el Programa de Crecimiento, Empleo y Redistribución (por sus siglas en inglés, GEAR),* donde el asiento del conductor estaba ocupado por el crecimiento y no se veía ningún rostro humano.¹¹⁸ En realidad, era la impaciencia por el bienestar social lo que había impulsado el proceso. En 1992, Rao se quejaba de que «la India no es un *dharamshala* [lugar sagrado] en el que las personas puedan comer gratis».¹¹⁹

Cuando las tasas de crecimiento repuntaron y los ingresos empezaron a aumentar, las arcas públicas parecían en un principio estreñidas. En Brasil, por ejemplo, el superávit aumentó por encima del objetivo fijado por el FMI, y se empezaron a oír voces de que el gobierno «debe aprender a gastar dinero». En la India, las reservas de divisa extranjera aumentaron hasta el doble del mínimo marcado por la «norma».¹²⁰ La presión electoral y política tuvo más impacto que las peticiones formuladas por los economistas nacionales e internacionales de gastar dinero. Sí aparecieron poco a poco programas de auxilio social modesto; en Brasil a través del programa «Fome

Zero» («Hambre cero»), así como del programa Bolsa Familia, y en la India a través de la Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural (2005). La ayuda alimentaria es esencial, pero es una tiritita; el desarrollo no nace de ella.

La tendencia a implantar programas sociales preocupaba a los dirigentes del Banco Mundial. Lo que este quería que se instaurara eran planes que regularan y controlaran adecuadamente el trabajo; ni una sola «dádiva» a los pobres. En un memorándum de mayo de 1990, el Banco Mundial advertía al gobierno indio y le exponía su punto de vista:

La inmensidad del problema de la pobreza de la India y la urgencia de abordarlo generaron soluciones rápidas e inadecuadas como el perdón de la deuda, el aumento del gasto público y el tentador empleo fijo. Sin embargo, tanto la naturaleza cambiante de la pobreza (que cada vez está más asociada a la carencia de tierras y a la dependencia del salario en zonas rurales sin regadío, en especial en la zona oriental del país) como las restricciones fiscales abordadas por el gobierno hacen pensar que habrá que encontrar medios más eficaces y eficientes para abordar directamente el problema de la pobreza. Los enfoques amplios, impulsados por la consecución de un objetivo y no selectivos son caros e ineficaces. Los programas diseñados para aumentar la capacidad de los pobres para participar en el proceso de crecimiento mejorando su situación física y educativa tendrán que formularse de forma más precisa, simplificarse administrativamente y sintonizarse mejor con las necesidades de la comunidad. La prestación de servicios debería concentrarse en los grupos y regiones de renta más baja, en los más vulnerables.¹²¹

Se acabó el bienestar general; solo prestaciones modestas para mantener con vida a los más pobres. Una década después, en 2000, William Easterly, del Banco Mundial (asesor de la División de Macroeconomía y Crecimiento) dejó claro en una conferencia del FMI que si un país ignoraba el consejo del FMI y el Banco Mundial, sus pobres estarían mejor. «Muchos países que han recibido muchos préstamos del FMI y el Banco Mundial están peor — señalaba pensando en Filipinas y Zambia—. No creo que el historial sea realmente alentador». Easterly sostenía que la economía de lugares como Zambia estaba dividida en dos sectores, el formal y el sumergido: «El Banco Mundial y el FMI afectan a la economía formal moderna, pero los pobres no forman parte del sector formal moderno. Los pobres viven en los márgenes».¹²² Quizá los pobres no estuvieran tan al margen del sector formal

como parece. Su trabajo está relacionado con él de formas sobresalientes, pero a menudo de manera indirecta. Los trabajadores de las ZPE, por ejemplo, suelen complementar su salario con comida que les traen sus familiares, pequeños agricultores; quienes reciclan chatarra electrónica suelen recoger los metales valiosos, que a continuación son llevados a fundiciones para reingresar en el sistema formal. Pero lo que Easterly señala sigue siendo sensato: las modestas ventajas otorgadas a la población de las ZPE o al «sector formal moderno», sin duda ni siquiera llegan a la inmensa mayoría de la población.

Fue esta realidad la que empujó al sudafricano Trevor Manuel, que nunca había sido reacio a la línea de trabajo del FMI, a declarar de mala gana a la prensa económica en el año 2002 que «los países en vías de desarrollo han realizado muchas reformas, pero los beneficios son escasos. Hemos adoptado una política de reforma macroeconómica muy sustancial. Pero las recompensas son pocas».¹²³ Michel Camdessus, del FMI, reconocía el problema e instaba al Banco Mundial y al FMI a ser más cuidadosos con el «coste humano» de la pobreza. Sin embargo, el médico extendía la misma receta: «La mejor forma de salir de la pobreza es el crecimiento firme y sostenible de alta calidad».¹²⁴

Las investigaciones del Banco Mundial demostraban que existía una relación insoslayable entre el desarrollo de infraestructuras y el aumento de la renta. Las conquistas del bienestar son ostensibles a partir del suministro de agua corriente y saneamiento, transporte al trabajo y electrificación, como en el este de Asia. Un estudio del Banco Mundial mostraba que la gente quería simplemente esas prestaciones.¹²⁵ El problema era que el Banco Mundial y el FMI se mostraban ambiguos a la hora de decir quién debía suministrarlos, si el gobierno o el sector privado. Preferían a este último.¹²⁶ Por tanto, esas prestaciones se convertían en un despilfarro para los capitalistas privados, la mayoría de los cuales consideraba que estas áreas debían ser nuevos terrenos donde obtener beneficios rápidos. El FMI y el Banco Mundial siguieron defendiendo la necesidad de crecimiento sin límites, al tiempo que reconocían la necesidad de un modesto bienestar social y un desarrollo de infraestructuras liderado por el sector privado. Ya no se trataba del fundamentalismo de las condiciones monetarias en solitario; en la primera

década del siglo XXI, el FMI y el Banco Mundial defendían una ruta hacia el desarrollo sofisticada que ya estaba en marcha en países como Brasil, la India y Sudáfrica.¹²⁷

El diálogo Norte-Sur había concluido de forma efectiva. Los mercados del Norte hacían guiños pero, saturados de artículos procedentes del este asiático y protegidos por subsidios y barreras arancelarias, parecían inalcanzables. Mucho mejor sería para los países del Sur que buscaran mercados entre sus propias sociedades; y mucho mejor intercambiar en el Sur artículos más baratos, pero a menudo de muy alta calidad, en lugar de comprar en el Norte, que era tan caro. Las asimetrías entre el Norte y el Sur que impulsaron a la Ronda Uruguay del GATT (preservando los elevados ingresos del Norte procedentes de las patentes) eran precisamente lo que en los mercados del Sur dejaba los artículos del Norte sin compradores debido a su precio. Estas fueron las bases objetivas de la «cooperación Sur-Sur» en el seno del mercado, o lo que el encargado de asuntos económicos de la UNCTAD, Charles Gore, denominó «el Consenso del Sur».¹²⁸

EL NUEVO ORDEN COMERCIAL INTERNACIONAL

Una buena política exterior requiere prudencia. Pero también requiere audacia. No debería ser tímida, ni basarse en un complejo de inferioridad. Es habitual oír que los países deben actuar de acuerdo con sus medios, lo cual es casi evidente, pero el mayor error que se puede cometer es subestimarlos.

CELSO AMORIM,
ministro de Asuntos Exteriores, Brasil.¹²⁹

En la década de 1990, la epidemia del SIDA había alcanzado cotas catastróficas.¹³⁰ En muchos lugares de África, Asia y América Latina no se contabiliza de forma adecuada a los muertos relacionados con el SIDA. En algunos lugares de África, los depósitos de cadáveres registran como causa de la muerte «Síndrome de adelgazamiento».¹³¹ Era un desastre. Los médicos descubrieron que los medicamentos antirretrovirales actuaban conteniendo la transformación del VIH en enfermedad del SIDA plenamente

desarrollada. Los conglomerados farmacéuticos radicados en el Norte vendían esos medicamentos a precios astronómicos y no les apetecía suministrarlos a coste reducido. El tratamiento de GlaxoSmith Klein costaba 12.000 dólares. La Federación Internacional de la Industria del Medicamento no se inmutó. Su presidente, Harvey Bale, declaró a *The Guardian* que «para las personas sin ingresos o con pocos ingresos, el precio representa una barrera. Quiero decir que yo no puedo permitirme tener sin duda el coche de mis sueños, ya sabe, que sería un Jaguar XJE o alguno parecido».¹³² Los medicamentos esenciales se han convertido casi en una opción del consumidor, según la cual solo a aquellos capaces de pagarlos se les otorga el derecho a utilizarlos. En la década de 1990, «África» había pasado a ser el almacén de todas las pesadillas y la basura del Norte: en el Cuerno de África la filantropía paternalista tras las hambrunas de la década de 1980 se transformó en indiferencia por las personas; la basura, los residuos tóxicos y los ensayos farmacológicos ilegales tuvieron consecuencias catastróficas.¹³³

Esta perspectiva no sentó bien en Brasil y Sudáfrica.¹³⁴ El gobierno brasileño aprobó una ley de patentes en 1997 con una cláusula (Artículo 68) que permitía al gobierno declarar una emergencia sanitaria y sortear la normativa de la propiedad intelectual. El gobierno de Sudáfrica, también en 1997, aprobó la Enmienda de la Ley del Medicamento, que le permitía importar medicamentos contra el SIDA más baratos de lugares como la India. Los laboratorios farmacéuticos indios se ampararon en una «norma de transición» que permitía acogerse a la antigua Ley de Patentes, en lugar de a las normas mucho más estrictas de la Organización Mundial del Comercio (la Ley de Patentes india solo protegía el proceso, no el producto, mientras que las normas de la Organización Mundial del Comercio [OMC] protegían el producto mismo, de modo que impedía la ingeniería inversa). Empresas indias como Cipla y Ranbaxi lograron vender medicamentos contra el SIDA a un coste muy inferior a los fijados por los laboratorios farmacéuticos del Norte.

En 1997, el gobierno estadounidense presionó a Sudáfrica para que derogara su ley. Dos años después, en abril de 1999, Estados Unidos amenazó con retirar la ayuda a Sudáfrica e incluyó a ese país en su llamada «lista de vigilancia», la Lista 301. Las presiones realizadas en el seno del

Partido Demócrata y desde el movimiento mundial de lucha contra el SIDA llevaron al presidente Bill Clinton a firmar en mayo de 2000 una Orden Ejecutiva Presidencial (nº 13155), según la cual eliminaba de esa lista a Sudáfrica. Los laboratorios farmacéuticos estaban furiosos. Cuando George W. Bush entró en la Casa Blanca a principios de 2001, no tuvieron que trabajar demasiado. Bush guardaba cerca de su corazón los intereses de las empresas. Bush arremetió contra el Artículo 68 de Brasil, pero la presión en todo el mundo fue sencillamente demasiado grande. En abril de 2001, la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas se puso del lado de Brasil y defendió que su singular medida (convertir la salud en un derecho, concretamente para los pacientes de VIH/SIDA) debía ser norma global. En junio de 2001, la ONU celebró una sesión especial de la Asamblea General sobre el SIDA. La declaración emitida reclamaba a las grandes corporaciones farmacéuticas moderación en los precios y autorización para que otras empresas pudieran producir los medicamentos mediante ingeniería inversa. Sin embargo, el Artículo 55 de la Declaración de Compromiso de Naciones Unidas en la lucha contra el VIH/SIDA no adoptaba una posición firme contra la OMC. Simplemente, se limitaba a pedir a los países que se prestaran a «cooperar constructivamente para mejorar las normas y prácticas farmacéuticas, incluidas las aplicables a los medicamentos genéricos y los regímenes de propiedad intelectual, a fin de promover más la innovación y el establecimiento de industrias nacionales en forma compatible con el derecho internacional».¹³⁵ La India redactó una propuesta para la OMC firmada por otros cuarenta y seis países, entre los que se encontraban Brasil y Sudáfrica, sobre el ADPIC y la salud pública [«TRIPS and Public Health»].¹³⁶ El gobierno de Bush retrocedió.¹³⁷ El 6 de diciembre de 2005, la OMC aprobó una modificación del régimen del ADPIC en el ámbito de la salud pública. Era la primera enmienda de este tipo realizada contra el núcleo del acuerdo de la OMC.¹³⁸

La lucha contra el gobierno estadounidense y las compañías farmacéuticas demostraba dos cosas. En primer lugar, que si los países más grandes del Sur permanecían unidos y trababan relación con organizaciones no gubernamentales de ámbito mundial como Médicos sin Fronteras, podían conseguir que Estados Unidos y las grandes corporaciones retrocedieran o, al

menos, realizaran algunas concesiones. El poder no siempre residía en el Atlántico Norte. En segundo lugar, países como Brasil, la India y Sudáfrica tenían intereses objetivos comunes. En este caso, tanto Brasil como Sudáfrica necesitaban medicamentos más baratos, que estaban siendo producidos por el muy competente sector farmacéutico de la India. Si Brasil, la India y Sudáfrica podían encontrar en este aspecto una colaboración productiva, ¿por qué no en otros ámbitos?¹³⁹

El gobierno de Bush se quedó entre la espada y la pared en este asunto, pero esa no era su actitud natural. El gobierno estadounidense se mofaba del protocolo de Kioto sobre el cambio climático. Despreciaba al Tribunal Penal Internacional, creado en el año 2002 sobre la base del Estatuto de Roma. Estados Unidos se retiró del Tratado sobre Misiles Antibalísticos de 1972, para consternación de quienes esperaban un desarme nuclear después de la Guerra Fría. Todas estas señales apuntaban directamente al corazón de la dirección de la ONU, 760 United Nations Plaza, donde un atribulado Kofi Annan tenía el teléfono intervenido por la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos.¹⁴⁰ Ante la ONU, Bush envió como embajador a John Negroponte, a quien se conocía en las inmediaciones del edificio por su infame trabajo como asistente de las guerras contrarrevolucionarias de América Central, apoyadas por Estados Unidos. Un alto cargo del Departamento de Estado estadounidense interpretó el nombramiento del siguiente modo: «Negroponte es famoso por ser un tipo entregado a la *realpolitik*, que en muchos aspectos es lo contrario de lo que representa la ONU. Asignarle este puesto es un modo de decir a la ONU: “Os odiamos”». ¹⁴¹

La hostilidad hacia Naciones Unidas se intensificó a partir de 2002, cuando Estados Unidos inició su inexorable travesía hacia el estrangulamiento absoluto de Iraq. La Guerra del Golfo de 1991 se había declarado sobre todo por los intereses de Estados Unidos. Bush padre declinó enviar tropas a Bagdad; era más fácil desangrar a Iraq mediante un régimen atroz de sanciones. La guerra se libraba ahora por otros medios, incluida la irrupción de misiones aéreas esporádicas en el espacio aéreo iraquí. George W. Bush estaba impaciente por concluir esta guerra desde sus primeros días en el cargo.¹⁴² Thabo Mbeki, de Sudáfrica, fue presidente del NOAL desde

1999 hasta 2003, por tanto durante el período en que Estados Unidos intentó promover la guerra. Trabajó estrechamente con Kofi Annan y puso a trabajar al ministerio de Asuntos Exteriores de Sudáfrica para intentar salvar la brecha entre los iraquíes y Naciones Unidas. Tarek Aziz, Ministro de Asuntos Exteriores de Iraq, visitó Sudáfrica, y el Viceministro de Asuntos Exteriores de Sudáfrica, Aziz Pahad, visitó Iraq. El NOAL combatió la opinión de que se debía invadir Iraq porque tenía armas de destrucción masiva; junto con la mayoría en Naciones Unidas, se desvivió para que hubiera más inspecciones. Estados Unidos quería que Sudáfrica expulsara al embajador iraquí, Zuhair al-Omar, pero Pretoria se negaba. Al mismo tiempo, Brasil y la India recorrían los pasillos de la ONU intentando calmar los ánimos e impedir que Estados Unidos se precipitara a la guerra. Aparte de los alemanes, los principales miembros europeos del G-7 planificaron caminar codo a codo con Estados Unidos. Nelson Mandela marcó una señal en 2002:

Si se examinan estas cuestiones, se llega a la conclusión de que la actitud de los Estados Unidos de América es una amenaza para la paz mundial. Porque lo que [Estados Unidos] está diciendo es que si temes que haya un veto en el Consejo de Seguridad, se puede salir, emprender la acción y violar la soberanía de otros países. Ese es el mensaje que están enviando al mundo. Eso se debe condenar en los términos más contundentes.¹⁴³

En marzo de 2003, cuando se avecinaba la guerra, Brasil, la India y Sudáfrica insistieron con su diplomacia. Cuando Estados Unidos dio comienzo al bombardeo de Iraq el 18 de marzo, los tres países realizaron declaraciones de condena muy firmes. Lula dijo que la guerra «falta el respeto a Naciones Unidas» y que no era legítima. El ministro de Asuntos Exteriores indio también se aferró a la ONU y se preocupó además por «la precaria situación humanitaria de la población iraquí, que la guerra no hará más que agravar».

El SIDA y la Guerra del Golfo congregaron a los tres países. En junio de 2003, en las márgenes de la reunión del G-8 celebrada en Évian, Francia, los ministros de asuntos exteriores de Brasil, la India y Sudáfrica hicieron piña. Celso Amorim (Brasil), Yashwant Sinha (la India) y Nkosazana Dlamini-Zuma (Sudáfrica) formularon un protocolo para la creación de una nueva organización. Estos tres tenían poco en común. Sinha representaba al

nacionalismo indio de la derecha más dura, aunque se había acercado a ella al final de su trayectoria política (después de un largo mandato como diplomático y político en el partido socialista Janata Dal). Dlamini-Zuma había sido dirigente estudiantil, había pertenecido al CNA en la clandestinidad y, después, había sido médico en Suazilandia antes de regresar a Sudáfrica para incorporarse al gobierno de Mandela. Se había ocupado de las compañías farmacéuticas como primera acción de su mandato. Acudió a la reunión con una buena percepción de la importancia de esa cuestión.¹⁴⁴ Amorim llevaba toda su carrera esperando una reunión como esta. Como dijo el embajador estadounidense en Brasil haciendo una valoración de la figura de Amorim, «sus opiniones izquierdistas suelen mantenerse bajo control por la tradicional preocupación por las sutilezas del Itamaraty [el servicio exterior brasileño] y por el respeto casi reverencial que siente por la reciprocidad y el multilateralismo».¹⁴⁵ Nada demasiado radical iba a surgir de estas discusiones. Era el miembro afin del neoliberalismo del Sur en cuestiones de política exterior.

Los tres volvieron a reunirse en Brasil, donde hicieron pública la Declaración de Brasilia. De estas conversaciones nació el Foro India-Brasil-Sudáfrica (IBSA, India-Brazil-South Africa Dialogue), que desde entonces ha celebrado encuentros anuales y auspiciado gran número de grupos de trabajo. La Declaración de Brasilia es modesta; es un resumen del tipo de iniciativas que han respaldado los tres países a lo largo de los años. La idea de esta nueva unión ya se había propuesto con anterioridad, como una especie de G-7 del Sur; o como se expresaba en un documento comercial sudafricano de 2001, un G-Sur.¹⁴⁶ Nada en la actitud o las palabras del recién creado IBSA apuntaba a una revisión del orden mundial. El IBSA arrancó con cautela, confirmando los principios del orden mundial tal como estaban, y solo pedía que se ampliara para permitir a los tres países ingresar en los puestos de liderazgo. Dado el contexto de la Guerra de Iraq y la aparición de la primacía de la testosterona de Washington, no es raro que el principio más destacado del IBSA fuera que el mundo mantuviera el imperio de la ley. Al principio de su comunicado, los ministros de asuntos exteriores subrayaban «la importancia de respetar el reglamento de derecho internacional, el fortalecimiento de las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad y priorizar

el ejercicio de la diplomacia como medio para mantener la paz y la seguridad internacionales». ¹⁴⁷ Más que reclamar la reconstrucción de las instituciones internacionales, el IBSA quería que se ensancharan para que fueran más democráticas. En términos concretos, esto quería decir que los miembros del IBSA querían tener asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y más voz en el FMI y el Banco Mundial.

El segundo principio fundamental del IBSA era «maximizar los beneficios de la globalización y garantizar que se convierte en una fuerza positiva para el crecimiento económico sostenido en todos los países en vías de desarrollo». ¹⁴⁸ El IBSA recogía las instrucciones y tareas de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización (2004) de la Organización Internacional del Trabajo: «Queremos que la globalización sea un medio para extender la libertad y el bienestar humanos, y para llevar la democracia y el desarrollo a las comunidades en las que vive la gente. Nuestro objetivo es crear un consenso para una acción común a fin de llevar esta visión a la práctica, y propiciar que los propios actores, incluidos los Estados, las organizaciones internacionales, las empresas, los sindicatos y la sociedad civil, se sientan permanentemente comprometidos con dicho objetivo». ¹⁴⁹ La comisión mundial no estaba tan arrebatada por la magia de las estrategias neoliberales para acelerar el crecimiento, pues veía que a menudo eran una palanca para acrecentar la desigualdad. Sin embargo, su idea de la «dimensión social» de la globalización no era ajena al IBSA. También presentaba intersecciones con los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), acordados por los Estados miembros de la ONU en septiembre de 2000. ¹⁵⁰ Estos, a su vez, se inspiraban en el Índice de Desarrollo Humano, diseñado en 1990 por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Los costes sociales de la globalización tenían que seguir sobre la mesa, aun cuando los Estados del IBSA solían negar que las políticas de crecimiento impulsadas por las exportaciones («globalización») eran en sí mismas las responsables de las crisis que incendiaban el planeta.

«No nos identificamos por una lengua, una cultura, ni una única raza, sino que lo que quizá nos defina sea una ideología, y una ideología en el mejor sentido de la palabra: una ideología de democracia, diversidad, tolerancia y afán de cooperación», declaró Amorim en una conferencia de

prensa celebrada en Sudáfrica. El IBSA, señalaba, «es una planta delicada a la que hay que regar todos los días».¹⁵¹ Tres países, por importantes que sean, no pueden causar impacto en un mundo constreñido por el poder de las potencias del Atlántico Norte. Tal vez sea esta la razón por la que el IBSA suele hablar como conciencia del Sur. En la reunión del NOAL celebrada en La Habana en septiembre de 2006, Mbeki señaló que «las masas del pueblo siempre nos piden que hablemos con una voz unitaria» y que, por tanto, «el fortalecimiento de la cooperación Sur-Sur ha contribuido a crear en los foros multilaterales una voz más contundente para los países en vías de desarrollo».¹⁵²

Para hablar del Sur, Brasil, la India y Sudáfrica se aprovechaban de su relevancia política y económica en sus respectivas regiones. Brasil y Sudáfrica son las economías más grandes de su zona, y ambas desempeñan un papel significativo en el trabajo político en sus respectivos continentes.¹⁵³ La India queda empujada por la economía china, pero en todo caso es un actor importante en el sudeste asiático y en Asia en general. Su posición central en la región se vio ampliada por la tentativa de los Estados del IBSA de proyectar su influencia por todo el planeta. Lula recorrió los continentes cimentando alianzas y amistades. Llevó a Brasil ante la Liga Árabe y celebró en Brasilia una cumbre de países árabes y latinoamericanos. Celso Amorim llamó a aquello «alianza de civilizaciones» (en contraposición al «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington). No hubo tanta asistencia de jefes de Estado; en todo caso, como señaló un comentarista, «no es extraño que los halcones de Washington se sientan incómodos. Emerge en el mapa un eje geopolítico, un eje arabo-sudamericano. No está alineado. Y está bañado en petróleo».¹⁵⁴ Los países asistentes a la conferencia de Brasilia eran responsables de un tercio de la producción mundial de petróleo. Partiendo desde el mundo árabe hacia el sur, el Brasil de Lula forjó lazos comerciales profundos con los Estados africanos. La cumbre Brasil-África celebrada en Fortaleza en 2003 fue seguida por el primero de cuatro viajes de Lula por toda África. Aboulaye Wade, de Senegal, le llamó «el primer presidente negro de Brasil». Brasil abrió sus fórmulas farmacéuticas para que los países africanos pudieran producir sus propios medicamentos contra el SIDA y su comercio con África se puso en camino de expandirse desde los

modestos 5.000 millones de dólares de 2002 hasta los 12.600 millones de dólares en 2005 (ascendió hasta los 20.600 millones de dólares en 2011). Se estaban consolidando los cimientos para un nuevo marco geopolítico.

Reuniéndose en la periferia del G-8 (el G-7 más Rusia), la dirección del IBSA promovió su propia agenda política. En Okinawa, en el año 2000, los tres países ya habían reiterado el fracaso del G-8 a la hora de estar a la altura de su compromiso (formulado en la cumbre del G-8 de Colonia, en 1999) con el alivio incondicional de la deuda para los Estados más endeudados. En 2008, en Hokkaido, los Estados del IBSA se unieron a México y China para realizar su propia «Declaración política», en la que lamentaban la falta de movimientos del G-8 sobre el alivio de la deuda, las ayudas condicionadas, las nuevas normas comerciales... y, por supuesto, el cambio climático. En los márgenes del G-8, pidiendo ingresar en el consejo de Seguridad de la ONU y a la espera de poner las manos en las palancas del Banco Mundial y el FMI, los Estados del IBSA no manifestaron ninguna ambición de revisar el orden mundial. Nada de Nuevo Orden Económico Internacional para los nuevos mandarines del Sur. Sencillamente, reclamaban más espacio en el sistema.

Pero la mera petición no se podía encajar con facilidad en el viejo orden. Por el tipo de demandas que hacían al sistema, los Estados del IBSA sí exigían algunos cambios. Los OMD no se podían alcanzar sin una reforma del sistema, sobre todo en lo que se denomina «cooperación global»: incrementos de recursos disponibles para el Sur mediante el alivio de la deuda y la ayuda exterior. El IBSA revisó la idea de «seguridad». El gobierno de Bush circunscribía la definición de «seguridad» a cuestiones relacionadas con el terrorismo, la droga, el crimen organizado y (con cierta extravagancia) la piratería intelectual. Los Estados del IBSA estaban de acuerdo, pero añadían «el VIH/SIDA, las catástrofes naturales y el transporte marítimo de compuestos tóxicos y residuos radiactivos».¹⁵⁵ La idea de seguridad se definía en términos más amplios, señalando que «el foco principal sobre el desarrollo humano, la lucha contra la pobreza y las medidas para mejorar la calidad de vida deberían sustentar y suministrar mayores garantías para la paz y la seguridad internacionales».¹⁵⁶ Las olvidadas conferencias de la ONU, abandonadas a medio camino por el gobierno de Bush, volvieron a figurar en la agenda de trabajo. El IBSA escogió dos en particular: la Conferencia de

Pekín de 1995 sobre los derechos de la mujer y la Conferencia de Durbán de 2001 contra el racismo: «La capacitación social hace mejor uso del potencial humano contribuyendo al desarrollo económico de un modo significativo».¹⁵⁷ La mención al desarrollo económico era un pasajero habitual de esta visión del mundo neoliberal, que no puede tolerar ningún argumento que no proponga algún tipo de beneficio económico tangible.

Esta, en realidad, es la razón por la que la mayor parte del programa del IBSA tenía que ver con la economía; sobre todo, con el comercio, la tecnología y las finanzas.

El comercio

La OMC arrancó a toda máquina en 1995. En su primera reunión ministerial, celebrada en Singapur en 1996, surgieron problemas entre el Norte y el Sur con respecto al acceso al mercado desde ambas partes. El Sur mantenía algunas barreras arancelarias contra productos industriales del Norte, pero el asunto principal eran sus barreras a la libre circulación de finanzas. En defensa de los intereses del Norte, la OCDE estableció en 1995 un Acuerdo Multilateral sobre Inversiones, que derribaría esos muros para «liberalizar» las finanzas. Cuando en marzo de 1997 se filtró un borrador del acuerdo de la OCDE, las protestas en todo el mundo detuvieron lo que para los administradores del Norte parecía un proceso inexorable de racionalización financiera. Las barreras del propio Norte al comercio rara vez eran objeto de discusión, pero entre ellas se contaban —y se siguen contando— un montón de maniobras complejas, como acciones contra la fijación de precios, cuotas, alza y escalada de aranceles... además de normativas laboral y medioambiental más propias de las negociaciones comerciales que de la protección del entorno o de la implantación de legislación laboral.¹⁵⁸ Diversas «cuestiones de Singapur» (como la supresión de aduanas) sabotearon el trabajo de la OMC a partir de 1996. La tercera conferencia de la OMC, celebrada en Seattle en 2000, tuvo que ser clausurada a toda prisa cuando manifestantes de todo el mundo paralizaron la ciudad, y cuando los políticos del Sur asistentes al Washington State Convention and Trade Center

se negaron a respaldar las cuestiones de Singapur.¹⁵⁹ La mecha de Seattle no impidió que la OMC convocara su siguiente reunión, en noviembre de 2001, en una localidad remota del Estado petrolero de Qatar. La OMC inauguró la Ronda de Doha sobre desarrollo dando toda clase de explicaciones de que estaría concluida cuando los ministros volvieran a reunirse, en la desventurada reunión de Cancún de 2003. Un mes antes de que la OMC celebrara la reunión que tenía programada en México, los europeos y los estadounidenses hicieron pública su propuesta común sobre agricultura.¹⁶⁰ El cuarteto regional (Estados Unidos, Europa, Canadá y Japón) insistía en que sus subsidios agrícolas (que el lenguaje críptico de la OMC denominaba «Presupuestos de Apoyo a los Productores») no iban a ninguna parte, lo que, como era de esperar, sentó muy mal entre los países del Sur.

Veinte países del Sur, reforzados por el IBSA, elaboraron un documento alternativo. Se mantuvieron unidos frente al Norte. Cancún 2003 se parecía a Cancún 1981, salvo que en esta ocasión el Sur no estaba tan desanimado.¹⁶¹ «La mayoría de los miembros de la OMC son países en vías de desarrollo», señalaban. El corazón y las vísceras de las normas de la OMC debían reflejar los intereses de estos países. Constituyeron el G-20.¹⁶² El G-20 puso fin a Cancún porque el Norte no iba a modificar su posición sobre los subsidios agrícolas.¹⁶³ «Las conversaciones se han interrumpido y no hay acuerdo», anunció el keniano George Ongwen; y la ministra de Comercio de Malasia, Rafidah Aziz, culpaba del fracaso al Norte. «Siguen demandando cosas que no podemos proporcionarles», declaró.¹⁶⁴

El Sur mantenía la mayor parte de su comercio con el Norte; esta es la razón por la que era tan importante el asunto de los elevados aranceles en todo el Atlántico Norte. Las exportaciones totales desde el Sur en el año 2005 ascendieron a 3,7 billones de dólares, habiéndose multiplicado por más de tres en una década. La nueva «geografía del comercio» impulsó el incremento de las exportaciones.¹⁶⁵

El ineficaz jefe de la OMC, Pascal Lamy, intentó propugnar la conclusión de la Ronda de Doha, pero no iba a ser posible. Ni Estados Unidos ni Europa permitirían que se eliminaran sus subsidios agrícolas. Con el apoyo firme del IBSA, el G-20 no retrocedió. No podía haber ningún progreso significativo sin que se pusiera sobre la mesa el debate sobre los

subsidios.¹⁶⁶ En su sitio, los márgenes, el Sur intentaba resucitar antiguos modelos, como la idea del cártel. Encabezados por Tailandia, algunos países del sudeste asiático crearon la Organización de Países Exportadores de Arroz (OPEA). Quizás un cártel pudiera plantar cara a otro.

La tecnología

El crecimiento del Norte en las últimas décadas se ha fundado en el control de la propiedad intelectual. En particular, el crecimiento sin empleo y el consumo alimentado con deuda en Estados Unidos depende de los ingresos procedentes de los diseños y las marcas concebidos en los enclaves dispersos del dinamismo económico (desde Silicon Valley hasta Silicon Alley). Por consiguiente, el Norte se ha negado a ceder lo más mínimo en lo relativo a la propiedad intelectual.

La posición del Sur desde que comenzaron las discusiones en 1986 quedaba bien expuesta en una fórmula propuesta por la UNCTAD: «La liberalización sin aprendizaje tecnológico se traducirá, en última instancia, en una mayor marginación».¹⁶⁷ Aislar a una sociedad del conocimiento científico y técnico es un mecanismo infalible para aislarla del desarrollo; y ciertamente un modo efectivo de alimentar el rencor y las ideas irracionales. La cultura sin desarrollo científico se anquilosaría. La «contribución de la cultura a la economía de un país» es esencial, sostenían los ministros del IBSA. Además, llevaba asociado un negocio debido al «potencial de las industrias creativas para aliviar la pobreza y generar ingresos».¹⁶⁸

Incapaz de alterar la agenda para la transferencia de ciencia y tecnología desde el punto de vista del desarrollo cultural, el secretario del IBSA cambió de enfoque. Las multinacionales radicadas en el Norte habían adquirido gran parte de la sabiduría cultural del Sur. Esas multinacionales pretendían no solo proteger legalmente sus propios dispositivos y fórmulas tecnológicas, sino también arrebatarse otras nuevas que no procedían de sus laboratorios, ni de sus campos. La célebre tentativa de W. R. Grace de patentar el nim (*Azadirachta indica*) entre 1996 y 2005 es un buen ejemplo. El Sur quería reclamar que si el Norte podía tener acceso por muy poco a esos tesoros, ¿por qué entonces el

Sur no iba a poder acceder al conocimiento científico y tecnológico protegido por las restricciones de la propiedad intelectual? El punto de vista de la herencia cultural era una orientación provechosa para continuar con el debate en torno a la desigualdad del acceso a la ciencia y la tecnología. En 2002, los países del IBSA habían liderado la creación del Grupo de Países Megadiversos Afines. La intención de este grupo era establecer «un régimen intelectual para promover y salvaguardar de forma eficaz que se compartan de forma justa y equitativa los beneficios derivados del uso de la biodiversidad y sus elementos».¹⁶⁹ El grupo se amparó en el Convenio sobre la Diversidad Biológica (vigente desde 1993), que había nacido en 1988 del debate de la Ronda Uruguay, pero en realidad era inofensivo.

Incapaces de obtener impulso, los Estados del IBSA y sus aliados se aferraron a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático para defender su argumento de la transferencia de tecnología. Una de las grandes victorias del Sur fue la de introducir el siguiente criterio en la Declaración de Río (1992): «En vista de que han contribuido en distinta medida a la degradación del medio ambiente mundial, los Estados tienen responsabilidades comunes pero diferenciadas. Los países desarrollados reconocen la responsabilidad que les cabe en la búsqueda internacional del desarrollo sostenible, en vista de las presiones que sus sociedades ejercen en el medio ambiente mundial y de las tecnologías y los recursos financieros de que disponen» (Principio 7). Fue la expresión «responsabilidades comunes pero diferenciadas» la que resultaría clave para abrir el debate.¹⁷⁰ Los Estados del IBSA, junto con China y el G-77, presionaban al Norte para que aceptara el hecho de que sus Estados y sus industrias habían sido y seguían siendo los principales contaminadores del mundo. Ante este hecho, a juicio del Sur era imperativo que el Norte cargara con la mayor parte del ajuste ecológico. En 2007, el IBSA dijo al G-8 en Heiligendamm que la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero «eran una tarea exclusiva» del Norte, que debería reducir las emisiones, pero también compartir la tecnología verde con el Sur para permitirle «saltarse» la fase de desarrollo industrial de emisión de gases de efecto invernadero.

Mientras la discusión sobre la transferencia de tecnología tenía lugar en Bali en diciembre de 2007, en Europa se afilaban los lapiceros y se empezaban a poner en papel nuevos acuerdos. El Sur había defendido que la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI) asumiera la cuestión de redactar un «calendario de desarrollo» sobre la propiedad intelectual. La agenda del IBSA consistió finalmente en encontrar acomodo en el interior del único organismo de la ONU encargado de la gestión de la propiedad intelectual. Como solía hacer, el Norte decidió sortear a la OMPI. Buscó protección en la Organización Mundial de Aduanas (OMA), la unión de administraciones aduaneras. La discusión aquí fue encabezada por los Northern Corporate Rightholders [«Titulares de Derechos Empresariales del Norte»], que negociaron codo con codo y como socios igualitarios con los diversos Estados miembros. El Norte trasladó su agenda de la propiedad intelectual a la OMA, donde el Sur seguía estando en desventaja (sus delegados son principalmente autoridades aduaneras que no tienen ninguna formación en cuestiones de propiedad intelectual). El timo lo descubrió por casualidad el Centro del Sur: la agencia intergubernamental nacida del trabajo de la Comisión del Sur.¹⁷¹ Era un ejemplo vívido de cómo el Norte intenta deliberadamente socavar al Sur; incluso, como en este caso, cuando la agenda del IBSA destacaba por su ausencia de fervor revolucionario. No se permite que caiga ninguna migaja del plato del Norte; su deseo es seguir comiendo después de haberse saciado.

Las finanzas

A finales de la década de 1990, en las capitales del Atlántico Norte el lenguaje de la intervención humanitaria había eclipsado el discurso pasado de moda de la ayuda benefactora. Los F-16 calentaban motores para disponerse a bombardear Belgrado, Bagdad, Kabul y Abiyán. La OTAN era más famosa que la Oficina de Ayuda Humanitaria de la Comunidad Europea (creada en 1992) y el Comité de Ayuda al Desarrollo. Ninguno de los Estados del G-7 estuvo a la altura de su modesto compromiso de destinar el 0,7 % de su renta nacional a la ayuda exterior (la cifra procede de una resolución de la ONU de

1970). La ayuda que llegaba debía llevar el visto bueno de la Declaración de París sobre la Eficacia de la Ayuda al Desarrollo, el grupo de investigación del Norte dedicado a supervisar cómo se gastaba el dinero.¹⁷²

De las reuniones del G-7 celebradas en Gleneagles (2006) y Heiligendamm (2007) salió un estruendo espectacular sobre la ayuda, en concreto sobre la destinada a África. Hasta los editores de *The Economist* pincharon el globo de la hipocresía: «Si lo único que importara fuera decir lo correcto, este año dedicado a “hacer pasar a la historia la pobreza” ya se podría haber declarado un triunfo. Los jefes de las empresas, los dirigentes políticos y la reunión de benefactores famosos reunidos el mes pasado en Davos hablaron de poco más que sus ideas para ayudar a los pobres. Sin embargo, lo que realmente importa no son las palabras, sino la acción».¹⁷³ En el año 2003, la Campaña ONE de Bonos concluyó que poco más de la mitad de las promesas de Gleneagles se había cumplido: «El G-7 ha fracasado con el comercio y ha sido lento con la calidad de la ayuda, pero ha cumplido con la cancelación de la deuda, si bien una nueva crisis de deuda pone en peligro las conquistas realizadas hasta la fecha si no se modifican las prácticas de los donantes».¹⁷⁴ Con más de 300.000 millones de dólares de pasivo, el continente africano está en el corredor de la muerte de la deuda. La modesta reducción aplicada a los países más endeudados no ha hecho mella significativa en el problema.

Ya no se podía confiar en las finanzas privadas en forma de FDI. De los 1,306 billones de dólares del flujo global de FDI, solo se destinaba al Sur el 29 % (379.000 millones). La mayoría lo absorbía la Cuenca del Pacífico y los Estados más extensos. Una cantidad minúscula iba a parar a los países muy endeudados. Del total mundial, el 16 %, 193.000 millones de dólares, abandonaba el Sur rumbo a otras sedes; el capital financiero en el Sur se había vuelto agresivo y buscaba pastos más verdes en Nueva York, Londres o Fráncfort; ya no estaba atrapado en las fronteras nacionales. El dinero era especulativo y la inestabilidad de las bolsas y los precios de las divisas permitían que los financieros buscaran beneficios a corto plazo basándose en unos diferenciales de precio diminutos. Con la liberalización de las finanzas, los excedentes de capital se agitaban en busca de beneficios a muy corto plazo, desbaratando los planes de desarrollo.

Los ministros del IBSA miraban a otra parte. La credibilidad del Norte respecto al alivio de la deuda estaba en duda; era mejor buscar financiación en otras fuentes. El mantra de Manmohan Singh («mejor el comercio que la ayuda») era la señal dominante que dotaba al neoliberalismo del Sur de justificación para su giro hacia el comercio y la producción orientada a la exportación. Ese tenía que ser el camino para salir de la pobreza; la fluctuación del volátil precio de las mercancías tenía que estar controlada por un mecanismo que llevaba sobre la mesa desde hacía una generación: un Fondo de Estabilización de Precios.¹⁷⁵ La discusión sobre la «innovación financiera» para el desarrollo estaba abierta en los países escandinavos, en los pasillos menos visibles del entorno de la ONU y en las capitales del IBSA. El Grupo Piloto de Financiación Innovadora para el Desarrollo y su filial, el Grupo Piloto sobre Impuestos para la Solidaridad, se pusieron a trabajar en París (2006) y en Oslo (2007) para debatir sobre los gravámenes a los viajes en avión, la venta de tabaco, las tasas sobre las transacciones y pagos financieros, así como la supresión de los paraísos fiscales, la prevención de fugas de capitales, la expansión del acceso a las microfinanzas y el establecimiento de compromisos de mercado avanzados (AMC, siglas de «advanced market commitments»: una garantía de los donantes de que si un laboratorio farmacéutico desarrollaba una vacuna, se compraría). El IBSA respaldó estos esfuerzos débiles e idiosincrásicos.¹⁷⁶

En marzo de 2002, la ONU convocó una conferencia sobre financiación para el desarrollo en Monterrey, México.¹⁷⁷ Los delegados entraron en la sala de conferencias murmurando sobre el caos que con tanta rapidez había desbordado a Argentina, aunque no se mantuvo ninguna conversación formal al respecto. En 2001, Argentina había sido alcanzada por la depravada ortodoxia del FMI hasta que entró en caída libre financiera. Los presidentes no aguantaban mucho tiempo en el cargo (Adolfo Rodríguez Saá gobernó durante una semana), las protestas inundaban las ciudades (en las que los *piqueteros** golpeaban cacerolas y sartenes y el Movimiento de Trabajadores Desocupados reclamaba en las inmediaciones de la vieja Casa Rosada una solución al hambre). La policía antidisturbios disparó contra la multitud mientras la clase política dominante se desvivía buscando una salida. La crisis de Argentina debió haber condenado a muerte el neoliberalismo, pero

no fue así.¹⁷⁸ Los delegados que asistieron a Monterrey llegaron convencidos de sus virtudes y sus verdades. Había que repensar muy pocas cosas.

Una semana antes de que se inaugurara la conferencia, el Banco Mundial presentó *Financing the Poorest Countries*. «La crisis de Argentina —sostenía el Banco Mundial— ilustra cómo las cuentas de capital abierto pueden exacerbar los efectos de las políticas macroeconómicas insostenibles y la elevada deuda del sector público, lo que complica gravemente los esfuerzos de estabilización». La raíz del problema seguían siendo las políticas macroeconómicas y la deuda del sector público; el gobierno gastaba demasiado y no tenía la moneda, el peso, en sus manos. Dejando al margen estos problemas de gobernanza económica, el Banco Mundial advertía de los riesgos de la movilidad del capital. Había que vigilar la falta de lealtad del capital. Según el Banco Mundial, las restricciones sobre las transacciones de las cuentas de capital «solo han tenido un éxito limitado en el control de los flujos de capital saliente en el contexto de un clima de inversión frágil, donde las oportunidades de inversión nacional se ven limitadas y los miedos a la confiscación o la reducción del valor de los activos ofrecen un incentivo considerable para llevarse el capital al extranjero».¹⁷⁹ Una forma de captar la inversión era crear un sector productivo que trabajara en esa dirección. Eso no podía suceder, argumentaba el Banco Mundial, si las oportunidades de inversión se veían restringidas por los aranceles del Norte.¹⁸⁰

La ligera cautela del Banco Mundial no sirvió para desbaratar el Consenso de Monterrey, que propugnaba fondos para el desarrollo de mercados de capital; y para garantizar esos fondos, proponía más liberalización comercial y financiera. Formulada ahora en el lenguaje de la equidad, se seguía defendiendo más de lo mismo. «El Consenso de Monterrey —escribía Yash Tandon, del Centro del Sur— fue, en realidad, un consenso sobre la financiarización del desarrollo, en lugar de sobre el desarrollo de las finanzas».¹⁸¹ Las finanzas se habían apoltronado en el asiento del conductor.

Mientras la fuente de la ayuda se iba secando, el IBSA decidió intervenir. El Fondo IBSA, con una financiación muy modesta, concedió sus primeras ayudas a Guinea-Bissau (para el desarrollo de la agricultura y la

ganadería), a Burundi (para infraestructuras y prevención del VIH/SIDA), a Laos (para la gestión del agua y el regadío), a Cabo Verde (para la remodelación de la infraestructura sanitaria) y a Palestina (para una instalación sanitaria y la participación juvenil). No era gran cosa comparado con el problema al que se enfrentaba el Sur.

El comercio, la tecnología y las finanzas fueron los tres flancos de los afanes del IBSA, pero todos ellos se veían limitados en un aspecto u otro por las asimetrías del poder. El instrumento para la efectividad del IBSA no iban a ser sus embajadores ante las conferencias internacionales, ni ante la ONU. Iba a ser la creciente autoridad de las multinacionales del Sur. El Consejo Empresarial del IBSA (IBSA Business Council) y el Foro de Comercio e Inversión sentaron las bases para el trabajo del IBSA.¹⁸² Las asociaciones de comercio de un país se reunían en otro hasta alcanzar acuerdos bajo la vigilante y amistosa mirada de los ministros de comercio.¹⁸³ Los fabricantes de automóviles Tata y Mahindra abrieron concesionarios en Sudáfrica, mientras que la Compañía Aeroportuaria de Sudáfrica fue a operar al aeropuerto de Bombay, Laboratorios Ranbaxy creó filiales brasileñas y Petrobras avivó sus perforaciones en la costa india. Estas empresas formaban parte de un nuevo conjunto de multinacionales del Sur que daban empleo a seis millones de personas y cuyas ventas totales en el año 2005 alcanzaron la cifra estimada de 1,9 billones de dólares. Si bien estaban sin duda alguna reguladas, estas empresas gozan en todo caso de una libertad inmensa por parte de sus gobiernos, que las consideran los principales motores del crecimiento. Cada dos por tres se destapan escándalos en las portadas de los periódicos, pero desaparecen al cabo de un par de días; se detecta su aparición y, a continuación, se descarta. Nada de lo que hacen las multinacionales puede estar mal.¹⁸⁴

Los dirigentes empresariales no solo eran los únicos que acechaban las cumbres del IBSA. La «sociedad civil» también estaba representada por artistas y académicos y, por supuesto, por jefes de la defensa. En 2008, en el marco de una reunión celebrada en Ciudad del Cabo, el IBSA realizó un ejercicio naval conjunto (IBSAMAR I). El ministro de Asuntos Exteriores indio, Pranab Mukherjee, se apresuró a señalar que esos ejercicios «no tienen por objetivo ingresar en ningún tipo de alianza militar». Un grupo de trabajo

conjunto sobre cuestiones de defensa cooperó sobre la base del respeto mutuo en el seno de la reunión en aras de sus incipientes industrias armamentistas. El aluvión de comentarios en la prensa llevó a Celso Amorim a subrayar: «No creo que un grupo de sociólogos reunido en una sala despierte tanta atención, pero parece que un grupo de barcos reunidos con sus banderas sí despierta atención».¹⁸⁵ La «sociedad civil» era el dominio de los dirigentes empresariales y de la defensa. Los demás quedaban al margen, incapaces de movilizar la dinámica del IBSA. La «sociedad civil» era en buena medida una serie de festivales culturales ornamentales para el entretenimiento. Toda la discusión real tuvo lugar en salas de juntas, en barracones y en el palacio presidencial.¹⁸⁶

En Cancún y en Copenhague, los chinos se incorporaron a las conversaciones, con lo que otorgaron peso al IBSA y a su constelación del Sur. Fue un acontecimiento único. En la reunión ministerial de la OMC celebrada en Hong Kong en 2005, China se mostró precavida.¹⁸⁷ Su intuición diplomática desde que se sumara a la OMC en 2001 la había llevado a «contribuir a equilibrar la supremacía» de Estados Unidos, Japón, la Unión Europea y Canadá.¹⁸⁸ Transcurridos los primeros años del siglo XXI, las cosas habían cambiado un poco. El inmenso excedente comercial de China con respecto a los europeos y Estados Unidos, así como la emergencia de China como segunda economía más importante del mundo (después de Estados Unidos), le concedieron una considerable certeza de que podría intervenir para moldear las relaciones internacionales según sus intereses. La política exterior de China ya no estaba atrapada en la cuestión del papel de Taiwán en el mundo. Pekín empezaba ahora a intervenir en estos foros mundiales como un dirigente modesto del Sur. Un NOAL debilitado había intentado ganar impulso a través del G-15, cuyo fracaso dio lugar al IBSA. China había empezado a trabajar con el G-77 en 1981, pero solo en las dos últimas décadas el G-77 más China ha empezado estrictamente a coordinar políticas y, como veremos, no fue hasta 2012 cuando esas políticas empezaron a ejercer influencia en los debates internacionales. Acabó quedando en evidencia que los principales éxitos del IBSA se producían cuando estaba respaldado por China. «China es el músculo del grupo —dijo

un analista—. Son los únicos que disponen de grandes reservas. Son el mercado potencial más grande». ¹⁸⁹ China era la principal locomotora del Sur.

EL MARTILLO CHINO, EL YUNQUE DEL SUR

Entre abril de 1987 y septiembre de 1993, Nyerere visitó China en cinco ocasiones. En todas ellas se reunió con Deng Xiaoping o con algún otro dirigente nacional del Partido Comunista de China (PCC) o de la dirección del Estado. En noviembre de 1989, el gobierno chino llevó a Nyerere de visita a Shenzhen, la capital y corazón de la transformación económica de Guangdong. El inmenso peso del experimento chino de «modernización» recayó sobre esta pequeña aldea pesquera, que en 1979 había sido seleccionada por Deng Xiaoping como primera Zona Económica Especial (ZEE). Deng Xiaoping la escogió por su cercanía a Hong Kong, y al cabo de una década se había convertido en el anclaje de la increíble transformación social que se produjo en el delta del río Perla, al sur de China. Cuando Nyerere la visitó diez años después de su inauguración como ZEE, quedó estupefacto. Los viajes a China desde la década de 1960 y la estrecha interacción con los cambios sociales del país no le habían preparado para lo que presenció en esta visita. Regresó a Ginebra extasiado. ¿Se podía reproducir el éxito de China con Shenzhen en cualquier otro lugar del Sur?

Había dos preguntas que le inquietaban, aunque no las planteó en la Comisión del Sur:

1. ¿Cómo había conseguido China pasar de ser un país agrícola devastado por la ocupación y la guerra japonesas a convertirse en un país con una base social mucho más resistente que la de cualquier otro lugar del Sur y con una base industrial emergente que rivalizaba con otras regiones industriales del Norte?
2. ¿Sería capaz China de exportar su planteamiento a otros lugares del Sur, convirtiéndose así en su motor?

Las respuestas a estas preguntas no podían proceder del único miembro de China que había en la Comisión del Sur. Los intereses de Qian Jiadong residían más en la vertiente política que en la económica de la realidad. Qian, estrecho colaborador de Zhou Enlai, dedicó el resto de su carrera al ministerio de Asuntos Exteriores, donde fue muy respetado y muy eficaz (el embajador de la India ante el GATT, S. P. Shukla, señala que su mesurada estrategia de defensa era su sonrisa lánguida»¹⁹⁰). El yerno de Qian, Wang Yi, fue destinado en aquel momento a Japón como asesor de la embajada china (en la actualidad es miembro del Comité Central del PCC). Los debates sobre la tentativa de Japón de presentar una alternativa en la escena mundial no eran inusuales; ni, por supuesto, tampoco lo eran las estrategias de poder de Washington en relación con la deuda y la propiedad intelectual. Qian era el hombre de China en las negociaciones del GATT. Pero en medio de las evoluciones de Shenzhen seguía mostrándose precavido. El entusiasmo de Nyerere se quedaba al nivel del de Qian. No llevó más lejos sus preguntas, y así se aprecia en las deliberaciones y en el informe final de la Comisión del Sur.

En la década de 1980 y bien entrada la de 1990, China modificó espectacularmente su papel en el mundo. Un largo período de decadencia y desaliento, desde la década de 1820 hasta la de 1940, llegó a su fin cuando Mao encabezó la entrada de sus ejércitos en Pekín en 1949. Atormentado por la alarmante tasa de pobreza y la situación casi de hambruna, el reino de la necesidad heredado por el régimen comunista necesitaba tal vez con mayor urgencia que el socialismo la restauración de la vida normal. Ante la dirección se presentaban dos caminos. El primero resaltaba la actividad cooperativa y podría denominarse «el camino de Yenan», en homenaje a la región dirigida por los comunistas de Shaan-Gan-Ning durante los primeros años de la década de 1940.¹⁹¹ La experiencia real de Yenan descansaba en la dirección desde arriba, por mucho que intentara enfatizar la dispersión de la actividad económica colectiva. Sin embargo, el principio rector del enfoque adoptado por el camino de Yenan era promover los medios para llegar a una sociedad democrática. El segundo camino subrayaba el desarrollo industrial fuerte y se podría denominar «el camino soviético», puesto que fue la tendencia general del desarrollo soviético en la URSS tras el Gran Giro de

1928-1929. Los solapamientos entre ambos caminos son considerables, pero hay unas cuantas diferencias. En primer lugar, el camino de Yenán tenía tendencia a evitar u ocultar la necesidad de producir bienes de equipo en un sector industrial, mientras que el camino soviético tendía a presuponer que los beneficios sociales del desarrollo industrial fuerte en un lugar se propagarían finalmente hasta el sector agrario. En la historia china, habitualmente los «radicales» querían adoptar el camino de Yenán, mientras que los «conservadores» preferían el camino soviético.

En 1950, el atribulado nuevo gobierno promulgó una Ley de Reforma Agraria, bajo la suposición de que el sector agrícola debía liderar en la creación de una sociedad socialista. La modesta ayuda económica y el crucial apoyo tecnológico de la Unión Soviética (el Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua sino-soviético de 1950) sentaron las bases para reconstruir infraestructuras y avanzar en el modelo de desarrollo soviético encabezado por la industria. Eso no complacía a los comunistas chinos «radicales», que no estaban dispuestos a aceptar un desarrollo industrial centrado en ciertos enclaves (como el de Manchuria). Los chinos se apartaron de este modelo en 1952 para orientarse hacia la colectivización de la agricultura. Una combinación de catástrofes naturales (1960-1961), el fin del apoyo soviético (1960) y una tentativa mal concebida de introducir la industria a pequeña escala en zonas rurales (el Gran Salto Adelante, 1958) impuso obstáculos a la dirección maoísta. Murieron demasiadas personas en aras de unas conquistas demasiado reducidas. El igualitario camino de Yenán tuvo que batirse en retirada ante el camino soviético, pues la industria pesada y la especialización tecnológica vencieron frente al desarrollo horizontal en las zonas rurales. El viceprimer ministro Chen Yi asumió la dirección, sosteniendo que «las escuelas especializadas no deberían dedicar mucho tiempo a la política y al trabajo manual en perjuicio de los estudios especializados». Ser «rojo y experto» no era tan importante como ser un experto.¹⁹²

La Revolución Cultural (1966-1976) intentó resucitar el camino de Yenán para asegurarse de que el socialismo no solo se construía en el seno de algunos sectores aislados del núcleo industrial, sino también en el campo en general. La mayoría de los relatos de los excesos de la Revolución Cultural se ocupaban de las ciudades con historias sobre la burda eliminación de los

intelectuales, a quienes se trasladaba al campo; había pocos relatos dedicados específicamente al campo para averiguar cuáles habían sido sus efectos. Impulsado por el espíritu del camino de Yenan, el gobierno construyó en el campo hospitales, farmacias y escuelas y promovió la construcción de secciones industriales de mediano tamaño adscritas a comunidades rurales. La educación y la formación industrial y la infraestructura social del nuevo Estado chino produjeron instituciones saludables con experiencia en el trabajo fabril.¹⁹³

Las visiones grandiosas de la Revolución Cultural introdujeron a la sociedad china en la agitación; cuando se acercaba su fin, en 1976, murieron tanto Mao Tse-tung como Zhou Enlai. La muerte del Gran Timonel dejó el barco del Estado sumido en cierta confusión. La Revolución Cultural había pasado como un torbellino. La inadecuada preparación política de las masas y el sufrimiento de grandes sectores de la *intelligentsia* proporcionaron carnaza fresca a los elementos más conservadores de la dirección. Deng Xiaoping regresó del exilio y unió sus esfuerzos a los del primer ministro del momento, Hua Guofeng, para vencer hábilmente a los reductos de la Revolución Cultural (como la Banda de los Cuatro) y tomar el control del partido y del Estado. Hua y Deng afianzaron su posición explotando el culto a Mao (Hua promovió la denominada «política de los dos cualesquiera»: mantener cualesquiera medidas que Mao suscribiera y seguir los pasos de cualesquiera cosas que Mao hubiera dicho). Deng utilizó a Hua para consolidar el poder de sus agentes modernizadores. A principios de la década de 1980, con Deng y su grupo al mando, los dos cualesquiera desaparecieron. Surgió una nueva orientación impulsada por el pragmatismo de Deng (en 1961, Deng brindó un eslogan que definiría su trayectoria: «No importa si se trata de un gato blanco o un gato negro; lo importante es que cace ratones». Se cuenta que la réplica de Mao habría sido: «Si da igual que el gato sea blanco o negro, no les importará que se trate de imperialismo o de marxismo-leninismo»).194

El mecanismo para la ascensión de Deng fue una combinación de menosprecio del período 1949-1976 con la canonización del propio Mao. Pero lo que Deng lograría alcanzar en la etapa siguiente dependió casi por

entero de los frutos maoístas: principalmente, el surgimiento de una población sana, alfabetizada y competente. Esos eran los mayores activos de China.

El libro rojo de Mao no era el manual de trabajo de Deng; él tenía la mirada puesta en Tokio y Singapur. Los diecisiete volúmenes de la historia oficial del MITI se tradujeron a toda prisa al chino y 800 altos cargos chinos viajaron al Instituto de Investigación Nomura para participar en diversos programas de formación.¹⁹⁵ Japón y China padecían un exceso de historia. Estallaron protestas en el seno del gobierno y en las calles para denunciar la «segunda ocupación» del país por parte de los japoneses.¹⁹⁶ De la adopción del «camino de Japón» no se habló tanto como se imitó. El nombre que recibió la teoría de Deng del apoyo al sector privado fue *wenzhu yitou, fangkai yipian*: «ancla un extremo y deja al otro en libertad». El anclaje era el Estado, que suministraría el respaldo financiero y de infraestructuras al extremo libre, a saber: la empresa privada.¹⁹⁷

Singapur era un destino menos comprometido que Tokio. En noviembre de 1978, Deng viajó para reunirse con Lee Kuan Yew, según parece para discutir sobre la guerra de los vietnamitas contra los jemereros rojos, pero más significativamente para hablar de reformas económicas e inversiones chinas en el exterior.¹⁹⁸ Si Japón era un lastre histórico, la inversión china en el exterior y las *guanxi* («conexiones») de la familiaridad cultural china se convertirían en la moneda de los nuevos enclaves manufactureros que Deng quería construir.

A su regreso de Singapur, Deng impulsó el proceso que en abril de 1979 condujo a la creación de la ZEE de Shenzhen. El gobierno descentralizó la toma de decisiones en las provincias y les permitió competir entre sí por la obtención de ingresos e inversiones. La ventaja de Guangdong era su proximidad a Hong Kong y al capital y los conocimientos técnicos chinos del exterior.¹⁹⁹ La Shenzhen de Deng no definió el modelo de crecimiento del PCC en la década de 1980. Cauteloso acerca de la restauración del capitalismo, el PCC diseñó medidas para impedir la aparición de iniciativas privadas a gran escala. Más bien, en la década de 1980 las pequeñas empresas rurales empezaron a implicarse en negocios a pequeña escala. Estas empresas rurales familiares y colectivas (incluidas las de pequeños municipios y

aldeas) producían bienes para el mercado chino. La subsidiarización de la agricultura de subsistencia concedió a las empresas rurales una ventaja con respecto a las urbanas de propiedad estatal, que tenían que ofrecer a sus trabajadores prestaciones sociales y empleo fijo.²⁰⁰ Este breve estallido de dinamismo rural fue llevado a término en la década de 1990. La ascensión política de Deng quedó concluida a partir de 1989, cuando quienes no adoptaban su posición quedaban sumidos en el ostracismo. Las protestas de 1989 de los trabajadores industriales proclives al camino soviético y los estudiantes con cierta afinidad por el camino de Yenan o el liberalismo al estilo estadounidense fueron eliminados, lo que desencadenó las condenas internacionales.²⁰¹ La inversión del Norte en el sector de las ZEE de China se agotó. La dirección buscó con mucho más ahínco el capital chino en el extranjero, incluido el de las economías de enclave de Hong Kong, Singapur y Taiwán. Deng visitó Shenzhen en su famosa gira por el sur de enero de 1992 y exhortó al gobierno local a continuar con sus esfuerzos: «Los “cuatro pequeños dragones” de Asia [Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán] se han desarrollado muy deprisa, igual que vuestro propio desarrollo. Guangdong debería luchar por alcanzarlos en un plazo de veinte años».²⁰² China tenía que emular tanto la dirección como la velocidad de ese desarrollo.

Dos años después, en 1994, China aprobó una nueva Ley de Empresas para abrir la puerta al sector empresarial privado —que incluía la privatización de empresas de titularidad estatal y el fin de los programas de prestaciones sociales— y suavizar las barreras contra la FDI. Jiang Zemin y Zhu Rongji manifestaron su preferencia por el «capitalismo corporativo de Occidente y favorecieron la creación de grandes supermercados frente a los mercados de los agricultores, de grandes almacenes frente a los vendedores ambulantes, de grandes factorías frente a las pequeñas y de grandes cadenas empresariales frente a los negocios familiares».²⁰³ La China rural sufrió profundamente. El número de empresas rurales descendió desde los 24,9 millones de 1994 hasta los 20 millones de 1998.²⁰⁴ Una contracción del crédito, unida a la caída de los precios de los cereales en 1996, supusieron empezar a cavar la fosa de la China rural. Las ventajas acumuladas por el campesinado fueron transferidas a la fábrica; la creación de nuevos impuestos

para la agricultura y el aumento del coste de los insumos agrícolas redujeron los excedentes de la agricultura, que fueron transferidos por una burocracia en aumento al sector industrial orientado a la exportación de la Cuenca del Pacífico. La «carga de este inmenso proyecto recayó sobre los hombros de los campesinos», informaban Chen Guidi y Wu Chuntao.²⁰⁵ Los ingresos de las zonas rurales descendieron de forma espectacular. El campesinado no recibió ayuda cuando el gobierno empezó a reducir la «escudilla de arroz de hierro» de la era maoísta. Muy pronto hubo que empezar a pagar prestaciones sociales como los tratamientos médicos o la educación.

Las penurias en las zonas rurales impulsaron a los trabajadores jóvenes a desplazarse hacia las recién creadas ZEE, donde los puestos de trabajo en el sector manufacturero ofrecían salarios en efectivo. «Un ejército de campesinos volvió la espalda a la tierra y se marchó a la ciudad —escribieron Chen y Wu—. Los campesinos hacen todo lo posible por marcharse: los jóvenes inteligentes solicitan plazas en la universidad o consiguen empleo a través de algún contacto; en el peor de los casos, acuden en aluvión a la ciudad como emigrantes». Este proceso despobló el campo: «Los menguantes recursos humanos marcaron enseguida una nueva era de declive de los recursos materiales y el espíritu de creatividad se ha agotado».²⁰⁶ A finales de la década de 1990, la producción de las ZEE de China se había hecho cargo de su dinámica de crecimiento. Tanto el camino de Yenan como el camino soviético quedaron abandonados, pues el camino de las ZEE pasó a ser preponderante. En la época en que Nyerere visitó Shenzhen en representación de la Comisión del Sur, el gasto estatal en infraestructuras y en la promoción de la producción en las ZEE había modificado el paisaje por completo. Las explotaciones agrarias desaparecían bajo el peso del desarrollo industrial y los agricultores tenían que huir al interior o transformarse en obreros industriales. El *gongren* (proletariado industrial) se convirtió en *dagongmei* (aquellos que trabajan para los patronos de las ZEE). Las tasas de crecimiento se dispararon (un promedio del 8,5 % de aumento del PIB per cápita entre 1999 y 2003). Este crecimiento estaba anclado en unas tasas de inversión elevadas que facilitaban una incesante expansión de la exportación de artículos, cada vez de mayor valor.

La producción de las SEZ se basaba en la FDI y en los salarios bajos para los trabajadores emigrantes. A finales de la década de 1980 Deng barrió con los antiguos temores a que la FDI constriñera la soberanía china y la devolviera al período semicolonial. Los primeros estudios de la dirección china sobre el papel de la FDI revelaron que «no había causado catástrofes importantes: la soberanía de la República Popular China estaba intacta». La FDI funcionaba (en 2002 afluyeron 60.000 millones de dólares a la Cuenca del Pacífico de China, y en 2011 la cifra anual ascendió a 116.000 millones). La FDI fue crucial, pero también la reducida tasa salarial efectiva de China. Los emigrantes apreciaban el hecho de que las tasas urbanas (incluidas las de las ZEE) eran más de tres veces superiores a los niveles salariales rurales.²⁰⁷ Sin embargo, la cota salarial urbana china era inferior a la de los Estados atlánticos, lo que significaba que cuando los salarios del Norte se estancaban, también se estancaban los salarios en China.

En los primeros años, la dirección del PCC estaba descontenta con los afanes de las ZEE de Guangdong y Fujian, aun cuando Guangdong fuera camino de convertirse en la provincia líder en exportaciones. Lo que les preocupaba era la falta de mano de obra china cualificada en las empresas de las ZEE, el gran desembolso de fondos públicos para infraestructuras y, sobre todo, la corrupción y los delitos que desencadenaban la obtención de dinero rápido.²⁰⁸ Impulsó a los gobiernos provinciales a que importaran tecnología. Deng vendió al PCC la promesa de la FDI con el vaticinio de que no llegaría desprovista de transferencia de tecnología: la pesadilla de la Comisión del Sur. En 1987, Deng señaló que la República Popular China tenía que ser más audaz a la hora de «absorber inversión y tecnología extranjeras». «Para resolver el problema» del retraso de la FDI, dijo Deng en 1987, «deberíamos abrir aún más la puerta al mundo exterior, crear un entorno más favorable para la inversión y ser atrevidos en el uso del capital extranjero; por otra parte, se espera que los socios extranjeros estén más abiertos a la transferencia de tecnología».²⁰⁹ Era el binomio fundamental: la cuestión era no solo atraer inversión que mantuviera la posición de China como proveedor de materias primas o de mano de obra barata; China también tenía que garantizar que la FDI llegaría al país acompañada de tecnología. Este fue con diferencia el asunto más discutido en la Ronda Uruguay, pero la mera

envergadura y la promesa de la mano de obra china y su supuesto mercado, así como la obstinación de la dirección de la República Popular China, le permitieron obligar a las multinacionales a transferir tecnología a las empresas chinas. Las ZEE se vieron fortalecidas por la creación de ciudades portuarias y de zonas de desarrollo económico y comercial abiertas (1984-1985), zonas de libre comercio (1991) y zonas de desarrollo de alta tecnología (1995). Estas zonas albergarían fábricas, centros de investigación y núcleos de innovación, en los que los centros de investigación e innovación actuarían de cauce para que las nuevas tecnologías salieran de las empresas extranjeras e ingresaran en las chinas.

El impulso a la transferencia de tecnología se produjo con lo que en el IX Plan Quinquenal de China (1996-2000) se denominó «pilares del sector industrial»: principalmente los automóviles, la construcción, la electrónica, la maquinaria pesada y el sector petroquímico. «Para desarrollar pilares industriales, la tecnología inicial debe ser relativamente avanzada. Al tiempo que se importan tecnologías avanzadas, debemos incentivar nuestro propio desarrollo tecnológico y nuestra capacidad de renovación, erigir economías de escala y prestar atención a los beneficios económicos».²¹⁰ Rhett Dawson, presidente del Consejo de la Industria de Tecnología de la Información (una asociación comercial estadounidense de alta tecnología) señaló refiriéndose al gobierno chino: «Casi sin ningún reparo, están intentando cultivar su industria con tecnología que hemos desarrollado nosotros. Tienen esa política deliberada».²¹¹ «No se puede sobrevivir en China —dijo Yun Yong, de Samsung— sin convertirse en una empresa china. Eso incluye desarrollo de tecnología, diseño de producto, compra, fabricación y ventas locales».²¹²

Durante su gira por el sur de China en 1992, Deng tuvo que abordar el descontento porque su estrategia de las ZEE ponía en peligro el socialismo chino. «No hay ningún motivo de alarma porque se establezca un mayor número de empresas financiadas desde el extranjero —señaló—. Las ventajas operan a nuestro favor; tenemos empresas de propiedad estatal grandes y medianas, tenemos empresas rurales y, lo más importante, el poder político está en nuestras manos».²¹³ Quizás esas ventajas existieran, pero el problema era que China había empezado a producir demasiado. Pekín permitió que las provincias compitieran entre sí. Había muy poca legislación general para el

nuevo sector de las ZEE. Las prisas para construir más fábricas que produjeran artículos similares desembocaron en una situación de exceso de capacidad productiva. Tres cuartas partes de las industrias chinas padecían el problema del exceso de capacidad productiva en 2006, antes de la quiebra crediticia que comenzó al año siguiente.²¹⁴ Era una descomunal burbuja manufacturera que estaba esperando para explotar.

Durante la década de 1990, la inmensa maquinaria industrial china produjo bienes en todos los sectores. Los bajos salarios y la tecnología industrial hicieron prácticamente imposible que los propios trabajadores adquirieran la enorme cantidad de bienes que arrojaban las cintas transportadoras. Además, esas cintas descargaban en contenedores que embarcaban en buques rumbo a los puertos de Los Ángeles y San Francisco, donde unos trenes los llevaban a Wal-Mart y otros gigantes de la venta al por menor, donde los consumidores estadounidenses, ahora en buena medida subempleados, recurrían a líneas de crédito personal para aplacar unos deseos promovidos por la publicidad. Se produjo una simbiosis demoníaca entre los trabajadores chinos, esforzados pero mal pagados, y los consumidores estadounidenses, subempleados pero con crédito de sobra. Esta relación era turbulenta. En 2005, el economista jefe del FMI, Raghuram Rajan, apuntó diversos factores perturbadores de la economía mundial. «Entre ellos se encuentran la excesiva dependencia del crecimiento global de procesos insostenibles en Estados Unidos y, en menor medida, en China; el elevado nivel de los precios de los artículos, sobre todo de la vivienda; y el elevado y volátil precio del petróleo. Los riesgos lúgubres para nuestras previsiones son, por tanto, considerables». Estados Unidos preocupaba al FMI por su desequilibrio enormemente problemático entre sus sólidas pautas de consumo y la anémica demanda efectiva. China, por otra parte, preocupaba a Rajan por su «excesiva dependencia de la demanda de otros países», sobre todo de Estados Unidos. Rajan confiaba en que «una China que crezca y consuma más no solo se beneficiará a sí misma, sino también al mundo».²¹⁵ La idea de que el mercado chino absorbería los desequilibrios y salvaría al sistema nos situó en la senda hacia la idea de que las «locomotoras» (encabezadas por China) ya no eran necesarias para el Sur, sino que quien quizá las necesitara fuera el Norte. Es un desplazamiento fundamental del acento.

A finales de 2005, el vicepresidente del Centro de Investigación de la OMC de China, Wu Jia-Huang, pronunció una conferencia en el Foro Mundial para el Desarrollo Industrial de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI). Después de haber recorrido una larga trayectoria en la UNCTAD y como director del GATT del Ministerio de Asuntos Exteriores chino, Wu era plenamente consciente de las complejidades del comercio internacional y las vicisitudes de las finanzas internacionales. En 2005, China se había convertido en «el taller del mundo». Wu lo reconocía al principio de su charla, donde sin adornos apuntaba que «la industria desempeña un papel muy importante en la economía de China». En 2005 había quedado claro para una parte de la dirección del PCC que no todo estaba bien en el experimento chino. El presidente Hu Jintao y el primer ministro Wen Jiabao hablaban en nombre del inmenso interior de China, que era donde se hundían sus raíces políticas. Tanto Hu como Wen dedicaron sus primeros años en la política a la provincia de Gansu, en el noroeste del país; lejos de Shanghai y Shenzhen, la base de respaldo político de sus predecesores Jiang Zemin y Zhu Rongji. A principios de su mandato, tanto Hu como Wen hicieron una gira por el interior y hablaron abiertamente de la pobreza absoluta y del aumento de las desigualdades en el país. El coeficiente de Gini para China pasó de una posición de igualdad razonable (0,29 en 1981) a ser menos igualitario (0,39 en 1995) y muy desigual en la época en que Hu accedió al cargo (0,41 en 2007). Esto sin duda significaba una señal de alerta. También lo significaba el aumento de las protestas públicas (lo que el gobierno llama «incidentes de masas»).

²¹⁶ En 2005, el Ministerio de Seguridad Pública informó de que se produjeron 87.000 de estos «incidentes», casi un siete por ciento más con respecto al año anterior.²¹⁷ Hu aludía a la necesidad de crear una «sociedad armoniosa» (*heixie shehui*). En el contexto de esta apertura, Wu Jia-Huang hablaba de que «en la actualidad hay 60 millones de chinos golpeados por la pobreza». Se apresuró a añadir que «China cuenta con 87.000 instituciones e iniciativas para el bienestar, dotadas de un personal de dos millones de técnicos dedicados a las actividades de ayuda y para el bienestar. El último año, más de 26 millones de pobres se beneficiaron de los diferentes programas de ayuda. Otros 17 millones recibieron asistencia temporal». Era, sin lugar a dudas, importante; y

para las personas que se veían en gran penuria económica, esencial.

La alternativa que se presentaba ante Wu, como anteriormente ante Hu y Wen, era sencilla. El gobierno podía promover una solución «maoísta» a la desigualdad creciente, o podía defender una solución socialdemócrata dentro del marco de los acuerdos actuales. La primera vía habría significado que los excedentes chinos ya no recalarían en una proporción tan vasta en el Norte, en sus bancos y obligaciones del tesoro (y, a su vez, en los consumidores del Norte en forma de créditos no garantizados). En cambio, ese dinero podía ir a parar a la población china, ya fuera mediante el pago de transferencias (redistribución de la renta) para incrementar su base de consumo (y calidad de vida), o a la inversión pública, no solo para mejorar las infraestructuras de una sociedad orientada a la exportación (carreteras para el tráfico privado y rascacielos para oficinas), sino también para mejorar las coberturas sociales. Tanto los pagos de transferencias como el incremento de las coberturas sociales revitalizarían la calidad de vida de las personas y transformarían los cimientos de la sociedad china. Estas ideas «maoístas» no carecen de respaldo en la China actual. Como señalaba Qian Liquan, el legado de Mao es «un fruto duro de consumir, pero imposible de desechar».²¹⁸

Pero el modelo exportador de China hacía difícil el paso de la trampa de alimentar a sus consumidores en Estados Unidos (en 2010 China era titular de 906.800 millones de dólares en bonos del tesoro estadounidense) a fortalecer la capacidad de su propia población. Esa es la trampa del modelo orientado a la exportación. Wu estaba atrapado por el aliciente del crecimiento: «Creo que el crecimiento económico y la expansión comercial son requisitos para el alivio efectivo de la pobreza», dijo en 2005, donde el «requisito» se convertía ahora en la eterna restricción.

En lugar de reorientar el programa político hacia la justicia social (Hu y Wen también habían recitado la fórmula «crecimiento con equidad», de la Comisión del Sur), las autoridades chinas buscaron el Sur. «En los últimos años —dijo Wu en la conferencia de la ONUDI—, gran número de empresas chinas están preparadas para invertir su dinero en el exterior. Buscan sectores adecuados en los países adecuados. En el campo del desarrollo industrial hay muchas oportunidades para la cooperación Sur-Sur».²¹⁹ La «cooperación Sur-Sur», una expresión acuñada en la Comisión del Sur, alude al amplio

universo de relaciones económicas y políticas chinas con los tres continentes: África, Asia y América Latina; en parte por razones de necesidad de materias primas (sobre todo, energía y metales), pero igualmente para forjar nuevos mercados para los artículos chinos que no puede absorber el Norte. La cooperación Sur-Sur también alude al mundo de la diplomacia, donde los Estados del IBSA y China arrasaban en los diferentes foros para intentar desplazar las fronteras legales de las relaciones internacionales.

La expresión «desarrollo industrial» era esencial, y no se utilizaba solo porque Wu hablara ante la ONUDI. Era especialmente válida para África. La «ayuda» exterior para el desarrollo africano en el siglo xx no se ha concentrado en el crecimiento industrial, ni siquiera en el desarrollo social. El principal parámetro de este crecimiento en el pasado reciente (desde 1973) iba destinado a los Estados africanos para que realizaran ajustes estructurales, para que derribaran las prestaciones de bienestar social que habían establecido tras su independencia, por modestas que fueran, y para que erigieran aparatos de seguridad más sólidos que protegieran los intereses de quienes extraían los recursos. Cualquiera que fuese la «ayuda» que llegara al país llevaba vinculadas tantas retahílas que los gobiernos independientes tenían que poner en duda su propia supuesta libertad. No es raro que a principios del siglo xxi tanto autores de convicción socialista (Yash Tandon) como de orientación neoliberal (Dambisa Moyo) denunciaran por igual las estrategias de ajuste estructural impulsadas por la ayuda ofrecida desde el Norte.²²⁰ Aun cuando los legados colonial y del FMI ofrezcan su cara más amarga en el contexto africano, no son menos despreciables en Sudamérica y en el mundo árabe. Como señaló Anuar Abdel-Malek, los chinos no tienen ningún «legado de gobierno colonial e injerencia extranjera atroz en los asuntos locales y regionales».²²¹ También ayuda el hecho de que China cancelara 10.000 millones de deuda a nombre de diversos Estados africanos con China en 2003, y que desde entonces haya sido generosa con el alivio de su deuda (a diferencia del Norte).²²² Los chinos volvieron la vista atrás, a Bandung, para restablecer su linaje, en lugar de mirar hacia el colonialismo o el ajuste estructural, y desde allí son capaces de evitar cualquier apariencia de paternalismo gracias al espíritu del lema «comercio, no ayuda» de la Comisión del Sur, y ahora del liderazgo chino.

Para la exhausta dirección del Sur, el «éxito» de China es un faro. Donald Kaberuka, exministro de Finanzas de Ruanda y ahora presidente del Banco Africano de Desarrollo, es una figura representativa: «Podemos aprender de [los chinos] cómo organizar nuestra política comercial, cómo pasar de la renta baja a la media, cómo educar a nuestros hijos en destrezas y en ámbitos que den frutos en solo un par de años».²²³ Las limitaciones del modelo chino, en lo relativo a su capacidad para generar empleo masivo y para encontrar mercados para su inmensa cantidad de artículos no desalienta la esperanza de que la deslucida fe en el americanismo pueda reorientarse ahora hacia un sinoísmo relativamente intachable. «Los chinos están invirtiendo en África y están viendo resultados —dijo Sahar Jolly, embajador de Sierra Leona en China—, mientras que los países del G-8 están depositando grandes sumas de dinero y no ven gran cosa».²²⁴

El empuje de los chinos en el Sur no viene motivado, sin duda, por ningún intento de establecer un modelo de desarrollo. Hay cierta reticencia a pensar en un *zhongguo moshi*, un modelo chino. No se está proponiendo ninguna alternativa institucional y no hay ningún impulso para suplantarse la pujanza intelectual del Banco Mundial y el FMI. «Aun cuando la República Popular China se encamine hacia la condición de potencia mundial, la renuencia de los intelectuales chinos a hablar de asuntos mundiales generales —sostiene Arif Dirlik— es un rasgo destacable de la mayoría de sus escritos».²²⁵ Lo que la motiva, en apariencia, es la búsqueda de materias primas y mercados, a la que acompaña una agenda de desarrollo magnánima pero que no moviliza esos afanes. Desde Brasil llegaba la soja, el aceite de soja, las menas de hierro y el etanol, al mismo tiempo que el calzado, las confecciones, la ropa y los juguetes de fabricación china inundaban el mercado brasileño. Para sortear las tensiones (como el callejón sin salida impuesto a la soja brasileña en 2003), los chinos y los brasileños han procedido a crear empresas conjuntas con el fin de introducir la economía brasileña en la cadena de valor de los automóviles, la aviación y la electrónica. La colaboración de Embraer con la Harbin Aircraft Industry y con la Hafei Aviation es un ejemplo, al igual que la iniciativa conjunta entre la Companhia Vale do Rio Doce y Baosteel para construir un complejo acerero de 2.500 millones de dólares en el estado de Maranhão.²²⁶

Los Estados del IBSA se encuentran en el centro de esta cooperación Sur-Sur, donde China es el «ganso que va a la cabeza» y los Estados del IBSA vuelan tras su estela. La rápida urbanización de China y sus sustanciales excedentes embelesan a las élites de los Estados del IBSA y otros Estados del Sur, muchos de los cuales creen que se trata de una trayectoria que se puede imitar. Sin embargo, la inversión china en el Sur no es necesariamente en sí misma una señal de fuerza; podría ser también una señal de debilidad, la de un gigante industrial orientado a la exportación que poco a poco se queda al margen de las saturadas economías de deuda impulsadas por los consumidores del Norte (principalmente, Estados Unidos) y, por consiguiente, impaciente ahora por generar y cultivar nuevos mercados en el Sur. En la reunión de la ONUDI, Wu señaló que «China siente que está en el mismo barco que los miembros en vías de desarrollo de la OMC». China se posiciona como Estado del Sur, y según la mayoría de los indicadores eso es precisamente lo que es. Claro que hay diferencias importantes entre China y, pongamos por caso, Lesotho, pues el primero es un miembro permanente del Consejo de Seguridad y titular de un gran paquete de capital excedentario. Es este peso el que nutrió al Sur a la hora de plantear sus retos a la OMC en Doha, Cancún y Copenhague.

¿LAS LOCOMOTORAS DEL NORTE?

Hablando del crecimiento de la India y de China, junto con los demás desafíos que se nos avecinan, dijo: «Nos hace falta un vehículo en el que juntos podamos encontrar soluciones a estos retos; de tal modo que cuando dentro de diez años lleguen esos monstruos, seamos capaces de plantarles cara».

CRAIG R. STAPLETON, embajador estadounidense, refiriendo
una conversación con el ex primer ministro
francés, Michel Rocard, octubre 2010.²²⁷

En la primera década del siglo XXI, los analistas de investigación de Goldman Sachs, el mayor banco de inversión, empezaron a prestar atención al nuevo bloque del Sur. Uno de sus principales especialistas, Jim O'Neill, acuñó el

acrónimo BRIC: Brasil, Rusia, India, China.²²⁸ O'Neill no tenía la menor idea de política; estaba muy capacitado para la economía. Para los analistas de Goldman Sachs, el tamaño importaba: los Estados del BRIC abarcaban una extensísima cantidad de territorio en el que vivían poblaciones inmensas, y esas personas habían empezado a producir ahora una cantidad ingente de bienes y servicios. Brasil y Rusia suministraban materias primas a la India y a China que, a su vez, suministraban productos manufacturados y servicios comerciales al Atlántico Norte. Las transacciones entre estos gigantes tenían potencial para desarrollarse sin Europa, Japón y Estados Unidos, que hasta entonces habían sido los principales agentes del comercio mundial. Los países del BRIC no solo emergían ahora como entidades de primer orden en el planeta, sino que los analistas tenían la impresión de que albergaban potencial para suplantar al Norte. Los Estados del BRIC se convertirían en el principal «motor de crecimiento de la nueva demanda y el poder adquisitivo», lo que podría «compensar el impacto del envejecimiento de la población y la ralentización del crecimiento en las economías industriales avanzadas».²²⁹ Goldman Sachs esperaba que el potencial de los Estados del BRIC rescatara al Norte de la crisis de desindustrialización y la inestabilidad financiera. Por fin había aparecido una región del mundo que absorbiera el exceso de finanzas y comprara grandes cantidades de mercancías.

Para Goldman Sachs, los Estados del BRIC solo desempeñaban un papel económico. Esto hacía para pasar por alto abiertamente la dinámica que comprende desde la creación del G-15 hasta la del el IBSA y el IBSA más China (también llamado BASIC). Estas agrupaciones mostraban al mismo tiempo voluntad política y potencial económico. Pero la creciente envergadura económica de estos países no se había traducido en una influencia política equivalente. Los Estados del IBSA se unieron a Japón en la larga búsqueda de autoridad política en un mundo en el que Japón ya había alcanzado prosperidad económica y poder. Desde la década de 1990, a Japón y Alemania se les llevaba prometiendo un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU. En 2004, Japón y Alemania se sumaron a Brasil y la India en su puja por ampliar el número de miembros permanentes del Consejo de Seguridad.²³⁰ Sudáfrica se sumó a sus colegas del IBSA reclamando representación regional; otro Estado asiático, uno sudamericano

y uno africano. Bajo la dirección del presidente de la Asamblea General de la ONU, Miguel d'Escoto Brockmann (Nicaragua), en 2008 la ONU abordó el asunto de su reforma. «Defendemos una pronta reforma del Consejo de Seguridad, un elemento esencial en el esfuerzo global de reformar Naciones Unidas, con el fin de que tenga una representación más amplia, más efectiva y más transparente», escribió d'Escoto en una carta dirigida a los Estados miembros. Hicieron oídos sordos a la petición.

La otra demanda importante de aprobación política ha sido la de llevar la democracia al FMI y el Banco Mundial, las dos instituciones dominadas por Europa y Estados Unidos. Entre la crisis financiera asiática de 1997-1998 y la quiebra crediticia de 2007, el FMI había sido domeñado. Los agresivos tiempos de Jacques de Larosière y Michel Camdessus habían dejado paso al liderazgo anodino de Horst Köhler y Rodrigo Rato. La maltrecha fe en los Programas de Ajuste Estructural y en el Consenso de Washington habían socavado la legitimidad del FMI y el Banco Mundial, más aún cuando los Estados de renta media recurrían para financiarse a los flujos de capital privado (en 2004, los flujos privados hacia los países en vías de desarrollo ascendieron a un total de 491.000 millones de dólares, mientras que el FMI prestó solo poco más de 1.000 millones de dólares).²³¹ *The New York Times* dejó caer en 1998 que el FMI podría estar dirigido por un europeo y que sus altos cargos podrían ser economistas de cualquier continente (aunque procedentes solo de unas cuantas escuelas universitarias del mundo atlántico); pero que en última instancia «actúa como perro faldero del tesoro estadounidense».²³²

China, como país con unos excedentes inmensos, fue el que más ruido hizo, pero del modo más amistoso, para obtener mayor poder de voto en el FMI: «Las voces de esos países están infrarrepresentadas y sus economías se desarrollan con mucha rapidez —dijo en 2006 Sadakazu Tanigaki, el Ministro de Finanzas japonés—. Si esta realidad no queda reflejada de la forma adecuada, el FMI no será capaz de mantener su credibilidad y su legitimidad».²³³ El ingreso de Brasil e India en el Comité Ejecutivo del FMI (que se unían a China y Rusia), lo que se consiguió en 2009, tiene poco valor, puesto que allí se toman muy pocas decisiones: es una sinecura aletargada para altos cargos de bancos centrales que están próximos a jubilarse. El

informe de 2008 de la Oficina de Evaluación Independiente del FMI así lo reconoce. En 2007, el ministro de Finanzas alemán, Peter Steinbrück, dijo al Fondo Monetario Internacional y al Comité Financiero Internacional que Alemania propugnaría una «representación justa» basada en «el peso relativo en la economía mundial». El problema es cómo se calculaba eso. El ministro de Finanzas indio, P. Chidambaram, opinaba que si el PIB era el patrón oro, entonces se debería convertir utilizando paridades de poder adquisitivo; o, dicho de otro modo, que se debía tener en cuenta el nivel de vida y la población de un país a la hora de medir la envergadura de su economía. Esta medición otorgaría a la India y a China control sobre el FMI y el Banco Mundial. Esto no iba a permitirse.

Dado su escaso poder político, las locomotoras del Sur siguieron siendo incapaces de introducir sus principales cuestiones en la agenda: la deuda y la transferencia de tecnología. Sobre la deuda, las locomotoras ya no proponían obtener inversiones mediante la ayuda. Lo que requerían era FDI de capital privado, y querían utilizar su ventaja comparativa en lo referente a sus inferiores niveles de subsistencia para producir artículos con un coste menor que el Norte. El comercio de esos artículos incrementaría el excedente de los Estados, que luego podrían invertirlo en futuro desarrollo. Ese era el modo de salir de la sombra de la deuda. Sin embargo, los subsidios agrarios del Norte y las técnicas de muy diverso cuño para impedir el acceso a los mercados del Norte comprometieron esta estrategia. El llamamiento a los principios del *laissez-faire* solo se escuchaba de boca de los ideólogos; no reflejaba la orientación de las fronteras económicas. Este fue el callejón sin salida que bloqueó la ronda de la OMC iniciada en Doha y que se fue a pique en Cancún. Sin poder político era improbable que las locomotoras obtuvieran algún avance de la Unión Europea y de Estados Unidos.

Respecto a la transferencia de tecnología, las locomotoras confiaban en utilizar los debates sobre la salud pública y el cambio climático para realizar progresos. La OMC había permitido que se hiciera una enmienda a sus normas sobre salud pública, pero eso no alteraba de forma significativa la arquitectura general del régimen de propiedad intelectual. Pero el IBSA y China sí hicieron mella en la ronda sobre el clima. En Copenhague, por ejemplo, esos Estados presionaron al Norte, más culpable de las emisiones de

CO₂, para que por las emisiones del pasado pagase un impuesto con el que se financiara un fondo de inversión global para tecnologías verdes. Este fondo complementaría el desarrollo de tecnología para energía solar, energía eólica, biocombustibles y energía nuclear. Es una ayuda que China sea uno de los países líderes del mundo en tecnología solar (Suntech, la empresa china, es una de las más grandes). Pero el mecanismo de transferencia de tecnología no se ha desarrollado más allá de formular unos cuantos principios, y las barreras a la transferencia de tecnología, por ejemplo en el ADPIC, contradicen estos cambios.

Incapaces de mostrar una actitud de servilismo pleno, las locomotoras del Sur han intentado marcar la diferencia más importante en el seno del G-8 para mejorar su cuota de participación en la toma de decisiones. El eslabón más débil era el francés Nicolas Sarkozy. En 2003, los franceses ya habían invitado a la Cumbre del G-8 celebrada en Evian a los países del «+ 5» (Brasil, China, India, México y Sudáfrica). En las dos cumbres siguientes (Gleneagles, en 2005, y Heiligendamm, en 2007) los dirigentes del G-8 hablaron tímidamente de tratar de «institucionalizar el diálogo» con las locomotoras. La canciller Angela Merkel quería que el G-8 + 5 fijara las «condiciones de estabilidad y seguridad para la economía mundial». «Está claro —dijo en 2007— que esta responsabilidad debe ser compartida por las principales economías emergentes, como China, India y Brasil, y que, a medida que la globalización va avanzando, el G-8 se va volviendo cada vez más incapaz de cargar en solitario con todo el peso».²³⁴ El G-8 no emitió ningún comunicado conjunto con los cinco invitados; se les dejó al margen. Fue peor en la reunión del G-8 de 2008 celebrada en Hokkaido. Nadie parecía prestar mucha atención a los intrusos; era como si, sencillamente, hubieran acudido para hacerse las fotografías.

A principios de 2008, la crisis financiera se había desatado. A la quiebra de Lehman Brothers y la fusión de los principales bancos de inversión de Estados Unidos y Europa siguió una contracción de los mercados de crédito. Los departamentos del tesoro y los bancos centrales se apresuraron a ofrecer programas de estímulo para impedir que unas economías estancadas sufrieran un paro cardíaco financiero. Los siete hombres enfermos se sostenían unos a otros lo mejor que podían. Reunidos en Hokkaido en julio de 2008 para

reforzar su determinación frente a sus respectivos electorados, hicieron todo lo que pudieron para encontrar una alternativa a la austeridad, cuyas consecuencias políticas eran horrendas. Durante la recesión de 1991 en el Norte, las exportaciones al Sur contribuyeron a salvar de la debacle al sector manufacturero del Norte.²³⁵ Esperaban que se repitiera. «Las economías de los mercados emergentes siguen creciendo con más fuerza, aunque nuestro crecimiento se haya moderado», afirmó el G-8 en su declaración final. Pretendiendo huir de las turbulencias y la incertidumbre, el G-8 apuntaba al lugar equivocado, al «elevado precio de las mercancías, en especial del petróleo y los alimentos» y al «creciente superávit por cuenta corriente». En otras palabras: las «economías emergentes y los países productores de petróleo» tenían que realizar un «ajuste suave de los desequilibrios globales», sobre todo comprando más al Norte y bajando el precio del petróleo. «Es fundamental que algunas economías emergentes con un superávit por cuenta corriente cada vez mayor [léase, China] modifiquen sus tasas de cambio efectivo para que se produzca el ajuste necesario».

El Sur había tenido que revolcarse en su crisis de la deuda durante toda la década de 1980 y hasta bien entrada la de 1990; entonces no se había hablado de ningún ajuste en las tasas de cambio para beneficiar al Sur, sino solo de la disciplina fiscal resultante de la austeridad social. Un diminuto porcentaje de los excedentes que acudían a las bolsas de valores recalaban en el Sur, pero nada parecido al volumen que podría haber equilibrado las enormes desigualdades de las finanzas globales. Un acto de canibalismo social permitió sobrevivir a los países del Sur y, después, apenas recuperarse. Ahora, cuando el Norte estaba aquejado de un peligro causado por la creación de casinos financieros, se empezaba a hablar de la necesidad de gestionar el desequilibrio mediante la manipulación política de las tasas de cambio. Pero lo que pocos lograron expresar es que, cuando Estados Unidos y Japón jugaron a esto con el Acuerdo del Plaza y el Acuerdo del Plaza inverso, el juego no hizo arrancar de inmediato a las manufacturas en Estados Unidos; la manipulación de la tasa de cambio sencillamente concedió fuerza al dólar, en lugar de devolver a los trabajadores a las fábricas de Detroit.²³⁶ La manipulación política de la moneda era la propuesta predilecta de una vieja política que había sido rechazada por Estados Unidos a lo largo de los años

en el seno del FMI, lo que el economista Yanis Varoufakis llama «mecanismos de reciclaje de excedentes».²³⁷ A diferencia del reciclaje de la deuda, que es punitivo y solo se ocupa de los síntomas de los problemas, el reciclaje de los excedentes impondría un organismo mediador (como el FMI o el Banco Mundial) que transfiriera excedentes financieros de la columna del haber de la balanza de pagos a la columna del debe. No se permitía semejante solución de sentido común, puesto que crearía un mecanismo que no favorecía a la primacía atlántica.

Con la cabeza bien alta, los dirigentes del G-8 hacían recaer la responsabilidad del desastre sobre el Sur (y, finalmente, sobre el sur de Europa, pues se hablaba de Italia, Grecia y España con el desprecio cultural habitualmente reservado para el Sur). No se decía una palabra del papel de las altas finanzas en la creación de burbujas opacas cuya duración había dirigido su curso; ni siquiera una palabra de censura para la desregulación de las altas finanzas. En octubre de 2008, Alan Greenspan, expresidente de la Reserva Federal, declaró lo siguiente a un comité del Congreso estadounidense: «Quienes hemos velado por el interés de las instituciones de préstamo para proteger la igualdad de los accionistas, incluyéndome a mí, nos encontramos en un estado de impresionada incredulidad».²³⁸ El mea culpa de Greenspan parecía manifiestamente interesado, sobre todo a la luz de la literatura que advertía de los peligros que planteaba para la sociedad el exorbitante poder de las finanzas. En 2005, el popular comentarista de *The New York Times*, Paul Kurgman, arremetió contra Greenspan: «Es como si alguien sugiriera dejar la puerta del cobertizo entreabierta y, cuando el caballo se escapa, pronunciara una conferencia sobre la importancia de guardar adecuadamente encerrados a los animales».²³⁹ El FMI también cayó de rodillas, diciendo después que le había cegado «la opción de Greenspan»: la afirmación de que la Reserva Federal seguiría protegiendo el precio de los activos inyectando liquidez al sistema. El estudio del propio FMI sobre el papel que desempeñó en la debacle determinó que «había elogiado a Estados Unidos por su regulación y supervisión ligeras, que hicieron posible la rápida innovación financiera que, en última instancia, contribuyó a generar los problemas del sistema financiero». Como un reflejo fiel de lo que decía Greenspan, el FMI había «recomendado a otros países avanzados que imitaran el enfoque adoptado por

Estados Unidos y el Reino Unido con su sector financiero» y, por sorprendente que resulte, «no analizó suficientemente lo que impulsaba la burbuja inmobiliaria o qué papel podrían haber desempeñado en el proceso las medidas financieras y monetarias».²⁴⁰ Ni el FMI ni la Reserva Federal advirtieron contra los inadecuados límites del apalancamiento y la gestión del riesgo. Pocos se quejaron de la peligrosa inflación de Greenspan de las burbujas de activos. Las elevadas tasas de desigualdad en Estados Unidos se habían combinado con las altas tasas de manipulación financiera por parte de los bancos para crear un entorno tóxico que inevitablemente conduciría al colapso. Además, medio billón de dólares de las reservas que tanto esfuerzo había costado ahorrar fueron transferidas del Sur al Norte entre 1997 y 2005 (como pago de la deuda y acumulación de reservas).²⁴¹ Ese dinero contribuyó a alimentar la opción de Greenspan; pero las reservas menguaron cuando las bolsas empezaron a sangrar.

Justo antes de la quiebra crediticia, los europeos enviaron a un antiguo ministro de Finanzas francés a gobernar el FMI. Cuando era miembro del gobierno de Lionel Jospin, Dominique Strauss-Kahn organizó a los consejeros delegados franceses en el Cercle de l'Industrie (1993) para que defendieran en Bruselas un mejor acuerdo para las empresas francesas. Mantenía vínculos estrechos con las corporaciones, pero difería ligeramente de lo que él consideraba el «modelo anglosajón»; es decir, el giro para dar prioridad al beneficio a corto plazo frente a los intereses a largo plazo de la empresa y la nación. Sobre este tema encargó Strauss-Kahn a François Morin que redactara un informe sobre el pensamiento a corto plazo en el seno del gobierno de las empresas, informe que quedó sepultado de inmediato en los archivos. Aquello indicaba algo de la brújula ideológica de Strauss-Kahn: su aguja retórica oscilaba en torno al liberalismo atlántico, pero siempre se decidía por la ortodoxia de la política atlántica. La quiebra crediticia arrojó por la borda toda tentativa de reforma del FMI, pero brindó a Strauss-Kahn la oportunidad de gobernar el barco del FMI rumbo al centro de la tempestad. El FMI se postuló como organismo fundamental para contribuir a orientar la economía mundial y sacarla de la crisis. Si esta era una oportunidad para que el FMI emergiera de la oscuridad, también lo era para las locomotoras del Sur. Se necesitaban mutuamente. Confiando en comprar con ello el ingreso

en la dirección del FMI, las locomotoras depositaron parte de sus reservas en las menguadas reservas del FMI y trataron de influir en la discusión política desarrollada en el seno del Fondo Monetario Internacional.

Strauss-Kahn no parecía igual que Camdessus, que era el ventrílocuo del Consenso de Washnigton. Bajo la dirección de Strauss-Kahn, el departamento de investigación del FMI expuso algunos puntos de vista que parecían poco ortodoxos para los oídos no entrenados. Por ejemplo, el FMI sugería ahora que quizá no fuera tan mala idea imponer controles al capital; sobre todo para reducir los inmensos incentivos del capital financiero en lo referente a la obtención de beneficios rápidos al margen de cualquier otro beneficio social («dinero caliente»). Otros estudios parecían apartarse del discurso burdo de la «flexibilidad del mercado laboral» que había caracterizado a la literatura con anterioridad, donde se hablaba de la supresión de perturbaciones como los sindicatos y la protección salarial. El nuevo FMI sugería que demasiada «flexibilidad» se traducía en altos niveles de desigualdad y, por tanto, en muy altos niveles de endeudamiento personal. Strauss-Kahn empezó a citar a John Maynard Keynes y a sugerir que el objetivo de la gestión económica ya no podía ser el crecimiento, sino «el empleo, el empleo y el empleo».²⁴² Hasta Robert Zoellick, del Banco Mundial, coincidía y hablaba en un tono más críptico de «crecimiento inclusivo». A principios de 2011, antes de la revelación de la vergonzosa conducta de Strauss-Kahn con la camarera de un hotel, había visitado la Universidad George Washington. «El péndulo oscilará desde el mercado hacia el Estado —dijo—. La globalización ha reportado mucho [...], pero también presenta un lado oscuro, una gran sima, cada vez mayor, entre los ricos y los pobres. Necesitamos a todas luces una nueva forma de globalización» que impida que «la mano invisible» de unos mercados laxamente regulados se convierta en «un puño invisible».²⁴³

Tras esta retórica se ocultaba una realidad más prosaica. Los controles sobre el capital que el FMI aprobaba se iban a utilizar solo en determinadas circunstancias; e incluso en esos casos, solo provisionalmente. En realidad, ya se habían utilizado con buen resultado en Brasil y Chile, cuyas monedas habían sido protegidas durante la quiebra crediticia. Como señaló el economista Jayati Ghosh, «una vez más, el FMI está detrás del giro político,

luchando por seguir siendo relevante a base de justificar con retraso unas políticas que ya se han puesto en práctica».²⁴⁴ Cuando el FMI depositó en el sur de Europa la responsabilidad de contribuir a evitar el colapso del capitalismo, no defendió los derechos de la mano de obra, sino que una vez más propugnó la «flexibilidad del mercado laboral» y la austeridad. Adoptó «el punto de vista de los acreedores» y favoreció las elevadas tasas de desempleo como medio para salvar la calificación de la deuda de Grecia, Irlanda y Portugal.²⁴⁵

El miedo al colapso financiero sumió al G-8 en la desesperación. Tras la crisis financiera asiática de 1997-1998, los ministros de finanzas del Norte pidieron a determinados países clave que se unieran a ellos en una nueva agrupación, el G-20. El G-8 se unía a los Estados fundamentales de la Cuenca del Pacífico (Australia, China, Indonesia, Corea del Sur), a Estados centrales de Oriente Próximo (Arabia Saudí y Turquía), a los Estados del IBSA (India, Brasil, Sudáfrica) y a México. Este G-20 se reunió durante un breve período de tiempo y, a continuación, hizo un paréntesis cuando la gripe asiática amainó. En la primera década del siglo XXI, su principal tarea fue hablar de evasión fiscal. No se mantuvo ninguna discusión que discurriera paralelamente a la agenda del IBSA y del Sur. Cuando estalló la crisis financiera de 2007-2008, se abrieron los ojos del G-20. Sarkozy viajó a Delhi en enero de 2008 y dijo a los dirigentes empresariales: «En la cumbre del G-8, ocho países se reúnen durante dos días y medio y, el tercero, invitan a cinco naciones en vías de desarrollo (Brasil, China, India, México y Sudáfrica) para debatir durante el almuerzo. Es una injusticia para con los 2.500 millones de habitantes de estos países. ¿Por qué este trato de tercera categoría? Quiero que la próxima cumbre del G-8 sea una cumbre del G-13». Fue el momento Gaullista de Sarkozy, concebido para marcar alguna distancia entre el ataque anglosajón a Iraq y la historia colonial «benigna» de Francia. La indignación de Sarkozy se detuvo en el umbral. El trato de tercera categoría siguió siendo aceptable para la *racaille* de las *banlieues*,* pero no para los dirigentes de sus países de origen. Bajo la presión de sus asesores económicos y de personas como Sarkozy, Bush revitalizó el G-20. Se celebraron cinco cumbres muy seguidas en el tiempo: Washington (2008), Londres y Pittsburgh (2009) y Toronto y Seúl (2010). De estas reuniones no

salió ninguna medida nueva. Permitieron que el FMI se hiciera cargo de la recuperación, para lo que la India y China depositaron reservas adicionales en el FMI; pero no se hizo la menor introspección ideológica. El comunicado de la cumbre de Londres de abril de 2009 podría haber sido redactado diez años antes: «Creemos que el único cimiento seguro para la globalización sostenible y el aumento de la prosperidad para todos es una economía mundial abierta basada en los principios del mercado, la regulación eficaz y las instituciones globales fuertes». El G-20 adoptó en su totalidad la Nueva Arquitectura Financiera Internacional (1999) que, como afirmó Susanne Soederberg, «pretendía facilitar la transparencia del mercado sin imponer regulaciones promovidas por el Estado».²⁴⁶

El G-20 se reunió en Pittsburgh en 2009, cuando parecía posible que en el capitalismo global se diera una implosión. El discurso del keynesianismo estaba en el aire y parecía como si el neoliberalismo hubiera hincado la rodilla. El comunicado final de Pittsburgh no disimulaba sus auténticas intenciones: utilizar los paquetes de incentivos gubernamentales para recuperarse de la depresión y, después, volver a hacer las cosas como se habían hecho siempre. «Evitaremos toda retirada prematura de los excedentes —escribían las eminencias— y, al mismo tiempo, prepararemos nuestras estrategias de salida y, cuando llegue el momento oportuno, eliminaremos nuestra política de apoyo extraordinaria de forma cooperativa y coordinada, manteniendo nuestro compromiso con la responsabilidad fiscal». Aquí no había nada que indicara una corrección del rumbo fundamental, ninguna acusación contra la «coalición financiera»; el bloque formado cuando, «como por ósmosis», los políticos y los administradores del Estado adoptaron «los objetivos, intereses y percepciones de la realidad de los intereses creados privados, concebidos para regular y sondear el interés público».²⁴⁷ Ni la menor preocupación por la «disfunción absoluta del genoma de las finanzas».²⁴⁸

Los ministros de finanzas del G-20, que se llamaban a sí mismos «sherpas», se reunieron en junio de 2009 en Busan, Corea del Sur, para establecer el calendario y elaborar los borradores de los documentos para la cumbre del G-20 de Toronto que se celebraría en 2010. Los ministros se reunieron en el suntuoso Hotel Paradise. Dijeron a la prensa que había

llegado el momento de la austeridad. Yoon Jeung-Hyun, Ministro de Estrategia y Finanzas de Corea del Sur, asumió la dirección. En 1992 había promovido la liberalización del mercado de capital de Corea del Sur, había visto entrar al país en la crisis y, después, fue el encargado de gestionarla (en una reunión épica con el FMI celebrada en 1997 en el edificio de la banca J. P. Morgan). Yoon interpretó el texto de Busan como sigue: «Los sucesos recientes subrayan la importancia de que las finanzas públicas sean sostenibles y de la importancia que reviste para los países poner en marcha medidas creíbles y encaminadas al crecimiento para ofrecer una sostenibilidad fiscal diferenciada y hecha a medida de las distintas circunstancias nacionales. Los países con desafíos fiscales graves tienen que acelerar el ritmo de consolidación». La palabra clave aquí era «consolidación», que en el argot de los financieros significaba «reducción del déficit y de la deuda del gobierno». O, dicho casi en lenguaje popular: los *sherpas* de Busan pedían austeridad.

El colapso financiero griego suministró la lección. La cuestión no era que Goldman Sachs hubiera entrado en colusión con la élite gobernante griega para permitir y enmascarar su deuda. La enseñanza de la debacle griega era que los países europeos tenían que reducir a toda prisa sus déficit. Esos déficit tenían que pagarlos ahora no subiendo los impuestos a los más ricos (ni siquiera mediante una recaudación fiscal más efectiva de las tasas existentes), sino mediante recortes del gasto social de los gobiernos y todo tipo de fiscalidad efectiva sobre las clases trabajadoras y el «precariado». El consumo de la élite no había que tocarlo, pero el consumo de los pobres, por minúsculo que fuera, había que reducirlo.²⁴⁹ En el Reino Unido, los recién elegidos conservadores se apresuraron a reducir el gasto público, según lo cual el dirigente conservador, David Cameron, decía a sus colegas que cambiaran «su estilo de vida en su totalidad». Los conservadores alemanes de Angela Merkel no se quedaban demasiado atrás en sus recortes; eso después de que Merkel hubiera obligado a los griegos a sacar su propia hacha. Un recorte de 80.000 millones de euros iba a iniciar el proceso, pero había más aguardando entre bastidores. «La dirección es la adecuada —decía un editorial de *Bild*—. El gobierno está ahorrando dinero en asuntos que ya no quiere pagar y que solo pueden ser financiados con la deuda. Todo individuo

debería hacer lo mismo con sus finanzas. El programa no es cruel». El español Rodríguez Zapatero recortó 15.000 millones de euros de su presupuesto. España «avanzaba absolutamente en la dirección adecuada», declaró el jefe del FMI. Las nuevas políticas eran «un estímulo». Hasta Merkel manifestó su «plena confianza en España». No así los trabajadores, que imitaron a sus camaradas griegos en las calles españolas.²⁵⁰ Los recortes eran la cuota inicial o primer pago por el modesto reciclaje de la deuda que encarecidamente se suplicaba a los bancos centrales y en las arcas públicas de las economías con excedentes (en Europa, eso significaba Alemania).

Obama remitió su encíclica al G-20, donde advertía que Europa estaba precipitando demasiado su giro hacia la austeridad. Obama no podía seguirlo, pues no disponía ni de capital ni de voluntad política. En ocasiones anteriores, escribía, el estímulo «se retiró demasiado deprisa y se tradujo en penurias adicionales y recesión». Quería «planes creíbles», lo que suponía la aparición de otra vía. No podía permitirse quedar fuera de lo que David Cameron denominaba «la corriente dominante internacional» de la gestión de la deuda; parecería torpe. La principal diferencia entre las fuerzas del crecimiento (Obama) y de la austeridad (Merkel) no era estratégica, sino táctica. Cuando Obama promovía el crecimiento en Europa pensaba en la economía estadounidense, no en la población griega. A Estados Unidos le preocupaba que un colapso del sistema bancario europeo pusiera en peligro las instituciones bancarias estadounidenses. Los bancos estadounidenses ya habían reducido su exposición al sistema financiero griego; si Grecia abandonaba la Eurozona podría contagiar al resto de Europa meridional (Italia y España), en cuyos mercados financieros los bancos estadounidenses estaban mucho más introducidos, tanto de forma directa como indirecta. Un colapso generalizado en Europa devastaría las empresas financieras estadounidenses. Para impedir semejante desenlace, Obama insistía en que el Banco Central Europeo creara un colchón para afrontar la contracción del crédito y brindara «confianza» a los inversores para evitar que abandonaran el euro. Parecía que el keynesianismo del siglo XXI no tiene tanto que ver con la creación de puestos de trabajo como con la utilización del dinero público para crear un cortafuegos financiero que protegiera a los bancos.

Una alternativa menos incómoda para Obama era culpar a China, lo que ahora era ya un arte consolidado en Washington. La actual cantinela de Washington consiste en demandar que China devalúe su moneda para así reducir su superávit de dólares. Se demanda que el gobierno chino promueva políticas que incrementen el consumo interno y reduzcan su tasa de ahorro interior: hay que convertir a los chinos en consumidores. Actualmente, el consumo personal de la inmensa población china equivale solo al 16 % del de la población estadounidense. Si los chinos adoptaran los hábitos de consumo estadounidenses, se puede imaginar la presión ecológica que eso supondría. Pero la verdadera demanda era que los chinos eliminaran todos sus controles sobre la moneda y el capital, que extirparan sus ya manidas instituciones reguladoras y, como se decía en un informe conjunto del Banco Mundial y el Centro de Investigación para el Desarrollo del Consejo de Estado de la República Popular China publicado en febrero de 2012, que «suscribiera la economía de mercado».²⁵¹

La austeridad para la clase trabajadora y los pobres del Norte iba unida a la demanda de que el Sur pagara para salvar al sistema financiero que le había atormentado durante una generación. Junto con el proceso del G-20, los jefes de gobierno de China, Brasil, la India y Rusia iniciaron una nueva serie de reuniones (conocidas, curiosamente, como cumbres del BRIC). La primera tuvo lugar en junio de 2009 en Yekaterinburgo, Rusia, donde realizaron una declaración mucho más contundente de las emitidas tanto por el G-20 como por el IBSA. Sus países «deben tener una voz y una representación de más alcance en las instituciones financieras internacionales, cuyos directivos y ejecutivos deben ser nombrados mediante un proceso de selección abierto, transparente y basado en sus méritos». La demanda de democracia en el FMI y el Banco Mundial quedaba ahora formulada en el lenguaje del neoliberalismo remodelado (buen gobierno, transparencia). Era un gesto inteligente. Mientras el G-20 dejaba de lado la necesidad urgente de financiación en la inmensa mayor parte del Sur, donde la pobreza y la desigualdad habían aumentado en el lapso de un año de quiebra crediticia, la cumbre del BRIC hacía un llamamiento a las potencias para que «redoblaran sus esfuerzos por suministrar recursos financieros líquidos» a los más pobres. Lo que más escalofriante resultaba para el Norte era que los Estados del

BRIC querían sortear el señoreaje del dólar y crear una nueva moneda global que fuera «diversificada, estable y previsible». Esta reclamación de una nueva moneda mundial hizo su aparición en el seno del G-20 cuando Christine Lagarde, ministra de Finanzas de Francia, reclamó un nuevo sistema monetario global «fundado en varias monedas internacionales».²⁵² El primer movimiento consistió en incrementar la oferta de derechos especiales de giro del FMI como mecanismo para infundir liquidez en un sistema paralizado (aunque, mientras el yuan chino estuviera fuera de la cesta de los derechos especiales de giro, que incluía al dólar, el yen, el euro y la libra esterlina, estos no eran representativos del paisaje monetario).

En abril de 2020 se celebró en Brasilia la segunda cumbre del BRIC; el mismo día que la cumbre del IBSA. Las dos prácticamente se habían concatenado, si bien en la 5ª cumbre del IBSA, en Sudáfrica, Manmohan Singh dijo que el IBSA debía permanecer intacto, puesto que era «único» porque los tres países que lo componían extraían su «fuerza y su influencia global del modelo político común de ser democracias en vías de desarrollo importantes, situadas geográficamente en los tres continentes».²⁵³ Sudáfrica solicitó unirse al BRIC, y la tercera cumbre del BRIC celebrada en Sanya, China, se convirtió en la primera cumbre del BRICS. El grupo es de una envergadura extraordinaria: representa al 40% de la población mundial, la cuarta parte de la masa terrestre del planeta y la quinta parte del PIB mundial. Su programa se derivaba del programa del BRIC y el IBSA, pero tenía mucho mayor peso político.

La unión del BRIC y el IBSA en el BRICS fue un momento culminante para la estrategia internacional de las locomotoras. Sin embargo, todavía no ofrecía los tres componentes necesarios para constituir un auténtico desafío al dominio del Norte. En primer lugar, la alianza no contaba con ninguna plataforma militar, de modo que no representaba ninguna amenaza para el avasallador poderío del ejército estadounidense y la OTAN. De hecho, en 1998, el Ministro de Asuntos Exteriores ruso, Yevgeny Primakov, propuso la creación de un bloque militar entre Rusia, la India y China, pero primero lo rechazó China y, posteriormente, la India.²⁵⁴ La Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), formada en abril de 1996 por China, Rusia, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán y de la que la India formaba parte como

miembro observador, tenía un programa de trabajo muy limitado. Las tres potencias principales dedicaban a sus ejércitos unas sumas muy modestas en comparación con Estados Unidos (del total del gasto militar mundial en 2009, Brasil era responsable del 1,7 %, la India del 2,4 % y China del 6,6 %). La prueba del fracaso de los BRICS a la hora de promover una agenda distinta de la del G-7 fue el caso de Libia, donde el brazo armado del G-7, la OTAN, logró llenar el vacío dejado por la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; cuando el Consejo de Seguridad reclamó a los «Estados miembros» que utilizaran «todos los medios necesarios», los únicos que tenían influencia militar para actuar eran Estados Unidos (por sí solo) o Estados Unidos (a través de la OTAN). La tentativa de los BRICS de promover un programa de negociación a través de la Unión Africana había fracasado.²⁵⁵

En segundo lugar, la alianza del BRICS no había logrado crear una base institucional para plantear su desafío al Norte. La alianza intenta ingresar en las mismas instituciones controladas por el Norte. Los Estados del BRICS han mejorado su posición en el FMI y han intentado obtener más autoridad en Naciones Unidas. El Sur no consiguió aglutinarse en torno a un candidato para reemplazar a Strauss-Kahn, dejando fácil para los europeos que instalaran en el despacho de la Calle 19 de Washington D.C. a su propia candidata (Christine Lagarde). Cuando llegó el momento de respaldar a un nuevo Secretario General de la Organización Internacional del Trabajo, el Sur volvió a decidirse enseguida por el candidato predilecto del Atlántico Norte, Guy Ryder, en lugar de optar por cualquiera de los diferentes candidatos africanos o por el economista malayo K. S. Jomo.²⁵⁶ Estas elecciones desembocaban en la selección del nuevo secretario de la OMC en 2013. Es poco probable que el candidato se aparte de la ortodoxia mantenida por el actual jefe de la organización, Pascal Lamy. No se añadirá ningún aroma del Sur a estas instituciones que desde hace tanto tiempo llevan incrustadas las ideas neoliberales.

En tercer lugar, el grupo del BRICS no ha refrendado una alternativa ideológica al neoliberalismo. Lo que ha expuesto es un conjunto de propuestas que son más amables que el neoliberalismo del Norte, lo que ha planteado un desafío modesto a la hegemonía estadounidense (en forma de

desplazamiento del dólar como moneda central). El presidente de la Asamblea General de Naciones Unidas, Miguel d'Escoto Brockmann, convocó, al más alto nivel, una Conferencia de las Naciones Unidas sobre la crisis financiera y económica mundial y sus efectos en el desarrollo (1-3 de junio de 2009). En aquella reunión organizada por Joseph Stiglitz, execonomista del Banco Mundial y premio Nobel, los especialistas convocados no consiguieron elaborar una alternativa ideológica. Apelaban al mismo tipo de colonoscopia del sistema financiero a la que el G-20 había apelado en su reunión de noviembre de 2008 celebrada en Washington: una crítica del sistema financiero trufada de una jerga que, en esencia, descargaba los riesgos en los consumidores y arrogaba inmensas cantidades de poder y riqueza al sistema bancario. El informe de Stiglitz reclamaba un sistema regulador más sólido que gobernara el sector financiero, pero no ponía en cuestión el inmenso poder de los oligopolios, ni el control institucional de la economía mundial por parte del FMI, el Banco Mundial, los mercados de bonos del Norte o las agencias de calificación. No se cuestionaba de ningún modo fundamental la arremetida neoliberal.

Una voz crítica del panel, la del ecuatoriano Pedro Páez, proponía desvincular las economías del mundo «de la lógica de la crisis del dólar». La «dependencia comercial (y el comercio intraempresarial) con el Norte tiene un coste muy elevado», señalaba Páez. Proponía establecer una serie de acuerdos monetarios y monedas regionales. Si se ponía en marcha, el Sur reduciría «la necesidad artificial de dólares en el comercio regional, los mercados financieros y, por consiguiente, la necesidad técnica de reservas para el despliegue del sistema de acuerdos intracontinental». Un proyecto semejante uniría con más fuerza a los países en el seno de sus regiones y protegería a naciones remotas de la capitulación absoluta a las artimañas del Banco de la Reserva Federal estadounidense y los gigantescos bancos de Wall Street, la City de Londres y la Finanzplatz. La idea de Páez recordaba iniciativas adoptadas en el Banco del Sur, pero se encontraba en un estadio muy elemental; y nadie, ni siquiera el Banco del Sur, se atrevió a apartarse del señoreaje del dólar. En 2010 dio comienzo un pequeño experimento en el seno de la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), cuando los Estados latinoamericanos que la integraban empezaron a utilizar una moneda virtual

para los intercambios comerciales realizados en el seno de dicho bloque. La introducción del «sucre» (Sistema Único de Compensación Regional) recordaba a la del euro en 1999. El momento no acompañaba al sucre. Ante el estallido del euro, la inquietud por la viabilidad a largo plazo de su moneda se ha abierto paso entre los Estados miembros del ALBA. Por el momento, el sucre no actúa como moneda de reemplazo, sino como un modo de nombrar el comercio en el interior de las fronteras del bloque del ALBA. Sin embargo, sí apareció una pequeña interrupción en la dependencia del dólar cuando los chinos empezaron a ofrecer 95.000 millones de dólares en yuanes a los países en vías de desarrollo. El jefe de la Corporación de Inversión de China (uno de los fondos soberanos más grandes de China), Gao Xiqing, señaló que China no mantendría almacenados indefinidamente sus activos excedentarios en Estados Unidos, sobre todo si los que ahora eran relativamente previsibles iban a volverse cada vez más insostenibles.²⁵⁷

El proyecto del Sur languideció a partir de 2008. Las locomotoras estaban preparadas, pero descubrieron —quizá con sorpresa— que se les habían unido los vagones equivocados. A principios del 2011 había quedado claro que la economía estadounidense había acabado por depender de las exportaciones a China, la India, América Latina y Oriente Próximo.²⁵⁸ Al mismo tiempo, Robert Zoellick, presidente del Banco Mundial, señalaba antes de su visita a la India que «el regreso de la India a los índices de crecimiento elevadas está contribuyendo a que la economía mundial se recupere de la crisis».²⁵⁹ No estaba en el programa un cambio fundamental en la economía política del planeta. A las locomotoras del Sur, que se habían librado de la crisis de la deuda, se las reclamaba ahora para que rescataran al Norte. De estas dolorosas ironías está hecha la historia contemporánea.

EL SUR PROPONE

A finales de marzo de 2012, el BRICS se reunió en Nueva Delhi para celebrar su cuarta cumbre. Como hemos acabado por esperar que suceda en estos encuentros, la mayor parte de lo que se dijo en la cumbre y en su Declaración de Delhi servía de pábulo. Sin embargo, se produjeron al menos dos cambios significativos que diferencian a esta cumbre.

En primer lugar, los Estados del BRICS no solo reafirmaron su crítica del orden económico internacional y la hegemonía financiera del Atlántico Norte, sino que presentaron nuevas orientaciones políticas e instituciones para remediarlos. «Es crucial que las economías avanzadas adopten políticas macroeconómicas y financieras responsables —reprendía la Declaración de Delhi al Norte—, que eviten generar un exceso de liquidez global y que lleven a cabo reformas estructurales para impulsar el crecimiento que crea [sic] empleo». La mayoría de los trabajadores del mundo eran muy vulnerables en sus puestos de trabajo. En mayo de 2012, un informe de la Organización Internacional del Trabajo revelaba que 75 millones de jóvenes eran incapaces de encontrar empleo; 4 millones más que en el año 2007. «Desanimados por los elevados índices de desempleo juvenil —señala la OIT—, muchos jóvenes han abandonado por completo la búsqueda de empleo, o han decidido posponerla y prolongar su estancia en el sistema educativo».²⁶⁰ Más de 6 millones de jóvenes se retiraban de la fuerza de trabajo cada año. Allí donde habían logrado encontrar empleo, se trataba casi siempre del mercado laboral temporal. Los programas de austeridad dificultaban la vida de estos trabajadores, que a menudo tenían que mantener a los miembros de su familia que habían perdido el empleo formal. Quizá la austeridad mejore el PIB, pero es evidente que no va a crear puestos de trabajo.

La brasileña Dilma Rousseff declaró a la prensa que la política monetaria del Norte «reporta ventajas comerciales enormes a los países desarrollados y se traduce en obstáculos injustos para los demás países». Como alternativa al sistema financiero contabilizado en dólares, los Estados del BRICS crearon una modesta prestación crediticia nueva en las respectivas monedas locales, de tal manera que los Estados del BRICS y otros podían ahora comerciar entre sí sin recurrir al dólar o a otras monedas «internacionales» similares, con lo que en el seno del BRICS se reducían los costes de las transacciones para el comercio, además de amenazar con desbancar al dólar de su pedestal que lo aupaba hasta ser la principal moneda del comercio internacional. Por otra parte, los Estados del BRICS pusieron a sus ministerios de finanzas a investigar la posibilidad de crear un nuevo banco de desarrollo, un Banco para todos los países del Sur (una versión del BRICS del Banco del Sur creado en América Latina, que se fundó en 2009

con un capital inicial de 20.000 millones de dólares con la intención de que suplantara la hegemonía del Banco Mundial y el FMI). Los líderes confiaban en que el nuevo banco del BRICS movilizara recursos para infraestructuras y desarrollo en los Estados del BRICS y en otros países en vías de desarrollo. Aunque se viera influido por el Banco del Sur, el banco del BRICS podría ser una instancia práctica para la creación de unos nuevos cimientos institucionales al margen del neoliberalismo.

El segundo cambio surgido de la cumbre de Delhi fue que los Estados del BRICS avanzarían más hacia la desaparición de la sumisión plena a la dirección política del Atlántico Norte. Seguía sin quedar claro dónde se proponían plantar su bandera los Estados del BRICS, pero lo que sí estaba cada vez más claro era que había frustración por el cinismo y la hipocresía de la agenda de la OTAN en el norte de África y el oeste de Asia, por el cerco impuesto en Eurasia con un escudo antimisiles y bases militares y por los debates sobre cuestiones comerciales. Poco podían hacer los Estados del BRICS en el ámbito de la política exterior, pues disponían de medios muy limitados para contrarrestar, por ejemplo, las alianzas instauradas por los Estados de la OTAN en el mundo árabe. Era mucho más fácil emplearse en el terreno comercial.

Las pruebas de este esfuerzo estaban en los márgenes. La clave se debe buscar en el Párrafo 17 de la Declaración de Delhi, que considera que «la UNCTAD es el punto focal del sistema de la ONU para el tratamiento de cuestiones comerciales y de desarrollo». La declaración también reitera «nuestra voluntad de contribuir activamente a la celebración de una exitosa UNCTAD XIII, en abril de 2012». El ataque reiterado contra la UNCTAD por parte de las potencias atlánticas desde la década de 1980 la había arrinconado y en buena medida la había vuelto irrelevante mientras el mundo atlántico se ocupaba de sus negocios en foros como la Organización Mundial del Comercio, donde podía regir el día a día. Poco a poco, el Sur ha tratado de reanimar a la UNCTAD, cuyos artífices normativos han acabado siendo un poco más agresivos en su defensa de una alternativa al neoliberalismo. Podemos ver un ejemplo de esta nueva motivación en el informe de 2011 de la UNCTAD, que es un ataque meticulosamente argumentado contra el poder y la influencia del capital financiero. En el capítulo 5, dedicado a los

mercados de mercancías, la UNCTAD sostiene que la expansión de las mercancías no se puede explicar mediante el aumento de la demanda de los Estados del BRICS. Más bien, hay que buscar al culpable entre los inversores bursátiles; los especuladores cuyos acuerdos mercantiles vienen motivados por «factores absolutamente ajenos a los aspectos intrínsecos del precio de las mercancías». Lo que explica el aumento del precio de las mercancías, incluidos el alimento y el petróleo, es

la mayor presencia de inversores financieros, que consideran los futuros de productos básicos como una alternativa a los activos financieros en sus decisiones de gestión de cartera. Si bien estos participantes en el mercado no tienen interés en el producto básico físico ni operan sobre la base de las relaciones fundamentales entre la oferta y la demanda, pueden tener —individualmente o como grupo— posiciones muy grandes en los mercados de productos básicos y, por tanto, influir considerablemente en el funcionamiento de esos mercados.²⁶¹

Frenar al capital financiero desde los mercados de mercancías tendría mucha mayor influencia sobre los precios de los alimentos y el combustible que explorar de forma agresiva en busca de fuentes de energía en litorales vulnerables o en los casquetes polares, o que conceder subsidios a inmensos conglomerados agrícolas.

La meditada crítica de la UNCTAD al capital financiero y la insistencia en la reforma del sector financiero le ha reportado las iras de los mandarines del Norte del planeta. En las negociaciones mantenidas para concertar un documento de consenso para la reunión de la UNCTAD de abril de 2012, el Norte interpuso todos los obstáculos posibles. Sus avezados negociadores se esforzaron por eliminar del documento toda referencia a la crisis financiera y por insistir en que la UNCTAD se ocupara solo de su misión principal. El texto del borrador pasó de tener 24.000 a 30.000 palabras, dedicadas a cuestiones relativas a la idea predilecta del Banco Mundial, la «buena gobernanza» y los asuntos de la libertad y la democracia... todos ellos, casualmente, al margen de la misión de la UNCTAD. Todos y cada uno de los Párrafos tuvieron que ser escrupulosamente analizados por los negociadores del Norte, lo que ralentizó el proceso y, por consiguiente, lo convirtió en una burla. El 19 de marzo, el embajador suizo ante la UNCTAD,

Luzius Wasescha, señaló con ironía que, dado el ritmo de avance con el texto (tres horas por párrafo), harían falta 487,5 días de negociación para redactar el borrador. Era la estrategia de lo que él denominó «sembrar caos».²⁶² La declaración estadounidense del 19 de marzo era igual de quisquillosa: «La Secretaría [de la UNCTAD] no debería plantearse cuestiones ajenas al mandato de la UNCTAD, como la reforma de los sistemas financieros globales. No solo esta cuestión concreta se aparta mucho del mandato de la UNCTAD y su competencia, sino que también encuentra una oposición firme de muchos miembros», principalmente de Estados Unidos. Lo que a uno le deja alucinado es cómo se puede considerar que las finanzas son algo «alejado» de las cuestiones relacionadas con el comercio y el desarrollo.

La posición del Norte hería a los ex altos funcionarios de la UNCTAD, quienes el día 10 de abril hicieron pública una declaración bajo el título de «Silenciar el mensaje o al mensajero... ¿o ambas cosas?». Los firmantes habían ocupado otrora puestos de responsabilidad en la UNCTAD, y entre ellos se encontraba un ex secretario general, Rubens Ricupero. «Cuando llegué a la UNCTAD en el 1995 —refirió Ricupero a la agencia de noticias IPS— ya había una conspiración urdida por los “sospechosos habituales”, los países ricos; no para modificar el mandato como quieren hacer ahora, sino simplemente para eliminar una organización que, desde que se creó, jamás han aceptado». Tres días más tarde, el bloque negociador del Sur (el G-77 más China) hizo pública una declaración muy contundente. Pisnu Chanvitan, tailandés portavoz del bloque, señaló que el Norte había «regresado a una conducta quizá más propia de los tiempos de fundación de la UNCTAD, cuando los países del Norte creían que podían dictaminar y marginar a los países en vías de desarrollo de la toma de decisiones informada». La conducta del Norte, señalaba Chanvitan en un borrador de la declaración que se filtró, «parece indicar el deseo de que amanezca un nuevo neocolonialismo».

En 2008, la UNCTAD XII elaboró el Acuerdo de Accra, con el que se sepultaba la diferencia filosófica entre el Norte y el Sur sobre política estatal y desarrollo. El Norte prefería que el «mercado» fuera el conductor de los asuntos sociales, mientras que la UNCTAD indicaba que «los países en desarrollo deberían adoptar estrategias de desarrollo compatibles con su

situación específica en el marco de un Estado propiciador». Ese «Estado propiciador» debía desplegar «medios administrativos y políticos al servicio del desarrollo económico, orientando eficazmente sus recursos humanos y financieros». La crisis financiera se desató después de la UNCTAD XII. Cuando los delegados abandonaron Accra y salieron a asimilar sus compromisos, asomó la cabeza el problema sector bancario tóxico. La UNCTAD llevaba advirtiendo del peligro de las finanzas tóxicas aproximadamente una generación, pero muy pocos atendieron a su insistencia, como si se tratara de Casandra. En 2009, el Norte hizo al menos dos concesiones importantes al Sur a cambio de las aportaciones indias y chinas al FMI y otras agencias internacionales: en primer lugar, el G-8 se clausuraría en beneficio del G-20; y en segundo lugar, se reformaría la arquitectura financiera internacional. Sin embargo, a medida que el Norte ha ido recuperando la confianza, ha renegado de ambas promesas. Fue en este contexto donde la labor de la UNCTAD respecto al papel de las finanzas en la vida social se volvió mucho más atrevido.

En Doha, en el año 2012, el Norte acudió a la UNCTAD atacando desde muchos frentes. Intentó utilizar la cuestión de la reforma interna de la organización para amenazar a los altos funcionarios. Las quejas sobre el asunto de la duplicación de funciones en el sistema de la ONU se remontan a la década de 1960, cuando Estados Unidos intentó impedir que se creara la UNCTAD. El Norte propuso que el presupuesto de la UNCTAD se recortara de tal forma que se circunscribiera a trabajar en su misión y no asumiera cuestiones ya abordadas por otras organizaciones de la ONU. Aquí el Norte se negaba a apreciar que las «otras» organizaciones de la ONU, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, están alineadas estrechamente con Estados Unidos y Europa y no fueron concebidas para el Sur. No había habido semejante tentativa de hacer retroceder a la UNCTAD desde, al menos, la década de 1970. Por desgracia para el Norte, los principales países del Sur se aglutinaron para defender la UNCTAD. El resultado más importante de Doha no fue el documento final, sino la aparición del Sur como fuerza poderosa.

Las negociaciones sobre el documento final se prolongaron hasta las cinco de la tarde del último día, cuando se celebraba la ceremonia de clausura mientras todavía había que estar traduciendo el texto. El documento final, el «Mandato de Doha», recibió un título optimista. Nacido de un proceso tan controvertido y con el resentimiento del Norte, el Doha Mandate era en cualquier caso todo un logro. Todas las secciones que el Norte había intentado echar por tierra (sobre el hambre y la seguridad alimentaria) lograron abrirse paso en el documento final. El Norte quería desentenderse de un Párrafo concreto que aparecía en el documento final de la UNCTAD XII de 2008:

Los países en desarrollo deberían adoptar estrategias de desarrollo compatibles con su situación específica en el marco de un Estado propiciador, que ponga medios administrativos y políticos al servicio del desarrollo económico, orientando eficazmente sus recursos humanos y financieros. Tal Estado también debería velar por la interacción positiva entre el sector público y el privado. (Acuerdo de Accra, Párrafo 115)

Parte de la pelea de Doha giraba en torno a la ratificación del Acuerdo de Accra; y, de manera central, acerca de si se debía aceptar esa actitud filosófica que hablaba del «Estado propiciador». En sintonía con el pensamiento neoliberal dominante, el Norte quería sustituir esta idea intervencionista por un concepto más próximo al *laissez-faire* del Estado. El borrador del Norte proponía que, en lugar de hablar de «Estado propiciador», a la UNCTAD se le debía encomendar la promoción de «un Estado eficaz que trabaje con interlocutores y agentes privados, sin ánimo de lucro y de otro tipo» para «contribuir a forjar una estrategia de desarrollo coherente y a suministrar el adecuado entorno favorable para la actividad económica productiva». El debate entre el Estado «eficaz» y «propiciador» trazó una línea de fractura entre el Norte y el Sur. El texto final era una componenda y ningún bando logró por completo salirse con la suya:

Corresponde a cada país la responsabilidad principal de su propio desarrollo económico y social, y es necesario apoyar la labor de desarrollo a nivel nacional mediante un entorno económico internacional favorable. El Estado, que desempeña un papel importante, en colaboración con interlocutores del sector privado, instituciones

sin ánimo de lucro y otras partes interesadas, puede ayudar a forjar una estrategia de desarrollo coherente y crear un entorno favorable para la actividad económica productiva. (Párrafo 12, Mandato de Doha)

Se incorporaron al Párrafo fragmentos de todos los borradores, lo que dejó la disputa sin zanjar. Dada la mala posición negociadora del G-77 más China (el principal brazo negociador del Sur), representaba en cualquier caso toda una hazaña. Como me dijo Norman Girvan, exmiembro del consejo del Centro del Sur y ex secretario general de la Asociación de Estados del Caribe, «en el contexto del reiterado esfuerzo del Norte en los momentos previos a la conferencia para mutilar la misión de la UNCTAD, y teniendo en cuenta los formidables recursos políticos y económicos de que dispone para dividir al Sur, comparto la opinión de quienes consideran que se trata de una victoria para el Sur. Solo sirve para demostrar que mantener una posición firme y unida es para el Sur el único modo de conquistar en los foros mundiales beneficios siquiera modestos. La división es fatal». El G-77 logró evitar la táctica de mano dura del Norte y dejar intacto el mandato original de la UNCTAD, incluida su capacidad para realizar investigaciones que «propicien» una mejor comprensión de la crisis financiera y suministren herramientas políticas a los Estados para intervenir en beneficio de un desarrollo centrado en el pueblo, y no en la globalización de las finanzas.

«El énfasis de la conferencia —me dijo Heiner Flassbeck, director de la División de Globalización y Estrategias de Desarrollo de la UNCTAD— residió en la esforzada disputa por el Mandato de Doha. Con independencia de las especificaciones del texto adoptado, a mi juicio el proceso a que dio lugar fue más significativo». Las especificaciones no eran tan centrales porque el auténtico debate no giraba en torno a cuestiones de política práctica. Versaba sobre el principio más general de cómo entender el marco internacional para la política económica y qué se debería permitir hacer a la UNCTAD para que este marco fuera dócil al auténtico desarrollo centrado en las personas. «La tentativa que se organizó para impedir que la UNCTAD trabajara en cuestiones macroeconómicas, financieras y monetarias globales no era nueva —decía Flassbeck—, pero sus defensores salieron a la palestra con mucha más agresividad que antes. No puedo más que concluir que el trabajo de la UNCTAD, y aquí me refiero sobre todo al trabajo de mi

división, se ha percibido como algo profesionalmente contundente, pero demasiado crítico como para que lo autorice el coro internacional de voces del Consenso de Washington». Los reparos del Norte ante la duplicación de trabajo de la UNCTAD con respecto a la OMC o el FMI eran engañosos. A diferencia de la OMC y el FMI, los departamentos existentes en el seno de la UNCTAD, como la División sobre Globalización y Estrategias de Desarrollo de Flassbeck, realizan trabajo empírico de alto nivel que se fundamenta en un marco teórico que no está dispuesto a aclamar la legislación neoliberal y la globalización impulsada por las finanzas. El Norte oponía a la UNCTAD una objeción política, pero no burocrática.

Durante la crisis de la deuda de la década de 1980, un Sur debilitado vio que la secretaría de la UNCTAD estaba en parte secuestrada por los intereses del Norte. Desde 1974, el Centro de las Naciones Unidas de Empresas Transnacionales (UNCTC, por sus siglas en inglés) se había esforzado por confeccionar una base de datos sobre empresas transnacionales e instaurar un código de conducta para dichas empresas. En 1992, el UNCTC fue incorporado a la UNCTAD, donde su misión quedó transformada radicalmente. En lugar de ser un organismo de control de empresas transnacionales, la UNCTC empleó sus recursos en ayudarlas a penetrar en el Sur. Fue en esta época cuando grandes departamentos de la UNCTAD acabaron investidas de la función de canalizar la inversión extranjera directa hacia el Sur. En Doha, muchos de los seminarios versaron precisamente sobre este tema, lo que proporcionaba apoyo técnico y político a las empresas transnacionales y facilitaba la entrada de FDI en los países del Sur. Parte de este trabajo está realizado por el Centro de Comercio Internacional, un proyecto conjunto de la OMC y la UNCTAD. En la década de 1990 y los primeros años del siglo XXI, las posiciones principales de la UNCTAD se redujeron mientras asimilaba la orientación neoliberal general. Cuando en el año 2005 el profesor Supachai abandonó el directorio de la Organización Mundial del Comercio, no fue una sorpresa que acudiera a dirigir la UNCTAD.

Aunque el Mandato de Doha fortaleció la División sobre Globalización y Estrategias de Desarrollo de Flassbeck, no debilitó el empuje generalizado de esta otra ala de la UNCTAD. Flassbeck me dijo que «algunos responsables

de la UNCTAD» podrían considerar las arduas negociaciones de Doha como «una oportunidad para renovar la UNCTAD y, de hecho, revitalizar el G-77, que ha redescubierto el valor de la UNCTAD para proporcionar segundas opiniones sobre cuestiones económicas globales, o como “gabinete de expertos y analistas para países en vías de desarrollo”, como dijo un delegado en la ceremonia de clausura». Si Flassbeck está en lo cierto, entonces los países más extensos del Sur, principalmente la India, China, Brasil y Sudáfrica, podrían orientar esta nueva voluntad política en otros aspectos de la agenda política del Norte, así como sobre la rehabilitación de la labor crítica sobre las corporaciones transnacionales y la FDI. Ninguno de estos Estados ha manifestado ansia por poner en cuestión el programa político neoliberal del Norte. Lo que sí han hecho, no obstante, es resistir a la tentativa del Norte de moldear el entorno comercial de forma que favorezca fundamentalmente a las empresas transnacionales en lugar de a los agricultores y extractores de materias primas y mercancías básicas del Sur. La UNCTAD XIII fue memorable porque se vio a un G-77 revitalizado y por la creciente confianza en sí mismas de Brasil, la India, China y Sudáfrica para defender un consenso del Sur.

El 19 de marzo de 2012, los delegados estadounidenses de la UNCTAD dijeron en una reunión que la organización de la ONU debe «pasar la página de los viejos debates cansinos propios de otra época». Pero estos debates, como el de la reforma del sistema financiero o el desarrollo social, han regresado a las deliberaciones de las locomotoras del Sur. Cualesquiera que sean las limitaciones de los gobiernos de Brasil, Rusia, la India, China y Sudáfrica (y, como hemos visto, hay muchas), es innegable que están imponiendo la apertura de un debate renovado en foros como las reuniones de la UNCTAD. No hay ningún indicio de que el neoliberalismo vaya a hincar la rodilla por sí solo. Solo hay tímidamente más pruebas de que los Estados del BRICS ya están hartos de la arrogancia del Norte en los debates políticos que enjaulan a los pueblos del mundo en la pobreza y la desesperanza.

UNA HISTORIA DE ENSUEÑO DEL SUR DEL PLANETA

Mañana, tal vez, el futuro.

W. H. AUDEN

En 1989, los asentamientos de las colinas circundantes a Caracas, en Venezuela, se alzaron en rebelión contra el aumento del precio del billete del autobús, desencadenado por el incremento del precio del petróleo. El *Caracazo* dejó estupefacta a la élite venezolana, que vivía cómodamente suponiendo que la mano dura del Estado y los analgésicos pagos de prestaciones sociales del gobierno a la población habían contenido las consecuencias sociales de la desigualdad. El levantamiento fue la manifestación más espectacular de una serie de «disturbios del FMI» o «disturbios por el pan» de la década de 1980 y principios de la de 1990. No se repitió en ningún otro lugar a la misma escala, pero sirvió para hacerse una idea de la densidad de la ira compartida por todo el Sur del planeta.

Las condiciones contra las que se encontró esta irritación y se desarrollaron estas rebeliones fueron reconocidas a la perfección por la familia de organizaciones de la ONU. A finales de 1992, la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el Fondo de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) habían constatado que «más de 780 millones de personas, principalmente en África, el sur de Asia y América Latina, no tienen alimentos suficientes para satisfacer sus necesidades esenciales diarias de energía y proteínas». Más sorprendente aún era que la OMS y la FAO señalaran que «más de dos mil millones de personas subsisten

con una dieta que carece de las vitaminas y los minerales esenciales necesarios para el crecimiento y el desarrollo normal, así como para la prevención de la muerte prematura y discapacidades como la ceguera o el retraso mental». ¹ En el seno de la FAO había quedado claro que el hambre no era una categoría neutral, puesto que las mujeres, como sustentadoras de gran parte del espacio doméstico, descuidaban sus propias necesidades nutricionales y su salud para contribuir a mejorar la de sus familias. ² Eran las mujeres quienes solían ser la principal fuerza motriz de estos «disturbios del FMI», que eran protestas genuinas contra la catastrófica situación de la inmensa mayoría.

Una serie de revueltas se propagó por todo el Sur del planeta y, curiosamente, hasta el corazón del Norte (la más sobresaliente de las cuales fue el levantamiento de Los Ángeles en 1992). La década de 1990 estuvo plagada de acciones relativamente espontáneas por todo el planeta. Gran parte de ellas eran consecuencia, al menos, de cinco procesos.

1. La imposición de austeridad que ponía en peligro la supervivencia de gran número de personas. Impulsadas por unos gobiernos entusiasmados con la «civilización de los negocios» del Consenso de Washington, y espoleadas por las corporaciones transnacionales y las instituciones financieras internacionales, estas políticas reducían tanto la provisión de servicios sociales como los subsidios que rebajaban el precio de los artículos más necesarios (concretamente, el combustible y el agua). Los medios de comunicación calificaron las protestas de forma genérica como «disturbios por el pan» o «disturbios del FMI», y las caracterizaban, con razón, en relación con el descontento y la angustia que manifestaban por la obtención de artículos cotidianos (pan, agua), cuyas disponibilidad y asequibilidad se habían vuelto mucho más complicadas por los Programas de Ajuste Estructural del FMI y el haraquiri de la austeridad que imponían las autoridades del Estado.
2. El aumento del desempleo producido por el desplazamiento del trabajo desde las personas hacia la tecnología (sin duda, en la industria, pero de forma más acusada en la agricultura), por la incorporación de millones de trabajadores nuevos y muy disciplinados desde los enclaves del

bloque del Este y China hacia los talleres de las empresas transnacionales y por las medidas deflacionarias de los Estados del G-7. En la propia Europa occidental había en 1970, ocho millones de parados registrados, pero en 1994 la cifra había aumentado espectacularmente hasta los 35 millones.³ Estados Unidos conseguía mantener una tasa de desempleo baja, pero se debía en buena medida a un paisaje ocupacional enormemente distinto, donde la elevada proporción de población penitenciaria y la pésima calidad de los puestos de trabajo del sector servicios generaban una población de usar y tirar, más que desempleados.⁴ Los datos de Naciones Unidas procedentes de la Organización Internacional del Trabajo mostraban un incremento del índice de desempleo, aunque las cifras son modestas si se reconoce la existencia de «desempleo disfrazado» debido a las dificultades para la recogida de datos y a la cruel definición de lo que se considera «desempleo».⁵ La lucha contra la introducción de tecnología y el cierre de centros de trabajo, y también por la defensa del empleo (a menudo encabezada por estudiantes), marcó el paisaje urbano de finales de la década de 1990.

3. La estrategia de crecimiento del neoliberalismo se sustenta en el sector de las finanzas, los seguros y la propiedad inmobiliaria (un conjunto conocido, por sus siglas en inglés, como FIRE, por «finance, insurance, and real estate»), así como en la liquidación de bienes públicos en beneficio de corporaciones privadas. Esto último suele traducirse en despido masivo de trabajadores y, ocasionalmente, en el vaciado o el desmantelamiento del sector productivo con el fin de que arroje beneficios inmediatos, en lugar de ingresos a largo plazo. La estrategia FIRE tiende a apropiarse de activos (como el suelo para la construcción inmobiliaria o la extracción minera) con el fin de debilitar los medios de vida de la masa de la población, razón por la cual en este período había tantas protestas orientadas a mantener la tierra y el suelo en el ámbito del dominio público. La fórmula es sencilla: si una empresa reduce puestos de trabajo, sus acciones suben en la bolsa. En el mundo del FIRE, esta perversión es normal.

4. A finales de la primera década del siglo XXI, las cifras del hambre en el mundo ascendieron hasta aproximarse a los mil millones de personas. Era una consecuencia del desplazamiento sufrido por gran número de personas expulsadas de las explotaciones agrarias y el trabajo agrícola. En su lugar apareció la industria agrícola, o agroindustria, arrastrada hacia las tierras de cultivo en los faldones de las reformas neoliberales, que les permitieron consolidar unos conglomerados empresariales descomunales, obtener acceso privilegiado a la preciada agua, cultivar la tierra con insumos muy caros (fertilizantes y pesticidas), utilizar máquinas y entregarse al monocultivo para obtener alto rendimiento... y al mismo tiempo desplazar a los agricultores, empobrecer el suelo y la diversidad botánica, contaminar el agua e incapacitar a muchas personas para adquirir alimentos industriales procesados, muy caros (y a menudo insípidos, como demuestra un contundente libro sobre el tomate).⁶ Siguiendo las normas marcadas por la política neoliberal, los gobiernos descartaron cualquier tentativa de ofrecer a los agricultores subsidios y otras ayudas para el control de precios, o de conservar planes para la provisión de artículos básicos a precios justos. Desde Haití hasta Egipto, los agricultores han intentado imponerse contra este tipo de procesos de laboratorio que les incapacitan para ganarse la vida y quedarse en su territorio. En la década de 1990, las granjas avícolas industriales estadounidenses descargaron en el mercado de Haití sus no tan populares «carnes oscuras» y aplastaron al sector avícola del interior de la isla, lo que desembocó en el colapso de uno de los pocos sectores dinámicos de la economía rural.⁷ Los suicidios en las explotaciones agrarias de la India alcanzan ahora niveles catastróficos; el periodista P. Sainath muestra que desde 1995 se ha quitado la vida un cuarto de millón de agricultores, y la cifra ha seguido aumentando. Lo más angustioso de este desmoronamiento manifiesto de la vida agrícola, y de sus consecuencias sociales, ha sido su previsibilidad: en 1997, la FAO publicó un estudio sobre las políticas neoliberales en América Latina en el que se recogían sus peligrosas consecuencias políticas y sociales.⁸

5. El hambre, el desempleo, la destrucción del agro y el saqueo de bienes públicos ya son penosos por sí solos, pero sientan peor si al mismo tiempo acrecientan el engrandecimiento de una minoría de la población. En la década de 1990, parecía que quienes controlaban las propiedades y el poder se beneficiaban muchísimo sustentados en lo más alto por las diversas burbujas de activos de las bolsas mundiales. Como señalaba el Informe de Desarrollo Humano de 1999, «Las diferencias de ingresos entre las personas y entre los países más pobres y los más ricos han seguido ampliándose. En 1960 el 20 % de la población mundial que vivía en los países más ricos tenía 30 veces el ingreso del 20 % más pobre; en 1997 era 74 veces superior». Estas brechas eran de dimensión regional. Según el Informe de Desarrollo Humano, el aumento más acusado de la desigualdad se apreciaba en el antiguo bloque del Este, con Rusia a la cabeza, seguido a continuación de los demás países del bloque por China, Tailandia, Indonesia y los países de la OCDE. «El patrimonio de las 200 personas más ricas del mundo aumentó de 440 mil millones de dólares a más de un billón de dólares sólo entre 1994 y 1998. El patrimonio de las tres personas más ricas del mundo era superior al PNB combinado de los 48 países menos adelantados».⁹ «Algunos auguran convergencia —concluía el informe—, pero la pasada década ha mostrado un aumento de la concentración de renta en personas, empresas y países».

Después de 1989, a finales de la década de 1990 comenzó una sucesión de luchas nacionales que se prolongó hasta los primeros años del siglo XXI, cuando los manifestantes perturbaron las reuniones de las instituciones financieras internacionales celebradas en Madrid (1994), Seattle (1999), Washington D.C. (2000), Génova (2001), Goteburgo (2001) y Barcelona (2002).¹⁰ A todas y cada una de estas protestas la policía y los cuerpos de seguridad respondieron con una represión feroz. La reacción demostraba que no es que el Estado se hubiera debilitado por la presión del capital transnacional y las instituciones financieras internacionales, sino que había trasladado su lealtad, que había dejado de ser una preocupación solo de nombre por la inmensa mayoría para convertirse en la defensa a pleno

pulmón de los derechos de los propietarios. En 1999, el profesor Makanjuola Arigbede, del Foro para la Erradicación de la Pobreza en Nigeria, señaló con parquedad: «Estamos en una misión de rescate [del presidente Olusegun Obasanjo], que ha sido secuestrado por el FMI y el Banco Mundial. Este país pertenece a los nigerianos». Dicho con más exactitud, Obasanjo había sucumbido al síndrome de Estocolmo: no solo estaba dispuesto a imponer el Consenso de Washington, sino que se mostraba igualmente feliz de movilizar todas las fuerzas del Estado para aplastar cualquier disidencia, ya se tratara de un descontento regional en el interior del país o de la ira del litoral contra la vía libre abierta para la multinacional Shell. La reacción de Obasanjo ante las protestas se había vuelto habitual a ambos lados de la frontera que separaba al Norte y al Sur.

Algunos principios básicos conferirían coherencia a la idea del Sur global, un término que no se refiere propiamente a un espacio geográfico, sino a una concatenación de protestas contra el neoliberalismo:

- una distribución más justa,
- autonomía frente al capital privado,
- derecho al bienestar,
- justicia social.

Estos principios adolecen de un alto grado de generalidad y, como veremos, en semejante lucha hay poca capacidad para formular un conjunto de demandas globales más precisas o un programa político global. Algunos movimientos subrayan un aspecto de la lista, mientras que otros resaltan otras orientaciones. Proceden de muchas tradiciones, algunas de ellas más intuitivas y otras, de carácter más ideológico. Se suelen reclamar los esfuerzos por alcanzar la unidad de todos estos movimientos y protestas, pero suelen fracasar con idéntica frecuencia. Los fracasos dependen sin duda de una falta subjetiva de confianza o de experiencia común, pero también de otros factores más objetivos, concretamente, de los intereses antagónicos de distintos grupos, en función de divisiones nacionales o de clase, y también según diversas líneas de opresión social.

Las protestas de la nueva época se oponen al liberalismo, a veces motivadas por cierto anhelo de regresar al pasado, otras por el deseo de perseguir un orden social aferrado a la historia de la humanidad, pero no encarcelado en ella. No hay una senda única evidente. Pocos tienen la respuesta, si bien hay muchos que formulan las preguntas correctas. Vivimos en un momento de transición, en el que destaca la apertura al experimento y la voluntad de aprender y de enseñarse los unos a los otros. Hacer un llamamiento a un diálogo de esta naturaleza no supone respaldar el pluralismo. Más bien, se trata de reconocer que ninguna de las tradiciones políticas creadas en torno a este movimiento tiene el monopolio de la verdad. Quienes persiguen el futuro son pocos, y débiles. En el estallido de actividad creativa contra el liberalismo, siempre existe la posibilidad de realizar un gran avance hacia algo diferente.

INTERNACIONALISMO DEL SIGLO XXI

Considero que el concepto de utopía es peor que inútil. Lo que ha transformado el mundo no es la utopía, sino la necesidad. El único momento y lugar donde nuestro trabajo puede causar algún impacto, donde podemos verlo y evaluarlo, es el día de mañana. No esperemos a la utopía.

JOSÉ SARAMAGO, Foro Social Mundial,
Porto Alegre, 2005

A principios de la década de 1990, el único internacionalismo que parecía realista era el llamado americanismo.¹¹ Antes de finalizar el año 1991 había desaparecido el bloque del Este y Boris Yeltsin había adoptado una política rigurosa de privatización bajo el nombre de «reforma». El sueño utópico del socialismo daba bandazos hasta quedar paralizado conforme los rusos iban dando muestras de estar cada vez más enamorados de las mercancías de inspiración estadounidense que de las promesas de un futuro comunista. En 1992, China había adoptado un nuevo programa económico que hacía pensar que también había abandonado los aspectos formales de la construcción de una sociedad socialista. Con el proyecto del Tercer Mundo hecho ya jirones y

el informe de la Comisión del Sur archivado en las estanterías sin haber sido siquiera leído con atención, era bastante oportuno que el ideólogo hegeliano de ese llamado americanismo, Francis Fukuyama, declarara que la historia había terminado; que ya no había ninguna alternativa sustancial al capitalismo liberal.¹² Inspirándose en la idea de «tasa de desempleo natural» de Milton Friedman, Fukuyama reconocía que las desigualdades no desaparecerían. La obligación del capitalismo liberal era garantizar la extensión de la igualdad. La historia continuaría, pero ya no se producirían transformaciones sociales espectaculares (como el estallido socialista). El «siglo estadounidense» (inaugurado a finales de la década de 1920) tendría una segunda oportunidad.

Bill Clinton desempeñó el papel protagonista en el drama de ese americanismo. Se le ocurrió la genialidad de presentar como el futuro del planeta a «América», donde los acuerdos del «libre comercio» eran la solución para las viejas disposiciones económicas y comerciales. Clinton impulsó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) como perfecta demostración para el futuro. Si funcionaba, entonces después vendrían otros acuerdos de libre comercio entre Estados Unidos y otros países: si los tratados bilaterales lograban vincular a Estados Unidos a aquellos que quisieran emularlo, no habría necesidad de un régimen comercial multilateral. En la ceremonia de la firma del NAFTA, el 8 de diciembre de 1993, Clinton era consciente del momento histórico que vivía: «Tenemos la oportunidad de rehacer el mundo». «No podemos detener el cambio global», alegaba ante quienes no estaban seguros del impacto de la apertura de fronteras para los negocios. «No podemos revocar la competitividad económica internacional que lo inunda todo. Solo podemos utilizar la energía en nuestro beneficio. Ahora debemos reconocer que el único modo de que una nación rica sea más rica es exportar; sencillamente encontrar nuevos clientes para los productos y servicios que fabrica». Los mexicanos y los canadienses serían los primeros en hacer cola para adquirir productos estadounidenses, pero no iban a estar solos mucho tiempo: «Ahora estamos haciendo progresos reales para establecer un acuerdo comercial de ámbito mundial tan relevante que podría llegar a conseguir dejar pequeños los beneficios materiales del NAFTA para nuestro país». Ese fue el acuerdo

que creó la Organización Mundial del Comercio en 1995. Era el amanecer de un nuevo «siglo estadounidense», en el que la Guerra Fría había terminado y el «libre comercio» presidía el futuro.

El primer día de 1994, cuando la tinta del NAFTA estaba ya seca, en las regiones meridionales de México se despertó el fantasma de Zapata. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) entró en la ciudad de San Cristóbal, en Chiapas, y su dirigente, el subcomandante Marcos, proclamó ante unos turistas estupefactos: «Disculpen las molestias, esto es una revolución». *¡Ya basta!*,* anunció el EZLN en su comunicado.¹³ Para el EZLN, la revuelta no se dirigía solo contra el gobierno mexicano, sino contra el NAFTA, al que calificaba de «sentencia de muerte», y contra toda la época de neoliberalismo. En uno de sus primeros mensajes, el *alter ego* de Marcos, el filósofo-escarabajo Durito señalaba: «El neoliberalismo no está en crisis, ¡el neoliberalismo es la crisis!». Durante la década de 1980, el gobierno mexicano había recortado la producción interior de maíz (mientras el gigantesco conglomerado Bimbo disparaba las ventas de su pan a costa de las tortillas), con lo que envió a los *campesinos** y a sus hijas a las fábricas situadas a lo largo de la frontera mexicano-estadounidense y al otro lado de la frontera para convertirse en trabajadores sin papeles de Estados Unidos.¹⁴ El EZLN asumía la defensa de aquellos cuyas oportunidades vitales se habían visto reducidas por el portento del «siglo estadounidense».

Las advertencias del EZLN dieron fruto. Como consecuencia del NAFTA, el peso se desplomó en diciembre de 1994 y el PIB de 1995 entró en zona negativa (−8,7%). El Estado mexicano ya había registrado avisos de descontento en Chiapas, a cuya selva envió 3.000 soldados de su ejército en mayo de 1993. Al principio, el EZLN parecía un ejército guerrillero convencional, pero no se atrevía a entrar en combate: Marcos se apresuró a hacer un llamamiento a la paz tratando de utilizar el factor sorpresa del 1 de enero en beneficio de las comunidades indígenas de la región. El gobierno no lo veía así y envió, de forma abierta y también encubierta, a su fuerza armada para aplastar la rebelión. Tras el primer aniversario de la sublevación, cuando el EZLN todavía estaba al mando, el Grupo de Mercados Emergentes del Chase Manhattan Bank elaboró un documento sobre México en el que afirmaba con franqueza sus intereses en la nación: «Aunque, en nuestra

opinión, Chiapas no plantea una amenaza importante para la estabilidad política mexicana, muchos miembros de la comunidad inversora perciben que lo es. El gobierno tendrá que eliminar a los zapatistas para demostrar que tiene el control efectivo del territorio nacional y de la política de seguridad».¹⁵ Para hacer precisamente eso, un mes más tarde el gobierno mexicano lanzó una ofensiva importante encabezada por Enrique Cervantes Aguirre (que era jefe de Estado Mayor de la 27ª Zona Militar del estado de Guerrero cuando el gobierno aplastó la rebelión izquierdista en la década de 1970).¹⁶ Las protestas desatadas en Ciudad de México y otros lugares después de las matanzas de indígenas en la selva (sobre todo, en Chenalhó en 1998) dejaron al gobierno en un callejón sin salida militar y permitieron que el EZLN estableciera sus zonas de apoyo de base en el corazón de Chiapas.¹⁷ Allí el EZLN erigía instituciones para gobernar el campo y las ciudades; un Estado paralelo que debía mucho a las tradiciones de diversas comunidades indígenas que poblaban la región.

El EZLN dio una patada en la puerta de la historia con su mezcla de conceptos indígenas de autonomía y humor revolucionario (en los comunicados de Marcos y en el estilo de los internautas que generó). «Aprende a poner la fecha en tus cartas», escribió Marcos. «La historia avanza muy deprisa, quizá fuera conveniente poner incluso la hora del día».¹⁸ La entrada del EZLN en San Cristóbal recordó a América del Norte la presencia de la miseria y las raíces institucionales de una concepción distinta. Poco importaba que el propio Marcos se negara a ofrecer una alternativa sólida («el zapatismo no es una ideología, no es una doctrina escrita, completa y acabada. Es una intuición»)¹⁹ El papel histórico de los zapatistas consistió en reprender a Clinton y al NAFTA. Una parte del destino del EZLN era que su presencia socavara los cimientos filosóficos del neoliberalismo y de la tesis del fin de la historia de Fukuyama. Al ponerse pasamontañas y empuñar sus rifles de pequeño calibre (a veces, de madera), los miembros del EZLN daban a entender que a la hora de hablar del presente y del futuro había otras opiniones que tenían tanta autoridad como el llamado americanismo.

En 1996, el EZLN acogió un *encuentro*^{*} en su zona de influencia de Chiapas, donde reunió a los activistas hasta el momento dispersos en lo que parecía un nuevo tiempo histórico para el que se abría un horizonte contra el neoliberalismo. El periodista John Ross lo calificó como «una reunión monumentalmente ecléctica de jóvenes anarquistas europeos, guerrilleros latinoamericanos entrados en años, cibernautas estadounidenses e *indígenas*^{*} del México profundo». ²⁰ La reunión recibió el nombre de Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo. ¿Cuándo comenzó el *encuentro*?,^{*} preguntó Marcos oculto bajo su pasamontañas. «No sabemos. Pero sabemos quién lo inició. Lo han iniciado todos los rebeldes del mundo». El *encuentro*^{*} sentó las bases para la creación de una red mundial contra el neoliberalismo, que se consagró a propagar los principios del Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo en «todos los continentes, en todos los países, en todas las zonas rurales y ciudades, en todos los hogares, escuelas o centros de trabajo en donde haya seres humanos que quieren un mundo mejor». El zapatismo revitalizó la militancia en América y en Europa, desde donde las noticias de su energía se propagaron hasta África y Asia. Tras el *encuentro*^{*} de 1996 se formó la Acción Global de los Pueblos, que ejercería gran influencia en las protestas de Seattle de 1999. ²¹ El hecho de que el EZLN se adaptara después a ser una formación regional y demostrara ser incapaz de influir en la marea de la política mexicana no es relevante. ²² Lo que sí consiguió fue revitalizar un movimiento indígena moribundo e incluso el movimiento izquierdista de México, y desempeñó un papel importante en la revitalización del internacionalismo para el siglo XXI.

Igualmente importante que los zapatistas fue el brote de dos acontecimientos políticos clave que finalmente dieron pie a dos reuniones importantes de la ONU. El primero fue lo que vino a llamarse movimiento ecologista internacional, pero que fue la mitad de las veces el movimiento por los derechos de los pueblos indígenas, y los movimientos sobre el control de los bienes comunes y en favor de usos menos perjudiciales de la naturaleza (incluida la construcción de presas muy grandes que desplazaban a infinidad de personas y arruinaban la vida agrícola de muchas otras). El ansia de recursos desató la codicia de las empresas en busca de minerales y

combustibles, al margen de los recelos de las comunidades indígenas que fueran adjudicatarias y que, aun cuando no vivieran en armonía con la tierra, al menos no la hacían trizas. En el continente americano, el movimiento indígena se dispuso a conmemorar con dolor en 1992 el quinto centenario de la llegada de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo y constituyeron la Campaña Continental de 500 años de Resistencia Indígena y Popular. En África y Asia, las campañas indígenas nacieron de la resistencia local a las empresas transnacionales y sus agentes locales. El pueblo Ogoni, de Nigeria, por ejemplo, fundó en 1992 el Movimiento por la Supervivencia del Pueblo Ogoni, liderado por el escritor Ken Saro-Wiva, con la intención de plantar cara a la devastación causada en su tierra de origen por las operaciones petroleras de la compañía Shell.²³ En 1989, la comunidad que vivía junto al río Narmada constituyó el Narmada Bachao Andolan («Salvemos el Narmada») para luchar contra la creación de la mastodóntica presa de Sardar Sarovar.²⁴ Este tipo de movimientos acabó convirtiéndose en la columna vertebral de la aparición del movimiento «ecologista» de ámbito local y transnacional, que se ocupaba tanto de los derechos de las comunidades como de la inviolabilidad de la naturaleza. En la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro en 1992 hubo un intento de sobornar a esta infinidad de necesidades y demandas contra la política del CO₂ y el cambio climático.²⁵ Pero la Cumbre de la Tierra no podía absorber toda la energía de este movimiento «ecologista», que iba a tener cierto impacto en la Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos de Viena en 1993, en la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia de Durban en 2001, en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de Johannesburgo de 2002 y en el auge del internacionalismo radical del siglo XXI.

El segundo acontecimiento fue el auge del movimiento internacional de mujeres, que ya había recibido un fuerte impulso en el proceso de la ONU (con las conferencias mundiales sobre la mujer de Ciudad de México en 1975, Copenhague en 1980, Nairobi en 1985 y Pekín en 1995), promovido por el surgimiento desde la base de nuevos movimientos de mujeres como consecuencia de los procesos neoliberales de feminización de la pobreza y el

hambre, así como por la reinscripción de los criterios de género conservadores en el paisaje del consumo movilizado por el deseo. En Pekín, la conferencia de la ONU se escindió en una conferencia ministerial oficial y un cónclave de movimientos sociales y ONG. Este último fue, con diferencia, mucho más vivo, pues participaron en él asociaciones de todo el mundo que presionaron con fuerza contra la acometida neoliberal: desde mujeres indígenas del Centro para la Cooperación Internacional hasta mujeres indias de la Asociación Democrática de Mujeres All-India (All India Democratic Women's Association); desde la Federación Democrática Internacional de Mujeres hasta la Asociación de Mujeres Emang Basadi de Botsuana. Anticipándose a la Conferencia de Pekín, el PNUD elaboró su *Informe sobre el Desarrollo Humano* dedicándolo a cuestiones relacionadas con el género y el desarrollo. El informe acuñó un nuevo Índice de Desarrollo en relación con el género, donde se exponían los pésimos resultados que la mayor parte del mundo ofrecía en lo tocante a la igualdad de género (solo los países nórdicos salían relativamente bien parados). También mostraba que «[las] mujeres trabajan más horas que los hombres en casi todos los países» y, sin embargo, se les pagaba solo un tercio del trabajo que hacían (el resto era «trabajo invisible»), y que las que cobraban ganaban solo una pequeña parte de lo que percibían los hombres. «Dado que tan a menudo la condición en la sociedad contemporánea se equipara a la capacidad para obtener ingresos —señalaba el informe—, las mujeres padecen una gran subvaloración de su condición económica».²⁶ Las mujeres de Pekín y otros lugares señalaban que el problema no solo era su condición, sino también su falta de poder en la sociedad y su falta de control sobre las instituciones culturales, económicas, políticas y sociales. La contundente crítica al neoliberalismo expresada en el foro no oficial de Pekín llevó a los movimientos de mujeres, movimientos indígenas y demás movimientos sociales nuevos a sintonizar estrechamente entre sí a medida que el internacionalismo del siglo XXI iba floreciendo.

A mediados de la década de 1990, el Movimiento de Países No Alineados se desvivía por encontrar un punto de apoyo firme. Jamás había ocupado una posición central en los debates en torno a la política económica, sino que se los había dejado al G-77. El NOAL no disponía de oficina en Nueva York y no hacía el menor intento de ejercer presión en las

instituciones financieras internacionales de Washington. Al G-15 se le dejó una posición marginal con respecto al establecimiento de políticas internacionales en la recién creada Organización Mundial del Comercio (1995). El G-77 más China contaba una pequeña secretaría en la planta treinta y nueve del edificio de Naciones Unidas (a cuyo cargo había dos personas). Solo desempeñaba un papel muy modesto. El poder institucional del Sur había quedado debilitado.²⁷ Su mayoría demográfica en la Asamblea General de la ONU se malograba ante las arremetidas del G-7, que llevaba las decisiones importantes al Consejo de Seguridad de la ONU.

El impulso por «reformular» la ONU debilitó aún más al Sur. En la década de 1990, la ONU creó una Comisión de Gobernanza Mundial, copresidida por el primer ministro sueco, Ingvar Carlsson, y Shridath Ramphal (exmiembro de la Comisión del Sur y antiguo secretario de la Commonwealth). Su informe de 1995, *Our Global Neighborhood* [«Nuestro entorno global»], recomendaba la desaparición de las dos secretarías importantes del Sur para cuestiones económicas: la UNCTAD y la ONUDI. Sostenía que también se podían suprimir los organismos económicos regionales (las Comisiones Económicas para América Latina, África y Asia).²⁸ La Comisión de Gobernanza Mundial propuso la creación de un Consejo de Seguridad Económica para «llenar el vacío existente entre las diversas instituciones económicas internacionales». ²⁹ La propuesta fue aplastada por las potencias atlánticas, que adujeron motivos de procedimiento (habría exigido modificar la Carta de las Naciones Unidas). El desequilibrio institucional entre el Sur y el G-7 impedía que el Sur promoviera siquiera su agenda. En los pasillos de la ONU ya no había espacio para la oposición. La resistencia a la OMC y el G-7 no procedía ahora tanto de las instituciones del Sur marginadas como de la militancia en las propias calles.

La toma de decisiones se replegó hacia los foros controlados por el G-7, y los amplios debates políticos entre el gobierno y las empresas tuvieron lugar en sedes privadas como el Foro Económico Mundial (FEM), celebrado en Davos, Suiza. El FEM se remodeló en 1987 para que siguiera el ritmo del crecimiento de una clase capitalista aparentemente transnacional cuyos tentáculos alcanzaban a toda clase de actividades de acumulación, así como de gobierno. Siguió sucediendo que tres cuartas partes de los participantes en

el FEM procedían de Estados Unidos y Europa (en 2002), sin embargo también acogía a personas poderosas llegadas de África, Asia y América Latina.³⁰ En 2000, la Marcha Mundial de Mujeres, el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil y el foro francés ATTAC, entre otros, celebraron una contra-cumbre en Zurich y realizaron una marcha hacia Davos. El aislamiento físico del FEM y las medidas de seguridad que lo rodeaban volvieron inútil la protesta. Fue sencillamente un ejemplo más del secuestro de la élite.

Quienes participaron en la marcha del año 2000 decidieron programar un evento anual en algún lugar del Sur que sirviera de réplica a Davos. Mientras Davos albergaba el Foro Económico Mundial, este grupo acogería un Foro Social Mundial.³¹ En lugar de crear una plataforma institucional alternativa a las organizaciones dominadas por el Atlántico como el FMI o la OMC, así como otras instituciones públicas, la contra-cumbre se constituyó como imagen invertida de un foro privado, el FEM. El Partido de los Trabajadores de Brasil (PT) estaba en el poder en el estado de Rio Grande do Sul y en la ciudad de Porto Alegre, que fue la escogida como sede para esta reunión de protesta que se celebraría en 2001.³² El Foro Social Mundial (FSM) fue organizado por un consejo cuya dirección estaba constituida en buena medida por miembros de organizaciones europeas (como ATTAC y el periódico *Le Monde Diplomatique*). Al cabo de un año, es decir, antes de 2002, el FSM se había convertido en un lugar de encuentro de primer orden para activistas procedentes de todo el mundo. El FSM se mantuvo en Porto Alegre durante tres años hasta que se trasladó a otros lugares del mundo: Bombay (2004), Bamako, Caracas y Karachi (2006), Nairobi (2007), Belém (2009) y Dakar (2011). Regresó a Porto Alegre en 2012. En palabras de Michael Hardt, el foro era «incognoscible, caótico, dispersivo. Y esa sobreabundancia no dejaba de estimular a todo el mundo, cuando uno se encontraba perdido en un mar de personas procedentes de todo el mundo trabajando en términos similares contra la forma actual de globalización capitalista».³³ El internacionalismo del FSM hundía sus raíces en la oposición al ajuste estructural del FMI y la intervención estatal no democrática. Representaba una unidad «en contra». La base social del internacionalismo era variada, desde campesinos sin tierra de Brasil hasta marginados de Roma, desde quienes luchaban por preservar el derecho a la

tierra y los minerales hasta quienes se esforzaban por reclamar normativa para las corporaciones transnacionales. Aun cuando su horizonte de oposición fuera similar, había intereses de clase diferenciados.

Muchos participantes en el FSM querían formular un programa concreto en el que se anclara el trabajo que se estaba realizando, con vistas a disponerse a heredar el mundo una vez que el proyecto neoliberal se hubiera desmoronado por completo o hubiera sido derrotado. Para articular este horizonte de oposición, diversas secciones del FSM intentaron elaborar un documento más global que la genérica Carta de Principios del FSM. El Consenso de Porto Alegre (2005) y el Llamamiento de Bamako (2006) recogían la totalidad de las demandas de los movimientos contra la globalización o a favor de una globalización alternativa (*outra globalização*), desde el alivio de la deuda hasta el comercio justo. Por su parte, los principales compromisos del Llamamiento de Bamako eran los siguientes:

- Construir un internacionalismo de los pueblos del Sur y el Norte que se enfrentan a los estragos producidos por la dictadura de los mercados financieros y por el desarrollo global incontrolado de las compañías multinacionales.
- Construir la solidaridad de los pueblos de Asia, África, Europa y las Américas que se enfrentan a los retos del desarrollo del siglo XXI.
- Construir un consenso político, cultural y económico que sea una alternativa a la globalización militarizada y neoliberal y a la hegemonía de Estados Unidos y sus aliados.

En 2011, en el Foro Social Mundial de Dakar, estos principios se habían reformulado calificándolos de «ejes»:

Eje 1: Ahondar en nuestro análisis crítico del capitalismo.

Eje 2: Fortalecer las luchas y la resistencia contra el capitalismo, el imperialismo y la opresión.

Eje 3: Construir alternativas democráticas y populares.

Ni el Consenso de Porto Alegre ni el Llamamiento de Bamako llegaron muy lejos. Entre los participantes había dos diferencias de opinión fundamentales que impidieron cualquier progreso para convertir al FSM en un actor político. La primera duda se planteó en torno a la cuestión de los partidos políticos. Como es natural, se daba el caso de que el espacio mismo para la celebración del FSM fuera suministrado por el trabajo institucional de los partidos políticos. Porto Alegre fue seleccionada porque había acabado por ser el eje del PT.³⁴ Sin embargo, se dejaban sentir grandes dosis de nerviosismo ante la idea de permitir que los partidos políticos cooptaran la energía de los movimientos sociales. Por consiguiente, la dispersión de la energía política no iba a ser un subproducto accidental de los movimientos sociales, sino, a juicio de algunos, el beneficio concreto de un nuevo modo de pensar. La brecha existente entre las fuerzas organizadas (ya correspondieran a partidos políticos o a otras variantes con organización jerarquizada) y las redes de trabajo (ya se tratara de estructuras de pequeños grupos formados por afinidades o de nodos muy dispersos) era formidable. Llama la atención que estas dos formas discordantes de organización política hubieran sido capaces de mantenerse aliadas en el proceso del FSM durante esta última década. Una tendencia general de las fuerzas que operan en red y abjuran de la jerarquía es que suelen caer en la trampa del liderazgo encubierto, según la cual se permite a las personas más carismáticas o esforzadas que moldeen la orientación de un foro en apariencia desestructurado.³⁵ Al mismo tiempo, los partidos políticos suelen ser culpables de dotarse de una estructura demasiado jerárquica, donde hay muy pocos espacios en los que la inmensa mayoría de sus miembros puedan conformar un programa que se elabora desde arriba. En lugar de permitir que haya un diálogo auténtico sobre las formas organizativas preferidas por uno u otro extremo, porque fueran conscientes de que ambos tienen mucho que ganar del otro, se dejó a un lado la posibilidad de discrepancia en favor de la «unidad».

El segundo desacuerdo giraba en torno al problema de la propia unidad ideológica. ¿Resulta útil que los grupos divergentes forjen algún tipo de unidad, ya sea programática o pragmática? Esta escisión se superpone casi en su totalidad a la anterior, pues quienes estaban a favor de la organización política suscribían también la pretensión de unidad ideológica programática,

y quienes preferían la dispersión de los nodos eran más proclives a la acción abierta e indefinida. Walden Bello, que había contribuido a redactar tanto el Consenso de Porto Alegre como el Llamamiento de Bamako, escribió un largo comentario de insatisfacción con el FSM: «El FSM como institución no está anclado en luchas políticas globales reales, y esto está convirtiéndolo en un festival anual con un impacto social muy limitado».³⁶ A Bello, que había dirigido el Focus on the Global South, con sede en Bangkok, le preocupaba que el FSM no hubiera «cumplido con su función histórica de agregar y vincular los diversos movimientos antagonistas generados por el capitalismo global». Pero a otros les preocupaba precisamente esta forma de agregación. David Graeber hablaba de «redes basadas en principios de democracia no jerárquica y consensual» y sostenía que «esas nuevas formas de organización son su ideología».³⁷ Los ejemplos de Graeber de esta afirmación guardan más relación con cómo organizar una protesta de forma democrática que con cómo llevar la democracia a la vida cotidiana. Es razonable afirmar que las redes y los grupos de afinidad son una forma productiva de entablar combate contra las relaciones de dominación en las protestas, ¿pero cuál es la estrategia mediante la cual uno espera negar esas mismas relaciones? Como señala el profesor Emir Sader, de la Universidad de São Paulo, este enfoque «se aleja de los temas del poder, del Estado, de la esfera pública, de la dirección política e incluso, en cierto modo, de la lucha ideológica».³⁸

A pesar de la frecuencia con que se invoca la idea de unidad, parece haber pocas tentativas de ofrecer una teoría sobre el aspecto que dicha unidad podría ofrecer. ¿La unidad significaría integrar la variedad de perspectivas e instituciones políticas en una internacional, o supondría que los diversos grupos y tendencias trabajarían juntos en una acción en torno a un conjunto común de temas? ¿Estaría la unidad restringida a grupos de clase trabajadora (un frente unido) o incluiría a todas las clases y formaciones sociales (un frente popular)? ¿Sería más útil permitir que hubiera diversidad de puntos de vista y enfoques, o tratar de forjar una plataforma unitaria en torno a la cual los grupos tuvieran que operar de forma conjunta? Estas eran las preguntas que se planteaban en las inmediaciones del FSM, pero no había ningún espacio institucional donde discutirlos, pese a que son fundamentales en cualquier diálogo en torno al deseo de unidad. En cambio, la idea de unidad

siguió siendo un talismán para quienes vivían con consternación el carácter festivo del FSM, y no se incorporó una conversación de grupos e individuos que reflexionaran sobre la cuestión de la estrategia y las formas institucionales necesarias para la transformación social.

En el seno del FSM no se produjo ningún debate a semejante escala. Más bien, el debate degeneró en una discusión interna: se planteaban cuestiones como a quién le corresponde hablar, por qué los intelectuales famosos eran los que ocupaban la escena central y quién tomaba las decisiones. Como el comité organizador del FSM era un organismo creado para la ocasión, se planteaban preguntas acerca de su derecho a representar a los movimientos mundiales y su incapacidad para confeccionar un formato representativo de quienes asistieron a las reuniones. Este debate sobre el proceso consumiría grandes dosis de tiempo en el seno del FSM.

Emir Sader consideraba que la exclusión de los partidos y los gobiernos era un asunto serio porque «limitaría gravemente la formulación de cualquier alternativa al neoliberalismo, confinando tales aspiraciones en un contexto local o sectorial —el mantra de las ONG, “piensa globalmente, actúa localmente”; propuestas de comercio justo; “desarrollo ecológicamente sostenible”—, a la par que se renuncia a todo intento de construir una hegemonía alternativa, así como a todo tipo de propuestas globales para combatir y derrotar al actual proyecto neoliberal del capitalismo mundial».³⁹ La cruda valoración que hacía Sader aludía tanto a los grupos de inspiración anarquista como a la creciente presencia de ONG. No es que los grupos de inspiración anarquista no tuvieran proyecto alternativo, sino que su proyecto no iba contra el mercado y el Estado; poco a poco ese proyecto iba a abjurar del mercado y el Estado y a crear dominios autónomos de actividad autorregulada. Era un enfoque absolutamente razonable en localidades del Norte, pero resultaba difícil imaginar cómo se podría «ampliar» a la totalidad de la sociedad; o cómo iba a funcionar un proyecto semejante en el Sur, donde seguía siendo desconocido.

El verdadero problema no eran los grupos de inspiración anarquista, cuya valentía en las protestas había suministrado el fundamento necesario para fortalecer la resistencia en el Norte; era el papel de la «industria de la democracia» y del Banco Mundial que había impulsado el crecimiento de la

«sociedad civil»; en realidad, el código de las ONG financiadas por fundaciones para la prestación de servicios, o para la utilización de planes de pequeñas inversiones destinadas a promover la capacitación de las personas. Estos microproyectos tenían su lugar. Pero, como las reformas en general, los microproyectos arrojan lo que con pocos miramientos podría llamarse caridad hacia las zonas rurales y los suburbios. A menudo conforman la reclamación neoliberal de que el Estado abdique de muchas de sus funciones de justicia social para depositarlas en las ONG. Muchas ONG acaban operando como subcontratas en ámbitos de actuación abandonados por el Estado (la atención sanitaria y la educación, por ejemplo), inscritos en el proyecto neoliberal de los financieros internacionales. El problema del sector micro es que afirma tener base local (próxima a los colectivos que actúan sobre el terreno) y que guarda cierta distancia con el poder del Estado. El desprecio por el poder del Estado y la concentración en lo local expone el vínculo existente entre las luchas locales y los movimientos nacionales o regionales. En estos casos, las ONG despolitizan a la población que constituye su objetivo concentrándose en la prestación de servicios, en lugar de en la transformación social.⁴⁰ En nombre de la capacitación, muchas de esas agencias predicán el evangelio de la «empresa» y la «iniciativa privada»... que son precisamente las ideas neoliberales que reproducen el abandono de las zonas rurales y la proliferación de los suburbios. Así, las cuestiones fueron abordadas de manera fragmentada, y no en un marco que implicara a los poderosos, que habitualmente eran los titulares de los talonarios de cheques de muchas de las organizaciones implicadas. Lo más alarmante era que parte de las ONG más poderosas distan mucho de tener ese respaldo de base y confían su supervivencia a unas fundaciones enormes. Su facilidad de acceso al dinero les permite desviar a parte de las personas con mayor talento, que entonces se pierden para los movimientos de masas comprometidos con la transformación social. Las agendas locales las promueven las ONG, en lugar de las genuinas necesidades de la gente.⁴¹

El FSM de 2011 se celebró en Dakar, Senegal, más o menos en la misma época en que la Primavera Árabe intentaba producir una ruptura con el neoliberalismo y el autoritarismo en Oriente Próximo y el Norte de África. La energía de la Plaza Tahrir de El Cairo se abrió paso hasta el campus de la

Universidad de Dakar. Sin embargo, una vez más se planteó el debate sobre si el FSM era un «espacio político» o un «actor político». El proceso del FSM hacia la elaboración de un comunicado final más punzante no logró aglutinar en última instancia a los movimientos de masas de Dakar y el entusiasmo de El Cairo. Tras muchas deliberaciones, el FSM «adoptó como declaración final un documento que parecía un tanto impotente, plagado de tópicos y estratégicamente bastante inútil».⁴² La relevancia del FSM no reside ni en sus debates procedimentales ni en sus comunicados o su visión estratégica, sino en su mera existencia. Mientras el pueblo de Caracas hacía sentadas delante de los autobuses e iniciaba su marcha hacia el centro de la ciudad en 1989, la utopía socialista se desmoronaba en toda Eurasia. Hay una línea recta que discurre desde el *Caracazo* de 1989 hasta los actos contestatarios contra las reuniones del FMI, el Banco Mundial, la OMC y el G-7, así como desde el encuentro del EZLN de 1996 hasta el FSM: todos estos acontecimientos indicaban que el Sur ciertamente había recuperado la iniciativa en las calles. Los sucesos del 11 de septiembre y la guerra contra el terrorismo parecían haber echado a perder el impulso, pero se recuperó en febrero de 2003 cuando aproximadamente diez millones de personas se reunieron en sesenta países para tratar de detener la escalada de guerra contra Iraq. Con bastante acierto, Patrick Tyler escribió en *The New York Times*: «Quizá siga habiendo dos superpotencias en nuestro planeta: Estados Unidos y la opinión pública mundial»... aunque no se trataba solo de la «opinión pública mundial», sino de la voluntad surgida del internacionalismo del siglo XXI.⁴³

El FSM es un espacio utópico, impotente porque sus raíces sociales poco profundas no pueden proporcionar base a un internacionalismo sólido. Eso no quiere decir que no tenga ningún valor, más bien al contrario. Si entendemos el FSM como un proceso y no como un acontecimiento, o siquiera un partido político, queda claro que está incubando una futura plataforma para el internacionalismo.⁴⁴ La Primera Internacional se fundó sobre todo en los sindicatos europeos; la Segunda Internacional, en esencia, en los partidos socialdemócratas europeos; y la Tercera Internacional en los partidos comunistas nacionales (la Cuarta Internacional fue, en muchos aspectos, una ramificación de la tercera, puesto que fue un espacio de

intercambio para los partidos izquierdistas que seguían la crítica de Trotsky de la Internacional dirigida por los soviéticos. No había ninguna diferencia en el fundamento social de su unidad). Hoy día no hay todavía ninguna fuerza social clara capaz de conformar la base para una internacional del siglo XXI. No es raro que Ulrich Brand, de ATTAC, pusiera fin a sus reflexiones sobre las limitaciones del FSM con el comentario de que «los últimos años han demostrado que los espacios de influencia, o siquiera las rupturas políticas prácticas con la lógica imperial neoliberal o incluso capitalista, se producen más bien en los planos local y nacional (véanse, por ejemplo, los casos latinoamericanos), o en el seno de territorios de conflicto específicos», y no tanto en el ámbito internacional.⁴⁵ Las zonas más efectivas para la construcción de esa base social siguen siendo nacionales y regionales. Los ejemplos de estos avances nacionales y regionales se pueden encontrar en América Latina, en la que nos adentraremos a continuación, y en la Primavera Árabe.

LAS AGONÍAS DE LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

En el FSM de 2006, celebrado en Caracas, Hugo Chávez ocupó la tribuna en la principal sesión plenaria para ofrecer una versión modificada del dilema que planteó Rosa Luxemburgo a la humanidad: socialismo o muerte. «El capitalismo ha destruido el equilibrio ecológico de la Tierra —sostenía—. El tiempo apremia. Si no cambiamos el mundo ahora, quizá no haya siglo XXII para la humanidad». Era una conclusión ampliamente suscrita por el FSM y por quienes solo habían conocido los aspectos negativos del capitalismo. El problema no era el diagnóstico, sino la salida: ¿Cómo pasar al socialismo? Chávez había asistido al FSM de 2005 y ahora señalaba que «se habló mucho, sin llegar a ninguna conclusión. No hemos venido aquí para perder el tiempo. Debemos construir urgentemente un nuevo movimiento socialista. Debemos avanzar hacia la creación de un movimiento anti-imperialista mundial».

De la dinámica del FSM no emergería una fuerza social organizada. Lo que sucedió más bien fue que el FSM se fragmentó en unidades regionales y continentales, como el Foro Social Asiático, el Foro Social de Senegal, el

Foro Social de Estados Unidos y el Foro Social de Durban. Hasta la principal reunión del FSM había pasado a ser regional: el evento de Bombay atrajo sobre todo a participantes de la India; el de Nairobi a los procedentes del este de África y el de Belém, a gentes venidas en su mayoría de América Latina. La tendencia hacia lo regional y lo nacional se mantuvo con fuerza. Los FSM regionales fueron los espacios elegidos para que las organizaciones y los activistas unieran sus fuerzas para construir y fortalecer movimientos con referencia local. El «foro social» se convirtió en un espacio de coordinación de organizaciones dedicadas a las luchas regionales para encontrar vínculos entre sus propias campañas y las de los demás y, por tanto, para elevar esas luchas a un territorio político más amplio. ¿Pero por qué los foros regionales han tenido más éxito que el FSM mundial? ¿Y por qué no logró despegar la creación de una nueva internacional? En su valiosa investigación de esta oclusión, Heather Gautney concluye con su afirmación de que el FSM «no ha conseguido abordar el polémico problema de la agencia».⁴⁶ ¿Pero acaso el problema de la agencia —dicho de otro modo, el de quién es el sujeto de esta nueva dinámica y qué aspecto debería ofrecer— se puede abordar en nuestro tiempo? ¿Es quizás utópico intentar crear una plataforma política mundial que esté considerablemente desacompasada de las divisiones concretas que agitan el frágil sueño del internacionalismo?

En nuestra época, el capital parece estar plenamente integrado. La mayor parte de las veces parece actuar en armonía entre sus diversas fracciones.⁴⁷ Ciertamente, entre los capitalistas hay tensiones que a veces se manifiestan a través de sus gobiernos nacionales. Cuando el capital chino o el del Golfo Pérsico adquiere activos de Estados Unidos, el alarmismo acompaña a la ira de Boeing o Airbus si uno de ellos obtiene un contrato gigantesco a costa del otro. Estas disputas persisten y, en un plano mucho más vinculado a las bases, pueden incluso degenerar en una guerra declarada (como en la región de los Grandes Lagos de África, campo de batalla de la que algunos llaman la actual «Cuarta Guerra Mundial»).⁴⁸ Pero dado el alcance transnacional de las inmensas corporaciones, y la dificultad de identificar de quién es el capital financiero depositado en las acciones o los bancos, resulta difícil cartografiar de forma definitiva las dimensiones sociales de los conflictos intercapitalistas. No es como si las empresas inglesas compitieran con las

empresas chinas, puesto que las empresas inglesas pueden estar manufacturando sus productos en China, igual que las empresas chinas pueden estar tremendamente integradas en los mercados financieros de la City londinense. Esta relativa integración del capital convierte al Foro Económico Mundial en una iniciativa realista, a pesar de que la mayoría de sus integrantes proceden del mundo atlántico.

Hasta en el plano del capital hay voces que no están seguras de la escala de la globalización. La obra *Mundo 3.0: la prosperidad global y las vías para alcanzarla*, de Pankaj Ghemawat, señala que los defensores de la globalización (Thomas Friedmand en *La tierra es plana: breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*, por ejemplo) promueven «una quimera, en la que se estaban exagerando peligrosamente los flujos transfronterizos reales».⁴⁹ Los datos indican que el 80 % de la inversión global en el mercado de valores se deposita en empresas radicadas en el estado-nación del inversor, y que las exportaciones representan solo la cuarta parte de la economía mundial. Y lo que resulta aún más espectacular: menos de la quinta parte de la actividad de Internet se desarrolla atravesando fronteras nacionales, y solo el 2 % de los estudiantes abandona su país para ir a la universidad. Lo que nos queda, sostiene Ghemawat, es una forma de semiglobalización, según la cual la nación-estado o los receptores regionales siguen siendo importantes sobre todo como zonas de actividad económica y política. Las afirmaciones de unidad del FSM son exageradas, una imitación de la imagen que tienen de sí mismas las empresas multinacionales (cuyos consejeros delegados son a menudo reclutados en el país cuya bandera enarbola la corporación).

Este tipo de reivindicaciones de unidad no son posibles en el mundo del trabajo, en el mundo de la vida cotidiana, en la deteriorada vida de las personas de todo el planeta. Al reflexionar sobre sus treinta años dedicados a escribir sobre las mujeres de las *maquiladoras** y las mediocres tentativas de solidaridad internacional, Patricia Fernández-Kelly señala lo desconcertante que resulta que «en ambos extremos del espectro geopolítico», en México y en Estados Unidos, haya «ausencia de movimientos de trabajadores viables encaminados a poner freno a parte de los perniciosos efectos de la

internacionalización económica».⁵⁰ Esta ausencia no se puede descartar sin más por ser el resultado de una falta de esfuerzo; se debe explicar a pesar de los inmensos esfuerzos que se han realizado.

Como es natural, hay barreras culturales, puesto que las personas que no comparten un marco cosmopolita burgués (la lengua inglesa y un MBA, por ejemplo, en el caso del estrato capitalista) no disponen de un marco cultural general para la comunicación. Los intercambios de información se ven imposibilitados no solo por las diferencias de idioma, sino por la dificultad de exponer los puntos de vista de, pongamos por caso, los agricultores del pueblo Oriya que luchan contra una acería o de los coccaleros de Bolivia; el acceso a Internet es mínimo, los marcos teóricos de la angustia y la resistencia son distintos y el tiempo dedicado a tender puentes no existe para las personas que están hundidas hasta las rodillas en la política de la lucha y la supervivencia. Los representantes de estas luchas se benefician de los viajes que realizan a otras tierras, puesto que eso amplía los horizontes de cualquiera; pero esos viajes no son siempre posibles, y no siempre se traducen en contactos a largo plazo.

El principal problema de la unidad del Sur no es subjetivo, ni mero fruto del fracaso en el intento de reunir a las personas de forma efectiva.⁵¹ En esta época las divisiones son sonoramente objetivas, y es a esas barreras a las que debemos prestar más atención. El teórico que ha realizado la valoración más lúcida de estas barreras es el marxista indio Prabhat Patnaik, y lo que presento a continuación es una síntesis de sus ideas.⁵²

La fuerza del capital transnacional opera contra los Estados de forma similar; en todos los casos adopta una actitud neoliberal propugnando que haya la mínima regulación estatal del capital y de sus empresas de negocios, y se siente incómodo con la gestión y el control de la demanda (por ejemplo, el de los incentivos al gasto) a menos que beneficie directamente al propio capital.⁵³ Los Estados de todo el mundo, se encuentren o no en una región industrial avanzada, se ven obligados a actuar en beneficio del capital y contra los intereses de las grandes masas de gente (so pena de ser expulsados de la «comunidad internacional»). Algunos Estados están protegidos por las artimañas del capital transnacional: Estados Unidos, por ejemplo, puede

recurrir al uso del dólar como moneda de reserva mundial para gestionar el déficit, aun cuando incluso el problema de la deuda de Estados Unidos no carezca de ramificaciones políticas.⁵⁴

Si buscamos más allá del impacto del capital transnacional en el aparato del Estado y vemos los efectos que produce en las clases sociales, aflora una historia absolutamente distinta. Dados los problemas de exceso de capacidad de producción, desempleo y aumento de una clase social desechable en los Estados industriales avanzados, la fuerza central para el contraataque se ha compuesto de trabajadores de cuello blanco, estudiantes de cuello blanco potencial y empleados públicos; esta pauta se ha repetido con coherencia desde el caso de los *indignados** hasta el del movimiento Occupy. Las protestas, por lo general urbanas, se dirigen contra el régimen de austeridad y sus consecuencias sociales.⁵⁵

En estas luchas hay una tendencia muy acusada a bascular entre las demandas de democracia social y las del fascismo social; desde las protestas que reclaman una ampliación de las prestaciones sociales (como en las manifestaciones masivas del sur de Europa) hasta las que solicitan que se recorten más (el Tea Party y el auge del fascismo en Europa). En Estados Unidos, el movimiento del Tea Party pretende restaurar un antiguo pacto racista: el que la clase obrera blanca y la clase media de cuello blanco ha perdido como consecuencia de los procesos sociales de la globalización. Para financiar las aventuras imperiales estadounidenses que apoya está dispuesto a soportar salarios solo llevaderos, aun cuando los sabuesos del dinero se apropien de la inmensa mayoría de la riqueza social. Este sueño es anacrónico. El Tea Party representa el patriotismo de los locos, pero también es exacto: sus puestos de trabajo se han marchado al extranjero, a lugares como China o la India, aunque no sea culpa de los trabajadores chinos e indios.⁵⁶ Este tipo de fascismo europeo no ve nada más allá de la pérdida de su posición aristocrática en el mundo del trabajo, pero eso sí lo ve. Se siente más solidario con la que percibe como su clase corporativa nacional que con los trabajadores del extranjero que están siendo explotados por esa misma clase. El fundamento masivo del internacionalismo no descansa en estos entornos.

En América Latina, la economía es sobre todo urbana, y en buena medida industrial o semiindustrial. Fue el largo período de dictaduras de la década de 1980, y después la socialdemocracia neoliberal de la de 1990, lo que afianzó en el campo del antiimperialismo los cimientos ideológicos de la clase media de cuello blanco y de los sectores más arraigados de ella, al menos en la medida en que no mantenía su lealtad con el *statu quo*. Fue esta transferencia de lealtades a partidos que favorecían a la clase trabajadora y a los indígenas (principalmente en Venezuela y Bolivia, pero también en Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay y Perú) la que permitió que la «marea rosa» barrierá América Latina en la primera década del siglo XXI.⁵⁷ Las campañas contra el neoliberalismo que produjeron la «marea rosa» aislaron a las oligarquías, las cuales entonces (como en el caso de Venezuela en 2002) buscaron refugio en Estados Unidos en procura de ayuda para dar golpes de Estado o maquinaciones políticas semejantes.

Uno de los rasgos diferenciales de la política latinoamericana ha sido la aparición de los movimientos indígenas, cuyas reivindicaciones hunden sus raíces en cuestiones de dignidad social y en el problema de la destrucción de sus medios de vida ocasionada por lo que Patnaik denomina «acumulación mediante invasión»: las amenazas para la tierra y lo que subyace a la tierra (principalmente, petróleo y gas natural) planteadas por las corporaciones transnacionales y los gobiernos neoliberales de la década de 1990, adecuadamente sobornados. A lo que las comunidades indígenas de América Latina se enfrentan es precisamente al tipo de ataque que deben afrontar las comunidades tribales de la India, que no dista mucho de la ofensiva contra los agricultores sin tierra, los pequeños propietarios, los pequeños productores de zonas rurales y urbanas y la clase trabajadora de buena parte de África y Asia. Según la División de Población de la ONU, ahora hay unos 3.300 millones de personas que viven en zonas rurales, de los cuales 3.000 millones se encuentran en «regiones poco desarrolladas» (800 millones en la India, 800 millones en China y 100 millones en Indonesia, seguidos de Pakistán, Bangladesh, Nigeria, Etiopía y Vietnam). De todos los habitantes de zonas rurales, el 71 % vive en Asia.⁵⁸ La resistencia contra las medidas neoliberales en África y Asia vendrán sobre todo de estas clases sociales, y no de los trabajadores de cuello blanco, que hasta el momento han seguido

aprovechándose de la transferencia de puestos de trabajo desde el mundo industrial avanzado. Estos trabajadores de cuello blanco no han probado como sus homólogos de América Latina la amarga medicina del colapso neoliberal. Es el campesinado, en alianza con los trabajadores del sector público y la clase trabajadora de buena parte de África y Asia, el que ahora ofrece la resistencia más coordinada ante el actual modo de gobernar la situación. No existen equivalentes o aliados precisos para el campesinado africano y asiático en los Estados industriales avanzados, donde son los sentimientos de solidaridad emocional los que habitualmente proporcionan el vínculo, y no una cadena forjada por la experiencia.

Una vez expuestas estas instantáneas empíricas de las diferentes clases dirigentes durante las luchas de la pasada década, podemos apreciar la sabiduría del argumento de Patnaik: «No hay en el horizonte una resistencia global coordinada».⁵⁹ Más bien, subraya la fundamental importancia de construir resistencia dentro del estado-nación, y su análisis se puede ampliar con facilidad a otras regiones (él escribe principalmente sobre la India, pero los análisis que ofrece son igualmente aplicables a los experimentos bolivarianos de América Latina).⁶⁰ A juicio de Patnaik, hay dos razones por las que el ámbito nacional o regional es el foro para la resistencia y la transformación. La primera tiene que ver con la cuestión campesina, que surge originariamente de la tierra y de los derechos, aspectos ambos que se enmarcan en legislaciones nacionales. En el sector agrario transnacional y la industria alimentaria predomina sin duda el centro de atención de la lucha por la justicia con las tierras de cultivo. La coordinación de las luchas contra inmensos conglomerados corporativos es esencial, pero también difícil («no se puede evitar sentir que quienes insisten en esta coordinación internacional se olvidan por completo de la cuestión campesina»). La empresa agroalimentaria Cargill podría sustituir un campo por otro, y en su lugar aparecería el conglomerado agroalimentario Charoen Pokphand Group. Los elementos económicos de la sociedad rural siguen intactos frente a las nubes tormentosas del cielo del sector empresarial agroalimentario. Para comprender el problema fundamental (la falta de poder del campesinado en nuestras sociedades y la dependencia de los campesinos a las pequeñas

producciones) es el campesinado el que tiene que organizarse para transformar los Estados que diseñan leyes sobre la tierra y la política agraria.⁶¹

En las zonas rurales es difícil pasar por alto las penurias. Por esa razón, los fundamentos internacionales y el Banco Mundial promueven microrreformas a través de ONG y diferentes organizaciones paraestatales. Las microrreformas van encaminadas a resolver alguna parte del problema, ya se trate de la falta de acceso al regadío o de crear pequeños fondos de financiación para los pequeños productores. En toda África y Asia, estas medidas han atraído a campesinos potencialmente militantes hacia empleos del gobierno o de ONG, donde trabajan para proporcionar alivio en un panorama político que, de lo contrario, estaría agostado.⁶² Aunque los gobiernos ofrezcan un apoyo agrícola más sistemático, se suele orientar hacia las clases dominantes de las zonas rurales. Estos «agricultores» han fomentado un populismo agrario que les ha permitido obtener la inmensa mayoría de los recursos del Estado y proteger sus inmensas explotaciones frente a las aspiraciones de los sin tierra. A cambio, han prometido brindar apoyo electoral a los políticos, siempre que el Estado no destape la cuestión de la reforma agraria.⁶³ En el transcurso de los últimos treinta años, este tipo de populismo agrario se ha disfrazado de «reforma agraria». La lucha constitucional por distribuir la tierra entre la población ha decaído ahora en buena medida por falta de voluntad política de las clases dominantes en el Sur. Lo que en cambio tenemos son tentativas esporádicas de apropiación de tierras, ya sea organizadas por el MST de Brasil o por los veteranos de guerra en Zimbabue... o, de forma menos organizada, en las regiones circundantes a zonas urbanas y en los suburbios.⁶⁴

Cuando se fue desarrollando la Ronda Uruguay y se empezaron a aplicar las reglas del comercio contra los agricultores y campesinos, las organizaciones agrarias de América se reunieron en abril de 1992 en el segundo congreso de la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos en Managua, Nicaragua. Estudiaron la posibilidad de establecer algún tipo de organismo coordinador para los trabajadores rurales, a fin de «encontrar los medios para tener voz y que quienes van a usurpar nuestro derecho a cultivar la tierra escuchen nuestras propuestas y garanticen la dignidad de nuestras

familias».⁶⁵ Un año después, cuarenta y seis dirigentes campesinos, procedentes en su mayoría de América y Europa, se reunieron en Mons, Bélgica, para constituir La Vía Campesina (LVC). La razón de ser de LVC era llevar a los foros de deliberación internacional el rechazo de los campesinos a las medidas agrícolas neoliberales (como la Ronda del GATT o las diversas conferencias sobre agricultura celebradas por la FAO). La principal idea nacida de LVC fue la de «soberanía alimentaria», o «el derecho a producir alimento en nuestro territorio».⁶⁶ En la Cumbre Mundial sobre la Seguridad Alimentaria celebrada en Roma, la LVC planteó a la FAO que reconociera que el alimento era en primer lugar una necesidad básica y solo después una mercancía con la que comerciar. El «derecho a exportar» de la OMC fue blanco de las críticas por su ceguera ante el modo en que la exportación de cereales solía desembocar en malnutrición y hambre entre quienes trabajaban la tierra, y en la connivencia entre comerciantes deseosos de obtener precios más bajos. En 1999, LVC se unió a la Food and Information Action Network (FIAN) para crear la Campaña Global por la Reforma Agraria. La nueva campaña pretendía ofrecer apoyo a las luchas nacionales en favor de la reforma agraria y la ocupación de tierras.⁶⁷

LVC ofrece una plataforma para que las organizaciones de campesinos regionales y nacionales luchen contra su enemigo común: las políticas neoliberales que incluyen la desaparición de los subsidios agrarios para los pequeños agricultores y los campesinos sin tierra, el refuerzo de las empresas agrarias transnacionales y la entrada de tecnologías verdes más sofisticadas y ecológicamente nocivas (incluidas las semillas transgénicas). Como sostiene Annette Aurélie Desmarais, la principal especialista de LVC, «la labor internacional de las organizaciones agrarias es solo posible siempre y cuando estas sean fuertes y estén consolidadas en los ámbitos local y nacional».⁶⁸ LVC se compone de centenares de organizaciones que representan a unos 150 millones de personas. Algunas organizaciones son muy reducidas, mientras que otras son bastante grandes (Karnataka Rajya Raitha Sangha cuenta por sí sola con unos diez millones de integrantes). De las asociaciones miembros de LVC, Raj Patel escribe: «Es una mezcla de movimientos. Algunos de sus miembros no poseen tierras, otros sí las tienen y contratan a los sin tierra; algunos son pequeños productores; otros, medianos. Lo que

cuenta como una pequeña granja en Canadá es una hacienda en la India. Por supuesto, no todos los agricultores son iguales, ni tampoco sus organizaciones sociales».⁶⁹ Esta es precisamente la razón por la que LVC decidió forjar su fortaleza primero a través de cinco y, luego, de ocho secciones regionales. «Se espera que las organizaciones nacionales dentro de cada región trabajen bien juntas —apunta Desmarais—, y las regiones encontrarán recursos para fortalecer el trabajo en el ámbito regional».⁷⁰ La sección regional más fuerte se encuentra en América Latina, y de hecho «las posiciones y acciones de La Vía Campesina reflejan más aspectos de la experiencia y perspectiva latinoamericana».⁷¹ Es una buena noticia para América Latina, que cuenta con organizaciones campesinas poderosas como el brasileño MST o la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (un foro regional de agricultores fundado en 1994 en Lima, Perú, para representar a los cocaleros bolivianos y los defensores de la reforma agraria de Guatemala). LVC tuvo su primera sede en Bélgica y, a continuación, se trasladó durante ocho años a Tegucigalpa, Honduras, antes de trasladarse a Yakarta, en Indonesia.

La experiencia de LVC reafirma el planteamiento general de Patnaik: la política del campesinado debe hundir sus raíces en primera instancia en los ámbitos nacionales y regionales. Como señala Desmarais, «la base, articulada a través de lo nacional y lo regional, es el corazón y la fuerza impulsora de La Vía Campesina: las cuestiones locales y el activismo local impulsan las intervenciones globales de La Vía Campesina».⁷²

La segunda razón por la que Patnaik propugna el ámbito nacional o regional es que las luchas inmediatas de la gente se concentran en torno a la mejora de sus condiciones de vida y de trabajo. «A los trabajadores que luchan por estas mejoras no se les puede pedir que esperen a que haya nacido un nuevo Estado Mundial que muestre una predisposición favorable a los intereses de los trabajadores y los campesinos», sostiene.⁷³ Estas demandas tangibles se deben enmarcar según las condiciones de las instituciones que gestionan las arcas públicas (el Estado) y regulan la expropiación de los excedentes económicos (el Estado). Como es natural, el control sobre la política de estas instituciones no reside enteramente en el seno de la soberanía de las naciones-estado. Las finanzas internacionales, las organizaciones

internacionales (OMC, FMI, Banco Mundial) y las empresas multinacionales delimitan los perfiles de la intervención estatal en defensa de la inmensa mayoría.

Ejercer presión simplemente sobre los gobiernos nacionales para que cambien sus políticas presupuestarias no va a ser suficiente, puesto que estos gobiernos se encuentran, intencionadamente o no, bajo la influencia de presiones mayores. Para combatir esas fuerzas superiores fue por lo que surgieron unas cuantas plataformas internacionales, como el Comité para la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo (CADTM) de Bélgica en 1990 y, después, en 1994, la red 50 Años Bastan. El CADTM incluye a grupos como la Unión Nacional de Sindicatos Autónomos de Senegal y el Foro Nacional sobre Deuda y Pobreza de Costa de Marfil. La red 50 Años Bastan comprende a grupos como el Development Group for Alternative Policies [«Grupo de Políticas Alternativas al Desarrollo»], Amigos de la Tierra, Global Exchange, Greenpeace, la red International Rivers [«Ríos Internacionales»] u Oxfam América. Estos grupos están radicados principalmente en el mundo atlántico, si bien mantienen contactos con activistas y organizaciones del Sur. Estas organizaciones elaboran gran cantidad de material valioso sobre el pernicioso impacto del Banco Mundial y el FMI, así como sobre la naturaleza estructural de la deuda masiva. Dado el enorme poder del FMI y el Banco Mundial y su autoridad sobre los gobiernos, y dada también la ausencia de campañas generalizadas que refuerzan la labor de estos grupos transnacionales, no es raro que su programa encallara. Solo llegaron hasta el plano de la persuasión moral, y en épocas de crisis agudas (como durante el terremoto de Haití) una gran prisa de las potencias atlánticas por cancelar deudas y mostrar una imagen humanitaria anularon la fuerza de quienes las criticaban.

El otro conjunto de organismos multinacionales que han causado un impacto importante en el ámbito del suministro de sustento o medios de vida son las ONG de ámbito internacional, algunas de las cuales han desarrollado campañas contra las organizaciones financieras internacionales en colaboración con organismos de la ONU. Grupos como ActionAid, Oxfam y Acción contra el Hambre hacen un doble papel como organizaciones de ayuda y grupos de presión en el interior del sistema de la ONU, donde a

menudo han fortalecido la columna vertebral de algunos gobiernos inestables del Sur. Fue debido a su presencia y a la frustración entre los Estados miembros del Sur por lo que en 2001 la FAO sembró la Alianza contra el Hambre y la Malnutrición. Pero incluso aquí, la alianza dependía de iniciativas nacionales y de la cooperación con socios regionales, la mayoría de los cuales surgía de Estados a los que los movimientos populares y los partidos políticos de su territorio habían obligado a rendir cuentas sobre las cuestiones relacionadas con el hambre. En Brasil, una mezcla de agitación social de los católicos contra el hambre, la creación de Acción de la Ciudadanía contra la Miseria y por la Vida y la victoria del PT en 2002 presionó al gobierno para que creara el conjunto de medidas Brazil Fome Zero (Hambre Cero), entre las que se encontraba la instauración de un salario social adecuado (*bolsa familia*). En la India, uno de los elementos cruciales del Programa Mínimo Común del gobierno de la Alianza Progresista Unida estaba concebido para abordar los problemas del desempleo y el hambre en las zonas rurales. El núcleo central de la alianza estaba formado por el Partido del Congreso o Congreso Nacional Indio, de orientación neoliberal, y los comunistas; y fueron estos últimos, en colaboración con un vigoroso puñado de movimientos sociales comprometidos con estas cuestiones, los que más presionaron para que se aprobara la Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural (2005). Estas políticas nacionales se reflejan ahora en bloques regionales, como la Iniciativa América Latina y Caribe Sin Hambre (fundada en 2005 por Brasil y Guatemala) y la Alianza Regional del África Occidental contra el Hambre y la Malnutrición (formada por Benin, Burkina Faso y Malí). El límite liberal de la justicia social en la escena internacional está recogido por la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU (1948) y luego reafirmado exhaustivamente en los Objetivos de Desarrollo del Milenio (2000). Fue cuando el sistema de clases sociales de la nación-estado o de la región se vio cuestionada por las luchas del campesinado y la clase trabajadora, con sus diversos aliados de la clase media, cuando este tipo de políticas se pudo implantar. La presión ejercida desde unos movimientos de masas organizados y poderosos contribuyó a apartar al Estado del ámbito de la represión para que se trasladara al de la democracia social. El principal vector para la provisión de prestaciones sociales era el Estado, aun cuando

fue la presión transnacional sobre los organismos financieros internacionales y las agencias de la ONU lo que obligó a los primeros a levantar un poco el pie con el que aplastaban el cuello a la gente, y a esta última a proporcionar apoyo técnico para diseñar mecanismos que ampliaran las coberturas sociales.

Patnaik no alude directamente a un tercer problema del internacionalismo en este período: los niveles de subsistencia inmensamente distintos que separan el universo atlántico de las explotaciones agrarias y los suburbios de África y Asia. Los costes de la reproducción social son más elevados en Europa y en Norteamérica, donde los trabajadores de estas últimas regiones se ven obligados a ganar mucho más porque la mayoría de las prestaciones sociales se ofrecen solo mediante el pago de cuotas; siendo la atención sanitaria el servicio más caro. En el Norte sería imposible que los trabajadores ofrecieran su fuerza de trabajo a unos precios comparables a los que lo hacen los trabajadores de África y Asia, así como los de grandes zonas de América Latina. Estas disparidades crean un abismo enorme entre los trabajadores del mundo. En el Norte es una necesidad imperiosa movilizar los inmensos excedentes (que ascienden a billones de dólares) acumulados y ocultos por los acaudalados para establecer unas prestaciones sociales sólidas (atención sanitaria, transporte público); esta medida favorecería que las personas ganaran un sueldo inferior, que ya no estaría secuestrado para proveer de los servicios esenciales para la vida (como recargos para pólizas de atención sanitaria o para disponer de automóvil). Las batallas que reclaman austeridad a los propietarios y prestaciones sociales para las personas solo pueden tener lugar en los ámbitos de Europa y Norteamérica. Al mismo tiempo, en África y Asia los trabajadores lucharán para beneficiarse del incremento de su productividad; de unos beneficios que hasta la fecha han recogido las empresas transnacionales; y los campesinos construirán su resistencia a la agricultura neoliberal y aumentarán sus necesidades de subsistencia. Si tienen éxito, este tipo de luchas proveerá de una comunidad de intereses por unos fundamentos objetivos desde los que se puedan entablar otras batallas importantes para el planeta.

El hecho de que la resistencia global no esté en el horizonte no significa que las luchas se deban replegar hacia el interior. Precisamente, lo necesario es lo contrario, lo que equivale a decir que las luchas nacionales y regionales deben mantenerse alerta ante la importancia ideológica del internacionalismo al tiempo que forjan auténticas plataformas institucionales capaces de sustentarlo. Si no estamos precavidos ante las limitaciones objetivas del internacionalismo en la actualidad, el fracaso de la política internacionalista en este presente inhóspito empañará la relevancia del internacionalismo en el futuro cuando se den las condiciones sociales para que reaparezca. La dificultad de erigir instituciones internacionales adecuadas desde abajo tiene mucho que ver con la ausencia de condiciones sociales para el internacionalismo. Esas condiciones se deben construir, y al igual que nuestros movimientos lo hacen mediante la construcción de un poder regional y nacional, deben incubar un internacionalismo que no sea utópico, sino real.

Las valoraciones del FSM, LVC y la Alianza contra el Hambre y la Malnutrición vuelven todas la vista con anhelo hacia América Latina, donde se aprecia la fundamental ruptura con el neoliberalismo en la derrota del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), la aparición de una nueva dinámica bolivariana con el ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), en las políticas de Brasil contra el hambre y en los programas de revitalización de la agricultura en Venezuela.

POR AHORA*

El 22 de febrero de 1989, el pueblo de Caracas se arrancó la máscara del consentimiento. Cuando se produjo el *Caracazo*,* un joven radical estaba en su casa: el teniente Hugo Chávez. Chávez, quien entonces era jefe de la guardia presidencial en el palacio de Miraflores, había contraído una enfermedad y el médico del lugar le había extendido una baja. Escuchó la noticia del levantamiento desde la cama. Desde hacía una década, Chávez estaba implicado en una conspiración de oficiales del ejército denominado Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela; una plataforma, según refirió después a Gabriel García Márquez, «para prepararnos en caso de que sucediera algo».⁷⁴ El día de la rebelión él no estaba en su puesto y sus

camaradas se vieron más en el papel de espectadores que en el de actores. Ni los grupos civiles izquierdistas ni los oficiales radicales anticiparon adecuadamente el estallido social. Para el ejército fue un momento de crisis, pues se le ordenó que disparara contra los ciudadanos (el recuento oficial de muertos fue de 372, pero seguramente se trata de una cifra a la baja que solo refleja en torno a un diez por ciento del total). Cuando, al cabo de unos días, Chávez regresó a su puesto, una vez que el humo ya se había disipado, uno de sus soldados le dijo: «Verá, mayor, ¿es verdad lo del Movimiento Bolivariano? Nos gustaría saber más de él; no estamos dispuestos a seguir matando personas».⁷⁵

Durante el *Caracazo*,* el frágil gobierno de Pérez, miembro de la Comisión del Sur, firmó un nuevo acuerdo con el FMI: un paquete (el *paquetazo*)* que se caracterizaba por la ortodoxia neoliberal más dura. Reclamaba más austeridad al pueblo y más liberalización de los negocios; sufrimiento para la mayoría, beneficios para unos pocos. Antes de que terminara el año, casi la mitad de la sociedad venezolana había quedado por debajo del umbral oficial de la pobreza. Las condiciones para el descontento no solo seguían presentes, sino que se agudizaban.

Chávez y sus soldados hicieron lo que sabían hacer, que fue escoger el camino de la conspiración. En 1992 fracasó su intentona de golpe de Estado. A diferencia de la totalidad de la clase política de Venezuela, Chávez pidió disculpas en televisión por el error cometido con sus actos. «Solo yo debo cargar con la responsabilidad», declaró... pero inmediatamente después de aquella seductora declaración añadió: «Por desgracia, por ahora no se han alcanzado los objetivos que nos habíamos fijado en la capital». La expresión «por ahora» marcaba una pauta. Significaba que más adelante el movimiento quizá podría triunfar. Esta expresión fue el eslogan del movimiento bolivariano durante la década de 1990, que desembocó en la creación del Movimiento V República (MVR). Cuando se aproximaban las elecciones de 1998, algunos sectores de la izquierda y quienes se oponían a lo que Chávez llamaba «el polo de la destrucción nacional» unieron sus fuerzas al MVR. Este *Polo Patriótico** obtuvo el 56% de los votos. Era «la venganza de los desposeídos».⁷⁶ Chávez y su partido se hicieron cargo del gobierno.

En el transcurso de una década, casi todos los países de América del Sur eligieron gobiernos de izquierda: Brasil (2002), Argentina (2003), Uruguay (2004), Bolivia (2006), Chile (2006), Ecuador (2006), Paraguay (2008) y Perú (2011). Solo las Guyanas y Colombia se quedaron al margen de esta tendencia. Siguiendo los pasos de las elecciones en Bolivia, Chile y Ecuador, el intelectual y político mexicano Jorge Castañeda aludió a una escisión entre las «dos izquierdas». La primera izquierda (la de Argentina, Brasil y Chile) era «moderna, abierta, reformista e internacionalista, y nace, por paradójico que resulte, de la izquierda dura del pasado». La segunda izquierda (la de Venezuela, Bolivia y Ecuador) «proviene de la gran tradición de populismo latinoamericano, es nacionalista, estridente y estrecha de miras». Esta división resulta atractiva para quienes son de orientación neoliberal porque les permite separar la primera de la segunda, demonizar a los «populistas» y afirmar que no hay diferencia entre el programa neoliberal y el de la izquierda «moderna».⁷⁷

Este tipo de clasificaciones no solo son irracionales, sino que resultan singularmente infecundas. Cada país tiene la fuerza política de izquierda que se merece. Cada formación social tiene una composición de clase diferente, guarda una relación diferente entre las minorías étnicas con respecto a la mayoría de la población; cada uno tiene una historia colonial distinta con un desarrollo del capitalismo diferenciado y cuenta con sus propias tradiciones políticas distintivas. Un contexto de anarquismo, anarco-sindicalismo, marxismo, comunismo, populismo agrario y social-catolicismo, junto con el recuerdo de grandes líderes mesiánicos (desde Bolívar hasta Perón) y de comunitarismo indígena ha dado lugar a una panoplia de ideas, tradiciones y recursos para las luchas políticas de toda la región. En 1959, Silvio Frondizi, que fundó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Argentina, introdujo el concepto de «izquierda» sin más: «Aunque el término “izquierda” no tiene mucho valor científico, su uso le ha conferido el significado de una posición revolucionaria crítica frente a la sociedad capitalista vigente, aspirando a su transformación en una futura sociedad socialista». La impaciencia de Frondizi con la reforma ocultaba su interpretación integral, de conjunto, de la tradición de la izquierda, cuyos partidos tenían que surcar una línea muy fina entre la mitigación inmediata de

los agravios y la creación de una voluntad colectiva lo bastante decisiva como para aventurarse a una transformación social general. El tiempo revolucionario avanza más deprisa en algunos lugares que en otros; pero eso no significa que el liderazgo deba ser exculpado de sus propios fracasos.

Emir Sader hace una crítica contundente de la línea divisoria marcada por Castañeda porque no traza una distinción adecuada, no ya entre la izquierda buena y la mala, sino entre «los países que suscribieron tratados de libre comercio con Estados Unidos y los que privilegiaron los procesos de integración regional».⁷⁸ Steve Ellner desarrolla esta distinción básica identificando ritmos unitarios entre los gobiernos de izquierda latinoamericanos y los movimientos sociales que los albergan. Fijándose en Venezuela, Bolivia y Ecuador, Ellner descubre que todos pretendían reescribir sus constituciones, todos utilizaron las mayorías democráticas que habían obtenido para promover cambios de largo alcance y todos subrayaban «la participación social y la inclusión por encima de consideraciones de productividad económica».⁷⁹

La Comisión Económica de la ONU sobre América Latina y el Caribe (CEPAL) ha mostrado que su renta per cápita cayó tanto en las décadas de 1980 (la «década perdida») como en la de 1990 (la denominada «década de recuperación»). Estudios rigurosos indican que entre 1982 y 1993, el número de quienes vivían en la pobreza pasó de los 78 millones a los 150 millones de habitantes. El documento elaborado por la CEPAL a este respecto se titulaba oportunamente *La brecha de la equidad*. El desplome objetivo de los indicadores sociales en América Latina y la creación de nuevos espacios económicos (la industria automovilística en Brasil o el ensamblaje de componentes informáticos en México), además de renovar el ataque contra las materias primas de la región, ha supuesto la reaparición de los movimientos sociales. Entre ellos se encuentran los movimientos indígenas, los movimientos obreros, los movimientos socialistas, los movimientos de mujeres... algunos organizados en torno a directrices convencionales de partido, pero otros como espacios autónomos; algunos siguiendo la jerarquía del tradicionalismo, pero otros distinguiéndose de forma muy marcada de estas normas heredadas. Lo que une la dinámica de la «marea rosa» de América Latina son las dos décadas de cataclismo grave del continente, desde

las dictaduras de la década de 1980 hasta la ortodoxia neoliberal de la de 1990. Fue durante este período cuando las diversas organizaciones políticas de izquierda y los sindicatos establecieron relaciones activas con los movimientos sociales emergentes. Combatieron juntos para devolver al ejército a sus barracones y contra las políticas económicas desplegadas por los herederos civiles de los gobiernos militares que en su época marcaron la vida social de América Latina. Fue esta estrecha alianza entre los partidos políticos con proyección electoral y vocación de gobierno y los movimientos sociales organizados en torno a temas de carácter social lo que dio lugar al PT en Brasil y al Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia (un proceso similar en las décadas de 1980 y 1990 forjó en Sudáfrica la Alianza Tripartita, que incluía al Congreso Nacional Africano, al Partido Comunista de Sudáfrica y al Congreso de Sindicatos de Sudáfrica). Esta historia de trabajar unidos en la lucha, unidos en acciones tanto contra las dictaduras como contra los socialdemócratas neoliberales, fraguó los lazos emocionales y políticos entre las dos hebras principales de la actividad política.

Cuando la marea política parecía remitir, esta «alianza» se desplazó hacia la esfera electoral, donde los movimientos sociales estaban dispuestos a apostar (*aposta*, decían en Brasil) en ese vínculo para recoger dividendos. La apuesta arrojó beneficios cuando se aproximó la marea rosa. El Consenso de Washington había contribuido a igualar el sufrimiento de las clases más bajas de la sociedad latinoamericana: en el año 2000 el 50 % de la población de la región vivía en la pobreza, y la cuarta parte en lo que se conoce como «pobreza extrema». La situación era tan extrema que menos de un tercio de la población de la región creía que la privatización fuera buena. El resto sabía que había tenido un impacto diabólico. Los nuevos gobiernos tuvieron que trabajar en un contexto en el que las viejas clases sociales de los propietarios y los poderosos no habían desaparecido por completo. Renegar de estas luchas habría provocado no solo un repliegue de las masas sino también un hondo sentimiento de desesperanza, al ver que los mismos agentes que habían elegido con tanta fanfarria les habían abandonado. Al mismo tiempo, los nuevos gobiernos tuvieron que trabajar con mucha prudencia. Accedieron al poder a través de las urnas; en muchos casos, forjando coaliciones amplias y superficiales. Eso quería decir que, dado el espacio existente, tal vez no se

podrían llevar a cabo reformas muy radicales. Las medidas de los nuevos gobiernos fueron cautelosas: reducción de la deuda pública (Argentina) y disputas moderadas con las grandes corporaciones para revisar los contratos de extracción de recursos y producción industrial (pese a toda la retórica desplegada, la nacionalización del gas de Bolivia se ajusta a esta descripción).⁸⁰ Tampoco los gobiernos actuaron para aumentar el salario mínimo; en cambio, se esforzaron por incrementar la productividad pidiendo más a los trabajadores, incluido un mayor uso de tecnología. Había habido tentativas modestas de contener la inflación: el gobierno argentino fijó topes para el precio de artículos como la ternera y estableció límites a las tasas de distribución de suministros esenciales. La financiación procedente del incremento del precio de las mercancías se destinó a la creación de nuevos planes de vivienda para los pobres (en Bolivia) y programas contra el hambre (en Brasil). Estos gobiernos promovieron sus medidas hasta el límite del consenso demócrata social y, con frecuencia, ni un paso más allá. Las señales de una nueva agenda de desarrollo económico quedaban ahogadas por las grotescas barreras impuestas a los gobiernos: el persistente poder de Estados Unidos en la región; el abrumador poder institucional de las viejas clases sociales; las reticencias del ejército a la hora de abandonar el poder del Estado y sus vínculos con la propiedad y, por supuesto, la inseguridad de los nuevos demócratas sociales, que se sentían incómodos por el ataque directo contra las finanzas internacionales.⁸¹

Venezuela era un caso atípico. Como el precio del petróleo seguía estando alto, los ingresos procedentes de este sector permitieron a la Revolución Bolivariana financiar su programa de justicia social. Dada su dependencia del precio del petróleo, el gobierno venezolano ha intentado avanzar con rapidez en su programa de transformación social. «Aunque es absolutamente cierto que durante el primer mandato presidencial los bolivarianos continuaron siendo prisioneros de las políticas macroeconómicas y fueron incapaces de dar alivio inmediato a aquellos que más lo necesitaban —señala Tariq Ali—, las soluciones parciales que empezaron a poner en práctica después de 2002 fueron sumamente importantes. Mejoraron la vida de millones de personas pobres dándoles educación y mejor atención sanitaria. Estos logros no se pueden medir solo en términos monetarios y

aquellos que hacen caso omiso de ellos o los ridiculizan tienen, en la mayoría de los casos, poco conocimiento de la crisis social que se había apoderado de Venezuela o de las razones de la popularidad del proceso».⁸² La capacidad del Estado para avanzar en dirección de las demandas del pueblo se vio reforzada por los ingresos del petróleo, pero obstaculizada por los límites constitucionales y el poder de las viejas élites sociales (que con el respaldo de Estados Unidos llevaron a cabo una tentativa de golpe de Estado en 2002). Era necesario sortear tanto los obstáculos legales como los políticos.

Utilizando el apoyo electoral que obtuvo en el decenio transcurrido desde 1998 Chávez acudió en varias ocasiones a las urnas para reformar la constitución y darle una orientación más popular (Morales, en Bolivia, adoptó medidas similares). Carece de sentido vivir en el seno de unos límites constitucionales impuestos por las oligarquías o las dictaduras militares, ninguna de las cuales tenía la menor consideración por la participación popular o el bienestar social. El objetivo era el poder del Estado, pero para el movimiento bolivariano había quedado claro que el poder del Estado no solo significaba el control del aparato estatal; si significara solo eso, entonces los bolivarianos tendrían que hacer el trabajo sucio marcado en la Constitución de la oligarquía de 1961. Para redactar la nueva Constitución Bolivariana (1999), la población venezolana eligió una Asamblea Constituyente que redactó una constitución que más tarde fue ratificada en un referéndum. Jamás había sucedido nada semejante en la historia del país. La constitución se nutre de muy diversas fuentes, entre las que se encuentran la historia revolucionaria de América Latina (con la aparición del libertador Simón Bolívar y el marxista José Carlos Mariátegui) y la teoría marxista (sobre todo, el destacado jurista soviético Evgeny Pashukani). Es un documento asombroso que contiene estipulaciones para, en un plano, profundizar en la democracia y, en otro, reconocer al máximo los derechos humanos. El gobierno de Chávez ya había elaborado el programa Barrio Adentro para ofrecer a la población atención sanitaria costada por el Estado. Pero sin la nueva constitución, esta medida habría quedado sencillamente al arbitrio del gobierno de turno. Ahora, la constitución ordenaba al gobierno que prestara

atención sanitaria, pues ahora era jurídicamente vinculante. Todo esto estaba financiado oportunamente por los ingresos del petróleo, que inundaban las arcas del Estado de Venezuela.

Uno de los ejemplos más claros del poder del cambio constitucional fue la creación de la Unión de Amas de Casa de Venezuela. Inspirándose en las propuestas del Centro de Estudios de la Mujer (de la Universidad Central de Venezuela), la constitución de 1999 incluía el Artículo 88, que reconocía que el trabajo doméstico tenía un valor económico y concedía a las amas de casa los beneficios de la seguridad social.⁸³ Un grupo de mujeres utilizó este artículo y fundó en 2003 la Unión de Amas de Casa, llevando la cifra de afiliación a más de 100.000 mujeres, utilizándola como espacio para educarlas en sus derechos según la nueva constitución y ofreciéndoles un cauce para ejercer el poder en su sociedad. «Muchas de nuestras mujeres están dentro de sus casas continuamente —declaró Lizarde Prada, coordinadora general de la Unión de Amas de Casa, al periodista Ben Dangl—. En casa trabajan de cocineras, decoradoras, maestras, cuidadoras y médicas... todo en una única persona. Nuestra Unión de Amas de Casa ayuda a capacitar a las amas de casa. Muchas de ellas estaban atadas a su hogar, no tenían tiempo para leer o escribir, siempre estaban cocinando y fregando, no estaban informadas. Ahora, muchas de nuestras mujeres están abriendo los ojos».⁸⁴ Junto a la Unión de Amas de Casa apareció Madres del Barrio Misión, un programa para combatir la pobreza desde una perspectiva de género en el seno de los suburbios. Como dijo Alba Carosio, del Centro de Estudios de la Mujer, la misión apoya a las mujeres de los suburbios «durante un determinado período de tiempo para que dispongan de una renta mínima; una renta mínima que les brinda la oportunidad de conocer el proceso de adquirir una profesión al tiempo que resuelven la cuestión de cómo dar de comer a sus hijos». Era necesaria una aproximación de género porque «descubrimos que dentro de la pobreza, las más pobres son las mujeres».⁸⁵ La constitución también permitía adoptar un enfoque mucho más directo para afrontar los problemas que padecen las mujeres, en particular la violencia sexual y familiar (abordada en la Ley Orgánica de 2006 sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia). Las reformas bolivarianas han sido conservadoras en cuestiones de derechos reproductivos y sexuales,

frenadas principalmente por la contundente oposición de la jerarquía católica y las ideas patriarcales del control sobre el cuerpo de las mujeres que, por supuesto, no carecen del respaldo de parlamentarios bolivarianos.⁸⁶ «Esta cultura debemos desafiarla permanentemente —dijo Alba Carosio—, porque no se pueden vencer siglos de patriarcado en un plazo de diez años. Tenemos una puerta abierta que ofrece grandes posibilidades. Hay mayor simbiosis que nunca entre las ideas feministas y las ideas socialistas, pero todavía nos queda mucho camino por recorrer».⁸⁷

La «puerta abierta» de la que habla Alba Carosio llega con la libertad de actuación constitucional. Una constitución consagrada a estos nuevos valores alivia de una carga inmensa a los movimientos sociales, que ahora tienen que luchar por su aplicación y ya no por obtener el reconocimiento de que estos valores son importantes. Como consecuencia de la nueva constitución ha emergido un programa muy amplio.⁸⁸ El gobierno instauró diferentes programas cuya intención era hacer algo más que prestar servicios. Sin duda, Barrio Adentro ofrecía atención sanitaria, y el Banco de la Mujer abrió líneas de crédito para las mujeres, pero la mayoría de los programas capacitaban a la gente de a pie para disponer de recursos y hacerse cargo de sus comunidades. Los comedores populares (*casas alimentarias*),* por ejemplo, no solo permitían que las mujeres se alimentaran, sino también que gestionaran sus propias organizaciones de servicios sociales. Para estos programas es necesario estar alfabetizada, de modo que el gobierno ha proporcionado una enorme variedad de programas populares para estudiar, como la *Misión Ribas*, la *Misión Robinsón* o la *Misión Sucre*.^{*} En buena parte de este ámbito, las mujeres están en la vanguardia y, con una participación cada vez mayor «en el marco de unas redes comunitarias cohesionadas, hay muchas más oportunidades para construir proyectos democráticos y sostenibles».⁸⁹

Alba Carosio subraya con bastante acierto la necesidad de la revolución permanente en el dominio de la cultura. El cambio cultural es el más difícil; es mucho más fácil cambiar gobiernos y redactar nuevas constituciones, o incluso nacionalizar sectores enteros de la vida económica. Pero es mucho más difícil cambiar costumbres y ritos, modificar las capilaridades de la vida cotidiana, y se vuelve aún más difícil debido al conservadurismo intrínseco de la población de a pie en una sociedad en cambio acelerado en la que las

transformaciones suelen producir más mal que bien. Pese al carácter central que ocupaba Chávez, uno de los hitos del proceso bolivariano es que ha hecho posible la creación de una nueva generación de dirigentes de la clase trabajadora, el campesinado y los suburbios. Todos hablan por sí mismos, a su propio ritmo, y son plenamente conscientes de que deben convivir con las consecuencias diarias de sus demandas. Los cambios culturales desde abajo son tan lentos que se puede caer en la tentación de incurrir en cierta impaciencia, o que muchos podrían querer ser críticos con la modestia de las exigencias de tal o cual voz emergente. Pero el cambio no se produce acertando todo el tiempo; procede de la creación de un nuevo conjunto de voces capaces de frenar la brutalidad social y de articular un cauce para lograr salir de ella.

En los términos de esta revolución permanente de la cultura, una de las dimensiones más importantes del proyecto bolivariano se encuentra en la agricultura. Si acudimos a una tienda de ultramarinos de Venezuela (no solo en los barrios acomodados de Caracas, sino también en las ciudades pequeñas y los barrios) nos sorprenderá constatar que la mayoría de los artículos (el 70 % de los alimentos) son importados, sobre todo de Estados Unidos.⁹⁰ El principal alimento básico para casi todo el mundo es el trigo, a menudo en forma de pasta... en un país que apenas cultiva trigo. Los venezolanos son los segundos consumidores del mundo de pasta, solo por detrás de los italianos (quince kilos por persona al año). Este hábito de consumo fue financiado por la economía petrolera, pero no es un modo de vida sostenible. Tras el descubrimiento del petróleo, el sector agrícola venezolano quedó aniquilado cuando las importaciones de alimento abrumaron al campesinado y unos nuevos hábitos de consumo (incluido el de pasta, al estilo europeo) quebraron formas más tradicionales de sustento. En 1960, el 35 % de la población vivía en zonas rurales; pero en 1998 esa proporción había disminuido hasta el 12 %. La inmensa mayoría de la población se hacinaba en los suburbios superpoblados que rodeaban las ciudades, las zonas desde donde se inició el *Caracazo*.⁹¹ En las áreas rurales la tierra se concentraba en unas pocas manos (el 5 % de los propietarios era titular del 75 % de la tierra) y la prevalencia del trabajo agrícola dejó paso al aliciente del trabajo asalariado en la industria petrolera y en su sector subordinado de servicios.⁹²

Uno de los aspectos menos señalados de la Revolución Bolivariana ha sido la tentativa de producir soberanía auténtica del pueblo, no solo capacitándolo para vivir donde desee (que suele ser en zonas rurales), sino también para poner fin a la dependencia tanto del petróleo como de gobiernos hostiles (como el de Estados Unidos). La población ha abandonado las zonas rurales por tres razones: la atención sanitaria, la educación y el empleo. El gobierno bolivariano ha tratado de responder a la demanda de atención sanitaria y educación a través de sus diversas *Misiones*.^{*} El tercer desafío — crear puestos de trabajo en el campo— es mucho más complicado. La agricultura está devastada y las prácticas culturales que solían servir de puntal ya no sobreviven. Esta es la explicación de las migraciones masivas en el último medio siglo desde el sur hacia el norte del país. «No hay ningún gran movimiento social —escribe el profesor establecido en México Guillermo Almeyra—, salvo el que se expresa a través de la emigración».⁹³ Para reactivar la agricultura, el gobierno bolivariano ha seguido el rastro intelectual del concepto de «soberanía alimentaria» de La Vía Campesina y ha impulsado una serie de leyes y medidas para promoverla. La nueva constitución consideraba antisociales los *latifundios*^{*} y permitía que se ocuparan y cultivaran las tierras no explotadas. Desde 1998, 180.000 familias se han trasladado a un tercio de los *latifundios*.^{*} Para permitirles despegar, el Estado ha incrementado su línea de crédito (desde los 164 millones de dólares de 1999 hasta los 7.600 millones de dólares en 2008), ha implantado un programa de erradicación de la deuda (el «Plan Deuda Cero») y ha prestado apoyo técnico mediante ingenieros agrónomos y gestores de cooperativas (bajo un programa denominado «Campo Adentro»)⁹⁴ El gobierno bolivariano no solo se enfrenta a la tarea de construir las capacidades del campesinado; también va a tener que llevar a efecto el cambio cultural en los hábitos alimentarios, regresando a los cereales que se pueden cultivar en la región amazónica, y ver si puede generar un nuevo gusto por ellos: arroz, maíz, mandioca y *quinchoncho*^{*} o frijol de palo. Para este fin, el gobierno ha creado una red de comedores (*casas de alimentación*)^{*} que suministran comida preparada a los más necesitados utilizando productos locales. A escala reducida, el Estado también ha abierto restaurantes baratos conocidos como Areperas Socialistas, que

experimentarán con dietas nuevas y nuevas modalidades de comida comunitaria.⁹⁵ El gobierno también suministra comida gratuita a cuatro millones de niños mediante el Programa de Alimentación Escolar, y mediante la Ley de Nutrición de los Trabajadores de 2004 exige que los centros de trabajo con más de veinte trabajadores ofrezcan alimento o la posibilidad de comer. Todas estas medidas podrían ofrecer cauces para cultivar nuevas dietas y, por supuesto, para que Venezuela erradicara el hambre y la desesperanza (la muerte debida a problemas de malnutrición se redujo a la mitad entre 1998 y 2006).⁹⁶

El impulso de Venezuela hacia la soberanía alimentaria está siendo emulado por Bolivia, que ha aprobado una Ley de Revolución Productiva, Comunitaria y Agropecuaria. Los bolivianos utilizaron la idea de *Suma Qamaña* («vivir bien»), o vivir bien con Pachamama (la «Madre Tierra»). Ciro Kopp, un ingeniero del Consejo Nacional de Alimentación y Nutrición, defendió el argumento en favor de la nueva ley siguiendo los pasos del ejemplo venezolano:

Hace unos 20 o 25 años, entre el 70 y el 80% de lo que se comía en Bolivia era de producción local, pero entonces suscribimos el modelo agroindustrial y ahora entre el 70 y el 80% de lo que comemos procede de la industria agroalimentaria, lo que nos hace dependientes del extranjero en tecnologías y control de precios. Así, del mismo modo que los industriales recibieron apoyo del gobierno en el pasado, ahora son los pequeños agricultores quienes necesitan ayuda [...]. Bolivia es un centro de origen de varios cultivos andinos como la patata, la quinua, el chili y el maíz. Es esencial fortalecer los sistemas de producción, la selección natural y el intercambio de semillas que los agricultores llevan haciendo durante siglos. Nuestro principal interés debería ser en primer lugar alimentar al país. Si nuestra prioridad es exportar, ¿qué va a comer la gente?⁹⁷

Estas discusiones sobre la revitalización de la agricultura local no se circunscriben a Venezuela, ni a América Latina. Se pueden encontrar por todo el Sur, e incluso cada vez más en el Norte (sobre todo en las campañas para promover el consumo de alimentos locales en las ciudades del Norte). No se trata de gestos románticos, sino de tentativas de encontrar una forma de relación nueva con la naturaleza y el trabajo, un modo de romper la esclavitud con el sector agroalimentario, que prospera a base de alimentos

procesados, y del control que ejerce sobre la cadena transnacional de mercancías. En estos movimientos hay elementos que fetichizan lo *local*, que tiene cierta tendencia a generar provincianismo. El comercio entre regiones, incluso con productos alimentarios, es esencial para nuestra diversidad cultural y para el enriquecimiento de nuestra dieta. Lo importante aquí no es lo local como tal, sino la capacidad de las personas para controlar su entorno sin quedar subordinadas al inmenso poder que ejercen las empresas transnacionales sobre la producción y distribución de alimentos.

Desde Venezuela hasta Argentina, queda patente la gran diversidad de la marea rosa, como también quedan patentes las inmensas diferencias de temperamento de sus líderes. En todo caso, debido a la relativa fragmentación del bloque de la izquierda, la tendencia en el terreno electoral ha conducido a la centralización del poder en torno a la personalidad de los líderes (Chávez, Morales, Lula).⁹⁸ Parte de la energía de los movimientos sociales ha sido absorbida por los gobiernos de la marea (por ejemplo, el de la dirección de los *piqueteros** por parte del gobierno de los Kirchner). No obstante, el dirigente izquierdista no carece de mecanismos de control y exigencia de responsabilidad. El fértil terreno de la lucha social sigue intacto y, de vez en cuando, es capaz de esgrimir la autoridad cuando es necesario (lo que Benjamin Dangl llama el «baile con la dinamita»).⁹⁹ El problema es que los movimientos sociales no siempre son capaces de determinar la política, aunque entre los habitantes de los barrios de Venezuela hay un poderoso sentimiento de que deben seguir teniendo un papel en la creación e implantación de las medidas.¹⁰⁰ Esta dinámica se concibe como un proceso semejante a un baile, en el que danzan con las estructuras chavistas para intentar influir y ganarles algo en el proceso. El Estado bolivariano ha intentado inspirarse en estos movimientos y crear instituciones para capacitarlos de manera más efectiva: los Círculos Bolivarianos, las Unidades de Batalla Electoral y las Unidades de Batalla Social; pero a menudo son instrumentalizadas por el Estado, en lugar de concederles el tipo de autonomía necesaria para favorecer la expresión creativa desde abajo. Pero lo que es importante es reconocer que no hay en marcha ningún proceso unitario; las cosas fluyen y se discuten, como debe ser.

Pese a que despliegan todo un abanico de medidas socialistas, no son gobiernos socialistas en el sentido pleno de la palabra. Ajjaz Ahmad señala que la dinámica bolivariana en América Latina es más de «capitalismo con rostro humano» que de «socialismo del siglo XXI».¹⁰¹ El vicepresidente boliviano, Álvaro García Linera, señala que en América Latina la lucha no se ha desarrollado por completo. Arranca con una crisis del Estado que hace posible la existencia de un «bloque social disidente» que moviliza al pueblo en un proyecto político. Entre el bloque de poder y el bloque del pueblo se produce un «empate catastrófico», que en el caso de América Latina se ha podido decantar por el momento por el lado del pueblo. El nuevo gobierno debe entonces «convertir las demandas contestatarias en actos estatales desde el gobierno» y forjar una hegemonía más profunda y más amplia «articulando el ideario de la sociedad movilizada con la utilización de recursos materiales provistas por o desde el Estado». A juicio de García Linera, el momento de inflexión («punto de bifurcación») queda resuelto mediante «una serie de confrontaciones» entre los bloques que se resuelven de forma inesperada, con la consolidación de la nueva situación o la reconstrucción de lo viejo.¹⁰² Estamos en el punto de bifurcación, o cerca de él. No se puede predecir lo que vendrá después. Sea lo que fuere, hasta el momento los resultados del experimento bolivariano son impresionantes: un estudio realizado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas y el CEPAL reveló que la pobreza en Venezuela se había reducido casi a la mitad (del 48,6 % en 2002 al 27,6 % en 2008), que el país gozaba de la tasa de desigualdad de distribución de rentas más baja en toda la región y que en la última década la malnutrición infantil se había reducido en un 58,5 %. Este puñado de cifras demuestra lo que se ha conseguido mediante las diversas políticas experimentales del gobierno bolivariano.

Para defender las conquistas de la marea rosa y ensanchar su margen de acción, los gobiernos y movimientos sociales se opusieron a la agenda del libre comercio de Estados Unidos. En 2005, el gobierno de Bush acudió con impaciencia a Mar del Plata, en Argentina, para defender la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). En una época anterior, el gobierno estadounidense habría recurrido al ejército o a la oligarquía para que ejercieran el poder dictatorial contra las fuerzas sociales antagonistas. La

doctrina Monroe de 1823 había acuñado que las Américas era una zona de influencia de Estados Unidos, y bajo esta suposición el gobierno apoyó golpes de estado militares y amañó elecciones. La doctrina Monroe ha quedado ahora invalidada por el auge de unos movimientos sociales vigorosos. En un sentido muy literal, Estados Unidos ha tenido que replegar su influencia al norte del río Amazonas. Lo único que queda es una relación muy estrecha con la oligarquía que gobierna Colombia y con las élites aristocráticas de Venezuela, que no han dejado de intentar derrocar a Chávez.

Pero el aislamiento de Estados Unidos es un fenómeno momentáneo. Los dirigentes sudamericanos no invalidaron el ALCA; sencillamente, pidieron proseguir el diálogo en otro lugar, pues pocos de estos gobiernos pueden permitirse desdeñar por entero el inmenso poderío económico y militar de Estados Unidos. Esta ambigüedad quedó bien expresada por el Ministro de Asuntos Exteriores de Brasil, Celso Amorim: «No queremos sepultar el acuerdo, pero tampoco queremos resucitarlo». En 2004 avanzó el diálogo para construir la Alianza Bolivariana por las Américas (ALBA) de Chávez. El debate en torno al ALBA empieza con el reconocimiento de la disparidad entre los países de América, donde algunos (como Haití) viven al borde del caos mientras que otros son bastante estables. Un singular logro del progreso sería transferir recursos a los países vulnerables a través de un fondo de compensación para la convergencia estratégica. Esos fondos se utilizarían para generar autosuficiencia alimentaria en todos los países, así como mercados regionales de comercio equitativo. Además, mientras que el ALCA privilegia los derechos de propiedad intelectual de los conglomerados científicos y tecnológicos, el ALBA está investido de los derechos de biodiversidad genética y del conocimiento indígena. La nueva economía de rentas contribuye enormemente a la asimetría entre el Norte y el Sur, y el concepto de propiedad intelectual del ALBA fomentaría el desarrollo mutuo. Por último, el ALBA se opone a las políticas de privatización, desregulación y liberalización fiscal. Su singular proeza ha sido insistir desde su fundación en el bienestar de la población.

El Ministro de Asuntos Exteriores de Venezuela, Ali Rodríguez, explicaba que el ALBA no se opone a la integración entre las naciones de la región: «Hay dos posiciones enfrentadas —decía—: la de quienes apoyan la

integración sobre la base de la competitividad y la de quienes pretenden promover la integración sobre la base de la cooperación económica, la solidaridad y el respeto a la soberanía».¹⁰³ Cuando fracasaron las negociaciones para producir movimientos en alguna de las propuestas, Chávez comentó: «Ayer fue muy interesante. Algunos defendían el libre comercio, mientras que nosotros proponíamos diversas alternativas más allá de los espejismos de un acuerdo de libre comercio». Como alternativa, Chávez y los bolivarianos propusieron una serie de iniciativas que socavaban la política neoliberal: la renegociación colectiva de la deuda latinoamericana; la creación de un Fondo Humanitario Internacional que suministrara recursos para el desarrollo social; la creación de un Banco del Sur que no desarrollara políticas neoliberales deflacionarias; la desdolarización del comercio entre Estados y de las reservas de efectivo, incluida la petromoneda. Todos estos eran enfoques muy innovadores que han empezado a causar impacto en la región.

La dinámica iniciada por el ALBA ha ingresado ahora en la esfera política con la creación en febrero de 2010 en Cancún de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños. Lo destacable de esta CELAC es que, a diferencia de la Organización de Estados Americanos, no incluye a Estados Unidos y Canadá. «Cada vez que Estados Unidos está presente —dijo Morales en la reunión— la democracia deja de estar asegurada y la paz con igualdad social no está garantizada». La Venezuela de Chávez fue escogida para albergar la primera cumbre organizativa de la CELAC en julio de 2011. La CELAC representa el veredicto final sobre la hegemonía estadounidense en la región, y es otra señal de que se ve en el horizonte una plataforma alternativa al neoliberalismo.

SUBURBIOS Y VILLAS MISERIA

El pueblo tiene hambre.

Eslogan coreado durante el *Caracazo*, 1989

El *Caracazo* se inició en los barrios de Caracas, desde donde la población marchó en manifestación hasta el centro de la ciudad para robar el botín de los ricos y dar rienda suelta a su furia. La ira era la emoción dominante.¹⁰⁴ Esta frustración sirvió de anclaje al proyecto bolivariano, al que llevó a la victoria en 1998. Desde entonces, la población de los suburbios venezolanos ha formado comités para gestionar sus barrios y garantizar que reciben su parte alícuota de riqueza social. Persiste la insatisfacción, como también el delito. Las prestaciones sociales del nuevo gobierno no fluyen con la rapidez que deben y podrían. Viejas obligaciones de clase y del Estado impiden que los suburbios reciban lo que les corresponde. Esto es lo que convierte a La Piedrita, en el barrio 23 de Enero de Caracas, en algo tan complejo: un día esta «banda» parecía ser una brigada chavista, y al día siguiente Chávez calificaba de terrorista a su líder. Calle abajo se encuentran el Colectivo Alexis Vive y la Coordinadora Simón Bolívar, cuyo chavismo es más fiable. A la luz del proyecto bolivariano, los suburbios ya no son simplemente lugares indeseables. Son también espacios organizados, con emisoras de radio, comedores populares, organizaciones comunitarias y centros de salud. Están repletos de vida y, en el contexto del proyecto bolivariano, prosperan.

El nombre del barrio 23 de Enero alude al 23 de enero de 1958; el día en que el presidente de Venezuela, Marcos Pérez Jiménez, fue expulsado de su sillón mediante una rebelión popular. Es oportuno que esta zona descontenta lleve el nombre de ese levantamiento. En los grandes suburbios que dominan las grandes ciudades del proyecto del Tercer Mundo no es infrecuente que los distritos adopten el nombre de algún suceso destacado. En Bagdad, después del golpe que en 1958 aupó al poder al general nasserita Abdul Karim Qassim, el gobierno abordó la grave escasez de vivienda construyendo alojamientos en una zona llamada Al-Tharwa, «la Revolución». Se convirtió en un bastión del Partido Comunista de Iraq, del mismo modo que los suburbios del sur de Beirut (*dahiyeh*) albergaron a trabajadores que se afiliaron al Partido Comunista del Líbano, o el Girangaon («villa confección») de Bombay alojaba a los trabajadores y familias que pertenecían al Partido Comunista de la India y sus organizaciones de masas. Hasta la década de 1980, los residentes en estos barrios obreros trabajaban en empresas industriales y pertenecían a sindicatos que los organizaban en torno

a la producción. Las organizaciones de masas y los partidos comunistas forjaban entonces sus bases políticas en esas zonas residenciales. La marea de la globalización arrasó con las antiguas formas de trabajo industrial: las factorías que otrora dieran empleo a los habitantes de estos proyectos nacionalistas. Con las fábricas desaparecieron los sindicatos, que intentaron resistir en un duro combate contra el cierre de las plantas y la amenazadora pérdida de viviendas consiguiente. La obstinación de la tradición contestataria logró que muchas de esas comunidades conquistaran el derecho a quedarse donde estaban, aun cuando el mantenimiento de sus barrios ya no fuera responsabilidad de las viejas fábricas, sin que tampoco fuera transferida por completo al Estado.

Cuando la crisis de la agricultura golpeó a los países del Sur, cada vez más personas emigraron a sus principales ciudades. Muchos acudieron a trabajar en los proyectos de construcción de infraestructuras desatados por el neoliberalismo: los centros comerciales, las autopistas, los nuevos complejos de apartamentos de lujo y los aeropuertos internacionales. Había muy pocas o ninguna vivienda para trabajadores, de modo que aquellos obreros vivían en el recinto del solar en el que trabajaban, o construían en suelo público unas viviendas «provisionales» que acabaron convirtiéndose en los suburbios colindantes con las ciudades resplandecientes que ellos mismos erigían. La población de Bombay pasó de los 4,4 millones de habitantes en 1950 a los 19,9 millones en 2004, mientras que en el mismo período Ciudad de México pasó de tener 2,9 millones a 22,1 millones de habitantes. En el año 2003, la ONU estimaba que mil millones, de los cinco mil que poblaban el planeta, vivían en suburbios. «En vez de ser un foco de crecimiento y prosperidad —decía el informe anual de ONU HABITAT— las ciudades se han convertido en vertederos para un excedente de población empleada en trabajos que no requieran ninguna cualificación, que carece de protección y retribuida con ingresos ínfimos en el sector informal de la industria y el comercio». Este sector informal, que unido a la crisis agrícola fue el motor del crecimiento de los suburbios, era «el resultado directo de la liberalización».¹⁰⁵

El trabajo sumergido y la vivienda ilegal tenían sus propias limitaciones. El primero suponía que la legislación en el ámbito de la producción había sido recortada drásticamente. Los esfuerzos sindicales en el sector de la

economía sumergida habían estado coordinados, pero resultaron vanos. Las coacciones de la existencia de supervivencia en los suburbios obligaban a sus habitantes a implicarse en diversas modalidades de acción política. Tenían que garantizar el suministro de agua y electricidad, obtener algún título de permanencia en sus casas e, incluso, el acceso a la educación y la atención sanitaria. La política del consumo ha aflorado como foco principal de una proporción significativa de la actividad política de los suburbios. El marco principal, desde el movimiento de chabolistas de Sudáfrica hasta la Asamblea de los Pobres de Tailandia, ha sido la idea de ciudadanía urbana o, tal vez sea más adecuado decir, del derecho al suburbio urbano.¹⁰⁶ La demanda principal de ciudadanía urbana se puede deducir de la demanda de redistribución de las coberturas sociales y el espacio público. Se puede apreciar en la negativa generalizada a pagar por los servicios urbanos: el 40 % de los habitantes del barrio Hayy-Assaloum de Beirut se ha negado a pagar la factura de la electricidad, y gran número de los habitantes del suburbio Sodoma y Gomorra de Accra se han negado a pagar la del agua. La reivindicación secundaria de los suburbios es que los dejen en paz. Los habitantes de los suburbios construyen a menudo sus propias casas (lo que en Brasil se llama *autoconstrução*). Las injerencias del Estado es típico que lleguen con palas mecánicas y policías ansiosos de obtener algún soborno, que es como mejor se los evita. Los pulcros proyectos para el desarrollo de la vida de los habitantes de los suburbios se ignoran; por ejemplo, los planes de saneamiento de los habitantes del suburbio Orangi de Karachi. Cada vez que el Estado interviene para «mejorar» la vida de los suburbios, a menudo ha supuesto una catástrofe para la ya peligrosa existencia de sus habitantes.¹⁰⁷ «La modernidad —como dice Asef Bayat— es un asunto caro».¹⁰⁸

No es fácil descifrar la gramática de la política de los suburbios. Los habitantes de los suburbios, trabajadores de la economía sumergida, tienen a su disposición pocas de las armas políticas tradicionales. No es posible convocar una huelga contra los patronos, puesto que a menudo la política se centra en el consumo, en lugar de en la producción. Echando un vistazo a un abanico de ejemplos extraídos de África y Asia, Bayat sostiene que el impulso inicial de los habitantes de los suburbios no es desarrollar sus «invasión sosegada» como «un acto político deliberado». Más bien, se ven

impulsados por «la necesidad de sobrevivir y de mejorar las condiciones para dignificar la vida», sostiene. Solo cuando la invasión sosegada avanza se aprecia que «despacio, individualmente y de forma paulatina, la defensa de sus conquistas es a menudo, aunque no siempre, colectiva y audible».¹⁰⁹ El movimiento «Operación Ciudades Muertas» de Níger, Camerún y otras regiones de África Occidental (a partir de 1991), la Guerra del Agua (Cochabamba, 2000) y la Guerra del Gas (2003) bolivianas, la Guerra del Agua de Soweto (2003), y así sucesivamente, ilustran estas protestas sonoras que emergieron de la invasión sosegada que las precedió. Las pequeñas protestas se acumulan hasta conformar una fuerza social capaz de producir este tipo de estallidos. Pero los movimientos son raros, y aún más raras son las victorias, como la de los habitantes de Cochabamba contra la privatización de su agua. En las maquiladoras de las Zonas de Procesamiento de Exportaciones (ZPE), los trabajadores han combatido con vigor para construir sus sindicatos. Desde el Sindicato de Jornaleros y Obreros Industriales y de la Industria Maquiladora, en México, hasta el Sindicato de Trabajadores de Maruti Suzuki, en la India, se ha realizado un trabajo valiente e importante para promover la capacidad de actuación de los más vulnerables y de una mano de obra sobreexplotada. Las espantosas condiciones de trabajo han dado lugar a acontecimientos tan terribles como el incendio de la fábrica de confecciones de Karachi de septiembre de 2012, donde murieron calcinados más de trescientos trabajadores. No existe autorregulación empresarial, ni supervisión de los derechos laborales desde la lejanía, capaces de sustituir la fuerza constructiva de los trabajadores en sus propios centros de trabajo. Los antiguos sindicatos que esforzadamente conquistaron sus locales en las fábricas, ahora cerradas, han tenido que aprender nuevas habilidades para irrumpir en el mundo de la subcontratación y la producción deslocalizada. La curva del aprendizaje ha sido muy pronunciada, pero con el tiempo se aprecian algunas conquistas. Una combinación de hostilidad activa por parte de la gerencia y de la administración laboral del gobierno y la violencia de bandas similares a mafias han convertido el terreno en algo aún más difícil sobre lo que construir nada.

Las antiguas formas de organización política en el ámbito de la clase trabajadora, como los sindicatos, han encontrado dificultades para atender las necesidades de los habitantes de los suburbios, que no trabajan en fábricas fáciles de identificar. El incremento del trabajo desde el propio hogar y de los pequeños equipos de producción y procesamiento en el interior de los suburbios se ha disparado. Es difícil que los trabajadores de semejantes lugares constituyan sindicatos, y difícil también que la administración del gobierno mejor intencionada lleve a cabo inspecciones de estos centros de trabajo dispersos. En este espacio entran gran variedad de formas de actuación política. La primera, de la que ya nos hemos ocupado, son las organizaciones que surgen de la política de la invasión sosegada, los foros políticos de los propios habitantes de los suburbios (organizaciones comunitarias, plataformas para luchar por la conquista de diferentes prestaciones sociales, comités de defensa que buscan justicia para detenidos o asesinados). En muchos casos, estas organizaciones reciben apoyo logístico y asesoramiento de ONG que, a su vez, se ubican en las inmediaciones de los suburbios; y en algunos casos, como dice Bayat, «el profesionalismo de las ONG tiende a mermar el carácter movilizador del activismo de base».¹¹⁰ La mera concentración de gente atrae a los partidos políticos, cuyos tentáculos buscan las bolsas de voto que encarnan, a cambio de los cuales están dispuestos a ceder parte de coberturas sociales. Tanto el profesionalismo de las ONG como el paternalismo político se dan cita para producir una relación de clientelismo, donde los habitantes de los suburbios son clientes y las ONG y los partidos políticos son los patronos. Se dejan a un lado los derechos en beneficio de la obtención de bienes; que es una de las razones por las que una de las «ONG» más habituales en los suburbios es la banda, cuyos jefes prestan servicios sociales y protección financiados por actividades ilegales y sustentados mediante una violencia atroz.¹¹¹

Un primer indicador de la aparición de la política de suburbio es la incorporación de patronos para gestionar la superficie física de estos barrios. Al-Tharwa, en Bagdad, sería rebautizada con el nombre de Ciudad Saddam y, posteriormente, tras la caída de Saddam Hussein, con el de Ciudad Sadr; primero, en honor del populista autoritario que gobernó el Estado iraquí y, posteriormente, por la familia populista clerical que se hizo cargo de los

barrios después de la derrota. En el sur de Beirut, Hizbulá se introduciría en los suburbios, como también haría el Shiv Sena en Bombay. La campaña electoral de Mahmoud Ahmadinejad en el año 2005 dio voz a algunos sectores de Irán anteriormente excluidos del proceso político: los habitantes de las chabolas y los trabajadores rurales (el 44 % de la población urbana iraní vive en suburbios). Él los representaba, y lo sabía. En un acto público celebrado en octubre de 2006, Ahmadinejad anunció la idea de «Acciones de Justicia», mediante la cual el Estado distribuiría acciones de determinadas empresas entre 4,6 millones de los iraníes más pobres, quienes automáticamente se convertirían en accionistas de la riqueza de la nación. Ese era el tipo de paternalismo habitual en la Venezuela de Chávez y en la Tailandia de Thaksin. El aumento de la desigualdad económica, la conciencia de los sacrificios de clase impuestos por la Guerra Irán-Iraq en la década de 1980 y la falta de alternativas seculares significativas seguramente desempeñaron un papel relevante en la aproximación de los pobres a personajes como Ahmadinejad, quien, además de su populismo, da muestras de una piedad personal y una antipatía hacia los nuevos ricos que atrae tanto en las zonas rurales envejecidas como en los suburbios de las ciudades, abarrotados de jóvenes. A pesar de las diferencias políticas que exhiben, hay una nota común que vincula a las bases de los suburbios de Chávez, Thaksin y Ahmadinejad. Estos pesos pesados de la política han recurrido a la «población flotante» de los suburbios, ahora enfervorecidos por la pérdida de puestos de trabajo en el sector formal y por el repliegue de los sindicatos. Las organizaciones de la clase trabajadora se disolvieron y fueron sustituidas por organizaciones más jerárquicas de clérigos o autoridades, en cualquiera de los dos casos con muy poco respaldo popular. La clase trabajadora perdió su apoyatura en el sector de la economía formal y se deslizó hacia los mercados de trabajo de la economía sumergida y la política clientelista de los suburbios.

No es fácil definir la naturaleza política del suburbio, pero no se deriva de su población. Más bien, procede del exterior; de los intereses de quienes conducen a los habitantes de los suburbios a mantener una relación de patrón-cliente. Unas veces, el clericalismo podría ser favorable a la clase dominante (Shiv Sena); otras, antiimperialista (Sadr); en otras ocasiones, se inclina hacia

el socialismo (bolivarianismo), y en otras más no aspira a ningún tipo de pretensión (Hizbulá). El molde de la política del suburbio es indeterminado, pues las opiniones reales de los habitantes de los suburbios no se suelen desarrollar hasta conformar organizaciones que reflejen sus necesidades y perspectivas.

Ya se trate de los suburbios miserables de Kibera, en las afueras de Nairobi, de Chaman-e-Hazoori o Khoshal Khan Mina, en Kabul (que albergan a la mitad de la población de la ciudad) o de los suburbios más desarrollados de Sultanbeyli, en Estambul, o de Rochina, en Río de Janeiro, estos hábitats adoptan la apariencia de ser permanentes. Las prestaciones sociales ofrecidas mediante clientelismo y paternalismo y el esforzado trabajo de las personas que viven en ellos producen unos universos vitales que, sencillamente, dejan de ser provisionales. Los brasileños dicen que es inevitable (*asfaltização*) que estos suburbios apuntalen sus muros y atraigan comercios y negocios. Pero este tipo de permanencia es frágil: subsisten al antojo de un Estado burgués que oscila entre la permisividad y la negación. Las élites, preocupadas por el ciclo de acumulación a escala nacional o global, se han escindido de sus propios mundos. Esta «clase global» está abandonada a su prosperidad, sitiada por hordas iracundas. El capitalismo insostenible produce desaliento en la humanidad (cuando no furia) y un entorno asolado. En lugar de ocuparse sustancialmente de la naturaleza y de la población, la nueva «clase global» recurre a su ejército para reventar el planeta y someter a sus pueblos (un informe de 2004 sobre el cambio climático elaborado por el Pentágono decía abiertamente: «Los disturbios y los conflictos serán los rasgos endémicos de la vida. Una vez más, la guerra definirá la vida humana»).

¹¹² «Noche tras noche, helicópteros de combate acechan a enemigos desconocidos en las estrechas calles de barrios miserables, arrojando fuego sobre chabolas o coches que huyen», escribe Mike Davis.¹¹³ Los suburbios podrían estar en cualquier parte del mundo: en South Central (Los Ángeles), en Tivoli Gardens (Kingston, Jamaica), en Ciudad Sadr (Bagdad), en Lyari (Karachi) o en Clichy-sous-Bois (París). Los habitantes de los suburbios tienen su propia visión de la realidad, incluida la «seguridad». Kalpana Sharma expone la situación de millones de personas de Bombay:

Ellos le dirán que se sienten seguros en su barrio porque todo el mundo conoce a todo el mundo, porque ningún forastero puede entrar sin que alguien repare en esa persona y porque en momentos de necesidad casi todo el mundo acude a ayudar. Artefactos como las cámaras de circuito cerrado no pueden realzar su sensación de seguridad. Lo que quieren es una vivienda «segura», un lugar donde no tengan que preocuparse por los retenes municipales de demolición, ni por los planes de un constructor que pretende reurbanizar el terreno sobre el que llevan viviendo décadas. Nadie habla de ese tipo de «seguridad». Ellos quieren seguridad frente a las personas que prenden fuego a un suburbio. Eso también es una especie de terrorismo. La gente malgasta su vida con las pertenencias. Un constructor se acerca para reurbanizar el lugar. Y a quienes viven allí pacíficamente desde hace generaciones se les dice que tienen que demostrar ser «candidatos» a una vivienda mostrando los mismos documentos que han sido destruidos. ¿Puede haber algo más aterrador que encontrarte sin casa y sin documentos en una ciudad como Bombay? Para la mayoría, la vida cotidiana en la ciudad es terrorífica. Es un terror al que acabas habituado; ni siquiera piensas que es terror.¹¹⁴

El punto de vista del suburbio queda sepultado. La seguridad de la «clase global» y sus instituciones empresariales es mucho más importante que la seguridad de la naturaleza y la humanidad. Por esta razón, el Estado patrulla los suburbios y, de vez en cuando, manda a las palas mecánicas. Pero, por lo demás se les tolera... siempre que sus patronos (políticos, ONG, bandas) sean capaces de mantener la apariencia de orden.

Ser tolerado no es una condición política suficiente. Como señala Mike Davis, «el futuro de la solidaridad humana entre los más pobres depende de una negativa militante a aceptar su propia marginalidad terminal dentro del capitalismo global».¹¹⁵ Apoyándose en movimientos locales de la India (Mahila Milan y la Federación Nacional de Habitantes de los Suburbios), de Tailandia (Coalición Asiática por el Derecho a la Vivienda) y de Sudáfrica (Federación de Personas Sin Hogar de Sudáfrica), en 1996 se fundó Habitantes de Chabolas y Suburbios Internacional (SDI, por sus siglas en inglés). Utiliza a sus bases para luchar por más recursos para los habitantes de suburbios (tanto de los diferentes presupuestos nacionales como de fondos privados como los de la Fundación Gates). También facilita el intercambio de habitantes de suburbios de una ciudad o continente con los de otro, para aprender de la experiencia común vivida en distintos continentes. La SDI, que cuenta con una mayoría de miembros femeninos, ha sido invitada a

suministrar información para las medidas que está diseñando Naciones Unidas, concretamente su Programa Habitat.¹¹⁶ La SDI, al igual que la Asociación de Mujeres Autoempleadas (SEWA, Self-Employed Women's Association) lleva a cabo la labor reformista que suele marcar la diferencia entre la mera subsistencia y una vida más plena. Sin embargo, lo que este tipo de organizaciones no proporciona a los habitantes de los suburbios es una oportunidad para desarrollar su sentido de la insuficiencia de la vida tal como la viven, ni tampoco alternativas políticas que vayan más allá de la exoneración del momento.

En ausencia de esa oportunidad, las bienintencionadas organizaciones de los suburbios pueden convertirse fácilmente en cómplices de los gobiernos o las fundaciones. Es porque no disponía de un análisis político más profundo por lo que la SDI se vio incapaz de vincularse al grupo de chabolistas Abahlali base-Mjondolo (AbM), cuyas prácticas de desobediencia civil no son del gusto de la SDI y cuya fiera determinación a la hora de defender los derechos de sus miembros significa que debe pronunciarse contra las organizaciones internacionales que agasajan a la SDI. «Para nosotros, está claro que todo el mundo quiere hablar y actuar en nombre de los pobres — señalaba el AbM en 2007—, pero que pocas, poquísimas organizaciones están dispuestas a hablar por los pobres».¹¹⁷ AbM no quiere que se tolere a los pobres y se les ofrezca una vivienda igualmente marginal, aun en mejores condiciones; quiere generar una dignidad humana mucho más profunda. Eso mismo se puede decir de SEWA, cuya labor con las mujeres autoempleadas es encomiable, pero cuya limitación es que está demasiado alineada con el Estado. Esto significó que, después del pogromo de Gujarat contra los musulmanes en 2002, la SEWA no podía censurar abiertamente al gobierno de la extrema derecha que gobernaba el Estado y dirigió la matanza. Guardó silencio hasta el extremo de que consiguió cierta ayuda para sus miembros, tanto hinduistas como musulmanes. En palabras de Rahimaben, un miembro musulmán de la SEWA, «ahora había muchas mujeres angustiadas y acusando. Me veían y decían, “¿Dónde está ahora tu unidad?”».¹¹⁸ Por otra parte, la organización intersectorial de la Asociación Democrática de Mujeres All Indian (AIDWA), con sus quince millones de afiliadas, que como el AbM sitúa su acción política en el primer plano y en el centro de su labor, defiende

tanto las reformas cotidianas como la transformación revolucionaria.¹¹⁹ Los organizadores y líderes procedentes de los suburbios suelen ser ellos mismos pobres, y a veces apenas son capaces de elevar su horizonte político más allá de la cuestión de la mera subsistencia; las luchas por la supervivencia son esenciales, no una decisión estratégica. En semejantes condiciones, la estrategia a largo plazo es un lujo... pero es necesaria.

A pesar de su muy dispar envergadura, organizaciones como AIDWA o AbM ofrecen una muestra del potencial de la labor transformadora de los suburbios. Desde el punto de vista de una administración, las *Misiones* del gobierno bolivariano son un ejemplo de lo que las fuerzas de la izquierda pueden conseguir al abordar las bases sociales de la marginalidad que ha alimentado los suburbios. Entre las *Misiones* y AIDWA, la única diferencia es que, en el primer caso, se ha esgrimido el poder del Estado en nombre de los habitantes de los suburbios. Los bolivarianos no podían ignorar a los habitantes de los suburbios porque constituían su base de apoyo inicial y más imperecedero. Los movimientos de izquierda de todas partes deben aplicarse la lección en la construcción de organizaciones para la reforma y la transformación dentro del ámbito de los suburbios, abandonados hasta ahora a los clérigos, los populistas autoritarios, las ONG y las mafias.

EL MUNDO EN 2047

En el año 2047 el *Manifiesto comunista* cumplirá 200 años. ¿Qué se rescatará de ese documento clarividente del siglo XIX? Cuando Marx y Engels escribieron el *Manifiesto comunista*, especulaban sobre la dinámica del futuro: en esencia, entendían que el sistema capitalista se desprendería de sus orígenes europeos:

El bajo precio de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza..

En el transcurso de la primera centuria posterior a la redacción de ese libro, su pronóstico demostró ser acertado solo en parte. Las relaciones sociales capitalistas han arrasado sin duda algunas regiones del planeta, pero también han pervivido diversas formas de opresión más antiguas (las relaciones de casta, el apartheid racial, la esclavitud o las desigualdades de género) mientras la riqueza social producida como consecuencia de esas relaciones se absorbía en los ciclos de acumulación capitalista. Cuando a principios de la década de 1840 Marx escribió por primera vez sobre la idea del proletariado en su Alemania natal, el sector industrial apenas existía. Su amigo Engels tenía más experiencia de cuestiones industriales en Gran Bretaña. Fue a través de su interpretación conjunta del descontento de los obreros industriales como Marx y Engels se volvieron hacia el proletariado y entendieron que era el sujeto de la historia. Su expectativa de que el mundo pronto quedaría dividido en dos clases —la burguesía (propietaria de los medios de producción) y el proletariado (que no tenía nada que perder, más que sus cadenas)— no sucedió exactamente como predijeron; es verdad que un segmento muy reducido de la población acumulaba gran parte de las propiedades y el capital mundial, pero también lo es que el resto se repartía entre quienes gozaban de cierta estabilidad, y por tanto de acceso a la ilusión de la movilidad ascendente, y la inmensa masa que dependía del trabajo duro y de su ingenio para sobrevivir en un sistema social injusto.

Una de las grandes profecías de Marx fue que el destacado avance de la tecnología no necesariamente beneficiaría a la humanidad, en particular si estaba controlado por las clases propietarias, que utilizarían la ciencia y las máquinas para preservar sus beneficios, en lugar de para el avance social de toda la humanidad. Así ha sucedido: las máquinas se han utilizado para desplazar a las personas y sumirlas en la desesperación, y no para liberarlas del trabajo —y los derechos de propiedad intelectual se han empleado para proteger la riqueza, en lugar de proponer soluciones científicas a los problemas sociales y naturales—. Los bancos desplegaron su capital acumulado para llevar a cabo hechicería financiera. La ciencia más destacada es la matemática, no la química, la física o la biología. Ya no es necesario hacer las cosas bien para que se puedan obtener beneficios; basta con manipular las cifras. Las finanzas confeccionan sus propios mapas; el dinero

da amplios rodeos en torno a la imaginación humana. Hacen falta personas desechables que firmen los formularios de unos créditos presentados de forma muy atractiva que, estrictamente, no pueden permitirse; y después hacen falta personas desechables que carguen con la culpa de los tormentos del sistema. Sus esperanzas y sueños, sus visiones y necesidades no ocupan un lugar central en la realidad.

Nuestra historia empezó con la muerte del liberalismo atlántico y el nacimiento del neoliberalismo, que adoptó el nombre de Consenso de Washington. La nueva ideología no solo era el consenso entre la Calle 15 (el Tesoro estadounidense) y la Calle 19 (el FMI) de la geografía de los poderosos de Washington. Enseguida se convirtió en la ideología de las élites del Sur, que fueron aleccionadas por el colapso del proyecto que sufrió el Tercer Mundo bajo las fauces de la crisis de la deuda de la década de 1980. La presión sostenida del G-7 aniquiló la posibilidad de cualquier otro futuro y pulió el espacio político para que reflejara la ideología del neoliberalismo. El fin de la historia vino acompañado de la afirmación del fin de la geografía; parecía que el mundo se había vuelto «plano». Pero no era más que una ilusión, pues las desigualdades se acrecentaron tanto en el Norte como en el Sur, así como entre ambas grandes regiones. Se acabó la intervención «dirigista» del Estado, se acabaron las coberturas sociales, se acabó el Nuevo Orden Económico Internacional; ahora se esperaba que todo el mundo aspirara a lo imposible: el «sueño americano». Las contradicciones no se podían eliminar, pues surgieron nuevas formas políticas en los barrios, las chabolas, las granjas y los suburbios, así como en unos nuevos gobiernos que mantenían una lealtad más estrecha con las personas desechables que con quienes vivían en «Richistán», universo virtual de los ricos. Ha llegado el momento en que estas contradicciones han empezado a favorecer al bloque del pueblo.

Dekh raftaar-e inquilab, Firaq
Kitni aahista aur kitna tez.

Observa el ritmo de la revolución, Firaq
cuán lento y qué veloz.

AGRADECIMIENTOS

La semilla de este libro cayó en el suelo cuando acabé de escribir *Las naciones oscuras*, cuya historia comenzaba en la década de 1920 y concluía en la de 1980. Me pareció que el último capítulo del libro (cómo fue derrotado el proyecto del Tercer Mundo y qué emergió a continuación) carecía de relieve. Allí apuntaba que tal vez se pudiera encontrar más información en la Comisión Brandt y en la Comisión del Sur, así como en la aparición del G-7 desde 1974; pero no desarrollé esa idea.

Me hizo falta un empujoncito de Lisa Armstrong para poner rumbo a Ginebra y comprobar si la Comisión del Sur disponía de archivos que pudieran perfilar una historia más completa. Escribí al Centro del Sur, que es el heredero de la Comisión, y recibí una muy gentil invitación de su director, Martin Khor. En Ginebra, Xin Cui y Vasantha Pushparaj me acogieron de maravilla y me condujeron hasta un sótano que fuera antiguo refugio antiaéreo... donde descubrí la totalidad del archivo de la Comisión del Sur, intacto desde que fuera depositado allí por Vasantha y otros. Teniendo llave del refugio y con poco más que hacer en Ginebra, básicamente viví en él, de donde salía para airearme y comer, pero para poco más. En el Centro tuve la suerte de conocer a Yash Tandon, el antiguo director del Centro del Sur, y a parte de su impresionante y esforzado personal. Cerca de la estación ferroviaria de Cornavin me reuní con Chakravarti Raghavan, que me guió por los intrincados recovecos del diálogo Norte-Sur.

Al cabo de tantos años, me he beneficiado mucho de la sabiduría del conjunto de materiales de Ginebra. R. Krishnamurti, el *chef de cabinet* del Secretario General de la UNCTAD, Raúl Prebisch, no solo me asesoró durante todo el proceso de investigación, sino que también me remitió cortésmente su propio archivo de cartas y documentos. A ellos me refiero como «Documentos de Krishnamurti». Branislav Gosovic, que fue las

vísceras de la Comisión del Sur y el primer director del Centro del Sur, no solo me facilitó el acceso a sus recuerdos, sino que leyó el manuscrito completo, me impulsó a acudir a instancias nuevas y me ahorró muchísimos engorros. También me invitó a dirigir unas palabras en la Sesión Especial de Naciones Unidas celebrada en Ginebra para conmemorar el quincuagésimo aniversario del Movimiento de Países No Alineados, en la que pude conocer a las siguientes personalidades y aprender de ellas: Benjamin Mkapa (antiguo presidente de Tanzania y presidente del Consejo del Centro del Sur), Angélica Navarro Llanos (representante permanente de Bolivia ante las Naciones Unidas en Ginebra), Richard Kozul-Wright (UNCTAD), Raja Khalidi (UNCTAD), Nitin Desai (antiguo subsecretario general de la ONU para asuntos económicos y sociales) y algunas otras. Aprecio mucho los recuerdos y análisis de otros trabajadores de Ginebra, como S. P. Shukla (en particular, sobre el GATT), Prakash Shah (sobre todo acerca de la diplomacia petrolera) y Thandika Mkandawire (en aquella época, del UNRISD, Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social). Las conversaciones con dos de los diplomáticos indios más extraordinarios, ambos embajadores ante la ONU (Nirupam Sen y Hardeep Singh Puri) me sirvieron para comprender las sinuosidades de la historia de la ONU durante los últimos treinta años. Concretamente, Nirupam imprimió en mí la confianza para referir la historia de la parálisis de la ONU a través de la visible influencia del G-7. A este respecto, la labor de Branslav con Boutros-Ghali ha supuesto un manual de ayuda esencial. Una primera entrevista con Devaki Jain, una de las comisionadas más innovadoras de la Comisión del Sur, y la duradera amistad mantenida con ella, me han suministrado la brújula intelectual para orientarme en estos debates e historias. Estoy agradecido a Boutros Boutros-Ghali por su apoyo durante el proceso de redacción de este libro.

Una vez leídos los documentos de la Comisión del Sur y después de haber aprendido mucho de sus aportaciones, supe que tenía que retroceder para aprender más sobre la desaparición del liberalismo atlántico (a través de la Comisión Brandt) y la aparición del G-7. Tuve la suerte de aprender lo máximo que pude de los documentos de Willy Brandt alojados en la Bibliothek der Freidrich-Ebert-Stiftung (Bonn). Los documentos de los

primeros años del G-7 están almacenados en la Biblioteca Presidencial Gerald Ford de la Universidad de Texas (Austin), en la Fundación Margaret Thatcher y en la Fundación y Biblioteca Presidencial Ronald Reagan (en Ventura, California). También recibí ayuda del Centro de Información del G-8 de la Universidad de Toronto. Conocer a la siguiente generación de historiadores de la diplomacia de Estados Unidos y Europa occidental me ayudó a orientar mi análisis en torno a las líneas de sus sobresalientes investigaciones. En el año 2010, una conferencia pronunciada en el Williams College me permitió charlar con Jeffrey Byrne, Paul Chamberlain, Piero Gleijeses, Ryan Irwin, Chris Lee, Erez Manela y, posteriormente, en Princeton en el año 2011, con parte de ellos y, además, con Rinna Kullaa, Michele Louro, Bradley Simpson y Jason Parker. En el Williams College conocí también a Shanti Singham, que está vinculada a través de su prestigioso padre, Archie, con toda esta historia. Más adelante conocí a su hermano Roy Singham, otro miembro de los especialistas en el Tercer Mundo, y a Pernille Ironside, cuyo trabajo en UNICEF forma parte del lado bueno de la historia expuesta en este libro. James Parisot me invitó a hablar de estos temas en Binghamton, donde me alegró ver a mi amigo y camarada Walden Bello, cuya obra se deja sentir por todo este libro. Las conversaciones y lecturas de las obras de mis amigos Jayati Ghosh y K. S. Jomo han sido esenciales para elaborar mis formulaciones. Ellos verán aquí ecos de su propio trabajo.

Expuse parte del Capítulo 4 en forma de conferencia en Viena; por lo que debo dar las gracias a Berthold Unfried y Eva Himmelstoss y a mi antiguo compañero Marcel van der Linden. Charlar con David Mayer, Raquel Varela, Ralf Hoffrogge, Janos Jemnitz y otros muchos resultó tonificante. Alex Lubin me invitó a Beirut para exponer en el Centro de Estudios e Investigación Estadounidenses Príncipe Alwaleed Bin Talal Bin Abdulaziz Al Saud de la Universidad Americana de Beirut lo que acabó siendo la introducción de este libro. Fawwaz Trabulsi la publicó en árabe en *Bidayat*, y Magid Shahide hizo lo propio en *InterFace*.

Buena parte de lo que escribo procede de la orientación que me reporta la amistad y el apoyo de Sudhanva Deshpande. Prabir Purkayashtha no es una piedra de toque singular, sino un recurso fantástico. El apoyo y consejo de

Brinda Karat, Prakash Karat y Aijaz Ahmad significaron un mundo para este libro. Como confío en haber dejado claro el Capítulo 4, mi obra descansa enormemente sobre la sabiduría política y la inteligencia pura de Prabhat Patnaik.

La perspectiva planetaria que adopta el libro se vio enriquecida por un proyecto que he venido desarrollando con LeftWord Books, la colección Dispatches. Junto con Teo Ballvé edité *Dispatches from Latin America* (2006), aprendí muchísimo de ese continente y, en última instancia, me llevó a conocer a muchos intelectuales latinoamericanistas, como Ben Dangl, Steve Ellner, Greg Wilpert, Joaquín Chávez, Carol Delgado, Pablo Morales, Christy Thornton y Greg Grandin. Después preparé *Dispatches from Pakistan* con Qalandar Bux Memon y Madiha R. Tahir. El entusiasmo y la energía de Qalandar desempeñaron un papel contagioso, hasta el extremo de que me impulsaron a hacer una lectura más creativa de Fanon, a afrontar en serio el bloque de granito que representa. Junto con Paul Amar edité luego *Dispatches from the Arab Spring*, un libro que fue elaborado al mismo tiempo que mi propia obra sobre la Guerra de Libia, *Arab Spring, Libyan Winter* (AK Press). Reunimos a unos especialistas soberbios para que reflexionaran sobre los sucesos de la época con la mirada puesta en la historia y la sociología. Mientras trabajaba en mi libro y editaba el otro volumen, seguí aprendiendo muchísimo de viejos y nuevos amigos: Pepe Escobar, Bassam Haddad, Toufic Haddad, Adam Hanieh, Sam Hussein, Karim Makdisi, Syed Mohammed Marandi, Magid Shihade, Mayssun Sukharieh y Fawwaz Trabulsi. Espero el momento en que aparezca el volumen dedicado a África y al sur de Europa.

Mis editores, Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair, y R. Vijayshankar, de *Counterpunch* y *Frontline*, el equipo de *Asia Times* y Siddharth Varadarajan, de *The Hindu*, me ofrecieron una oportunidad única para poner a prueba mis ideas. La desaparición de Alexander cuando estaba trabajando en la última parte de este libro supuso un golpe tremendo; él me enseñó a escribir. Me alegro de tener amigos cuyo sustento intelectual es esencial, personas como Tariq Ali, Vivek Bald, Patrick Bond, Noam Chomsky, Jo Comerford, Omar Dahi, Junot Díaz, Ruthie Gilmore, Craig Gilmore, Doug Henwood, Sami Hermez, Robin Kelley, Bakari Kitwana, Amitava Kumar,

Raza Mir, Jeff Napolitano, Nunaina Maira, P. Sainath y Mayssun Sukharieh. Tengo que confiar en mi «Equipo de Chicago»: Bill Ayers, Martha Biondi, Bernardine Dohrn, Jesse Jackson, Santita Jackson, Alice Kim, Lisa Lee, Harish Patel, Barbara Ransby, James Thindwa y Janette Wilson; mis amigos de Nueva York (entre otros): Kazembe Balagun, Lisa Duggan, Johanna Fernandes, Ali Mir, Liz Mestres, Joan Morgan, Rupal Oza, Prachi Patankar, Ashwini Rao, Najla Said, Nikhil Singh, Teju y Max Uhlenbeck; mis colegas del Trinity: Zayde Antrim, Raymond Baker, Davarian Baldwin, Janet Bauer, Kifah Hanna, Shafqat Hussain, Seth Markle, Garth Myers, Maurice Wade, Johnny Williams y Dean Rena Fraden.

Quiero dar las gracias a Andy Hsiao, de Verso, y a Sudhanva Deshpande, de LeftWord, que editaron *Las naciones oscuras* y me han acompañado otra vez mientras trabajábamos en esta continuación.

Estoy muy agradecido por el amor y el apoyo de mi vasta familia, que se extiende desde Calcuta (Mamá, Rosy) hasta California (Leela, Jojo, Meera y los niños, y los Armstrong) pasando por Delhi (mis *mashis*, Atiya, Shonali, Tara, Mimi, Reeka, y más niños...), por Madrás (Rani y Harish... y aún más niños) y por tantos otros puntos intermedios.

Zalia Maya y Rosa Maya ya saben de qué tratan estos libros. Con sus once años, Zalia es una analista compasiva del colapso social de Estados Unidos y ha contemplado las ejecuciones hipotecarias con empatía y consternación. Rosa, a sus seis años, está sentada a mi lado mientras tecleo esto, fingiendo leer el volumen 2 de *El Capital*. Lisa, que leyó el manuscrito entero, sabe que grandes fragmentos de él son sencillamente el fruto de nuestra colaboración intelectual y política de veinticinco años. Esa es la razón por la que este libro está dedicado a ella.

Notas

1. Este capítulo se basa en Vijay Prashad, *The Darker Nations: A People's History of the Third World*, Nueva York, New Press, 2008 [hay trad. cast.: *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Península, 2012].

2. Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 1963, p. 314 [hay trad. cast.: *Los condenados de la Tierra*, Tafalla, Txalaparta, 1999, p. 248].

3. George McTuran Kahin, ed., *The Asian-African Conference: Bandung, Indonesia, April 1955*, Nueva York, Cornell University Press, 1956, p. 83.

4. Edgar J. Dosman, *The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986*, Montreal, McGill-Queens University Press, 2008, p. 393 [hay trad. cast.: *La vida y la época de Raúl Prebisch, 1901-1986*, traducción de Carmen Martínez Gimeno, Madrid, Barcelona y Buenos Aires, Marcial Pons e Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2010, p. 429].

5. Thomas Hovet, Jr., «The Role of Africa in the United Nations», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 354:1 (1964), p. 128.

6. Seymour M. Hersh, *The Price of Power: Kissinger in the White House*, Nueva York, Summit Books, 1983, p. 263.

7. «Memorandum of Conversation from the First Session of the Economic Summit at Rambouillet», 15 de noviembre de 1975, Cumbre Económica de Rambouillet, Asesor para la Seguridad Nacional, Memorando de conversaciones, 1973-1977, Biblioteca Gerald R. Ford.

8. «Memorandum of Conversation at the Rambouillet Summit, made for Brent Scowcroft by Robert Hormats», 15-17 de noviembre de 1975, Memoranda de conversaciones del Asesor para la Seguridad Nacional, Caja 16, Biblioteca Presidencial Gerald Ford. Las cursivas son mías.

9. David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.

10. Nissim Ezekiel, «Portrait», *Collected Poems, 1952-1988*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1989, p. 45.

11. Vijay Prashad, *Arab Spring/Libyan Winter*, Oakland y Londres, AK Press, 2012.

12. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, *Informe sobre Desarrollo Humano 1999*, Nueva York, PNUD y Oxford University Press, 1999, p. 3 [hay trad. cast.: *Informe sobre Desarrollo Humano 1999*, Nueva York, PNUD y Oxford University Press, 1999, p. 3 disponible en <http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh1999/capitulos/espanol/>].

13. James B. Davies, Susanna Sandström, Anthony Shorrocks y Edward N. Wolff, «The World Distribution of Household Wealth», Documento de trabajo nº 2008/03, Universidad de Naciones Unidas, Instituto Mundial de Investigaciones de Economía del Desarrollo, Febrero de 2008, p. 7.

14. FMI, *Perspectivas de la economía mundial: Las tensiones de una recuperación a dos velocidades: Desempleo, materias primas y flujos de capital*, Washington, D.C., FMI, abril de 2011.

15. Fernand Braudel, *The Perspective of the World: Civilization and Capitalism, Fifteenth-Eighteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1992, p. 246.

16. D. E. Moggridge, *The Return to Gold, 1925: The Formulation of Economic Policy and its Critics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, p. 54.

1. «Rambouillet: the French View», De la Embajada del Reino Unido en París al ministerio de Relaciones Exteriores y de la Mancomunidad de Naciones, 25 de noviembre de 1975, PREM (documento de la Oficina del Primer Ministro) nº 16/838, Documentos de Margaret Thatcher, Fundación Margaret Thatcher.

2. Willy Brandt, *My Life in Politics*, Nueva York, Viking, 1992, p. 344.

3. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South: Cooperation for World Recovery*, Londres, Pan Books, 1983, p. 2.

4. Hubo y sigue habiendo una serie de comisiones sobre desarrollo y temas conexos, y todas y cada una de ellas han elaborado un informe y muchos otros estudios auxiliares. La más importante ha sido la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (presidida por Gro Harlem Brundtland, entre 1984 y 1987, que elaboró *Our Common Future*, 1987) y la Comisión sobre Seguridad Humana (presidida por Sadako Ogato y Amartya Sen, entre 2001 y 2002, que elaboró *Human Security Now* en 2003). Sin embargo, ninguno de ellos tuvo el impacto que produjo el Informe Brandt. Fue sin duda el último de esta naturaleza.

5. Peter Gowan, *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999, pp. 25-26 [hay trad. cast.: *La apuesta de la globalización: la geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, traducción de Nuria Cortés Ruiz et al., Madrid, Akal, D.L. 2000].

6. El motivo de esta acción es bastante evidente. A partir de 1970, la producción estadounidense de petróleo alcanzó su punto máximo y el país se convirtió en importador de crudo. Aquello suponía un tirón negativo para su balanza de pagos. Además, a principios de la década de 1970 el coste de la guerra de Vietnam se había disparado y la deuda nacional estaba por las nubes. Las razones eran en parte artificiales, originadas por el mercado europeo del dólar, que retenía dólares en los bancos europeos (y, después, en otros extranjeros) para cubrir las transacciones a corto plazo fuera de Estados Unidos. En 1971-1972, los titulares de la deuda estadounidense pusieron en peligro las reservas de oro del Departamento de Estado estadounidense. En agosto de 1971, el presidente Nixon canceló pagos en oro y ofreció a cambio garantías en papel. Ese fue el preludio de la desaparición definitiva del patrón oro en el comercio internacional. Se puede consultar una historia crítica de estos acontecimientos en Michael Hudson, *Super Imperialism: The Economic Strategy of American Empire*, Londres, Pluto Press, 2003 [hay trad. cast.: *Superimperialismo: la estrategia económica del imperialismo norteamericano*, Barcelona, DOPESA, 1973], y en *Global Fracture: The New International Economic Order*. Londres: Pluto Press, 2004.

7. La maniobra puso nerviosos a personas como el heredero de una fortuna petrolífera de Texas, Nelson Bunker Hunt, que quería preservar su riqueza cambiándola por plata. Hunt acaparó el mercado de la plata pero, a diferencia de otros inversores, quería recibir materialmente la plata. «"Casi cualquier cosa que compre será mejor antes que papel", declaró Bunker a *Barrons*. "Estará condenado a sacar la cabeza a largo plazo. Si no le gusta el oro, recurra a la plata. O a los diamantes. O al cobre. Compre algo. Cualquier maldito estúpido puede manejar una imprenta"». Bryan Burrough, *The Big Rich: The Rise and Fall of the Greatest Texas Oil Fortunes*, Nueva York, Penguin, 2009, p. 390.

8. Giuliano Garavini y Francesco Petrini, «Continuity or Change? The 1973 Oil Crisis Reconsidered», en *Europe in the International Arena during the 1970s: Entering a Different World*. Bruselas: Peter Lang Euroclio, 2010, p. 9.

9. J. B. Dearman, «World Commodity Prices», *Economic Trends* 247 (mayo 1974), muestra la comparación entre las secuencias de precios de la ONU y las de *The Economist*.

10. OCDE, *Economic Outlook*, julio de 1974, p. 36; Joe Stork, «Oil and the International Crisis», *MERIP* 32 (noviembre de 1974), p. 18.

11. Harriet Friedmann, «The Political Economy of Food: The Rise and Fall of the Postwar International Food Order», *American Journal of Sociology* 88 (1982).

12. La India también tuvo que hacer frente al embargo:

Arabia Saudí incluyó a la India en el embargo porque Israel tenía consulado en Bombay, conque pidió que se bloquearan todos los suministros a la India. Como asesor petrolero del gobierno de la India en el Golfo Pérsico, me pidieron que acudiera de inmediato desde Teherán a Riad; me reuní con la dirección de la empresa petrolera encargada de las exportaciones, le expuse nuestra posición acerca de Israel; manteniendo al mismo tiempo conversaciones con Yeda, les convencí de que levantaran el embargo, cargaran los dos buques designados por la Indian Oil y borrarán nuestro nombre de la lista de «Occidente». Entonces, me pidieron que recorriera todas las capitales del Golfo Pérsico para explicar nuestra política acerca de Israel y Palestina, de tal modo que nadie se viera tentado de imponer un embargo semejante de los cargamentos con destino a la India.

PRAKASH SHAH, «Iran issue needs diplomacy, not crude weapon», *The Hindu*, 16 de febrero de 2012.

13. Stork, «Oil and the International Crisis», p. 13.

14. William D. Smith, «New Rises are Feared; Price Quadruples for Iranian Crude Oil at Auction», *The New York Times*, 12 de diciembre de 1973, p. 1.

15. Como era de esperar, hay abundante literatura que trata de estudiar el aumento del precio. La mejor síntesis de la perspectiva neoclásica la expone Robert Pindyck, que explica el incremento utilizando un modelo aplicado de maximización de la riqueza en el contexto de un recurso finito; dicho de otro modo, muestra que para los abastecedores era racional maximizar su poder de venta gestionando el mercado mundial del petróleo a través de un cártel. «Gains to Producers from the Cartelization of Exhaustible Resources», *Review of Economics and Statistics* 60: 2 (mayo 1978); y «The Cartelization of World Commodity Prices», *American Economic Review* 69: 2 (mayo 1979). Yo no estoy tan convencido de que este fuera un momento para adoptar una decisión estrictamente racional.

16. Los autores neoclásicos rechazan que la solidaridad sea un factor explicativo. A juicio de Morris Adelman, por ejemplo, «cuanto más alto es el precio, mejor la situación económica de los vendedores, y menor la presión para burlarlo y vender a menor precio que otro con el fin de pagar sus deudas». James Griffin y David Teece, eds., «OPEC as Cartel», en *OPEC Behavior and World Oil Prices*, Londres, George Allen & Unwin, 1982, p. 55.

17. Stork, «Oil and the International Crisis», p. 14.

18. Vijay Prashad, *The Darker Nations. A People's History of the Third World*, Nueva York, New Press, 2007, p. 187 [hay trad. cast.: *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Península, 2012].

19. Maurice J. Williams, «The Aid Programs of the OPEC Countries», *Foreign Affairs* 54:2 (enero 1976); y Mahmoud Fouad, «Petrodollars and Economic Development in the Middle East», *Middle East Journal* 32:3 (verano 1978).

20. Para una panorámica general, véase Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money and Power*, Nueva York, Simon & Schuster, 1992 [hay trad. cast.: *Historia del petróleo*, traducción de María Elena Aparicio Aldazábal, Barcelona : Plaza & Janés, 1992]; y Fadhel al-Chalabi, *OPEC and the International Oil Industry*, Oxford, OUP y Organización de Países Árabes Exportadores, 1980. Al-Chalabi fue vicesecretario general de la OPEP desde 1978 hasta 1988 (en cuyos últimos cinco años ejerció de secretario general).

21. John Duke Anthony, «The US-Saudi Arabian Joint Commission on Economic Cooperation», en Willard A. Beling, ed., *King Faisal and the Modernisation of Saudi Arabia*, Boulder, Westview Press, 1980.

22. Sobre la amenaza militar, véase David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005, p. 27.

23. *IMF Survey*, 6 de mayo de 1974, p. 136 [hay trad. cast.: *Informe Anual del FMI 1974*].

24. Margaret De Vries, *The International Monetary Fund, 1972-1978*, Washington, D.C., FMI, 1985, vol. 1, pp. 314-316; Eric Helleiner, *States and the Reemergence of Global Finance: From Bretton Woods to the 1990s*, Ithaca, Cornell University Press, 1994, pp. 111-112.

25. Sydney J. Key y Henry S. Terrell, «International Banking Facilities», International Finance Discussion Papers [«Documentos para el debate sobre financiación internacional»], nº 333, septiembre 1988, Reserva Federal estadounidense.

26. Los capitales europeos también querían que sus bolsas participaran de la acción. Como dijo en 1989 Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea, una estructura financiera europea unitaria dotaría «a nuestros centros financieros de la oportunidad de formar parte de los núcleos más importantes del mundo [hasta el extremo de que] junto a los estadounidenses y los japoneses nos daría voz en el mundo sobre la deuda y sobre los flujos financieros». David Buchan y Geoffrey Owen, «Undimmed Ambitions for Unity in Europe», *The Financial Times*, 14 de marzo de 1989, p. 28. Para una descripción muy amena del papel desempeñado por Londres, véase Philip Augar, *The Death of Gentlemanly Capitalism: The Rise and Fall of London's Investment Banks*, Harmondsworth, Penguin, 2001. El lugar secundario desempeñado por Gran Bretaña se aprecia en el escarnio con el que Henry Kissinger habla de él al presidente Ford: «Gran Bretaña es una tragedia; se ha sumido en la mendicidad pidiendo prestado, robando hasta que salga petróleo del Mar del Norte [...] Es una desgracia que Gran Bretaña se haya convertido en una gorróna semejante; pero Gran Bretaña nos apoyará». 8 de enero de 1975, Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Colección de Memorandos de Conversaciones del Asesor Nacional de Seguridad, Caja 8, Biblioteca Presidencial Gerald Ford Memorial.

27. Peter Gowan, «The Crisis in the Heartland», en Martijn Konings y Jeffrey Sommers, eds., *The Great Credit Crash*, Londres, Verso, 2010, p. 63.

28. Barry Eichengreen, *The European Economy Since 1945*, Princeton, Princeton University Press, 2007, p. 244.

29. Prashad, *The Darker Nations*, p. 68 [hay trad. cast.: *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Península, 2012, p. 127].

30. Edgar J. Dosman, *The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986*. Montreal: McGill-Queens University Press, 2008, pp. 248-249 [hay trad. cast.: *La vida y la época de Raúl Prebisch, 1901-1986*, traducción de Carmen Martínez Gimeno, Madrid, Barcelona y Buenos Aires, Marcial Pons e Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2010, p. 277].

31. Marc Williams, *Third World Cooperation: The Group of 77 in UNCTAD*, Londres, St. Martin's Press, 1991.

32. Osvaldo Sunkel, «National Development Policy and External Dependence in Latin America», *Journal of Development Studies* 6:1 (octubre 1969); y «Transnational Capitalism and National Disintegration in Latin America», *Social and Economic Studies* 22:1 (1973).

33. Tony Smith, «Configuration of Power in North-South Relations since 1945», *Industrial Organization* 31:1 (invierno 1977), p. 4.

34. Lester Pearson, *Partners in Development: Report of the Commission on International Development*, Nueva York, Praeger, 1969 [hay trad. cast.: *El desarrollo, empresa común*, Madrid, Tecnos, D.L. 1969]. Para una historia cautivadora y una crítica de la Comisión Pearson, véase también Hans Singer, «The One Per Cent Aid Target (Some Reflections on the Arithmetic of International Targetry)», *IDS Bulletin* 2:2 (1969).

35. Ni siquiera Estados Unidos, que se oponía al NOEI, votó en contra, pues su representante entendía que el NOEI representaba «un desarrollo político significativo». Actas de la Asamblea General, Reunión Plenaria nº 2.229, 1 de mayo de 1974, p. 7.

36. Smith, «Configurations of Power», p. 5.

37. Alfons Lemper, «A New Economic Order?», *Intereconomics* 10:2 (febrero 1975); y Richard Senti, «A Proposal for a New Order for the Commodity Markets», *Intereconomics* 12:1-2 (enero 1977).

38. John Toye y Richard Toye, *The UN and Global Political Economy*, Bloomington: Indiana University Press, 2004, pp. 246-247.

39. Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill, University Of North Carolina Press, 2002, Capítulo 13 [hay trad. cast.: *Misiones en conflicto: La Habana, Washington y África, 1959 - 1976*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 2002].

40. Toye y Toye, *The UN and Global Political Economy*, p. 250.

41. Aurélie Éliisa Gfeller, «Imagining European Identity: French Elites and the American Challenge in the Pompidou-Nixon Era», *Contemporary European History* 19:2 (2010).

42. «Rambouillet: The French View», De la embajada británica en París al ministerio de Relaciones Exteriores y de la Mancomunidad de Naciones, PREM (Documento de la Oficina del Primer Ministro) 16/838, 25 de noviembre de 1975, p. 4.

43. Branislav Gosovic y John Gerard Ruggie, «On the Creation of a New International Economic Order: Issue Linkage and the Seventh Special Session of the UN General Assembly», *Industrial Organization* 30:2 (primavera 1976), p. 317.

44. Henry Kissinger, *Years of Renewal*, Nueva York, Simon & Schuster, 1999, p. 677.

45. Los motivos de Arabia Saudí para la conciliación quedan bien reflejados en Ian Skeet, *OPEC: Twenty-Five Years of Price and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 141. Es preciso tener en mente que en 1976-1977, Arabia Saudí e Irán representaban el 48 % de la producción de petróleo de la OPEP. A pesar de ello, llama la atención que Argelia y Libia lograran influir en la política del NOAL cada vez que se lo proponían.

46. En la reunión de la OPEP de agosto de 1981, los saudíes no permitirían que el precio del petróleo subiera por encima de los 32 dólares por barril, con lo que se ganaron la ira de los libios, que anunciaron que «preferirían reducir la producción a cero antes que reducir el precio». A los saudíes les acompañaron otros Estados del Golfo Pérsico y fueron blanco de la oposición de los libios y los iraníes. Los argelinos, dependientes del dinero del petróleo, titubearon. En el contexto de estas negociaciones tan endebles la determinación de la OPEP se resentiría. El ministro iraní del petróleo, Mohammed Gharazi, se quejó de que el fracaso a la hora de llegar a un acuerdo era responsabilidad «de quienes en realidad apoyan los intereses de Occidente». Tal vez fuera así. Arabia Saudí estaba también impaciente por incrementar su capacidad militar que había comprado armamento estadounidense con entusiasmo. Paul Lewis, «OPEC Nations Fail to Heal their Rift Over Price of Oil», *The New York Times*, 22 de agosto de 1981, p. A1.

47. Jahangir Amuzegar, «A Requiem for the North-South Conference», *Foreign Affairs* 56:1 (octubre 1977), p. 136.

48. [Ibídem](#), p. 136.

49. Jahangir Amuzegar, «Not Much Aid and Not Enough Trade: Cloudy Prospects for North-South Relations», *Third World Quarterly* 1:1 (enero 1979), p. 51.

50. Brookings Institution, Nihon Keizai Knkyu Senta, Kenzo Henmi y Universidad de Kiel, *Trade in Primary Commodities, Conflict or Cooperation: A Tripartite Report*. Washington, D.C.: Brookings Institution, 1974, p. 2.

51. Daniel Patrick Moynihan, «The United States in Opposition», *Commentary*, marzo 1975.

52. Gosovic y Ruggie, «On the Creation of a New International Economic Order», p. 343.

53. Irving Kristol, «The "New Cold War"», *The Wall Street Journal*, 17 de julio de 1975, p. 18.

54. «Memorandum of Conversation», 17 de agosto de 1974, Despacho Oval, Casa Blanca, Colección de Memorandos de Conversación del Asesor Nacional de Seguridad, Caja 5, Biblioteca Presidencial Gerald Ford.

55. Hay otro modo de hacerlo: el gobierno estadounidense suscribe un préstamo equivalente a su déficit y ofrece bonos del gobierno por una cantidad próxima; entonces los compra la Reserva Federal, que emite moneda para pagarlos.

56. Peter Gowan, *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999, pp. 25-26 [hay trad. cast.: *La apuesta de la globalización: la geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro_estadounidense*, traducción de Nuria Cortés Ruiz et al., Madrid, Akal, D.L. 2000, p. 46].

57. Un editorial de *The New York Times* se lamentaba del peligro de «la posibilidad de una disolución de la asociación entre Estados Unidos, Europa y Japón». «New Dollar Crisis», *The New York Times*, 7 de febrero de 1973, p. 38.

58. «Memorandum of Conversation», Despacho Oval, 17 de agosto de 1974.

59. Paul A. Volcker y Toyoo Byohten, *Changing Fortunes: The World's Money and the Threat to American Leadership*, Nueva York, Crown, 1992, p. 134.

60. Ibídem, p. 143. Andrew Baker señala que el proceso del G-7 fue impulsado por Estados Unidos si bien, como muestra Gyohten, había otros miembros del G-7 que querían sumarse a la dirección (incluido Canadá, cuyo ingreso hubo que imponer frente a las objeciones francesas). *The Group of Seven: Finance Ministries, Central Banks and Global Financial Governance*, Londres, Routledge, 2006, p. 250.

61. Gur Ofer, «Soviet Economic Growth, 1928-1985», *Journal of Economic Literature* 25:4 (diciembre 1987), p. 1.790.

62. Gertrude Schroeder e Imogene Edwards, *Consumption in the USSR: An International Comparison*, Washington, D.C., Congreso de Estados Unidos, Comité Económico Conjunto, 1982; y Gertrude Schroeder, «Soviet Living Standards: Achievements and Prospects», *Soviet Economy in the 1980s*, edición del Comité Económico Conjunto del Congreso de Estados Unidos, Washington, D.C., 1983.

63. Para un estudio completo del papel de la Comisión Trilateral, véase Stephen Gill, *American Hegemony and the Trilateral Commission*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

64. Rockefeller señala en sus *Memoirs* que a principios de la década de 1970 reparó en el hecho de que «las relaciones de poder en el mundo habían cambiado de manera fundamental», y en que el poder de Estados Unidos se había desgastado, como también las relaciones entre los tres focos principales del poder mundial: Japón, Estados Unidos y Europa. La Comisión Trilateral se constituyó para «salvar diferencias nacionales e incorporar a Japón a la comunidad internacional». David Rockefeller, *Memoirs*, Nueva York, Random House, 2002, pp. 415-416.

65. Zbigniew Brzezinski, «Half-Past Nixon», *Foreign Policy*, verano 1971, pp. 10-13; y *Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era*. Nueva York: Viking, 1970 [hay trad. cast.: *La era tecnocrónica*, traducción de Gerardo Mayer, Buenos Aires, Paidós, 1973].

66. David Rockefeller, «Multinationals Under Siege: A Threat to the World Economy», *Atlantic Community Quarterly* 13 (otoño 1975), pp. 313-322.

67. Richard Cooper, Karl Kaiser y Masataka Kosaka, *Towards a Renovated International System*, Triangle Papers 14, Nueva York, The Trilateral Commission, 1977, p. 17.

68. Jan Tinbergen, ed., para el Club de Roma, *ROI: Reshaping the International Order*, Nueva York, Dutton, 1976.

69. Cooper et. al, *Towards a Renovated International System*, pp. 27, 34-38 y 41-42.

70. Robert D. Putnam y Nicholas Bayne, *Hanging Together: Cooperation and Conflict in the Seven-Power Summits*, Londres, Sage, 1987, p. 29.

71. Kissinger, *Years of Renewal*, p. 699.

72. [Ibídem](#), p. 678.

73. Carta de E. E. Tomkins a James Callaghan, 25 de noviembre de 1975, París, PREM (Documento de la Oficina del Primer Ministro) nº 16/838, Documentos de Margaret Thatcher, Fundación Margaret Thatcher. Es probable que este llamativo despacho fuera redactado por Christopher Ewart-Biggs, un escritor de talento cuya vida fue segada por el IRA en 1976.

74. Beverly J. Silver, *Forces of Labor*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003. El Capítulo 4 contiene los detalles [hay trad. cast.: *Fuerzas de trabajo: los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, traducción de Juan Mari Madariaga, Tres Cantos (Madrid), Akal, 2005].

75. Nancy Fraser, «From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in a "post-socialist" Age», *New Left Review* 1/212 (julio-agosto 1995). Mi valoración del peso de la redistribución y el reconocimiento se expone en «The End of Multiculturalism», *Global Dialogue* 113 (2011).

76. «Memorandum of Conversation at the Rambouillet Summit, made for Brent Scowcroft by Robert Hormats», 15-17 de noviembre de 1975, Colección de Memorandos de Conversaciones del Asesor de Seguridad Nacional, Caja 16, Biblioteca Presidencial Gerald Ford. Para los párrafos siguientes he recurrido a esta muy relevante transcripción.

77. Del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Mancomunidad de Naciones a la embajada británica en París, «The Economic Summit Conference at Rambouillet», 12 de febrero de 1976, p. 10, PREM (Documento de la Oficina del Primer Ministro) nº 16/838, Documentos de Margaret Thatcher.

78. «Memorandum of Conversation at the Rambouillet Summit, made for Brent Scowcroft by Robert Hormats».

79. Tres años después, Helmut Schmidt y James Callaghan, de Gran Bretaña, hablaron por teléfono justo después de que Callaghan hubiera logrado conseguir que Ford Motor Company accediera a aplicar ciertos incrementos salariales en su planta de Dagenham (esta factoría tiene una larga historia de resistencia, sobre todo en 1968 y, de nuevo, en 1978). Schmidt preguntó cómo se las había arreglado Callaghan para recabar la aquiescencia de Ford. Callaghan respondió: «Bueno, no creo que la voluntad de Ford se imponga en todas partes. Hay una serie de acuerdos que se están adoptando en niveles muy inferiores. La de Ford es una empresa muy lucrativa y, por tanto, puede pagarlo y ha decidido hacerlo, y son una multinacional y no quieren que sus operaciones se vean entorpecidas en toda Europa. Pero si me preguntaran, diría que el nivel general de otros acuerdos será muy inferior al alcanzado en este acuerdo con la Ford». Callaghan estaba en lo cierto. Ford empezaría a ralentizar la producción en el Reino Unido y a recurrir a otras localizaciones en el extranjero. Dagenham es en la actualidad una granja de aerogeneradores. «Prime Minister's Conversation with Chancellor Schmidt, at approx. 1605 hrs, Sunday 26 November 1978», PREM (Documento de la Oficina del Primer Ministro) nº 16/1638, Documentos de Margaret Thatcher.

80. «Note on the Third Session of the Heads of Government Conference at the Château de Rambouillet on Sunday 16 November 1975 at 4:15 p.m.», PREM (Documento de la Oficina del Primer Ministro) nº 16/838, p. 11, Documentos de Margaret Thatcher.

81. Jacques Andreani, *Le Piège: Helsinki et la chute du communisme*, París, Odile Jacob, 2005.

82. C. Fred Bergsten, George Berthoin y Kinhide Mushakoji, *The Reform of International Institutions*, Nueva York, The Trilateral Commission, 1976, p. 9.

83. Daniel P. Moynihan, «The Negro Family: The Case for National Action», en Lee Rainwater y William L. Yancey, eds., *The Moynihan Report and the Politics of Controversy*, Cambridge, MIT Press, 1967.

84. Daniel P. Moynihan, «The United States in Opposition», *Commentary*, marzo 1975, pp. 41-44.

85. «Memorandum of Conversation in the Oval Office: American Strategy at the UN», 12 de abril de 1975, Casa Blanca, Colección de Memorandos de Conversación del Asesor Nacional de Seguridad, Caja 10, Biblioteca Presidencial Gerald Ford.

86. Las exageraciones llegaban a vincular el apoyo político que prestaba el Tercer Mundo a los palestinos con el antisemitismo. Para ver un ejemplo de este tipo de argumentación, véase Barry Rubin, «The Non-Arab Third World and Antisemitism», en Robert S. Wistrich, ed., *Anti-Zionism and Antisemitism in the Contemporary World*, Nueva York, NYU Press, 1990. Gran parte de la ira del Estado israelí y sus intelectuales desatada contra el proyecto del Tercer Mundo procedía del papel desempeñado por el NOAL en la redacción de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU. El primer borrador fue presentado por la India, Mali y Nigeria; Washington presentó un segundo borrador. El primero nombraba explícitamente a los palestinos y defendía el derecho de retorno a sus lugares de origen; el borrador estadounidense solo reclamaba un acuerdo justo en Oriente Próximo y dejaba al margen los aspectos más importantes. Este tipo de evasivas ayudó a Israel en sus esfuerzos por cambiar «la realidad sobre el terreno» con el fin de que se ajustara a sus propósitos. La Asamblea General de la ONU, apoyada por la URSS, dio su respaldo al borrador del NOAL. Sobre la base de este respaldo, la OLP empezó a asistir a la ONU como observador a partir de 1969. Aquello dolió tanto a Washington como a Jerusalén.

87. David Larson, «The Reagan Administration and the Law of the Sea», *Ocean Development and International Law* 11: 3-4 (1982); Jason Finkle y Barbara Crane, «Ideology and Politics at Mexico City: The United States at the 1984 International Conference on Population», *Population and Development Review* 11: 1 (marzo 1985). Esta última es la revista del Consejo de Población.

88. «Note on the Third Session of the Heads of Government conference at the Château de Rambouillet on Sunday 16 November 1975 at 4:15 p.m.», PREM (Documento de la Oficina del Primer Ministro) n° 16/838, p. 18, Documentos de Margaret Thatcher.

89. *Ibíd.*, p. 19.

90. Este era el argumento expuesto por Ernest Mandel en relación con el auge del monetarismo. «World Crisis and the Monetarist Answer», en Karel Jansen, ed., *Monetarism, Economic Crisis and the Third World*, Londres, Frank Cass, 1983. Fue desarrollado por David Harvey en su obra *A Short History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

91. Gowan, *The Global Gamble*, p. 23 [hay trad. cast.: *La apuesta de la globalización: la geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euroestadounidense*, traducción de Nuria Cortés Ruiz *et al.*, Madrid, Akal, D.L. 2000, p. 43].

92. David Harvey, «The "New" Imperialism: Accumulation by Dispossession», *Socialist Register 2004*, Nueva Delhi, LeftWord Books, 2003; Prabhat Patnaik, «The Economics of the New Phase of Imperialism», manuscrito, agosto 2005.

93. Para conocer un buen resumen, véase Minqi Li, *The Rise of China and the Demise of the Capitalist World Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 2008, Capítulo 2.

94. El presidente Reagan llegó a sostener que los problemas de los PMD se derivaban de que recibían demasiada ayuda; es decir, que la ampliación del crédito se utilizaba para promover un consumo derrochador. Este fue el argumento estadounidense para defender la disminución de la ayuda exterior. *IMF Survey*, 12 de octubre de 1981. El Informe Pearson señalaba que el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) de la OCDE aceptaba el objetivo del 1 % de la renta nacional establecido por la UNCTAD. Pero Pearson apuntaba que resultaba «irónico comprobar que durante el quinquenio anterior a la aprobación de este objetivo por el CAD el flujo total de recursos superó el 1 % de la suma del ingreso nacional de los países industrializados y que desde entonces no ha vuelto a cumplirse». Pearson, *Partners in Development*, p. 144 [hay trad. cast.: *El desarrollo, empresa común*, Madrid, Tecnos, D.L. 1969, p. 140].

95. Yash Tandon, *Ending Aid Dependence*, Nairobi, Fahamu Books, 2008, Capítulo 2.

96. Jessica P. Einhorn, «International Bank Lending: Expanding the Dialogue», *Columbia Journal of World Business* 13:3 (otoño 1978). La Comisión Permanente sobre Normativa Bancaria y Prácticas de Supervisión del Banco de Pagos Internacionales solicitó informes más explícitos de las actividades bancarias y de los criterios de evaluación ordinarios de los activos de los bancos.

97. Administrative Committee on Consultation, Naciones Unidas, resumen provisional de la primera reunión, 31 de octubre de 1977, p. 11. Witteveen no fue el único que hizo sonar la alarma en privado. En 1992, Paul Volcker recordó este problema en la Reserva Federal:

Es justo preguntar dónde estaban las autoridades supervisoras cuando estaba sucediendo todo esto. ¿Sonó alguna alarma? Y, si no fue así, ¿por qué no sonó? Hasta donde puedo recordar cómo era el ambiente, la buena, gris y prudente Reserva Federal no compartía la risueña despreocupación de algunos miembros del gobierno acerca de lo que sucedía. Aunque yo no estuve presente para dar fe de lo sucedido, Arthur Burns recordó en una ocasión que en 1976 citó a un grupo de banqueros destacados a Washington para advertirles del riesgo de repetir en el extranjero los recientes excesos en los que habían incurrido en el mercado del préstamo inmobiliario. Lo que recibió por respuesta a este problema fue que ellos sabían más de banca que él.

VOLCKER Y GYOHTEN, *Changing Fortunes*, p. 195.

98. Bahram Nowzad y Richard Williams, *External Indebtedness of Developing Countries*, IMF Occasional Paper No. 3, Washington D.C., FMI, 1981, p. 11. Estos economistas del FMI escribieron que «aunque algunos países atravesaban dificultades, se evitó un problema generalizado de gestión de la deuda y en conjunto las perspectivas para el futuro inmediato no suponen causa de alarma».

99. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, p. 170.

100. Philip O'Hara, «The Contradictory Dynamics of Globalization», en B. N. Ghosh y Halil M. Guven, eds., *Globalization and the Third World: A Study of Negative Consequences*, Nueva York, Palgrave, 2006, p. 26; y Walden Bello, «The Capitalist Conjuncture: Over-Accumulation, Financial Crises, and the Retreat from Globalization», *Third World Quarterly* 27:8 (2006), p. 1.348.

101. La cita procede de la obra de Sombart *Krieg un Kapitalismus*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1913, p. 207. Traducción al inglés de Hugo Reinert y Erik Reinert [hay trad. cast.: *Guerra y capitalismo*, traducción de Julián Marías, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1943].

102. Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, Routledge, 1942, pp. 82-83 [hay trad. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, traducción de José Díaz García, Madrid, Aguilar, DL 1968, p. 118].

103. Steven Rattner, «Volcker Asserts US Must Trim Living Standard», *The New York Times*, 18 de octubre de 1979, p. A1.

104. En este aspecto, la obra definitiva es de la MIT Commission on Industrial Productivity, Michael L. Dertouzos, Richard Lester y Robert Solow, *Made in America: Regaining the Productive Edge*, Cambridge, MIT Press, 1989.

105. Robert Brenner, «The Economics of Global Turbulence», *New Left Review* 1/229 (mayo-junio 1998), p. 191.

106. La idea de «desierto fabril» procede de Marco Revelli, *Lavorare in FIAT*, Milán, Garzanti, 1989.

107. Brenner, «Economics of Global Turbulence», p. 182.

108. Margaret G. de Vries, *The International Monetary Fund, 1972-1978*, Washington D.C., FMI, 1985, vol. 1, pp. 305-306.

109. Por otra parte, el gobierno de Estados Unidos no tenía reparos en utilizar políticamente la deuda y el crédito. El gobierno de Nixon organizó un embargo del crédito al gobierno chileno de Salvador Allende (1970-1973). Luego, cuando el general Pinochet accedió al poder, el gobierno estadounidense se opuso a las vacilaciones de Europa a la hora de prestar dinero a la dictadura. «Expresamos nuestro descontento —declaró empalagosamente el gobierno estadounidense— ante el hecho de que, en términos generales algunos países antepongan aspectos políticos a los aspectos técnicos». Clyde H. Farnsworth, «Club of Paris Expands Role in Helping Debtor Nations», *The New York Times*, 17 de mayo de 1976, p. 44.

110. El NOAL había dejado clara su posición ya en 1973, cuando Bounmédiène dijo en la 4ª Cumbre: «Sería muy deseable examinar el problema de la deuda actual de los países en vías de desarrollo. En el análisis deberíamos tener en cuenta la cancelación de la deuda en un gran número de casos y, en otros, la refinanciación en mejores condiciones en lo que se refiere a fechas de vencimiento, aplazamientos y tipos de interés». *Action Program for Economic Cooperation*, 4ª Cumbre de los Países del NOAL, Argel, Argelia, septiembre de 1973.

111. Las normas que impedían arremeter contra la deuda se habían establecido mucho antes de la crisis de deuda real de finales de la década de 1970. Un estudio del Banco Mundial señalaba lo siguiente: «En el campo de las finanzas internacionales han ido surgiendo reglas del juego. Una de estas reglas dice que el impago por parte de un país deudor queda excluido como medio de ajuste de las obligaciones financieras a la capacidad de atender la deuda». IBRD, «Multilateral Debt Renegotiations: 1956-1968», artículo inédito, 11 de abril de 1969, p. 39; Charles Lipson, «The International Organization of Third World Debt», *International Organization* 35:4 (agosto 1981), p. 622.

112. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, p. 185.

113. Grupo de los 24, «Communiqué of the Ministers Issued Mar. 6, 1979», *IMF Survey*, 19 de marzo de 1979, p. 87.

114. FMI, *Annual Report 1979*, Washington D.C., FMI, 1979, p. 23.

115. Sidney Dell, *On Being Grandmotherly: The Evolution of IMF Conditionality*, Essays in International Finance, n° 144, Princeton, International Finance Section, Department of Economics, Princeton University, 1981, p. 22.

116. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, p.188.

117. Se puede encontrar una primera etnografía de estas fábricas en M. Patricia Fernández-Kelly, *For We Are Sold, I and My People: Women and Industry in Mexico's Frontier*, Albany, SUNY Press, 1983.

118. La literatura sobre esta modificación resulta iluminadora. Por ejemplo, véase M. J. Piore y C. F. Sabel, *The Second Industrial Divide*, Nueva York, Basic Books, 1984 [hay trad. cast.: *La segunda ruptura industrial*, traducción de María Esther Rabasco y Luis Toharia, Madrid, Alianza, D.L. 1990]; T. Elger y C. Smith, eds., *Global Japanization? The Transnational Transformation of the Labour Process*, Londres, Routledge, 1994; y Peter F. Drucker, *The Post-Capitalist Society*, Nueva York, HarperBusiness, 1993. Parte de la dinámica fue recogida por Alain Touraine, *La société post-industrielle*, París, Demoël, 1969 [hay trad. cast.: *La sociedad post-industrial*, traducción de Juan Ramón Capella y Francisco J. Fernández Buey, Barcelona, Ariel, 1973].

119. Anthony Sampson, *The Money Lenders: Bankers in a Dangerous World*, Londres, Coronet Books, 1981, p. 246.

120. Este era De Larosière en 1984:

En los últimos cuatro años, en los seis países industriales más grandes la tasa de retorno de las inversiones de capital en las manufacturas tuvo por promedio solo la mitad de la tasa obtenida a finales de la década de 1960 [...]. Aun consintiendo factores cíclicos, en las tasas de retorno de capital aflora una clara pauta de descenso sustancial y progresivo a largo plazo. Puede deberse a muchas razones. Pero no cabe duda de que un factor importante se puede encontrar en el incremento significativo producido más o menos en los últimos veinte años de la cuota de ingresos absorbida por la compensación de los empleados [...]. Si queremos restablecer los incentivos adecuados para la inversión, todo apunta a medio plazo a la necesidad de una reducción paulatina del índice [de] incremento de los salarios reales.

WILLIAM I. ROBINSON, *A Theory of Global Capitalism: Production, Class, and Sate in a Transnational World*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2004, p. 108.

121. *IMF Survey*, 9 de febrero de 1981.

122. *Los Angeles Times*, 14 de marzo de 1976.

123. En el número inaugural de la revista *World Bank Research Observer*, Krueger escribió: «Una vez que se reconoce que los individuos responden a los incentivos, y que el "fallo del mercado" es resultado de unos incentivos inapropiados, y no de falta de receptividad, la delimitación de la economía del desarrollo como campo en buena medida desaparece». «Aid in the Development Process», *World Bank Research Observer* 1:1 (1986), p. 62.

124. Jacques Polak, *The Changing Nature of IMF Conditionality*, Princeton, International Finance Section, Department of Economics, Princeton University, 1991, p. 19.

125. Joseph Stiglitz, «The Tyranny of King Cotton», *The Guardian*, 24 de octubre de 2006.

126. Elinor Lynn Heinisch, «West Africa versus the United States on Cotton Subsidies: How, Why and What next?», *Journal of Modern African Studies* 44:2 (2006).

127. GATT, *The Tokyo Round of Multilateral Trade Negotiations: Supplementary Report by the Director-General*, Ginebra, GATT, 1979, vol. 1, pp. 36-41.

128. L.N. Rangarajan, «Commodity Conflict Revisited: From Nairobi to Belgrade», *Third World Quarterly* 5:3 (1983), p. 594.

129. Sripad Motiram, Vamsi Vakulabharanam y Vijay Prashad, «Iowa is Not Far From Telengana», *Subcontinental* 2:1 (primavera 2004); y Sripad motiram, Vamsi Vakulabharanam y Vijay Prashad, «The Subsidy-Tariff Tangle», *Hindu*, 14 de febrero de 2004.

130. En 1993, el Departamento de Justicia estadounidense acusó a las empresas Archer Daniel Midland (ADM) a Ajinomoto, a una empresa francesa y a otra empresa coreana de fijar el precio de la lisina. ADM saldó la demanda antimonopolio pagando una multa de 100 millones de dólares. Este es el ejemplo más visible del mecanismo de fijación de precios agrícolas. Kurt Eichenwald, *The Informant*, Nueva York, Broadway, 2001.

131. Raj Patel, *Stuffed and Starved: The Hidden Battle for the World Food System*, Brooklyn, Melville House, 2008, Capítulo 3 [hay trad. cast.: *Obesos y famélicos: el impacto de la globalización en el sistema alimentario mundial*, traducción de Alejandro Manara, Barcelona, Los libros del lince, 2008].

132. Pun Ngai, *Made in China: Women Factory Workers in a Global Workplace*, Durham, Duke University Press, 2005. Véase también Jonathan Unger, *The Transformation of Rural China*, Nueva York, M.E. Sharpe, 2002, Segunda Parte; Dorothy Solinger, «Labour Market Reform and the Plight of the Laid-Off Proletariat», *China Quarterly* 170 (junio 2002).

133. Leslie Salzinger, *Gender in Production: Making Workers in Mexico's Global Factories*, Berkeley: University of California Press, 2003; y Melissa W. Wright, *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism*, Nueva York, Routledge, 2006.

134. Kathryn Kopinak, *Desert Capitalism: What Are Maquiladoras?*, Montreal: Black Rose Books, 1997. Véase también los numerosos y soberbios artículos incluidos en Kathryn Kopinak, ed., *The Social Costs of Industrial Growth in North Mexico*, Boulder, Lynne Rienner, 2004; en particular, los de James Cyper, «Development Diverted: Socio-Economic Characteristics and Impacts of Mature Maquilization», y Cirila Quintero Ramirez, «Unions and Social Benefits in the Maquiladoras». Sobre los problemas de la sindicación en su tarea de elevar esos bajos salarios y mejorar las condiciones laborales, véase otra obra más extensa de Quintero Ramirez, *La sindicalización en las maquiladoras tijuanaenses, 1970-1988*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

135. «The IMF in Action», *The Wall Street Journal* (Edición de Oriente), 19 de mayo de 1998, p. 1.

136. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, *Informe sobre Desarrollo Humano*, Nueva York, PNUD, 1992, p. 75 [hay trad. cast.: *Informe sobre Desarrollo Humano 1992*, Nueva York, PNUD y Oxford University Press, 1999, disponible en <http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh1992/capitulos/espanol/>].

137. Mohsin Khan, «The Macroeconomic Effects of Fund-Supported Adjustment Programs», *IMF Staff Papers* 37:2 (junio 1990), p. 215.

138. «Memorandum of Conversation at the Rambouillet Summit, made for Brent Scowcroft by Robert Hormats», 15-17 de noviembre de 1975.

139. *The Sunday Times*, 23 de noviembre de 1980; y Sampson, *Money Lenders*, p. 344.

140. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 216.

141. «From the introductory remarks by the Chairman of the North-South Commission, Brandt, at the presentation of the report "Aid in the World Crisis" before the Federal Press Association in Bonn 9 February 1983», Archivos de la Socialdemocracia, Comisión Norte-Sur, B 81 (*Berliner Ausgabe*, vol. 8 de la traducción al inglés de Dwight Langston), Fundación Friedrich Ebert.

142. Mahbub ul Haq, *The Poverty Curtain: Choices for the Third World*, Nueva York, Columbia University Press, 1976, pp. 9-10 [hay trad. cast.: *La cortina de la pobreza: opciones para el Tercer Mundo*, traducción de Carlos Valdés, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 29]. Haq fue el personaje central para que el Banco Mundial desarrollara el concepto de «necesidades esenciales». Fue un estrecho colaborador de Barbara Ward, quien a su vez había sido asesora de McNamara. En 1971, Haq pronunció el discurso clave en la XII Conferencia Anual de la Sociedad para el Desarrollo Internacional, celebrada en Ottawa, Canadá. En su alocución, Haq elogió las reformas chinas, que habían incrementado el acceso de la población a la satisfacción de las necesidades esenciales. *The Poverty Curtain*, pp. 36-37 [pp. 54-58 de la edición española citada].

143. Esta fue la posición consensuada, que Hans Singer describió como «crecimiento más transformación estructural». Jan Pronk, *Quelques remarques sur les rapports entre nouvel ordre international de l'information et nouvel ordre économique international*. París: UNESCO, 1979.

144. Para conocer algunos detalles, véase Dragoslav Avramovic, «Oral History Project», Banco Mundial, 1996. En 1963, W. W. Rostow llegó al Banco Mundial y habló de la necesidad de prestar mayor atención a las realidades de clase en los entornos rurales de los países en vías de desarrollo. Los economistas del Banco Mundial que, como escribió Avramovic a su jefe, «fueron bastante críticos con la idea del profesor Rostow», se rieron de él. No así Avramovic, que «salió en su defensa» y, aun en minoría, intentó argumentar desde el punto de vista del pequeño agricultor. «La cruda realidad es que muchas zonas rurales, tal vez la mayoría, después de 15 años de esfuerzos para el desarrollo, siguen siendo tan miserables como siempre». Devesh Kapur, John P. Lewis y Richard Webb, *The World Bank: Its First Half Century*, Washington D.C., Brookings Institution, 1997, vol. I, pp. 207-208.

145. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 296.

146. A Edward Heath le sacaba de quicio lo que le parecía la indecisión de Brandt. Heath, E., *The Course of My Life: My Autobiography*, Londres, Hodder & Stoughton, 1998, pp. 608-610.

147. Sampson, *Money Lenders*, p. 321.

148. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 47.

149. «A Choice the World Must Face: Altaf Gauhar interviews Sonny Ramphal», *The Guardian*, 13 de febrero de 1980, p. 19.

150. Sobre la idea de «idéntico riesgo» o «gran riesgo», véase Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, pp. 13 y 30. Es cierto que el informe indica con frecuencia que es necesario desarrollar «valores morales en todo el mundo» (p. 7) y cultivar «el gran imperativo moral» (p. 77), pero el informe no se detiene en los argumentos morales.

151. [Ibíd.](#), p. 33.

152. «Memorandum of Conversation at the Rambouillet Summit, made for Brent Scowcroft by Robert Hormats», 15-17 de noviembre de 1975.

153. Mi apreciación del informe de Brandt está muy influida por Diane Elson, «The Brandt Report: A Programme for Survival», *Capital and Class* 6:1 (1982); y por André Gunder Frank, «North-South and East-Weast Keynesian Paradoxes in the Brandt Report», *Third World Quarterly* 2:4 (octubre 1980).

154. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 267.

155. Comisión Brandt, Documento nº 21 de la Secretaría, febrero 1979.

156. Paul Sweezy y Paul Baran, *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [hay trad. cast.: *El capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de los Estados Unidos*, traducción de Arminda Chávez de Yáñez, México, Siglo XXI, 1968].

157. Brandt le dijo lo siguiente a Altaf Gauhar acerca del NOEI: «simpatizo con la idea general». «Willy Brandt and Altaf Gauhar», *Third World Quarterly* 1:2 (1979), p. 1979. A Brandt también le parecía que el NOEI reportaría «cambios importantes en los esfuerzos de desarrollo nacionales e internacionales». Sonny Ramphal le dijo a Gauhar: «El informe de la comisión podría significar una aportación decisiva para la causa del desarrollo y, de hecho, para los objetivos del NOEI en general». Véase también Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 51.

158. Gunder Frank, «North-South and East-West Keynesian Paradoxes», p. 675; Elson, «Brandt Report», p. 116-117.

159. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 270.

160. Organización Internacional del Trabajo, *Employment, Growth and Basic Needs: A One World Problem*, Ginebra, OIT, 1976. Estas ideas surgieron en una serie de foros, entre los que se encontraba el Grupo de Bariloche (Amilcar Herrera, junto con Hugo Scolnik, Graciela Chichilnisky, Gilberto Gallopin, Jorge Hardoy, Diana Mosovich, Enrique Oteiza, Jorge Romero Brest, Carlos Suárez y Luis Talavera, *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Lationamericano*, Ottawa, Fundación Bariloche, International Development Research Centre, 1977) y la Fundación Dag Hammarskjöld («What Now? Another Development», *Development Dialogue*, vol. 1/2, Uppsala: Fundación Dag Hammarskjöld, 1975). Las ideas habían sido puestas en circulación en 1951 por Pitambar Pant, de la Comisión de Planificación de la India. Véase Pitambar Pant, *Perspectives of Development: 1961-1976: Implications for Planning for a Minimum Level*, Nueva Delhi, Planning Commission of India, 1962. Aquí, Pant y su equipo escribieron: «La principal preocupación de nuestra planificación debe ser erradicar la pobreza lo antes posible. Ha llegado el momento en que debemos concentrar nuestros esfuerzos con intensidad en suministrar en un período de tiempo razonable una renta mínima asegurada a todos los ciudadanos del país. Progresivamente, este mínimo debería elevarse a medida que el desarrollo sigue su curso».

161. Amuezgar, «Requiem for the North-South Conference», p. 147.

162. *The Guardian*, «A Choice the World Must Face», p. 19.

163. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 16.

164. [Ibíd.](#), pp. 130-131.

165. [Ibíd.](#), p. 126.

166. *Ibíd.*, p. 78.

167. Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1979*, Washington D.C., Banco Mundial, 1979, pp. 16-19.

168. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, pp. 187-188.

169. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 34. En un pasaje posterior, el informe señala que los valores del Norte requieren un reajuste, pues el Norte «no debe desarrollar políticas egoístas que agoten los valiosos recursos del mundo; también debe encontrar nuevas pautas de crecimiento más sensibles a las necesidades del mundo». *Ibíd.*, p. 270.

170. Gunder Frank, «North-South and East-West Keynesian Paradoxes», p. 677.

171. El Informe del Comité de los 20 reclamaba un papel mayor de la moneda en el FMI, los derechos especiales de giro (DEG), solicitando incluso que los DEG fueran «el principal activo de reserva en el sistema monetario internacional». Y aún más, «mientras que la creación de reservas ha supuesto en el pasado transferencias de recursos a los productores de oro y los centros de reservas, sería apropiado que, con una reforma del sistema, una mayor proporción de los beneficios derivados del paso a la creación de reservas en forma de DEG se canalizara a los países en vías de desarrollo mediante un acuerdo». FMI, *International Monetary Reform: Document of the Committee of 20*, Washington D.C., FMI, 1979, p. 96. Sobre el fracaso del Comité de los 20 para promover un programa desde 1972 hasta 1979, véase Toye y Toye, *The UN and Global Political Economy*, p. 238.

172. Brandt, *My Life in Politics*, p. 345.

173. *Ibíd.*, p. 347.

174. Elson, «Brandt Report», p. 119. De hecho, a Brandt le preocupaban las consecuencias de la «lucha de clases internacional» y deseaba mejorarla, en lugar de uncirla al cambio social. «Willy Brandt y Altaf Gauhar», p. 9.

175. La reunión del NOAL de La Habana de 1979 hizo este llamamiento mientras se concluía el informe. Comisión Brandt, *Common Crisis North-South*, p. 265.

176. «Willy Brandt and Altaf Gauhar», p. 13. Abundan las evidencias en este aspecto. Un informe de 1975 muestra que el Norte prefiere no bloquear ni presentar nuevas propuestas, sino «hablar hasta que se mueran». Ann Crittenden, «Doubt is Voiced on Impact of US Plan on Poor Lands», *The New York Times*, 19 de septiembre de 1975, p. 4. Roger Hansen señaló en verano de 1980 que «en el diálogo de finales de la década de 1970 las respuestas del Norte ante las iniciativas del Sur no dejaron de ser fundamentalmente negativas. Encabezado por Estados Unidos, el Norte siguió rechazando casi todas las propuestas del Sur sin comprometerse con ninguna negociación seria y raras veces, si es que hubo alguna, presentó propuestas alternativas por iniciativa propia». Roger Hansen, «North-South Policy: What is the Problem?», *Foreign Affairs* 58:5 (1980), p. 1 y 105.

177. Bruno Kreisky, *The Struggle for a Democratic Austria*, Nueva York, Berghahn Books, 2000, Capítulos 12 (sobre Brandt) y 25 (sobre el Tercer Mundo y, en menor extensión, sobre Cancún).

178. La CIA no estaba de acuerdo, como se apreciaba en un análisis retrospectivo de 1984: «Las presiones sobre el antiguo presidente López Portillo para que incrementara el gasto público se volvieron insoportables cuando México se convirtió en exportador neto de petróleo, pero la tendencia del expresidente a formular planes grandiosos contribuyó de forma significativa al catastrófico ciclo de expansión y contracción que le siguió». Cabe destacar lo mucho que el pensamiento neoliberal había contaminado a los servicios de inteligencia. «The Outlook for Mexico», *National Intelligence Estimate*, pp. 81-84, 25 de abril de 1984, *CIA Electronic Reading Room*.

179. Margaret Thatcher, *The Downing Street Years*, Londres, HarperCollings, pp, 168-169 [hay trad. cast.: *Los años de Downing Street*, Madrid, El País, Aguilar, 1993, p. 166]. El 16 de junio de 1980, Thatcher se dirigió a la Cámara de los Comunes: «No estamos de acuerdo con que se deba celebrar la que se ha denominado "cumbre Brandt". Como sus señorías deducirán a partir de lo que he dicho, hemos analizado una serie de aspectos relacionados con el informe Brandt». Era inconcebible permitir que Brandt estableciera las prioridades.

180. Carta de Thatcher a Reagan, 20 de agosto de 1981. Archivo del Jefe del Estado de la Agencia Nacional de Seguridad, Caja nº 35, Biblioteca Presidencial Ronald Reagan.

181. Louis A. Pérez, Jr., «Fear and Loathing of Fidel Castro: Sources of US Policy toward Cuba», *Journal of Latin American Studies*, vol. 34, nº 2, mayo 2002, pp. 245-246.

182. Jha, p. 61.

183. Bernard Gwertzman, «US Reports Shooting Down 2 Libya Jets that Attacked F-14's Over Mediterranean», *The New York Times*, 20 de agosto de 1981, p. A1.

184. «Joint Letter by the Chairman and the Member of the North-South Commission, Brandt and Ramphal, to the participants of the Cancún Summit 11 September 1981», Archivos de la Socialdemocracia, Nord-Süd Kommission, 3 (*Berliner Ausgabe*, vol. 8), Fundación Friedrich Ebert.

185. Bernard D. Nossiter, «Parley in Cancún: Next Step By World's Leaders in Doubt», *The New York Times*, 25 de octubre de 1981, p. 12; y Kurt Waldheim, «The United Nations: The Tarnished Image», *Foreign Affairs*, vol. 63, nº 1, otoño 1984, p. 99.

186. Howel Rainers, «President Asserts meeting in Cancún was Constructive», *The New York Times*, 25 de octubre de 1981, p. A1.

187. Thatcher, *The Downing Street Years*, p. 169 [hay trad. cast.: *Los años de Downing Street*, Madrid, El País, Aguilar, 1993, pp. 166-167]. No fueron solo Reagan y Thatcher: los alemanes occidentales y los demás Estados del G-7 estaban todos de acuerdo. Reagan lo sabía por un memorándum de la CIA anterior a Cancún, en el que se le informaba de que los alemanes occidentales y los británicos «se oponían al texto promovido por el Grupo de los 77 (el sector de los países en vías de desarrollo de Naciones Unidas) porque reduciría la autonomía de agencias de la ONU como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional». CIA, «Prospects for a North-South Summit on International Economic Development and Cooperation», 12 de enero de 1981, CIA National Foreign Assessment Center.

188. Alan Riding, «Reagan Supports Talks on Poverty in Cancún Speech», *The New York Times*, 23 d octubre de 1981, p. A12.

189. En 1971, la señora Gandhi promovió un programa de *garibi hatao* («erradicación de la pobreza») del que formaban parte esencial elementos como el Plan de Choque para el Empleo Rural; cuatro años más tarde, durante el período de emergencia, impulsó la liberalización de las normas comerciales. En ella siempre había un poco de todo. Cuando regresó al poder tras el «presupuesto para terratenientes» de Charan Singh en 1979, que incrementó los subsidios agrarios, no pudo permitirse renunciar a ellos; de haberlo hecho, los terratenientes hubieran echado a perder sus perspectivas de reelección.

190. Julius Nyerere, «The Rabbit and the Elephant: The Challenge to the South», *The North-South Institute*, Ottawa, 1991, p. 13.

191. Mohammed Bedjaoui, que posteriormente sería jurista de la Corte Internacional de Justicia, sabía lo que quería. Fue el autor de *Towards a new International Economic Order*, Nueva York, UNESCO, 1979 [hay trad. cast.: *Hacia un nuevo orden económico internacional*, Salamanca, Sígueme, Paris, UNESCO, 1979].

192. Riding, «Reagan Supports Talk on Poverty», p. A1.

193. Bernard D. Nossiter, «Cancún is Cool to Reagan Call for Multiple Talks», *The New York Times*, 23 de octubre de 1981, p. A12.

194. Ibídem; Bernard D. Nossiter, «Parley in Cancún: Next Step By World's Leaders in Doubt», *The New York Times*, 25 de octubre de 1981, p. 12.

195. Banco Mundial, *Sub-Saharan Africa: Progress Report on development Prospects and Programs* («Informe Berg»), Washington D.C., Banco Mundial, 1983, p. 29. Para conocer una perspectiva alternativa, véase Esther Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth*, Londres, Allen & Unwin, 1965 [hay trad. cast.: *Las condiciones del desarrollo en la agricultura: la economía del cambio agrario bajo la presión demográfica*, traducción de Ángel Falder Rivero, Madrid, Tecnos, 1967].

196. Brandt, *My Life*, p. 350.

197. «Peruvian is Sworn in at UN: Assails Disparities in Wealth», *The New York Times*, 16 de diciembre de 1981, p. A6.

1. Working Party on South-South Cooperation (Comisión del Sur), «South-South Cooperation: A Strategic option», 7 de noviembre de 1988, p. 28. Archivos de la Comisión Sur (en adelante, ACS), Centro del Sur, Ginebra, Documento South IV/5. Los documentos de la Comisión Sur no están catalogados, de modo que los números que utilizo para referirme a ellos no aparecen de forma consecutiva. Son, sencillamente, los números que llevaban impresos los documentos en el momento en que se elaboraron.

2. «Group of 7, Meet the Group of 33», *The New York Times*, 26 de diciembre de 1987.

3. «Statement of the G6 Finance Ministers and Central Bank Governors (Louvre Accord). Canada, France, Germany, Japan, United Kingdom, United States. Paris, France, February 22, 1987».

4. Para un conjunto de artículos excelentes y muy ilustrativos sobre el proyecto intelectual del liberalismo, véase Philip Mirowski y Dieter Plehwe, eds., *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, Cambridge, Harvard University Press, 2009. Las prescripciones políticas del pensamiento liberal son más ideológicas que prácticas, pues están en manifiesta contradicción con las políticas reales implantadas en su nombre (no tanto el *laissez faire* como la gestión de la regulación en beneficio del capital financiero). El neoliberalismo representa la restauración de las clases dominantes en nombre de la libertad. Martijn Konings, «Rethinking Neo-Liberalism and the Crisis: Beyond the Re-Regulation Agenda», en Konings y Sommers, *The Great Credit Crash*.

5. *Proceedings of the United Nations Conference on Trade and Development*, Sexta Sesión, Belgrado, 6 de junio-2 de julio de 1983, Vol. 1: *Report and Annexes*, Nueva York, Naciones Unidas, 1984, p. 8.

6. Para hacerse una idea de por qué Mahathir promovió la comisión, véase Johan Saravanamuttu, «Malaysia's Foreign Policy in the Mahathir Period, 1981-1995: An Iconoclast Come to Rule», *Asian Journal of Political Science* 4:1 (junio 1996), p. 6.

7. «*South-South II: Charting the Way Forward*», *Third World Foundation News: Third World Quarterly* 8:4 (1986), p. 1.421. La apelación a algo nuevo se remonta a principios de la década de 1980. Es precisamente una de las razones para la creación de la Fundación del Tercer Mundo, dirigida por el intelectual y funcionario pakistaní Altaf Gauhar; y financiada, por desgracia, por el Banco de Crédito y Comercio Internacional (BCCI). En sus diversas reuniones, así como en su revista, *Third World Quarterly*, la fundación promovió una evaluación de esta naturaleza. En 1982, en una de sus reuniones, Shridath Ramphal señaló lo siguiente: «El Sur debe contribuir a sentar los cimientos intelectuales del nuevo orden. Su aportación debe trascender la de la mera formulación. En resumen, la respuesta al fracaso del diálogo debe ser la imaginación y la creatividad... y la perseverancia». Shridath Ramphal, «South-South: Parameters and Pre-Conditions», *Third World Quarterly* 4:3 (julio 1982), p.462. El fantasma del fracaso de Brandt sobrevolaba buena parte de estas palabras, así como la defunción del NOEI.

8. Comentario de Branislav Gosovic, 13 de enero de 2012.

9. Julius Nyerere, «South-South Option: Third World Lecture 1982», *Third World Quarterly* 4:3 (julio 1982), p. 433.

10. «Creo en realidad que deberíamos describir la evolución del pensamiento en el seno de la comisión, las oleadas de cambio que atravesó y por qué. Creo que el mero registro histórico de sus deliberaciones podría ser incluso más importante que las recomendaciones que formuló. Pues el mundo cambia más que la comprensión histórica». Carta de Devaki Jain a Branslav Gosovic, 25 de noviembre de 1997, ACS.

11. Issa Shivji, «Electoral Politics, Liberalization and Democracy», y Andrew Kiondo, «Economic Power and Electoral Politics in Tanzania», en Rwekaza Mukundala y Haroub Othman, eds., *Liberalization and Politics: The 1990 Elections in Tanzania*, Dar es Salaam, University of Dar es Salaam Press, 1994. En 1979, Nyerere señaló, *Third World Quarterly* 1:2 (abril 1979), p. 22.

Los problemas de un ministro de Asuntos Exteriores no son los mismos que los de un ministro de Finanzas. El pobre ministro de Finanzas acude al Fondo Monetario Internacional en busca de ayuda. Necesita dinero y el fondo le exige que cumpla determinadas condiciones. Se preocupa porque yo hablo constantemente de ideales. Le pido que rechace las condiciones. «Pero, señor presidente, ¿cómo voy a salvar el agujero?» Soy consciente de que tengo que transigir porque tengo que cumplir un objetivo. ¡Me prometo a mí mismo ser más duro la próxima vez!

JULIUS NYERERE, «Third World Negotiating Strategy»

12. Prashad, *The Darker Nations*, pp. 191-203 [hay trad. cast.: *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Península, 2012].

13. Julius Nyerere, «The Economic challenge: Dialogue or Confrontation» (Inglaterra, 21 de noviembre de 1975), *International Development Review* 18:1 (1976), p. 242.

14. *Preparation for an International Development Strategy for the Third United Nations Development Decade*, documento 33/193, 95ª Reunión Plenaria, 33ª Sesión de la Asamblea General de Naciones Unidas, 29 de enero de 1979.

15. Julius Nyerere, «Address to the Summit Conference of the Non-Aligned Movement», Belgrado, Yugoslavia, 4 de septiembre de 1989, ACS. Diez años antes, en Arusha, Nyerere fue más elocuente: «La denominada neutralidad del mercado mundial resultó ser neutralidad entre el explotador y los explotados, entre el ave de presa y su víctima». Julius Nyerere, «Unity for a New Order», en Khadija Haq, ed., *Dialogue for a New Order*, Nueva York, Pergamon Press, 1980, p. 3.

16. Nyerere, «South-South Option», p. 437.

17. Ibídem

18. Buena parte del programa esbozado por Nyerere recordaba al del economista pakistaní Mahbub ul Haq, cuyo «Beyond the Slogan of South-South Cooperation» (en Haq, *Dialogue for a New Order*) constituye una buena introducción. Para conocer más, véase su obra *The Poverty Curtain: Choices for the Third World*, Nueva York, Columbia University Press, 1976 [hay trad. cast.: *La cortina de la pobreza: opciones para el Tercer Mundo*, traducción de Carlos Valdés, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1978]. Ul-Haq fue el pionero del *Informe de Desarrollo Humano* del PNUD y de sus diferentes indicadores de desarrollo humano.

19. *Crónica de un viaje para la historia: La Comisión del Sur: Un reto para el mundo en desarrollo*, Caracas, Oficina del Comisionado en Venezuela, 1987, p. 71; y «A Gleam in the South», *IDFA Dossier*, n° 60 (julio-agosto 1987), p. 2.

20. *Crónica*, p. 63; Noël Cannat, *L'Honneur des pauvres: Valeurs et strategies des populations dominées à l'heure de la mondialisation*, Paris, Éditions Charles Léopold Mayer, 1997, p. 66.

21. Cecilia Blondet, «El movimiento de mujeres en el Perú», en Julio Cotler, ed., *Perú 1964-1994: Economía, Sociedad y Política*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, p. 104.

22. *Crónica*, p. 87.

23. Para una breve exposición de su vida, véase María Elena Moyano, *The Autobiography of Maria Elena Moyano: The Life and Death of a Peruvian Activist*, Gainesville, University of Florida Press, 2000.

24. Thomas Weiss, Tatiana Carayannis, Louis Emmerij y Richard Jolly, *UN Voices: The Struggle for Development and Social Justice*, Bloomington, Indiana University Press, 2005, p. 258.

25. [Ibídem](#), p. 229.

26. Para conocer más detalles, véase Michael McKinnon, *Friends in Need: The Kuwait Fund in the Developing World*, Londres, I. B. Tauris, 1997, p. 67.

27. Toye y Toye, *The UN and Global Political Economy*, p. 248.

28. Julius Nyerere, «Third World Negotiating Strategy», *Third World Quarterly* 1:2 (abril 1979), p. 21.

29. Varios comisionados apenas desempeñaron papel alguno en las deliberaciones. Celso Furtado solo asistió a una reunión, como también el cardenal Paulo Arns; la experiencia de estos dos brasileños se perdió. Manley estaba enfermo, pero remitió sus réplicas a los distintos borradores. Widjojo Nitisastro, un destacado economista indonesio, solo asistió al final del proceso. Su principal papel consistió en contribuir a crear el Centro del Sur.

30. Una de las limitaciones de este capítulo reside en que no ha sido posible acceder a los documentos de Joan Wicken, incluidas sus notas y su diario, que se encuentran en la Rhodes House de la Universidad de Oxford.

31. Julius Nyerere, «Discussion notes», octobre 1987, ACS.

32. La metáfora que encabeza este apartado procede de la novela de Jorge Volpi, *No será la tierra*, Madrid, Alfaguara, 2006.

33. Banco Mundial, *World Development Report 1989: Financial Systems and Development. World Development Indicators*, Oxford, Oxford University Press, 1989, pp. 204-213 (datos extraídos de las tablas 21 a 25) [hay trad. cast.: *Informe sobre desarrollo mundial 1989: Los sistemas financieros y el desarrollo indicadores del desarrollo mundial*, Washington D.C., Banco Mundial, 1989].

34. Discurso de apertura de V.P. Singh en la reunión de Punta del Este, GATT, MIN (86)/ST/33, 17 de septiembre de 1986.

35. Una autoridad argentina defendió la posición de quienes perseguían este tipo de acomodo silencioso: «También se entiende que cuanto más agresivo se es, más difícil resulta conseguir cosas». Ernest H. Pegg, *Traders in a Brave New World*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, pp. 47-48.

36. Michael Manley, «A Programme and Possible Methodology for Stimulating South/South Cooperation», diciembre de 1987, p. 2, ACS.

37. Entrevista del autor a Devaki Jain, Nueva Delhi, 7 de enero de 2010.

38. C. G. Somiah, *The Honest Always Stand Alone*, Delhi, Niyogi Books, 2010, pp. 142-144.

39. Rajiv Gandhi había liberado a «uno de sus cargos clave para que fuera Secretario General. Estoy seguro de que en este puesto central, el señor Manmohan Singh realizará una gran aportación al éxito de nuestra tarea». Carta de Nyerere a Gro Brundtland, 17 de agosto de 1987, ACS.

40. En 1972, el embajador de la India, G. J. Malik, recibió a Manmohan Singh en Lima, Perú. Singh era entonces jefe de los asesores económicos del Ministerio de Finanzas. «¿Es usted socialista?», preguntó Malik a Singh. «Claro que no —replicó el asesor—. Soy funcionario y la ley no me permite pertenecer a ningún partido político. En realidad, ni siquiera se me permite decir a nadie a quién he votado en unas elecciones. Resulta que nunca he votado en unas elecciones. Mis opiniones políticas son mías y no tengo ninguna obligación de suscribir las del gobierno de turno». «Es usted un hombre muy valiente —dijo Malik. Y a continuación añadió—: «Nunca hemos vuelto a hablar de política desde entonces». G. J. Malik, «The Last Days of Salvador Allende», en Krishna V. Rajan, ed., *The Ambassador's Club: The Indian Diplomat at Large*, Nueva Delhi, HarperCollins, 2012, p. 136.

41. Chandra Hardy, «Mexico's Development Strategy for the 1980s», *World Development* 10:6 (junio 1982); y «Africa's Debt: Structural Adjustment with Stability», en Robert J. Berg y Jennifer Seymour Whitaker, eds., *Strategies for African Development*, Berkeley, University of California Press, 1986.

42. Chandra Hardy, «The Debt Problem in 1988», 19 de enero de 1988, p. 2, ACS.

43. En el artículo que redactó para la Comisión del Sur, Alwyn Taylor, del Centro Africano de Estudios Monetarios, señalaba que los programas de austeridad «tienen como consecuencia frustrar el crecimiento a largo plazo de estas economías». «The African Debt Crisis», artículo elaborado para la Comisión del Sur. Dakar, diciembre 1987, p. 6, ACS.

44. Hardy, «Debt Problem in 1988», p. 7.

45. Hardy, «Africa's Debt», pp. 470-471.

46. Hardy, «Debt Problem in 1988», p. 11.

47. *Ibíd.*, p. 4.

48. Manmohan Singh, «Elements for a South Commission Statement on the Debt Issue», 28 de diciembre de 1987, primer borrador, p. 2, ACS.

49. [Ibíd.](#), p. 14.

50. Ibídem, pp. 14-15. Manmohan Singh expuso esta idea en una conferencia de prensa celebrada en Misurata, Libia, el 27 de marzo de 1989. Los acreedores tienen cárteles, señalaba, mientras que los deudores se dejan «estrangular uno por uno, y caso a caso». «Debtors' Forum to Avoid Bondage», *South Letter* 1 (abril 1989), p. 7.

51. Jorge Eduardo Navarrete, «Debt Management Options for Middle Income Countries: A Working Paper for the South Commission», noviembre 1987, p. 3, ACS.

52. Luiz Carlos Bresser-Pereira, «A Debtor's Approach to the Debt Crisis», en Christine A. Bogdanowicz-Bindert, ed., *Solving the Global Debt Crisis*, Nueva York, Harper & Row, 1989; y para una retrospectiva llamativamente abierta sobre la crisis de la deuda de Brasil y el papel de las instituciones de Washington, véase Luiz Carlos Bresser-Pereira, «A Turning Point in the Debt Crisis: Brazil, the US Treasury and the World Bank», *Revista de Economía Política* 19:2 (abril-junio 1999).

53. En septiembre de 1987, el G-24 señaló: «En el mercado cunde la sensación de que parte de la deuda es imposible de cobrar». Navarrete, «Debt Management», p. 5.

54. Singh, «Elements», pp. 4 y 8.

55. *Ibíd.*, p. 15.

56. Davaki Jain, «South Commission's First Meet: A participant's View», 29 de octubre de 1987, ACS, ofrece cierta idea de cómo en las discrepancias de la primera reunión acerca de parte de las cuestiones sustanciales frenaron a la comisión («Por tanto, no se emitió ninguna declaración sobre la deuda...») y cómo la limitación de su cometido impedía que la comisión interviniera en «conflictos nacionales, ni siquiera internacionales; no tenía la influencia necesaria, ni tampoco era [ese] su papel».

57. Sobre el «riesgo moral» y los bancos, Singh escribió que si no hay ninguna ayuda, «los gobiernos de los países acreedores imponen préstamos malos. Fomentan así políticas crediticias inadecuadas por parte de los bancos comerciales, que ahora esperan que sus gobiernos les ayuden a recuperar incluso los peores préstamos soberanos». Singh, «Elements», p. 13. Sobre el cártel de los deudores, las actas de la reunión de Kuala Lumpur ponían de relieve «la propuesta de crear un foro de deudores» y «reclamaban un papel activo y catalizador por parte de la comisión». «Chairman's Report on the Second Meeting of the South Commission», 1988, ACS, South II/12, confidencial.

58. Para una versión favorable del Plan Baker, véase Jeffrey Sachs, «Making the Brady Plan Work», *Foreign Affairs* 68:3 (verano 1989).

59. Carta de Nyerere al presidente George Bush, Dar es Salaam, Tanzania, 24 de junio de 1989, ACS. En los archivos no consta respuesta.

60. En 1883, a París acudieron solo quince países para firmar el acuerdo. De ellos, tres (Ecuador, El Salvador y Guatemala) asistían como protectorados estadounidenses, y llegaron en el mismo vapor que trasladó a la delegación estadounidense. Los franceses llevaron a los tunecinos. Países Bajos, Serbia y Suiza no tenían ley nacional de patentes y, sin embargo, participaron en la elaboración de un acuerdo internacional. *The Paris Convention for the Protection of Industrial Property from 1883 to 1983*, Ginebra, International Bureau of Intellectual Property, 1983.

61. Como había sucedido siempre. Entre noviembre de 1975 y julio de 1978 se reunió en seis ocasiones el grupo del Código Internacional de Conducta en la Transferencia de Tecnología de la UNCTAD. Trasladó su trabajo a la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Código Internacional de Conducta en la Transferencia de Tecnología, que también se reunió en seis ocasiones entre 1979 y 1985. Un punto muerto interrumpió las deliberaciones, sobre todo con la presión ejercida por el Norte sobre las cuestiones relacionadas con velar por el cumplimiento de la ley y resolver disputas. Un proceso paralelo se desarrolló desde el grupo de la UNCTAD hasta la OMPI, que celebró cuatro sesiones entre febrero y marzo de 1984. Su labor también se atascó en las mismas cuestiones. Estas instancias, en las que el Sur contaba con una base negociadora más amplia, fueron abandonados por el GATT, dominado por el Norte.

62. «Statement on the Uruguay Round. Adopted by the South Commission, at its third meeting, Cocoyoc, Mexico, 5-8 August 1988», p. 1, ACS [hay trad. cast.:disponible en http://aleph.academica.mx/jspui/bitstream/56789/5583/1/DOCT2065069_ARTICULO_11.F p. 532]. Cuando no difiere del borrador, cito la declaración final. Cuando hay diferencias, recurro al borrador.

63. I. William Zartman, «Negotiating from Asymmetry: The North-South Stalemate», *Negotiation Journal* 1:2 (abril 1985); Constantine Michalopoulos, «The Developing Countries in the WTO», *World Economy* 22:1 (1999); J. Michael Finger, «Implementing the Uruguay Round Agreements: Problems for Developing Countries», *World Economy* 24:9 (2001).

64. Todo esto estaba claro en el momento en que la Comisión del Sur se puso a trabajar. El principal texto sobre la nueva economía era M. J. Piore y C. F. Sabel, *The Second Industrial Divide*, Nueva York, Basic Books, 1984 [hay trad. cast.: *La segunda ruptura industrial*, traducción de María Esther Rabasco y Luis Toharia, Madrid, Alianza, D.L. 1990], que se basaba en las ideas de A. Touraine, *The Post-Industrial Society: Tomorrow's Social History*, Nueva York, Random House, 1971 [hay trad. cast.: *La sociedad post industrial*, traducción de Juan Ramón Capella y Francisco J. Fernández Buey, Barcelona, Ariel, 1973].

65. «Statement on the Uruguay Round», p. 10 [hay trad. cast.: disponible en http://aleph.academica.mx/jspui/bitstream/56789/5583/1/DOCT2065069_ARTICULO_11.PDF, p. 534].

66. Chakravarti Raghavan, *Recolonization: GATT, the Uruguay Round and the Third World*, Londres, Zed Books, 1990.

67. Deepak Nayar, «The Dunkel Text: An Assessment», *Social Scientist* 20:1-2 (enero-febrero 1992), p. 112; y S. P. Shukla, «The Emerging International Trading Order: A Story of the Uruguay Round», en G. S. Bhalla y Manmohan Agarwal, eds., *World Economy in Transition*, Simla, Indian Institute of Advanced Study, 1992.

68. Abdus Salam, «Notes on Science and High Technology in the Development of the South», elaborado para la 3ª Reunión de la Comisión del Sur, 5-8 de agosto de 1988, Cocoyoc, México, 28 de junio de 1988, ACS, South III/2, restringido. Las cifras podrían no ser lo bastante reveladoras. Al mismo tiempo que China producía más científicos, volvía la espalda a la tradición científica popular nacida de la revolución de 1949. Sigrid Schmalzer, «On the Appropriate Use of Rose-Colored Glasses: Reflections on Science in Socialist China», *Isis* 98 (2007).

69. Daniel Querol, *Genetic Resources: Our Forgotten Treasure, Technical and Socio-Economic Approaches*, Kuala Lumpur, Third World Network, 1988.

70. Salam, «Notes on Science», p. 14. Véase también la carta de Abdus Salam a Manmohan Singh, 5 de junio de 1989, con adjuntos, ACS.

71. En junio de 1989, Abdus Salam escribió para la Comisión del Sur una nota que esperaba que pasara a ser un apéndice del informe final. En ella señala que «con la excepción de los países del "cinturón confuciano" como China o Singapur, o Brasil o la India, [m]uy pocos países en vías de desarrollo son conscientes de la necesidad de la "Alta" Tecnología o han hecho progresos en ese terreno, siendo el sentimiento generalizado que este área en su conjunto queda fuera de su alcance. Es este sentimiento de falta de interés y de fe en sus propios científicos lo que se debe combatir, puesto que el futuro reside indudablemente en esto». Comentario de Abdus Salam, 5 de junio de 1989, pp. 5-6, ACS.

72. «Statement on the Uruguay Round», pp. 12-13 [hay trad. cast.:disponible en http://aleph.academica.mx/jspui/bitstream/56789/5583/1/DOCT2065069_ARTICULO_11.PDF, p. 539].

73. Ibídem, pp. 9-10 y 13. En la Asamblea Mundial de la Salud celebrada el 6 de mayo de 1981, la primera ministra de la India, Indira Gandhi, expuso los argumentos en favor de la libre transferencia: «Mi idea de un mundo mejor ordenado es aquella en la que los descubrimientos médicos estarían libres de patentes y no se obtendría ningún beneficio de la vida, ni de la muerte». Una posición soberbia, pero que no siguió ella misma durante su largo mandato como primera ministra; no insistió en que la medicina hindú fuera libre y universal.

74. Como escribió en 1989 el influyente teórico de la organización empresarial, Peter Drucker, «el 90 % o más de las transacciones financieras de la economía transnacional no sirve a lo que los economistas considerarían una función económica». Peter Drucker, *The New Realities*, Londres, Heinemann, 1989, p. 121 [hay trad. cast.: *Las Nuevas realidades en el estado y la política, en la economía y los negocios, en la sociedad y en la imagen del mundo*, Barcelona, EDHASA, 1989, p. 189].

75. «Statement on the Uruguay Round», p. 12 [hay trad. cast.: disponible en http://aleph.academica.mx/jspui/bitstream/56789/5583/1/DOCT2065069_ARTICULO_11.PDF, p. 538].

76. Por ejemplo, «Ya desde principios de la década de 1980, las autoridades del gobierno y los líderes del Congreso estadounidense empezaron a hacer circular la idea de una nueva ronda de negociaciones comerciales que incluyera en la cartera del GATT algunas áreas de especial preocupación para la expansión internacional de las empresas estadounidenses, sobre todo en lo referente a servicios, inversión exterior directa y derechos de propiedad intelectual». «Draft: Statement on the Uruguay Round», junio de 1988, p. 2, ACS. Otros énfasis como «encabezada por Estados Unidos» (p. 30) desaparecieron. El dedo señalaba al Norte en términos generales, no directamente a Estados Unidos, que en la 8ª Ronda del GATT libraba el combate por la OCDE y rechazaba la presión ejercida por Europa sobre la agricultura.

77. Chakravarti Raghavan, «South Commission Official Calls for Global Perestroika», *SUNS* 1983 (20 de julio de 1988). Esta expresión sería recogida, pero después se olvidaría. Gro Harlem Brundtland la utilizó en la conferencia que pronunció en la entrega del Premio del Tercer Mundo, en Harare, Zimbabue, el 24 de abril de 1989. Había llegado el momento, dijo ella, de «recuperar el proceso que quedó a mitad de camino en Cancún [...] [Necesitamos] una *perestroika* global». «Brundtland Calls for World Consensus for Growth», *South Letter* 2 (junio 1989), p. 11. En 1992, el politólogo Robert W. Cox escribió un artículo al respecto, «Global Perestroika», en *Socialist Register* 28 (1992), pero no expuso el contexto en el que apareció el término; a saber, la Comisión del Sur y como crítica del poder y la intransigencia del Norte.

78. Como dijo en 1985 Jorge Arturo Reina, el político hondureño, «para aplastarnos Estados Unidos ha puesto la mirada en Nicaragua, las manos en El Salvador y los pies en Honduras». James Dunkerley, *Power in the Isthmus: A Political History of Modern Central America*, Londres, Verso, 1988, p. 517.

79. Entre la galería de granujas se encuentran activistas del movimiento musulmán Sazman-i Jawanan-i (Jóvenes Musulmanes) tan venerables como Gulbuddin Hekmatyar (que se labró su reputación en la Universidad de Kabul por arrojar ácido al rostro de estudiantes femeninas) o Ahmed Shah Massoud (quien posteriormente sería tratado como una celebridad en Europa calificándolo del Che Guevara afgano, pero cuyas raíces se hundían con fuerza en el suelo de una hermandad profundamente reaccionaria).

80. Dunkerley, *Power in the Isthmus*, p. 267.

81. Piero Gleijeses, *The Cuban Drumbeat*, Calcuta, Seagull Books, 2009, p. 37.

82. Andrei Kirilenko lo dijo con claridad el 17 de marzo de 1979: «La cuestión que se plantea es: «¿Contra quién lucharán nuestras tropas, si es que las enviamos? ¿Contra los insurgentes? ¿O se les han unido un gran número de fundamentalistas religiosos, es decir, de musulmanes y, entre ellos, mucha gente de a pie? Por consiguiente, se nos pedirá que la guerra la hagamos en buena medida contra el pueblo». «Meeting of the Politburó of the Central Committee of the Communist Party of the Soviet Union», 17 de marzo de 1979, Archivos de la Seguridad Nacional (NSA), Washington D.C. Traducido al inglés por Svetlana Savranskaya.

83. «Meeting of the Politburo», 18 de marzo de 1979, NSA.

84. «Gromyko-Andropov-Ustinov-Ponomarev Report to CPSU CC on the Situation in Afghanistan, June 28, 1979. Top Secret. Special File», *Cold War International History Project Bulletin* 8-9 (invierno 1996-1997), pp. 152-153.

85. Roy Allison, *The Soviet Union and the Strategy of Non-Alignment in the Third World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 91.

86. «Memorandum of Conversation in the Oval Office: American Strategy at the UN», 12 de abril de 1975, Casa Blanca, Colección de Memorandos de Conversación del Asesor Nacional de Seguridad, Caja 10, Biblioteca Presidencial Gerald Ford.

87. Paul Lewis, «UN Support for US Hits New Low», *The New York Times*, 16 de mayo de 1989, p. A10.

88. Javier Pérez de Cuéllar, *Pilgrimage for Peace*, Nueva York, St. Martin's Press, 1997, p. 10.

89. Boutros Boutros-Ghali, *Unvanquished: A US-UN Saga*, Nueva York, Random House, 1999, p. 67.

90. La presión ejercida sobre el UNCTAD comenzó desde su nacimiento, a principios de la década de 1960. A mediados de la década de 1960, después de la UNCTAD I, con Raúl Prebisch en el cargo, Estados Unidos presionó a la UNCTAD para que fusionara parte de sus actividades con el GATT. Según R. Krishnamurti, segundo de abordó de Prebisch, eso «habría impedido el dinamismo de la evolución de la UNCTAD». «UNCTAD-GATT Relationship (1965-1968)», p. 1, Documentos de R. Krishnamurti (en posesión del autor). Prebisch lo acompañaba con la medida de tener algún tipo de relación, solo porque era consciente de la política de distanciar a Estados Unidos. La UNCTAD estaba abierta a ser socia del GATT y acudió a la reunión del Comité de Comercio y Desarrollo del GATT, celebrada en Punta del Este en enero de 1968. Aquí Estados Unidos apretó el acelerador finalmente al insistir en que si la UNCTAD no se plegaba ante el GATT, no permitiría que hubiera un comité conjunto de programación. En este aspecto se aprecia la sensación del envite en la «Note on Conversation with GATT Officials on Friday, 20 May 1966», así como en la carta dirigida por Wyndham White (secretario ejecutivo del GATT) a Prebisch (secretario general de la UNCTAD) el 9 de marzo de 1967. Ambos se encuentran entre los Documentos de Krishnamurti.

91. «UNCTAD Says Trade Curbs Have increased», *South Letter* 1 (abril 1989), p. 8.

92. «Strengthening National and International Action and Multilateral Cooperation for a Healthy, Secure and Equitable World Economy», la 8ª Sesión de la UNCTAD, arrojó documentos que podrían proceder del GATT. La idea de «civilización empresarial» está desarrollada en Susan Strange, *States and Markets*, Nueva York, Balckwell, 1988. No es ninguna sorpresa que el secretario de la UNCTAD desde 2005 haya sido el señor Supachai Panitchpakdi, que anteriormente fue director general de la Organización Mundial del Comercio (2000-2005).

93. «Draft Work Programme of the South Commission and a Programme of Studies», 1 de febrero de 1988, p. 4, ACS, South II/3, restringido.

94. *Ibíd.*, p. 9.

95. «Issues in South-North Relations and the Management of the International System», 7 de noviembre de 1988, p. 16, ACS, South IV/7.

96. *Ibíd.*, p. 2.

97. «The Future of the United Nations System from the Perspective fo the Economic South», 7 de noviembre de 1988, p. 4, ACS, South IV/10.

98. «Chairman's Report on the Fifth Meeting of the South Commission», p. 5, ACS, South V/12, Confidential.

99. Carta de B. Persaud a Mnmohan Singh, 1 de junio de 1989, ACS.

100. Carta de S. Ramphal a Manmohan Singh, 12 de junio de 1989, pp. 1-2, ACS.

101. [Ibíd.](#), p. 3.

102. La ayudante de Nyerere, Joan Wicken, escribió lo siguiente a Manmohan Singh:

En conversación conmigo, el presidente dijo que no podía señalar con exactitud qué es lo que le preocupaba ahora del borrador, pero de algún modo tiene la sensación de que el tono ha cambiado hasta el extremo de que ya no otorga liderazgo, ni lleva a las personas a querer hacer algo. No está seguro de si sigue debiéndose a que no le gusta aparentar que no existe el neocolonialismo o la necesidad de liberación, o si se trata de algo más que de eliminar esas palabras. Sería bueno que usted lograra «reafirmarlo» un poco y que adoptara un tono con más emoción y desafío. Pero no sé si eso es posible y que mientras siga resultando aceptable para la «oposición» [a saber, Ramphal y Correa].

Carta de JOAN WICKEN a MNMOHAN SINGH,
2 de diciembre de 1989

103. Ismail Sabri Abdalla, «Some Reflections on the Draft Report», 29 de junio de 1989, p. 5, ACS. Rafael Rodríguez era más claro y se quejaba de que «el concepto de imperialismo ha desaparecido por completo» y de que «se han evitado las referencias al Nuevo Orden Económico Internacional». Carta de Carlos Rafael Rodríguez a Manmohan Singh, 10 de julio de 1989, p. 10, ACS. Carlos Rafael Rodríguez, «Opinions», 1989, p. 1, ACS.

104. Carta de Ghazali Shafie a Manmohan Singh, 18 de agosto de 1989, p. 1, ACS.

105. Rafael Rodríguez, «Opinions», p. 10.

106. Devaki Jain, entrevista con el autor. En una reunión informal celebrada en Cancún en 1981, Nyerere refirió que lo primero que hacía todas las mañanas era escuchar la BBC. El primer ministro canadiense, Pierre Trudeau, bromeó diciendo que Nyerere pensaba todas las mañanas en la primera ministra británica. Thatcher replicó: «Yo también pienso en ti todas las mañanas, Julius». Alan Riding, «Cancún Meeting Fails to Resolve Key Differences», *The New York Times*, 24 de octubre de 1981, p. 5.

107. Un ejemplo de ello fue la crítica de Rodríguez del sector público, una vaca sagrada en algunos ámbitos del Sur:

Para abordar el problema de la privatización, creo que es importante señalar los errores en la gestión del sector público. El sector público es un fenómeno reciente. La privatización y la inversión exterior de manos privadas fue habitual durante los primeros cincuenta años de este siglo; no solo en América Latina, sino también en Asia. No ha funcionado. Ha conducido a la deformación de las estructuras de producción. No negamos que ciertas áreas del sector público que fueron indebidamente nacionalizadas deban privatizarse, pero la tendencia a privatizar es un error.

Carta de RODRÍGUEZ a MANMOHAN SINGH,
10 de julio de 1989, p. 18.

108. Devaki Jain, «Can We Have a Women's Agenda for Global Development?», *Development* 1 (1991), pp. 74-78.

109. Jain, «South Commission's First Meet», p. 5.

110. Ismail-Sabri Abdalla, «What Development?», 1988, p. 10, ACS, South III/3, Anexo 5.

111. Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class*, Londres, Bloomsbury, 2011, p. 9.

[112.](#) Resolución 31/133 de la Asamblea General de Naciones Unidas, «Voluntary Fund for the United Nations Decade for Women», 1:vi (16 de diciembre de 1976).

113. Marie-Angélique Savané, «The Dakar Seminar on "Another Development with Women"», *Development Dialogue* 1-2 (1982), p. 8.

114. [Ibíd.](#), p. 9.

115. Judith Zinsser, «From Mexico to Copenhagen to Nairobi: The United Nations Decade for Women, 1975-1985», *Journal of World History* 13:1 (2002), p. 162. Shahani procedía de una familia prominente. Su madre, Angela Valdez-Ramos, era una filipina que destacó como defensora de los derechos de las mujeres y su padre, Narciso Ramos, era un periodista y político liberal muy prestigioso. Su hermano, Fidel Ramos, fue un militar que implantó la ley marcial en nombre de Ferdinand Marcos, pero que después rompió con él. Fue presidente de Filipinas desde 1992 hasta 1998. Leticia Shahani fue un alto cargo de la ONU que regresó a la política nacional de su país cuando se dio cuenta de que «en la ONU, a pesar de todo lo que se habla de "un solo mundo" y de "la aldea global", a menos que tu país sea fuerte y haya elaborado una posición propia, no ejerce gran influencia en los asuntos internacionales». Steven Erlanger, «From a life of Privilege a Woman of Substance», *The New York Times*, 9 de noviembre de 1989.

116. Zinsser, «From Mexico», p. 166; y Nilüfer Cagatay, Caren Grown y Aida Santiago, «The Nairobi Women's Conference: Toward a Global Feminism?», *Feminist Studies* 12:2 (verano 1986), pp. 405-406.

117. Gita Sen y Caren Grown, *Women, Crisis and Alternative Visions: Third World Women's Perspectives*, Nueva York, Montly Review Press, 1987, p. 22 [*Desarrollo, crisis y enfoques alternativos: perspectivas de la mujer en el Tercer Mundo*, México D.F., El Colegio de México, 1988].

118. Devaki Jain, «South Commission», *Dawn*, abril-junio 1989, p. 3. Más significativamente, véase también su artículo «Defining Development», presentado en la reunión de DAWN sobre Alimentación, Energía y Crisis de la Deuda en relación con las Mujeres de la Región Africana, celebrada en el Instituto de Estudios Africanos de la Universidad de Ibadan, entre el 27 y 29 de septiembre de 1988. Jain subrayaba el «papel esencial» desempeñado por las mujeres y que estaba siendo «minimizado y, en ocasiones, absolutamente desplazado sin ofrecer una alternativa» (p. 8). Para DAWN y para el movimiento de las mujeres era fundamental llevar la lucha al núcleo de los asuntos y redefinir el desarrollo situando en su núcleo los intereses de las mujeres. En su comentario de 1989 a la Comisión del Sur, «The Gender Dimension of Development», ACS, Savané señalaba en buena medida el mismo aspecto.

119. En 1994, el Secretario General de la ONU designó a Noeleen Heyzer para que dirigiera UNIFEM. La señora Heyzer, miembro de DAWN, dirigió el trabajo sobre las mujeres en el sector de la economía sumergida del Sur con su libro pionero *Working Women in South-East Asia: Development, Subordination and Emancipation*, Milton Keynes, Open University Press, 1986, y después con otro libro posterior (coeditado con Gita Sen), *Gender, Economic Growth and Poverty: Market Growth and State Planning in Asia and the Pacific*, Nueva Delhi, Kali for Women, 1994.

120. Hilikka Pietilä, «Women: The Missing Element», en Centro del Sur, ed., *Facing the Challenge: Responses to the Report of the South Commission*, Londres, Zed Books, 1993, pp. 92-93.

[121](#). George Manuel y Michael Posluns, *The Fourth World: An Indian Reality*, Nueva York, Free Press, 1974.

122. [Ibíd.](#), p. 236.

[123](#). Ronald Niezen, *The Origins of Indigenism*, Berkeley, University of California Press, 2003.

124. Andrea Muehlebach, «"Making Place" at the United Nations: Indigenous Cultural Politics at the UN Working Group on Indigenous Populations», *Cultural Anthropology* 1:3 (2001), p. 416.

[125](#). Ismail Sabri Abdalla, «Reflections on Maputo Draft Report», 29 de junio de 1989, pp. 6-7, ACS.

126. Jim Igoe, «Becoming Indigenous Peoples: Difference, Inequality and the Globalization of East African Identity Politics», *African Affairs* 420 (2006), p. 413; y Moringe Parkipuny, «The Human Rights Situation of Indigenous Peoples in Africa», *Fourth World Journal* 4:1 (1989).

127. John Walton y David Seddon, *Free Markets and Food Riots: The Politics of Global Adjustment*, Oxford, Blackwell, 1994, p. 39.

128. Richard Buckminster Fuller, «Accommodating Human Unsettlement», *Town Planning Review* 49:1 (enero 1978), p. 55. El Comité Ward detectó este problema una década antes de que el economista peruano Hernando de Soto Polar escribiera *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World*, Nueva York, HarperCollins, 1989 [hay trad. cast.: *El otro sendero: la revolución informal*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1992]. De Soto sostenía que el gobierno debería otorgar a los ocupantes los derechos de propiedad en forma de títulos de propiedad o escrituras individuales, de manera que así se asignara condición de igualdad a los nuevos propietarios y se pudieran utilizar como documentación que avalara la recepción de préstamos bancarios para desarrollar una actividad económica. En español la obra se titula *El otro sendero* (1986), una alusión a la guerrilla de Perú, Sendero Luminoso. Utilizando materiales indígenas, Jan Breman expone el argumento contrario y señala que no es tanto de los derechos sobre la tierra (la propiedad) de lo que carecen los ocupantes que son también trabajadores de la economía sumergida, sino también de los derechos en el lugar de trabajo. Jan Breman, *The Labouring Poor in India: Patterns of Exploitation, Subordination and Exclusion*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2003, p. 201. Para más información sobre los suburbios en la era moderna, véase Alain Durand-Lasserve, *L'exclusion des pauvres dans les villes du tiersmonde*, París, l'Harmattan, 1986.

129. En los levantamientos urbanos de Argentina en 1989 se produjo un tipo de tumultos muy similar. Un activista declaró a la prensa: «Estamos marginados, no somos marginados. Tenemos hambre, pero no somos suicidas». Sergo Serunikov, «When Looting Becomes a Right: Urban Poverty and Food Riots in Argentina», *Latin American Perspectives* 21:3 (verano 1994), pp. 74-75. Frantz Fanon escribió sobre los suburbios diciendo que «giran incansablemente en torno a las distintas ciudades, esperando que un día u otro se les permita entrar». Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove, 1965, p. 103 [hay trad. cast.: *Los condenados de la Tierra*, Tafalla, Txalaparta, 1999, p. 102]. Fanon escribía sobre los hombres. En las ciudades de Venezuela de la burguesía petrolera parasitaria, eran las mujeres quienes tomaron la iniciativa, como también hicieron en el *Caracazo*.

130. Margarita López Maya, «The Venezuelan Caracazo of 1989: Popular Protest and institutional Weakness», *Journal of Latin American Studies* 35:1 (2003), p. 129; y «Venezuela After the Caracazo: Forms of Protest in a Deinstitutionalized Context», *Bulletin of Latin American Research* 21:2, 2002.

131. Richard Gott, *Hugo Chávez and the Bolivarian Revolution*, Londres, Verso, 2005, p. 47.

[132.](#) Poona Wignaraja, «Participatory People-Centered Development», South III/6, Párrafo 5, Secciones B y C, VIII, 25 de octubre de 1988, p. 4, ACS.

133. Gran parte del material procedía de Poona Wignaraja, «Towards a New Praxis of Rural Development», *Annals of Public and Cooperative Economics* 56: 1-2 (enero 1985).

134. Poona Wignaraja, «Participatory People-Centered Development», Discussion Note for the South Commission, 25 de noviembre de 1988, pp. 12-13, ACS.

135. Judo Fernando, *The Political Economy of NGOs*, Londres, Pluto Press, 2011; y Elisabeth B. Armstrong, «Globalization from Below: AIDWA, Foreign Funding and Gendering Anti-Violence Campaigns», *Journal of Developing Societies* 20:1-2 (2004).

136. «Working Party on National Development Issues: Summary of the Discussion», 7 de noviembre de 1988, p. 7, ACS, South IV/2.

137. «National Development Policies: Past Experience and Lessons for the Future», 7 de noviembre de 1988, p. 7, ACS, South IV/3.

138. Michael Manley, «Development Redefined», diciembre 1987, anexo 2, p. 6, ACS, South III/3.

139. Ismail-Sabri Abdalla, «Heterogeneity and Differentiation: The End of the Third World», *Development Dialogue* 2 (1978), p. 7; y Carlos Rafael Rodríguez, julio 1989, p. 8, ACS.

140. Tras leer el borrador definitivo, el profesor H. Ashok Chandra Prasad, que trabajó en el entorno de la ONU y, posteriormente, en el gobierno de la India, remitió una nota a la comisión en la que lo dejaba claro:

No se aprecia con claridad la estrategia centrada en el pueblo. Incluye muchos elementos que fueron populares en el pasado: las necesidades esenciales, la redistribución, etc., y por tanto no parece demasiado innovador. Sin embargo, podría serlo si el desarrollo centrado en el pueblo no se considerara tanto en términos de redistribución como de movilización de todos para el desarrollo, incluidos los pobres, las mujeres, etc. El desarrollo de los recursos humanos y la democracia para garantizar la participación de todos podría ofrecer unidad y motivos innovadores.

141. También se encuentran en documentos tan importantes como el «African Charter for Popular Participation in Development and Transformation» (Arusha, 1990), fruto de la Conferencia Internacional sobre la Participación Popular en la Recuperación y el Proceso de Desarrollo de África (organizada por la Comisión Económica de Naciones Unidas para África y otras organizaciones asociadas).

142. El concepto de necesidades esenciales, escribió Abdalla, «ha sido secuestrado por los mandamases de la ayuda internacional, [y se ha hecho que parezca] casi una palabra malsonante en los oídos de muchas personas del Tercer Mundo». Abadalla, «What Development?», pp. 11-12.

143. «En la mayoría de los casos no era la "falta de claridad" lo que mantenía en el atraso a los países subdesarrollados —escribió Rodríguez—. En nuestros países hay clases y grupos sociales que han trabajado con los explotadores del Norte, que han traicionado a sus países, instaurado dictaduras militares para contener las protestas del pueblo y asesinado y encarcelado a miles de personas. ¿Por qué disculparlos?». Carlos Rafael Rodríguez, julio 1989, p. 9, ACS. Aunque fuera esta su naturaleza, la burguesía no estaba dispuesta a satisfacer necesidades esenciales sin recibir presiones desde abajo. Dicho de otro modo: la de las necesidades esenciales era una cuestión de clase.

144. «National Development Policies», p. 21, ACS.

145. Comentario de Abdalla sobre el borrador del informe, 25 de septiembre de 1989, p. 2, ACS.

146. Devaki Jain, «Note for Dr. Manmohan Singh», 1987, p. 7, ACS; y Marie-Angelique Savané, «Some Ideas for Discussion», 8 de mayo de 1988, pp. 2-3, ACS.

147. Sobre el experimento de Kerala, véase T. M. Thomas Isaac (con Richard W. Franke), *Local Democracy and Development: People's Campaign for Decentralized Planning in Kerala*, Nueva Delhi, LeftWord Books, 2000 [hay trad. cast.: *Democracia local y desarrollo: campaña popular de planificación descentralizada de Kerala*, Xàtiva, L'Ullal, 2004]; y mi artículo «The Small Voice of Socialism: Kerala, Once Again», *Critical Asian Studies* 33:2 (junio 2001). Sobre Brasil, véase Yves Cabannes, «Participatory Budgeting: A Significant Contribution to Participatory Democracy», *Environment and Urbanization* 16:1 (abril 2004); y Boaventura de Sousa Santos, «Participatory Budgeting in Porto Alegre: Toward a Redistributive Democracy», *Politics & Society* 26:4 (diciembre 1998).

148. De hecho, los Estados donde había clases dominantes impacientes por adaptarse a los planes del G-7 «manifiestan dudas sobre la solidaridad del Tercer Mundo». Serían las clases populares las que se mostrarían más receptivas a la solidaridad auténtica. Abdalla, «What Development?», p. 13, y «Heterogeneity and Differentiation», p. 3.

149. Michel Camdessus, «Effective Development Strategies», en South Center, *Facing the Challenge*, p. 216.

150. Carta de Shridath Ramphal a Mnmoohan Singh, 20 de noviembre de 1987, ACS.

151. La Secretaría de la Commonwealth trabajó al mismo tiempo en su propio libro, *International Economic Issues: Contributions by the Commonwelath, 1975-1990*, Londres, Commonwealth Secretariat, 1990. Era una imagen invertida de 270 páginas de *The Challenge to the South. The Report of the South Commission*. Nueva York: Oxford University Press, 1990 [hay trad. cast.: *El reto del Sur: informe de la Comision Sur*, sin localidad, Comision del Sur, 1990].

152. Este era el punto de vista de la obra muy citada de Ignacy Sachs, *Développer: les champs de planification*, París, Université coopérative internationale, 1984; así como, desde un marco marxista, de Charles Bettelheim, *Planification et croissance accélérée*, París, F. Maspero, 1967 [hay trad. cast.: *Planificación y crecimiento acelerado*, traducción de Ramón Ramírez Gómez, México, Fondo de Cultura Económica, 1974].

153. «Note of the Working Party on the Role of the business Sector», mayo 1989, p. 6, ACS.

154. Donald Snodgrass, «Economic Growth and income Inequality: The Malaysian Experience», en Mukul Asher, David Newman y Thomas Snyder, eds., *Public Policy in Asia: Implications for Business and Government*, Westport, Quorum Books, 2002, pp. 12-13; Ho Khai Leong, «Dynamics of Policy-Making in Malaysia: The Formulation of the New Economic Policy and the National Development Policy», *Asian Journal of Public Administration* 14:2 (diciembre 1992).

155. *The Challenge of the South*, p. 272 [hay trad. cast.: *El reto del Sur: informe de la Comisión Sur*, sin localidad, Comisión del Sur, 1990]. Se trata de un debate inmenso (y persistente) en la literatura académica. Paul Rosenstein-Rodan defendía dar «un gran impulso» para industrializar y pasar del atraso a la modernidad («Problems of Industrialization of Eastern and South-Eastern Europe», *Economic Journal* 53:210-211 [1943]). La posición de Rosenstein-Rodan fue desarrollada en buena medida por sir Arthur Lewis («Economic Development With Unlimited supplies of Labour», *Manchester School* 22:2 [mayo 1954]). A Ragnar Nurske le preocupaba que ese «gran impulso» no se produjera debido a los obstáculos relacionados con la oferta (malas infraestructuras, acceso inadecuado a la tecnología) y a las dificultades relacionadas con la demanda (el proteccionismo del Norte). Por esa razón, confiaba en que los países del Sur se industrializaran para los «mercados nacionales», o los unos para los de otros («Notes on "Unbalanced Growth"», *Oxford Economic Papers*, New Series 11:3 [octubre 1959]). La posición de Nurske se convertiría en el patrón para la cooperación Sur-Sur, aun cuando ninguno de los economistas del Sur que la defendían le leyera o citara.

156. Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, *Our Common Future*. Oxford: Oxford University Press, 1987, p. 44 [hay trad. cast.: *Nuestro futuro común*, Madrid, Alianza, 1992].

157. Thijs de la Court, *Beyond Brundtland: Green Development in the 1990s*, Londres, Zed Books, 1990, pp. 24-25 [hay trad. cast.: *El desafío ecológico de los '90: Desarrollo sustentable más allá de Brundtland*, traducción de César Padilla O. y Wendeline de Beer, Chile, Círculo editor ecológico latinoamericano, 1991, pp. 24-27].

158. *The Challenge of the South*, p. 96 [hay trad. cast.: *El reto del Sur: informe de la Comision Sur*, sin localidad, Comisión del Sur, 1990].

159. El Grupo de Trabajo sobre el Papel del Sector Empresarial exploró esta nota: «Aunque no se debería adoptar una línea ideológica sobre la privatización, se debería hacer énfasis en la importancia de la eficiencia en la gestión» («Note of the Working Party», p. 8).

160. Thatcher pensaba que no existía la sociedad, sino solo individuos. En gran parte del Sur, la ideología del individualismo está todavía subsumida bajo la idea de la familia extensa (a veces el clan, la casta, o lo que exista en cada lugar), como en Harish Damodaran, *India's New Capitalists: Caste, Business and Industry in a Modern Nation*, Delhi, Permanent Black, 2008.

161. «Oxford University Press Referee's Reports on the First Draft of the Commission's Report», Lector n° 1, p. 11, ACS.

162. «Report on the South Commission: Note by the Secretary General. Addendum». E/1991/90/Add. 1, 18 de junio de 1991, ECOSOC. Comentario de Suiza, pp. 14-15, ACS.

163. Ibídem, comentario del Reino Unido, p. 16.

164. «Notes for Statement by K. K. S. Dadzie, Secretary General of UNCTAD», 3 de julio de 1991, p. 2, ACS.

165. Ibídem, p. 10. Dadzie esperaba que la reunión de la UNCTAD VIII en Cartagena, Colombia, en 1992, ordenara las cosas en este aspecto. De hecho, lo hizo. El mandato de la UNCTAD fue recortado drásticamente por el Norte. Quedó desmembrado del proyecto del Tercer Mundo y uncido a las estrategias neoliberales.

166. «Draft Programme of the South Commission and a Programme of Studies», 1988, pp. 15-16, ACS; *The Challenge of the South*, p. 180 [hay trad. cast.: *El reto del Sur: informe de la Comisión Sur*, sin localidad, Comisión del Sur, 1990].

167. «South-South Cooperation: A Strategic Option», Document South IV/5, 7 de noviembre de 1988, p. 23, ACS; y *The Challenge of the South*, p. 180, que no utiliza la expresión «multinacionales del Tercer Mundo», sino que dice simplemente «empresas del Tercer Mundo» [hay trad. cast.: *El reto del Sur: informe de la Comisión Sur*, sin localidad, Comisión del Sur, 1990].

168. Para hacerse una idea de su aparición, véase Krishna Kumar, «Third World Multinationals: A Growing Force in International Relations», *International Studies Quarterly* 26:3 (septiembre 1982); y para una crítica del concepto, véase Henry Wai-Chung Yeung, «Third World Multinationals Revisited. A Research Critique and Future Agenda», *Third World Quarterly* 15:2 (junio 1994). Ambos artículos reclamaban más investigación. En los últimos veinte años no se ha hecho mucho más.

169. *The Challenge of the South*, Capítulo 4, «Mobilizing the South» [hay trad. cast.: *El reto del Sur: informe de la Comisión Sur*, sin localidad, Comisión del Sur, 1990]; carta de Ghazali Shafie a Manmohan Singh, 18 de agosto de 1989, ACS; «South-South Cooperation: A Strategic Option», 7 de noviembre de 1988, pp. 30-31, ACS, Document South IV/5.

170. «Linking Business to the South», *South Letter* 1 (abril 1989), p. 2.

171. Carta de Joan Wicken a Manmohan Singh, 2 de diciembre de 1989. Las impresiones de Nyerere acerca de China no deben entenderse al margen del contexto. Seguía enamorado de Corea del Norte. «Una serie de comisionados están muy impresionados por los logros de Corea del Sur —dijo en Canadá—. Todavía no conozco Corea del Sur. Solo conozco Corea del Norte e intenté decir: "¿Y qué pasa con Corea del Norte". Y hubo abucheos para Corea del Norte». Julius Nyerere, «The Rabbit and the Elephant: The Challenge to the South», *North-South Institute* (Ottawa), 25 de septiembre de 1990, pp. 6-7. En la reunión de la Comisión del Sur celebrada en La Habana, Nyerere interrumpió la conversación diciendo: «No hace falta un informe de la Comisión del Sur. No hace falta un paradigma alternativo. Está aquí. El modelo de Cuba». Ramphal y Manmohan Singh se miraron poco menos que espantados.

172. *The Challenge of the South*, p. 66 [hay trad. cast.: *El reto del Sur: informe de la Comisión Sur*, sin localidad, Comisión del Sur, 1990].

173. Carta de Devaki Jain a Manmohan Singh, 27 de enero de 1990, ACS.

174. Entrevista del autor a Devaki Jain, Nueva Delhi.

175. «South Commission's Statement on the Gulf Crisis», 7 de octubre de 1990, Arusha, Tanzania, p. 2. La declaración también adoptaba una perspectiva crítica sobre la hipocresía del Norte: Estados Unidos y Europa estaban dispuestas a ignorar las resoluciones de Naciones Unidas que tenían por objeto Israel, pero convertían en una ofensa grave las resoluciones dirigidas contra los que el Norte consideraba Estados canallas.

176. ECOSOC, E/1991/90, 10 de junio de 1991, p. 6, ACS.

177. Fidel Castro e Ignacio Ramonet, *Fidel Castro: My Life*, Nueva York, Scribner, 2006, p. 387 [hay ed. cast.: I. Ramonet, *Fidel Castro. Biografía a dos voces*. Barcelona, Random House Mondadori, 2006].

177. Nyerere, «The Rabbit and the Elephant», pp. 14-16.

1. «The South Must Be Its Own Engine», charla pronunciada por Manmohan Singh en el simposio «What is Development?», celebrado en Espoo, Finlandia, en mayo de 1989, *South Letter* 2 (junio 1989), p. 6.

2. Carta de Dennis de Tray y Shekhar Shah, del Banco Mundial, a Manmohan Singh, de la Comisión del Sur, remitida por fax, 9 de marzo de 1989, ACS.

3. Los borradores se encuentran en el ACS, del que también pasó a formar parte la versión final, publicada como Manmohan Singh, «Keynote Address: Development Policy Research: The Task Ahead», *Proceedings of the World Bank Annual Conference on Development Economics 1989*, Washington D.C., The International Bank for Reconstruction and Development, 1990.

4. Singh, «Keynote Address», pp. 12-15.

5. Giovanni Arrighi, «The African Crisis: World Systemic and Regional Aspects», *New Left Review* II/15 (mayo-junio 2002) [hay trad. cast.: «La crisis africana. Aspectos derivados del sistema-mundo y aspectos regionales», *New Left Review* 15, ed. en español, disponible en <http://newleftreview.es/15>].

6. Prashad, *The Darker Nations*, pp. 245-249 [hay trad. cast.: *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Península, 2012, pp. 407-413].

7. Singh, «Keynote Address», p. 14.

8. Sobre el Consenso de Washington, Moisés Naim, exministro venezolano de Comercio e Industria con el gobierno de Pérez, señaló: «Lo paradójico es que todos los países capaces de cumplir con unas condiciones tan rigurosas [como las del Consenso de Washington] sean ya países desarrollados». «Washington Consensus or Washington Confusion?», *Foreign Policy* 118 (primavera 2000), p. 96. Este artículo fue remitido originalmente a la Conferencia del FMI sobre Reformas de Segunda Generación, celebrada el 26 de octubre de 1999. Naim desarrollaba la idea: «Los medios para alcanzar la utopía son en sí mismos objetivos utópicos para la mayoría de los países. Eso no quiere decir, como es natural, que no sean aspiraciones válidas. Son válidas pero, en su mayoría, resultan abrumadoras. Por consiguiente, el reto consiste en utilizar las muchas enseñanzas acumuladas a lo largo de décadas de esfuerzos de desarrollo para establecer programas que contengan peldaños intermedios y objetivos más abordables».

9. Singh, «Keynote Address», p. 15.

10. [Ibíd.](#), p. 16.

11. Ibídem, p. 19.

12. También hay un problema social: «El aumento de la brecha social existente entre la minoría dominante y la gran masa de población puede erosionar la autoridad política de esas élites a la hora de encabezar la buena disposición para la aceptación de las restricciones sobre el aumento del consumo», *Ibíd.*, p. 14.

13. Manmohan Singh, «Inaugural Remarks at the International Conference on Development and Planning Convened by Indira Gandhi Development Research Institute», Bombay, 5 de enero de 1989, ACS.

14. Chalmers Johnson, *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*, Stanford, Stanford University Press, 1982; y Shigeto Tsuru, *Japan's Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

15. Tsuru, *Japan's Capitalism*, p. 96.

16. *Ibíd.*, pp. 119-129.

17. Yergin, *The Prize*, p. 581 [hay trad. cast.: *Historia del petróleo*, traducción de María Elena Aparicio Aldazábal, Barcelona : Plaza & Janés, 1992, p. 794].

18. En enero de 1973, Ford dijo al ex primer ministro Eisaku Sato: «No son solo los comunistas, sino que algunos socialistas, la izquierda en general, piensan que el camino hacia la paz pasa por el desarme, por disolver las alianzas. Es un sueño hermoso, si no hubiera otras naciones que piensan de otra forma». Les unía el temor al ascenso de la URSS y de la izquierda japonesa. «Memorandum of Conversation in the Oval Office», 31 de enero de 1973, Casa Blanca, Colección de Memorandos de Conversación del Asesor de Seguridad Nacional, Caja 1, Biblioteca Presidencial Gerald Ford.

19. Volcker y Gyohten, *Changing Fortunes*, p. 185.

20. El mejor relato de los albores de la historia del Banco Asiático de Desarrollo se encuentra en R. Krishnamurti, *ADB: The Seeding Days*, Tokio, Asian Development Bank, 1977. En representación de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Asia y Extremo Oriente, Krishnamurti fue uno de los pioneros del BAD en septiembre de 1963.

21. Dennis Yasutomo, *Japan and the Asian Development Bank*, Nueva York, Praeger, 1983, pp. 77-82.

22. Kaname Akatmatsu, «Historical Pattern of Economic Growth in Developing Countries», *Developing Economies* I (1962); Kiyoshi Kojima, «The "Flying Geese" Model of Asian Economic Development: Origin, Theoretical Extensions, and Regional Policy Implications», *Journal of Asian Economics* 11 (2000); Satoru Kumagai, «A Journey Through the Secret History of the Flying Geese Model», *IDE Discussion Paper no. 158*, Tokyo, Institute of Developing Economics, 2008. Véase también Yoshikara Kunio, *The Rise of Ersatz Capitalism in South-East Asia*, Manila, Manila University Press, 1988.

23. Manmohan Singh, «Revitalizing Development Cooperation: Issues and Priorities», *Asian Development Review* 7:1 (1989), p. 29.

24. Shafiqul Islam, «Foreign Aid and Burdensharing: Is Japan Free Riding to a Coprosperity Sphere in Pacific Asia?», en Jeffrey Frankel y Miles Kahler, eds., *Regionalism and Rivalry: Japan and the United States in Pacific Asia*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, p. 365.

25. Samantha Sparks, «Cooking the Books in Asia», *Multinational Monitor* 8:3 (marzo 1987).

26. Ming Wan, *Japan between Asia and the West: Economic Power and Strategic Balance*, Arnold, M. E. Sharpe, 2001, p. 158.

27. Herman Schwartz, «Structured Finance for Financed Structures», en Konings, *Great Credit Crash*, p, 175; Philipp Hartmann, *Currency Competition and Foreign Exchange Markets: The Dollars, the Yen and the Future International Role of the Euro*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 37; y Nora Field, «Japan is Still N°. 1», *Fortune*, 30 de junio de 1990.

28. El sector informático fue creado por el MITI, que dirigió un «proyecto acelerado de sistemas de ordenadores» desde 1966 hasta 1972 para enfrentarse directamente al Sistema 360 de IBM y, a continuación, al Mainframe Computer Project (1972-1976) y el Pattern Information Processing System Project (1971-1980). IBM representaba el 80 % del mercado informático de Japón en la década de 1950, pero su cuota de mercado menguó hasta el 50 % a finales de la década de 1970. Hitachi, NEC y Fujitsu iniciaron su dominio del mercado nacional, pero solo lograron tomar por el mango la venta de periféricos (impresoras, discos duros) en el mercado internacional. Wataru Nakayama, William Boulton y Michael Pecht, *The Japanese Electronics Industry*, Boca Raton, CRC Press, 1990, pp. 44-46.

29. Para una crítica completa de la idea de «Japón S.A.», véase Gavan McCormack, *The Emptiness of Japanese Affluence*, Nueva York, M. E. Sharpe, 2001 [1996]. El modelo japonés influyó sin duda en Singapur:

Los japoneses lo hicieron sin ayuda de nadie: En realidad, concluyeron la transformación desde la Era Meiji a pesar de que Occidente pusiera obstáculos en su camino a la industrialización. Aprendían, imitaban; al principio eran malos imitadores; pero avanzaron, se superaron. Los coreanos están haciendo [lo mismo] y Brasil y México están triunfando. Y podrían triunfar más y con mayor rapidez si los países industrializados y sus gobiernos no fueran tan egocéntricos y adoptaran una perspectiva a más largo plazo pensando en un mundo interdependiente y que reacciona con una actitud de interconexión. Pero creo que sería un despilfarro de energía y de esfuerzos intentar extraer del mundo industrial concesiones benéficas caritativas.

«North-South Dialogue», ALTAF GAUHAR entrevista a LEE KUAN YEW,
noviembre de 1978, *Third World Quarterly* 1:2 (1979), p. 3

30. Bruce Cumings, «The Political Economy of the Pacific Rim», en Ravi Arvind Palat, ed., *Pacific-Asia and the Future of the World System*, Westport, Greenwood Press, 1993, pp. 25-26.

31. Robert Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance: *The East Asian Miracle* in Political Perspective», *New Left Review* 1/217 (mayo-junio 1996), p. 7. Para lo que sigue, he utilizado este artículo y el libro de Wade, *Governing the Market*, Princeton, Princeton University Press, 1990 [hay trad. cast.: *El mercado dirigido: la teoría económica y la función del gobierno en la industrialización del este de Asia*, traducción Mónica Utrilla de Neira, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1999].

32. «Tokyo Conference on Global Adjustment and the Future of Asian Pacific Economy. Co-Sponsored by Asian and Pacific Development Centre and institute of Developing Economies, Tokyo, 10-13 May 1998. Comment by Dr. Manmohan Singh, Secretary-General, The South Commision», ACS.

33. Masaki Shiratori, «Afterword to the Japanese Translation of the World Bank Report *The East Asian Miracle*», en Kenichi Ohno e Izumi Ohno, eds., *Japanese Views on Economic Development: Diverse Paths to the Market*, Londres, Routledge, 1998, p. 77.

34. Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance», p. 9.

35. *Ibíd.*, p. 10.

36. «Japan Wants Strings on Aid: At Odds with US, Tokyo Urges managed Economics», *The International Herald Tribune*, 2 de marzo de 1992.

37. Chalmers Johnson, *Japan: Who Governs?*, Nueva York, W. W. Norton, 1995, pp. 58-59.

38. Johnson, *Japan*, p. 59. La fórmula de Saburo Okita era «planificación con las fuerzas del mercado, en lugar de planificación contra las fuerzas del mercado». «Many Paths to Development», en Centro del Sur, *Facing the Challenge*, p. 273.

39. Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance», p. 10. Este tipo de comentarios hirientes parecían habituales. Joseph Stiglitz, que fue economista jefe de la institución, se quejaba de que el personal del FMI «se compone con frecuencia de estudiantes de tercera categoría procedentes de universidades de primera». «What I Learned at the World Economic Crisis», *New Republic*, 17-24 de abril de 2000, pp. 56-60.

40. Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance», pp. 11-12.

41. Farrokh Najmabadi, Shyamadas Banerji y Sanjay Lall (Departamento de Evaluación de Operaciones), *World Bank Support for Industrialization in Korea, India and Indonesia*, Washington D.C., Banco Mundial, 1992. Najmabadi había sido ministro del gobierno del Shah antes de llegar al Banco Mundial.

42. Para un estudio más amplio, véase Jamie Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, Oxford, Oxford University Press, 2010. Abunda la bibliografía que describe cómo los economistas profesionales devastaron el Sur, entre cuyas obras están Sarah Babb, *Managing Mexico. Economists from Nationalism to Neoliberalism*, Princeton, Princeton University Press, 2001; Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; Paul Dragos Aligica y Anthony Evans, *The Neoliberal Revolution in Eastern Europe*, Cheltenham, Edward Elgar, 2009; y los artículos de Verónica Montecinos y John Markoff, eds., *Economists in the Americas*, Cheltenham, Edward Elgar, 2009.

43. Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance», p. 15.

44. Se publicó finalmente: Vinod Thomas y Ramgopal Agarwala, *Sustaining Rapid Growth in East Asia and the Pacific*, Washington D.C., Banco Mundial, 1993.

45. Ramgopal Agarwala y Pushpa Schwartz, «Sub-Saharan Africa: A Long-Term Perspective Study», artículo para el Taller del Banco Mundial sobre Desarrollo Participativo, 17-20 de mayo de 1994, pp. 13 y 26. El año siguiente, el Banco Mundial publicó *Adjusting in Africa: Reforms, Results and the Road Ahead*, que ofrecía un neoliberalismo reconstruido, ahora más preocupado por el gobierno que por la oferta de dinero. para una crítica del giro hacia el gobierno, véase Susanne Soederberg, *Global Governance in Question*, Londres, Pluto Press, 2006.

46. Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance», p. 35.

47. *Ibíd.*, p. 19.

48. *The East Asian Miracle: Economic Growth and Public Policy*, Washington D.C., Banco Mundial, 1993, p. 356.

49. *Ibíd.*, p. vi.

50. Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance», p. 29. La presentación de Shiratori es «The Role of Government in Economic Development: Comments on "East Asian Miracle" Study», artículo expuesto en la conferencia del Fondo de Cooperación Económica Exterior de Japón sobre *El milagro del este asiático*, 3 de diciembre de 1993.

51. Para conocer su análisis completo, véase Toru Yanagihara, «Anything new in the Miracle Report? Yes and No», *World Development* 22:4 (abril 1994). Véase también «Pacific Basin Economic Relations: Japan's New Role?», *Developing Economies* 25:4 (diciembre 1987). La presentación de Toru Yanagihara en la conferencia de 1993 es «Framework Approach and "Ingredients Approach"».

52. La crítica sigue la línea de varios artículos de Albert Fishlow, Catherine Gwin, Stephan Haggard, Dani Rodrik y Robert Wade, eds., *Miracle or Design? Lessons from the East Asian Experience*, Washington D.C., Overseas Development Council, 1994.

53. Shiratori, «Role of Government».

54. K. S. Jomo, «Introduction», en Jomo, ed., *South East Asian Paper Tigers? From Miracle to Debacle and Beyond*, Londres, Routledge, 2003, p. 13.

55. Wade, «Japan, the World Bank, and the Art of Paradigm Maintenance», p. 29.

56. Ronald McKinnon y Kenichi Ohno, *Dollar and Yen: Resolving the Conflict between the United States and Japan*, Cambridge, MIT Press, 1997.

57. Robert Wade, «The Asian Debt-and-Development Crisis of 1997-?: Causes and Consequences», *World Development* 26:8 (agosto de 1998); y los artículos de Jomo, *South East Asian Paper Tigers?*. Yoshio Suzuki, el ministro de Finanzas en la sombra, aceptó esta versión de los acontecimientos, pero sugirió que, en lugar de proteger las monedas, lo que hacía falta era proteger la red de seguridad del sistema de pago; manteniendo la desregulación financiera, pero garantizando esas protecciones. Yoshio Suzuki, «What Lessons Can Be Learned from the Recent Financial Crises? The Japanese Experience», comunicación presentada en el simposio «Maintaining Financial Stability in a Global Economy» del Banco de la Reserva Federal de Kansas City, Jackson Hole, Wyoming, 28-30 de agosto de 1997.

58. Laura Hein, «The Cultural Career of the Japanese Economy: Development and Cultural Nationalism in Historical Perspective», *Third World Quarterly* 29:3 (2008), pp. 460-462.

59. Prashad, *The Darker Nations*, p. 256 [hay trad. cast.: *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Península, 2012]. Véase también Kishore Mahbubani, «The United States: Go East, Young Man», *Washington Quarterly* 17:2 (primavera 1994); y para una voz crítica contundente, Khoo Boo Teik, «The value(s) of a miracle: Malaysian and Singaporean elite constructions of Asia», *Asian Studies Review* 23:2, 1999.

60. Por supuesto, la fortaleza económica de Japón no se había reducido por completo. Durante los últimos quince años, «se afianzó una deflación menor pero persistente y la tasa de crecimiento económico se ralentizó al ritmo de los caracoles». Jon Hilsenrath y Megumi Fujikawa, «Japan's Bernanke Hilts Out at His Critics in the West», *The Wall Street Journal*, 1 de marzo de 2011, p. A12.

61. Todas las cifras de Corea del Sur, y otras muchas sobre los NIC, se encuentran en K. S. Jomo, «Growth With Equity in East Asia?». Documento de trabajo n° 33 del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas (DAES), Nueva York, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Naciones Unidas, septiembre 2006.

62. Mi perspectiva se basa en Kripa Sridharan, «G-15 and South-South Cooperation: Promise and Performance», *Third World Quarterly* 19:3 (septiembre 1998); en los materiales del G-15; en entrevistas con personas implicadas en el proceso del G-15; y, sobre todo, en Branislav Gosovic, «The South in the World Arena: Sufficient Institutional Support, the Missing Link», manuscrito (aportación a una antología de homenaje a Muchkund Bubey, 2010).

63. Fawzy Mansour, «A Second Wave of National Liberation?», *Monthly Review* 50:9 (febrero 1999).

64. Boutros-Ghali, *Unvanquished*, p. 198.

65. Esta es una interpretación más generosa de mi primera descripción de este grupo: Prashad, *The Darker Nations*, pp. 280-281 [hay trad. cast.: *Las naciones oscuras: Una historia del Tercer Mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Península, 2012, pp. 463-465]. Allí traté al G-15 casi como un mercado comercial para los quince países que sirviera para dar difusión a las diversas oportunidades que ofrecía al capital transnacional. Mi interpretación del proceso de la Comisión del Sur me ha llevado a modificar mi análisis y valoración anteriores.

66. Me baso en la destacable obra de Khoo Boo Teik, «Economic Vision and Political Opposition in Malaysia, 1981-96: The Politics of the Mahathir Era», *Copenhagen Journal of Asian Studies* 12 (1997), p. 12; y en su estudio completo, *Paradoxes of Mahathirism: An Intellectual Biography of Mahathir Mohamad*, Kuala Lumpur, Oxford University Press, 1995.

67. Guy Martin, «Continuity and Change in Franco-African Relations», *Journal of Modern African Studies* 33:1 (1995).

68. David Lipton y Jeffrey Sachs, «Creating a Market Economy in Eastern Europe: The Case of Poland», *Brookings Papers on Economy Activity* I (1990), p. 76. Los hechos de la «piratización» aparecen reunidos en Marshall Goldman, *The Piratization of Russia: Russian Reform Gone Awry*, Nueva York, Routledge, 2003.

69. Grupo de los Quince, «First Meeting of the Summit Level Group for South-South Consultation and Cooperation», 1-3 de junio de 1990, Kuala Lumpur, p. 1.

70. Manmohan Singh, «The Impact of the Recent Evolution of East-West Relations on the Growth of the World Economy, in Particular, on the Economic Growth and Development of the Developing Countries, as well as on International Economic Cooperation», 17 de julio de 1990, p. 5, ACS.

71. Grupo de los Quince, «Second Meetnig of the Summit Level Group for South-South Consultation and Cooperation», Caracas, 27-29 de noviembre de 1991, p. 1.

72. Sobre la guerra y sus enmarañadas alianzas, véase Dilip Hiro, *The Longest War: The Iran-Iraq Military Conflict*, Nueva York, Routledge, 1990; y Joost Hiltermann, *A Poisonous Affair: America, Iraq and the Gassing of Halabja*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

73. «President Bush's Response to Saddam's Message—Next Steps», Cable de la embajadora estadounidense April Glaspie al Departamento de Estado estadounidense, 27 de julio de 1990, Biblioteca Bush.

74. Conflict Records Research Center, Documento nº SHSHTTP-A-000-931. Transcripción de la conversación entre Saddam Hussein y su círculo más próximo, 24 de febrero de 1991, p. 13. El ejército de Estados Unidos se apoderó de estas grabaciones y ahora las alberga en el Instituto Nacional de Estudios Estratégicos de la Universidad Nacional de la Defensa, en Washington D.C. Para conocer el contexto general, véase mi artículo «Baghdad and the Emergence of the New World Order, 1990-2003», *Naked Punch*, 2012.

75. Mary Elise Sarotte, 1989: *The Struggle to Create Post-Cold War Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2009, p. 128.

76. Boutros Boutros-Ghali y Branislav Gosovic, *Global Leadership and Global Systemic Issues: South, North and the United Nations in a 21st Century World*, Versonnex, Transcend University Press, 2011, p. 28.

77. Grupo de los Quince, «Third Meeting of the Summit Level Group for South-South Consultation and Cooperation», Dakar, 21-23 de noviembre de 1992, p. 8.

78. Rafael Montesinos y Griselda Martínez V., «Empresarios, neoliberalismo y las miserias de la transición», *El Cotidiano* 16:100 (marzo-abril 2000).

79. Sridharan, «G-15 and South-South Cooperation», p. 369.

80. Sobre Mahathir, véanse los dos libros de Khoo Boo Teik, *Paradoxes of Mahathirism: An Intellectual Biography of Mahathir Mohamad*, Kuala Lumpur, Oxford University Press, 1996; y *Beyond Mahathir: Malaysian Politics and Its Discontents*, Londres, Zed Books, 2003. Sobre Mugabe, véase la obra de Horace Campbell, *Reclaiming Zimbabwe: The Exhaustion of the Patriarchal Model of Liberation*, Ciudad del Cabo, David Philip, 2003. Sobre los detalles de sus vidas, aunque ambos libros son bastante tendenciosos, véanse Barry Wain, *Malaysian Maverick: Mahathir Mohamad in Turbulent Times*, Nueva York, Palgrave, 2010; y Andrew Norman, *Robert Mugabe and the Betrayal of Zimbabwe*, Jefferson, McFarland, 2004.

81. La Secretaria de Estado estadounidense, Madeleine Albright, pronunció este discurso en febrero de 1998. Aparece citado en K. P. O'Reilly, «Perceiving Rogue States: The Use of the "Rogue State" Concept by US Foreign Policy Elites», *Foreign Policy Analysis* 3 (2007), p. 298.

82. Ibídem, p. 208; y Michael Klare, *Rogue States and Nuclear Outlaws: America's Search for a New Foreign Policy*, Nueva York, Hill & Wang, 1995.

83. Sridharan, «G-15 and South-South Cooperation», p. 365.

84. Grupo de los Quince, «Second Meeting», p. 8.

85. Nyerere, «Unity for a New Order», p. 6.

86. Carta de Amir Habib Jamal a Manmohan Singh, 11 de diciembre de 1990, ACS.

87. La primera opción era I. G. Patel, el veterano economista que, al igual que Singh, había dirigido el Banco de la Reserva de la India pero, a diferencia de Singh, había sido esencial para la aprobación de catorce presupuestos federales en su largo mandato en el ministerio de Finanzas, entre 1953 y 1972.

88. Jeremy Seabrook, «The Reconquest of India: The Victory of International Monetary Fundamentalism», *Race & Class* 34:1 (1992), p. 10.

89. En Chennai, en el año 2009, el jefe del FMI, Camdessus, dijo que la India se había recuperado de su impacto de 1991 «con un coste más bajo» porque no había seguido al pie de la letra el Programa de Ajuste Estructural del Fondo Monetario Internacional. «La opción [del gobierno indio] fue salirse de la ruina». Las condiciones de la reforma realizada eran «suyas», dijo refiriéndose a la austeridad presupuestaria. G. Srinivassan, «When India Approached IMF in 1991», *Business Line*, 22 de marzo de 2009. Se exponen otras alternativas en C. P. Chandrasekhar y Jayati Ghosh, *The Market That Failed: A Decade of Neo-liberal Economic Reforms in India*, Nueva Delhi, LeftWord Books, 2002, p. 31.

90. Banco Mundial, *India: 1991 Country Economic Memorandum (in two volumes). Volume 1: Policies for Adjustment and Growth*, Informe n° 9412-IN, 23 de agosto de 1991, p. i., Archivos del Banco Mundial.

91. La crisis no hundía tanto sus raíces en el régimen de industrialización por sustitución de importaciones y de socialismo afable de los gobiernos anteriores, como en la imprudente gestión de la política de importaciones inmediatamente posterior a las convulsiones del petróleo. En lugar de atender adecuadamente las necesidades energéticas y encontrar un modo de cubrir las importaciones con una política industrial prudente, los gobiernos de las décadas de 1970 y 1980 se lanzaron a un frenesí comprador, sobre todo en busca de expansión militar. Entre 1986 y 1988, el gobierno indio importó armas por una cifra total muy próxima a la de las armas que habían adquirido Irán e Iraq cuando estaban en medio de una guerra descarnada. Para más información sobre esta línea de investigación, véase Mrinal Datta-Chaudhuri, «The Background to the Current Debate on Economic Reform: Oil-Shocks, Recession in World Trade and Adjustment Problems in the Indian Economy», en Ashok Guha, ed., *Economic Liberalisation, Industrial Structure and Growth in India*, Delhi, Oxford University Press, 1990; y, curiosamente, Ranjit S. Teja, «IMF-Supported Program Helps India Emerge from Crisis», *IMF Survey*, 21 de septiembre de 1992, p. 285. Esta posición es cuestionada por la ortodoxia, encabezada por Manmohan Singh y Montek Singh Ahluwalia. Hablando desde esa ortodoxia, Ahluwalia sostenía que la India era una «rezagada del crecimiento» a la que había que empujar al dinamismo. M. S. Ahluwalia, «Lessons from India's Economic Reforms», en Timothy Besley y Roberto Zagha, eds., *Development Challenges in the 1990s: Leading Policymakers Speak from Experience*, Washington, D. C., Banco Mundial, 2005.

92. David Housego y Alexander Nicoll, «India's Financial Architect», *The Financial Times*, 2 de septiembre de 1991, p. 32.

93. Vasantha Arora, «IMF Chief Defends Indian Reforms Despite Deficits», *India West*, 29 de abril de 1994, p. 2.

94. Las expresiones «coalición de la distribución» y «coalición del crecimiento» proceden de Mancur Olson, *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation and Social Rigidities*, New Haven, Yale University Press, 1982 [hay trad. cast.: *Auge y decadencia de las naciones: crecimiento económico, estagflación y rigidez social*, traducción de Juan Andrés Iglesias, Barcelona, Ariel, 1986]. Las tomo prestadas sin suscribir lo que llevan consigo a juicio de Olson: que la «coalición de la distribución» es contraria a la tecnología. No es necesariamente así. Tampoco esta coalición es necesariamente un grupo de presión reducido (por ejemplo, de agricultores azucareros).

95. Lecio Morais y Alfredo Saad-Filho, «Lula and the Continuity of Neo-liberalism in Brazil: Strategic Choice, Economic Imperative or Political Schizophrenia», *Historical Materialism* 13:1, p. 10. La broma respecto a la carta (titulada en su idioma original *Carta ao Povo Brasileiro* y apodada burlonamente *Carta para Acalmar Banqueiro*) procede de Benjamin Goldfrank y Brian Wampler, «From Petista Way to Brazilian Way: How the PT Changes in the Road», *Revista Debates* 2:2 (julio-diciembre 2008), p. 259.

96. Para hacerse una idea de la estrecha relación entre el PT y el MST, véase una entrevista al dirigente del MST João Pedro Stedile, «Landless Battalions», *New Left Review* II/15 (mayo-junio 2002) [hay trad. cast., «Batallones sin tierra: El Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra de Brasil», disponible en <http://newleftreview.es/>].

97. William Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, Ciudad del Cabo, Zebra Press, 2007, p. 159; y Blade Nzimande, «The Class Question as the "Fault-Line" in Consolidating the National Democratic Revolution», *Unsebenzi* 5:57 (7 de junio de 2006).

98. James Walsh, «A Cloudburst of Reforms», *Time*, 5 de agosto de 1991, p. 29.

99. Patrick Bond, *Against Global Apartheid*, Londres, Zed Books, 2003, p. 126.

100. Amaury de Souza, «Redressing Inequalities: Brazil's Social Agenda at Century's End», en Susan Kaufman Purcerll y Riordan Roett, eds., *Brazil Under Cardoso*, Boulder, Lynne Rienner, 1997, pp. 78-79.

101. Banco Mundial, *India: 1991 Country Economic Memorandum*, pp. 38-39.

102. Las citas de los dirigentes empresariales y políticos indios del período 1991-1995 proceden de un diario que escribí, al estilo de Eliot Weinberger.

103. Hein Marais, *South Africa: Limits to Change*, Londres, Zed Books, 2001, p. 115.

104. El término fue acuñado en 1981 por Antoine van Agtmael, un banquero holandés que había trabajado en el sector privado y en la Corporación Financiera Internacional del Banco Mundial (van Agtmael estudió con el economista del desarrollo Jan Tinbergen, el primer ganador del premio Nobel de economía). En 1987, van Agtmael fundó Emerging Markets Management y, junto a David Fisher y Walter Stern (Capiatl), Mark Mobious (Templeton) y Nick Bratt (Scudder) introdujo carteras de capital en países escogidos del Sur. Antoine van Agtmael, *The Emerging Markets Century*, Nueva York, Free Press, 2007, p. 6. En 1994, el Departamento de Comercio de Estados Unidos oficializó el término cuando identificó con él a diez «grandes mercados emergentes»: Argentina, Brasil, China, Corea del Sur, la India, Indonesia, México, Polonia, Sudáfrica y Turquía. Estos países compartían varias características:

Son físicamente extensos. Tienen una población importante y representan un mercado considerable para un amplio abanico de productos. Prácticamente todos tienen índices de crecimiento sólidos, o sostienen claramente la promesa de la expansión económica en el futuro. Prácticamente todos han llevado a cabo algún programa de reformas económicas significativas y parece probable que lo extiendan en el futuro. Prácticamente todos tienen relevancia política de primer orden en sus respectivas regiones; además, son «impulsores económicos regionales»; su crecimiento generará más expansión en los mercados vecinos.

Departamento de Comercio de Estados Unidos, «The Big Emerging Markets», *Business America* 115:3 (1994).

105. Para las cifras, véase *Global Development Finance: Financing the Poorest Countries*, Washington D.C., Banco Mundial, 2002.

106. Terry Lynn Karl, *The Paradox of Plenty: Oil Booms and Petro-States*, Berkeley, University of California Press, 1997; y Jeffrey D. Sachs y Andrew Warner, «Natural Resource Abundance and Economic Growth», Documento nº 517a para el Debate sobre el Desarrollo, Cambridge, Harvard Institute for International Development, 1995.

107. Sigo aquí a Yilmaz Akyüz, «The Staggering Rise of the South», Documentos de investigación, nº 44, Centro del Sur, marzo 2012.

108. Masuma Farooki y Raphael Kaplinsky, *The Impact of China on Global Commodity Prices: The Disruption of the World's Resource Sector*, Londres, Routledge, 2011.

109. Esta es la valoración de Prabhat Patnaik, «The Performance of the Indian Economy in the 1990s», en Patnaik, *The Retreat to Unfreedom*, Nueva Delhi, Tulika, 2003; de Emir Sader, «Taking Lula's Measure», *New Left Review* II/33 (mayo-junio 2005) [hay trad. cast.: «Los contornos de Lula», disponible en <http://newleftreview.es/>]; de Marais, *South Africa*; y de Bond, *Against Global Apartheid*.

110. Sobre los límites del sector del *software*, véase Jyoti Saraswati, *Dot.Compradors: Power and Policy in the Development of the Indian Software Industry*, Londres, Pluto Press, 2012.

111. Sobre Brasil, véase Daniela Magalhães Prates, «A inserção da economia brasileira no governo Lula», *Política Ecoômica em Foco* 7 (noviembre 2005-abril 2006), p. 142.

112. Xiaolun Sun, «Foreign Direct Investment and Economic Development: What do the States Need to Do?», documento elaborado para el Servicio de Asesoría sobre Inversión Extranjera para el «Capacity Development Workshops and Global Forum on Reinventing Government on Globalization, Role of the State and Enabling Environment», auspiciado por Naciones Unidas, Marrakech, Marruecos, 10-13 de diciembre de 2002, p. 15.

113. El economista jefe del Departamento de Investigación del Banco Mundial, Branko Milanovic, ha elaborado análisis muy valiosos que refieren los datos de la desigualdad y sus efectos. Por ejemplo, véase *True World Income Distribution, 1988 and 1993. First Calculation Based on Household Surveys Alone*, Documento de trabajo n° 2.244 de investigación de políticas, Banco Mundial, Grupo de Investigación sobre la pobreza y los recursos humanos y la economía del desarrollo, 1999; *Worlds Apart: Measuring International and Global Inequality*, Princeton, Princeton University Press, 2005 [hay trad. cast.: *La era de las desigualdades: dimensiones de la desigualdad internacional y global*, traducción del inglés de Francisco Muñoz de Bustillo, Madrid, Sistema, D. L. 2006]; y *The Haves and the HaveNots: A Brief and Idiosyncratic History of Global Inequality*, Nueva York, Basic Books, 2011 [hay trad. cast.: *Los que tienen y los que no tienen: una breve y singular historia de la desigualdad global*, traducción de Francisco Muñoz de Bustillo, Madrid, Alianza, 2012].

114. Para una excelente crítica de los microcréditos, véase Heloise Weber, «The Imposition of a Global Development Architecture: The Example of Microcredit», *Review of International Studies* 28 (2008).

115. Ajaya Kumar Naik, «Informal Sector and Informal Workers in India», Conferencia celebrada por la Asociación Internacional para la Investigación sobre la Renta y la Riqueza, «Measuring the Informal Economy in Developing Countries», Katmandú, Nepal, 24 de septiembre de 2009.

116. Como expuso en 2002 el Congreso de Sindicatos de Sudáfrica (COSATU), «la principal razón para esta carnicería de puestos de trabajo es que transcurridos diez años desde la liberación, nuestra economía sigue estando en gran medida sin reestructurar con respecto a los problemas estructurales que heredamos de la mala gestión todavía vigente desde la época del apartheid. La economía sigue bien amarrada a manos blancas, dominada por el puñado de empresas que opera en el sector minero y financiero». Patrick Bond, *Talk Left, Walk Right*, Scottsville, University of Kwa-Zulu-Natal, 2005, p. 16. Los datos estadísticos de las disparidades sociales son llamativos. Véase Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, *South Africa: Transformation for Human Development*, Pretoria, PNUD, 2000, pp. 62-63. Sobre el asunto de la casta, véase K. S. Chalam, *Economic Reforms and Social Exclusion: Impact of Liberalization on Marginalized Groups in India*, Nueva Delhi, Sage, 2011.

117. En las dos últimas décadas ha habido en el ámbito nacional e internacional (Banco Mundial) infinidad de tentativas de cambiar la metodología para determinar el umbral de pobreza. En todos los casos se ha intentado reducir la pobreza a base de aritmética. Sobre la India, véase Himanshu, «Counting the Poor: A Poverty of Statistics», *Live Mint*, 9 de septiembre de 2008. Sobre el Banco Mundial, véase Sanjay G. Reddy, «Counting the Poor: The Trust About World Poverty Statistics», *Socialist Register* 2006.

118. Stephen Gelb, «The RDP, GEAR and All That: Reflections 10 years later», *Transformation* 62, Johannesburgo, Edge Institute, 2006.

119. *Indian Express*, 10 de febrero de 1992.

120. Morais y Saad-Filho, «Lula and the Continuity of Neoliberalism», p. 18; y Patnaik, «Performance of the Indian Economy», p. 185.

121. Banco Mundial, *India: Trends, Issues and Options* (2 vols.), *Volume I: Executive Summary and Main Report*, Informe nº 8360-IN, 1 de mayo de 1990, p. 34, Archivos del Banco Mundial.

122. Mark Drajem, «IMF, World Bank Leave Poor Behind, Bank Economist Finds», *Boomberg News*, 7 de noviembre de 2000.

123. Bond, *Talk Left*, p. 221.

124. «Address by Michel Camdessus, Chairman of the Executive Board and Managing Director of the International Monetary Fund to the Board of Governors of the Fund», Washington D.C., 28 de septiembre de 1999.

125. Deepa Narayan-Parker, Raj Patel, Kai Schafft, Anne Rademacher y Sarah Koch-Schulte, *Voices of the Poor: Can Anyone Hear Us?*, vol. 1, Washington D.C., Banco Mundial, 2000 [hay trad. cast.: *La voz de los pobres. Hay alguien que nos escuche?*, Madrid, Mundi_Prensa, 2000].

126. Antonio Estache, Sergio Perelman y Lourdes Trujillo, «Infrastructure Performance and Reform in Developing and Transition Economies: From a Survey of Productivity Measures», Documento de trabajo n° 3514 del Policy Research del Banco Mundial, febrero 2005.

127. La confusión del Banco Mundial se investiga en Dani Rodrik, «Goodbye Washington Consensus, Hello Washington Confusion? A Review of the World Bank's *Economic Growth in the 1990s: Learning from a Decade of Reform*», *Journal of Economic Literature* 45 (diciembre 2006).

128. Charles Gore, «The Rise and Fall of the Washington Consensus as a Paradigm for Developing Countries», *World Development* 28:5 (2000).

[129](#). Celso Amorim, «A New World Map and Brazil's Foreign Policy», *The Hindu*, 27 de agosto de 2010.

130. Para una excelente panorámica general, véase Anne-Christine D'Adesky, *Moving Mountains: The Race to Treat Global AIDS*, Londres, Verso, 2004.

131. Los científicos también lo llamaron síndrome de adelgazamiento [«Slim Disease»]. D. Serwadda, R. D. Mugerwa, N. K. Sewankambo, A. Lewegaba, J. W. Carswell, G. B. Kirya, A. C. Bayely, R. G. Downing, R. S. Tedder, S. A. Clayden, R. A. Weiss y A. G. Dalgleish, «Slim Disease: A New Disease in Uganda and Its Association with HTLV-III Infection», *The Lancet*, 19 de octubre de 1985.

132. Sarah Boseley, «Harvey Bale Jnr, Drug Firms' Federation», *The Guardian*, 18 de febrero de 2003.

133. Sobre la maquinaria de ayuda y Etiopía, véase Vijay Prashad, «Bad Aid: Throw your Arms Around the World», *Counterpunch*, 29 de marzo de 2010. Recomendando vivamente el informe de Lawrence Summers como economista jefe del Banco Mundial (12 de diciembre de 1991), que arranca diciendo: «Industrias "sucias": Que quede entre nosotros, ¿no debería el Banco Mundial fomentar MÁS la migración de las industrias sucias a los países menos desarrollados?». También se puede echar un vistazo al cable del Departamento de Estado estadounidense sobre los detalles del pago de Pfizer al gobierno nigeriano respondiendo a una demanda que le acusaba de haber realizado ensayos farmacéuticos ilegales de Trovan con niños. Robert Tansey (Asesor Económico, Embajada en Abuja), «Nigeria: Pfizer Reaches Preliminary Aggreement for a\$75 fillion Settlement», 20 de abril de 2009 (09ABUJA671), Archivo de Wikileaks.

134. Marcelo Fernandes de Oliveira, «Estratégias internacionais e diálogo Sul-Sul no governo Lula: alianças duradouras ou coalizões efémeras?»; y Gilberto Dupas, «Africa do Sul, Brasil e Índia: divergencias, convergencias e perspectivas», en Fábio Villares, ed., *Índia, Brasil e África do Sul: Perspectivas e Alianças*, São Paulo, UNESP, 2006. Gracias a Fábio Villares por la traducción al inglés.

135. «Declaration of Commitment on HIV/AIDS», Sesión Especial de la Asamblea General de Naciones Unidas sobre el VIH/ SIDA, 25-27 de junio de 2001, Artículo 55, p. 27 [hay trad. cast.: «Declaración de compromiso en la lucha contra el VIH/SIDA, "Crisis mundial-Acción mundial"», disponible en <http://www.un.org/spanish/ga/aidsmeeting2006/finaldeclaration.html>].

136. De la India a la OMC, 29 de junio de 2001, n° IP/C/W/296.

137. «White House Drops WTO Claim Against Brazilian Patent Law», *The Wall Street Journal*, 26 de junio de 2001. El equipo de Bush fue, además, hipócrita. Después del 11-S violó todo lo establecido por los regímenes de propiedad intelectual cuando autorizó la producción de Ciprofloxacina (de cuya patente era titular Bayer) para combatir el ántrax.

138. «Members OK Amendment to Make Health Flexibility Permanent», nota de prensa de la OMC, 6 de diciembre de 2005.

139. Tentativas anteriores, como las de la Zona de Paz y Cooperación del Atlántico Sur (1986-1994) y la Asociación de la Cuenca del Océano Índico para la Cooperación Regional (1995-1996) habían demostrado ser útiles solo parcialmente.

[140](#). James Bamford, *The Shadow Factory*, Nueva York, Anchor Books, 2008, pp. 140-141.

141. Stephen Kinzer, «Our Man in Honduras», *The New York Review of Books*, 21 de agosto de 2001. Negroponte no es más que uno más de una serie de personas despreciables a las que se asignó este puesto. Durante su mandato, Reagan envió a la ONU a Jeane Kirkpatrick. Después, Kirkpatrick escribió: «La tarea recuerda más a un atraco que a un debate político o a un esfuerzo para resolver problemas». Su concepción de los miembros de la ONU es la habitual: «Los perdedores de este drama poco original de Naciones Unidas fueron quienes pretendían utilizar los ámbitos y procedimientos de Naciones Unidas para polarizar a las naciones, propagar la hostilidad y exacerbar el conflicto para obtener beneficios políticos a corto plazo». Difícilmente se puede considerar una buena base para el diálogo productivo, que no es precisamente lo que Negroponte aportó; ni tampoco el hombre que le sucedió (John Bolton, célebre por haber dicho de la ONU que «no existe eso que se llama Naciones Unidas. Si el edificio de la Secretaría de la ONU en Nueva York perdiera diez plantas, no se notaría lo más mínimo»). Jeane Kirkpatrick, *Legitimacy and Force: Political and Moral Dimensions*, vol. 1, Brunswick, Nueva Jersey, Transaction, 1998, pp. 229-231.

142. Ron Suskind, *The Price of Loyalty: George W. Bush, the White House and the Education of Paul O'Neill*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004, p. 96 [hay trad. cast.: *El precio de la lealtad: George W. Bush, la Casa Blanca y la educación de Paul O'Neill*, Barcelona, Península, 2004, p. 105].

143. Tom Masland, «Nelson Mandela: The USA is a Threat to World Peace», *Newsweek*, 10 de septiembre de 2002.

144. Gumede, *Thabo Mbeki*, p. 423.

145. Embajador Clifford M. Sobel, «Understanding Brazil's Foreign Ministry, Part I: Ideological Forces», 11 de febrero de 2009 (09BRASILIA177), Archivo de Wikileaks.

146. Departamento de Comercio e Industria, República de Sudáfrica, «Driving Competitiveness: An Integrated Industrial Strategy for Sustainable Employment and Growth», 21 de mayo de 2001, p. 15. Mi análisis del IBSA se basa en diversos artículos, entre los que se encuentran Gladys Lechini, «Middle Powers: IBSA and the New South-South Cooperation», *NACLA*, septiembre-octubre 2007 (la autora menciona la cita del «G-7 del Sur» en la p. 28 y se la atribuye al Ministro de Industria sudafricano, Alec Elwin); Chris Alden y Marco Antonio Vieira, «The New Diplomacy of the South: South Africa, Brazil, India and Trilateralism», *Third World Quarterly* 26:7 (2005); Darlene Miller, «South Africa and the IBSA Initiative Constraints and Challenges», *African Insight* 35:1 (2005); Daniel Flesmes, «Emerging Middle Powers», *Soft Balancing Strategy: State and Perspectives of the IBSA Dialogue Forum*, *GIGA Working Papers* 57 (2007); y Lakshmi Puri, «IBSA: An Emerging Trinity in the New Geography of International Trade», *Policy Issues in International Trade and Commodities*, Colección de Estudios, nº 35, Nueva York y Ginebra, UNCTAD, 2007.

147. IBSA, «Declaración de Brasilia», 6 de junio de 2003, Párrafo 3.

148. IBSA, «Agenda for Cooperation», Nueva Delhi, 5 de marzo de 2004, Párrafo 12. Véase también el discurso de Lula ante la UNCTAD XI, 2004, en São Paulo.

149. Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, *A Fair Globalisation: Creating Opportunities for All*, Ginebra, OIT, 2004, p. 2 [hay trad. cast.: *Por una globalización justa: crear oportunidades para todos*, p. 2, disponible en <http://www.ilo.org/public/spanish/wcsdg/docs/report.pdf>].

150. Los siete primeros de los ocho OMD (sobre pobreza, educación, igualdad de género, mortalidad infantil, salud materna, VIH/ SIDA y otras enfermedades, y medio ambiente) no son polémicos. El octavo (cooperación global) fue rechazado en un principio por el Norte, que solo lo aceptó cuando se despojó de calendario y de responsabilidades. Este punto se refiere a la necesidad de que el Norte reestructure la ayuda y conceda un alivio de la deuda y transferencias tecnológicas. El resto no planteaba ninguna amenaza y se consideran en buena medida simbólicos (hay muchos que también les encuentran problemas: podrían distorsionar las prioridades, producir cargas de difusión de información en unos aparatos estatales ya sobrecargados y presentar la amenaza de mayor fundamento para las condiciones de los préstamos por parte de los proveedores de servicios financieros). Sakiko Fukuda-Parr, «Millenium Development Goals: Why They Matter», *Global Governance* 10 (2004), p. 397-399.

151. «Remarks by Ministers Nkosazana Dlamini-Zuma, Pranab Mukherjee and Celso Amorim during the 5th India-Brazil-South Africa Ministerial Meeting», 11 de mayo de 2008.

152. «Address by the President of the Republic of South Africa, Mr. Thabo Mbeki, Chairperson of the Group of 77, at the XIV Summit conference of the Non-Aligned Movement», La Habana, Cuba, 15 de septiembre de 2006.

153. Gran parte de esta proyección se articula a través de las alianzas económicas regionales, como MERCOSUR, la Comunidad de Desarrollo de África Austral (por sus siglas en inglés, SADC) y otras. Estas se aceleraron en respuesta a la dinámica del NAFTA. Jaime Serra, Guillermo Aguilar, José Córdoba, Gene Grossman, Carla Hills, John Jackson, Julius Katz, Pedro Noyola y Michael Wilson, *Reflections on Regionalism: Report of the Study Group on International Trade*, Washington D.C., Carnegie Endowment for International Peace, 1997; y Richard Baldwin, «The Causes of Regionalism», *World Economy* 20:7 (1997), pp. 870-871.

154. Pepe Escobar, «From Baghdad to Brasilia», *Asia Times*, 11 de mayo de 2005.

155. IBSA, «Agenda for Cooperation», Nueva Delhi, 5 de marzo de 2004, Párrafo 5.

156. [Ibíd.](#), Párrafo 7.

157. Ibídem, Párrafo 6.

158. Michael Finger y Ludger Schuknecht, «Market Access Advances and Retreats: The Uruguay Round and Beyond», Documento de trabajo n° 2232, Washington D.C., Banco Mundial, 1999; Michael Finger y Julio Nogues, «The Unbalanced Uruguay Round Outcome: The New Areas in WTO Negotiations», Documento de trabajo n° 2732 de la Policy Research del Banco Mundial, Washington D.C., Banco Mundial, 2001; y Richard Kozul-Wright y Paul Rayment, «Globalization Reloaded: An UNCTAD Perspective», Documento n° 167 para el debate de la UNCTAD, Ginebra, UNCTAD, 2004.

159. Sobre las protestas, véase Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair, *5 Days That Shook the World: Seattle and Beyond*, Londres, Verso, 2000. Sobre el asunto llevado a cabo en el interior, véase Peter Bleier, «The Other Battle in Seattle», *Studies in Political Economy* 62 (verano 2000); y Jeffrey J. Schott, «The WTO after Seattle», en Schott, ed., *The WTO After Seattle*, Washington D.C., Institute for International Economics, 2000, p. 5.

160. El «Borrador de Derbez» es el documento JOB (03)/156/ Rev. 2, 13 de septiembre de 2013.

161. Hasta el ministro de Comercio indio, por lo general de genio bastante destemplado, Arun Jaitley (del Partido Popular Indio o BJP, Bharatiya Janata Party) se mantuvo firme en la posición del Sur. Arun Jaitley, «There's a Road From Cancún», *Indian Express*, 13 de octubre de 2013.

162. Desde su fundación, los miembros del grupo han fluctuado, en buena medida porque los países latinoamericanos desaparecieron de él en respuesta a la presión estadounidense. Gilberto Dupas, *Atores e poderes na nova ordem global. Assimetrias, instabilidades e imperativos legitimação*, São Paulo, UNESP, 2005, Capítulo 5.

163. Amrita Narlikar y Diana Tussie, «The G20 at the Cancún Ministerial: Developing Countries and Their Evolving Coalitions in the WTO», *World Economy* 27:7 (2004), p. 951.

164. La embajada estadounidense en Brasilia pensaba que la partida no había terminado:

Un aspecto positivo que se debe subrayar es que, a pesar de que entre las castas profesionales del Itamaraty se aprecia lo que consideramos tintes de la antipatía ideológica de la década de 1970, las acciones del gobierno de Brasil no se están impulsando por el antagonismo antiestadounidense. Al contrario: el gobierno de Brasil supone de forma ilusoria que es capaz de quedarse con su trozo de pastel y comérselo: de plantarse ante las naciones ricas con las demandas de los países en vías de desarrollo pagando un precio muy bajo o inexistente en términos o bien de la futura efectividad de la OMC, o de las relaciones bilaterales generales con Estados Unidos.

«Brazil: No Post-Cancún Regrets or Second Thoughts»

26 de septiembre de 2003 (03 BRASILIA 3124),

Archivo de Wikileaks

165. UNCTAD, «Strengthening Participation of Developing Countries in Dynamic and new Sectors of World Trade: Trends, Issues and Policies», TD/396, 17 de mayo de 2004.

166. El estancamiento aparece bien expuesto en Chakravarti Raghavan, «Round No One Wanted Now Proving Difficult to End», *TWN Briefing Paper*, nº 53, marzo 2009.

167. UNCTAD, *Least Developed Countries Report 2007: Knowledge, Technological Learning and Innovation for Development*, Ginebra, UNCTAD, 2007, p. i.

168. IBSA, «Cape Town Ministerial Communiqué», 11 de marzo de 2005, Párrafo 55.

169. «Cancún Declaration of Like-Minded Megadiversity Countries», Cancún, México, 18 de febrero de 2002, Párrafo h.

170. La idea de «responsabilidades comunes» se remonta a los orígenes de la ONU, pero la de «responsabilidades diferenciadas» tiene un origen mucho más reciente. Apareció, tras mucho dramatismo, en dos convenciones relacionadas con los océanos: el Convenio sobre la Prevención de la Contaminación del Mar por el Vertido de Deshechos y Otras Materias, de 1972 (la Convención de Londres), y la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, de 1982.

171. Yash Tandon, «WIPO, WCO, Intellectual Property and Border Guards», *South Bulletin* 15 (16 de mayo de 2008). Para un análisis de la propuesta de la OMA, véase Xuan Li, «SECURE: A Critical Analysis and Call For Action», *South Bulletin* 15 (16 de mayo de 2008).

172. Yash Tandon, «Role of Civil Society in National Space», *South Bulletin* 21 (16 de agosto de 2008), p. 9. Véase también su obra *Ending Aid Dependence*, Nairobi, Fahamu, 2008.

173. «Show Us the Money», *The Economist*, 10 de febrero de 2005.

174. ONE, *The Data Report 2010: Monitoring the G8 Promises to Africa*, Washington D.C., ONE, 2010, p. 9.

175. IBSA, «Cape Town Ministerial Communiqué», 11 de marzo de 2005.

176. IBSA, «Rio de Janeiro Ministerial Communiqué», 30 de marzo de 2006, Párrafo 6.

177. En este asunto sigo la orientación del excelente trabajo analítico de Susanne Soederberg, «Recasting Neoliberal Dominance in the Global South? A Critique of the Monterrey Consensus», *Alternatives* 30 (2005)

178. Andrés Gaudin, «The Kirchner Factor», en Teo Ballvé y Vijay Prashad, eds., *Dispatches from Latin America*, Nueva Delhi, LeftWord Books, 2006.

179. Banco Mundial, *Global Development Finance: Financing the Poorest Countries*, Washington D.C., Banco Mundial, 2002, p. 2; y sobre Argentina, p. 44.

180. *Ibíd.*, p. xii.

181. Yash Tandon, «Time for a New Bretton Woods Conference», *South Bulletin* 25 (16 de octubre de 2008, p. 2.

182. IBSA, «Rio de Janeiro Ministerial Communiqué», 30 de marzo de 2006, Párrafo 66.

183. Para más detalles, véase Puri, «IBSA: AN Emerging Trinity»; Marco Fuggaza y David Vanzetti, «A South-South Survival Strategy: The Potential for Trade among Developing Countries, *Policy Issues in International Trade and Commodities*, Serie de estudios, n° 35, Ginebra, UNCTAD, 2006; y Ron Sandrey y Hans Jensen, «Examining the India, Brazil, and South Africa (IBSA) Triangular Trading Relationship», Documento de trabajo *tralac* n° 1 (2007).

184. En la década de 1970, Naciones Unidas creó el Centro de las Naciones Unidas de Empresas Transnacionales. Su objetivo era establecer un código de conducta para las multinacionales. No arrojó nada que se le pareciera. En 1993, la ONU inscribió el centro en el seno de la UNCTAD, eliminó la propuesta del código de conducta y lo puso a trabajar en la promoción de la FDI. En 1999, Kofi Annan, entonces Secretario General de la ONU, recuperó la idea del código bajo la forma de Pacto Mundial de la ONU. En Davos, durante la celebración del Foro Económico Mundial, Annan anunció lo siguiente: «Quiero retaros a que os unáis a nosotros para llevar nuestra relación a un grado aún superior. Os propongo que vosotros, los dirigentes empresariales reunidos en Davos, y nosotros, Naciones Unidas, establezcamos un pacto mundial de valores y principios comunes que conferirá rostro humano al mercado global». En 2003, Naciones Unidas publicó un «Borrador de Normas sobre las Responsabilidades de las Empresas Transnacionales y Otras Empresas Comerciales», pero tomó buena parte de sus «valores y principios» de la más que tibia propuesta de la OCDE del año 2000, «Líneas Directrices para Empresas Multinacionales». Lo importante es que la ONU dejaría de ser un árbitro independiente de las normas internacionales elaboradas por la Asamblea General de la ONU y que se convertiría en un «socio» de conglomerados globales para «trabajar conjuntamente» con el fin de crear una «plataforma» para dotar de «rostro humano al mercado global». Todo esto se basa en la cordialidad y en las buenas intenciones. Por ese motivo, el código de conducta del Centro de las Naciones Unidas de Empresas Transnacionales está muerto. Lo que hay es otra cosa muy distinta.

185. «Remarks by Ministers Nkosazanna Dlamini-Zuma, Pranab Mukherjee and Celso Amorim, during the 5th India-Brazil-South Africa Ministerial Meeting», 11 de mayo de 2008.

186. Todo a pesar de la retórica del IBSA, según la cual sus líderes instaban a «las sociedades civiles de la India, Brasil y Sudáfrica a reforzar el contacto y la cooperación mutuas». IBSA, «1st IBSA Summit Meeting, Joint Declaration», Brasilia, 13 de septiembre de 2006. Véase también Khatchik Derghougassian, «IBSA No-Gubernamental: Movilización social, diplomacia ciudadana y gobernabilidad de seguridad en la integración Sur-Sur», Documento de trabajo, Universidad de San Andrés, 2006.

187. Bibek Debroy, «WTO Ministerial: Deal Yet No Deal», *Business World*, 2 de enero de 2006.

188. Supachai Panitchpakdi y Mark Clifford, *China and the WTO: Changing China, Changing World Trade*, Singapur, John Wiley, 2002, p. 192.

189. David Rothkopf, «The BRICs and What the BRICs Would Be without China», *Foreign Policy*, 15 de junio de 2009.

190. Correo electrónico remitido al autor por S. P. Shukla, 19 de enero de 2011. Estoy agradecido también a Jiangyu Wang, de la Universidad Nacional de Singapur, por la información sobre Qian. La mayor parte de la información sobre la visita de Nyerere procede de las cartas escritas por Joan Wicken, su secretaria, ACS.

191. La obra clásica a este respecto es de Mark Selden, *The Yen'an Way in Revolutionary China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971; para una reflexión al respecto, con autocrítica, véase Mark Selden , «Yan'an Communism Reconsidered», *Modern Chinese Studies* IV (enero 1995).

192. W. A. C. Adie, «Political Aspects of the National People's Congress», *China Quarterly* 11 (julio-septiembre 1962), p. 80; y Feng Ting, «Concerning Redness and Vocational Proficiency», *Survey of the China Mainland Press* 2.776 (1962).

193. Barry Richman, *Industrial Society in Communist China*, Nueva York, Random House, 1969, es una fuente fundamental; y para conocer un buen resumen de la situación en la década de 1970, véase Alexander Eckstein, *China's Economic Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977. Véase también Carl Riskin, «Maoism and Motivation: A Discussion of Work Incentives in China», en Victor Nee y Jakes Peck, eds., *China's Uninterrupted Revolution*, Nueva York, Pantheon, 1975.

194. Robert Weil, *Red Cat, White Cat: China and the Contradictions of «Market Socialism»*, Nueva York, Monthly Review Press, 1996, p. 269.

195. En otoño de 1992, el emperador Akihito realizó una importante y simbólica visita a China y dos años más tarde, el viceprimer ministro Zhu Rongji viajó a Japón. Zhu dijo a sus anfitriones que quería que China siguiera la cautelosa liberalización del mercado de valores de Japón y su sistema *keiretsu*, que integraba la industria y los bancos con el gobierno. Fue en este contexto donde las autoridades chinas viajaron a Japón para recibir formación. Para saber más acerca de la controversia, véase Linus Hagström, *Japan's China Policy*, Londres, Routledge, 2005.

196. Margaret Pearson, *Joint Ventures in the People's Republic of China*, Princeton, Princeton University Press, 1991, p. 50.

197. El Estado sigue desempeñando un papel muy fuerte en la actividad económica, aun cuando se inste a las provincias a que dejen fluir la anarquía de la competitividad. Sobre el tímido papel de las empresas en los asuntos del Estado, véase Scott Kennedy, *The Business of Lobbying in China*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.

198. Lee Kuan Yew, *From Third World to First: The Singapore Story, 1965-2000*, Singapur, Straits Times Press, 2001, Capítulo 37 [hay trad. cast.: *Del Tercer Mundo al primero: historia de Singapur, 1962-2000: memorias de Lee Kuan Yew*, traducción de Matilde Díez y Fernando del Blanco, Barcelona, Cambra Oficial de Comerç, Indústria i Navegació, cop. 2008]. En 1978, Vietnam cruzó el río Mekong para intentar expulsar a los jemerres rojos del sudeste de Asia. Los jemerres rojos se habían entregado a una política genocida que era un anatema para el socialismo tal como lo concebían los vietnamitas. Los chinos habían respaldado a los jemerres rojos no por algún tipo de lealtad, sino debido a la enrevesada lógica de la Guerra Fría (el aliado de Vietnam era la URSS y, debido a la escisión sino-soviética de finales de la década de 1950, China acogió bajo su amparo a los jemerres rojos). Deng viajó a Singapur en noviembre de 1978 para recabar el apoyo del ASEAN contra los vietnamitas.

199. Mi análisis de la transición en China sigue los pasos en buena medida de Ho-fung Hung, «Rise of China and the Global Overaccumulation Crisis», *Review of International Political Economy* 15:2 (mayo 2008). Sobre la cuestión de la descentralización y el capital extranjero, véanse las páginas 154-155.

200. Joel Andreas, «A Shanghai Model?, *New Left Review* II/65 (septiembre-octubre 2010), pp. 66-67 [hay trad. cast.: «¿Un modelo Shanghai?», disponible en <http://newleftreview.es/>].

201. Hui Wang, *China's New Order*, Cambridge, Harvard University Press, 2003 [hay trad. cast.: *El nuevo orden de China: sociedad, política y economía en transición*, Barcelona, Bellaterra, 2008].

202. «Records of Comrade Deng Xiaoping's Shenzhen Tour», *People's Daily*, 18 de enero de 2002.

203. Andreas, «Shanghai Model», p. 70 [hay trad. cast.: «¿Un modelo Shanghai?», disponible en <http://newleftreview.es/>].

204. Yasheng Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics: Entrepreneurship and the State*, Cambridge, Harvard University Press, 2008, p. 79.

205. Chen Guidi y Wu Chuntao, *Will the Boat Sink the Water? The Life of Chinese Peasants*, Nueva York, PublicAffairs, 2006, p. 149.

206. [Ibíd.](#), p. 206.

207. Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, p. 157.

208. Jonathan Spence, *The Search for Modern China*, Nueva York, Norton, 1990, pp. 673-675 [hay trad. cast.: *En busca de la China moderna*, traducción de Jordi Beltran Ferrer, Barcelona, Tusquets, 2011, pp. 839-843].

209. Pearson, *Joint Ventures*, pp. 67-68.

210. Li Peng, «Report on the Outline of the Ninth Five-Year Plan for National Economic and social Development and the LongRange Objectives to the Year 2010», 4ª Sesión del 8º Congreso Nacional del Pueblo, 5 de marzo de 1996.

211. Jerry Harris, «Emerging Third World Powers: China, India and Brazil», *Race & Class* 46:3 (2005), p. 14.

212. Ibídem, p. 10; Yifei Sun, «What Matters for Industrial Innovation in China: R&D, Technology Transfer or Spillover Impacts from Foreign Investment?», *International Journal of Business and Systems Research* 4:5-6 (2010).

213. Weil, *Red Cat, White Cat*, p. 227.

214. Hung, «Rise of China», pp. 158-159.

215. Raghuram Rajan, «Global Imbalances: An Assessment», Departamento de Investigación del FMI, Conferencia pronunciada en el Ronald Reagan International Conference Center, Washington D.C., 25 de octubre de 2005. El discurso de Rajan también se utiliza en Hung, «Rise of China», p. 151. Rajan (junto con Luigi Zingales) es el autor de *Saving Capitalism from the Capitalists*, Nueva York, Crown Business, 2003, que ofrecía una saludable crítica del capitalismo inestable (en todo caso, sostenían que «el libre mercado quizá sea la herramienta más importante para sacar de la pobreza a las masas amontonadas»). Después de su mandato en el FMI, Rajan regresó a la Universidad de Chicago, desde donde asesoró en cuestiones económicas al primer ministro indio, Manmohan Singh. En septiembre de 2008, el Comité sobre Reformas del Sector Financiero de Rajan que trabajaba para el gobierno de la India ofreció algunas recomendaciones para proteger a ese país de la quiebra crediticia y la crisis financiera.

216. Ching Kwan Lee, *Against the Law: Labor Protests in China's Rustbelt and Sunbelt*, Berkeley, University of California Press, 2007.

217. «China to "Strike Hard" against Rising Unrest», *Reuters*, 26 de enero de 2006.

218. Qian Liqun, «Refusing to Forget», en Chaohua Wang, ed., *One China, Many Paths*, Londres, Verso, 2003, p. 305.

219. Wu Jia-Huang, «China in the Same Boat with the South for Industrial Development», Industrial Development Forum, 11^a Conferencia General de la ONUDI, Viena, Austria, 3 de diciembre de 2005.

220. Yash Tandon, *Ending Aid Dependence*, Ciudad del Cabo, Fahamu, 2008; y Dambisa Moyo, *Dead Aid: Why Aid is Not Working and How There is Another Way for Africa*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2009 [hay trad. cast.: *Cuando la ayuda es el problema: hay otro camino para África*, Madrid, Fundación FAES, 2011]. En el Foro sobre Cooperación China-África celebrado en El Cairo el 8 de noviembre de 2009, Wen Jibao dijo: «He leído un libro titulado *Cuando la ayuda es el problema*, escrito por Dambisa Moyo. El autor habla de su experiencia personal y llega a la conclusión de que la ayuda de China a África es sincera, creíble, práctica y eficiente, y de que el pueblo africano la recibe de buen grado. Estoy seguro de que el tiempo demostrará que la amistad y la cooperación entre los pueblos chino y africano tiene un futuro resplandeciente».

221. Anouar Abdel-Malik, «China's Message to the Arabs», *Al-Ahram* 708 (16-22 de septiembre de 2004); Chris Zambelis y Brandon Gentry, «China Through Arab Eyes: American Influence in the Middle East», *Parameters*, primavera 2008. Sobre América Latina, véase Hernán Gutiérrez, «Oportunidades y desafíos de los vínculos económicos de China y América Latina y el Caribe», *CEPAL Serie Comercio Internacional*, n° 42, Santiago, CEPAL, 2003.

222. Chris Melville y Olly Owen, «China and Africa. A New Era of "South-South Cooperation"», *Open Democracy*, 8 de julio de 2005, p. 2.

[223](#). Godwin Nnanna, «Beyond China's Year in Africa», *China Dialogue*, 19 de enero de 2007.

224. Barry Sautman y Yan Hairong, «Friends and Interests: China's Distinctive Links with Africa», en Dorothy Grace Guerrero y Firoze Manji, eds., *China's New Role in Africa and the South*, Ciudad del Cabo, Fahamu, 2008, p. 106. Una visión del papel de China en África en la década de 1990 y en la década posterior viene suministrada por Ian Taylor, «China's Foreign Policy Toward Africa in the 1990s», *Journal of Modern African Studies* 36:2 (1998); y Serge Michel y Michel Beuret, *China Safari: On the Trail of Beijing's Expansion in Africa*, Nueva York, Nation Books, 2010 [hay trad. cast.: *China en África: Pekín a la conquista del continente africano*, traducción de María Hernández, Madrid, Alianza, 2009]. Hay algunas diferencias, pues los chinos ahora han profundizado su interés por la creación de infraestructuras y han suavizado su política general de silencio sobre el carácter interno de los asuntos de algunos Estados africanos con los que tratan (aquí el caso en cuestión es Sudán, donde se cree de forma generalizada que, como consecuencia de la presión atlántica, sobre todo, los chinos han presionado al gobierno sudanés para que instaure en Darfur unas políticas menos violentas).

225. Arif Dirlik, «China's Critical Intelligentsia», *New Left Review* II/28 (julio-agosto 2004), p. 137 [hay trad. cast.: «La *intelligentsia* crítica china», disponible en <http://newleftreview.es/>].

226. Este tipo de movimientos también están en marcha en algunos Estados africanos, como se evidencia en Michel y Beuret, *China Safari* [hay trad. cast.: *China en África: Pekín a la conquista del continente africano*, traducción de María Hernández, Madrid, Alianza, 2009]; y en David Barboza, «Some Assembly Needed: China as Asia Factory», *The New York Times*, 9 de febrero de 2006., p. B1.

[227](#). Embajador Craig R. Stapleton, «Ambassador's Meeting with Michel Rocard», 27 de octubre de 2010 (05PARIS7360), Archivo de Wikileaks.

[228](#). Goldman Sachs, *The World Needs Better Economic BRICs*, Global Economics Paper nº 66, 2001.

[229](#). Goldman Sachs, *Dreaming with BRICs: The Path to 2050*, Global Economics Paper, nº 99, 1 de octubre de 2003, p. 2.

230. Aziz Haniffa, «Group of Four aggressively push Security Council Bids», *India Abroad*, 1 de octubre de 2004, p. A6.

231. Eric Helleiner y Bessma Momani, «Slipping into Obscurity? Crisis and Reform at the IMF», Documento de trabajo nº 16, Centro para la Innovación de la Gobernanza Internacional, Universidad de Waterloo, febrero 2007, p. 3.

232. David Sanger, «As Economies Fail, the IMF is Rife with Recriminations», *The New York Times*, 2 de octubre de 1998.

233. «Newly Emerging Economic Powers Force IMF to Rethink its Structure and Operations», *Universia Knowledge*, Escuela de Negocios Wharton, 6 de septiembre de 2006.

234. «Focus of the German G8 Presidency», Cumbre del G-8, Heiligendamm, 2007.

235. FMI, *World Economic Outlook: Spillovers and Cycles in the Global Economy*, Washington D.C., FMI, 2007, p. 125 [hay trad. cast.: *Perspectivas de la economía mundial: Desbordamientos y ciclos de la economía mundial*, disponible en <http://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2007/01/esl/sums.pdf>].

236. Aaron E. Cobet y Gregory A. Wilson, «Comparing 50 Years of Labor Productivity in US and Foreign Manufacturing», *Labor Monthly Review* 51, junio 2002.

237. Yanis Varoufakis, *The Global Minotaur: America, the True Origins of the Financial Crisis, and the Future of the World Economy*, Londres, Zed Books, 2011, capítulo 3 [hay trad. cast.: *El Minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial*, traducción de Carlos Valdés y Celia Recarey, Madrid, Capitán Swing, 2012].

238. Edmund Andrews, «Greenspan Concedes Error on Regulation», *The New York Times*, 23 de octubre de 2008. También se entonaron otras disculpas desde los baluartes de la prensa económica y la profesión financiera. Por ejemplo, Paul Samuelson, «Balancing Market Freedoms», *The New York Times*, 19 de noviembre de 2007; y Martin Wolf, «Why Financial Regulation is Both Difficult and Essential», *The Financial Times*, 15 de abril de 2008.

239. Paul Krugman, «Greenspan and the Bubble», *The New York Times*, 29 de agosto de 2005. Kurgman proseguía: «De un modo u otro, la economía eliminará finalmente ambos desequilibrios [la burbuja inmobiliaria y el déficit comercial con China]. Pero si el proceso no transcurre con suavidad, en concreto si la burbuja inmobiliaria estalla antes de que el déficit comercial mengüe, vamos a tener frenazo económico y, seguramente, recesión. De hecho, cada vez más economistas utilizan la palabra que empieza por "R" para hablar de 2006».

240. Oficina de Evaluación Independiente del Fondo Monetario Internacional, *IMF Performance in the Run-up to the Financial and Economic Crisis, 2004-2007*, Washington D.C., OEI del FMI, 10 de enero de 2011, p. 6.

241. Naciones Unidas, *World Economic and Social Survey, 2008: Overcoming Economic Insecurity*, Nueva York, Naciones Unidas, 2008, p. 12 [hay trad. cast.: *Estudio económico y social mundial 2008: Cómo superar la inseguridad económica*, disponible parcialmente en http://www.un.org/esa/analysis/wess/wess2008files/wess08/overview_sp.pdf].

242. Binyamin Applebaum, «At Meeting of World Financial Bodies, a Sharper Focus on Middle East Inequalities», *The New York Times*, 15 de abril de 2011, p. B3.

243. Howard Schneider, «IMF Chief Sees Larger State Role in Economy», *The Washington Post*, 11 de abril de 2011.

244. Jayati Ghosh, «To Make the IMF Relevant Will Take More than a New Leader», *The Guardian*, 20 de abril de 2011.

245. Mark Weisbrot, «Emerging Out of the IMF's Shadow», *The Guardian*, 18 de abril de 2011. Mucho más comprensivo con el nuevo FMI es Joseph Stiglitz, «The IMF's Switch in time», *Time*, 5 de mayo de 2011.

246. Susanne Soederberg, «The Politics of Smoke and Mirrors: The G-20 London Summit and the Restoration of Neoliberal Development», en Konings, *Great Credit Crash*, p. 225.

247. Willen Buiter, «Central Banks and Financial Crises», documento presentado en «Maintaining Stability in a Changing Financial Situation», simposio del Banco de la Reserva Federal de Kansas City, Jackson Hole, Wyoming, 21-23 de agosto de 2008, p. 106.

248. Henri Bourguinat y Éric Briys, *L'Arrogance de la Finance. Comment le Théorie Financière a Produit la Krach*, Paris, La Découverte, 2009, p. 45.

249. Stathis Kouvelakis, «The Greek Cauldron», *New Left Review* II/72 (noviembre-diciembre 2011) [hay trad. cast.: «El crisol griego», disponible en <http://newleftreview.es/>].

250. Isidro López y Emmanuel Rodríguez, «The Spanish Model», *New Left Review* II/69 (mayo-junio 2011) [hay trad. cast.: «El modelo español», disponible en <http://newleftreview.es/>].

251. Luke Deer y Ligang Song, «China's Approach to Rebalancing: A Conceptual and Policy Framework», *China & World Economy* 20:1 (2012); Yu Yongding, «The Impact of the Global Financial Crisis on the Chinese Economy and China's Policy Responses», TWN Global Economy Series, n° 25, Penang, Third World Network, 2010; Banco Mundial y Centro de Investigación para el Desarrollo del Consejo de Estado de la República Popular China, *China 2030: Building a Modern, Harmonious and Creative High-Society*, Washington D.C., Banco Mundial, 2012.

252. Liz Alderman, «Trade and Monetary Issues Top Agenda at G-20 Meeting», *The New York Times*, 15 de febrero de 2011, p. B2.

253. Sandeep Dikshit, «IBSA Must Remain Restricted to 3 Countries: Manmohan», *The Hindu*, 19 de octubre de 2011.

254. «China Cautious on Primakov Plan», *The Hindu*, 23 de diciembre de 1998.

255. Vijay Prashad, *Arab Spring, Libyan Winter*, Baltimore, AK Press, 2012.

256. Vijay Prashad, «Labour Needs a Fresh Leader», *The Hindu*, 11 de mayo de 2012.

[257](#). James Fallows, «Be Nice to the Countries that Lend You Money», *Atlantic*, dicembre 2008.

258. Esta es la valoración de Robert Hormants, subsecretario de Asuntos Económicos del Departamento de Estado estadounidense. Eric Lipton, Nicola Clark y Andrew Lehren, «Hidden Hand of Diplomats in Jet Deals», *The New York Times*, 3 de enero de 2011, pp. A1 y A6.

259. «India's Growth Helps Global Economic Recovery: World Bank», *The Hindu*, 9 de enero de 2011.

260. OIT, *Global Employment Trends for Youth 2012*, Ginebra, OIT, 2012, p. 7 [hay trad. cast. parcial: *Tendencias mundiales del empleo juvenil 2012*, disponible en http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcomm/documents/publication/wcms_181091.pdf].

261. UNCTAD, *Trade and Development Report 2011: Post-Crisis Policy Challenges in the World Economy*, Ginebra, UNCTAD, 2011, p. 114 [hay trad. cast.: *Informe sobre el comercio y el desarrollo 2011*, Ginebra, Naciones Unidas, 2011, pp. 129-130, disponible en [http:// unctad.org/es/Docs/tdr2011_sp.pdf](http://unctad.org/es/Docs/tdr2011_sp.pdf)].

262. La sección sobre la UNCTAD XIII se basa en mis reportajes para *Asia Times* y *Frontline*.

1. Conferencia Internacional sobre Nutrición, *Final Report of the Conference, Rome, December 1992*, Ginebra, Organización Mundial de la Salud y Fondo de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 1992, p. 15.

2. Alain Marcoux, «The “Feminization of Hunger”-What do the Surveys Tell Us?», *SD-Dimensions*, octubre 2001. Marcoux descubre que donde más acusado es el sesgo es en la India y China, pero que no está ausente en otros lugares.

3. OCDE, *Jobs Study*, París, OCDE, 1994.

4. Vijay Prashad, *Keeping Up with the Dow Joneses: Debt, Prison, Workfare*, Boston, South End Press, 2003.

5. Joan Robinson, «Disguised Unemployment», *Economic Journal* 46:182 (junio 1936).

6. Barry Estabrook, *Tomatoland: How Modern Industrial Agriculture Destroyed Our Most alluring Fruit*, Kansas City, Andres McMeel, 2011. Para un extenso estudio de esta transformación, véase Raj Patel, *Stuffed and Starved: The Hidden battle for the World Food System*, Brooklyn, Melville House, 2007 [hay trad. cast.: *Obesos y famélicos: el impacto de la globalización en el sistema alimentario mundial*, traducción de Alejandro Manara, Barcelona, Los libros del lince, 2008].

7. Noam Chomsky, «The “Noble Phase” and “Saintly Glow” of US Foreign Policy», en Noam Chomsky, Paul Farmer y Amy Goodman, eds., *Getting Haiti Right This Time*, Monroe, Common Courage Press, 2004, p. 7.

8. Alain de Janvry, Nigel Key y Elisabeth Sadoulet, *Agricultural and Rural Development Policy in Latin America: New Directions and New Challenges (FAO Agricultural Policy and Economic Development Series—2)*, Roma, FAO, 1997.

9. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, *Human Development Report 1999: Globalization with a Human Face*, Nueva York, PNUD, 1999, pp. 36-37 [hay trad. cast.: *Informe sobre Desarrollo Humano 1999*, Nueva York, PNUD y Oxford University Press, 1999, pp. 36-37, disponible en <http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh1999/capitulos/espanol/>].

10. Jessica Woodroffe y Mark Ellis-Jones, *States of Unrest: Resistance to IMF Policies in Poor Countries*, Londres, World Development Movement, 2000.

11. Cf. «El internacionalismo... ya no es la coordinación de las principales potencias capitalistas bajo el dominio estadounidense contra un enemigo común, la tarea negativa de la Guerra Fría, sino un ideal afirmativo: la reconstrucción del globo a imagen y semejanza de Estados Unidos, *sans phrases*». Perry Anderson, «Internationalism: a Breviary», *New Left Review* II/14 (marzo-abril 2002), p. 24 [hay trad. cast.: «Internacionalismo: Un breviario», p. 23, disponible en <http://newleftreview.es/>].

12. Francis Fukuyama, «The End of History?», *National Interest* 16 (verano 1989); elaborado y desarrollado hasta convertirse en *The End of History and the Last Man*, Harmondsworth, Penguin, 1992 [hay trad. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, traducción de P. Elías, Barcelona, Planeta, 1992]. Para una crítica, véase Perry Anderson, «The Ends of History?», *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992.

13. Mi narración se basa en la soberbia obra de Bill Weinberg, *Homage to Chiapas: The New Indigenous Struggles in Mexico*, Londres, Verso, 2000; sobre la recopilación de escritos de Marcos, *¡Ya Basta! Ten Years of the Zapatista Uprising*, ed. Ziga Vodovnik, Oakland, AK Press, 2004; en el delicioso artículo de Alma Guillermoprieto, «Zapata's Heirs», en su obra *Looking for History: Dispatches from Latin America*, Nueva York, Vintage, 2001; y en Paul Farmer, «Lessons from Chiapas», en su obra *Pathologies of Power*, Berkeley, University of California Press, 2005.

14. Weinberg, *Homage to Chiapas*, pp. 66-67.

15. Ken Silverstein y Alexander Cockburn, «Major US Bank Urges Zapatista Wipe-Out: “A Litmus Test for Mexico’s Stability”», *Counterpunch* 2:3 (1 de febrero de 1995).

16. Informé sobre estos sucesos en aquel momento, momento en que hablé tanto con muchos miembros del EZLN como con unos cuantos del ejército; véase, por ejemplo, «The Struggles of Chiapas», *Frontline* 15:18 (29 agosto-11 septiembre 1998). Durante esa década escribí en varias ocasiones sobre Chiapas y sobre México para *Frontline*.

17. Vijay Prashad, «Massacre at Chenalho: Erasing the Chiapas Uprising», *Economic and Political Weekly*, 10 de enero de 1998.

18. Subcomandante Marcos, *Shadows of Tender Fury*, Nueva York, Monthly Review Press, 1995, p. 112.

19. Subcomandante insurgente Marcos, *Our World Is Our Weapon*, ed. Juana Ponce de León, Nueva York, Seven Stories Press, 2002, p. 440.

20. Weinberg, *Homage to Chiapas*, p. 161.

21. David Graeber, «The New Anarchists», *New Left Review* II/3 (enero-febrero 2003), p. 63 [hay trad. cast.: «Los nuevos anarquistas», disponible en <http://newleftreview.es/>].

22. No obstante, sí ejerció gran impacto en el crecimiento de movimientos populares, como muestran Richard Stahler-Sholk, «Autonomy and Resistance in Chiapas», y Aída Hernández Castillo, «Zapatismo and the Emergence of Indigenous Feminism», en Vijay Prashad y Teo Ballvé, eds., *Dispatches from Latin America*, Nueva Delhi, LeftWord Books, 2006.

23. Ike Okonta y Oronto Douglas, *Where Vultures Feast: Shell, Human Rights and Oil*, Londres, Verso 2003.

24. Amita Baviskar, *In the Belly of the River: Tribal Conflicts over Development in the Narmada Valley*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1995; y Judith Whitehead, *Development and Dispossession in the Narmada Valley*, Delhi, Pearson, 2010.

25. Ken Conca, «Greening the United Nations: Environmental Organisations and the UN System», *Third World Quarterly* 16:3 (1995).

26. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Human Development Report: Gender and Human Development*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, p. 6 [hay trad. cast.: *Informe sobre desarrollo humano: La revolución hacia la igualdad en la condición de los sexos*, p. 7, disponible en http://hdr.undp.org/en/media/HDR_1995_overview_ES.pdf].

27. Para hacerse una idea de los chanchullos del Norte en la OMC, véase Fatoumata Jawara y Aileen Kwa, *Behind the Scenes at the WTO: The Real World of International Trade Negotiations*, Londres, Zed Books, 2011 [hay trad. cast.: *Tras las bambalinas de la OMC: la cruda realidad del comercio internacional*, Barcelona, Intermón Oxfam, 2005].

28. Walden Bello, *Deglobalization: Ideas for a New World Economy*, Londres, Zed Books, 2004, p. 92 [hay trad. cast.: *Desglobalización: ideas para una nueva economía mundial*, traducción de Aina Alcover, Barcelona, Icaria, Intermón Oxfam, 2004, p. 116].

29. Mahbub ul Haq, «An Economic Security Council», *IDS Bulletin* 26:4 (octubre 1995).

30. Katherine Fawcett, «It's a Small World After All ... At the Top: The View from Davos», trabajo de fin de carrera, International Studies Program, Trinity College, Hartford, Connecticut, mayo 2011.

31. Abunda la literatura al respecto, pero para una valiosa síntesis véase Heather Gautney, *Protest and Organization in the Alternative Globalization Era*, Nueva York, Palgrave, 2010; Teivo Teivainen, «World Social Forum and Global Democratization: Learning from Porto Alegre», *Third World Quarterly* 23:4 (2002); Jai Sen y Peter Waterman, eds., *World Social Forum: Challenging Empires*, Nueva Delhi, Viveka Foundation, 2004 [hay trad. cast.: *El foro social mundial: desafiando imperios*, traducción de Gemma Galdón, Barcelona, El Viejo Topo, D.L. 2004]; y *Hacia el Partido de Oposición: Foro Social Mundial, Porto Alegre 2002*, Barcelona, El Viejo Topo, 2002.

32. Emir Sader, «Beyond Civil Society: The Left After Porto Alegre», *New Left Review* II/17 (septiembre-octubre 2002), pp. 90-91 [hay trad. cast.: «Más allá de la sociedad civil: la izquierda después de Porto Alegre», disponible en <http://newleftreview.es/>].

33. Michael Hardt, «Today's Bandung?», *New Left Review* II/4 (marzo-abril 2002), p. 113 [hay trad. cast.: «Porto Alegre: ¿la conferencia de Bandung de nuestros días?», p. 136, disponible en [http:// newleftreview.es/](http://newleftreview.es/)].

34. Sader, «Beyond Civil Society», p. 92 [hay trad. cast.: «Más allá de la sociedad civil: la izquierda después de Porto Alegre», disponible en <http://newleftreview.es/>].

35. Este debate sobre la descentralización de las redes se produce en un contexto en el que el gobierno estadounidense promueve de forma agresiva la «democracia», lo que puede significar la creación de una «sociedad civil» que permita a las potencias atlánticas y las corporaciones transnacionales «controlar los gobiernos de esos países». William Robinson, *Polyarchy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 69.

36. Gatney, *Protest and Organization*, p. 86.

37. Graeber, «New Anarchists», p. 70 [hay trad. cast.: «Los nuevos anarquistas», p. 148, disponible en <http://newleftreview.es/>]. Para una etnografía favorable a esta diversidad, y que valora las redes como «procesos fluidos, no estructuras rígidas», véase Jeffrey S. Juris, *Networking Futures: The Movements Against Corporate Globalization*, Durham, Duke University Press, 2008, p. 5. Véase también Naomi Klein, «Farewell to “End of History”»: Organization and Vision in Anti-Corporate Movements», en Leo Panitch y Colin Leys, eds., *Socialist Register 2002: A World of Contradictions*, Nueva Delhi, LeftWord Books, 2001.

38. Sader, *Beyond Civil Society*», p. 92 [hay trad. cast.: «Más allá de la sociedad civil: la izquierda después de Porto Alegre», p. 123, disponible en <http://newleftreview.es/>].

39. Ibídem, p. 92 [p. 123 de la edición española citada].

40. John Harriss, *Depoliticizing Development: The World Bank and Social Capital*, Nueva Delhi, Left Word Books, 2001.

41. La literatura sobre las ONG es inmensa. Sigo aquí a Jude Fernando, *The Political Economy of NGOs*, Londres, Pluto Press, 2011; Elisabeth Armstrong, «Globalization from Below, AIDWA, Foreign Funding and Gendering Anti-Violence Campaigns», *Journal of Developing Societies* 20:1 (junio 2004); y Tessa Morris-Suzuki, «For and Against NGOs: The Politics of the Lived World», *New Left Review* II/2 (marzo-abril 2000).

42. Ulrich Brand, «From Dakar to Egypt and Back Again: The 2011 World Social Forum and its Future», Center for the Study of Social and Global Justice, Universidad de Nottingham, febrero 2011, p. 8.

43. Patrick Tyler, «A New Power in the Streets», *The New York Times*, 17 de febrero de 2003.

44. Jacklyn Cock, «A Better or Worse World? The Third World Social Forum, Porto Alegre, 2003», Centre for Civil Society, Informe de investigación nº 5, Universidad de Kwa-Zulu Natal, abril 2003, p. 11.

45. Brand, «From Dakar to Egypt», p. 9.

46. Gautney, *Protest and Organization*, p. 180.

47. En «Global Capitalism Theory and the Emergence of Transnational Elites», UNU Wider Working Paper nº 2010/02 (enero 2010), Karl Kautsky asume la posición más firme que recuerda la tesis ultraimperialista de William I. Robinson. Esa es también la visión de Lionel Jospin, *Le Monde comme je le vois*, París, Gallimard, 2005.

48. Gérard Prunier, *Africa's World War: Congo, the Rwandan Genocide, and the Making of a Continental Catastrophe*, Londres, Oxford University Press, 2009.

49. Pankaj Ghemawat, *World 3.0: Global Prosperity and How to Achieve It*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Business Press, 2011, p. 16 [hay trad. cast.: *Mundo 3.0: la prosperidad global y las vías para alcanzarla*, traducción de Mar Vidal, Barcelona, Deusto, 2011, p. 30].

50. Patricia Fernández-Kelly, «The Global Assembly Line in the New Millennium: A Review Essay», *Signs* 32:2 (2007), p. 510.

51. El estudio de Åke Wedin sobre la solidaridad sindical apunta a un problema adicional, el consistente en la tendencia a la arrogancia de algunos sindicatos del Norte hacia los sindicatos del Sur. El movimiento de solidaridad sindical debe trabajar, señala, para apoyarse en «intereses comunes» y «uno de esos intereses que tienen en común, más allá de las fronteras nacionales, es el fortalecimiento de las regiones más débiles del frente mundial común de los trabajadores contra los empleadores». Åke Wedin, *La «solidaridad» sindical internacional y sus víctimas*, Estocolmo, Instituto de Estudios Latinoamericanos de Estocolmo, 1991, p. 162.

52. Me baso aquí sobre todo en Prabhat Patnaik, «A Marxist Perspective on the World Economy», en su obra *Re-Envisioning Socialism*, Delhi, Tulika Books, 2011; y en una versión más larga de ese mismo artículo, «Notes on Contemporary Imperialism», sin fecha, borrador manuscrito que obra en poder de su autor.

53. Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, pp. 70-71.

54. Gowan, *The Global Gamble* [hay trad. cast.: *La apuesta de la globalización: la geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, traducción de Nuria Cortés Ruiz *et al.*, Madrid, Akal, D.L. 2000].

55. Antonis Vradis y Dimitris Dalakoglou, eds., *Revolt and Crisis in Greece: Between a Present yet to Pass and a Futur Still to Come*, Oakland, AK Press, 2011; y Clare Solomon y Tania Palmieri, eds., *Springtime: The New Student Rebellions*, Londres, Verso, 2011.

56. Paul Carig Roberts, *How the Economy Was Lost: The War of the Worlds*, Oakland, AK Press/Counterpunch, 2010, pp. 11-14.

57. Por ejemplo, véase Andrés Gaudin, «The Kirchner Factor»; y Raúl Zibechi, «The Uruguayan Left and the Construction of Hegemony»; ambos en Ballvé y Prashad, eds., *Dispatches from Latin America*.

58. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, División de Población, *World Urbanization Prospects: The 2005 Revision*, Nueva York, Naciones Unidas, 2006, pp. 3 y 18.

59. Patnaik, «Notes on Contemporary Imperialism».

60. Las evidencias empíricas de las afirmaciones teóricas de Patnaik aparecen reunidas en Sam Moyo y Paris Yeros, eds., *Reclaiming the Nation: The Return of the National Question in Africa, Asia and Latin America*, Londres, Pluto Press, 2011.

61. Prabhat Patnaik, «Socialism and the Peasantry», en su obra *Re-Envisioning Socialism*.

62. James Petras y Henry Veltmeyer, «Age of Reverse Aid: Neo-Liberalism as Catalyst of Regression», *Development and Change* 33:2 (2002).

63. Tom Brass, *Peasants, Populism and Postmodernism: The Return of the Agrarian Myth*, Londres, Frank Cass, 2000.

64. Hay muchos estudios de casos en Moyo y Yeros, *Reclaiming the Land*.

65. Annette Aurélie Desmarais, «The Via Campesina: Consolidating an International Peasant and Farm Movement», *Journal of Peasant Studies* 29:2 (enero 2002), p. 95.

66. *Ibíd.*, p. 100.

67. Ibídem, p. 108. David Featherstone, «Spatialities of Transnational Resistance to Globalization: The Maps of Grievance of the Inter-Continental Caravan»; y Paul Routledge, «Convergence Space: Process Geographies of Grassroots Globalization Networks»; ambos en *Transactions of the Institute of British Geographers*, nueva época 28 (2003).

68. Desmarais, «Via Campesina», p. 109.

69. Patel, *Stuffed and Starved*, p. 16 [hay trad. cast.: *Obesos y famélicos: el impacto de la globalización en el sistema alimentario mundial*, traducción de Alejandro Manara, Barcelona, Los libros del lince, 2008, p. 25].

70. Annette Aurélie Desmarais, «The Power of Peasants: Reflections on the Meanings of La Via Campesina», *Journal of Rural Studies* 24 (2008), p. 142.

71. *Ibíd.*, p. 143.

72. *Ibíd.*, p. 109.

73. Patnaik, «Notes on Contemporary Imperialism».

74. Richard Gott, *Hugo Chávez and the Bolivarian Revolution*, Londres, Verso, 2005, pp 36-37.

75. *Ibíd.*, p. 47.

76. Tariq Ali, *Pirates of the Caribbean: Axis of Hope*, Londres, Verso, 2006, p. 26 [hay trad. cast.: *Piratas del Caribe: el eje de la esperanza*, Madrid, Foca, D.L. 2008, p. 37].

77. Jorge Castañeda, «Latin America's Left Turn», *Foreign Affairs*, mayo/junio 2006.

78. Emir Sader, *The New Mole: Paths of the Latin American Left*, Londres, Verso, 2011, p. 141 [hay trad. cast.: *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*, traducción de Laura Granero, revisión de Teresa Arijón, Barcelona, El Viejo Topo, 2010, p. 194].

79. Steve Ellner, «Distinguishing Features of Latin America's New Left: The Chávez, Morales and Correa Governments», *Marxist* XXVII:4 (octubre-diciembre 2011), p. 15.

80. Sobre la nacionalización de Bolivia, véase James Rochlin, «Latin America's Left Turn and the New Strategic Landscape: The Case of Bolivia», *Third World Quarterly* 28:7 (2007).

81. Juan Carlos Moreno-Brid e Igor Paunovic, «What is New and What is Left of the Economic Policies of the New Left Governments of Latin America?, *International Journal of Political Economy* 37:3 (septiembre 2008).

82. Ali, *Pirates of the Caribbean*, p. 59 [hay trad. cast.: *Piratas del Caribe: el eje de la esperanza*, Madrid, Foca, D.L. 2008, p. 73].

83. Entrevista con Alba Carosio, en Carlos Martínez, Michael Fox y JoJo Farrell, *Venezuela Speaks! Voices from the Grassroots*, Oakland, PM Press, 2010, p. 71.

84. Benjamin Dangl, *Dancing with Dynamite: Social Movements and States in Latin America*, Oakland, AK Press, 2010, pp. 102-103.

85. Entrevista a Carosio, en Martínez *et al.*, *Venezuela Speaks!*, p. 73.

86. Inés N. Rojas Avendaño, «Women and the Democratic State: Agents of Gender Policy Reform in the Context of Regime Transition in Venezuela, 1970-2007», Tesis doctoral, Georgia State University, 2009, Capítulo 4.

87. Entrevista a Carosio, en Martínez *et al.*, *Venezuela Speaks!*, p. 77.

88. Para más detalles, véase Steve Ellner, «The Revolutionary and Non-Revolutionary Paths of Radical Populism: Directions of the Chavista Movement in Venezuela», *Science and Society* 69:2 (abril 2005); George Ciccariello-Maher, *We Created Him: A People's History of the Bolivarian Revolution*, Durham, Duke University Press, 2012; y Gott, *Hugo Chávez*, pp. 256-259.

89. Sujatha Fernandes, «Barrio Women and Popular Politics in Chávez's Venezuela», *Latin American Politics and Society* 49:3 (otoño 2007), p. 122.

90. Para una buena introducción al intento de contar con una agricultura endógena, véase Gott, *Hugo Chávez*, pp. 157-165.

91. Gregory Wilpert, «Land for People Not for Profit in Venezuela», en Peter Rosset, Raj Patel y Michael Courville, eds., *Promised Land: Competing Visions of Agrarian Reform*, Nueva York, Food First Books, 2006, p. 250.

92. *Ibíd.*, p. 252.

93. Guillermo Almeyra, «Mexico is Becoming Latinamericanized», en François Poblet, ed., *The State of Resistance*, Londres, Zed Brooks, 2006, p.53.

94. Christina Schiavoni y William Camacaro, «The Venezuelan Efort to Build a New Food and Agriculture System», *Monthly Review*, 1 de julio de 2009.

95. «Además del precio, [el ministro de Comercio, Eduardo Saman] resaltaba otra diferencia fundamental entre la “arepera” socialista y la capitalista: los clientes solo pagan después de comer, mientras que “en los establecimientos de comida rápida [...] solo se piensa en el dinero”. En la Arepera Socialista, la caja registradora está en un rincón de la sala y los clientes solo pagan después de comer, cuando informan allí de cuántas arepas han comido». «Making Socialism Easier to Swallow», 19 de enero de 2010, 10CARACAS43, Archivo de Wikileaks.

96. Mark Weisbrot, Rebecca Ray y Luis Sandoval, *The Chávez Administration at 10 Years: The Economy and Social Indicators*, Washington D.C., Center for Economic and Policy Research, 2009; y Schiavano y Camacaro, «Venezuelan Effort».

97. Mattia Cabitza, «Will Bolivia Make a Breakthrough on Food Security and the Environment?», *The Guardian*, 20 de junio de 2011.

98. Por tanto, el debate sobre la personalidad de Morales está un poco fuera de lugar. El problema no es la personalidad, sino las limitaciones de la propia marea rosa. Pablo Stefanoni y Hervé do Alto, *Evo Morales, de la coca al Palacio: Una oportunidad para la izquierda indígena*, La Paz, Editorial Malestra, 2006.

99. Benjamin Dangl, *Dancing with Dynamite: Social Movements and States in Latin America*, Oakland, AK Press, 2010.

100. Martinez, Fox, Farrell, *¡Venezuela Speaks!*, p. 8; Jonah Gindin, «Chavistas in the Halls of Power, Chavistas in the Streets», en Ballvé y Prashad, eds., *Dispatches from Latin America*, p. 87.

101. Aijaz Ahmad, «Imperial Sunset?», *Frontline* 24:6 (24 de marzo-6 de abril de 2007).

102. Álvaro García Linera, *La Potencia Plebeya: Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Buenos Aires, CLACSO/Prometeo Libros, 2008, pp. 394-395; y Sader, *The New Mole*, pp. 136-137 [hay trad. cast.: *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*, traducción de Laura Granero, revisión de Teresa Arijón, Barcelona, El Viejo Topo, 2010, pp. 189-190].

103. Yo informé del suceso en «Mr. Danger in his Labyrinth», *Frontline* 22:24 (19 de noviembre-2 de diciembre de 2005).

104. La prehistoria de la ira está recogida en Alejandro Velasco, «A Weapon as Powerful as the Vote: Urban Protest and Electoral Politics in Venezuela, 1978-1983», *Hispanic American Historical Review* 90:4 (2010).

105. Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres, Verso, 2006, p. 175 [hay trad. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, traducción de José María Amoroto Salido, Tres Cantos (Madrid), Foca, D.L. 2007, pp. 233-234], citando *The Challenge of Slums* el informe de HABITAT de la ONU, de 2003.

106. James Holston, «Insurgent Citizenship in an Era of Global Urban Peripheries», *City & Society* 21: (2009).

107. Arif Hasan, *Understanding Karachi: Planning and Reform for the Future*, Karachi, City Press, 1999.

108. Asef Bayat, «From “Dangerous Classes” to “Quiet Rebels”: Politics of the Urban Subaltern in the Glboal South», *International Sociology* 15:3 (2000), p. 549. La literatura sobre los suburbios abunda, y atraviesa continentes. Algunas buenas introducciones a la materia son Robert Neuwirth, *Shadow Cities: A Billion Squatters, A New Urban World*, Londres, Routledge, 2005; Janice Perlman, *Favela: Four Decades of Living on the Edge in Rio de Janeiro*, Nueva York, Oxrford University Press, 2010; Garth Myers, *African Cities*, Londres, Zed Books, 2011; Asef Bayat, *Streets Politics: Poor People’s Movements in Iran*, Nueva York, Columbia University Press, 1997; Ashwin Desai, *We Are the Poors: Community Struggles in Post-Apartheid South Africa*, Nueva York, Monthly Review Press, 2002; y varios artículos de los incluidos en Mike Davis y Daniel Bertrand Monk, eds., *Evil Paradieses: Dreamworlds of Neoliberalism*, Nueva York, New Press, 2008.

109. Bayat, «From “Dangerous Classes”», p. 547.

110. Ibídem, p. 535. Para conocer más sobre este aspecto, véase Asef Bayat, «Activism and Social Development in the Midle East», *International Journal of Middle East Studies* 34 (2002).

111. John Rapley, «The New Middle Ages», *Foreign Affairs* 85:3 (mayo-junio 2006), p. 102.

112. Mark Townsend y Paul Harris, «Now the Pentagon Tells Bush: Climate Change Will Destroy Us», *The Guardian*, 22 de febrero de 2004.

113. Davis, *Planet of Slums*, p. 206 [hay trad. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, traducción de José María Amoroto Salido, Tres Cantos (Madrid), Foca, D.L. 2007, pp. 267].

114. Kalpana Sharma, «Wounded Bombay», *Economic and Political Weekly* XLVI:30 (23 de julio de 2011).

115. Davis, *Planet of Slums*, p. 202 [hay trad. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, traducción de José María Amoroto Salido, Tres Cantos (Madrid), Foca, D.L. 2007, pp. 268].

116. Sheela Patel, Celine D'Cruz y Sundar Burra, «Slum/Shack Dwellers International: From Foundations to Treetops», *Environment and Urbanization* 13:2 (2001); Sheela Patel y Celine D'Cruz, «The Mahila Milan Cisis Credit Scheme», *Environment and Urbanization* 5:1 (1993); Benjamin Bradlow, «Out of the Garden of Eden: Moving Beyond the Rights-Based Agenda in the Urban Sector», *Sustainable Development Law and Policy* 11:1 (otoño 2011); y Shrilatha Batliwala, «Grassroots Mobilization as Transnational Actors: Implications for Global Civil Society», *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organization* 13:4 (diciembre 2002).

117. «Neither the March Nor the Money are Ours», [http:// www.abahlali.org](http://www.abahlali.org), 22 de noviembre de 2007.

118. Para una valoración positiva de la SEWA, véase Michael Denning, «Wageless life», *New Left Review* II/66 (noviembre-diciembre 2010) [hay trad. cast.: «La vida sin salario», disponible en <http://newleftreview.es/>]; y para un informe sobre la parálisis de la SEWA durante el pogromo de Gujarat, véase Tony Vaux, «Experiences of Communal Violence», *Seminar* 619 (marzo 2011). La directora de la SEWA escribe sobre el pogromo, pero evita la cuestión de la ambigüedad de la SEWA. Reema Nanavaty, «Doosri Azadi», *Seminar* 619 (marzo 2011).

119. Elisabeth B. Armstrong, *Gender and Neoliberalism in India: The All India Democratic Women's Association and Globalization Politics*, Nueva York, Routledge, 2013.

* En francés en el original, «alumnos» o «discípulos». (*N. del T.*)

* En español, y en cursiva, en el original. (*N. del T.*)

* En español, y en cursiva, en el original. (*N. del T.*)

* En español, y en cursiva, en el original. (*N. del T.*)

* En español, y en cursiva, en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* Mario Benedetti, «El Sur también existe», 1985. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* Juego de palabras: en inglés, «mad» también significa «loco». (*N. del T.*)

* «Escudilla de arroz de hierro» es traducción de una expresión original china utilizada para referirse a los puestos de trabajo con garantías laborales y profesionales, ingresos fijos y prestaciones sociales. (*N. del T.*)

* En inglés, «gear» significa engranaje, marcha o velocidad (de un automóvil). (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En francés, «la chusma del extrarradio». (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)